Jochen Hellbeck

Stalingrado

La ciudad que derrotó al Tercer Reich



Galaxia Gutenberg

Table of Contents



© Matthias Stausberg

Jochen Hellbeck nació en Bonn (Alemania) en 1966. Es catedrático de Historia en la Universidad de Rutgers (Estados Unidos) y especialista en la Rusia del siglo XX. Su libro anterior, *Revolution on My Mind*, exploraba los diarios personales escritos en la Unión Soviética bajo Stalin. La edición alemana de *Stalingrado* ganó el Premio DAMALS al mejor estudio histórico del año. Hellbeck ha desarrollado una página web, facingstalingrad.com, que muestra retratos y entrevistas realizadas a veteranos rusos y alemanes de la batalla de Stalingrado.

Stalingrado fue la batalla más feroz y letal en la historia de la humanidad, con una cifra de muertos estimada en más de un millón en apenas seis meses. Su trascendencia fue inmediatamente percibida por las autoridades soviéticas, que decidieron enviar una delegación de historiadores moscovitas con el fin de registrar para la posteridad las voces de los defensores de Stalingrado.

Mientras se libraba la batalla ningún corresponsal extranjero obtuvo permiso para viajar a Stalingrado. Este hecho, junto a la imposibilidad de acceder hasta fechas muy recientes a los archivos rusos, provocó que los numerosos estudios sobre la batalla de Stalingrado la presentaran a través de los ojos de los alemanes que quedaron atrapados en la ciudad.

Con la publicación por primera vez de las entrevistas recogidas en Stalingrado, que habían estado sepultadas hasta ahora en los archivos, este libro supone una gran aportación a la literatura sobre la Segunda Guerra Mundial. Y permite a los lectores imaginar a los soldados del Ejército Rojo y otros defensores de la ciudad como personas que piensan y sienten. Sus testimonios acercan al lector a la batalla y ofrecen una vívida descripción de las acciones, pensamientos y sentimientos de los participantes soviéticos que no es comparable a la de ninguna otra fuente conocida. También ayudan a entender algunas de las grandes preguntas sobre Stalingrado: ¿Cómo fue capaz el Ejército Rojo de imponerse a un enemigo considerado superior en planificación operativa, disciplina militar y técnicas de combate? ¿De qué recursos se valieron los defensores de Stalingrado para parar los pies a los invencibles alemanes que hasta ese momento habían tenido a Europa de rodillas?

El libro se complementa con fragmentos de cartas y declaraciones de los soldados alemanes hechos prisioneros por los soviéticos, todas inéditas hasta ahora.

Jochen Hellbeck nos ofrece la mejor y más completa narración de lo que fue la batalla de Stalingrado, ahora que se cumplen los 75 años de su finalización.

Jochen Hellbeck

Stalingrado

La ciudad que derrotó al Tercer Reich

Traducción de
Alejandro Pradera y
Victoria Eugenia Gordo del Rey

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original en inglés: *Stalingrad. The City that Defeated the Third Reich*
(en alemán: *Die Stallingrad-Protokolle*)
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez y Victoria Eugenia Gordo del Rey

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero 2018

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main, 2012
© de la traducción: Alejandro Pradera y Victoria Eugenia Gordo del Rey, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: Un soldado del Ejército Rojo ondea la bandera
soviética en la plaza de Stalingrado tras
la reconquista de la ciudad, enero de 1943.

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-14-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

1

La batalla trascendental

La batalla de Stalingrado –la más feroz y letal batalla en la historia de la humanidad– terminó el 2 de febrero de 1943. Con una cifra de muertos estimada en más de un millón, el derramamiento de sangre en Stalingrado superó con mucho el de Verdún, una de las batallas con un coste en muertes más alto de la Primera Guerra Mundial. La analogía con Verdún no pasó desapercibida a los soldados alemanes y soviéticos que lucharon en Stalingrado. En las descripciones del «infierno de Stalingrado» que hacían en sus cartas privadas, algunos alemanes se veían a sí mismos atrapados en «un segundo Verdún». Muchos defensores soviéticos ensalzaban a su vez Stalingrado, una ciudad con una sangrienta historia bélica previa, como su «Verdún Rojo», jurando no rendirla nunca al enemigo. Pero, como un corresponsal señaló en octubre de 1942 al informar desde Stalingrado, la ciudad asediada era diferente a la de Verdún: no tenía el diseño de una fortaleza y carecía de

> fortificaciones o refugios de hormigón. La línea de defensa atraviesa tierras baldías y patios en los que las mujeres solían tender la ropa, las vías de un ferrocarril de vía estrecha, la casa en la que vivía un contable con su mujer, sus dos hijos y su anciana madre, así como docenas de casas parecidas y su ahora desierta plaza y destrozadas aceras, el parque en el que todavía este pasado verano las parejas se susurraban palabras de amor sentadas en sus bancos de color verde. Una ciudad donde reinaba la paz se ha convertido en una ciudad en la que reina la guerra. Las leyes de la guerra la han colocado en la línea del frente, en el epicentro de una batalla que determinará el resultado final de la guerra. En Stalingrado, la línea de defensa atraviesa los corazones del pueblo ruso. Tras sesenta días de lucha, los alemanes saben ahora lo que esto significa. «¡Verdún!», se mofan. Esto no es Verdún. Esto es algo nuevo en la historia de la guerra. Esto es Stalingrado.[1]

Durante los seis meses que duró, la batalla también se desarrolló como una guerra de los medios de comunicación mundiales. Desde sus mismos

inicios, observadores de ambos bandos fijaron su atención en este choque de gigantes en el extremo de Europa, proclamándolo como un hecho que decidiría la Segunda Guerra Mundial. La lucha por Stalingrado se convertiría en «la batalla más transcendental de la Guerra», anunciaba un periódico de Dresde a primeros de agosto de 1942, justo cuando los soldados de Hitler se estaban preparando para la toma de la ciudad. El *Daily Telegraph* británico utilizó los mismos términos en septiembre. En Berlín, Joseph Goebbels leía los periódicos de los enemigos de Alemania sin pestañear. La batalla de Stalingrado, declaró el jefe de propaganda nazi en alusión a la prensa británica, era una «cuestión de vida o muerte, y todo nuestro prestigio, así como el de la Unión Soviética, dependerá de cómo termine».[2] A partir de octubre de 1942, los periódicos soviéticos empezaron a citar con regularidad artículos de prensa occidentales en los que se alababa el heroísmo de los soldados y civiles que defendían la ciudad frente a los deshumanizados combatientes alemanes. En los pubs de toda Inglaterra la radio se sintonizaba a la hora que empezaban las noticias de la noche y no se apagaba hasta que se había emitido el parte sobre Stalingrado: «Nadie quiere oír otra cosa», comentaba un reportero británico. «La gente solo habla de Stalingrado, nada más que de Stalingrado.»[3] Entre las naciones aliadas, la gente comentaba eufórica la actuación de los soviéticos en Stalingrado. Este sentimiento no solo reflejaba el espíritu de la alianza antifascista; también se debía al hecho de que los soldados aliados no podían ofrecer ninguna hazaña comparable: durante más de un año, el ejército británico había venido sufriendo una derrota tras otra.[4]

En noviembre, un contraataque soviético dejó atrapados a más de 300.000 soldados alemanes y del Eje en el caldero –el *Kessel*– de Stalingrado. Los medios de comunicación alemanes suspendieron de golpe los informes sobre la batalla y no los retomaron hasta finales de enero de 1943, cuando los líderes nazis se dieron cuenta de que no podían dejar pasar en silencio la derrota de un ejército alemán al completo. Su

versión de la batalla fue la de una inmolación heroica de los soldados alemanes en la defensa de Europa contra un enemigo asiático superior. La propaganda del miedo, reforzada por el llamamiento a los ciudadanos alemanes a abrazar la guerra total, no funcionó del todo bien. La policía de seguridad alemana informó de que la gente hablaba de la última bala, la que guardaban para cuando «hubiera acabado todo».[5] Un alto cargo alemán tomó algunas precauciones especiales a raíz de Stalingrado: el jefe de las SS, Heinrich Himmler, visitó el campo de exterminio de Treblinka, al este de Polonia, a principios de marzo de 1943. De inmediato, ordenó a las autoridades del campo exhumar todos los cadáveres de los 700.000 judíos que habían sido asesinados allí y cremarlos.[6] Durante los meses que transcurrieron desde entonces hasta el cierre de Treblinka, los trabajadores del campo llevaron a cabo esta macabra tarea mientras continuaban matando a escala reducida. La orden de Himmler obedecía a la clara conciencia de que el momento de ajustar cuentas con Alemania estaba próximo.[7] Aunque todavía faltaba año y medio para que el Ejército Rojo liberara los campos de concentración de Polonia, la batalla del Volga trastocó la mortal maquinaria nazi. De modo que el periódico de Dresde acertó, si bien por razones equivocadas: Stalingrado marcó un punto de inflexión en la historia del mundo.

Mientras la batalla se estuvo librando, ningún corresponsal extranjero destinado en Moscú obtuvo permiso para viajar a Stalingrado. Las herméticas y recelosas autoridades soviéticas esperaron hasta el 4 de febrero de 1943 para dejar entrar a una primera tanda de reporteros internacionales –británicos, estadounidenses, franceses, checos y chinos.[8] Entre ellos se encontraba Paul Winterton, que transmitió esta información para la BBC:

> Las calles de Stalingrado, si podemos llamar así a los espacios abiertos que quedan entre las ruinas, todavía muestran todas las huellas de la batalla. Están

> los habituales restos de cascos y armas tirados por el suelo, los montones de munición, papeles revoloteando por la nieve, libros de bolsillo de los alemanes muertos y cuerpos destrozados, tendidos en el mismo sitio donde cayeron o apilados en grandes montones, congelados, esperando a ser enterrados. Stalingrado nunca podrá reconstruirse. Tendrá que ser levantado de nuevo. Pero aunque todos sus edificios han sido reducidos a ruinas, todavía queda vida allí. A lo largo de esa estrecha franja de cemento que los rusos mantuvieron durante los largos meses de asedio, se extiende una ciudad de refugios, refugios ocupados por los soldados que aún no se han marchado y por unas pocas mujeres que se quedaron a lavar y cocinar para esos hombres. Entre ellos hoy se vive un verdadero ambiente de fiesta. Nunca antes he visto unos hombres y mujeres que parezcan sentirse tan orgullosos. Saben que han cumplido una misión extraordinaria, y que lo han hecho bien. Su ciudad ha sido destruida, pero ellos han derrotado al invasor a base de un tesón y un valor inquebrantables. Estos hombres y mujeres han luchado y trabajado durante meses, de espaldas a un río que habían jurado no cruzar en su retirada, enfrentándose a un enemigo situado en el único alto desde el que se dominaba la ciudad y que les atacaba con bombas y morteros, incesantemente, de día y de noche. Pero sus pies se mantuvieron firmes sobre su estrecho asidero, sin resbalar en ningún momento.[9]

Winterton abría su artículo con una vista panorámica de la ciudad y del detritus de la guerra, y pasaba a continuación a lo que más le interesaba a él y a otros periodistas: los defensores de Stalingrado. Para Winterton, había sido «el tesón e inquebrantable valor» de los rusos lo que había decidido el resultado de la batalla; Alexander Werth, un reportero del *London Times*, celebraba los «extraordinarios […] logros individuales» de los soldados del Ejército Rojo, y para el corresponsal del *New York Times*, Henry Shapiro, Stalingrado simbolizaba el «triunfo del hombre sobre el metal», de los hombres soviéticos sobre el metal alemán, para ser exactos.[10] Pese al valor de estos reportajes como depositarios de imágenes y emociones de la guerra, no dejan de ser un tanto superficiales y sesgados. Los corresponsales extranjeros solo pudieron realizar un breve recorrido por Stalingrado, ya que de lo que sus guías soviéticos tenían de

verdad ganas era de llevarles ante los generales alemanes capturados, más que de que hablaran con ciudadanos soviéticos.[11]

Los periodistas que visitaron el campo de batalla en febrero de 1943 no sabían que más de un mes antes, una delegación de historiadores moscovitas había iniciado un proyecto a gran escala dirigido a dejar registradas para la posteridad las voces de los defensores de Stalingrado. Pertenecían a la Comisión de Historia de la Gran Guerra Patriótica, fundada por Isaak Mints, un catedrático de la Universidad Estatal de Moscú.

Los historiadores llegaron a Stalingrado a finales de diciembre de 1942 e iniciaron su tarea el 2 de enero de 1943. Visitaron varios lugares a lo largo de la línea del frente que recorría la ciudad sitiada: las acerías situadas al norte, el puesto de mando del general Vasili Chuikov, el asentamiento de Beketovka en el extremo sur de Stalingrado. En las trincheras y los búnkeres hablaron con comandantes, oficiales y soldados del Ejército Rojo. Un estenógrafo que les acompañaba transcribía las entrevistas. Los historiadores tuvieron que abandonar Stalingrado el 9 de enero, un día antes de que el Ejército Rojo comenzara su ofensiva final, y regresaron en febrero para retomar su tarea, pocos días después de que los alemanes se rindieran. Durante las semanas y meses siguientes llevaron a cabo muchas entrevistas individuales, llegando a recopilar 215 relatos de testigos presenciales: generales, oficiales de Estado Mayor, jefes de sección, simples soldados rasos, comisarios políticos, agitadores, marineros de la Flotilla Militar del Volga, enfermeras y varios civiles –ingenieros, obreros y un cocinero, entre otros– que habían trabajado en la ciudad arrasada por las bombas o simplemente luchado por sobrevivir allí.

Sus entrevistas acercan al lector a la batalla y ofrecen una vívida descripción de las acciones, pensamientos y sentimientos de los participantes soviéticos, que no es comparable a la de ninguna otra fuente conocida. En ellas los soldados se expresaban con espontaneidad sobre sus vidas y hacían descripciones detalladas y elocuentes (algunos en su

lengua vernácula) con la inmediatez de una grabación de audio. Los entrevistados hablaban de sus lugares de nacimiento, de cómo habían acabado en Stalingrado, y de la tarea que habían desempeñado allí. De forma franca y en primera persona, con autenticidad y todo tipo de matices, describían momentos de terror y de euforia, comentaban las fortalezas y debilidades del mando militar soviético, presumían de los honores que habían recibido, y relataban actos de heroísmo y de cobardía. Estas entrevistas son también únicas porque muchos de los participantes lucharon codo con codo y se refieren unos a otros por sus nombres. Consideradas en conjunto, las entrevistas transmiten una unidad de lugar, tiempo y acción como solo puede encontrarse en la literatura.

Los historiadores llevaron a cabo su trabajo sistemáticamente. En algunos casos entrevistaron a docenas de miembros de una misma división: el comandante, el representante político, oficiales de Estado Mayor, jefes de regimiento, mandos de compañía y la infantería. Entre ellos se incluían veinticuatro soldados de la 308.ª División de Fusileros, una unidad que sufrió importantes pérdidas al noroeste de la ciudad antes de ser reasignada a Stalingrado para proteger la fábrica de municiones Barricadas. Los historiadores también hablaron con ingenieros a cargo de la planificación y reconstrucción de la fábrica siderúrgica de Octubre Rojo, y con más de veinte soldados de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros que capturó al general Paulus y al resto del Mando del 6.º Ejército. Vistas en conjunto, todas estas perspectivas individuales entretejen una imagen polifacética de los soldados que participaron en la batalla. Junto con este sorprendente nivel de detalle, las transcripciones revelan esferas de experiencia compartida y esclarecen –con gran credibilidad– cómo funcionaba el Ejército Rojo como fuerza de combate. La sinceridad y la complejidad de las entrevistas de Stalingrado, no obstante, decidieron su destino. Los historiadores no consiguieron obtener la aprobación de los censores del Estado para su publicación durante la

guerra, y los documentos que reunieron quedaron más adelante sepultados en los archivos.[12] Aquí se ofrecen en español por primera vez.

Al igual que los periodistas que visitaron Stalingrado a principios de 1943, los historiadores del equipo de Isaak Mints se sintieron atraídos por los defensores de la ciudad. En su testimonio esperaban encontrar respuestas a la pregunta que observadores de todo el mundo se hacían: ¿cómo exactamente había sido capaz el Ejército Rojo de imponerse a un enemigo considerado superior en planificación operativa, disciplina militar y técnicas de combate? ¿De qué recursos se valieron los defensores de Stalingrado para parar los pies a los invencibles alemanes, que hasta ese momento habían tenido a Europa de rodillas? Estas preguntas han tenido ocupados a los investigadores hasta el día de hoy. El tema más controvertido probablemente es el que tiene que ver con la motivación de los soldados del Ejército Rojo en Stalingrado. ¿Actuaban libremente o fueron coaccionados, incluso a punta de pistola, para entrar en batalla? ¿Se apoyaban en valores tradicionales rusos o más bien específicamente soviéticos? ¿Hasta qué punto pesaba en la voluntad de los soldados el amor a la patria, el odio al invasor y la devoción por la figura de Stalin a la hora de luchar y morir? Las entrevistas realizadas durante la guerra en las que se basa este libro proporcionan respuestas interesantes y en ocasiones sorprendentemente nuevas a estas preguntas.

Con este coro de diferentes voces soviéticas de la guerra como protagonista, este libro permite a los lectores imaginar por primera vez a los soldados del Ejército Rojo y otros defensores de la ciudad como personas que piensan y sienten. Dando presencia a estas voces, el libro representa una gran aportación a la literatura sobre la Segunda Guerra Mundial que, en parte por la falta de acceso a documentos personales, retrata al Ejército Rojo como una maquinaria despersonalizada y a menudo se alimenta de tópicos sobre «el soldado ruso» carentes de una base real. El libro también sirve de contrapeso a los numerosos estudios sobre Stalingrado que en gran medida presentan el choque a través de los

ojos de los alemanes que quedaron atrapados en la ciudad. En cambio, las entrevistas de Stalingrado muestran con apasionante detalle cómo y desde qué posición entendieron la batalla los ciudadanos rusos.

El primer capítulo presenta el contexto histórico para que los lectores puedan comprender mejor las transcripciones generadas por la comisión enviada por Mints. Comienza ofreciendo una panorámica de la batalla y el tratamiento que le han dado los historiadores, seguida de una breve historia del Ejército Rojo y la sociedad soviética que culmina con la guerra. A continuación analiza los acontecimientos políticos y militares del Frente de Stalingrado a través de una lente microscópica. El capítulo también presenta la creación de la Comisión Histórica, sus objetivos y sus métodos, y su viaje a Stalingrado. Termina con un comentario sobre las entrevistas incluidas en este libro y la forma de presentarlas.

Estas entrevistas fueron conjuntamente preparadas para su publicación entre el Instituto de Historia Alemán de Moscú y la Academia de Ciencias Rusa. Bajo mi dirección, un reducido equipo de historiadores pasó dos años inventariando miles de páginas de transcripciones de las entrevistas, documentos internos de la comisión y otras fuentes relacionadas con el tema. Por limitaciones de espacio, solo una parte de las entrevistas han podido incluirse en este libro.[13] Diez de ellas se presentan de forma textual; muchas otras se entretejen formando verdaderos tapices y cuentan la historia de la batalla a través de un coro de voces militares y civiles (capítulos 2 y 3).

Mientras hablaban de cómo habían vivido la batalla de Stalingrado, muchos de los entrevistados compartían sus impresiones y pensamientos sobre el adversario alemán. Los historiadores de la comisión de Mints estaban interesados en esta cuestión, por lo que además reunieron una serie de documentos que sirvieron para arrojar luz sobre cuáles eran los horizontes personales de los soldados alemanes en Stalingrado. Estos documentos, entre los que se incluyen las transcripciones de alemanes capturados que fueron interrogados a principios de febrero de 1943 y el

diario de un soldado alemán, encontrado en el campo de batalla, constituyen el grueso del capítulo 4.

Por último, el capítulo 5 se centra en las consecuencias de la victoria soviética en Stalingrado y relata el dramático destino de los historiadores y escritores soviéticos que hicieron la crónica de la batalla.

UNA CIUDAD BAJO ASEDIO

La batalla de Stalingrado marcó un punto de inflexión en la Segunda Guerra Mundial. Durante seis meses, dos enormes ejércitos, cada uno con la orden de no ceder ni un palmo de terreno al enemigo, lucharon por el control de la ciudad que llevaba el nombre del dictador soviético.[14] La batalla terminó con el acorralamiento y destrucción de un ejército de campaña alemán al completo. Constituyó la peor derrota militar de la historia de Alemania hasta el momento y, tras la inmediata conmoción, los observadores alemanes más lúcidos supieron ver claramente la advertencia.[15] Para la Unión Soviética, Stalingrado representó su mayor victoria hasta la fecha sobre los invasores alemanes. Cambió el rumbo de la guerra a favor del Ejército Rojo; después de Stalingrado, sus divisiones avanzarían con paso seguro hacia el oeste, con la vista puesta en Berlín.

A raíz de que los avances alemanes sobre Leningrado, Moscú y Sebastopol quedaran paralizados en el otoño de 1941 y los soviéticos lanzaran su contraataque de invierno, Hitler empezó a planear una ofensiva de gran alcance para el verano siguiente, con el nombre en clave de Operación Azul. Comenzó el 28 de junio de 1942, con un gran ataque a lo largo del frente ruso-ucraniano dirigido a conseguir el control de los estratégicamente fundamentales recursos naturales de la región –las minas de carbón de la Cuenca del Donets y los yacimientos petrolíferos en torno a Maikop, Grozni y Bakú. Las divisiones pánzer y de infantería motorizada alemanas ganaron terreno rápidamente, pero las tácticas de pinza que empleaban a menudo fracasaban: cada vez que se veían

cercadas, las divisiones del Ejército Rojo entraban en rápida retirada. Hitler, dando por hecho que las tropas enemigas ya se habían dispersado, dividió el Grupo de Ejércitos Sur en dos partes: el Grupo de Ejércitos A, con órdenes de avanzar hacia el Cáucaso, y el Grupo de Ejércitos B, que debía dirigirse al noreste y asegurar los flancos. La punta de lanza del Grupo de Ejércitos B era el 6.º Ejército, comandado por el general Friedrich Paulus. Su misión consistía en tomar la ciudad de Stalingrado, punto clave para la industria y las fábricas de armamento, situado a orillas del río Volga.

En julio de 1942, la gravedad de la situación, como incluso un somero vistazo al mapa deja claro, se había hecho evidente para muchos ciudadanos soviéticos. El escritor Vasili Grossman anotó en su diario: «La guerra en el sur, en la cuenca baja del Volga, se parece a un puñal que va hundiéndose en el cuerpo».[16] El régimen respondió a la crisis con medidas severas. Tras la caída de Rostov del Don en manos alemanas, con escasa resistencia, Stalin emitió la Orden n.º 227, famosa por la línea «¡Ni un paso atrás!».[17] En adelante, cualquiera que retrocediera ante el enemigo sin orden expresa para hacerlo sería declarado traidor a la patria y juzgado por un tribunal militar. Este draconiano edicto fue aplicado en la batalla de Stalingrado. La ciudad se extendía como una franja de cuarenta kilómetros a lo largo de la orilla occidental del Volga. Aquí, «¡Ni un paso atrás!» significaba que el río era el punto de retirada más alejado para los defensores de la ciudad.

Desde el inicio de la batalla, los líderes soviéticos inculcaron en los soldados la importancia simbólica de Stalingrado. Era el lugar en el que Stalin había mantenido a raya a los enemigos del sistema soviético durante la guerra civil rusa. Perder Stalingrado a manos de los alemanes dañaría el mito de la ciudad y a su héroe epónimo, y tenía que evitarse por todos los medios. Por las mismas razones, la ciudad revestía una importancia crucial para Hitler. Contando con el golpe psicológico que una derrota soviética supondría para Stalin, desde un principio la planteó como una

batalla entre dos visiones del mundo opuestas. El 20 de agosto de 1942, Joseph Goebbels escribió en su diario que el Führer «ha hecho de la ciudad una prioridad especial. [...] No quedará piedra sobre piedra».[18]

En el lado occidental de la curva del Don, a cierta distancia de Stalingrado, las fuerzas alemanas encontraron una fuerte resistencia por parte del 62.º Ejército soviético. A pesar de ello, los alemanes hicieron 57.000 prisioneros, y cruzaron el Don el 21 de agosto. El 23, los primeros pánzer alemanes alcanzaron el Volga, a unos 65 kilómetros de distancia, e impidieron el acceso a Stalingrado desde el norte. La noticia hizo saltar todas las alarmas en Moscú. Tres días después, Stalin nombró al general Georgi Zhukov vicecomandante supremo del Ejército Rojo y le puso a cargo de la defensa de la ciudad.

Al principio de la guerra, la población de Stalingrado apenas alcanzaba el medio millón de habitantes y la ciudad era considerada un lugar seguro, muy alejado de las líneas del frente; para el verano de 1942 estaba llena de refugiados. Los responsables locales suplicaron a Stalin que permitiera la evacuación de fábricas y civiles, sin éxito. Lazar Brontman, un corresponsal del *Pravda* presente durante estas conversaciones, dejó anotado en su diario «como el jefe [Stalin] declaró con expresión taciturna: "¿Y adónde se les evacuaría? Hay que mantener la ciudad. ¡Punto final!", gritó, dando un puñetazo sobre la mesa».[19] Solo después de que los bombarderos alemanes hubieran reducido la ciudad a escombros, Stalin permitió salir a las mujeres y los niños.

Tras dos semanas de bombardeos, las tropas alemanas tomaron por asalto Stalingrado. El 14 de septiembre, un regimiento se abrió camino a través del centro de la ciudad y llegó hasta el Volga.[20] Durante los intensos combates de las semanas siguientes, los alemanes consiguieron hacer retroceder a los soldados del 62.º Ejército hasta el río. Una vez las tropas de asalto abrieron un camino, la autoridad de ocupación alemana estableció sus cuarteles, comenzó a ejecutar a comunistas y judíos y se dispuso a deportar a la población civil. En el otro bando, los defensores

soviéticos, atrincherados en la escarpada orilla occidental del Volga, no contaban más que con unas cuantas cabezas de puente. Recibían suministros, soldados y armas por barco, y los puestos de artillería situados en la margen este del Volga les daban cobertura. El 62.º Ejército en Stalingrado formaba parte del Frente Sudeste[21] comandado por el general Andréi Yeriomenko,[22] y estaba integrado por los 64.º, 57.º y 51.º Ejércitos, el 8.º Ejército del Aire y los buques y marineros de la Flotilla Militar del Volga, todos ellos estacionados al sur de la ciudad; incluía además al 1.º Ejército de la Guardia y a los 25.º y 66.º Ejércitos, situados al norte y al noroeste. En septiembre, estos últimos trataron repetidamente de abrirse camino a través de la barricada norte de Alemania y unirse a los defensores de la ciudad, pero nunca lo lograron.

El plan soviético para una gran contraofensiva cobró forma a mediados de septiembre, durante la fase crítica de la defensa de Stalingrado. Zhukov y Alexander Vasilievski, jefe de Estado Mayor de las fuerzas armadas soviéticas, propusieron a Stalin una operación que adoptaría el método de la *Blitzkrieg* alemana –la aplicación combinada de una enorme fuerza, velocidad y sorpresa– para rodear y derrotar al enemigo. Durante los dos meses siguientes, los soviéticos se prepararon para la ofensiva: otra formación (el Frente Sudoeste), al mando del general Nikolái Vatutin, fue trasladada en secreto a una posición en el alto Don; entretanto, los ejércitos localizados en Stalingrado (divididos desde finales de septiembre en dos frentes: el Frente del Don, bajo el mando del teniente general Konstantin Rokossovski,[23] y el Frente de Stalingrado, comandado por Yeriomenko) recibieron refuerzos tanto de soldados como de equipamiento. Estas maniobras no pasaron desapercibidas para los alemanes, pero los funcionarios de inteligencia, creyendo que las reservas de materiales y soldados de la Unión Soviética estaban agotadas, no les concedieron demasiada importancia.[24]

Tras una serie de ofensivas concertadas llevadas a cabo en octubre, el 6.º Ejército de Paulus todavía no tenía el control completo de Stalingrado.

Los observadores alemanes se esforzaban por explicar la inesperadamente obstinada resistencia del enemigo. El artículo central de la edición del 29 de octubre de 1942 del periódico oficial de las SS, *Das Schwarze Korps*, comenzaba con una evaluación de la moral soviética: «Los bolcheviques atacan hasta el agotamiento absoluto, y se defienden hasta la exterminación física del último hombre y la última arma. [...] A veces el individuo llega a luchar hasta más allá del límite de lo que se considera humanamente posible». Todo lo que los soldados de la Wehrmacht habían experimentado en sus campañas en Europa y el norte de África era como «un juego de niños comparado con el hecho en sí de la guerra en el Este». El artículo explicaba esta diferencia recurriendo a la biología racial alemana. Los soldados soviéticos procedían de una «raza humana más básica, menos inteligente», incapaz de «reconocer el significado y el valor de la vida». Debido a su supuesta ausencia de cualidades humanas, se pensaba que los soldados del Ejército Rojo luchaban sintiendo una total indiferencia hacia la muerte, ajena a los culturalmente superiores europeos. El artículo concluía describiendo la amenaza que suponía para Europa el «poder de esta raza inferior desatada» y convertía la batalla de Stalingrado en una cuestión que afectaba al destino histórico del mundo. «Depende de nosotros decidir si seguir siendo seres humanos o no.»[25]

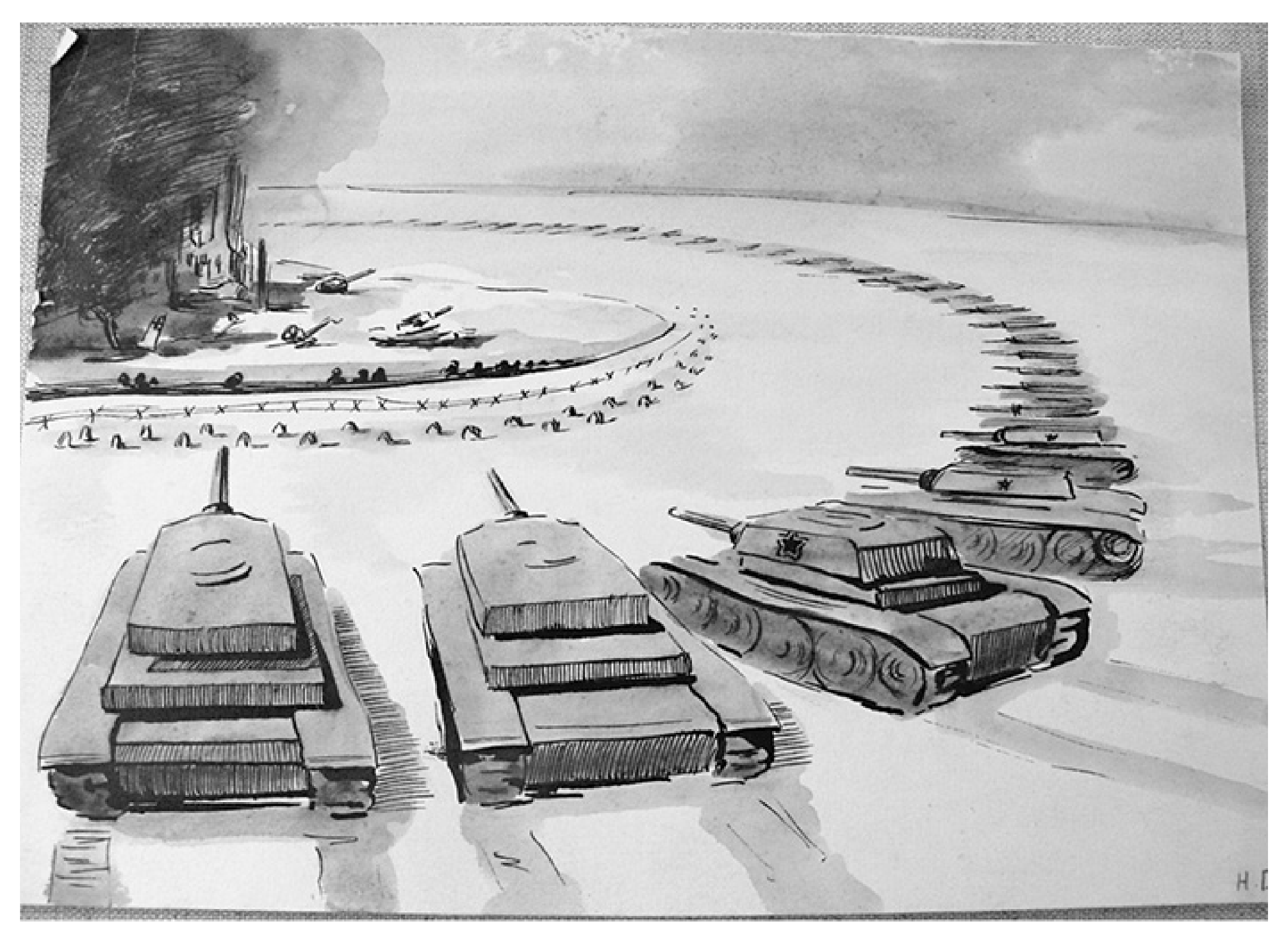
El 19 de noviembre de 1942, el Ejército Rojo inició por fin su contraofensiva, conocida como Operación Urano, con un contingente de más de un millón de soldados. Varias divisiones motorizadas avanzaron a través de los altos del Don, bajo control rumano, 150 kilómetros al oeste de Stalingrado. El 24 de noviembre, la vanguardia de los carros soviéticos unió sus fuerzas a las divisiones de carros de Yeriomenko, que cuatro días antes habían empezado a avanzar hacia el oeste desde el área sur de Stalingrado. Los alemanes y sus aliados estaban rodeados, atrapados en lo que ellos denominaron un *Kessel*, o caldero.

El mando del 6.º Ejército estuvo deliberando acerca de si debía intentar emprender la huida, pero Hitler ordenó mantener la «Fortaleza de

Stalingrado» a toda costa. Mandó establecer un puente aéreo para suministrar alimentos y municiones a los soldados atrapados en el *Kessel*. No era la primera vez que Hitler tomaba este camino. En diciembre de 1941, cuando el Ejército Rojo comenzó su contraofensiva a las afueras de Moscú, Hitler, que acababa de nombrarse a sí mismo comandante supremo del Ejército, emitió una orden por la que prohibía la retirada bajo amenaza de un severo castigo. Envolviéndose en la mística del líder militar de convicciones férreas, responsable de infundir ánimos a sus generales cada vez que estos sucumbían a la «neurastenia» y al «pesimismo», Hitler basaba su decisión en evitar el desmoronamiento del Frente del Este pese a los intensos ataques por parte del Ejército Rojo durante las semanas posteriores.[26] En enero de 1942, las fuerzas soviéticas consiguieron no obstante acorralar a seis divisiones alemanas –casi 100.000 soldados– más al norte, cerca de Demiansk, junto al lago Ilmen. Hitler respondió enviando aviones de abastecimiento. Esto continuó así durante dos meses hasta que, a finales de marzo, una fuerza de apoyo se abrió paso desde el exterior a través de la bolsa de Demiansk. Este fue el exitoso precedente del que se acordó el general Paulus cuando trataba de tranquilizar a los hombres del 6.º Ejército que habían quedado atrapados en Stalingrado, concluyendo su comunicado del 27 de noviembre con la frase «¡Aguantad! ¡El Führer nos sacará de aquí!».[27]

Pero la dura climatología y los intensos bombardeos dificultaban el puente aéreo de Stalingrado; los 300.000 soldados acorralados empezaron a sufrir escasez de comida y municiones. El general Erich von Manstein lanzó la Operación Tormenta de Invierno (12-23 de diciembre de 1942) en un esfuerzo por romper el cerco mediante un avance pánzer desde el sudoeste,[28] pero se quedó estancado a mitad de camino debido a la fuerte resistencia soviética. Entretanto, el Ejército Rojo había iniciado una ofensiva más hacia el oeste del Don conocida como Pequeño Saturno. Su objetivo era abrirse paso hacia Rostov, en el sur, impidiendo la llegada de la fuerza de apoyo alemana y dejando aislado a todo el grupo del ejército,

así como a los 400.000 soldados estacionados en el Cáucaso. La ofensiva tuvo éxito en parte: aunque obligó a Manstein a abortar la Operación Tormenta de Invierno, este fue capaz de proteger al ejército situado en el Cáucaso de una estrangulación inminente. A finales de noviembre, los líderes soviéticos iniciaron una campaña de propaganda masiva para persuadir a los alemanes y sus aliados de que se rindieran. Los aviones soviéticos lanzaron cientos de miles de octavillas escritas en alemán, rumano e italiano, en las que describían lo desesperado de la situación. Una delegación de exiliados comunistas alemanes en Moscú viajó a Stalingrado y emitió mensajes políticos por megáfono, pero sus esfuerzos por convencer a sus paisanos del otro lado de la línea del frente fueron inútiles. El 6 de enero, dos semanas después de que Manstein abortara su operación de apoyo, el general Rokossovski ofreció a Paulus una rendición en términos dignos. Bajo la intensa presión de Hitler, el comandante del 6.º Ejército ignoró la propuesta.



Operación Anillo. Dibujo militar soviético.

El último intento de los soviéticos para aplastar a las acorraladas tropas alemanas, denominado Operación Anillo, comenzó el 10 de enero. Desde el oeste, soldados del Frente del Don empezaron a empujar gradualmente al enemigo de nuevo hacia el interior de la ciudad. Al mismo tiempo, el 62.º Ejército intensificó sus ataques desde las orillas del Volga, y el 26 de enero se unió al Frente del Don en Mamáyev Kurgán,[29] una elevación de terreno estratégica situada al sur del distrito industrial de la ciudad, que fue durante meses escenario de duros enfrentamientos. Los soviéticos dividieron a los alemanes en dos bolsas, una al norte y otra al sur. El general Paulus, obligado en repetidas ocasiones a rendir sus cuarteles a medida que se acercaba el Ejército Rojo, buscó refugio para él y sus colaboradores el 26 de enero en la 71.ª División de Infantería, la primera unidad en llegar al Volga en Stalingrado; sus jefes tenían entonces

su cuartel general situado detrás de unos grandes almacenes de la plaza de los Héroes Caídos. El 30 de enero, día en que se cumplía el décimo aniversario de la llegada al poder de los nazis, Hermann Göring emitió un comunicado por radio que pudieron oír los soldados desplazados en Stalingrado. Göring comparaba a los alemanes de Stalingrado con los héroes de la Canción de los Nibelungos. Como estos, que «lucharon hasta el último hombre» durante una «sin par batalla en un salón envuelto en fuego y llamas», los alemanes lucharían –tendrían que luchar– «porque un pueblo que es capaz de luchar así debe vencer». La noche del 31 de enero, Paulus recibió un telegrama del cuartel general de Hitler que decía que había sido ascendido a mariscal de campo. Todos los implicados entendieron el mensaje: nunca antes un mariscal de campo alemán había sido hecho prisionero; para evitar esta ignominia, Paulus debía suicidarse. Pero, en lugar de ello, decidió desobedecer a su Führer.

En la mañana del 31 de enero, soldados soviéticos del 64.º Ejército rodearon la plaza de los Héroes Caídos. Un oficial alemán salió con una bandera blanca y presentó la rendición. Un grupo de soldados del Ejército Rojo fueron escoltados hasta el sótano de los grandes almacenes, donde se encontraba congregado el personal de Paulus. (El capítulo 2 contiene la narración detallada de este encuentro por parte de un testigo presencial.) Horas más tarde, los soldados alemanes que se encontraban en la bolsa sur depusieron sus armas. En la bolsa norte, los intensos combates continuaron durante dos días más. Se fueron extinguiendo cuando el Ejército Rojo hizo llover sobre los soldados alemanes fotografías que mostraban la rendición de Paulus.[30] Desde que comenzó la contraofensiva soviética hasta que terminó la batalla, 60.000 soldados alemanes murieron y 113.000 supervivientes alemanes y rumanos fueron hechos prisioneros, muchos de ellos heridos o completamente extenuados. En total, la batalla y posterior encarcelamiento costó la vida de 295.000 alemanes [190.000 en el campo de batalla, 105.000 en cautividad). Por el lado soviético, las

estimaciones más prudentes sitúan el número de muertos en 479.000, pese a que un investigador ha elevado la cifra de muertes a más de un millón.[31]

Los líderes nazis reaccionaron a la derrota del 6.º Ejército redoblando su propaganda y sus esfuerzos de movilización de masas. El sacrificio en Stalingrado, creían, motivaría a los combatientes alemanes a detener «la marea roja» que en aquel momento avanzaba hacia el oeste. Pasados apenas los tres días del luto oficial decretado en el país, Joseph Goebbels pronunció su discurso de la guerra total, recibido con el enfebrecido aplauso de un público de leales al partido. Con el Ejército Rojo amenazando con entrar en Europa, el espectro de las «hordas bolcheviques» de «Asia», largo tiempo invocado por los propagandistas nazis, se había convertido en una posibilidad real; para la aterrorizada población, la lucha parecía la única salida, y así fue como la guerra se prolongó dos años más, todavía con más intensidad que antes.

El bando soviético también incrementó la presión política. Los generales y oficiales alemanes capturados fueron alojados en un campo especial e instados a renegar públicamente de Hitler. Sus captores soviéticos habían previsto asignarles el papel de líderes de un Estado alemán de posguerra simpatizante con los soviéticos. La mayoría de los demás prisioneros ingresaron en campos de trabajo, donde recibían muy escasa comida y atención médica. En julio de 1943, tres cuartas partes del total de prisioneros alemanes en manos soviéticas habían muerto.

Cuando los soldados del Ejército Rojo recuperaron la ciudad, contabilizaron 7.655 supervivientes civiles.[32] Cuando comenzó la limpieza, los soviéticos descubrieron fosas comunes de civiles que los ocupantes alemanes habían fusilado o ahorcado. Varios miles de alemanes capturados fueron puestos a trabajar en febrero de 1943 en la retirada de cadáveres y la desactivación de bombas y minas. Más tarde ayudaron a reconstruir la ciudad.[33]

Llegado el fin de la batalla, la reprimenda que Stalin dio a sus comandantes en julio de 1942 pasó a convertirse en elogio, y concedió

además numerosas condecoraciones a los militares por sus logros. Alabó al Ejército Rojo como un «ejército de cuadros» y otorgó a cuatro ejércitos de campaña –el 62.º, el 64.º, el 24.º y el 66.º– el codiciado estatus de Guardias. Stalin también se premió a sí mismo, asumiendo el cargo de Mariscal de la Unión Soviética el 6 de febrero de 1943.

INTERPRETACIONES DE LA BATALLA

Pese a haber sido extensamente investigada y narrada, la batalla de Stalingrado se presenta en la mayoría de las descripciones occidentales como el fin de la Alemania nazi.[34] El principio de este relato suele situarse el 19 de noviembre de 1942, el día en que los soviéticos pusieron cerco al 6.º Ejército. Este marco cronológico transforma a los agresores en víctimas desesperadas –presas del frío, el hambre, que luchan por defenderse–[35] y omite el ataque alemán sobre Stalingrado y el largo reguero de sangre que fueron dejando los soldados del 6.º Ejército mientras se abrían paso a través de las ciudades ucranianas de Berdichev, Kiev y Járkov.[36] Incluso relatos más exhaustivos, que sitúan el comienzo en junio de 1941 e incluyen el testimonio de testigos presenciales soviéticos, siguen un guión alemán, perfectamente ejemplificados por el documental de televisión en tres partes titulado *Stalingrad: The Attack-The Kessel-The Doom* (2003).[37] El drama humano de Stalingrado a menudo se reduce a cuatro cifras: los 300.000 soldados alemanes atrapados en el *Kessel*, los 110.000 supervivientes que pasaron a ser cautivos de los soviéticos, los 6.000 que finalmente consiguieron volver a casa, y los doce años que tardaron en llegar a allí. El alcance de las pérdidas soviéticas, en cambio, rara vez se menciona en Occidente. A diferencia del retrato global que se hace de las actividades de la Wehrmacht en el Frente Oriental, que en las últimas dos décadas ha sido objeto de una importante revisión crítica (no exenta de algunas burdas simplificaciones), las visiones de Stalingrado siguen siendo hasta hoy

sorprendentemente complacientes y estrechas de miras, al enfatizar el sufrimiento de los soldados alemanes sin molestarse más que rara vez en mencionar al adversario.


Stalingrad
Bereslawskij
Karpowka-Ort
Dubininski
G.R.2 FALKE

Stalingrado, 1943. *Fotografía de Natalia Bode*.

A lo largo de los años, en Occidente, tanto la opinión pública como la especializada en el tema han presentado una serie de relatos distintos sobre Stalingrado. En la década de 1950 y de 1960, la atención se centró en la figura del combatiente en el campo de batalla, que mantuvo sus valores marciales hasta el último aliento. El ex mariscal de campo Erich von Manstein escribió en 1955 que el recuerdo del «incomparable heroísmo, fidelidad y sentido del deber» de los soldados que «murieron de hambre y frío» en Stalingrado «continuará vivo mucho tiempo después de que los gritos de triunfo de los vencedores se hayan apagado y los afligidos, los desilusionados y los resentidos hayan quedado en silencio».[38] Su recuerdo no duraría ni mucho menos tanto como Manstein predecía. A medida que la sociedad fue experimentando cambios –como los que los movimientos estudiantiles de finales de los sesenta simbolizan muy bien– y que fue emergiendo el área de estudio de la *Alltagsgeschichte* (historia de lo cotidiano), la imagen del valiente soldado fue siendo reemplazada por la del antihéroe. Los soldados de Stalingrado pasaron a ser considerados jóvenes sencillos, desorientados, que a veces apenas sabían expresarse en sus cartas, que habían sido empujados a la guerra y que no parecían compartir en absoluto las grandes ambiciones nazis.[39]

En la memoria popular alemana, Stalingrado también reviste connotaciones con la resistencia antinazi desde dentro. A este respecto existen algunas evidencias históricas. En febrero de 1943, Hans y Sophie Scholl, miembros del grupo de resistencia de La Rosa Blanca, distribuyeron copias de lo que sería el último panfleto que el grupo dirigiría a los estudiantes y profesores de la Universidad de Múnich. «La muerte de Stalingrado implora que actuemos», decía, llamando a los alemanes a liberarse de la tiranía del nacionalsocialismo.[40] (Este llamamiento cayó en saco roto, como también los manifiestos antifascistas escritos posteriormente por prisioneros alemanes de guerra en la Unión Soviética.) Otra posible fuente de resistencia procedía de los veteranos de Stalingrado que afirmaban haber renunciado a Hitler y al

nacionalsocialismo en medio de la batalla.[41] Pero ¿son creíbles estas aserciones? ¿Tuvo lugar su declaración verdaderamente en el momento que dicen, o fue un punto de vista expresado por primera vez en sus memorias?[42] Una cosa es segura: después de Stalingrado, innumerables alemanes siguieron del lado del régimen nazi en un redoblado esfuerzo por evitar que la marea de la guerra se volviera contra ellos.[43]

El hecho de poner el foco en el drama alemán vivido en Stalingrado ha dejado al bando soviético sin unos contornos bien definidos. Parte del problema radica en que los alemanes que lucharon en Stalingrado realmente no conocían a su adversario. Para ellos, los soviéticos eran una horda de piel tostada que se lanzaba sobre su enemigo gritando «¡hurra!», dirigidos por unos responsables políticos que blandían pistolas. Estas ideas se transfirieron a los estudios militares de la época de la posguerra. Los malentendidos fueron alimentados por los propagandistas del Tercer Reich, y hombres como Franz Halder, jefe de Estado Mayor de Hitler, más adelante se valdría del anticomunismo de inspiración racial para instruir a los americanos sobre «el soldado ruso».[44]

Por consiguiente, hoy en día seguimos sin tener una idea clara de cómo lucharon los soldados del Ejército Rojo, de los rasgos culturales que les hicieron comportarse de determinada manera durante la guerra, de qué era lo que les motivaba mientras luchaban contra unas fuerzas que creían superiores a las suyas, y lo que Stalingrado significó para ellos. Aunque los historiadores soviéticos citan las acciones de muchos héroes, no arrojan ninguna luz sobre los detalles y el contexto. La única excepción es el veterano de Stalingrado Alexander Samsonov. Su estudio de la estrategia militar empleada en la batalla no solo proporciona estos detalles, sino que constituye la única obra de importancia escrita por un autor soviético que también tiene en cuenta al bando alemán.[45]

Desde la disolución de la Unión Soviética se han abierto muchos archivos, lo que ha servido para expandir extraordinariamente nuestra comprensión de lo que en Rusia se conoce como la Gran Guerra Patriótica

y del lugar que dentro de ella ocupó la batalla de Stalingrado. Esto se debe en gran medida a los esfuerzos de archivistas e investigadores rusos, entre ellos los empleados en el Servicio de Seguridad Ruso (FSB), que han entregado gran abundancia de materiales que antes habían estado clasificados. Entre estos se incluyen datos detallados sobre deserciones, arrestos y ejecuciones dentro del Ejército Rojo, así como informes secretos de agentes de la Sección Especial de la NKVD que analizan el ambiente político entre las tropas soviéticas.[46] Por otra parte se ha publicado un buen número de memorias, cartas y diarios de la guerra sin censurar, incluidos los reveladores diarios de Vasili Grossman y Konstantin Simonov, dos escritores que trabajaron como corresponsales de guerra en el Frente de Stalingrado.[47] No obstante, cuando se trata de los pensamientos y actitudes que los ciudadanos soviéticos mantuvieron durante la guerra, el panorama sigue resultando incompleto. El problema radica en parte en las restricciones de la censura soviética, que se aseguró, salvo escasas excepciones, de que las cartas soviéticas de la época de la guerra no mostraran nombres de lugares exactos ni descripciones detalladas de hechos y opiniones. La otra parte del problema, más importante aún, es que dentro de los ingentes archivos del Ministerio de Defensa ruso todavía quedan montones de documentos de la guerra –archivos personales, materiales de vigilancia secreta, protocolos de interrogatorios, cartas confiscadas– a los cuales el acceso sigue estando prohibido.[48]

Los historiadores continúan debatiendo sobre las motivaciones de los soldados soviéticos. ¿Hasta qué punto luchaban por voluntad propia, impulsados por el amor a la patria, la lealtad al sistema soviético o a la persona de Stalin? ¿Fueron coaccionados para alistarse? Antony Beevor así lo sostiene. En su exitoso libro sobre la batalla, critica duramente al sistema soviético por su «inconcebible crueldad».[49] Beevor describe la lucha en Stalingrado no solo como un choque entre alemanes y rusos, sino también como una batalla que los líderes soviéticos libraron contra su

propia población. Desde su perspectiva, hay una cifra que ilustra especialmente bien el carácter inhumano del régimen: la decisión del general Chuikov de ejecutar a alrededor de 13.500 soldados del Ejército Rojo reticentes a luchar en el 62.º Ejército. Beevor menciona estas muertes en su prefacio, y concluye el libro señalando que «los miles de soldados soviéticos ejecutados en Stalingrado al dictado de sus órdenes [las de Chuikov] nunca tuvieron una tumba con su nombre».[50] Pero no aporta pruebas convincentes. Se limita a citar al historiador militar John Erickson, que menciona «informes» que hablan de 13.500 ejecutados por pelotones de fusilamiento.[51] Los materiales recientemente desclasificados, sin embargo, muestran que en el periodo comprendido entre el 1 de agosto y el 15 de octubre de 1942 –una de las fases más críticas de la batalla para el Ejército Rojo– la policía secreta soviética (NKVD) ejecutó en el Frente de Stalingrado a 278 soldados soviéticos, de los cuales solo una parte pertenecían al 62.º Ejército.[52]

Las entrevistas publicadas en este libro dejan claro que la violencia, y especialmente la amenaza de violencia, fueron profusamente utilizadas en el Ejército Rojo, pero también sugieren que las ideas occidentales sobre las ejecuciones masivas en el Frente de Stalingrado deberían revisarse. Dichas ideas quedan claramente patentes en la película *Enemigo a las puertas* (2001). En la primera escena, soldados de la 284.ª División de Fusileros Siberiana son lanzados a la batalla con insuficientes armas y municiones. Como cabe esperar, el ataque se detiene y los soldados se baten en retirada. Inmediatamente son acribillados a balazos por un destacamento de bloqueo de la NKVD que les dispara con armas automáticas. Las transcripciones de Stalingrado, que incluyen conversaciones con dos soldados de la 284.ª División de Fusileros Siberiana, el comandante Nikolái Aksionov y el célebre francotirador Vasili Zaitsev, el protagonista de *Enemigo a las puertas*, dejan claro lo lejos que esta escena queda de la realidad.

Además de presentar la batalla desde una perspectiva predominantemente alemana, el libro de Beevor se hace eco de una serie de clichés originados en la propaganda de la era nazi. Por ejemplo, describe la voluntad de los soldados para defender la Unión Soviética hasta el punto de la inmolación como «casi atávica», una expresión evocadora del «primitivo» enemigo del este descrito por Goebbels y otros.[53] Beevor también está convencido, aun sin aportar evidencias sólidas, de que las tropas soviéticas vivían con el miedo permanente a los responsables para asuntos políticos, los llamados comisarios. En cambio, alaba a los oficiales de la Wehrmacht por su refinamiento y caballerosidad, y se deleita en la imagen de «artilleros alemanes en pantalón corto, con sus torsos bronceados y musculados de levantar proyectiles» que «parecían atletas de una película de propaganda nazi».[54] Si Beevor se hubiera tomado más tiempo para estudiar el otro bando, habría leído cómo los ciudadanos soviéticos veían a los descamisados invasores alemanes como groseros y poco civilizados.[55] Cómo conceptos, «primitivo» y «civilizado» no son más que atributos variables, que dependen de factores culturales.

Si Beevor describe a los soldados soviéticos como sujetos aterrorizados, la historiadora británica Catherine Merridale los retrata como víctimas de un engaño. Mientras que los soldados creían que tomaban parte en una lucha por liberar a la Unión Soviética de los invasores nazis, el régimen de Stalin les tenía permanentemente oprimidos en condiciones comparables a las de la esclavitud.[56] La historia social que Merridale hace del Ejército Rojo ofrece vívidas descripciones de situaciones de privación y adversidad en la vida diaria de los soldados, pero resulta menos convincente cuando escribe sobre sus experiencias de guerra. Argumenta que las tropas soviéticas vivieron dos guerras diferentes: «La primera, la que solo ellos conocían, era la guerra del campo de batalla, la guerra atronadora de las granadas y el humo, la guerra vergonzosa del terror y la retirada. Pero había otra guerra que era obra de

escritores, la guerra creada por la propaganda».[57] La ideología que apelaba a la moralidad y prometía una guerra justa no tenía nada que ver, en opinión de Merridale, con la experiencia directa de la guerra por parte de los soldados; para ellos era algo impuesto externamente. Sin embargo, como método de análisis, el intento de separar la experiencia de la ideología es discutible, ya que da por hecho que los individuos conciben la experiencia fuera de los valores y de la expresión lingüística. Pero es que, además, los soldados que hablan en su libro se identifican en gran medida con el lenguaje popular y los ideales de su época.[58]

En su afán por tratar de sacar a la luz la experiencia «real» del soldado soviético, liberado de la ideología del Estado, Merridale entrevistó a docenas de veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Irónicamente, descartó la mayoría de sus testimonios basándose en que repetían como loros las posturas oficiales –como si todos los veteranos hubieran sucumbido a un estado de falsa conciencia.[59] Su asociación de los ideales morales y el patriotismo con la guerra no encajaba con la idea preconcebida de Merridale de que la guerra no era más que sufrimiento y estremecedora violencia. No hay lugar en su concepción para unos soldados del Ejército Rojo identificados con el Estado, la patria o los valores socialistas.

Cualquiera que, como Merridale o Beevor, describa a la población soviética como esclavizada por el sistema no puede explicar convincentemente por qué millones de personas lucharon contra los alemanes hasta derrumbarse literalmente. Estudios más recientes como los de Yelena Seniavskaya, Amir Weiner, Lisa Kirschenbaum y Anna Krylova abordan las cuestiones clave que aún continúan sin respuesta: ¿cómo convenció el Estado a grandes sectores de población para que se unieran al esfuerzo de la guerra y a qué reservas intelectuales y espirituales apeló para ello? Ellos describen cómo muchos periodistas, escritores y artistas ayudaron a acuñar y distribuir consignas inspiradoras;

investigan cómo la población civil extrajo un significado a los rigores de la guerra gracias a los llamamientos al heroísmo procedentes del Estado; y muestran cómo los soldados del frente empezaron a verse a sí mismos como parte activa del régimen soviético.[60]

Las transcripciones de Stalingrado permiten por primera vez escuchar las voces de soldados del Ejército Rojo, hasta la fecha prácticamente desconocidas, a través un diverso y variopinto espectro. Dan una forma tridimensional a las emociones, motivaciones y acciones de soldados individuales –soldados que se veían a sí mismos como participantes activos y tenían interiorizado su rol como combatientes– y de este modo proporcionan una base para la reciente tendencia entre los especialistas en el tema a considerar la Gran Guerra Patriótica como una guerra del pueblo. Pero las entrevistas revelan además un elemento que resulta antagónico con la mayoría de las descripciones occidentales: el enorme esfuerzo del Partido Comunista por condicionar a las tropas.[61] El partido era una fuerza institucional siempre presente en forma de responsables políticos y mensajes ideológicos. Permeaba todo el escalafón militar y enviaba a sus emisarios –comisarios políticos, agitadores, partido y secretarios de la liga de las juventudes– a las trincheras, donde arengaban, asesoraban, animaban y elevaban el espíritu de las tropas, explicaban cómo estaba la situación en ese momento, e infundían significado. Las entrevistas muestran el modo en que este aparato funcionaba, movilizaba a los soldados y respondía a las crisis. Los responsables para asuntos políticos denunciaban cada señal de debilidad como cobardía y traición contrarrevolucionaria, al tiempo que promovían la autodisciplina y el heroísmo. Junto con la policía secreta, el partido tenía al ejército bajo un yugo de hierro. Pero incluso cuando los funcionarios del partido repartían castigos, las intenciones eran correctivas y su objetivo era instruir, motivar y reformar a las tropas.

Los historiadores occidentales han subestimado la función movilizadora del partido comunista. Esto se debe en parte a que su acceso ha estado limitado a los documentos oficiales de instancias políticas, a partir de los cuales es bastante difícil hacerse una idea del funcionamiento cotidiano del aparato político. Pero se debe también a que dichos historiadores tienden a entender el partido exclusivamente como represivo por naturaleza, considerando su funcionamiento ideológico como una mera demostración de poder político. A este error contribuye también la opinión de muchos historiadores militares de que el Partido Comunista constituía un obstáculo para los militares y de que el Ejército Rojo no se convirtió en una fuerza de combate eficaz hasta que se eliminó a los comisarios políticos.[62] Pero en realidad, el partido nunca se fue; de hecho, su presencia en las fuerzas armadas fue aumentando a medida que la guerra continuaba.

El historiador estadounidense Stephen Kotkin entiende el poder y la ideología en los comienzos de la era soviética de una forma que contribuye a arrojar luz sobre las circunstancias del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial. El estudio local de Kotkin sobre la construcción del socialismo dentro de una ciudad industrial soviética ilustra cómo el Estado comunista, a través de unas formas determinadas de discurso y de conducta, transformó a millones de inmigrantes rurales y refugiados a partir de un molde socialista. Los agitadores del partido se aseguraban de que los trabajadores no solo cumplieran con las cuotas sino de que comprendieran el significado político de la lucha de clases internacional. El régimen agrupaba a los individuos dentro de «brigadas de choque» y los enfrentaba en competiciones socialistas. Aquellos que aprendían a «hablar bolchevique» podían hacer carrera y se sentían parte de la sociedad comunista y del gran futuro que el régimen publicitaba.[63] Pero como consta en numerosos diarios y cartas de la década de 1930, la interiorización de los valores socialistas no solo se producía a través de las directrices del partido; muchos ciudadanos soviéticos, especialmente

los más jóvenes y más instruidos, vieron la década de 1930 como una batalla histórica entre un comunismo emergente y un capitalismo en crisis (del cual el fascismo formaba parte), y trataron de que sus vidas estuvieran a la altura de estas altas exigencias.[64] Muchos creían que ellos mismos debían prepararse de cara a un conflicto que consideraban inevitable.[65]

Estos ideales, como formas de conducta y de expresión inculcadas, no se desvanecieron cuando estalló la guerra; al contrario. Las transcripciones de Stalingrado documentan la posterior evolución de rasgos del carácter soviético característicos de la década de 1930: obstinado, optimista, preocupado por el bien colectivo y tolerante con la violencia.[66] Una vez estallada la guerra, el partido llevó su condicionamiento ideológico a las fábricas y lugares de trabajo, instando a los trabajadores (por entonces sobre todo mujeres) a satisfacer las necesidades de la industria de guerra. Destinó más agitadores a las trincheras y refugios de los campos de batalla y patrocinó nuevas competiciones socialistas para ver quién mataba más alemanes. A juzgar por las medallas y otras distinciones concedidas durante la guerra, esta renovada oleada de subjetivación en la sociedad soviética envolvió a miles de trabajadores civiles y soldados del Ejército Rojo.

La perspectiva de Kotkin enfatiza la conexión entre un partido y una sociedad que se reforzaban mutuamente. Esta descripción contradice la convicción de muchos investigadores de que la sociedad soviética se oponía al partido y durante los años de la guerra se liberó temporalmente de las cadenas del régimen de Stalin. El literato ruso Lazar Lazarev, que fue además veterano de guerra, habla de la «desestalinización espontánea». Tanto él como otros señalan que, una vez comenzada la guerra, el régimen permitió mayores libertades dentro del ambiente intelectual; incluso que el periódico del partido, *Pravda*, fue más veraz en sus informaciones.[67] El principal defensor de esta opinión fue Vasili Grossman, un corresponsal de guerra que estaba en Stalingrado en el otoño de 1942 y que permaneció allí más tiempo que ningún otro

observador. Su novela épica, *Vida y Destino* (1950-1959) es un monumento a los soldados del Ejército Rojo que lucharon allí.[68] Paradójicamente, la novela describe la ciudad en ruinas como un espacio de libertad. Los funcionarios del partido, estacionados en el puesto de mando del Estado Mayor, a una cierta distancia de seguridad del combate, han perdido el control de la ciudad. Cuando la vieja jerarquía se va viniendo abajo, un comisario es enviado a la ciudad para averiguar cuál es la situación. Las conversaciones abiertamente políticas que escucha le escandalizan, pero a la vez se queda impresionado por cómo se apoyan los soldados entre sí y el sentido de comunidad que les une. Este espíritu de fraternidad y democracia le recuerda su juventud y las primeras etapas de la Revolución Rusa. Grossman describe la llama de la libertad humana que durante un breve tiempo se mantuvo encendida en Stalingrado, pero que volvió a apagarse cuando los alemanes fueron derrotados y el Gobierno de Stalin recuperó el control de la sociedad.

Este tipo de pensamientos están ausentes en lo que Grossman escribe mientras se está desarrollando la contienda. Incluso en su diario de guerra, más sincero y crítico, se expresa con admiración hacia los comunistas que utilizaban su autoridad moral para elevar los ánimos de los desalentados soldados del Ejército Rojo. En una de las entradas de dicho diario narra una reunión con el comisario de brigada Nikolái Shliapin. Durante una operación de combate en Bielorrusia, en julio de 1941, Shliapin consiguió reanimar y mover a la acción a los soldados supervivientes de su división y se abrió paso entre las líneas alemanas. Grossman lo describía como un hombre «inteligente, fuerte, tranquilo, grande y lento. La gente siente su fuerza interior».[69] En la traducción inglesa del diario, editado por Antony Beevor, la entrevista de Grossman con Shliapin no se incluye. Beevor eliminó la entrevista basándose en que estaba plagada de «clichés soviéticos de la época» y por tanto no revestía interés para los lectores actuales. La entrevista de Grossman con el asistente de Shliapin, el comisario político Klenovkin, tampoco consta en las ediciones de Beevor.

El asistente describe a Shliapin como un salvador: «En combate, el comisario camina pausada y lentamente. “¡Ven aquí, no pasa nada!” Actúa como si no estuviéramos en medio del combate. Todo el mundo le mira expectante. “El comisario está con nosotros”».[70] Klenovkin sirvió de inspiración para uno de los personajes clave de la novela de Grossman titulada *El pueblo es inmortal* (1942).[71]

El espíritu de Stalingrado, como lo entendía Grossman, consistió en la fuerza moral de unos soldados corrientes que alcanzaron el estatus de héroes al arriesgar sus vidas para cumplir con su deber cívico. Algunos comisarios, aunque no todos, dieron admirable ejemplo de ello. Para Grossman, la guerra contenía la promesa de una renovación moral del partido y la relación de este con la sociedad soviética. Solo años más tarde se daría cuenta de que sus esperanzas habían sido ilusorias, lo que le obligó a replantearse sus experiencias.[72] En *Vida y Destino*, el entusiasmo inicial de Grossman por los héroes de la guerra soviética pasó a convertirse en una fe declarada en la libertad individual, contraria a lo que promulgaba el régimen de Stalin.

Grossman, sin embargo, no estaba equivocado respecto al ambiente político durante los años de la guerra: de hecho se había vuelto más liberal a medida que el partido fue comenzando a abrirse al exterior (como muestran las transcripciones de Stalingrado). En concreto, el partido cambió sus criterios de admisión. Hasta entonces la prueba decisiva había consistido en conocer teoría marxista y proceder de la clase obrera mientras que, a partir de ese momento, radicó en los logros militares. El partido abrió sus puertas a cualquiera que pudiera demostrar que había matado alemanes en batalla. Así fue como muchos de los mejores soldados fueron admitidos en el partido. Entre 1941 y 1944, el número de miembros del partido dentro del ejército fue aumentando sin parar, y para el final de la guerra la inmensa mayoría de comandantes portaban el carné de miembro. Durante este proceso, no solo cambió la composición del partido, sino también el significado de la pertenencia a él. El partido

adquirió un carácter más militar y se hizo más cercano al pueblo.[73] Sin embargo, a medida que se iba acercando el final de la guerra, la jefatura del partido invirtió el rumbo, endureciendo los requisitos de admisión y aumentando la vigilancia dentro de sus filas.[74]

Apoyándose en una formación y supervisión continuas, los funcionarios del partido generaron una forma unificada de ver el mundo entre las tropas del Ejército Rojo. La omnipresencia y la eficacia del compromiso político en las unidades militares diferencian al Ejército Rojo del resto de los ejércitos modernos. Recientes estudios históricos sobre la cuestión de por qué y cómo luchan los soldados a menudo apuntan a lealtades y relaciones creadas dentro de los grupos de combate más básicos o «primarios»: el pelotón o la compañía. Dichos estudios otorgan la máxima importancia y en ocasiones incluso un valor universal a la camaradería o la idea de formar un «grupo de hermanos».[75] Y sin embargo estos conceptos desempeñaron un papel secundario dentro del Ejército Rojo. Para empezar, porque la terrible cifra de bajas en el bando soviético devoró a unidades soviéticas enteras en cuestión de días, lo que hizo imposible que los soldados llegaran a desarrollar ninguna cohesión personal. Pero además, porque las autoridades comunistas se esforzaban por suprimir este tipo de lazos: temían que las visiones y deseos particularistas de los soldados pudieran ir en detrimento de su identidad soviética más amplia. A diferencia del ejército alemán, que abastecía sus unidades con soldados de la misma región para reforzar así su identidad regional *(Landsmannschaft)*, las fuerzas armadas soviéticas mezclaban reclutas de distintas procedencias para evitar actitudes nacionalistas.[76] El cemento que la jefatura del Ejército Rojo utilizaba para unir a soldados diversos y motivarles para luchar era la ideología. Una ideología predicada continuamente a cada recluta y construida a partir de conceptos fácilmente accesibles y con una enorme carga emocional: el amor a la patria y el odio al enemigo.

Durante la guerra, varios observadores alemanes quedaron impresionados por el ejemplo soviético. Tras la batalla de Stalingrado pidieron que la formación política dentro de la Wehrmacht se ampliara radicalmente, argumentando que constituía la semilla fundamental de la moral militar. En diciembre de 1943 Hitler creó el puesto de oficial de liderazgo nacionalsocialista (NSFO), el cual, a diferencia de los comisarios, procedía del ejército, pero tenía que ser confirmado en el cargo por los jefes del partido.[77] Debido a que la identidad militar de los soldados y oficiales de la Wehrmacht estaba al margen de la política, las reformas no encontraron acogida. La gente se burlaba del oficial político llamándole el «NSF zero». Las cuestiones políticas revestían un estatus muy distinto en el Ejército Rojo, como su propio nombre deja claro.[78]

EL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO

El 23 de febrero de 1943, tres semanas después de su victoria en Stalingrado, el Ejército Rojo conmemoraba su veinticinco aniversario. Al tratarse de un ejército joven, aún mostraba rastros de sus orígenes en la Revolución Rusa y la posterior Guerra Civil (1917-1921). Hasta qué punto la era revolucionaria estuvo presente en los soldados de Stalingrado es algo que queda bien ilustrado en las entrevistas con el general Vasili Chuikov y el general Alexander Rodímtsev, los cuales se unieron al Ejército Rojo durante la conmoción de la revolución y se forjaron como militares durante la Guerra Civil. Pero existieron también otros vínculos, institucionales e intelectuales, entre la guerra civil y la Segunda Guerra Mundial. El Ejército Rojo de Obreros y Campesinos –rebautizado como Ejército Soviético en 1946– se concebía a sí mismo como un nuevo tipo de organización revolucionaria. Era «el primer ejército político del mundo» y estaba equipado con un arsenal de palabras, además de las armas.[79] Esta ambición encontró una sorprendente expresión en un primer

emblema del Ejército Rojo en el que aparecían una pistola y un libro junto a la hoz y el martillo.[80]

El Ejército Rojo comenzó siendo un ejército de voluntarios animado por el espíritu revolucionario de obreros armados, los llamados Guardias Rojos. En el verano de 1918, cuando los enemigos tenían cercada a la Rusia Soviética, Leon Trotsky, como comisario de guerra del Ejército Rojo, introdujo la movilización general, abriendo las puertas del ejército a millones de soldados procedentes del campo. Lenin se quedó de una pieza al ver desfilar a reclutas andrajosos por la plaza Roja en el primer aniversario de la Revolución de Octubre.[81] Sin embargo, los bolcheviques trataron desde el primer momento de moldear a los miembros del Ejército de Campesinos. Iniciaron la instrucción obligatoria en lectura, escritura y matemáticas, y continuamente apelaban a la conciencia política de los reclutas con la esperanza de que lucharían por el nuevo sistema desde unas creencias y convicciones personales.[82] Hacia el final de la guerra civil, el Ejército Rojo estaba formado por cinco millones de soldados, muchos más de los necesarios para derrotar a los Blancos. Para la jefatura soviética, la motivación crucial radicaba en otra cosa: asegurarse de que el mayor número de personas posible adquiriera los rudimentos del socialismo.

Como marxistas, los bolcheviques proporcionaron a los reclutas un conocimiento más amplio de la política. Cada uno de ellos desempeñaba un papel activo en la escena política mundial; cada pensamiento y acción comportaba un significado político. Los bolcheviques querían que los reclutas interiorizaran el mensaje y lucharan por voluntad propia porque creían que eso les hacía mejores soldados y ciudadanos. Su concepto de la naturaleza humana era absolutamente voluntarista: una persona con una voluntad plenamente desarrollada podía conseguir cualquier cosa. Los comunistas soviéticos entendían a las personas como productos de su entorno y, por tanto, consideraban la naturaleza humana como algo adaptable. Los campesinos no cualificados para el combate eran ignorantes, pero podían aprender. Los desertores que mostraban

arrepentimiento y reconocían sus errores tenían una segunda oportunidad. En cambio, los desertores del Ejército Blanco eran ejecutados sumariamente, siguiendo la práctica habitual de la Rusia zarista.[83]

Para supervisar las creencias de los soldados, los líderes soviéticos introdujeron un sistema completo de vigilancia política. Durante la Primera Guerra Mundial, muchos gobiernos controlaron muy de cerca la moral de la tropa, pero ninguno llegó tan lejos como los bolcheviques. En las décadas de 1920 y 1930, así como durante toda la Segunda Guerra Mundial y en adelante, censores militares bajo la dirección de la policía secreta filtraron todas las cartas escritas por los soldados del Ejército Rojo.[84] Las cartas no iban simplemente selladas, sino dobladas en triángulos, en cada uno de los cuales el censor estampaba su sello y su firma. En cambio, los inspectores de correos de la Wehrmacht se limitaban a hacer comprobaciones aleatorias.[85]

La vigilancia soviética llevó siempre incorporada una función educativa. Los bolcheviques querían educar al ignorante, convertir al escéptico y eliminar a los «contrarrevolucionarios» más recalcitrantes. Dado que el sistema de vigilancia y educación llegaba a penetrar profundamente en la vida cotidiana, los soldados del Ejército Rojo estaban familiarizados con las categorías morales de los líderes soviéticos. La pusilanimidad, los valores burgueses y la indiferencia política eran anatema; la crítica abierta a los superiores en la correspondencia por correo, desaconsejable; las acciones abnegadas y heroicas, el ideal.

El Partido Comunista tuvo una fuerte presencia institucional en el Ejército Rojo desde el primer momento. Los bolcheviques formaron células del partido en todos los niveles del ejército, desde el más alto hasta la compañía. Los comisarios (*politruks* en el nivel de la compañía y *voenkoms* en los grados más altos del escalafón) actuaban como representantes directos del Gobierno. En un principio, su tarea primordial era supervisar al mando militar al que eran asignados y al que eran iguales en rango. Todas las órdenes emitidas por los mandos requerían la

aprobación expresa de su respectivo comisario.[86] Este doble sistema de liderazgo militar y político tuvo su origen en la decisión tomada por Trotsky en la primavera de 1918 de reclutar a miles de antiguos oficiales zaristas en el Ejército Rojo.[87] Trotsky creía que la pericia militar de estos «especialistas burgueses» beneficiaría al régimen soviético porque el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos contaba con muy pocos jefes con experiencia. (Trotsky y otros bolcheviques evitaban a propósito los términos «oficial» y «soldado», que asociaban a las jerarquías y las diferencias de clase del ejército zarista. En lugar de estos, empleaban otros como «hombres del Ejército Rojo» o «combatientes». Cualquier mención a «soldados» hacía referencia a las tropas enemigas.) Muchos otros bolcheviques, incluidos Stalin y su estrecho colaborador Kliment Voroshílov, discrepaban de Trotsky. Encontraban repulsivos a los antiguos miembros del ejército zarista tanto personal como políticamente. El conflicto entre Stalin y Trotsky se mantuvo latente varios años antes de saltar a la luz pública.

Esta relación entre el comisario y el jefe queda retratada en la novela autobiográfica de Dmitri Furmanov, *Chapayev* (1923). Furmanov fue un maestro de provincias antes de entrar en el partido bolchevique en 1918 y en el Ejército Rojo al año siguiente. Allí sirvió como comisario para el comandante de brigada Vasili Chapayev mientras ambos luchaban codo a codo contra el Almirante General del Ejército Blanco, Kolchak, en los Urales. En su novela, Furmanov describe a Chapayev como un intrépido buscavidas, rebosante de fervor anarquista campesino. El comisario de la unidad, un combatiente disciplinado y paciente profesor, encauza la energía de Chapayev a fin de que el tosco comandante sea de verdad útil a la revolución. A lo largo de muchas conversaciones, el comisario va inculcando una conciencia política más elevada en el físicamente poderoso pero mentalmente maleable Chapayev.

La novela fue llevada al cine en 1934, convirtiendo a Chapayev en la encarnación del héroe soviético. Al año y medio de su estreno, Stalin ya

había visto la película docenas de veces. Se sabía las escenas y los diálogos de memoria y después de cada proyección analizaba y volvía a analizar a los actores y el argumento de la película.[88] Varios de los soldados entrevistados en Stalingrado mencionaron a Chapayev, y una cañonera de la Flotilla Militar del Volga llevaba su nombre.

Curiosamente, la película incluye una subtrama que no está presente en la novela: un incipiente romance entre dos personajes secundarios, el ayudante de Chapayev, Petia, y una artillera llamada Anka. Esta, a quien en un principio Petia no toma muy en serio, demuestra su valía repeliendo con valentía un ataque de los Blancos. En una escena clave, las tropas enemigas, vestidas con uniformes de gala y desfilando en formación –como la película deja claro, con intención intimidatoria–, se están aproximando a los rojos, que están en clara inferioridad numérica. Los camaradas de Anka están deseosos de disparar y saltar sobre las tropas enemigas, pero Anka espera hasta que casi las tiene encima para abrir fuego, acribillándoles furiosamente con una metralleta Maxim. Sus acciones animaron a muchas mujeres jóvenes a alistarse en 1941[89] y simbolizaron la presencia de ánimo y la fuerza de voluntad de la que se jactaban los bolcheviques. Pero la intimidación psicológica descrita en la película no era más que una fantasía, alimentada por la creencia de que el enemigo pretendía quebrar la voluntad comunista. Los soldados del Ejército Rojo hablaban con frecuencia de los «ataques físicos» alemanes. Con toda probabilidad, esta impresión tenía más que ver con *Chapayev* que con las verdaderas intenciones del enemigo.[90]

La cultura del Ejército Rojo durante la guerra civil estuvo marcada no solo por la movilización política sino también por la pura violencia física. Muchos de los comandantes entrevistados en Stalingrado se habían curtido de jóvenes en la guerra civil. El futuro comandante Vasili Chuikov aprendió a cementar su autoridad en palizas y ejecuciones. El escritor Isaak Babel, que trabajó como corresponsal de guerra, narraba cómo el comandante Semion Timoshenko, «un hombretón vestido con pantalón

de cuero rojo y gorra roja, bien fornido», azotaba a sus oficiales del regimiento con una fusta y les disparaba con su pistola para conducirles hacia la batalla. Babel también vio a Kliment Voroshílov –que más adelante se convertiría en confidente de Stalin y formaría parte de la jefatura política y militar soviética durante la Segunda Guerra Mundial– riñendo a un comandante de brigada delante de sus soldados mientras cabalgaba sobre su montura de un lado a otro.[91] Babel dejó constancia de una violencia brutal entre la tropa, ejecuciones de prisioneros de guerra polacos y asaltos a judíos y otros civiles. Aunque horrorizado por todo ello, continuó expresando su admiración por las heroicas hazañas y las convicciones de los soldados, que él mismo contribuyó a fomentar con los artículos que escribía desde el frente.

LA CIUDAD DE STALIN

Tanto Josif Stalin como la ciudad bautizada con su nombre habían experimentado en sí mismos la guerra civil. Hasta 1925 Stalingrado se había llamado Tsaritsin, una palabra tártara que significa «ciudad junto al río amarillo» en referencia al Tsaritsa, que desemboca en el Volga a la altura de Stalingrado. La localización junto al Volga y la línea férrea que se extendía desde Moscú hasta el Cáucaso la convertía en importante núcleo comercial y de transporte de la Rusia meridional y había favorecido su desarrollo industrial desde el siglo XIX. La fábrica de armas de Tsaritsin, fundada en 1914 y rebautizada como Barricadas Rojas tras la revolución, era la factoría de municiones más grande de Europa. El área en torno a Tsaritsin fue uno de los primeros puntos candentes de la guerra civil. Después de que los bolcheviques tomaran el poder, muchos oficiales zaristas huyeron a los asentamientos cosacos de las regiones de Don y Kubán, donde formaron un ejército de voluntarios en la primavera de 1918 para movilizarse contra los nuevos gobernantes. Las fuerzas de ocupación alemanas en Ucrania les prestaron apoyo logístico. En mayo de 1918,

Stalin, como Comisario del Pueblo para Asuntos Nacionales, recibió el encargo de aumentar el suministro de alimento procedente del norte del Cáucaso. Debido a los combates, el tren que transportaba a Stalin y sus soldados del Ejército Rojo quedó atascado en Tsaritsin, donde unió sus fuerzas a las del 10.º Ejército, formado apresuradamente por partisanos bajo el mando de Voroshílov. Mientras, el Ejército Blanco, junto con un ejército cosaco aliado bajo la dirección de Ataman Piotr Krasnov, se había ido abriendo camino desde el sur y el oeste hacia la ciudad. Aunque la tarea encomendada a Stalin era de naturaleza civil y él no tenía ninguna experiencia militar, se hizo con las riendas. En una carta a Lenin, exigía que el general Andréi Snesarev, comandante del Ejército Rojo en el distrito militar del Cáucaso norte, que todavía seguía llevando sus charreteras zaristas, fuera fusilado. Lenin cedió a la presión de Stalin. A mediados de agosto de 1918 Stalin declaró la ciudad bajo asedio y ordenó que la burguesía que la habitaba se pusiera a cavar las trincheras. Los defensores soviéticos se referían a Tsaritsin como un «Verdún Rojo» que jamás se rendiría a los Blancos y a los entrometidos extranjeros que los apoyaban. Un contraataque hizo retroceder a las tropas enemigas más allá del Don, pero para septiembre los soldados de Krasnov habían recuperado su terreno. Una vez más, se produjo un conflicto entre Stalin y un ex comandante zarista al servicio del Ejército Rojo, que también una vez más acabó con la dimisión del comandante. Trotsky, furioso, ordenó a Stalin que volviera a Moscú inmediatamente. Sin embargo, a mediados de octubre, el Ejército Rojo había puesto fin al asalto de los blancos sobre Tsaritsin.[92]

El papel que Stalin desempeñó en la salvación de la ciudad es objeto de disputa. La primera vez después de su muerte, y de nuevo tras la descomposición de la Unión Soviética, los críticos han planteado dudas sobre la sagacidad de Stalin a la vista de las enormes pérdidas.[93] Pero en aquel momento, algunos admiraron la brutalidad del enfoque de Stalin. En 1919, un oficial del Ejército Blanco que se había infiltrado como espía

en el Ejército Rojo durante el asedio de Tsaritsin escribía alabando las despiadadas medidas de Stalin. Cita un ejemplo en el que Stalin, convencido de que la burguesía de la ciudad albergaba sentimientos contrarrevolucionarios, puso unas cuantas docenas de funcionarios y civiles en una barcaza y amenazó con hacerla volar si los habitantes de la ciudad no se ponían de parte del Ejército Rojo. El oficial fue también testigo de las grandes dotes de Stalin como agitador:

> Cuando se trataba el tema de la habilidad militar, solía decir: «Está muy bien que todo el mundo hable de la necesidad de poseer habilidad militar, pero si el general más competente del mundo no cuenta con un soldado diligente convenientemente concienciado por los agitadores, créanme que no podrá hacer nada contra un puñado de revolucionarios motivados, por pocos que sean». Y Stalin, conforme a su convicción, no escatimó nunca en propaganda, en la publicación y distribución de periódicos, ni en enviar a agitadores.[94]

Gracias a Stalin, continuaba narrando el espía blanco con tristeza, la ciudad llevaba el nombre de «Tsaritsin Rojo». El oficial también explicaba las muchas bajas en el bando soviético: eran resultado de su exitosa desinformación.

Para el final de la guerra civil, Tsaritsin había sido sitiada muchas veces, y sin embargo en la memoria soviética la defensa de la ciudad fue asociada con Stalin incluso antes de que fuera rebautizada de nuevo en 1925. El culto a Stalingrado empezó a florecer en la década de 1930. Tras el éxito de *Chapayev*, los hermanos Vasiliev empezaron a trabajar en una película sobre la defensa de Tsaritsin. La filmación sufrió algunos retrasos, y la primera parte no pudo estrenarse en los cines hasta abril de 1942.[95] La película sigue el mismo esquema que *Chapayev*, con Voroshílov detrás de una ametralladora Maxim, repeliendo sin ayuda de nadie un ataque para intimidar a los rojos. Pero esta vez no eran los blancos, sino los alemanes (equipados –anacrónicamente– con cascos de la Wehrmacht) los que estaban en el lado enemigo. El general zarista que presta servicio a los bolcheviques quiere rendir Tsaritsin, pero Stalin se

resiste. «Para salir victorioso hay que luchar.» La película culmina con Stalin pronunciando un discurso ante los trabajadores de Tsaritsin: «Una muerte con honra es mejor que una vida mezquina y esclava. [...] ¡Adelante por la madre patria!».

Los sorprendentes paralelismos entre la *Defensa de Tsaritsin* y la defensa de Stalingrado pueden ser mera coincidencia, pero también sugieren que la época de la guerra civil y sus leyendas sirvió de modelo para la Segunda Guerra Mundial. Al igual que en la batalla de Tsaritsin, Stalin prohibió la evacuación de su ciudad homónima, declaró el estado de sitio y llamó al sacrificio a los residentes. Veteranos de la guerra civil pronunciaron enardecedores discursos en la ciudad y en el frente, y uno de los primeros llamamientos a los habitantes de la ciudad tras el asalto alemán comenzaba con la siguiente llamada a las armas:

> Al igual que hace veinticuatro años, nuestra ciudad está atravesando momentos difíciles. [...] En el trascendental año de 1918, nuestros padres defendieron el Tsaritsin Rojo ante la arremetida de las hordas mercenarias alemanas. Y nosotros también defenderemos el Stalingrado Rojo en 1942. Lo defenderemos y de esta manera haremos retroceder a las tropas sedientas de sangre de los invasores alemanes. [...] ¡Todos a construir barricadas! ¡Todo aquel que pueda llevar un arma, a las barricadas, por la defensa de nuestra ciudad natal, de nuestra patria![96]

El 6 de noviembre de 1942, un día antes de la fiesta nacional conmemorativa de la Revolución de Octubre, los periódicos soviéticos publicaron una carta abierta a Stalin firmada por los jefes y soldados del 62.º Ejército. Los signatarios juraban a Stalin y a sus «padres, los ya canosos defensores de Tsaritsin», que defenderían Stalingrado «hasta la última gota de sangre, hasta el último aliento».[97] Los historiadores de Moscú que visitaron Stalingrado en diciembre de 1942 tampoco eran inmunes al embrujo de la guerra civil. Varios de ellos eran reconocidos especialistas en la materia; uno de ellos había publicado un documental sobre la defensa de Tsaritsin unos meses antes.[98] En la memoria histórica

de muchos participantes soviéticos en la batalla, la Guerra Civil ocupaba un papel muy destacado, envuelto en una mística de magnitud heroica y fervor revolucionario.

LA ÉPOCA DE LA PREGUERRA

Durante los años siguientes a la guerra civil, el Ejército Rojo se redujo de cinco a 1,5 millones de soldados. Pero esto no disuadió al Gobierno soviético de prepararse para una confrontación global entre los bandos capitalista y socialista. Siguiendo el estilo bolchevique, Stalin se dirigió a una asamblea de altos cargos de la industria en 1931, señalando que la Rusia soviética iba «entre cincuenta y cien años» por detrás de los países desarrollados e instando a los directivos a poner fin a este desfase para 1941: «Debemos salvar esta distancia en diez años, o nos aplastarán».[99]

Al igual que otros gobiernos, la Unión Soviética realizó tres inversiones principales que le permitirían desarrollar la guerra con eficacia en el siglo XX. Lanzó una campaña de industrialización nacional para equipar a un ejército de grandes dimensiones; preparó a su población para una guerra inminente, y alentó la generación de reservas humanas para alimentar el ciclo industrial de la producción y el asesinato en masa. La nacionalización de la economía y el sistema monopartidista permitió a los líderes soviéticos tomar medidas más radicales e implacables que las de los estados rivales durante el periodo de entreguerras. Los planificadores socialistas se planteaban la industrialización como una guerra. Desplegaban «trabajadores de choque» superproductivos, conseguían «avances», celebraban los «triunfos» sobre la naturaleza, y luchaban contra las maquinaciones de los «enemigos de clase». Los pilares de su campaña eran el Partido Comunista y su organización juvenil, el Komsomol. El partido envió delegaciones armadas de un «ejército de guerreros revolucionarios»[100] cuyo trabajo consistía en imponer las granjas colectivas a las poblaciones renuentes de las zonas

rurales. Esta violenta expansión del socialismo tuvo lugar a costa de gran parte de la población, que tuvo que aprender a convivir con el racionamiento y las privaciones –a la vez que aumentaba la productividad. En 1940 el Gobierno aprobó leyes que castigaban la lentitud en el trabajo con igual rigor que la deserción. Aunque el sistema exigía mucho de los ciudadanos, también ofrecía a cambio una promesa. Todo aquel trabajador que participara podría convertirse en un «constructor del socialismo», en parte del sistema y en protagonista de la escena histórica mundial.

Al igual que otros Estados durante el periodo de entreguerras, el Gobierno soviético animó a los ciudadanos a fundar familias en un esfuerzo por aumentar la tasa de natalidad, pero también conjugó estas políticas profamiliares con una exhaustiva formación premilitar. En 1931, el Komsomol introdujo un programa deportivo militar en el que millones de adolescentes aprendían a disparar rifles y lanzar granadas. Para 1933, una rama del Komsomol, la Sociedad para la Ayuda a la Construcción de la Defensa, Aviación y la Industria Química, contaba con diez millones de hombres y tres millones de mujeres afiliados, que recibían entrenamiento de combate y practicaban el paracaidismo.[101] El nuevo ciudadano soviético –un ideal que incluía expresamente a las mujeres– era de voluntad férrea, combativo, valiente y optimista. Incluso los ciudadanos soviéticos más jóvenes juraban disciplina militar y lealtad al colectivo como miembros de la organización pionera del partido.[102] Su paradigma literario era otro héroe de la guerra civil: Pável Korchagin, de la popular novela de Nikolái Ostrovsky, *Así se templó el acero* (1934). Korchagin era un miembro del Komsomol y un soldado que luchaba por «trabajarse a sí mismo» y beneficiar a la sociedad incluso después de haber sido gravemente herido en batalla.

Desde que Japón invadió Manchuria en 1931, la guerra había constituido un peligro real para la Unión Soviética. A partir de 1935 la prensa soviética empezó a retratar a la Alemania fascista como el principal enemigo. La Guerra Civil española (1936-1939) –en la que Stalin

proporcionó armas y asesores a los republicanos– recibió una cobertura favorable e incluso llegó a los periódicos de las aldeas.[103] La exitosa obra *La batalla final* (1931) ponía de relieve la creencia de los ciudadanos soviéticos de que la guerra era inminente. En la escena final aparece un grupo de veintisiete soldados del Ejército Rojo defendiendo la frontera contra el enemigo imperialista. Bajo una lluvia de fuego de metralleta, mueren todos menos uno. El superviviente, herido, se arrastra hasta una pizarra en la que, justo antes de desplomarse, escribe «162.000.000 - 27 = 161.999.973». En ese momento, un hombre salía a escena y se dirigía al público. El hombre preguntaba: «¿Quién está en el ejército?», y unos cuantos espectadores del teatro se ponían de pie. ¿Quién está en la reserva?», y se levantaban más aún. Por último, preguntaba «¿Quién defenderá a la Unión Soviética?», y todo el público se ponía en pie. «La función ha terminado», anunciaba el hombre. «Continuará en el frente.»[104] Este novedoso recurso –romper la barrera entre el escenario y el público– pretendía activar a los espectadores como participantes militarizados. «La batalla final» eran palabras sacadas directamente de *La Internacional*, un himno familiar para cualquier niño soviético.

Los preparativos para la guerra incluían una expansión masiva del Ejército Rojo, pero el proceso fue errático y tenso. En 1937 el vicecomisario de Defensa del Pueblo, mariscal Mijaíl Tujachevski, junto con otros siete generales, fueron acusados de alta traición y espionaje y condenados a muerte. La desconfianza de Stalin hacia Tujachevski, un brillante estratega militar pero a la vez hijo de una familia noble y ex teniente del ejército zarista, pareció precipitar la purga. Las confesiones de los acusados, extraídas bajo tortura, condujeron a otras detenciones. Para 1939, más de 34.000 oficiales habían sido expulsados del Ejército Rojo. Entretanto, el régimen había ampliado el mandato original del comisario del pueblo, que databa de 1925, a los efectos de controlar a los comandantes militares considerados políticamente poco fiables.[105]

No obstante, el alcance de las purgas del Ejército Rojo fue probablemente menor de lo que durante mucho tiempo se ha venido creyendo.[106] No cabe duda de que Nikita Jruschov exageró su gravedad a fin de atribuir la culpa de las aplastantes derrotas de 1941 a su predecesor. En realidad, la mayoría de los 34.000 oficiales expulsados del partido comunista se libraron de la ejecución: tras la interposición de sus respectivos recursos, 11.000 de ellos ya se habían reincorporado para 1939; menos de la mitad de los 23.000 restantes quedaron atrapados en los tentáculos de la NKVD, pero la mayoría de los casos no eran de índole política y acabaron en sanciones leves. Muchos de los oficiales destituidos trataron más adelante de probar su lealtad. El general de división de la Guardia Nestor Kozin fue uno de los soldados entrevistados en Stalingrado. Como la mayoría de las víctimas del terror de Stalin, Kozin creía sinceramente que las purgas iban dirigidas a los enemigos y que en su caso se había cometido un error:

> ¿Por qué me echaron del partido? La razón oficial para la expulsión fue que el comandante de brigada Balakiriev resultó ser un enemigo del pueblo y me acusaron de no haber ejercido la suficiente vigilancia. Yo alegué que el jefe político, su adjunto y todo el departamento político, así como los altos mandos militares –todos ellos miembros del partido– tampoco se habían dado cuenta de que era un enemigo del pueblo. Pero se supone que yo, como jefe de pelotón, debía saber qué tipo de hombre era. Lo denominaron «difusión de rumores antisoviéticos». Por resumir, me echaron del partido.[107]

En su posterior defensa, Kozin explicó que no pudo comandar sus tropas durante la invasión soviética de Finlandia en 1939 porque, al haber sido considerado políticamente poco fiable, primero tuvo que probar sus aptitudes como instructor (prueba que superó con creces). Inmediatamente después se sumó a la Gran Guerra Patriótica y a los pocos meses fue condecorado con la Orden de Lenin. En diciembre de 1941 fue readmitido en el partido. La mayoría de los jefes entrevistados en Stalingrado eran jóvenes y formaban parte de un grupo de comandantes y

capitanes ascendidos cuando sus superiores fueron degradados, y que luego desarrollaron brillantes carreras.

EL EJÉRCITO Y EL PARTIDO DURANTE LA GUERRA

Pese –o tal vez debido– a su enorme expansión entre 1938 y 1941, el Ejército Rojo estaba pobremente equipado frente al ataque alemán de junio de 1941. El extraordinario número de soldados del Ejército Rojo que se alistaron en aquel momento –cinco millones frente a los 1,6 millones de enero de 1938– [108]ocultaba el hecho de que la mayoría de los reclutas, reunidos en las proximidades de la frontera polaca, eran inexpertos y su preparación militar era muy escasa. Cuando el pacto Hitler-Stalin situó a Polonia dentro de la esfera de influencia soviética, el Ejército Rojo posicionó a sus soldados cerca de la nueva frontera, donde podían repeler un ataque enemigo de forma rápida y contundente. Dichos soldados levantaron un muro inmediatamente detrás de la frontera, en su mayor parte con materiales tomados de la antigua línea de defensa, conocida por los alemanes como la línea de Stalin. Cuando estalló la guerra, el nuevo muro todavía estaba incompleto y el viejo, a medio derruir; ninguno de los dos servía de mucha protección.

La primera fase de la producción de la Unión Soviética durante la guerra favoreció la cantidad sobre la calidad, especialmente en lo tocante a las fuerzas aéreas. Cuando los alemanes comenzaron la invasión, los aviones soviéticos carecían de equipos de radio, lo que hacía imposible la comunicación con las tropas de tierra o con otros aviones,[109] y los pilotos y los mecánicos no estaban bien entrenados. A consecuencia de ello, en el primer año de la guerra, los alemanes consiguieron inmovilizar a prácticamente toda la fuerza aérea soviética, una gran parte de ella en tierra durante los bombardeos aéreos de junio de 1941. Para finales de 1941, la Unión Soviética había perdido más de 10.000 aviones. Otros 10.000 estaban inutilizados debido a averías y defectos mecánicos.

Alemania incurrió en un número de pérdidas quince veces menor durante el mismo periodo.[110] Muchos de los soldados del Ejército Rojo entrevistados en Stalingrado hicieron mención a la pobre actuación de la fuerza aérea soviética y la absoluta superioridad alemana durante el verano y el otoño de 1942. Los soldados criticaron la mala coordinación dentro de las fuerzas armadas y la falta de experiencia bélica en cuestiones de movilidad y mecánica. En 1942 el Ejército Rojo mejoró tanto su coordinación como su equipamiento militar, especialmente con la introducción del carro T-34 y el bombardero Pe-2, que los alemanes llegaron a mirar con respeto y temor.[111]

Los soviéticos competían contra un ejército de cuatro millones de hombres que poseían superioridad tecnológica, maniobras tácticas bien ensayadas, y casi dos años de experiencia ininterrumpida en combate. El arsenal de la Wehrmacht contaba con técnicas de reconocimiento de primer nivel, una coordinación puesta a prueba entre las tropas acorazadas, la fuerza aérea y la infantería, y una artillería de eficacia probada capaz de efectuar descargas devastadoras. Hitler y sus generales creían que podían asestar un golpe mortal al Ejército Rojo con profundos movimientos de pinza. Esta estrategia dio como resultado miles de prisioneros, pero no logró quebrar la voluntad del Ejército Rojo. La Wehrmacht perdió 185.000 hombres en el Frente del Este durante los primeros tres meses de la batalla, casi el doble de bajas que había sufrido desde junio de 1941.[112]

La jefatura alemana no era consciente del fuerte respaldo que el régimen soviético recibía de su pueblo y de su capacidad para movilizar a un aparentemente inagotable número de tropas. Así como la Alemania nazi era militarmente muy hábil, el sistema soviético por su parte estaba muy versado políticamente: con solo pulsar un botón, podía lanzar una campaña política que exhortara a los ciudadanos a ir todavía más allá. Un ejemplo de ello fue la evacuación de la industria a raíz de la invasión alemana del 22 de junio de 1941. En solo seis meses, los soviéticos

desmantelaron por completo fábricas enormes y reubicaron su maquinaria y sus trabajadores en el este. Como los líderes soviéticos no habían contado con que los alemanes lograrían introducirse tanto en el país, no habían hecho planes de evacuación previamente. La gigantesca campaña funcionó porque se llevó a cabo siguiendo el estilo de economía planificada que los soviéticos llevaban muchos años empleando con gran éxito.[113] El régimen se dispuso a alimentar el espíritu de lucha de civiles y soldados contra los «agresores fascistas» de la misma forma que el Imperio Ruso lo había hecho en la Guerra Patriótica de 1812. Stalin apeló al amor de su pueblo por el país, llamando a sus «hermanos y hermanas» a librar «una guerra justa» cuyo resultado solo podía ser una Unión Soviética liberada o esclava de los alemanes. Los muchos miles de ciudadanos soviéticos, tanto hombres como mujeres, que se alistaron voluntarios para ir al frente en las primeras semanas de la guerra confirmaron la eficacia de su llamamiento.

Debido a las enormes pérdidas soportadas por el Ejército Rojo en los primeros meses –para diciembre de 1941, tres millones de soldados habían muerto o habían sido hechos prisioneros–[114] la jefatura militar siguió aumentando la reserva de potenciales reclutas. Desde finales de 1941 en adelante, comenzó a enviar soldados no eslavos al frente, pese a que su lealtad política o su habilidad militar fuera considerada sospechosa. Para 1945, ocho millones de personas no eslavas –uzbekos, kazajos, tártaros, letones y otros– se habían sumado al Ejército Rojo, casi una cuarta parte de los 34 millones que se alistaron durante la guerra.[115] El alto número de bajas obligó a Stalin a llamar a filas a mujeres para el Ejército Rojo, en concreto las jóvenes del Komsomol que se habían alistado voluntarias en el verano de 1941 pero todavía no habían sido autorizadas para participar en la lucha armada. A lo largo de las varias tandas de reclutamiento iniciadas en 1942, un total de un millón de mujeres entraron a formar parte de las fuerzas armadas.

La inexperiencia de los reclutas conducía a retiradas a consecuencia del pánico, especialmente durante los primeros meses de la guerra, lo que llevó a los comandantes soviéticos a tomar medidas drásticas. Siguiendo un método aplicado durante la guerra civil y de nuevo en la Guerra de Invierno,[116] desplegaron escuadrones de bloqueo con la orden de disparar a los soldados renuentes al combate a los que no se podía convencer de otra manera. La orden n.º 270, emitida por Stalin en agosto de 1941, declaraba a cada soldado rojo que fuera capturado vivo traidor a su país.[117] Los miembros de la familia de los soldados prisioneros veían recortadas sus prestaciones; las esposas de los oficiales cautivos a menudo eran enviadas a campos de trabajo. Al mismo tiempo, el régimen apelaba al sentido del honor de los soldados y se esforzaba por elevar la moral de los jefes. Como en el ejército zarista, a las unidades que se distinguían por su valor y perseverancia se les concedía el estatus de Guardias. En septiembre de 1941 iban a la cabeza cuatro divisiones, «divisiones de héroes», como les calificaba el periódico *Estrella Roja*, con sus filas «prietas como el acero, firmes e impasibles».[118]



El general Chuikov *(primero por la izquierda)* entrega al comandante y al comisario de la 39.ª División de Fusileros *(ambos arrodillados)* el título de Guardias en Stalingrado, 3 de enero de 1943. La ceremonia tuvo lugar en las escarpadas orillas del Volga. Los soldados de la división *(fuera de la foto)* se arrodillan ante sus comandantes. *Fotografía de Georgi Samsonov*.

Los líderes soviéticos tenían una gran fe en la movilización política de los soldados del Ejército Rojo. Apostaban por la influencia del Partido Comunista y se esforzaban por aumentarla en toda ocasión. A medida que fue transcurriendo la guerra, el número de miembros del partido que había en el Ejército Rojo aumentó drásticamente, y para julio de 1945 había 2.984.750, cuatro veces más, en comparación con los 654.000 que había al principio de la guerra. Entre 1941 y 1945 el número de miembros de la Liga de Juventudes Comunistas se triplicó, alcanzándose la cifra de 2.393.345 soldados miembros del Komsomol. En conjunto, estas cifras se traducen en que el ejército llegó a tener un carácter marcadamente comunista hacia el final de la guerra.[119] Esta evolución era coherente con expansiones anteriores del partido –durante la guerra civil, la afiliación al

partido se incrementó un 600 %, y de nuevo durante el primer plan quinquenal. En cambio, la afiliación al partido se redujo a raíz de las purgas políticas (en 1921, 1933-1939, y de nuevo en 1944).

Para sumar el mayor número de miembros posible en un breve espacio de tiempo, el partido simplificó sus criterios de admisión. En diciembre de 1941 el Comité Central acortó el periodo de prueba para los nuevos candidatos, que pasó de un año a tres meses. Además, los solicitantes ya no tenían que presentar recomendaciones de miembros veteranos del partido. Algunos de estos cambios vinieron dictados por consideraciones pragmáticas. El sistema anterior consumía demasiado tiempo y no resultaba práctico en tiempo de guerra, especialmente cuando el objetivo era aumentar el número de miembros. Otro factor evidente fue el carácter cambiante del partido.[120] Los soldados que antes de la guerra no habían tenido a su alcance la oportunidad de ser miembros estaban consiguiendo ahora gloria y honores como camaradas del partido. El capitán Alexander Oljovkin, el instructor de propaganda de la 39.ª División de Guardias, se refirió a uno de estos soldados en su entrevista. El 19 de noviembre de 1942, algunos hombres de su división se reunieron para comentar la orden de ataque general. Oljovkin se unió a la reunión mientras un francotirador estaba hablando. El francotirador, señaló Oljovkin, «era un completo analfabeto. Hablaba así: "Nosotros pensábamos de empezar a atacar", o "Yo ya he *sabío* de siempre que hoy era tirador". Antes de eso había servido como ordenanza para el jefe de batallón. Este hombre –se llamaba Afonkin– empezó a trabajar como francotirador. En dieciocho días se había cargado a 39 hitlerianos. Ahora ha sido admitido en el partido y condecorado».[121]

Durante los años de la guerra, la idea de un buen camarada de partido era bastante simple: para que el candidato fuera admitido tenía que demostrar que había matado a un soldado alemán, derribado un avión enemigo o destruido un pánzer. Los soldados recibían unos impresos conocidos como «cuentas de la venganza» para apuntar el número de

enemigos que mataban y el número de armas que destruían. Un soldado que no tuviera nada escrito en estas cuentas no tenía posibilidad de ser admitido en el partido.[122] En cambio, alguien como el francotirador Vasili Zaitsev alcanzó de inmediato el estatus comunista –el número de alemanes que había matado bastaba como recomendación. Como Zaitsev explicaba: «Yo pensé: ¿cómo puedo entrar en el partido si no conozco el programa? Leí el programa y escribí mi solicitud allí mismo, en la trinchera. Dos días después fui convocado a una comisión del partido. Para entonces había matado ya a sesenta alemanes. Me habían condecorado».[123]

El ideal comunista en tiempo de guerra en ocasiones era descrito como sanguinario. Tomemos por ejemplo el relato del coronel Nikolái Glamazda sobre la última batalla de un comisario llamado Yudayev, que dirigía una unidad de asalto en el 253.º Regimiento de la 45.ª División. Durante el ataque a un búnker alemán:

> Un fragmento de granada le arrancó el rifle de las manos. El camarada Yudayev se lanzó sobre uno de los alemanes desarmados, lo agarró por el cuello, y lo estranguló. Los alemanes enviaron algunos refuerzos y volvieron a arremeter sobre aquel puñado de héroes. A Yudayev le clavaron varias bayonetas alemanas, pero él no dejó ir a su víctima. Atravesado y levantado del suelo por las bayonetas, siguió sin soltar a su alemán estrangulado. Así que le estranguló y él mismo murió con las bayonetas clavadas. Los alemanes arrasaron aquella trinchera, pero pasado algún tiempo aquella compañía les sacó del refugio, tomó el cuerpo del héroe Yudayev y lo enterró junto al tercer taller de la fábrica Octubre Rojo.[124]

El coronel Dobriakov, subdirector del departamento político del 64.º Ejército, describió otra escena de una violencia similar:

> El jefe de batallón de la 154.ª Brigada de Infantería de Marina era el encargado de la defensa. Tenía trece hombres a su cargo, incluido él mismo. Le ordenaron no enfrentarse a los alemanes bajo ninguna circunstancia porque eran muy pocos y los alemanes ya estaban avanzando. Pero él fue incapaz de quedarse sin

> hacer nada, y al grito de «¡hurra!» emprendió el ataque sobre una compañía apoyada por ametralladoras. Logró eliminarles, matando él mismo a varios alemanes. Durante aquel asalto, le arrancaron un trozo de carne del costado. Se levantó y acercándose al comandante de brigada, el coronel Smirnov, le dijo: «Comandante, ¿puede darme algo de beber?».
>
> «Por supuesto», respondió el coronel.
>
> Y a continuación el jefe de batallón herido, agarrando el trozo de carne desprendida, preguntó: «¿cree usted que esto vale siete alemanes?».[125]

Huelga decir que la carne arrancada del cuerpo del comandante le garantizó su entrada en el partido.

A medida que la guerra avanzaba, el partido fue extendiendo su influencia adaptando sus esfuerzos políticos a las circunstancias en el campo de batalla. Las represalias por el sufrimiento causado por el enemigo y la voluntad de alcanzar la victoria constituyeron un denominador común entre los soldados. «Somos comunistas; vengaremos a nuestros soldados, jefes y responsables políticos asesinados.» En opinión de Ivan Vasiliev, comisario del 62.º Ejército, esto reflejaba el arrollador estado de ánimo reinante en la batalla por Stalingrado.[126] El general Chuikov expresó así a Vasili Grossman el carácter práctico de la educación política: «Trabajo político: todo tiene un único propósito, y todo se hace junto con los soldados. Los "ismos" –comunismo, nacionalismo– no eran cosa nuestra». Sin embargo, como Chuikov recalcó cuando fue entrevistado por los historiadores, los soldados soviéticos presentes en Stalingrado demostraron un alto nivel de conciencia política.[127] Con ello quería decir que los soldados del Ejército Rojo habían interiorizado el «deber patriótico» promovido por el partido para defender Stalingrado a toda costa. Para Chuikov, esta fue la razón principal de la victoria soviética.

Durante la batalla de Stalingrado el partido comunista hizo un esfuerzo extra intensificar su influencia. Entre agosto y octubre de 1942, la afiliación al partido en el frente de Stalingrado se incrementó en 25.000 miembros, alcanzando un total de 53.500[128]. Para noviembre, el número

de miembros superaba los 60.000.[129] Estas cifras no tienen en consideración las bajas en el campo de batalla, y requieren una corrección al alza para que el total sea exacto. El comandante Yakov Serov, director del departamento político de la 45.ª División, aportó algunos detalles a este respecto a nivel de unidad. Durante los primeros meses de la batalla de Stalingrado, la 45.ª División tenía 840 miembros del partido, de los cuales 163 murieron en combate y 405 fueron heridos y apartados temporalmente del servicio. Durante el mismo periodo, se unieron al partido 659 soldados más. «La gente se tomaba muy en serio lo de unirse al partido y lo solicitaban solo cuando podían apuntar a su cuenta la muerte de seis, siete, diez *fritzes*.[130] Llegaba uno y decía: he matado diez *fritzes*. Aquí está mi certificado. Ningún comando presentaba la solicitud si su cuenta [de la venganza] estaba en blanco.» Para expresar lo que pertenecer al partido significaba para los soldados, Serov citaba textualmente fragmentos de las solicitudes que le habían llegado a él:

> El sargento Ivan Sleptsov del 178.º Regimiento de Artillería expresó el siguiente deseo: «En la lucha contra el fascismo salvaje yo quiero ser un comunista. Lucharé contra el enemigo mientras que mis ojos puedan ver y mis manos puedan hacer girar las ruedas de elevación y torsión de mi cañón. No mancillaré el elevado prestigio del combatiente bolchevique en la lucha por la patria. Solicito ser admitido en las filas del Partido Comunista, ruego me concedan esta solicitud. En estos difíciles momentos en los que el destino de la humanidad está en juego, nuestro partido es el que nos dirige a la victoria. Quiero pertenecer a él y bajo su estandarte mi fuerza y mi odio hacia los invasores crecerán aún más. La fuerza del partido es mi propia fuerza, y si caigo en la batalla, el partido vengará mi muerte. Juro ser su fiel miembro, su fiel defensor, hasta mi última gota de sangre».
>
> Y esta es la solicitud de Novitski, un veterano suboficial de nuestra unidad de reconocimiento: «En estos difíciles momentos en los que está en juego el destino de la humanidad, nuestro partido nos dirige a la victoria. Yo quiero pertenecer a él, y, bajo su estandarte, mi fuerza y mi odio hacia los invasores crecerán aún más. La fuerza del partido es mi propia fuerza, y si caigo en batalla,

> el partido vengará mi muerte. Juro ser su fiel miembro, su fiel defensor, hasta mi última gota de sangre».[131]

El elevado número de muertes en la batalla de Stalingrado sirvió de impulso adicional para ingresar en el partido. Los funcionarios del partido trataban de convencer a los soldados para que presentaran sus solicitudes antes de entrar en combate. De esta forma podían estar seguros de tener un lugar en el panteón comunista si les mataban. «No quieren unirse al Komsomol antes de entrar en combate», informaba el alférez Nikolái Karpov, secretario del Komsomol en la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros. «Empiezan a buscar excusas: "esperemos a que termine este combate". Yo se lo digo sin rodeos: "¿Cómo puedes ir a luchar? Si te matan, morirás sin ser políticamente consciente. Pero si mueres como miembro del Komsomol, morirás para la gloria". De esta manera conseguí que se unieran seis.»[132] Varios responsables de asuntos políticos informaron de soldados gravemente heridos que pidieron entrar en el partido para poder morir como comunistas. El sargento Alexander Duka, también de la 38.ª Brigada de Fusileros, explicó cómo el pensamiento de la muerte le motivaba para entrar en el partido.[133]

COMANDANTES Y COMISARIOS

El Partido Comunista estaba en última instancia gobernado por Iosif Stalin, el secretario general del Comité Central. Conocido como el «jefe» *(jozyain)* y el «líder» *(vozhd),* Stalin presidió todas las instituciones implicadas en el esfuerzo de la guerra a partir de 1941: el Comité de Estado para la Defensa, el Comisariado del Pueblo para la Defensa y el Alto Estado Mayor del Ejército Rojo (la Stavka). El partido hacía sentir su influencia entre los militares a través de la Administración Política Central del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos (GlavPURKKA). Durante el primer año de la guerra la administración estuvo dirigida por

el ex editor de *Pravda* y agitador comunista, Lev Mejlis. En 1942 le sucedió el secretario del partido en Moscú, Alexander Shcherbakov. Ese mismo año, Shcherbakov pasó de ser candidato a miembro del Politburó, un ascenso que puso de relieve la importancia de su cargo en el Ejército Rojo.



Consejo militar del Frente de Stalingrado, 1942. *De izquierda a derecha*: el comisario Nikita Jruschov, el teniente general Alexéi Kirichenko, el secretario regional del partido Alexéi Chuyanov y el general Andréi Yeriomenko. *Fotografía de Oleg Knorring*.

La administración política ejercía su poder principalmente a través de los comisarios. En los niveles más altos, en el frente y en el ejército, el comisario prestaba servicio en el Consejo Militar, un órgano colegiado formado por comandantes, delegados políticos y el jefe de Estado Mayor. Nikita Jruschov, confidente de Stalin, trabajó como comisario para el Frente de Stalingrado. Junto con el comandante Yeriomenko, él era la figura más importante dentro del Consejo Militar. Este sistema dual se

extendía a todos los niveles del ejército, aunque la mayor parte del trabajo político se desarrollaba en los regimientos. El sistema facilitaba dos despachos con sus respectivos secretarios, uno para el partido y otro para el Komsomol, así como un club para los soldados y una biblioteca, todo ello bajo la supervisión del comisario del regimiento. En las compañías, los *politruks* actuaban como agitadores en los debates políticos con los soldados y eran los responsables de encontrar a los candidatos adecuados para ingresar en el partido. En 1942, la administración política introdujo células del partido también dentro de las compañías.[134]

Todos los periódicos del Ejército Rojo, desde el *Estrella Roja (Krasnaya Zvezda)*, la gaceta militar oficial de gran formato, hasta los boletines de división, estaban bajo el control de GlavPURKKA. La Administración Política Central también fichó a corresponsales de guerra, entre ellos los destacados escritores soviéticos Iliá Ehrenburg, Vasili Grossman, Konstantin Simonov, Vsevolod Vishnevski y Alexéi Tolstói, y puso en marcha diversas iniciativas culturales para elevar la moral de los soldados del Ejército Rojo como la difusión de canciones militares y de obras literarias. La policía secreta soviética, la NKVD, estuvo también muy presente en el Ejército Rojo. En todas las divisiones, un Departamento Especial *(Osoby otdel)* de agentes uniformados de la policía secreta investigaba los casos de asesinato, suicidio, robo, espionaje y deserción, efectuaba los arrestos y llevaba a los sospechosos ante los tribunales militares –tareas que en otros ejércitos recaían sobre la policía militar. El Departamento Especial también se encargaba de garantizar la lealtad política de los soldados, comandantes y responsables políticos que daban señal de sentimientos contrarrevolucionarios. En colaboración con el censor militar, también bajo el control de la NKVD, y con informadores secretos, el Departamento Especial elaboraba informes semanales (a veces con más frecuencia) sobre el «estado moral de la tropa», que iban a parar al despacho de Stalin.[135] Los hombres del Departamento Especial, conocidos como osobistas, despertaban un gran temor.[136] Cualquier

soldado y oficial, del rango que fuera, era objeto de una sospecha política y moral general. En una carta anónima dirigida a Stalin, Majlis y varios altos mandos más del ejército, un comandante describía en qué consistía la atracción de hacerse osobista. La carta, escrita en mayo de 1943, permite hacerse una idea (a veces de forma no intencionada) sobre las costumbres de los hombres con poder dentro del Ejército Rojo.

> Un comandante no puede tomar una decisión sin contar con un osobista. Les han quitado las mujeres a los comandantes y cada osobista tiene una o dos. A cada momento amenazan a Mejlis, y los comandantes se encuentran ahora mismo en un estado poco envidiable. La mayoría de ellos han estado defendiendo a su patria, poniendo en riesgo su vida, y tienen entre cuatro y ocho condecoraciones. ¿Por qué pasa esto? ¿Puede ser que 1937, 1938, hayan vuelto?[137]

Al ser entrevistado por uno de los historiadores en Stalingrado, el comandante Anatoli Soldatov, de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros, describía cómo él mismo casi mata a un osobista durante la captura del general Paulus. El funcionario de inteligencia se había autoincluido repentinamente en la operación, en un audaz intento por cobrarse el mayor trofeo de Stalingrado para la NKVD.[138]

El 9 de octubre de 1942, Stalin emitió una orden que suprimía el sistema de los comisarios en el Ejército Rojo y restituía una única autoridad de mando. Muchos historiadores han argumentado que la orden de Stalin iba dirigida a reforzar el estatus de los oficiales del ejército y debilitar la influencia del partido sobre el Ejército Rojo.[139] Es cierto que la decisión reafirmó la autoridad de los comandantes –los antiguos comisarios pasaron a partir de entonces a servir como subordinados «adjuntos para asuntos políticos»– y que el impreciso cometido de los comisarios (mantener a raya a los oficiales) corría el riesgo de «obstaculizar» el liderazgo eficaz de las tropas, como la orden establecía explícitamente.[140] Pero la reforma no contenía críticas duras al partido o a su presencia en el ejército. Desde la creación del Ejército Rojo, el

sistema de comisarios había entrado en vigor cada vez que el ambiente político se tornaba incierto –durante la guerra civil, el periodo de 1937 a 1940, y de nuevo a partir de julio de 1941. La abolición de los comisarios en 1942 –el enunciado del edicto no dejaba lugar a dudas– expresaba la confianza de los líderes soviéticos en que el ejército había adquirido la estabilidad ideológica suficiente para hacer innecesarios a los observadores externos. Otra razón para la reforma obedecía a la constante demanda de oficiales capaces. Una orden emitida separadamente por Stalin el mismo día exigía una formación especial para ochocientos antiguos comisarios a fin de prepararles como comandantes de batallón y de regimiento.[141]



El comandante de la 45.ª División de Fusileros, el general de división Vasili Sokolov *(izquierda)*, y su delegado político, el coronel Nikolái Glamazda *(derecha)*.

Varias de las entrevistas de Stalingrado dejaban claro que los comandantes militares eran ahora los que llevaban la batuta, en tanto que los nuevos adjuntos políticos pasaban a ser meros ayudantes.[142] Otras describen una cooperación armoniosa.[143] Sin embargo, algunos responsables políticos continuaron haciéndose llamar comisarios, desafiando esta reforma e intentando, como antes, seguir siendo los que marcaban el paso en sus relaciones con el mando militar.[144] Un claro ejemplo fue el del comisario de brigada Vasiliev, que se refería a sí mismo mencionando su antiguo rango cuando fue entrevistado en 1943. Vasiliev exigía que los comandantes fueran objeto de una agresiva «educación ideológica» por parte del aparato político, una tarea que creía había pasado a un segundo plano debido a que el aparato político priorizó a la infantería en las etapas iniciales de la guerra.

Asimismo citaba multitud de casos en los que había visto a los responsables de asuntos políticos luchar de una forma ejemplar mientras los mandos militares que les habían sido asignados dejaban abandonadas a las tropas. «Siempre he pensado, y sigo pensando, que un comandante tiene que haber recibido formación. Si el soldado la ha recibido y el comandante no, habrá cosas que quedarán sin hacer y no alcanzaremos los resultados deseados.» Pese a los diferentes puntos de vista, sorprende el grado en el que casi todos los entrevistados se consideran parte de una sola unidad que comparte unos intereses comunes. Los responsables políticos también impartían formación técnica y conocimientos sobre tácticas militares, al igual que los comandantes estaban atentos al bienestar ideológico y moral de sus soldados.[145]

LA POLÍTICA, DE CERCA

La manera como hoy se entiende la actividad política dentro del Ejército Rojo se basa principalmente en las órdenes y directivas de la Administración Política Central. Gracias a las transcripciones de

Stalingrado ahora contamos con una descripción vívida de los continuos esfuerzos de los responsables políticos y los jefes militares por promover el compromiso de los soldados con sus misiones de combate y convertirles en héroes valientes y abnegados conforme al voluntarista modelo bolchevique. Las entrevistas describen también las medidas coercitivas que iban asociadas a estos esfuerzos movilizadores y el impacto que tenían las exhortaciones de los responsables políticos en la batalla.

La persistencia y la improvisación caracterizaron por igual el modus operandi de la administración política en el Frente de Stalingrado. Piotr Molchanov, comisario del batallón de la 38.ª División de Fusileros, explicaba que durante las luchas defensivas del verano de 1942 en los protegidos barrancos de las estepas del Don, las asambleas políticas, los cantantes y los acordeonistas servían para levantar la moral. En Stalingrado, este tipo de cosas no fueron posibles. La lucha incesante obligó a cancelar las habituales reuniones y conferencias que estipulaba el manual comunista.[146] El coronel Glamazda, representante político de la 45.ª División, describía así la situación de sus hombres en la orilla oeste del Volga:

> Es difícil imaginar aquel bombardeo: aviones que pasaban sobrevolándonos a baja altura, que pasaban a intervalos exactos de treinta minutos, desde septiembre hasta noviembre. Era un verdadero infierno. Todo estaba cubierto de humo. Por la noche los aviones no volaban y podías moverte. Hacía frío y mucha humedad, pero eso no te afectaba tanto como los aviones, las bombas y las minas.

A continuación explicaba cómo desempeñaban su trabajo los responsables políticos:

> Lo que hacíamos era hablar con los hombres en persona y darles ejemplo, enseñándoles cómo luchar. Y en absolutamente todas las batallas los miembros del partido eran los primeros en lanzarse a la lucha. Podría darle docenas de

ejemplos de comunistas y miembros del Komsomol que demostraron cómo se lucha y luego murieron en el combate.[147]

En zonas de combate especialmente críticas, los comandantes se aseguraban de distribuir comunistas, *komsomoles* y soldados con experiencia en el combate por las distintas compañías. Según el teniente coronel Yakov Dubrovski, director del departamento político de la 39.ª División de Fusileros de la Guardia, eran los comunistas, concretamente los *komsomoles*, los que constituían la columna moral del ejército:

Instauramos la práctica generalizada de que en un grupo de asalto hubiera siempre miembros del Komsomol. ¿Cómo se hacía? El secretario de una oficina del Komsomol, cuando se sabía que se estaba formando un grupo de asalto, iba a hablar con el jefe del batallón y le pedía que incluyera a dos o tres miembros del Komsomol. Luego él mismo les instruía personalmente, así como a los jefes del escuadrón. La idea era hacer que los miembros del Komsomol, además de llevar a cabo la misión de combate en sí, tomaran todas las medidas necesarias para garantizar que dicha misión era transmitida al personal.[148]

El comisario de brigada Vasiliev secundaba las opiniones de Dubrovski sobre los jóvenes comunistas: «En cuanto al papel de líderes que ejercían los comunistas [...] Se consideraba ignominioso si un comunista no era el primero en ponerse al frente de sus soldados».[149]

Dado que en el frente el fuego no cesaba durante las horas del día, el trabajo político en las trincheras se trasladó a la noche. Alexander Levikin, comisario de la 284.ª División de Fusileros, explicaba así cómo preparaba a su personal:

Esto es lo que yo solía hacer en el cuartel general de la división: escuchaba las últimas noticias de todos los frentes, y luego salía a la una o las dos de la madrugada y ordenaba conectar los altavoces. A continuación informaba a los de comunicaciones, que a su vez informaban a los *politruks* de la compañía, que iban a los batallones e informaban a la gente de las últimas noticias del frente. [...] Estos distribuían hojas informativas entre los hombres. [...] El trabajo

político individual con cada soldado solo podía realizarse de noche. El departamento político impartía instrucciones a su personal instructor y a continuación los enviaban a las unidades. Un responsable de asuntos políticos podría informar a dos o tres trincheras en una noche, pero no más.[150]

El capitán Oljovkin informaba de que su jefe de regimiento reunió a los responsables para asuntos políticos y ordenó a los agitadores inspeccionar cada compañía:

Yo fui enviado al 2.º Batallón. Por la noche habíamos llegado hasta la 4.º Compañía. Había cuatro personas en el refugio. Hablé con la gente por la noche, cuando se estaba más tranquilo. Reunimos a los agitadores de menor rango en el puesto de mando de la compañía, que estaba en el sótano de una escuela. Eran las tres de la madrugada. El enemigo se encontraba a unos cuarenta metros de la escuela. Acababa de aparecer un artículo en la primera página del *Pravda* sobre la lucha en Stalingrado.[151] Les informé de lo que trataba. Les expliqué lo importante que era Stalingrado, por qué Hitler estaba tan empecinado en conseguirlo. Lo relacioné con la orden de presentar una defensa inquebrantable.

La noche tenía otra ventaja, según señaló el teniente coronel Dubrovski, con palabras que revelaban la total penetración a la que aspiraba llegar la administración política. «Por la noche es cuando un soldado está más dispuesto a abrirse, cuando puedes hacer que te diga lo que piensa de verdad.» Dubrovski y sus colegas redoblaban sus esfuerzos cada vez que sus unidades estaban a punto de organizar un asalto o se preveía un ataque enemigo.

Los responsables para asuntos políticos hacían repetidamente hincapié en la frecuencia de sus charlas individuales con los soldados. Había que convencer a cada soldado del Ejército Rojo de la necesidad de la guerra, cada uno tenía que ser políticamente consciente, capaz de actuar por su propia iniciativa. «Considero las charlas individuales el mejor método de trabajo político durante la defensa», apuntaba el comisario de batallón Molchanov. «Porque cuando un soldado se pasa en su pequeña trinchera

un mes entero, sin ver nada más que a su vecino al lado, y de repente un comisario u otra persona se acerca a él y le dice algo o simplemente le saluda o le dedica una palabra amistosa, eso adquiere una gran importancia. Llevarle una hoja de papel para que pueda escribir a sus seres queridos o escribir la carta por él, anima mucho a un soldado.» Los comisarios se veían como responsables no solo de la salud mental de los soldados sino de su bienestar físico, y tomaban nota cuando las raciones de comida o la ropa de abrigo escaseaban. En los momentos de crisis, les daban alguna golosina –chocolatinas, mandarinas– que las organizaciones de trabajadores enviaban al frente. En palabras del comisario de brigada Vasiliev, «No es tanto la comida en sí como la gratificación moral que supone para el soldado, que de este modo siente que hay personas que se preocupan por él». El arsenal del responsable de asuntos políticos también incluía el asesoramiento militar, incluyendo, por ejemplo, instrucciones de cómo llevar a cabo una defensa erizo o construir refugios sólidos. «Aclarábamos a los soldados cada detalle, cada situación, cada movimiento táctico, haciendo todo lo posible por ayudarles a ellos y a sus jefes a conseguir mejores resultados en el combate», explicaba Vasiliev. El agitador[152] Izer Ayzenberg de la 38.ª División de Fusileros empleaba un curioso instrumento de educación política conocido como la «maleta del agitador». Facilitado por su comisario de regimiento, este artilugio portátil parecido a la maleta de un mago estaba especialmente diseñado para su uso en las trincheras. Cuando se abría, a la izquierda podía leerse el texto del juramento militar soviético, sobre terciopelo rojo; a la derecha se veía una orden de Stalin y los retratos de Lenin y de Stalin. En el medio había folletos, libros «sobre nuestros jefes proletarios», un mapa topográfico y un mapa político mundial, además de un juego de damas y un dominó. Ayzenberg explicaba cómo los soldados utilizaban los contenidos de la maleta:

> Funciona así: un grupo coge un mapa, lo cuelga y rodea con el dedo las ciudades que nuestros bombarderos y los bombarderos alemanes están atacando. Los

> soldados muestran interés por otros escenarios militares. Preguntan por lo que está pasando en Túnez,[153] etcétera. Otro grupo juega a las damas, otro lee los folletos, acertijos y canciones –los soldados se ríen alegres. En un rincón, leen otros folletos más serios. En la maleta hay también sobres y papel, así que cogen papel y escriben un boletín. Hay además un espejo grande. A veces, cuando lo sacas, se forma una cola: uno pide mirarse un momento, otro dice «creo que me hace falta afeitarme, déjame ver». En medio de toda esta actividad, el agitador pide atención y pronuncia una charla de diez o quince minutos o lee un artículo interesante. Teníamos una de esas maletas en cada regimiento. Así es como la usábamos: yo iba al cuartel general del 1.º Batallón, les dejaba el maletín durante un día, luego lo llevaba al 2.º Batallón, y así sucesivamente.[154]

Los responsables políticos enseñaban a los soldados qué era por lo que estaban luchando y cuáles eran las motivaciones del enemigo. Aprovechaban el valor simbólico de Stalingrado, elevando la batalla a un acontecimiento histórico con la ayuda de algunas voces de la prensa internacional. Cualquier «persona, por mínimos que fueran sus conocimientos, sabía que el enemigo quería rodear nuestra capital desde el este, tomar el Volga, hacerse con nuestros recursos petrolíferos, con Bakú. Todo eso lo sabíamos gracias al trabajo de los responsables políticos», remarcaba el sargento mayor Mitrofan Karpushin de la 39.ª División de Fusileros de la Guardia. Karpushin explicaba a continuación cómo le llegaba la información a él y a otros soldados: «Todavía podíamos leer periódicos, si bien a trompicones. Había bastantes periódicos para cada soldado. Leíamos el periódico de la división y el ejército, el periódico central *Pravda* y el *Estrella Roja*. De estos dos últimos había numerosos ejemplares. Cuando había combates, los periódicos llegaban con un retraso de siete u ocho días. Yo siempre me las arreglaba para echar un vistazo a la primera página. Había bastante luz, porque teníamos aceite de transformador de sobra».[155]



Soldados de la 284.ª División de Fusileros reciben cartas y periódicos en Stalingrado, 1942.

Además de resaltar la importancia histórica de la batalla de Stalingrado, los responsables políticos proporcionaban información sobre las operaciones de combate en los alrededores para dar a los soldados una sensación de participación activa. «Tengo que decir», comentó el comandante Serov, «que incluso cuando se informaba de que, por ejemplo, la estación de tren de Gorshechnaya o el enlace ferroviario había sido tomado, incluso esas pequeñas victorias hacían feliz a la gente. [...] Cuando se enteraban o leían en un boletín que nuestros chicos habían avanzado aunque solo fuera un poco, se generaba una sensación de “estamos ganando terreno”. Y cuando se iniciaban avances rápidos como los del norte del Cáucaso era cuando los chicos se alegraban de verdad. El entusiasmo era patente: “parece que ahí les están sacudiendo pero

bien… ¿y nosotros, no somos igual de buenos que ellos? ¡Vamos a darles nosotros también!”.»

LA ESTRATEGIA DEL HÉROE

En la ideología marxista soviética, los seres humanos son inherentemente maleables, conformados por su entorno; a través del condicionamiento social, cualquiera podía convertirse en un héroe. Los asesores políticos eran los encargados de esta tarea. El comisario de brigada Vasiliev contó la historia de un soldado de la 45.ª División que combatía bien pero mostraba tan poca disciplina que su *politruk* escribió una carta a sus padres quejándose. Antes de enviarla, leyó al soldado infractor su contenido: «Él se sintió realmente mal por ello, y para entonces había ganado una medalla, pero sus padres le enviaron un tremendo rapapolvo desde casa. Así que tuvimos que escribir otra carta explicándoles cómo el chico había rectificado y se había distinguido en combate, llegando a recibir una condecoración del Gobierno. Se había convertido en un hombre completamente nuevo. Serov, el jefe del departamento político, le había tomado bajo su protección. El soldado fue mejorando de forma constante y nunca más dio un problema. Era como si hubiera sido así toda la vida». El comandante Serov describió el incidente con más detalle desde su posición de observador privilegiado:

> Había un tal Kiselyov en nuestra 1.ª Compañía del 157.º Regimiento, un verdadero tarambana. Hablábamos con él, le arrestábamos, le metíamos en el calabozo, pero no servía para nada. Era un infractor de la disciplina fuera de lo normal. No hacía caso a nada. Entonces Narovishnik, que era el responsable político adjunto de la compañía, decidió escribir a sus padres: «Este es el escandaloso comportamiento de su hijo; quizá ustedes puedan ayudar». Aquella carta se leyó en voz alta ante la compañía. La compañía supo así que la carta se había enviado a sus padres y él también. Ya solo el hecho de que enviáramos la carta a sus padres le hizo reflexionar. La respuesta llegó cuando él se fue al

> frente: «¿Por qué traes la vergüenza a tus ancianos padres? No podemos mirar a nuestros vecinos a la cara. ¿Te has olvidado de que cuando te fuimos a despedir te dijimos que te comportaras?». Luego su hermana añadía lo embarazoso que había sido recibir esos informes de él: «Si quieres considerarme tu hermana, lucha como nuestro hermano mayor, que en paz descanse». Esto fue lo que hizo abrir los ojos al chico. Mató a nueve *fritzes* e hirió a siete más, o al revés. Él mismo resultó herido y fue enviado al hospital.

Las hazañas heroicas, definidas por lo general como acciones en las que los soldados tenían que vérselas contra una fuerza superior en número y en armamento, a menudo eran difundidas mediante folletos que se distribuían en los sectores donde habían ocurrido, con la idea de que los que las leyeran conocieran a los «héroes del día» personalmente y eso les estimularía a emularles.[156] La 13.ª División de Fusileros de la Guardia recibió panfletos con fotos de los soldados condecorados y breves descripciones de sus hazañas. «Esto causa una impresión extraordinaria», comentó el comisario de brigada Vasiliev. Como explicó el responsable para asuntos políticos de la división, los panfletos se leían en voz alta a las unidades y luego se enviaban a los miembros de la familia.[157] De esta forma la administración política aprovechaba la influencia de las familias y los lugares de procedencia de los soldados para sacar más partido tanto a los castigos como a las distinciones.



Soldados del Ejército Rojo leen un periódico mural en Stalingrado, 1942. *Fotografía de Natalia Bode*.

El comisario de brigada Vasiliev veía en un *komsomol* de su unidad la encarnación del ideal bolchevique del héroe de guerra. El soldado emulaba conscientemente las hazañas de célebres predecesores suyos y quería que su ejemplo de sacrificio inspirara a otros a seguir la heroica tradición:

> Voronov, por ejemplo, un miembro del Komsomol, había leído *Así se templó el acero*, de Ostrovsky, y vivía con la obsesión del artillero de Ostrovsky. Recibió veinticinco heridas en combate y solo abandonó el campo de batalla cuando sus brazos, alcanzados por las balas en varios lugares, ya no le obedecían. Estaba al mando de un puesto de ametralladora. Estaba literalmente desangrándose y le propusieron llevarle a la unidad médica. Él dijo: «No, seguid luchando. Iré yo solo». Fue andando a gatas unos trescientos metros mientras se desangraba. Cuando le llevaron hasta el batallón médico, estaba completamente hecho trizas y dijo: «Ahora soy como el artillero de Ostrovsky». Eso es un hombre que vive

por un ideal y te hace pensar que nosotros hacíamos nuestro trabajo sin llegar a darnos verdaderamente cuenta de lo que habíamos conseguido.

Lo que Vasiliev quería decir es que el trabajo de los responsables políticos era lo que había puesto la novela *Así se templó el acero* en manos de Voronov.

Mientras que algunos soldados se comportaban conforme al modelo de unas nociones idealizadas de lo que era un héroe, otros extraían su motivación de recursos más básicos. «A la gente se le informaba de la trascendencia de estos éxitos», explicaba el comisario de regimiento Dmitri Petrakov, de la 308.ª División de Fusileros. «Se les prometía una recompensa: por un soldado alemán capturado, la Orden de la Estrella Roja; por un oficial, la Orden de la Bandera Roja, y el máximo honor era la Orden de Lenin».[158] Muchos de los entrevistados corroboraron las incontables hazañas heroicas que en efecto se produjeron en el Frente de Stalingrado. «Sin exagerar», informaba el comandante Piotr Zayonchkovski, del 66.º Ejército, «cabe afirmar que durante la lucha en Stalingrado, todos salvo un puñado de comandantes y soldados mostraron un enorme heroísmo.»[159] El general Chuikov refería que «tenemos constancia de tantos héroes en la batalla de Stalingrado que se asombraría usted de las capacidades de nuestro pueblo ruso, nuestro pueblo soviético. Y a saber de cuántos héroes más no se ha llegado a saber nada», se preguntaba. «Deben de haber sido diez veces más.» Según un memorándum interno, en junio de 1943 los militares habían otorgado 9.601 medallas a los soldados del 62.º Ejército por haberse distinguido en la batalla.»[160] Los periódicos del ejército rendían con regularidad tributo a los soldados condecorados, y muchas ediciones del *Estrella Roja* estaban en su mayor parte ocupadas por los nombres y graduaciones de los que habían sido recientemente condecorados y las medallas que se les habían concedido. Esto recordaba a la práctica utilizada con los trabajadores de choque en la década de 1930, cuyos logros eran citados uno por uno en los periódicos soviéticos.

Para promover el heroísmo en la batalla, los mandos militares y responsables políticos condicionaban a sus soldados para no tener miedo. El capitán Andréi Afanassiev, de la 36.ª División de Fusileros, resumía la tarea en pocas palabras: «Tras el primer bautismo [de fuego] decidí alimentar una especie de desprecio por la muerte entre el personal».[161] Dos terrores eran los que se mencionaban más a menudo: el temor a los pánzer enemigos y el temor a los ataques aéreos. Los jefes enseñaban a los soldados a protegerse de los tanques cavando agujeros en el suelo y les hacían demostraciones de cómo utilizar los bazucas y otro tipo de armamento anticarro.[162] Les enseñaban que el miedo era un instinto animal que podía vencerse mediante una reflexión y acción conscientes. Alexander Sikorski, un hidrógrafo militar del 62.º Ejército, explicaba cómo el soldado soviético «ha demostrado que su miedo ya no forma parte de él, que no teme nada. Todos los hombres nacen con miedo, el miedo es una característica que todo ser humano posee, pero el miedo abandonará a los héroes y se quedará con los cobardes».[163] Este énfasis en la fuerza de la voluntad humana fue constantemente mencionado en las entrevistas de Stalingrado.[164] Cuando los soldados hablaban del miedo, normalmente era como algo condicionado, algo que habían sentido inicial o intermitentemente y que podían desconectar y vencer voluntariamente. El capitán Afanassiev, a pesar de su decisión de enseñar a sus hombres a no temer nada, confesaba el pánico que sintió durante un fuerte ataque alemán el 20 de agosto de 1942:

> Fue realmente terrorífico. Cuando salí a echar un vistazo, me asaltaron las dudas: el ejército alemán que avanzaba hacia nosotros era enorme. Mirabas por los prismáticos o el periscopio y pensabas: no podremos resistir ante esto. Así es como yo me sentí entonces. Una mirada por el periscopio me convertía en presa del pánico. No era exactamente cobardía, sino la sensación de que era imposible acabar con todo eso que se nos venía encima. Un sinfín de puntos negros. Cuatrocientos o quinientos carros de combate y otros vehículos. Y no iban uno detrás de otro, avanzaban en formación escalonada.

La escena así descrita se asemeja a lo que los soldados comunistas entendían como un «ataque psicológico». Afanassiev más adelante recalcaba que había superado la prueba.

Lev Ojitovich, un soldado de infantería de la 308.ª División de Fusileros, narró su primera batalla a campo abierto y el miedo paralizador que sintió cuando el fuego alemán le hizo tirarse al suelo. Pero también notó cómo el miedo se disipaba en el momento que se dio cuenta de que tenía que levantarse si quería evitar una muerte absurda: «Me di cuenta de que podía morir por nada. No fue valor, ni coraje (carecía de ambas cosas). Simplemente fui consciente de que iba a morir a menos que hiciera algo. Y la única oportunidad que tenía de salvarme a mí y a los demás era avanzar». Ojitovich se levantó del suelo y él mismo se sorprendió ante el grito de guerra que de forma consciente hizo salir por su boca: «No podía decir otra cosa que lo que cualquier otro hubiera dicho en mi lugar. “¡Por la patria! ¡Por Stalin!”».[165]

BUENOS Y MALOS SOLDADOS

Aquellos que eran incapaces de tener su miedo bajo control eran considerados cobardes y a menudo sometidos a duros castigos. Para los soldados que se encontraban en el Frente de Stalingrado, la jefatura introdujo severas medidas disciplinarias. Las más destacadas fueron las sanciones contra «cobardes» y «traidores» explicadas con todo detalle en la Orden n.º 227. La orden, redactada personalmente por Stalin, mandaba a los soldados «defender con tenacidad y hasta la última gota de sangre cada posición, cada metro de territorio soviético, aferrarse a cada trozo de tierra soviética y mantenerlo hasta el final».[166] Cualquiera que abandonara una posición sin órdenes explícitas de hacerlo tenía que ser ejecutado o enviado a un batallón de castigo.[167] Estas brutales medidas llevaban implícito un importante elemento didáctico. Los soldados deportados a los batallones de castigos, explicaba la orden, recibían una

«oportunidad para redimir con sangre sus delitos contra la madre patria». Esto daba a los soldados de este modo proscritos la esperanza de ser rehabilitados y volver a la unidad.

Muchos de los entrevistados se explayaron sobre lo que se dio ampliamente en llamarse la política de «ni un paso atrás». Sus declaraciones revelan de qué formas tan diferentes podía interpretarse y ejecutarse la Orden n.º 227. El general Chuikov tomaba medidas extremas para restaurar la disciplina:

> Sinceramente, la mayoría de los comandantes de brigada no tenían redaños para morir aquí. En cuanto sucedía algo empezaban a decir: permítame cruzar el Volga. Yo gritaba: «¡Yo sigo aquí!», y enviaba un mensaje: «Si da un paso le mataré». [...] Inmediatamente empezamos a actuar de la forma más rigurosa posible contra la cobardía. El 14 de septiembre yo mismo disparé al comandante y al comisario de un regimiento, y poco después a dos comandantes de brigada y sus comisarios. Esto pilló por sorpresa a todo el mundo. Nos aseguramos de que la noticia llegara a los hombres, especialmente a los oficiales.

Las ejecuciones, añadía Chuikov, produjeron efectos inmediatos.

El comandante Serov describió unas infracciones disciplinarias en su unidad que le obligaron a tomar medidas similarmente drásticas. Especialmente indignante era la conducta de los capitanes de compañía, las personas que se suponía que debían dar ejemplo:

> Las cosas no siempre eran fáciles, claro. Debería apuntar que los miembros del partido, comandantes y trabajadores políticos eran demasiado atrevidos, insensatos incluso. Siempre se estaban metiendo donde no debían. Esta es la razón por la que los comandantes y responsables políticos, especialmente a nivel de compañía, fueron eliminados tan pronto. La situación era esta: el enemigo estaba presionando, a nuestra espalda teníamos el Volga, no había adónde replegarse. Pero el liderazgo de nuestros capitanes de compañía y sus representantes políticos no se nota por ningún lado, porque todos se han ido, o están muertos o heridos. Y los demás, los que menos resisten, quién sabe adónde se han ido. [...] Todos están buscando un agujero en alguna parte desde donde

> esperar a que amaine. Saben que no es momento de quedarse al margen, pero lo hacen. Algunos se autolesionan, con la esperanza de preservar su honor fingiéndose herido y cruzar a la margen este. Esto ocurrió mucho al principio. Comenzamos a exponer estos casos públicamente y a hacerlos fusilar delante de sus unidades. El número de este tipo de casos empezó a disminuir rápidamente. No podías hacer otra cosa: el Volga, a nuestras espaldas, no dejaba escapar a nadie.

El esfuerzo necesario para llevar a cabo la orden –en casos extremos requería ejecutar a uno de los soldados propios– quedó claramente expresado por el sargento Mijaíl Gurov de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros: «Nos dieron esta orden: no dejar pasar a nadie, quien desobedezca será sencillamente [sic]. Leímos la orden del camarada Stalin: "Nuestra tierra es inmensa, pero no hay ningún otro sitio adonde ir. Debemos conservarla". Y eso es lo que decidimos. La orden debía cumplirse –no les dejaríamos, por duro que fuera».[168] El comandante de la 36.ª División de Fusileros, el coronel Mijaíl Denisenko, ideó una solución salomónica que ni violaba la orden ni tampoco requería aplicarla con el máximo rigor. Durante el ataque a gran escala efectuado por los alemanes el 14 de septiembre, muchos soldados del 64.º Ejército huyeron de las primeras líneas, cruzando las posiciones de la división de forma «desordenada, en tropel». Como recuerda Denisenko: «Yo ordené: deténgales, no permitan movimientos incontrolados, etcétera. Ellos me dijeron: camarada coronel, son los nuestros. ¡No podemos dispararles! Entonces di órdenes de que les dejaran pasar, manteniéndose a la defensiva».[169]

Mientras que los testimonios anteriores hablan de castigar a la tropa con violencia o amenazándola con ella, otros destacan el efecto didáctico de la Orden n.º 227. Vasiliev refirió que sus esfuerzos por «inculcar la orden en la conciencia de la gente» empezaron a dar resultados desde el primer día de batalla. El teniente Nikolái Voronin, miembro de la tripulación de la cañonera *Chapayev*, explicaba cómo el departamento

político hacía circular las noticias oficiales del frente con la condición de que «no se dé ni un solo paso atrás aunque tengamos que morir».[170] El comisario de división Kuzma Gurov (62.º Ejército) quiso dejar constancia de que tras informar a sus soldados sobre la orden, estos «comprendieron su función como ciudadanos del Estado. Los soldados mantuvieron su posición aunque los alemanes eran muy superiores en número».[171]

Según el teniente Ivan Kuznetsov, comandante de una cañonera de la flotilla del Volga, las medidas disciplinarias y la educación iban de la mano: «Percibíamos el estado de ánimo. Ciertamente había momentos en que algunos soldados se quedaban pálidos como el papel durante un bombardeo. Yo les prevenía, sin andarme por las ramas: “Camaradas, esto es la guerra. Os advierto de que si alguno abandona el barco o da muestras de cobardía le dispararé”». Kuznetsov recordaba a un médico llamado Petrov que, bajo todo tipo de pretextos, no dejaba de intentar bajarse de una cañonera atracada en la orilla del río. «Yo le hice llamar una vez más y le dije que si eso volvía a ocurrir él sería el primero en morir y además le pedí al osobista que tuviera una charla con él al respecto.» Los llamamientos salpicados de amenazas de violencia daban bastante resultado: «Por supuesto, él siguió teniendo miedo –eso se notaba– pero ya había alcanzado el estado psicológico de saber que si abandonaba el barco sería peor. De este modo no solo él evitó caer en la cobardía, sino también los demás soldados, que empezaban a decir que el enfermero estaba a punto de salir corriendo. Después de aquello, a nadie más se le ocurrió abandonar el barco deliberadamente ni dejar de cumplir con sus obligaciones».[172]

Los mandos militares y los responsables políticos exigían disciplina no solo por la disciplina en sí, sino para enseñar autocontrol. Su concepción del orden militar también se hacía visible en sus apreciaciones sobre el enemigo. Varios funcionarios de inteligencia presentes en Stalingrado hicieron referencia a la extraordinariamente estricta disciplina de la Wehrmacht, que forjaba un vínculo especial entre los soldados y sus

jefes. Un oficial comentó que durante los bombardeos soviéticos de los últimos días de enero de 1943 ni un solo alemán salió de un búnker para rendirse mientras sus oficiales al mando siguieran dentro.[173] Su comentario de aprobación implicaba el reconocimiento de que la disciplina dentro del Ejército Rojo estaba lejos de ser ideal.[174] No obstante, los funcionarios de inteligencia también mencionaban el carácter «ciego» y «mecánico» de la disciplina alemana.[175] A sus ojos, parecía una especie de obediencia esclava, un rasgo de la era prerrevolucionaria, en contraste con la disciplina fruto del autocontrol. En la Wehrmacht, pensaban, sería inimaginable el caso de un soldado del Ejército Rojo llamado Kurvantiev que mató al jefe de su pelotón por rendirse. El comisario de batallón Molchanov cuenta la historia: «Fue así. Durante el avance alemán el jefe de pelotón levantó las manos cuando los alemanes fueron corriendo hacia él. Al ver que el jefe de pelotón tenía las manos en alto, Kurvantiev acribilló con su ametralladora tanto a los enemigos como a su jefe. Asumió el mando del pelotón, repelió el ataque alemán que se había abierto paso entre nuestras líneas allí, y volvió a hacerse con la posición. Le admitimos en el partido [...] y difundimos su ejemplo en charlas, conferencias y en la prensa de la división».[176]

Incluso los batallones de castigo del Ejército Rojo fueron creados con el propósito expreso de reformar a los soldados infractores. Desplegadas en áreas de la línea del frente con elevadas cifras de bajas, estas unidades estaban formadas por «cobardes», desertores y automutilados que eran detectados por los escuadrones de bloqueo, por soldados del Ejército Rojo que habían sido capturados y posteriormente liberados a raíz de la contraofensiva soviética, y también por un numeroso contingente de prisioneros de los gulags. Los historiadores que fueron a Stalingrado no entrevistaron ni a un solo integrante de un batallón de castigo. De hecho, como revelan las palabras de un oficial de Estado Mayor, los comandantes y soldados de las demás unidades eran renuentes a hablar de estas unidades: el oficial refería que los soldados de las divisiones de la Guardia

enfurecían cuando se enteraban de que iban a rellenar sus filas con antiguos *strafniki* de los batallones de castigo. Sus biografías estaban «manchadas», dijo un agitador mientras amonestaba a los ex miembros de un batallón de castigo de su regimiento al amanecer, previamente a una operación de combate, «pero ahora debéis demostrar, durante un solo combate, que podéis no solo limpiar esa mancha, sino incluso ingresar en el grupo de los condecorados». Les recordó la máxima de Iliá Ehrenburg: «La sangre derramada en batalla es sagrada. Cada gota de ella es un preciado sacrificio ante el altar de la madre patria. Si un hombre ha pecado contra el pueblo, puede borrar su culpa con sangre en combate. Yo les dije que ellos iban a lavar su culpa con sangre. Y al grito de "hurra", varios de ellos dieron un paso adelante y dijeron: "Ya lo verá usted, se lo demostraremos"».[177]

Casi todas las menciones a los batallones de castigo añadían que sus integrantes habían dado prueba de su valor en batalla. El teniente Alexéi Kolesnik, de la 204.ª División de Fusileros, recordaba: «Recibimos refuerzos, formados por condenados a diez años por autolesionarse y por darse en retirada sin previa orden; entre ellos había incluso comandantes. Hemos limpiado el historial de sesenta personas por su conducta ejemplar en combate. Por ejemplo, tenemos el caso de este subteniente. Ha matado él solo a trece *fritzes* y ha sido puesto a cargo del servicio de ingeniería del regimiento. Había sido sometido a un consejo de guerra por incumplimiento del deber, al hacer explotar una mina voluntariamente para herirse a sí mismo».[178] El comisario de batallón Alexander Stepanov (308.ª División de Fusileros) expresaba sentimientos similares: «Aproximadamente un 25% de la gente de nuestro regimiento había sido condenado por algún delito en el pasado. Todos ellos, salvo pocas excepciones, habían conseguido que les retiraran la condena por su valerosa actuación en combate. Nosotros lo considerábamos una forma de estimular a la gente a realizar un excelente trabajo».[179] El teniente Ayzenberg, el agitador que preconizaba la imagen del sacrificio de la

sangre ante el altar de la madre patria, recordaba: «Hacia el final del día, cuando hacíamos recuento de los muertos, nos dimos cuenta de que Vasiliev, otro ex prisionero de guerra, seguía todavía allí. Vasiliev no solo había conseguido borrar su vergonzosa mancha, sino que había estado allí hasta el final. Tenía tan presentes mis palabras que él mismo se las transmitía a sus camaradas. Aquella noche se acercó a mí y me dijo: "El jefe del batallón me acaba de decir que me han propuesto para ser condecorado"».[180]

Las enormes bajas sufridas por los batallones de castigo en el frente figuraban entre las descripciones de las hazañas heroicas de los soldados solo de pasada, y a veces ni eso.[181] El teniente Alexéi Zimin (38.ª Brigada Motorizada de Fusileros) hacía referencia al gran número de muertes al afirmar que, tras una batalla, «conforme a la Orden n.º 227, el resto de los infractores habían conseguido borrar su vergonzosa mancha».[182] El comisario Vasiliev fue más explícito: «En la división de Guriev había algunos convictos. La mayoría de ellos han caído en batalla; algunos han sido heridos. [...] Quedan unos seis, cuyas condenas han sido anuladas. Ahora estamos trabajando en anular a título póstumo las de los que han muerto, porque lucharon y murieron heroicamente».

Más que en ningún otro sitio, la idea de reeducación –*perekovka*, literalmente, «volver a forjar»– estaba presente en las descripciones de soldados que llegaban al frente procedentes de los gulags. (*Perekovka* fue un término de uso común en el sistema penal soviético a principio de la década de 1930.)[183] El comisario de batallón Stepanov recordaba bien a los noventa prisioneros que le fueron asignados cuando formaba su regimiento: «gente desharrapada, hambrienta, llena de piojos», cuya sola vista al principio le asustaba. «Eran verdaderos "presidiarios".» ¿De qué manera podría él romper este compacto grupo y educarlos como hombres? Para mostrar los resultados de sus esfuerzos, Stepanov citó a modo de ejemplo algunas de las trayectorias seguidas por estos hombres después de prestar servicio: «Shafranov es en la actualidad un miembro del partido

dentro del regimiento, oficial superior condecorado y uno de nuestros mejores comandantes. Gavronsky desertó mientras se estaba formando el regimiento. Dieron con él cerca de Stalingrado y lo mataron. De los noventa convictos que llegaron a nuestro regimiento, solo dos fueron incapaces de reformarse y acabaron siendo fusilados. Todos los demás fueron reeducados y transformados en soldados buenos y honestos».

Algunos de los infractores enviados al frente se ganaron la admiración de sus comandantes por su determinación en la batalla. El comandante Andréi Krugliakov, de la 45.ª División de Fusileros, contó la historia de un tal Chuvajin, que antes había sido carterista. «El día antes de que él llegara al Frente de Stalingrado, mataron a un amigo suyo, el camarada Ivánov. Prometió que para vengar la muerte de su amigo él mataría como mínimo a 35 *fritzes*. Y, en efecto, en un breve periodo de tiempo, mató a 33 o 32 *fritzes*. Más adelante resultó herido.»[184] «Eran unos tarambanas, verdaderos temerarios», decía el comandante Soldatov, refiriéndose a los delincuentes asignados a la 38.ª Brigada de Fusileros. «En su primer día en la línea del frente irrumpían en algún búnker, capturaban a un alemán y lo arrastraban hasta aquí.»

El mando soviético también recelaba de los reclutas no rusos, y en particular de los no eslavos, por creer que albergaban aspiraciones nacionalistas.[185] Al mismo tiempo, la Administración Política Central también ideó estrategias para ganarse a estos impredecibles «cantonistas». Un informe de octubre de 1942 al jefe de la GlavPURKKA, Shcherbakov, presentaba una lista de todos los soldados no rusos que estaban luchando en Stalingrado: 5.688 ucranianos, 1.787 bielorrusos, 2.146 uzbekos, 3.152 kazajos,[186] 187 turcos, 181 kirguisos, 2.047 judíos y 3.354 tártaros. El autor del informe sugería publicar periódicos especiales para estos soldados, impresos de forma centralizada en Moscú, dado que en el frente no contaban con instalaciones para hacerlo.

Esta sugerencia ponía implícitamente de relieve las dificultades de comunicación en las divisiones étnicamente heterogéneas.[187] Muchos

soldados no rusos no entendían las órdenes que daban sus superiores (en su mayoría rusos), y a veces tenían que guiarse por gestos que estos hacían con la mano cuando coordinaban los movimientos en la batalla. El 62.º Ejército trató de superar este problema reclutando a los no rusos con un nivel educativo más alto y formándoles como comandantes. Los que procedían de áreas urbanas y tenían un buen nivel de ruso eran utilizados como intérpretes e instructores. El teniente Nikolái Karpov, de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros, se refirió a los servicios de los no rusos durante el ataque a la plaza de los Héroes Caídos en la madrugada del 31 de enero de 1943:

> Los miembros del Komsomol desempeñaron un papel fundamental en el ataque. Teníamos un montón de minorías, que solían ser difíciles de movilizar. El tal Ivánov era un chuvasio, pero entendía bastante bien el uzbeko y el ruso, además del chuvasio. Cuando estábamos atacando y nos encontrábamos a unos veinte metros del edificio, nos echamos cuerpo a tierra, porque el fuego de los alemanes era muy intenso aquella noche. Ivánov me grita de pronto: «Camarada teniente, ¿y si seguimos avanzando?». Yo inmediatamente me levanté y grité: «¡Adelante! ¡Por la madre patria!». Y él a su vez transmitió el grito a las minorías. Y así fue como tomamos aquel edificio por asalto. Habíamos llegado allí el 27 de enero y luchamos durante cuatro días, hasta el 31 de enero.[188]

Varios de los comandantes entrevistados dieron fe del «espíritu combativo» de los no rusos. Por ejemplo, el coronel Matvei Smolianov (64.º Ejército) señaló que «había veces que los uzbekos mostraban el mismo valor que rusos, ucranianos, etcétera».[189] Pero las descripciones también revelaban lo poco que los comandantes esperaban de los no rusos. «Había muchachos muy majos», recordaba el capitán Ivan Bujarov, de la 38.ª Brigada de Fusileros, «incluidos algunos no rusos, pero la mayoría eran rusos –profesionales con experiencia en combate.»[190] Otros afirmaban abiertamente que los soldados no rusos luchaban mal y eran miedosos, para justificar los brutales castigos que a veces recibían. «Habían recibido refuerzos, pero no se movían –eran uzbekos, pésimos

soldados. A los que no avanzaban se les fusilaba.»[191] El general Rodímtsev, autor de esta afirmación, ensalzaba a continuación el extraordinario espíritu de lucha de los rusos de su división, especialmente de los procedentes de Siberia. El comandante de brigada Stepan Guriev (39.ª División de Fusileros de la Guardia) también criticaba a los no rusos, aunque no de manera totalmente generalizada. «Entre las minorías había uzbekos, kazajos y otros, pero no eran buenos combatiendo. Por supuesto, algunos sí lo hacían bien –tipos buenos, con condecoraciones– pero era un porcentaje pequeño.»[192]

Estas «nacionalidades» eran –para los comandantes y responsables políticos rusos en Stalingrado– lo mismo que el campesinado ruso había sido antes para los activistas soviéticos: una masa de gente analfabeta y de pocas luces de la que solo podían obtenerse buenos soldados a base de un enorme esfuerzo. Curiosamente, ninguno de los comandantes de Stalingrado se mostró crítico con soldados rusos de origen campesino; esta categoría nunca la tuvieron en cuenta. La línea de división no era entre clases, como durante la guerra civil, sino entre nacionalidades, y todos daban por hecho que los rusos eran los que mejor encarnaban el ideal comunista del soldado concienciado ante la batalla. También ellos se veían movidos por un odio a los invasores alemanes superior al de ningún otro grupo étnico soviético.[193]

La educación política y moral desempeñó un papel importante en las unidades del Ejército Rojo que lucharon en Stalingrado. La mayoría de los funcionarios y comandantes políticos que hablaron con los historiadores de Moscú confirmaron que el efecto de estas medidas movilizadoras comenzó a notarse allí. Las primeras fases de la batalla pusieron gravemente a prueba la eficacia del ejército, pero la mayoría de los entrevistados afirmaron que en octubre de 1942 los defensores de la ciudad seguían manteniéndose firmes y combatiendo con convicción. (El teniente Alexéi Smirnov, de la 308.ª División de Fusileros, afirmaba que

«durante la retirada hacia Stalingrado detectamos a algunos cobardes puntuales, pero en Stalingrado propiamente dicho no fue así. Nuestras unidades militares de bloqueo no encontraron ni un solo caso.)[194] Para entonces, la mitología en torno a la crucial batalla en el Volga ya había tomado forma. Un eslogan como «¡No hay tierra más allá del Volga!» imbuía a la Orden n.º 227 de un significado tangible, real, para las tropas locales. En combinación con la amenaza del terrible castigo, estas consignas demostraron ser efectivas, especialmente tras la sucesión de victorias militares iniciada el 19 de noviembre. Muchos de los entrevistados corroboraron la descripción hecha por el comandante Georgi Spitski acerca de la flotilla del Volga: «Por cierto, yo llevo mucho tiempo prestando servicio. Es mi cuarta guerra, pero nunca he visto nada igual a los mítines del barco. La exhibición de entusiasmo era extraordinaria. Incluso los más retraídos –y había bastantes– estaban transformados. Hablaban en las reuniones, en los mítines».[195]

Estos informes sobre el comportamiento de los soldados en Stalingrado concuerdan con la información que luego han revelado los archivos secretos soviéticos. Para el 1 de agosto de 1942 los militares habían formado ya 41 escuadrones de bloqueo en los frentes de Stalingrado y del Don. A lo largo de septiembre y agosto, dichos escuadrones detuvieron a 45.465 soldados que habían abandonado las líneas del frente sin autorización: 699 fueron arrestados y, de ellos, 664 «cobardes, víctimas del pánico y autolesionados» fueron ejecutados en el acto. Otros 1.292 fueron enviados a compañías y batallones de castigo. La inmensa mayoría de los desertores –41.472 soldados– fueron devueltos a sus unidades.[196] Las cifras dejan claro que para el Ejército Rojo la disciplina interna representó un enorme problema, especialmente durante la primera fase, defensiva, de la campaña de Stalingrado. Las fuentes sugieren también que los agentes de la NKVD que actuaban detrás de las líneas del frente con el objetivo de acabar con la deserción tenían dos tareas específicas. La primera era detener a los soldados que huían del

campo de batalla y asegurarse de que su conducta no se extendiera a otras tropas: «Hoy, durante la ofensiva del enemigo, dos compañías de la 13.ª División de la Guardia se amedrentaron y empezaron a replegarse», decía un informe interno de la NKVD de septiembre de 1942. «El jefe de una de estas compañías, el teniente Miroliubov, también huyó del campo de batalla preso del pánico, abandonando a la compañía. La unidad de bloqueo del 62.º Ejército frenó la retirada de estas unidades y retomó la posición.» Otro informe comunica que una unidad de bloqueo abrió fuego sobre las tropas que huían, mientras que un tercero especifica que los agentes de la NKVD apuntaban por encima de sus cabezas.[197]

La segunda tarea era establecer quién entre los detenidos era un soldado digno de confianza y quién no. Los funcionarios de la NKVD llevaban a cabo interrogatorios para «filtrar» a los «enemigos declarados» del pueblo –cobardes incorregibles o «elementos antisoviéticos». Estos debían ser «eliminados con mano de hierro». Pero el interrogatorio podía también poner de manifiesto que un individuo había sucumbido a una «debilidad momentánea que casi siempre era resultado de no estar acostumbrado a las condiciones del combate y que en el futuro podía comportarse con valor, energía y dignidad».[198] Esta lectura política de la personalidad individual de los soldados del Ejército Rojo encajaba perfectamente con el hecho de que la NKVD hubiera perseguido a supuestos «enemigos del pueblo» durante el terror estalinista de la preguerra, con la única excepción de que antes de la guerra las sanciones eran más duras: pocos de los que acababan en las manos de la policía secreta se libraban de pasar al menos una temporada en el gulag.[199] Durante la guerra, sin embargo, y especialmente a medida que esta fue avanzando, el régimen necesitó con urgencia enviar soldados al frente. Llegó incluso a abrir los gulags para nutrir las filas del ejército.

Muchas de las ejecuciones derivadas de la aplicación de la Orden n.º 227 fueron llevadas a cabo delante de todos los soldados de una división, congregados al efecto. Esta violencia ejemplarizante tenía un propósito

disuasorio y recibía una gran difusión.[200] Las ejecuciones afectaron de forma desproporcionada a los jefes y comisarios del Ejército Rojo. Numerosas fuentes describen cómo los comandantes de tropas que se rindieron bajo su mando fueron más tarde fusilados delante de sus hombres.[201] La misma suerte corrió el teniente Miroliubov, el comandante de la compañía de la división del general Rodímtsev. Había fracasado a la hora de dar ejemplo y transformar a reclutas corrientes en valerosos combatientes. La vulnerabilidad de los comandantes soviéticos contrastaba llamativamente con las fuerzas armadas alemanas, donde los oficiales eran prácticamente inmunes a la violencia física. Los soldados de las tropas soviéticas, por otro lado, tenían menos probabilidades de sufrir las consecuencias de la Orden n.º 227.[202] Como los jefes militares pudieron comprobar en el verano de 1942, el suministro de reclutas soviéticos no era inagotable. En junio de ese año, se emitieron órdenes militares que instaban a los comandantes a «perdonar a sus soldados».[203] En agosto de 1941, la Orden n.º 270 de Stalin había decretado una violencia indiscriminada. Promulgada casi un año después, la Orden n.º 227 había evolucionado: la mayor parte de los soldados que según la Orden n.º 270 habrían sido fusilados sumariamente, debían en adelante ser enviados a batallones de castigo. Allí se les consideraba combatientes a prueba, con órdenes de redimirse en un breve plazo de tiempo mediante el combate en los sectores más peligrosos del frente.[204] Incluso con estas restricciones, la cultura penitenciaria en el Ejército Rojo era extremada y, según muchos, excesivamente violenta.[205] Durante el curso de la guerra, 10.000 soldados soviéticos fueron condenados a muerte y ejecutados –el número exacto sigue siendo tema de debate.[206]

Las brutales medidas tomadas en el Frente de Stalingrado a finales del verano y durante el otoño de 1942 resultaron al parecer eficaces, a tenor de lo que sugieren documentos internos posteriores. En febrero de 1943 la NKVD informó de que entre octubre de1942 y el enero siguiente, un total de 203 «cobardes y miedosos» de los seis ejércitos que componían

el Frente del Don fueron arrestados; 169 de ellos fueron fusilados y el resto enviados a batallones de castigo. El informe menciona solo «casos esporádicos de huidas masivas del campo de batalla».[207]

FORMAS DE COMBATE

Pese a la gran fuerza movilizadora de la educación política, las iniciativas del ejército eran a menudo incoherentes y contradictorias, no tanto producto de una sola teoría unificada como de temperamentos y puntos de vista opuestos. Por ejemplo, los líderes militares diferían en gran medida en cuanto a si había que dar vodka a los soldados para infundirles valor ante la batalla. El 22 de agosto de 1941, Stalin decretó que cada soldado recibiera cien gramos de vodka al día. La directiva fue derogada el 11 de mayo de 1942, y reintroducida de nuevo el 12 de noviembre de 1942. Desde mayo de 1943 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, los jefes de las unidades tomaron sus propias decisiones sobre las dosis de alcohol proporcionadas a los soldados.[208] El teniente Vasili Leshchinin, de la 39.ª División de Fusileros de la Guardia, hablaba abiertamente de dar alcohol a sus hombres mientras los preparaba y a algunas unidades de reserva llegadas recientemente para el asalto al distrito industrial de Stalingrado. «Fuimos a conocer a los nuevos refuerzos, hablamos con todos, organizamos equipos de asalto. Distribuimos a nuestros soldados más experimentados entre ellos, les cocinamos comida caliente, les dimos sus cien gramos y les dijimos “Muy bien, chicos, id a por ello”. No les dijimos cómo, pero ellos fueron y tomaron aquella fábrica.»[209] Otros oficiales advertían de los peligros de la embriaguez en la batalla. Así lo relataba el comandante Spitski:

> Algunos dicen que la orden del comisario del pueblo de dar los cien gramos era una necesidad. Yo diría que justo lo contrario. Cuanto más complicada era la situación, más preferíamos pasar sin ello. Por ejemplo, nosotros, los jefes,

> simplemente no queríamos beber. Es mejor dirigir una operación teniendo la cabeza lúcida. [...] De hecho había algunos que atribuían al alcohol acciones que iban más allá de lo humanamente posible, que eran heroicas, afirmando que nada era imposible cuando uno había bebido unos cuantos tragos. Pero por supuesto no era la opinión general sobre el tema, solo la idea absurda de una minoría.

La recomendación de evitar la ebriedad queda reflejada por primera vez en un informe de principios de 1943 procedente de Stalingrado: «La estrategia frente al enemigo solo puede alcanzar sus objetivos con éxito cuando [...] tanto el comandante como sus soldados son valientes y capaces, si están lúcidos y sobrios». La redacción del informe sugiere que el alcohol era comúnmente empleado para preparar a los soldados de cara a sus misiones de combate.[210]

También había diferencias en el estilo de combate. Los responsables políticos instaban a los soldados a ir orgullosos y con la cabeza alta a la batalla en la creencia de que la pose heroica animaría a otros a seguir su ejemplo. El agitador Izer Ayzenberg recordaba cómo él había asumido el control de su batallón a raíz de que su comandante sufriera una lesión mientras preparaba a la unidad para tomar una colina. Llamó a un soldado, de nombre Polujin, agarró con fuerza la bandera del regimiento, y le dijo que la plantara en lo alto de un depósito de agua que estaba en manos del enemigo, con la esperanza de que el hecho de ver ondear la bandera elevaría el ánimo de los soldados. «Cuando el enemigo comenzó a retirarse, lanzándonos una lluvia de fuego, ese tal Polujin se irguió cuan alto era y cruzó la línea de batalla con la bandera en ristre. La infantería, sin esperar a que colocara la bandera, también se puso en pie y se lanzó al ataque. Nuestro jefe de división vio la escena y dijo que había sido extremadamente bello ver cómo la infantería, con la cabeza alta y al grito de “hurra”, había seguido la bandera. Y Polujin en efecto plantó la bandera.» Ayzenberg no especifica el número de soldados que perdieron la vida durante este asalto.

La vista de sus soldados cayendo bajo una lluvia de balas enemigas entusiasmaba al comisario de brigada Alexander Yegorov, de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros. Se sentía emocionado al ver la disposición de sus hombres a ponerse en peligro. En cierta ocasión, un ataque soviético se había detenido porque la infantería se había negado a salir de las trincheras tras una descarga de artillería inicial. En ese momento, la brigada de reserva de Yegorov recibió la orden de intervenir: «Tan pronto como el enemigo percibió movimientos en nuestras líneas, abrió fuego. Pero lo bueno –mi corazón se llenó de alborozo– fue que nuestra gente resistió. La metralla estaba barriendo a nuestros hombres, había enormes manchas en la nieve (la primera nieve, que acababa de caer), pero ellos no se doblegaron, siguieron avanzando».[211]

El escritor Vasili Grossman dio muestras de un entusiasmo similar mientras describía una batalla en la que pereció un regimiento entero de la 308.ª División de Fusileros: «Un viento cargado de hierro les golpeaba en la cara, y sin embargo siguieron avanzando. El enemigo debió de ser presa de un miedo supersticioso: ¿quiénes son estos que nos atacan? ¿Son mortales? [...] Eran mortales, en efecto, y aunque pocos de ellos consiguieron salir con vida, todos cumplieron con su deber».[212] Tanto Grossman como Yegorov estaban abducidos por el culto al héroe, convencidos de la capacidad de todo hombre para transformarse en un guerrero dispuesto a inmolarse. Las ideas soviéticas del heroísmo permeaban todos los aspectos de la guerra, desde el porte erguido de la tropa cuando entraba en batalla a los soldados de infantería enfrentándose a los pánzer alemanes o a los pilotos estrellándose contra aviones enemigos en pleno vuelo. Estas ideas se cobraron un precio muy alto: muchas de las enormes pérdidas del Ejército Rojo fueron su consecuencia directa. Sin embargo, como normas culturales, también tuvieron un gran poder motivador. El piloto de combate Ivan Sapriagayev las resumió así durante una conversación con Grossman: «Yo siempre entro en combate.

Quiero derrotar a los alemanes, sacrificar mi vida. Como un ariete, así es el carácter de un ruso; esa es la educación soviética».[213]



Ataque. Stalingrado, 1943. *Fotografía de Natalia Bode*.

El comandante Zayonchkovski compartía esta actitud heroica, pero también señalaba su lado oscuro: «una valentía temeraria e inconsciente, y unos riesgos a veces innecesarios. En el frente pasan cosas así, como que uno dice "Vanka, dame un cigarrillo" y se pone de pie y va corriendo a por él. O que la gente va andando donde tendría que ir a gatas, y al segundo siguiente están muertos». Las ostentosas demostraciones de heroísmo que Zayonchkovski criticaba, para el general Chuikov eran en cambio un elemento esencial de su autoridad como jefe:

> Nosotros no tenemos héroes que no tengan miedo de nada. Nadie ve ni sabe lo que hace Chuikov cuando está a solas, cuando no hay testigos, cuando nadie está delante, para ver lo que pasa por su cabeza. La idea de que un jefe debería ir a sus subordinados y desnudar su pobre y pequeña alma –podría haber alguno,

> pero son los menos. Estamos en un búnker, los fragmentos de las bombas vuelan sobre nosotros. Así que, ¿vas a estar ahí sentado sin que eso te afecte? Yo no lo creo. El instinto de supervivencia sigue ahí, pero el orgullo de un hombre –y más de un oficial– es de vital importancia en el combate.

En cambio, el general Mijaíl Shumilov del 64.º Ejército recalcaba una y otra vez que la primera tarea de un buen comandante era proteger a sus tropas. Así relataba un exitoso ataque que comenzó con un bombardeo de la artillería de 55 minutos: «Primero hubo un ataque con bombas incendiarias sobre la primera línea que luego se intensificó durante diez minutos más. En aquel momento la infantería abrió fuego con todas sus armas, sacó maniquíes y gritó "hurra", imitando un ataque de infantería masivo. Eso desorientó al enemigo, que pensó que ya estábamos atacando y empezó a salir de los refugios para ir a meterse en las trincheras. Justo en ese momento, toda nuestra artillería volvió a concentrarse en la primera línea del enemigo».[214] Otros comandantes veteranos hablaron también de la eficacia de la estratagema. El piloto de combate Stepan Prutkov defendía una forma furtiva e innoble de guerra argumentando que los alemanes la usaban también. «Así es como empezamos a engañar a los alemanes. [...] No se debe luchar contra ellos de frente. Son ladinos y taimados, así que hay que andarse listo con ellos.»[215] Dado que estas maniobras carecían del poder elocuente y electrizante de los soldados heroicos que iban con la cabeza alta y paso decidido a la batalla, recibían escasa atención por parte de los responsables para asuntos políticos y corresponsales de guerra.

Shumilov reconoció un hecho importante que otros entrevistados corroboraron: durante la mayor parte de 1942, la mayoría de sus soldados carecieron de armas y equipamiento. El 4 de enero de 1943, cuando Shumilov dio su entrevista, la situación había cambiado. «Ahora que el ejército está saturado de maquinaria», la capacidad de hacerla funcionar era primordial. El culto al héroe, alimentado con historias de soldados que se lanzaban contra los pánzer, fue en parte consecuencia de esta escasez.

Veamos la descripción realizada por el teniente coronel Svirin de la sangrienta batalla que tuvo lugar en los barrios de la periferia noroeste de Stalingrado en septiembre de 1942: «Nosotros educamos a los soldados basándonos en el ejemplo de los valientes defensores de Sebastopol, cinco de los cuales se arrojaron contra carros de combate, y de los veintiocho soldados de Panfilov que consiguieron detener una avalancha de fuerzas blindadas».[216]

Pero los oficiales entrevistados también percibían una creciente división dentro del ejército. El general Shumilov citaba *Frente*, una obra de Alexander Korneichuk estrenada en el verano de 1942. Retrataba el conflicto entre los obstinados veteranos de la guerra civil y la generación más joven de oficiales que se habían licenciado en las academias militares durante la década de 1930. Tras la batalla de Stalingrado, la confianza de los soldados se había hecho palpable. La derrota de un enemigo considerado hasta entonces invencible era prueba de su habilidad militar. Muchos oficiales criticaban a los superiores que utilizaban solo la fuerza bruta y no tenían ninguna pericia militar. El comandante de regimiento Alexander Gerasimov criticó indirectamente a su jefe de división, Vasili Glazkov.[217] Los marineros de la flotilla del Volga no se anduvieron con tapujos al hablar del comandante de división Ivan Afonin.[218] El general Vasili Gordov, que estuvo a cargo del Frente de Stalingrado durante julio y agosto de 1942, recibió críticas especialmente duras. El comandante de división Stepan Guriev, de la 39.ª División de la Guardia, que había servido a las órdenes de Gordov, creía que este había sido el «principal responsable» de las numerosas bajas sufridas por los 62.º y 64.º ejércitos en las estepas del Don. «La Historia jamás le perdonará. [...] Gordov carecía por completo de talento.» El teniente Dubrovsky también echó la culpa a Gordov. «Para ser sincero», dijo, «lo que ocurrió en el Don en agosto solo puede calificarse de catástrofe.» Él también culpaba al general Gordov. El general Chuikov señaló que él había salvado al 64.º Ejército de ser aniquilado al desobedecer las instrucciones de Gordov y ordenar

una retirada rápida; el 62.º Ejército mantuvo su posición y fue prácticamente destruido por los pánzer y la aviación alemana. «La jefatura del frente», resumía Chuikov, «no tuvo en cuenta la dirección, aunque el camarada Stalin había advertido a Gordov y al resto de que Tsimlianskaya era el objetivo principal y más importante para el enemigo.» Gordov fue relevado del mando y degradado en agosto de 1942, lo que permitió a los testigos entrevistados en 1943 criticarle sin miedo a las represalias. Sin embargo Stalin, que una y otra vez incitaba a los comandantes del frente a emprender encarnizadas ofensivas, amenazándoles con graves castigos si fracasaban, escapó a cualquier crítica. (No se sabe cuántos soldados del Ejército Rojo presentes en Stalingrado conocían el estilo de liderazgo de Stalin o desconfiaban de él.)



General Mijaíl Shumilov *(centro)* y miembros de su Consejo Militar (S. T. Serdiuk, *primer plano*; Konstantin Abramov, *al fondo*) en Stalingrado, enero de 1943.

Pese al énfasis puesto en la habilidad y la estrategia militar a partir de 1942, muchas de las formas de mando de la guerra civil siguieron subsistiendo. Stalin valoraba a comandantes como Gordov, que no dudaban en sacrificar a divisiones enteras en aras de una ofensiva espectacular. El vilipendiado ex comandante reapareció en 1943, siendo ascendido a general y más adelante tomó parte en los ataques sobre Berlín y Praga. En abril de 1945 se le concedió el título de Héroe de la Unión Soviética.[219]

La apuesta comunista por las ilimitadas reservas de la voluntad humana era compartida por muchos de los soldados del Ejército Rojo que luchaban en Stalingrado, especialmente por los nacidos después de 1917 y educados por tanto en el sistema soviético. De acuerdo con esta concepción voluntarista, distinguían entre dos disposiciones básicas –la heroica y la cobarde– admitiendo escasos matices entre ambas. La prioridad que los bolcheviques otorgaban a una conciencia plenamente desarrollada se evidenciaba claramente en la forma en que los soldados gestionaban el estrés psicológico de la guerra. En una entrevista que ocupa veintiocho páginas, el comandante Chuikov solo dedicaba una frase a este tema: «Basta con entender una cosa: todo esto [los meses de batallas defensivas en Stalingrado] ha dejado huella en nuestras psiques». Y a continuación cambiaba bruscamente de tema. El francotirador Vasili Zaitsev describía su sufrimiento en términos psicológicos –una tendencia común en la psicología soviética en aquel momento– a la vez que restaba importancia a la siempre presente voluntad de cumplir con su misión:

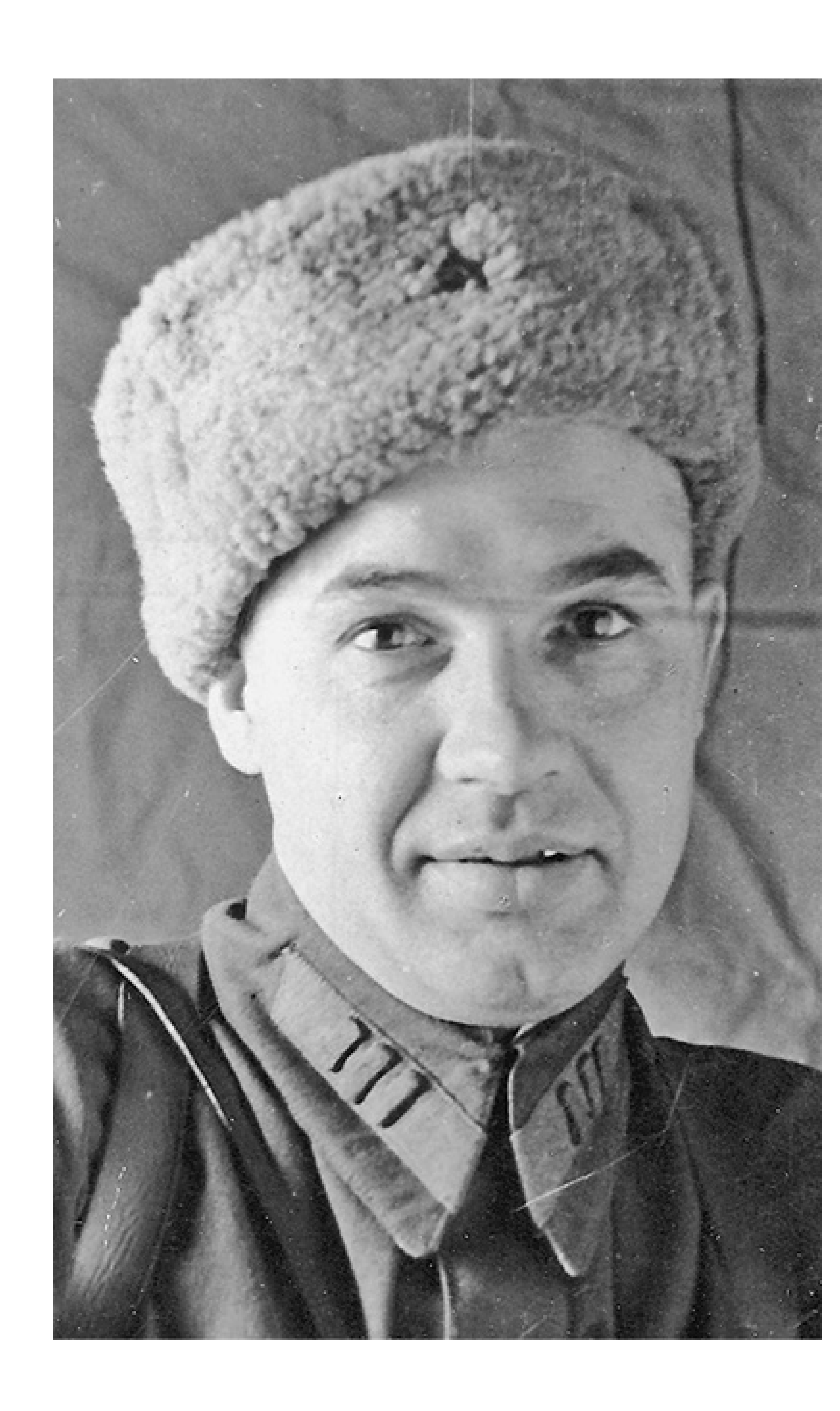
> No conocíamos el cansancio. Yo ahora me canso solo con dar un paseo por la ciudad, pero entonces desayunábamos de cuatro a cinco de la mañana y cenábamos de nueve a diez de la noche, sin tomar otra comida durante todo el día y sin cansarnos. Podíamos estar tres o cuatro días sin dormir, sin ni siquiera sentir sueño. ¿Cómo explicar esto? [...]Cada soldado, incluido yo, solo pensaba en cómo podía hacer pagar más cara su vida, cómo podía matar más alemanes aún. [...] Yo fui herido tres veces en Stalingrado. Ahora padezco un trastorno nervioso grave y no paro de temblar.[220]

Vasiliev hacía referencia a Mijaíl Mamekov, otro francotirador como él: «En un breve periodo de tiempo ya había matado a 138 *fritzes*. Si pasa un día sin matar a un *fritz,* no puede comer y empieza a ponerse nervioso.

Es un tártaro típico y habla mal el ruso, pero siempre lo está estudiando, incluso durante la batalla».

Docenas de soldados del Ejército Rojo, de diferentes procedencias étnicas, comentaron cómo trataban de satisfacer las exigencias que les imponían: defender su «casa» y «la patria socialista», mantener su «instinto de conservación» bajo control, superando su miedo a la muerte, viendo la pérdida de la vida en la batalla como un acto lleno de significado e incluso como el momento culminante de una vida, y avivando constantemente su odio hacia los alemanes. Como mostraban los relatos de los soldados sobre sus familias, estas mismas actitudes se evidenciaban también lejos del frente. El teniente Molchanov, temporalmente de baja por una úlcera de estómago, daba clases en una academia militar cuando estalló la guerra. «Tengo una hija, Nina, de siete años. Ella no paraba de preguntarme: “Papá, ¿por qué no estás en el frente? Todo el mundo está luchando y tú no”. Esto me causó un profundo efecto. ¿Qué podía responder a la niña? ¿Que estaba enfermo? ¡No era momento para enfermedades! Así que fui al jefe del departamento político del distrito y le manifesté mi deseo de ir al frente.»

Resulta significativo que en las entrevistas no conste ninguna mención a la resignación o a la suerte, a pesar de que el fatalismo, en el sentido positivo de la palabra, en su día había sido considerado entre los soldados del Imperio Ruso una virtud que les dotaba de su legendaria tenacidad y resistencia.



Teniente coronel Piotr Molchanov.

El problema sigue siendo cómo evaluar el lenguaje de las transcripciones de Stalingrado en relación a cómo los soldados soviéticos hablaban o escribían en un contexto extraoficial. Muchos historiadores creen que pueden descubrir mejor la realidad de la guerra en las palabras de los que pueden expresarse libremente sobre ella. Desconfían por tanto de las fuentes oficiales, considerándolas medios propagandísticos de poca utilidad a la hora de hacerse una idea de la experiencia individual real.[221] En efecto, algunas cartas soviéticas de la época de la guerra estaban escritas en un lenguaje muy diferente. Sabemos de su existencia porque los agentes de la NKVD las interceptaron y archivaron en su búsqueda de sujetos «antisoviéticos» –soldados desesperanzados ante su destino o que expresaban actitudes derrotistas. En octubre de 1942, oficiales de la Sección Especial destinados en el Frente de Stalingrado presentaron un informe que contenía estos extractos (a los agentes no les interesaban las cartas en general, solo los fragmentos de ellas que encajaban en las categorías de lo que buscaban):

«La mayoría ya no cree en la victoria. Las masas ya no nos apoyan. Y ahora los aliados están retrasando la apertura de un segundo frente.[222] Todo esto ha hecho que mis convicciones hayan entrado en una especie de punto muerto.»

«Estoy ahora en el sur, donde hace mucho calor, pero pasado mañana tendré que largarme a luchar contra los alemanes en Stalingrado. Eso significa decir adiós a mi vida. Escribo esta carta desde un barco de vapor, y tengo la certeza de que estos son los últimos minutos de mi vida. Tengo información del frente: cuando una división llega al frente, de los 4.000 hombres, solo quince o veinte salen con vida, y son los oficiales de alta graduación. Se necesitan solo quince minutos para destruir una división.»

El informe también calificaba de antisoviéticas varias cartas con opiniones antisemitas en las que se afirmaba que el Gobierno soviético era judío.[223]

Voces como estas son importantes a la hora de comprender la experiencia que los soldados tuvieron de la guerra, pero para que su análisis sea provechoso, solo puede hacerse dentro de su contexto político. Para los agentes de la NKVD que las reunían, estas declaraciones constituían una manifestación de hostilidad que estaban empeñados en erradicar. Y lo hacían confiscando las cartas y a veces arrestando a los autores y también a los destinatarios de las mismas. Los autores de cartas que expresaban desesperación pero sin exponer una opinión política quedaban incólumes, pero sus cartas eran confiscadas para no contaminar a la sociedad soviética. En términos globales, el trabajo de la NKVD venía a decir: «tras comprobar las cartas, se detectaron textos que expresaban quejas sobre el agotamiento producido por la guerra y la dureza de la vida militar. Algunas cartas reflejaban sentimientos derrotistas. Durante el periodo de junio a agosto de 1942, de las 30.237.000 cartas examinadas, 15.469 contenían este tipo de manifestaciones».[224] Los informes siempre concluían diciendo que la inmensa mayoría de las cartas enviadas desde las líneas del frente soviético «reflejaban la saludable moral y la fiabilidad política del personal».[225] Los críticos podían argüir en esta afirmación que los agentes de la NKVD no tenían en cuenta el hecho de que los soldados del Ejército Rojo sabían que sus cartas serían censuradas y por tanto no expresaban en ellas lo que de verdad pensaban. Pero estas críticas no captan lo más importante: que existía un gigantesco y costoso aparato de censura que analizaba cada carta que cruzaba del frente a la retaguardia –un hecho único entre todas las naciones que intervinieron en la Segunda Guerra Mundial– cuyos esfuerzos iban dirigidos a transformar el pensamiento y la conducta de los soldados del Ejército Rojo durante la guerra.

Esta tarea era desempeñada con igual celo por los censores de la NKVD que por los funcionarios políticos en el Frente de Stalingrado, que no dejaban de explicar a los soldados los motivos por los que luchaban hasta minutos antes de la batalla. Y en cuanto el combate se detenía,

retomaban su tarea, resumiendo e interpretando los acontecimientos del día. Los funcionarios políticos enseñaban a los soldados a hablar sobre sí mismos de una forma que ellos creían influiría decisivamente en sus pensamientos y acciones durante la guerra. El relato de la experiencia subjetiva de la guerra sería incompleto si no tuviera en cuenta la permanente supervisión y condicionamiento aplicados por el aparato del Estado soviético y sus efectos estructurales.

Así pues, cuando los historiadores de Moscú llegaron al Frente de Stalingrado a finales de diciembre de 1942 se encontraron con unos soldados que habían incorporado plenamente los conceptos soviéticos del heroísmo y la cobardía, y conocían de la significación política e histórica de la batalla.

HISTORIADORES DE VANGUARDIA

Los historiadores que llevaron a cabo las entrevistas en Stalingrado no solo documentaron el trabajo y el impacto del aparato ideológico sino que participaron en él. Como ciudadanos soviéticos, se sentían llamados a ayudar al Ejército Rojo a derrotar a la Alemania de Hitler. Entendían su proyecto como una contribución importante a la educación y movilización de la sociedad soviética en tiempo de guerra. Al igual que los escritores y artistas que se ofrecieron voluntarios para trabajar como corresponsales y fotógrafos en el Ejército Rojo, los historiadores querían ser útiles. Y lo hicieron resucitando el estilo documental de vanguardia que los críticos, escritores y cineastas rusos habían desarrollado durante la Revolución de 1917.[226] Los participantes en aquel movimiento de vanguardia escogieron como tema el mundo soviético donde, desde su punto de observación privilegiado, se estaba desarrollando un drama de monumental importancia. Ellos creían erróneo e insensato mantener formas de arte tradicionales como la novela, cuyo mundo ficticio volvía la espalda al real. El crítico Serguéi Tretiakov sostenía que escribir una obra como

Guerra y paz en la era soviética sería anacrónico. El medio preferido era el periódico, que día a día y página a página publicaba noticias sobre la industrialización soviética, contribuyendo al mismo tiempo a promoverla. La cobertura informativa y las entrevistas con testigos presenciales no solo representaban la realidad; también estructuraban los hechos en bruto dentro de un marco que les confería significado. Como documentalistas, artistas e intelectuales, eran «operativos» y tomaban parte en la «vida de lo material» y en la construcción de un nuevo mundo.[227]

Tanto historiadores como representantes del Partido Comunista abrazaron la técnica del documental a comienzos de la década de 1920 y juntos iniciaron una serie de proyectos históricos a gran escala. El primero fue la Comisión para el Estudio de la Revolución de Octubre y del Partido Comunista Ruso *(Istpart)*. Fundada en 1920, su tarea consistió en dejar constancia de la historia de la revuelta bolchevique para generaciones futuras. En Moscú, Petrogrado y otras muchas ciudades rusas, se celebraban «veladas conmemorativas» en las que la gente contaba sus experiencias de la Revolución de 1917. Los responsables de la comisión actuaban de mediadores dentro de un sistema de talleres sobre historia gestionado a través de oficinas locales del partido, administraciones municipales y sucursales de periódicos. Querían reunir el mayor número de testigos presenciales posible; creían que dando testimonio del momento fundacional de la historia soviética se convertirían en participantes activos de la revolución y servirían de inspiración a los lectores.[228] Pese a estas elevadas expectativas, no obstante, las publicaciones de la comisión eran escasas. A medida que la historia de la revolución iba intrincándose en la batalla por el legado de Lenin, los líderes del partido empezaron a someter a censura los testimonios de los testigos. Para cuando en 1938 se publicó *Curso breve de la Historia del Partido Comunista de la Union Sovietica*, la mayoría de los documentos de *Istpart* habían sido eliminados de los registros oficiales y confinados a los archivos del Estado.

En 1931, a mitad del primer plan quinquenal, el escritor Maxim Gorki concibió un colosal proyecto literario: cada fábrica de la Unión Soviética –él tenía en mente más de trescientas– escribiría su propia historia e incluiría como coautores al mayor número de trabajadores posible. Un equipo de casi cien escritores y periodistas trabajando a tiempo completo se encargó de supervisar el descomunal proyecto. Su trabajo consistía en enseñar técnicas de documentación a los trabajadores de las fábricas y en expandir su conciencia histórica animándoles a dejar constancia de sus propias experiencias. Gorki pidió a los editores que recogieran sobre todo el testimonio de los «trabajadores de choque», héroes obreros que habían superado con mucho sus cuotas de trabajo asignadas. Gorki compartía las ideas de Nietzsche, pero interpretadas desde una perspectiva socialista. Creía que todas las personas nacían héroes, pero que esa esencia heroica solo se desarrollaba si recibía el apoyo adecuado. A los ojos de Gorki, el héroe tenía una importante función como maestro, como «SER HUMANO en letras mayúsculas», cuyo ejemplo servía para mostrar a los demás cómo llegar a ser más humanos de lo que ya eran. El personal que formaba parte del proyecto debía promover la emergencia de héroes socialistas dentro de la sociedad, a la vez que aprender de las historias que iban recopilando y renovarse de acuerdo a un espíritu colectivista.[229] Para cuando estalló la guerra, en 1941, ya se habían publicado veinte volúmenes de la serie Historia de las fábricas y las plantas industriales. Entre ellos, el calurosamente acogido volumen de La gente de la fábrica de tractores de Stalingrado (1934). En él se presentaba un repertorio de dibujos y retratos fotográficos de los trabajadores de la fábrica, e incluía un prólogo de Gorki y un ensayo a modo de epílogo del escritor Leopold Averbaj. El trabajo era una especie de muestrario de las diversas funciones de los autores del proyecto: observadores, creadores, participantes y artífices literarios de la transformación de las masas.[230]

En 1931 se inició otro proyecto histórico bajo la supervisión de Gorki: la historia de la guerra civil rusa. Estética e institucionalmente similar a

su trabajo anterior, pero de dimensiones aún mucho mayores, no pretendía ser una historia militar en el sentido tradicional. Más bien, su propósito era describir a los héroes que lucharon en la guerra civil, ya fueran trabajadores, campesinos o soldados. Iba a ser el comienzo de una nueva historiografía marxista de las masas que ponía fin a las jerarquías tradicionales y ponía en valor a todos y cada uno de los participantes. Estaban previstos quince volúmenes de narrativa, complementados con documentos, análisis eruditos, memorias, libros de arte y álbumes fotográficos. El proyecto obedecía en parte a la preocupación de Gorki por que los millones de campesinos que habían entrado a formar parte de la mano de obra industrial durante la década de 1930 pudieran socavar el espíritu de la revolución proletaria; una razón más para inculcar este espíritu en las historias de la vida de los héroes de la clase trabajadora para la educación política de los trabajadores «incompletos» de las provincias rurales.[231] El proyecto de la guerra civil acabó adquiriendo unas proporciones descomunales, estableciéndose comisiones locales en el Cáucaso, Asia Central y el Extremo Oriente. Para 1933, se habían registrado los relatos de 3.000 testigos presenciales. Los directores de la comisión en Moscú crearon un catálogo de 100.000 fichas y una bibliografía de más de 10.000 libros.[232]

El director editorial del proyecto fue el joven historiador Isaak Mints. El trabajo, en el que las conversaciones con Gorki eran intensas y numerosas, constituyó sin duda una experiencia muy formativa para Mints, que había servido como comisario en la guerra civil.[233] Aprendió a gestionar el estudio histórico a gran escala con múltiples oficinas locales e innumerables trabajadores, a realizar entrevistas a testigos presenciales, y a asumir la idea del héroe socialista de Gorki. La Comisión de Historia de la Gran Guerra Patriótica, que Mints fundó en diciembre de 1941, se basó principalmente en recursos institucionales e intelectuales del proyecto de la guerra civil.[234]

Isaak Mints nació en 1896 en la cuenca minera ucraniana de Dnepropetrovsk. Hijo de un comerciante judío, su deseo era estudiar en la Universidad de Cracovia, pero le negaron la entrada a causa de su religión. Él entonces se unió al movimiento revolucionario, convirtiéndose en miembro del partido bolchevique en abril de 1917 y luchando en el Ejército Rojo cuando estalló la guerra civil, a principios de 1918. Mints no tardó en ascender a comisario en una división cosaca donde estaba a cargo de la educación política. En 1920 fue nombrado comisario jefe de un prestigioso cuerpo de cosacos.[235] (Cabe imaginar la *chutzpah* que tenía Mints para sobrevivir entre los cosacos, célebres por su odio hacia los judíos.)[236] Tras la guerra civil, obtuvo un grado en Historia en el Instituto para Profesores Rojos y más adelante fue nombrado subdirector del centro. En la década de 1920 escribió sobre la historia de la guerra civil. En 1935 terminó su tesis doctoral y en 1936 se había convertido ya en miembro de la Academia de las Ciencias.[237]



Isaak Mints, finales de la década de 1920.

En 1935 apareció publicado el primer gran volumen de la historia de la guerra civil. Pero pronto fue retirado y destruido, dado que muchos de los testigos y varios de los editores habían sido víctimas de las purgas de Stalin. La edición revisada apareció en 1938. Ni este ni el segundo volumen, publicado cuatro años después, guarda ninguna semejanza con la idea de Gorki de una historia de los trabajadores.[238] En lugar de ello, dichos volúmenes describen los conflictos políticos de 1917, glorifican a Stalin, y demonizan a los denunciados en las farsas judiciales celebradas entre 1936-1938. En la fase previa a la publicación del primer volumen, Stalin mantuvo reuniones frecuentes con Gorki, Mints y el resto de editores, llegando a hacer en total setecientas correcciones al manuscrito.[239] Para entonces, Mints ya debía haber entendido las implicaciones políticas de la publicación de textos de historia en la Unión Soviética. Los materiales que reunió retrataban a Stalin y su camarada de armas Voroshílov como liberadores revolucionarios. De ahí a la glorificación de Stalin como el artífice de la historia mundial en *Curso breve de la Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética* no había más que un paso. Muchos investigadores han sostenido que Mints fue coautor del *Curso breve*, pero las fuentes disponibles no ofrecen ninguna prueba de ello.[240]

Desde la perspectiva de 1984, Mints recordaba que la idea de escribir la historia de la Gran Guerra Patriótica se le había ocurrido varias semanas después de que estallara la lucha.[241] En su mente tenía la invasión napoleónica de Rusia en 1812 –la primera Guerra Patriótica Rusa. Puede que le influyera la novela *Guerra y Paz* de Tolstói sobre los hechos de 1812, de la cual se lanzó una edición de gran tirada en el verano de 1941, consultada por muchos ciudadanos soviéticos en busca de orientación histórica y moral:[242]

> ¿Cómo empezó la cosa? Fue en julio de 1941, una época dura. Nuestros ejércitos estaban en retirada, tratando de encontrar una salida. En medio de esa

> difícil situación, escribí una carta al Comité Central: comprendo que las circunstancias son difíciles. Pero piensen cuánto mejor habríamos comprendido nuestra Guerra Patriótica de 1812 si sus participantes nos hubieran contado sus experiencias. No debemos tardar más. Debemos registrar estos hechos. Pasado un tiempo la humanidad preguntará cómo ocurrió todo esto. Yo propongo que creemos una comisión que se encargue de reunir los materiales, estudiar, analizar y elaborar una crónica de esta gran epopeya. Pasaron semanas. No hubo respuesta. Pensé que probablemente la historia era lo último de lo que debíamos preocuparnos en aquel momento. Y así sería si no existiera una conexión entre la historia y el presente. Pero existe conexión, y muy directa. Yo estaba muy preocupado. Llamé varias veces, y luego perdí las esperanzas.

El 27 de agosto de 1941, el Comité Central –posiblemente ante la llamada de Mints– debatió sobre la creación de una crónica de la Gran Guerra Patriótica, pero acabó desechando la idea por considerarla poco práctica.[243] El momento era inoportuno: para el verano de 1941 la Wehrmacht había avanzado ya bastante hacia el interior de la Unión Soviética y las tropas alemanas rodeaban Smolensk, tan solo a 350 kilómetros de Moscú. Incluso para los optimistas en materia de Historia –y todos los comunistas lo eran– convertir estas circunstancias en el relato de un éxito soviético sería difícil. La situación continuó empeorando en las semanas posteriores. El 8 de octubre, el general Zhukov comunicó a Stalin que la última línea de defensa soviética en torno a Moscú estaba desmoronándose, y el 15 de octubre Stalin ordenó la evacuación de la capital. Las tornas no empezaron a cambiar hasta noviembre, cuando los alemanes tuvieron que detener su ataque en pinza y se desplegaron nuevas tropas soviéticas en el frente de Moscú. La decisión de Stalin de permanecer en la ciudad, así como sus discursos públicos pronunciados con motivo del aniversario de la revolución los días 6 y 7 de noviembre, también contribuyeron al levantamiento de la moral soviética. El 5 de diciembre, el Ejército Rojo inició su contraofensiva contra el Grupo de Ejércitos del Centro.[244]

La mayoría de los institutos de la Academia de Ciencias y su personal fueron evacuados hacia el este en octubre. Mints y algunos de sus colaboradores se negaron a marcharse. Fue una decisión valiente: como más tarde se supo, los agentes de la inteligencia alemana habían incluido a la oficina editorial de la «Historia de la Guerra Civil», sita en el n.º 9 de la calle Komintern, en la lista de «objetivos estratégicos» de los que había que apoderarse inmediatamente después de la conquista de Moscú.[245] En su diario, Mints se limitó a anotar que el 25 de noviembre, Georgi Alexandrov, secretario de agitación y propaganda del partido, ordenó la creación de una comisión encargada de recoger documentos y materiales para una crónica de la Guerra Patriótica.[246] Dos semanas más tarde, el 10 de diciembre, el Comité Regional del Partido en Moscú, bajo la presidencia del Primer Secretario Shcherbakov, aprobó una directiva por la cual se creaba la Comisión para la Elaboración de una Crónica de la Defensa de Moscú.[247] Alexandrov fue nombrado para presidir la comisión, con Mints como su ayudante. Otros miembros incluían al filósofo del Partido Comunista Pável Yudin, el funcionario de la GlavPURKKA Fiódor Kuznetsov, el director editorial de *Pravda* Piotr Pospielov, y otros representantes del Comité Regional del Partido en Moscú. A Mints se le encargó reunir un grupo de trabajo de unos veinte investigadores de la Academia de Ciencias para recopilar documentos sobre la guerra y escribir una crónica diaria de los acontecimientos. Según la directiva, las administraciones locales del partido tenían que ayudar a la comisión a reunir los materiales. También se estipulaba la instalación de sucursales de la comisión en grandes fábricas para documentar la producción durante la guerra. Periodistas, escritores, ilustradores bélicos y otros artistas tenían que prestar asesoramiento y ayuda, mientras que la Administración Política Central del Ejército Rojo debía suministrar a la comisión periódicos, folletos, informes sobre el ambiente político y documentos de la vida militar. La directiva llevaba el sello distintivo de los grandes proyectos históricos de Gorki. Mints así lo confirmó en la

breve entrada que escribió en su diario el 11 de diciembre: «En una palabra, la idea era utilizar toda la experiencia editorial de *La historia de la guerra civil*».

Antes de que se formara oficialmente la comisión, Mints comenzó a buscar el personal que la compondría. El 30 de noviembre dio una conferencia en la Academia ante un abarrotado auditorio de seiscientos investigadores, esbozando los objetivos de la comisión y llamando a los miembros de la audiencia a participar. «Podía sentirse», anotaría a continuación en su diario, «que el público estaba deseoso de participar en el trabajo, de que les dijeran qué hacer. Esperando a que alguien los liderara.»[248] Una semana más tarde, Mints visitó el frente de Moscú. En una división formada por comunistas moscovitas se encontró con el historiador Arkadi Sidorov y tres colaboradores de su proyecto sobre la guerra civil.[249] Al día siguiente, Mints se topó con otros dos antiguos miembros del personal en otra división: pidió al mando militar que los colocara en diferentes unidades para sacar el máximo provecho a la comisión.[250] Durante las semanas siguientes Mints reunió un pequeño equipo de trabajo. Para julio de 1942 la unidad de investigación sobre la guerra civil había regresado a Moscú tras haber sido evacuada, y Mints había reunido cuarenta miembros permanentes –historiadores, literatos, bibliógrafos y estenógrafos.[251]

Durante los primeros meses, la comisión se centró principalmente en la defensa de Moscú. A medida que se iban estableciendo nuevas sucursales, el personal fue empezando a recoger materiales de otros campos de batalla: Leningrado, Tula, Odesa, Sebastopol y, en diciembre de 1942, Stalingrado. Se decidió hacer una crónica independiente de cada ciudad. Anteriormente, Mints había concebido dos publicaciones más. Una era la historia del Ejército Rojo, comenzando por las unidades que habían obtenido el codiciado estatus de Guardias (concedido por mostrar un extraordinario valor en combate). En marzo de 1942 una comunicación interna de la comisión declaraba: «Es primordial garantizar que todas las

unidades de Guardias y todas las divisiones cuenten con una crónica de su historia de combate. Esto es lo más importante en el orden del día, ya que la historia de una unidad militar constituye un material excelente para educar a los soldados y para transmitir experiencia, conocimiento y tradición militar. Ello contribuirá a la creación de una gran historia de la Gran Guerra Patriótica en el futuro, tras la victoria».[252] A las tropas de las divisiones de Guardias se les confirió una función similar a la de los trabajadores de choque en la historia de la industria soviética de Gorki. Así como los trabajadores más productivos servían de modelo a los peones de las aldeas rurales, las unidades de Guardias debían enseñar a los soldados de las tropas regulares a ser héroes. El modelo heroico de Gorki quedaba aún más claramente de manifiesto en la segunda publicación que Mints tenía prevista: una enciclopedia de héroes de la Unión Soviética –una colección de biografías breves reunidas a partir de entrevistas y otros documentos de todos los soldados soviéticos a los que se les hubiera concedido una estrella dorada. El propósito de esta enciclopedia era identificar ejemplos destacados y animar a los lectores a emularlos.

Las otras áreas en las que la comisión debía centrarse eran el movimiento partisano, la economía de guerra, el papel de las mujeres soviéticas y los soldados de nacionalidades distintas a la rusa en la batalla, y la ocupación alemana. Este último tema fue al que Mints se dedicó nada más quedar establecida la Comisión Histórica. El 26 de diciembre de 1941 viajó con una delegación de científicos e ingenieros a Yasnaya Poliana, la finca que León Tolstói tenía a las afueras de Tula y que durante un tiempo había caído en manos alemanas. La delegación debía hacer inventario de la destrucción causada por los invasores en la propiedad y el museo estatal sito en la misma. Mints y su equipo, acompañados de un estenógrafo, hablaron con personal del museo y granjeros del *koljoz* vecino que habían sido testigos directos de lo que los alemanes habían hecho. La publicación resultante de aquello constituyó un estímulo clave para la creación, en

noviembre de 1942, de la Comisión Extraordinaria para la Investigación de los Crímenes de los Invasores Fascistas Alemanes. (En los juicios de Núremberg, los soviéticos presentaron pruebas documentales reunidas por esta comisión.)[253]

Contrariamente a lo habitual en la era de Stalin, Mints casi siempre actuó sin contar con un mandato oficial. Enseguida cambió el nombre de la Comisión para la Historia de la Defensa de Moscú por el de Comisión de Historia de la Gran Guerra Patriótica. Llegó incluso a contratar trabajadores para su proyecto más amplio, pese a no haber conseguido el visto bueno de los jefes del partido, ni por tanto sus recursos ni su autorización.[254] (Cabe recordar aquí que los proyectos de Gorki de la década de 1930 estaban basados en decretos del Comité Central y por tanto bajo la supervisión del partido.)[255] En su diario, Mints se quejaba de la burocracia y de la falta de apoyo de la Academia de Ciencias.[256] Sus protestas y la incierta situación de la comisión demuestran el grado de control personal que Mints tenía sobre el proyecto y cuánto dependía este de su iniciativa, aunque nominalmente él solo fuera su vicepresidente.



El profesor I. I. Mints dando una conferencia a los comandantes del Ejército Rojo cerca de Mozhaisk, 16 de febrero de 1942. *Ilustrador: A. I. Yermolayev*.

Según un miembro de su equipo, Mints viajó al frente muchas veces durante la guerra y pronunció cientos de conferencias ante responsables para asuntos políticos y soldados. Una y otra vez, impresionaba a los asistentes con su incansable energía.[257] La firma de Mints aparece con frecuencia cuando se manejan materiales originales. Él recordaba insistentemente a sus colaboradores que recogieran el material con imparcialidad y que se centraran en los documentos y materiales que normalmente no se incluían en los archivos: periódicos militares, folletos, panfletos, informes de carácter político, bobinas de película, cartas personales, diarios, historias transmitidas oralmente.[258] Su tarea consistía en dejar constancia de los esfuerzos de los civiles en la guerra así como de las operaciones de combate. Siguiendo el espíritu documental de los

proyectos de Gorki, Mints albergaba la idea de una *histoire totale* que incluyera a todos los participantes en la guerra a través de diferentes medios.

Al principio las entrevistas fueron solo una de las muchas fuentes de información utilizadas por la comisión; con el tiempo llegaron a ser predominantes en su trabajo.[259] En gran parte esto se debió a su popularidad entre los testigos presenciales. Soldados y partisanos insistían en ser entrevistados. Como alguien dijo, creían que «nos hemos ganado esta atención y nuestro sitio en la Historia».[260] Debido a las numerosas personas e instituciones implicadas en el proyecto, Mints preparó unas directrices para llevar a cabo las entrevistas: «Es necesario registrar las historias reales de cada comandante, responsable para asuntos políticos y soldado, sobre episodios de combate concretos y sobre periodos enteros de su vida, sus enfrentamientos militares, pensamientos, sentimientos, etcétera». Mints recomendaba que se entrevistara primero al comandante de la unidad y al secretario político. Este enfoque de arriba hacia abajo proporcionaría a los historiadores una útil perspectiva cuando más adelante entrevistaran a los soldados, comandantes y trabajadores políticos que se habían distinguido como héroes. Cada entrevista, explicaban las directrices, debía contener información básica sobre el encuestado: «detalles biográficos sobre cada narrador: una breve información sobre su fecha y lugar de nacimiento, nombre, apellido, domicilio, afiliación al partido y ocupación laboral antes de la guerra. En ciertos casos (de especial interés) la biografía debía anotarse en detalle. Para llevar a cabo este trabajo es aconsejable el uso de la estenografía o, en caso de que no se disponga de un estenógrafo, de algún tipo de notación abreviada. Si las circunstancias lo permiten, las notas tomadas podrían ser posteriormente leídas al entrevistado y firmadas por él. Debe indicarse cuándo, dónde y por quién fueron tomadas las notas».[261]

La idea central era arrojar luz sobre la «persona real», sus pensamientos, sentimientos y experiencias, y en relación con ello, su lugar

y su papel en el combate. «Es necesario», subrayaban las directrices, «recopilar las notas de los individuos sobre cualquier tema "libre" que tenga que ver con la historia de la unidad (un episodio de combate, informe sobre algún enfrentamiento, el enemigo, el espíritu de lucha, etc.).» Mints hacía hincapié en animar a los soldados a hablar libremente y sin interrupción: «para los historiadores, sus sentimientos, pensamientos y comentarios personales son valiosos, y por tanto deben poder expresar lo que quieran».[262] Las directrices destacaban la importancia de tomar nota de las historias de los compañeros de armas caídos, además de registrar las voces de la guerra: «Es importante tomar nota de las historias de los compañeros de armas, subordinados y comandantes fallecidos, así como de los testimonios directos de actos y muertes heroicas, a fin de conservar con la mayor exactitud posible la gloriosa imagen de los caídos».[263] Para Mints, un comunista comprometido, la política era una parte obvia del trabajo documental. Pero él creía que no debía «separarse» de los individuos y el combate, como a menudo se hacía, sino integrarse en el conjunto total de los hechos. Las directrices concluían con los siguientes puntos:

> 10.No restar importancia a las dificultades y deficiencias. La realidad no debe maquillarse. Recuerden la instrucción del camarada Stalin de que «solo en la lucha contra las dificultades se forjan los verdaderos cuadros».
> 11.Mostrar la rutina diaria de las unidades (su vida, sus actividades de ocio, el contacto con la retaguardia, la correspondencia, sus alegrías y sus penas).
> 12.Mantener la rigurosa verdad histórica en todo momento. Comprobar con cuidado todos los acontecimientos, fechas, nombres y hechos cotejando testimonios y documentos.[264]

Pertrechados con estas directrices generales, cuatro miembros de la comisión –los historiadores Esfira Genkina, Piotr Beletski y Abram Belkin, así como la estenógrafa Alexandra Shamshina– salieron hacia Stalingrado a finales de diciembre. Permanecieron en la ciudad asediada algo menos de dos semanas. A juzgar por la variedad y el alcance de las transcripciones, las entrevistas fueron llevadas a cabo casi sin interrupción. Partieron hacia allí un día antes de que los soviéticos lanzaran su ofensiva definitiva, pero regresaron en febrero con más personal. Para marzo habían realizado 130 entrevistas a soldados de trece divisiones de fusileros, una división de la fuerza aérea, una brigada motorizada y un cuerpo de infantería mecanizada. Hablaron con oficiales de Estado Mayor de diferentes ejércitos, con representantes de oficinas locales del partido y con trabajadores e ingenieros de dos fábricas. Entre las primeras personas a las que entrevistaron se encontraban los generales Chuikov y Shumilov. Muchos de los entrevistados ocupaban altos puestos en la cadena de mando (doce oficiales de Estado Mayor, doce comandantes de división, veinticinco oficiales de Estado Mayor de nivel de división o brigada y 33 oficiales de nivel de regimiento, batallón y batería); solo doce eran sargentos o soldados de infantería.[265] Los historiadores no estaban interesados en encontrar el mayor número de testigos presenciales posibles sino en obtener testimonios en profundidad. Para ello se centraron en los soldados del 62.º, 64.º y 57.º Regimientos, que habían luchado en estrecha proximidad entre sí desde la retirada de las estepas del Don en el verano de 1942. Los historiadores entrevistaron a múltiples miembros de la misma unidad (divisiones, regimientos y en un número menor de casos, compañías) para fundir los relatos individuales en una historia más extensa (el curso de la batalla en general, pero también choques o sucesos más locales) contada desde diversas perspectivas.[266]

Las primeras transcripciones realizadas por la comisión contenían las preguntas e incisos de los historiadores junto con las respuestas. Aquellas fueron omitidas en transcripciones posteriores para dotarlas del carácter de un relato cerrado.[267] Pero en muchas de las entrevistas las preguntas pueden reconstruirse a partir de los patrones narrativos recurrentes. A veces los entrevistados empiezan con una pregunta, repitiendo las palabras del entrevistador. Las entrevistas con comandantes de renombre o soldados condecorados normalmente comenzaban con la petición de que contaran algo de su biografía personal: infancia, educación, profesión y cómo habían llegado a ingresar en el ejército y en el Partido Comunista. (La mayoría de los comandantes habían sido miembros durante años; los soldados, mucho más jóvenes por lo general, no habían ingresado hasta que estalló la guerra.) A esto seguía una descripción detallada de las tareas y responsabilidades militares.

Los historiadores les preguntaban por el «periodo más memorable» de su vida (como en el caso del coronel Nikolái Batiuk y el teniente coronel Kolesnik). A veces las respuestas les decepcionaban. El jefe del regimiento Guénrij Fugenfirov dijo: «¿Cómo puedo seleccionar un detalle característico o los rasgos distintivos de un combate si las bombas no paraban de llover sobre nosotros y el regimiento estaba bajo bombardeo aéreo días enteros?». Los historiadores querían saber cuándo la batalla por la ciudad se había recrudecido con más intensidad, y en qué se diferenciaba de las operaciones de combate en otros lugares (como con el coronel Smirnov y el jefe del regimiento Fugenfirov). Muchas preguntas trataban de lo que había pasado antes, durante y después de la batalla: «¿Cómo entrenábamos a los soldados para el combate?» (comisario de batallón Stepanov); «¿Cómo nos enfrentábamos al miedo a los tanques?» (teniente coronel Svirin); «¿Cómo trabajábamos con los francotiradores?» (capitán Oljovkin); «¿Qué significado tenía cruzar el río?» (capitán Semion Rivkin); «¿Qué hizo el batallón de zapadores durante el combate?» (teniente Kolesnik); «¿Qué hicimos a continuación del

ataque?» (coronel Smolianov); «¿Qué estamos haciendo ahora?» (subteniente Ayzenberg). Prácticamente en todas las entrevistas se preguntaba por soldados cuyos actos les hubieran distinguido entre los demás. Por ejemplo: «No recuerdo exactamente quiénes se distinguieron especialmente en aquel combate. Algunos resultaron muertos, otros heridos» (sargento Karpushin). A los responsables políticos les preguntaban por la eficacia de su tarea: «¿Cómo llevábamos a cabo la labor política y de partido?» (comisario de división Levikin); «¿Qué opinaban los soldados de nuestras actividades?» «¿Qué tipo de personas venían a unirse a nuestro partido?» (coronel Smolianov), «¿Cómo se comportaban los comunistas [en la batalla]? (secretario de división Alexander Koshkarev). También les interesaba oírles hablar de las deficiencias del Ejército Rojo y preguntaban a los comandantes por «sus propios fallos» (general Chuikov). Hacia el final de las conversaciones solían preguntar por los ascensos o medallas recibidas por los soldados. El soldado de infantería Alexéi Pavlov resumía así su historial: «En total he matado a once alemanes y destruido una ametralladora».[268]

Algunos soldados eran muy comunicativos, otros más reservados. En parte se debía a las dificultades lingüísticas. Como explicó un soldado letón, «Tal vez podría contar más, pero no domino bien el ruso. Además, no está bien hablar de uno mismo».[269] Los dialectos rurales coloreaban el lenguaje de algunos testigos, en concreto de los comandantes, que hablaban más abiertamente que sus subordinados. Los soldados, en su mayoría, solían ir deprisa y al grano. La entrevista más corta ocupaba dos o tres páginas mecanografiadas en letra grande, pero la mayoría tenía una extensión de entre ocho y quince páginas, llegando en algunos casos a las veinte o treinta. Algunos de los soldados entrevistados se ceñían a la lucha en Stalingrado; otros se explayaban más sobre sus antecedentes familiares y cómo habían llegado al Ejército Rojo. Este segundo tipo era del agrado de los historiadores, que querían mostrar «personas reales», no solo amontonar un conjunto de relatos.

El personal de Stalingrado trabajó diligentemente, llegando a realizar muchas más entrevistas que otras delegaciones de historiadores del frente. El rendimiento global de la comisión durante la guerra fue no obstante considerable: más de 5.000 transcripciones de entrevistas con soldados, partisanos y civiles que cubrían zonas de guerra muy amplias, desde el frente y el campo a los territorios ocupados.[270]

Esta masiva recopilación de documentos constituye un hecho único en la investigación histórica de carácter militar y social. Así queda patente cuando se compara con un proyecto ostensiblemente similar emprendido por las fuerzas armadas estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial.[271] El principal historiador bélico del ejército de Estados Unidos, el teniente coronel Samuel Marshall, y un equipo de colaboradores entrevistaron a grupos de soldados en las horas posteriores al combate en el Pacífico y en algunos escenarios de operaciones europeos.[272] Marshall declaró haber entrevistado a un total de cuatrocientas compañías, cada una de ellas formada por 125 hombres. No obstante, Marshall no se consideraba un historiador documental. El propósito del proyecto era reforzar la eficacia de combate del ejército. A partir de las entrevistas concluyó que la mayoría de los soldados –él situaba la cifra entre el 75 y el 85 %– se sentían tan superados por el miedo durante la batalla que no llegaban a utilizar sus armas.[273] Marshall recomendó entrenar a los soldados para sobreponerse a su miedo instintivo a la muerte. De hecho, fue debido a estos influyentes estudios de Marshall por lo que generaciones posteriores de soldados estadounidenses fueron sometidos a un mayor entrenamiento con fuego real, aumentando así el porcentaje de los que usaban sus armas en la guerra. Pero el trabajo de Marshall ha recibido muchas críticas por parte de los historiadores. Roger Spiller cree que Marshall exageró en gran medida la cifra de los soldados que dijo haber entrevistado y sostiene que inventó sus datos sobre el porcentaje de los que llegaron a hacer fuego. Spiller y otros señalan que Marshall había sido formado como periodista antes de ascender a historiador del

ejército.[274] En lugar de contar con un estenógrafo para transcribir las entrevistas, él basó su trabajo en notas taquigráficas.

El enfoque de Marshall contrasta con el cuidado puesto por los profesionales soviéticos, que utilizaban estenógrafos para registrar todas las entrevistas y a continuación archivaban las transcripciones. Pero la comparación de Marshall con Mints revela algo más que la diferencia entre el simple periodismo y el rigor académico. También pone de relieve la emoción con la que los historiadores soviéticos desarrollaban su trabajo, su confianza en los principios universales por los que se rige la Historia, y su certeza de que estos principios conducirían inevitablemente a la victoria soviética. Por ejemplo, la decisión de dejar registradas las entrevistas en primera persona obedecía a un propósito gorkiano: los encuestados debían verse a sí mismos como actores de la escena histórica mundial. Provistos de una nueva conciencia subjetiva, dotaron de una nueva dimensión al logro individual y cambiaron el curso objetivo de la Historia.

LAS TRANSCRIPCIONES

En comparación con los enormes esfuerzos de la comisión, sus publicaciones fueron sorprendentemente escasas. Hasta el día de hoy, prácticamente ninguna de las miles de entrevistas transcritas por los estenógrafos ha ido a la imprenta. Las pocas publicaciones que la comisión produjo aparecieron durante la guerra y describían los hechos prácticamente a vista de pájaro, omitiendo en gran medida las voces individuales. Esta escasa producción fue en parte debida a la convicción de Mints de que mientras la Unión Soviética continuara en guerra, lo prioritario debía ser entrevistar a los testigos y recoger otro tipo de materiales documentales. Otra dificultad radicaba en que las opiniones expresadas por los encuestados fueran adecuadas a los ideales de los historiadores. Los proyectos anteriores de Gorki generaron relativamente

pocas publicaciones por motivos similares: pocos de los trabajadores de fábricas entrevistados se expresaban de acuerdo con los estereotipos heroicos que se les atribuían; la mayoría de los relatos o bien eran editados o bien quedaban ocultos en los archivos. Lo mismo ocurrió en el caso de la comisión de Mints. Las discusiones internas revelan que el personal debatió sobre si mostrar o no a las personas con todas sus flaquezas o sacar a la luz solo sus actos heroicos. El resultado del debate fue el que cabía prever, dado que no era la comisión la que decidía los contenidos, sino el Partido Comunista, en concreto la poderosa oficina de censura conocida como Glavlit.

El alcance de la influencia de la Glavlit queda ilustrado por el primer gran proyecto de la comisión de Mints –el estudio de la ocupación alemana de la finca de Tolstói. Los alemanes controlaron el museo de Tolstói en Yasnaya Poliana durante seis semanas, desde el 30 de octubre al 14 de diciembre de 1941. Como ya se ha dicho, Mints viajó allí a finales de diciembre con historiadores de la Academia de Ciencias para valorar los daños. El informe de la delegación dio lugar a la nota sobre las atrocidades alemanas en el territorio soviético ocupado emitida por el ministro de Asuntos Exteriores Viacheslav Mólotov el 6 de enero de 1942. En ella, Mólotov menciona específicamente la finca de Tolstói, «un glorioso memorial de la cultura rusa, arrasado, ensuciado y finalmente incendiado por los vándalos nazis».[275] Joseph Goebbels negó categóricamente las acusaciones públicas de Mólotov,[276] y Alexandrov encargó a Mints la tarea de redactar una respuesta. Mints sugirió un libro donde se documentaran los delitos cometidos en Yasnaya Poliana. Aunque su idea contaba con el apoyo de Stalin,[277] cuando una vez terminado el libro fue presentado a la Glavlit para su revisión, hizo saltar las alarmas. El censor se sintió personalmente ofendido por las entradas del diario de la empleada del museo Maria Shchegoleva, que ocupaban gran parte del libro. Citando la descripción de Mólotov del saqueo vandálico, el censor se quejó de que el diario de Shchegoleva no hiciera

justicia a la profanación cometida en Yasnaya Poliana. El tono «sereno» de la autora resultaba «pedante» y no todo lo indignado que cabía esperar de un ciudadano soviético.[278] En la misma línea, el censor criticaba a los editores del libro por su trabajo «absolutamente irresponsable»: «Ni siquiera se habían molestado en separar todo lo que el diario de Shchegoleva tenía de valioso del material claramente inservible, a consecuencia de lo cual no solo no contribuye a aumentar el odio hacia los opresores fascistas sino que en realidad lo debilita».[279] El censor creía que los editores estaban políticamente obligados a intervenir en los relatos de los testigos, preservando las visiones conformes con la ideología y eliminando todo lo demás. Como era de esperar, el libro fue rechazado. Cuando más adelante apareció una edición revisada, no incluyó el diario de Shchegoleva.

En 1943, la comisión publicó dos artículos sobre la batalla de Stalingrado, un breve estudio y un fascículo aparte en el que se incluía una entrevista con el francotirador Vasili Zaitsev.[280] En *«Heroico Stalingrado»*, la historiadora Esfira Genkina describe Stalingrado como la batalla más importante de la guerra, en la que el espíritu heroico de los defensores de la ciudad obligó a las fuerzas de élite de Hitler a doblegarse. Según el relato de Genkina, el valor mostrado por los soldados del Ejército Rojo no radicaba en una educación política en el heroísmo y la cobardía, ni en el miedo a unas medidas coercitivas –en ningún momento menciona la Orden n.º 227– sino en su propio ser. Genkina selecciona con cuidado fragmentos de las transcripciones que retratan a los defensores como héroes unidimensionales con convicciones comunistas profundamente arraigadas, soldados que se enfrentaban a un ejército alemán superior a ellos sin siquiera pestañear. Su narración comienza con un canto a la unidad de los soldados del Ejército Rojo y termina con una oda a Stalin: «La gloria de Stalingrado es la gloria de nuestro jefe, el líder del Ejército Rojo. ¡Por Stalin, por la victoria!».[281] Al igual que en *«Heroico Stalingrado»*, la entrevista con Zaitsev también fue escrupulosamente

editada, si comparamos las transcripciones estenográficas con la versión publicada. Los editores omitieron de la entrevista todas las declaraciones que hacían parecer a Zaitsev menos heroico, reescribiendo su historia para convertirla en una reafirmación incondicional del Partido Comunista.

Es muy posible que los editores realizaran estas intervenciones sin que mediara ninguna insistencia por parte de la Glavlit. Conviene tener presente que Mints y sus colegas entendían su proyecto como una ayuda a la victoria soviética. De hecho, encontramos en su trabajo el impulso revolucionario del movimiento documentalista. Ellos querían ser «útiles» interactuando con el material en bruto y extrayendo de él el espíritu de lucha necesario para enardecer a sus lectores. Al mismo tiempo, sin embargo, se esforzaban por ser académicamente escrupulosos. Manejaban los documentos históricos con el máximo respeto, y la claridad de su metodología sigue hasta hoy despertando la admiración de los expertos en la materia. Su rigor queda evidenciado en cada una de las entrevistas, así como el ingente archivo que la comisión llegó a reunir durante sus cuatro años de existencia (los historiadores continuaron manteniendo el archivo después de que la comisión se disolviera). El material en bruto de las transcripciones de Stalingrado, presentado setenta años después, debe en definitiva su existencia a esta ética académica.

PRINCIPIOS EDITORIALES

Las transcripciones de las 215 entrevistas llevadas a cabo por la comisión de Mints en Stalingrado ocupan miles de páginas mecanografiadas. Este libro ofrece solamente una selección. Una característica única de estas transcripciones es la decisión del historiador de entrevistar a un gran número de miembros de la misma cohorte, ya se tratara de una división, regimiento o fábrica. Consideradas en su totalidad, las transcripciones ofrecen una visión detallada de una serie de acontecimientos locales vistos desde múltiples perspectivas. Pero su tridimensionalidad no se materializa

cuando las entrevistas se leen seguidas una por una. Para recrear dicha visión aquí, he organizado las entrevistas de manera que puedan aunarse las experiencias comunes de cada cohorte a la vez que quedan expuestas las fisuras existentes entre ellas. Concretamente, lo que he hecho ha sido ir entretejiendo hilos de conversación a partir de las respuestas individuales y agruparlos cronológicamente y por localización.

Por ejemplo, presento las operaciones de combate de la 308.ª División de Fusileros tal y como las describen los jefes y la infantería, lo que arroja una única visión desde diversos puntos dentro de la unidad. En el caso de algunas operaciones, como la del 18 de septiembre de 1942, dirigida a tomar una importante colina, y que ocasionó graves pérdidas, la narración se vuelve más concentrada, ya que cada testigo va recordando la intensa lucha de aquel día. Otro conjunto de relatos individuales –un coro de voces formado por diversos sectores de la sociedad soviética– ofrece descripciones muy detalladas de la suerte que corrió Stalingrado y sus habitantes desde julio de 1942, cuando dio comienzo un trabajo frenético para fortificar la primera línea del frente, hasta la primavera de 1943, cuando los ingenieros retomaron el plan de reconstruir las fábricas en ruinas de la ciudad.

Este tipo de montaje narrativo recuerda al *Rashomon* de Akira Kurosawa. El filme trata de un juicio criminal, recordado a través de la técnica del flashback, en el que cuatro testigos suben al estrado y ofrecen sus diferentes versiones de lo ocurrido. La película emplea esta técnica para ilustrar la falta de fiabilidad de los testimonios subjetivos.[282] Pero a diferencia del testimonio de *Rashomon*, las entrevistas de Stalingrado resultan insólitamente coherentes hasta el más pequeño detalle, desde las ideas de heroísmo, miedo y autorrealización hasta sus versiones del combate y el comportamiento de sus compañeros de batalla. El amplio consenso entre los encuestados indica que los hechos que describían no eran invenciones a posteriori de la propaganda soviética. Una lectura de las transcripciones de Stalingrado invalida cualquier afirmación de que las

declaraciones públicas de la infantería del Ejército Rojo consistía en estereotipos soviéticos ajenos a la realidad de la guerra. Por el contrario, nos encontramos con un lenguaje compartido por los soldados y por los oficiales y conformado por las mismas ideas y horizontes de experiencia. Al mismo tiempo, queda evidente que los oficiales enfatizaban unos modelos de discurso específicos para hablar tanto de sí mismos como del enemigo. El lenguaje de las entrevistas era por tanto doble: por un lado exponía una descripción de la batalla y por otro la marca del condicionamiento ideológico.

A continuación de las conversaciones en grupo se muestran nueve entrevistas individuales en su forma original, prácticamente íntegras.[283] La selección abarca a soldados con diferentes graduaciones y formas de expresarse. Comienza con los autocomplacientes y confiados relatos de los generales Chuikov y Rodímtsev. Incluye también el informe minuciosamente detallado del oficial de Estado Mayor Nikolái Aksionov, la dicharachera narración del francotirador y Héroe de la Unión Soviética Vasili Zaitsev (por entonces ya una leyenda), y el testimonio sin artificios del soldado raso Alexander Parjomenko. La única mujer de este grupo (la comisión entrevistó a pocas mujeres en Stalingrado) es Vera Gurova, enfermera en la división del general Rodímtsev. La última entrevista es la del capitán Piotr Zayonchkovski, quien, basándose en su trabajo sobre la propaganda enemiga, nos ofrece algunas ideas interesantes acerca de la percepción que los alemanes tenían de Stalingrado.

A continuación, el libro cambia de bando para arrojar luz sobre la perspectiva alemana. La primera parte de este capítulo contiene transcripciones de los interrogatorios a oficiales alemanes prisioneros que el capitán Zayonchkovski llevó a cabo en febrero de 1943. La segunda parte consiste en los extractos de un diario escrito por un soldado alemán en el *Kessel*. Para ambas partes, los materiales proceden del archivo de la Comisión Histórica. Al igual que con todas las secciones anteriores, unas breves introducciones proporcionan los antecedentes y el contexto. Puede

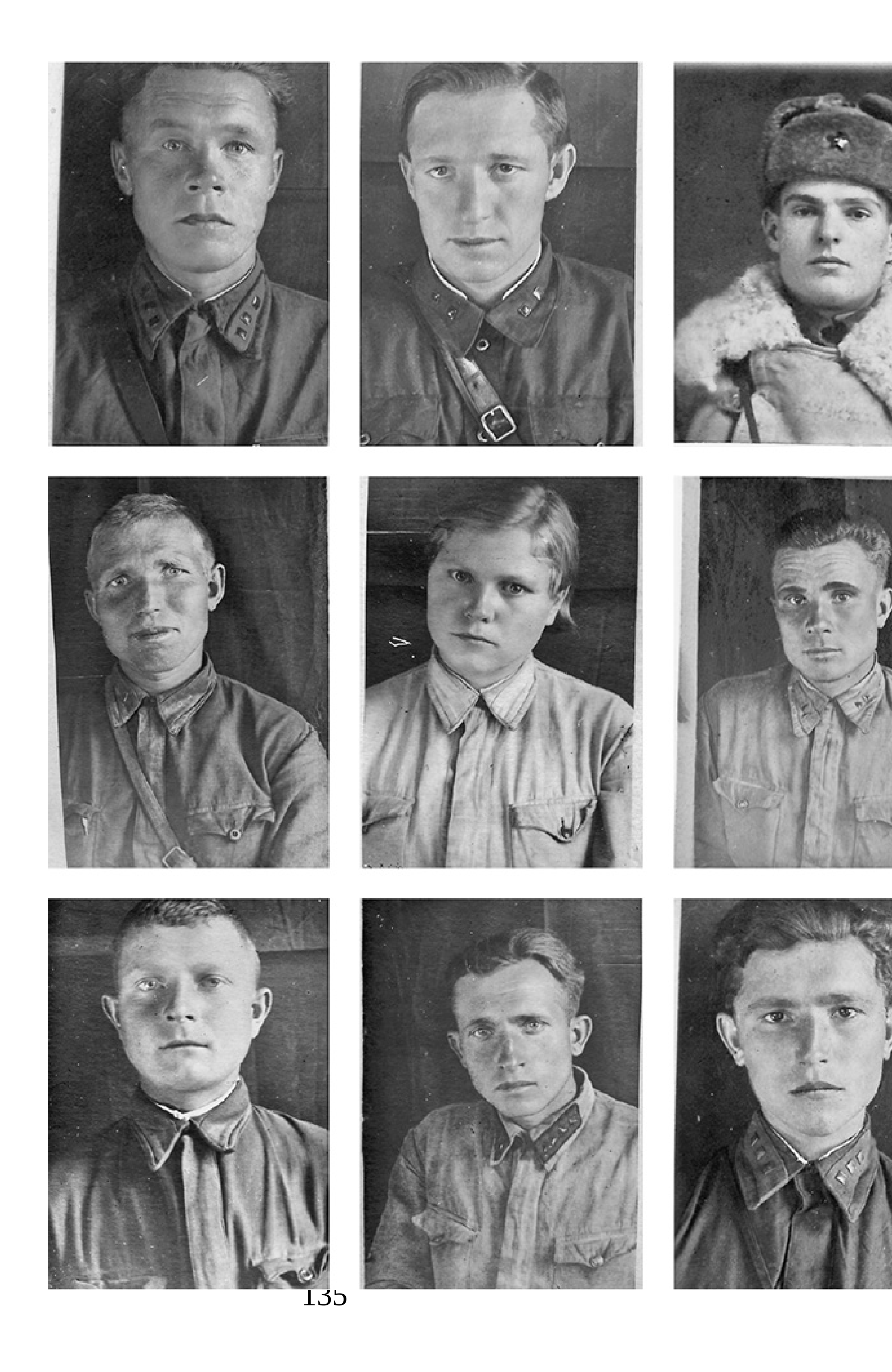
encontrarse información adicional en las notas al final del libro. Concluyo con un capítulo sobre la suerte que corrió la comisión de Mints tras el final de la guerra y un comentario sobre por qué los documentos permanecieron guardados bajo llave varias décadas.

Las transcripciones se presentan con todas sus características estilísticas intactas, solo se han corregido los errores tipográficos obvios. Los paréntesis en el texto documental contienen observaciones hechas por el personal de la comisión; los corchetes indican comentarios y abreviaturas de los editores. Salvo cuando los caracteres latinos están escritos a mano en las transcripciones, los nombres alemanes son resultado de la traducción inversa del ruso y no siempre han podido reconstruirse con absoluta fiabilidad. Por ejemplo, el soldado al que en cirílico se hace referencia como «Geynts Khyunel» (Гейнц Хюнель) es traducido como «Heinz Hühnel» pero también podría haber aparecido escrito como «Heinz Hünel».

Dentro de las transcripciones se intercalan fotografías, panfletos y carteles que sirven como ilustración de la batalla de Stalingrado y documento de la mentalidad de sus autores en ese momento. Al igual que la forma de describir la guerra durante las entrevistas iba dibujando ideológicamente a los entrevistados, las fotografías son intervenciones, intentos conscientes de los fotógrafos para que tanto ellos mismos como el público al que iban dirigidas sintonizaran con las exigencias de la guerra. Con ciertas reservas, lo mismo puede decirse de los retratos de pequeño formato realizados por soldados del Ejército Rojo y fotógrafos del frente. Además de una impresión física de los testigos, transmiten una expresión del orgullo que sentían los soldados por cumplir con su deber en una guerra del pueblo.

2

Un coro de soldados



Soldados de la 308.ª División de Fusileros.

EL DESTINO DE LA CIUDAD Y SUS RESIDENTES

El avance alemán sobre Stalingrado tenía el expreso propósito de aniquilar la ciudad y forzar a la población superviviente a realizar trabajo esclavo. Sin embargo, Stalin prohibió la evacuación de sus habitantes, ordenando impedir la toma de la ciudad a toda costa. Las siguientes entrevistas –llevadas a cabo entre enero de 1943 y enero de 1944 con responsables regionales, funcionarios del partido, directores de fábricas y un catedrático del instituto de medicina de la ciudad– explican cómo la ciudad se armó para su defensa antes de ser reducida a escombros y cómo, por citar a uno de los entrevistados, el «pulso» de Stalingrado cambió durante el curso de la batalla.

La estrategia básica de la Wehrmacht en Stalingrado fue la misma empleada para atacar Moscú y Leningrado el año anterior: utilizar el bombardeo aéreo y el fuego de artillería para destruir la ciudad antes de ocuparla, con el fin de proteger las vidas de los soldados alemanes en tierra enemiga.[1] La Luftflotte 4 –una flota de 780 bombarderos y 490 aviones de combate– realizó innumerables incursiones sobre Stalingrado entre el 23 de agosto y el 13 de septiembre de 1942.[2] La flota estaba bajo el mando del general Wolfram von Richthofen, que había sido jefe de Estado Mayor para la Legión Cóndor cuando esta introdujo el bombardeo en alfombra, una táctica que había arrasado Guernica en la Guerra Civil española.[3] Richthofen también comandó el bombardeo de Belgrado en abril de 1941, que acabó con la vida de una cifra estimada de 17.000 residentes[4] y fue el responsable del ataque a Sebastopol en el verano de 1942. La campaña aérea de Stalingrado, la más violenta del Frente del Este, marcó lo que Beevor describió como la «culminación natural de la carrera de Richthofen».[5] Los aviones alemanes dejaron caer las primeras bombas sobre Stalingrado en octubre de 1941 y realizaron ataques

aislados a principios de 1942. Durante la segunda mitad de julio comenzó la campaña a gran escala y a partir de ese momento las sirenas que avisaban de los bombardeos sonaron casi diariamente.[6]

A principios de julio los funcionarios regionales hicieron planes para evacuar la ciudad y otras áreas del frente. Representantes de los ministerios de Moscú, encargados de reubicar las industrias clave más hacia el este, visitaron la fábrica de tractores de Stalingrado (reconvertida para la producción de carros de combate), las fábricas siderúrgicas de Octubre Rojo y la fábrica de municiones Barricadas. A mediados de julio los jefes del distrito militar de Stalingrado, que estaban mejor informados que nadie de lo que estaba pasando, abandonaron a toda prisa la ciudad acompañados de sus familias. Sus acciones no pasaron desapercibidas para sus habitantes, y los funcionarios de la NKVD pudieron ver cómo el pánico iba creciendo, alimentado por rumores de que los alemanes habían alcanzado ya los límites de la ciudad.[7]

En la madrugada del 20 de julio, el secretario regional del partido Alexéi Chuyanov recibió una llamada de Stalin en la que ordenaba que los comandantes del distrito militar fueran emplazados de inmediato, la ansiedad se apaciguara y la ciudad no cayera en manos del enemigo. Chuyanov transmitió estas órdenes a sus colegas del partido a la noche siguiente, recalcando la responsabilidad que tenían en la defensa de la ciudad.[8] La llamada, efectuada una semana antes de la caída de Rostov y la emisión de la Orden n.º 227, evidenciaba la línea dura que Stalin había decidido mantener desde el principio. Todos los físicamente aptos que no estuvieran implicados en tareas de producción militar tenían que ayudar a cavar trincheras. Acompañados por un contingente de activistas –en uno de los sectores 96 *politruks* supervisaban el trabajo de 4.000 residentes– construyeron tres anillos defensivos en torno a la ciudad. Las personas solo tenían permiso para abandonarla si ello convenía a los esfuerzos bélicos: 50.000 soldados heridos, personal médico para atenderles y los niños de los orfanatos de la ciudad.[9] Una orden por la que se decretaba la

evacuación de todas las mujeres que no estuvieran trabajando y sus hijos puso a salvo a las familias de los funcionarios locales, los únicos que podían permitirse tener a sus mujeres en casa. Las mujeres que estaban trabajando solo podían abandonar la ciudad si se mandaba desalojar su fábrica. Para mediados de agosto, casi 8.000 familias pertenecientes a la élite de la ciudad habían sido evacuadas. Estas precauciones no fueron anunciadas públicamente pero tampoco pudieron permanecer ocultas a los habitantes de la ciudad. A los agitadores comunistas de las fábricas les resultaba muy complicado explicar las cosas a los encolerizados trabajadores y encontraron serias dificultades para convencer a la gente para que aguantara. No obstante, hasta el 22 de agosto la vida en Stalingrado siguió desarrollándose con cierta normalidad: los padres preparaban a sus hijos para el nuevo año escolar, el público llenaba las salas de cine y los teatros, y los líderes comunistas no dejaban de asegurar a la población que los alemanes jamás lograrían tomar la ciudad.[10]

El número de personas muertas durante el devastador bombardeo del 23 de agosto y las que fueron sumándose cada día hasta el 12 de septiembre suscita polémica. La mayoría de los investigadores sitúan la cifra en 40.000 –y es la que consta en los documentos presentados durante los juicios de Núremberg.[11] El comandante de la ciudad, Vladimir Demchenko, comunicó a los historiadores en 1943 que durante la tarde y la noche del 23 de agosto tuvieron lugar 2.000 ataques aéreos, que acabaron con la vida de 10.000 personas.[12] Muchos de los que resultaron heridos el primer día no pudieron ser curados porque la mayoría del personal médico había sido enviado a la parte más septentrional de la ciudad, en la que los pánzer alemanes se habían infiltrado aquella misma tarde. La 8.ª Flota Aérea Soviética concentró sus ataques en las tropas pánzer invasoras, dejando desprotegido el resto de la ciudad.[13]

A última hora de la noche del 23 de agosto, los jefes militares se reunieron en el cuartel general del general Yeriomenko con los jefes locales del partido, funcionarios de la NKVD y representantes de la

industria. También estaba presente el jefe de Estado Mayor soviético, Alexander Vasilievski. El orden del día se reducía a dos puntos: la evacuación inmediata de todos los trabajadores de Stalingrado y el minado de las instalaciones industriales. Pasada la medianoche, Chuyanov llamó a Stalin y le informó de lo que habían hablado. Como Yeriomenko explicaría más adelante, Stalin continuó descartando la evacuación a gran escala y prohibió comentar nada más sobre el tema basándose en que solo favorecía al derrotismo.[14]



Incendios en Stalingrado, agosto de 1942. *Fotografía de Emmanuil Yevzerijin*.

Muchas personas que huyeron despavoridas de la ciudad fueron detenidas en las terminales de los transbordadores por la NKVD. Otras lograron cruzar el río, ya fuera con la aprobación de los funcionarios locales o sin ella. El 24 de agosto, el Comité Municipal de Defensa ordenó la evacuación de las mujeres y los niños al campo. La decisión se basaba no solo en motivos humanitarios sino en la necesidad de conservar los

escasos recursos alimentarios de la asediada ciudad.[15] Al día siguiente, la jefatura del partido declaró el estado de sitio y comenzó a actuar implacablemente contra los saqueadores. Los agitadores redoblaron sus esfuerzos. El comité local del partido imprimió un millón de octavillas en los últimos días de agosto y cubrió la ciudad con enardecedores eslóganes: «¡Defenderemos nuestra ciudad natal!», «¡Ni un paso atrás!».[16]

Cuando finalmente el 25 de agosto comenzó la evacuación general de la ciudad, los obreros y trabajadores especializados cuyas fábricas habían ardido fueron los primeros. La salida en masa no comenzó hasta el 29 de agosto, pero incluso entonces los obreros tuvieron prioridad, y en algunos casos tuvieron que dejar a sus familias atrás por falta de espacio en los barcos. El 27 de agosto, tres vapores cargados de civiles que se dirigían río arriba hacia Sarátov –el *Mijaíl Kalinin*, el *En Memoria de la Comuna de París* y el *Joseph Stalin*– cayeron bajo fuego enemigo. El *Joseph Stalin* encalló y sufrió graves daños. De los 1.200 pasajeros solo 186 pudieron salvarse.[17] Para el 14 de septiembre –el día que las tropas alemanas lograron atravesar la ciudad y llegar al atracadero del transbordador– habían sido evacuadas 315.000 personas. Según una estimación, tantas como las que seguían quedando en la ciudad.[18] Fue entonces cuando Chuyanov y la mayoría de los demás jefes de partido locales y comandantes de la NKVD salieron huyendo.

Las industrias más importantes continuaron funcionando mucho tiempo más. En el verano de 1942, las fábricas siderúrgicas Octubre Rojo producían el 10 % del acero soviético, en su mayor parte destinado a la aeronáutica y la fabricación de carros de combate, además de la construcción de lanzamisiles. Una vez declarado el estado de sitio, se dedicaron a la fabricación de munición para ametralladoras, minas anticarro y palas, y a la reparación de tanques y lanzamisiles. Los trabajos siguieron en marcha hasta el 2 de octubre; unos días después fue reducida a escombros.[19] Desde octubre de 1942 a enero de 1943, los alemanes tuvieron casi todo el tiempo la fábrica bajo control, aunque la lucha fue

muy intensa durante ese periodo. La fábrica de municiones Barricadas había producido un gran número de cañones anticarro desde el comienzo de la Gran Guerra Patriótica. El director dejó la fábrica el 25 de septiembre; los últimos técnicos la abandonaron el 5 de octubre, un día después de que los alemanes la atacaran.[20]

La enorme fábrica de tractores de Stalingrado –con una plantilla de unos 20.000 trabajadores– había sido reacondicionada para la producción de carros de combate a finales de la década de 1930, y para cuando estalló la guerra era la mayor productora de carros T-34 de toda la Unión Soviética. El 23 de agosto, la 16.ª División Pánzer llegó a acercarse mucho a la fábrica, pero esta no dejó de fabricar carros de combate a destajo hasta el 13 de septiembre, fecha en que los alemanes comenzaron el asedio. Durante los días siguientes, la inmensa mayoría de los trabajadores fueron evacuados; el 62.º Ejército retuvo un pequeño contingente para llevar a cabo reparaciones en los regimientos de carros. La gran ofensiva alemana del 14 de octubre (descrita en detalle por el general Chuikov en su entrevista) se concentró en la fábrica de tractores. Desde allí, los alemanes planeaban dirigirse hacia el sur y tomar los últimos tramos del Volga que aún quedaban en manos soviéticas. Tras lo que tanto los testigos soviéticos como alemanes describieron como la lucha más dura de toda la batalla –el 62.º Ejército perdió 13.000 soldados y la Wehrmacht 1.500– los alemanes se hicieron con el control total de la fábrica el 17 de octubre. El Ejército Rojo no recuperó el control de la misma hasta el 2 de febrero de 1943.[21]

La central eléctrica de Stalingrado, StalGRES, estaba localizada al sur de la ciudad, cerca de Beketovka. Situada a pocas millas de la línea del frente, Beketovka estaba protegida de lo peor del combate. Allí se encontraba el cuartel general del 64.º Ejército, y en octubre Chuyanov trasladó el cuartel general del partido también allí. Una vez los alemanes llegaron a Stalingrado, StalGRES fue diariamente objeto del fuego de la

artillería y los morteros, pero siguió funcionando. El 5 de noviembre, un ataque más intenso obligó al cierre de la central.

El 12 de octubre, Chuyanov escribió en su diario que el ingeniero jefe de la planta, Konstantin Zubanov, se casó con la doctora María Terentieva en el sótano de la fábrica, mientras el fuego de artillería atronaba arriba.[22] En la entrevista con los historiadores describió los lazos que le unían a la fábrica, comparando los pulsos generados eléctricamente en ella con el pulso de la ciudad. La metáfora del pulso recuerda a las corrientes futuristas de principios del siglo XX, profundamente enraizadas en la mano de obra rusa.[23] Zubanov podría igualmente haberse referido al familiar pulso del metrónomo que emitía la radio de Leningrado. Los ingenieros habían introducido por primera vez el sonido en la década de 1930 para las pausas durante la transmisión. Cuando comenzó la guerra, se utilizó como un sistema de prealerta, ya que la velocidad del golpeteo aumentaba cada vez que se acercaban aviones enemigos. Durante el sitio de Leningrado las emisoras de radio tuvieron que restringir su programación y utilizaron el metrónomo para que la población de Leningrado supiera que la ciudad aún seguía viva.[24]

Las entrevistas con Zubanov y las dos docenas de testigos presenciales restantes comenzaban con las descripciones de la industrialización de la ciudad en la década de 1930 y su transición a la producción de guerra. Se centraban en los esfuerzos por defender la ciudad, los devastadores ataques aéreos y la dramática evacuación de civiles. Cabe resaltar las duras críticas que el general Chuikov y el comisario Vasiliev dirigieron a los funcionarios del partido en Stalingrado por sus fallos durante la defensa y evacuación de la ciudad. En parte, eran injustificadas; Stalin también tuvo su parte de culpa. Por otro lado, no se trataba de una insatisfacción del ejército con los comunistas. Más bien, reflejaba la convicción por parte de los que luchaban en el frente (entre los que había comunistas como Vasiliev) de que los que no lo hacían solo querían salvar su propio pellejo.

Las primeras entrevistas registradas fueron las de Chuikov, Vasiliev y los ingenieros Veniamin Zhukov y Pável Matevosyan, que tuvieron lugar el 8 de enero de 1943 en las destruidas fábricas siderúrgicas de Octubre Rojo. Los funcionarios del partido no fueron entrevistados hasta que los historiadores volvieron allí en marzo de 1943. En las entrevistas se intercalan fragmentos del diario de guerra de Alexéi Chuyanov, publicado en 1968. Estos pasajes figuran en cursiva. Chuyanov, jefe del partido local, no tomó parte en las entrevistas.

Los entrevistados

Responsables municipales y regionales

Pigaliov, Dmitri Matveyevich –Presidente del Comité Ejecutivo del Sóviet de Representantes de los Trabajadores de Stalingrado

Poliakov, Alexéi Mijailovich –Vicepresidente del Comité Ejecutivo del Sóviet Regional de Representantes de los Trabajadores de Stalingrado

Romanenko, Grigori Dmitrievich –Primer secretario del distrito de Barricadas de Stalingrado

Zimenkov, Ivan Fiodorovich –Presidente del Sóviet Regional de Representantes de los Trabajadores de Stalingrado

Funcionarios del partido

Babkin, Serguéi Dmitrievich –Primer secretario del Comité del Partido del distrito de Kirov

Chuyanov, Alexéi Semionovich –Primer secretario del Comité Regional del Partido en Stalingrado (extractos de su diario publicado)

Denisova, Claudia Stepanovna –Secretaria del Comité del Partido del distrito de Yermanski

Kashintsev, Semion Yefimovich –Secretario del Comité del Partido del distrito de Octubre Rojo

Petrujin, Nikolái Romanovich –Jefe del Departamento de Guerra del Comité Regional del Partido en Stalingrado

Piksin, Ivan Alexeyevich –Secretario del Comité Municipal del partido de Stalingrado

Projvatilov, VasiliPetrovich –Secretario del Comité Regional del Partido Comunista (Bolchevique) de la Unión Soviética en Stalingrado

Odinokov, Mijaíl Afanasievich –Secretario del Comité del Partido del Distrito de Voroshílov

Vodolagin, Mijaíl Alexandrovich –Secretario del Comité Regional del Partido en Stalingrado

Especialistas, trabajadores, residentes

Ioffe, Ezri Izrailevich –Director en funciones del Instituto de Medicina de Stalingrado

Matevosyan, Pável Petrovich –Ingeniero jefe de la siderurgia Octubre Rojo

Zhukov, Veniamin Yakovlevich –Jefe del taller n.º 7 de la siderurgia Octubre Rojo

Zubanov, Konstantin Vasilievich –Ingeniero jefe de la Central Eléctrica de Stalingrado (StalGRES)

Personal militar

Burin, Iliá Fiodorovich –Ex mecánico en la fábrica Barricadas, explorador en la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros

Burmakov, Ivan Dmitrievich –General de división, comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros

Chuikov, Vasili Ivanovich –Teniente general, comandante del 62.º Ejército

Demchenko, Vladimir Jaritonovich –Comandante, jefe de Stalingrado

Gurov, Kuzma Akimovich –Teniente general, miembro del Consejo Militar del 62.º Ejército

Vasilev, Ivan Vasilevich –Comisario de brigada, jefe de la sección política del 62.º Ejército

Zimin, Alexéi Yakovlevich –Teniente, ex trabajador en la fábrica Barricadas, jefe del cuartel general de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros, 64.º Ejército.[25]

Dmitri Matveyevich Pigaliov (Presidente del Comité Ejecutivo del Sóviet de los Representantes de los Trabajadores de Stalingrado): En 1930 vivían en Stalingrado unas 25.000 personas –400.000 durante la guerra, entre 550.000 y 560.000 si se cuenta a los evacuados. La ciudad creció muy rápidamente a partir de 1930. Nada más finalizar la construcción de la fábrica de tractores, la población pasó de los 70.000 a los 80.000 habitantes. El centro de la ciudad era muy bonito. Había dos estaciones de tren, una junto al Volga y otra en el centro de la ciudad. El crecimiento se debió a las fábricas.



Centro de Stalingrado, verano de 1942. *Fotografía de Emmanuil Yevzerijin.*

De 1934 a 1935, la ciudad experimentó grandes mejoras. Por aquellos años se construyó el Gran Hotel de Stalingrado (370 habitaciones), el hotel Intourist de la plaza de los Héroes Caídos, los grandes almacenes Univermag, que abrieron en 1938 o 1939, y la primera y segunda Casa de los Sóviets, al otro lado de la plaza donde se encontraba el Hotel Intourist, en una ampliación del edificio del Comité Ejecutivo Regional (una ampliación). También se construyó la Casa de los Libros y el edificio Lesprom, de cinco o seis plantas, junto al hotel Intourist. Estos nuevos edificios daban vida a toda la plaza. [...] En el centro teníamos el nuevo gran Teatro Gorki, un auditorio de música y un teatro para jóvenes. Estos teatros tenían sus propias compañías. Había otros edificios preciosos: el Palacio de los Pioneros, el Instituto de la Imprenta. Había un Palacio de

los Deportes con vistas al Volga. Solo en el distrito Yermanski[26] ya había un montón de centros culturales. Las escuelas de arte y de música, la facultad de educación física –todas estaban en ese distrito, además del cine Komsomolets, el Spartak y el Estrella Roja. La fábrica de tractores era sede también de un instituto de mecánica en el que estudiaban entre 1.500 y 2.000 alumnos. Allí les preparaban para trabajar en la fábrica de tractores. Más adelante empezaron a compartirlos con otras fábricas. También había una escuela de medicina importante con unos 1.500 alumnos.

Ezri Izrailevich Ioffe (Director en funciones del Instituto de Medicina de Stalingrado): El Instituto de Medicina de Stalingrado se fundó en 1935. Su primera promoción fue de 160 alumnos. En poco tiempo se convirtió en una joven pero muy dinámica facultad de medicina. Al comienzo de la guerra teníamos veintidós médicos y más de diez docentes y licenciados en medicina. El instituto estaba situado en un edificio grande y nuevo, de cuatro plantas, y contaba con tres amplias salas de conferencias, diez aulas, una biblioteca con 30.000 volúmenes y una sala de lectura, museos de anatomía y patología y laboratorios bien equipados. Teníamos más de trescientos microscopios, en torno a una docena de quimógrafos,[27] equipos radiológicos, etc. [...] Nuestra primera promoción de médicos se graduó en 1940, unos 150. La segunda, en torno a trescientos médicos, se graduó en los primeros días de la guerra, y llegaron a graduarse cuatro promociones más antes de que la ciudad fuera destruida.

Konstantin Vasilievich Zubanov (Ingeniero jefe de la Central Eléctrica de Stalingrado, StalGRES): Yo nací en 1911. Llevo trabajando en StalGRES más de cinco años. Me gradué en el instituto en 1934. De Ordzhonikidze me enviaron a Moscú, a una empresa de diseño. Los tres años que pasé trabajando allí fueron lo peor de mi vida. Yo no estoy hecho para ser diseñador. Siempre quise trabajar en una central eléctrica. Me mandaron a Stalingrado. Aquí he pasado por todos los

niveles: en diciembre de 1937 formé parte del equipo de ingenieros de la central, luego pasé a supervisor jefe y desde 1939 soy el ingeniero jefe del complejo. Mi formación es de ingeniero eléctrico, pero ahora soy más bien ingeniero térmico, o tal vez cabría mejor decir, especialista en ingeniería de la energía.

Dmitri Matveyevich Pigaliov (Presidente del Comité Ejecutivo del Soviét de los Representantes de los Trabajadores de Stalingrado): ¿Con qué instituciones culturales contábamos? En las colonias en torno a las fábricas había clubes y palacios de la cultura. En la fábrica de tractores estaba el Club Gorki, el cine Trabajador de Choque, y un montón de clubes más pequeños. Y varias escuelas, todas muy bonitas. La Escuela Derzhinsky n.º 3 era preciosa, estaba en un pequeño edificio de cuatro plantas. En total había ocho o nueve escuelas, sin contar las pequeñas. En la fábrica Barricadas había una casa de la cultura, y en el Asentamiento Inferior estaba el club para ingenieros y técnicos. No era demasiado grande, pero era agradable. Pusieron su propio parque, con un teatro de verano. En Octubre Rojo también tenían un club y un centro de tecnología muy bueno.

Konstantin Vasilievich Zubanov (Ingeniero jefe de la Central Eléctrica de Stalingrado, StalGRES): Básicamente, la central eléctrica es el centro de la industria de una ciudad –yo diría incluso que es el centro de su cultura. Una ciudad electrificada –o sea, una ciudad en la que la electricidad ha llegado a ser parte integrante de su vida diaria y su infraestructura– experimenta un desarrollo cultural y económico mayor que las ciudades en las que no hay suficiente electricidad. La central eléctrica es a la industria lo que el corazón es al cuerpo humano. El corazón late a un ritmo constante, de la misma forma que la central eléctrica mantiene un pulso, un pulso de cincuenta ciclos por segundo. Un latido menos o un latido débil basta para interrumpir toda la actividad de la ciudad –las luces se apagan, las fábricas dejan de trabajar y los teatros y los cines cierran. En el mundo actual, sin embargo, esto es

extremadamente inusual. Del mismo modo, la Central Eléctrica de Stalingrado era como el corazón de Stalingrado.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Stalingrado es una ciudad industrial que cuenta con alrededor de diez empresas de importancia nacional, como la fábrica de tractores, la 221 (Barricadas), Octubre Rojo, la 264.ª, y varias más. Durante la guerra, estas y todas las demás fueron reconvertidas para la fabricación de munición y material militar.

Veniamin Yakovlevich Zhukov (Jefe del Taller n.º 7 de la siderurgia Octubre Rojo): Yo llegué a la fábrica a principios de 1932. Crecí allí, comencé como conductor y ascendí a jefe de taller. He asistido al desarrollo de este lugar. [...] La fábrica trabajaba, y yo trabajaba. La fábrica crecía y yo crecía con ella. La organización del partido me crió. Últimamente se está trabajando en un proyecto interesante con el lanzacohetes Katiusha.[28] [...] El primer día de la guerra proporcionamos al ejército unos cuarenta vehículos, que la organización militar regional calificó de excelentes, pese a haber sido utilizados en condiciones sumamente difíciles.

Las sesenta personas que forman el equipo del taller dieron lo mejor de sí para llegar a dominar el sistema del cohete. Así que cuando se tomó la decisión de eliminar el vehículo de la línea de montaje nos sentó fatal. ¿Acaso no éramos lo bastante buenos para seguir fabricando esta arma? Era agradable sentir que desempeñábamos nuestro papel en la guerra.

Konstantin Vasilievich Zubanov (Ingeniero jefe de la Central Eléctrica de Stalingrado, StalGRES): Cuando se entró en la fase de las operaciones de combate, la primera etapa fue el periodo comprendido entre el estallido de la guerra y el asedio de nuestra ciudad. Durante este tiempo tratamos de hacer todo lo que pudimos por dar a nuestra ciudad –y en especial a las fábricas de cierta importancia militar– un suministro de electricidad suficiente y de alta calidad. [...] Tratábamos de ser uno con nuestro país, de seguir su ritmo para repeler los ataques de la horda

fascista. La guerra cambió drásticamente la forma en que hacíamos las cosas. Cuando los alemanes tomaron la región de Donbass, de repente nos encontramos sin carbón. Tuvimos que buscar otro combustible: el fueloil. Pero esto no nos perturbó. No hubo restricciones de energía en absoluto, por lo que ni siquiera notamos el cambio. Pasamos del carbón al fueloil en un plazo muy corto de tiempo. Instaladores como el maestro Serguéi Vasilievich Ivlev y Mudrenko, el supervisor de la sala de calderas, lo hicieron de forma que la ciudad no notó el cambio. Y nuestra central eléctrica pudo utilizar de forma segura el nuevo fuel para suministrar electricidad a sus clientes sin restricciones.

Alexéi Yakovlevich Zimin (Teniente, ex trabajador en la fábrica Barricadas, jefe del cuartel general de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros, 64.º Ejército): Las fábricas funcionaban al máximo de su capacidad. Allí se montaban los componentes de todo tipo de armamento, que luego se subían a las azoteas con grúa. Hacíamos montones de tanques. En las colonias donde vivían los trabajadores la gente estaba feliz y contenta. Construían búnkeres y refugios antibombardeo, y depósitos de agua. Salvo por esta actividad tan intensa, todo era normal en ellos.

Ezri Izrailevich Ioffe (Director en funciones del Instituto de Medicina de Stalingrado): El instituto desempeñó un papel muy activo en los preparativos para la defensa de la ciudad. En el otoño de 1941, y desde julio hasta agosto de 1942, el instituto construyó líneas de defensa. Bajo la dirección de catedráticos y profesores, cientos de estudiantes levantaron fortificaciones en las afueras de la ciudad y también dentro de ella.

Alexéi Semionovich Chuyanov (Primer secretario del Comité Regional de Stalingrado): 12 de julio [...] Cada vez está más claro que pronto van a empezar operaciones de combate en las inmediaciones de Stalingrado. [...]

19 de julio. Como de costumbre, el Comité Regional estuvo reunido hasta el amanecer, que en verano es más temprano. Pasadas las dos de la

mañana recibimos una llamada de Stalin por la línea de teléfono fija: «Por favor, manténgase a la escucha, llama el camarada Stalin».

«¿Ha decidido la ciudad rendirse al enemigo?», preguntó Stalin enfadado. «¿Por qué han trasladado el cuartel general del distrito militar a Astracán? ¿Quién ha dado esa orden? ¡Respóndame!» J. V. Stalin preguntó por la situación de la ciudad. Quería saber cuál era la producción de las fábricas de material militar. A continuación trasladó las órdenes del Comité Central respecto a la difícil situación militar. Para concluir, dijo: «Stalingrado no se entregará al enemigo. Hágaselo saber a todos».

Un buen rato después de colgar el teléfono, yo seguía bajo los efectos de la conversación. No tenía ganas de irme a casa, a pesar de que era tarde. Me quedé junto a una ventana abierta, respirando el aire fresco de la mañana, y de repente me sentí inundado de fuerza. Lo más importante estaba claro: la ciudad no iba a rendirse a los nazis.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Mucho tiempo antes de que el enemigo empezara a acercarse a la ciudad, cada fábrica había organizado batallones de destrucción.[29] Los batallones de destrucción estaban formados por los mejores de todas las fábricas –miembros del partido y del Komsomol, así como los trabajadores más competentes de fuera del partido.

Todas estas actividades militares se realizaban después de un extenuante trabajo en la fábrica. Hay que decir que esta capacidad resultó útil durante la guerra cuando las cosas empezaron a ponerse difíciles para nuestra ciudad.

Alexéi Semionovich Chuyanov (Primer secretario del Comité Regional de Stalingrado): 11 de agosto. Esta mañana Ivan Fiodorovich Zimenkov vino y me preguntó: «¿Cuánto más tiempo vamos a seguir haciendo pasar por esto a nuestras familias?».

Yo entendí lo que quería decir: «¿Qué sugieres que hagamos?». «Hoy mismo deberíamos mandar a las familias de todo el personal directivo de

la ciudad y de la región al otro lado del Volga, a una granja estatal. O a las instalaciones de producción de *kumis*[*] del distrito de Palassovsky.

No era una cuestión fácil. Es cierto que muchas familias ya habían sido evacuadas, pero si nuestras propias familias eran enviadas fuera, el enemigo podía utilizarlo para su propaganda. Pero no parecía haber otra opción. Lo cierto es que Valery, que solo tiene año y medio, no debería sufrir las consecuencias de que su padre sea secretario regional del comité. El niño ya había desarrollado un tartamudeo nervioso. Aprobé la propuesta de Zimenkov. Aquella misma noche nuestras familias partieron hacia Sredniaya Ajtuba en barco y luego se trasladaron en coche al distrito de Palassovsky.

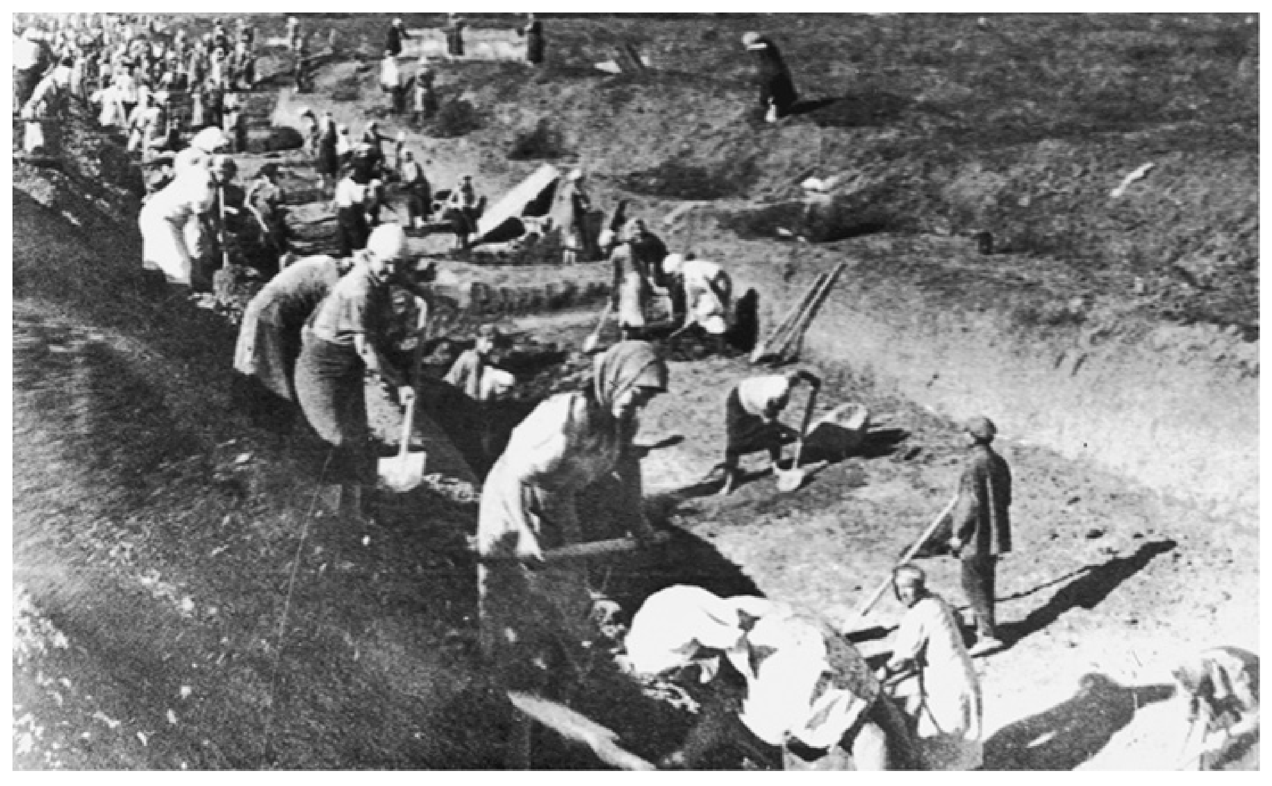
Claudia Stepanovna Denisova (Secretaria del Comité del distrito de Yermanski): la mayoría de las familias de los activistas del partido fueron trasladadas al otro lado del río por adelantado.

Ivan Fiodorovich Zimenkov (Presidente del Sóviet Regional de Representantes de los Trabajadores de Stalingrado): Algunos distritos rurales y sus ganaderías fueron evacuados al lado este del Volga. Evacuamos todo el ganado de las granjas colectivas excepto algunas zonas de los distritos de Voroshílov y Kotelnikov, donde no tuvimos más remedio que dejarlo todo allí. Caballos, bueyes, ovejas, cerdos de todos los distritos que luego serían ocupados por los alemanes fueron llevados al otro lado del Volga. No evacuamos a los animales que eran de uso personal de los granjeros y otros trabajadores. De los 38 depósitos de maquinaria y tractores que luego serían ocupados por los alemanes, todos menos 750 tractores fueron evacuados (de un total de 3.080).[30] Nosotros enviamos tractores al otro lado del Volga, algunos de ellos a los distritos de Oljovsky, Mólotov y Nizhne-Dobrinsky.

Todo esto fue al comienzo de la cosecha de grano. Los catorce distritos fueron ocupados en el momento álgido de la cosecha. Todo el grano se quedó allí. Nosotros cogimos todo el que el Gobierno habían molido en Kalach. Nos llevamos todo lo que había en los depósitos de

recogida de grano situados a lo largo de la vía férrea que va desde Kalach y Nizhny Chir a Stalingrado, y también en los almacenes.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): El enemigo nos pilló desprevenidos, y casi nadie –desde luego ninguno de los trabajadores– fue evacuado de la ciudad.



Civiles de Stalingrado cavan zanjas anticarro, agosto de 1942. El único hombre que figura en la foto *(abajo a la derecha)* probablemente sea un agitador comunista. *Fotografía de L. I. Konov*.

Ivan Fiodorovich Zimenkov (Presidente del Sóviet Regional de Representantes de los Trabajadores de Stalingrado): Levantamos inmediatamente cuatro líneas defensivas. Quienes no podían alejarse mucho de sus casas porque tenían niños pequeños trabajaron en las líneas del interior de la ciudad. La mayoría eran mujeres. El resto de la población de la ciudad –casi 28.000– trabajó en la segunda, tercera y cuarta líneas del Don. Para principios de agosto se habían completado los 1.500 kilómetros de líneas defensivas. Toda la región estaba atravesada por líneas, hasta Astracán. A lo largo del Don, del Volga, del Medveditsa – había líneas defensivas por todas partes. [...]

Cuando estuve en Moscú, conocí al presidente del Comité Ejecutivo del Sóviet Regional de Tula. Me dijo que ellos estaban cavando líneas defensivas y colocando chatarra en puntos determinados para impedir el paso de los carros de combate enemigos. Yo le comenté esto al camarada Chuyanov, el presidente del comité de defensa de nuestra ciudad, y empezamos a imaginar las líneas defensivas de la ciudad y otros lugares, e inmediatamente nos pusimos manos a la obra.

Dmitri Matveyevich Pigaliov (Presidente del Comité del Sóviet de Stalingrado): Siguiendo la recomendación del Comité Municipal del Partido, construimos la llamada línea interior de la ciudad siguiendo su perímetro. Esta línea no llegó a contar con la autorización oficial de la Stavka. Todas las demás habían sido establecidas de acuerdo con consideraciones estratégicas.

Esta línea desempeñó un papel muy importante durante la batalla. Nuestras fuerzas no pudieron llegar a la línea intermedia, pero sí mantener esta. Pedimos a todas las mujeres que vinieran a construirla, incluso las que tenían niños de entre dos y ocho años y las mayores de cincuenta y cinco, pese a que ello contravenía la legislación laboral. Básicamente, lo que pedíamos era que todo el que pudiera viniera a echar una mano. El resto de la población fue movilizado y enviado a trabajar al perímetro.

Vasili Ivanovich Chuikov (Teniente general, comandante del 62.º Ejército): Las fortificaciones en torno a Stalingrado estaban en obras. Teníamos grandes planes, pero solo un diez % de ellos fueron llevados a cabo.

Kuzma Akimovich Gurov (Teniente general, miembro del Consejo Militar del 62.º Ejército): Stalingrado no se había preparado suficientemente para el combate. Nos dimos cuenta de ello cuando tuvimos que luchar para defender la ciudad.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Algunos jefes del Ejército Rojo se sintieron ofendidos por no haber sido informados de nuestras líneas defensivas. El comandante

del 64.º Ejército [Shumilov] lo comentó varias veces. ¿Qué puedo decir yo? La gente que trabajó allí, en la línea, hizo un excelente trabajo manteniéndolo en secreto. El teniente general Shumilov dijo: «Si hubiera sabido que la línea estaba allí, habría desplegado mis tropas de otra manera».

Dmitri Matveyevich Pigaliov (Presidente del Comité del Sóviet de Stalingrado): Durante aquellos primeros días, antes de los bombardeos, construimos barricadas en la ciudad. Antes no habíamos tenido ninguna. Habíamos construido líneas, pero no barricadas. No pensamos que llegarían aquí desde el Don en un solo día.

Vasili Ivanovich Chuikov (Teniente general, comandante del 62.º Ejército): Y aquellas barricadas… –con apenas rozarlas con el guardabarros se caían. Vaya calidad de construcción.

Ivan Vasilevich Vasilev (Comisario de Brigada, jefe de la sección política del 62.º Ejército): No teníamos nada en lo que apoyarnos. La ciudad no estaba protegida. Habían construido los «erizos» de alambrada aquellos, que se venían abajo con que solo les rozara un vehículo ligero. No había fortificaciones. Junto a la estación pusieron un camuflaje que luego usaron los alemanes, de modo que al final acabamos luchando nosotros contra él. Y luego los trabajadores se quejaban, diciendo lo mucho que ellos habían hecho por los soldados, cavando búnkeres, construyendo estructuras de tierra y madera, fortines de cemento. Todo se perdió.

Vladimir Jaritonovich Demchenko (Comandante, jefe de Stalingrado): Nuestro cuartel general tenía mucho más trabajo debido a los grandes movimientos de tropas. Tuvimos que detener a algunas unidades. En el transcurso de unas pocas semanas se detuvieron a decenas de miles de hombres. Solo en los primeros diez días de agosto, 17.360 personas fueron detenidas. Eso dentro de la propia ciudad; 85.000 más fueron arrestadas fuera de la ciudad –un ejército entero.[31] Informé de esto al comandante del frente. Inmediatamente establecimos una estación para

organizar la transferencia a la línea del frente. Estas personas, tanto oficiales como soldados, eran enviados a la estación de transferencia, desde donde a su vez los mandaban directamente a la línea del frente. Nuestra tarea consistía en asegurarnos de que estas personas no conseguían cruzar a la margen oriental del Volga. Instalamos puestos fronterizos a lo largo de las carreteras principales. Había destacamentos de bloqueo apostados en los límites de la ciudad. En casi todas las calles había controles. También comprobábamos los documentos de los civiles. Pedíamos la identificación a todo el mundo.

Alexéi Semionovich Chuyanov (Primer secretario del Comité Regional de Stalingrado): Pasé la noche del 22 al 23 de agosto en las oficinas del Comité Regional. [...] Había estado esperando una llamada del Comité Central, así que salí tarde del cuartel general. Dejé el edificio del Comité Regional y me dirigí hacia el Volga. Pese a lo cerca que estaba el frente, la vida transcurría como siempre. Los conserjes todavía regaban las plantas. Las amas de casa, acostumbradas a los frecuentes bombardeos aéreos, se daban prisa en ir a comprar a las tiendas y al mercado. Las mujeres llevaban a sus hijos con ellas. A mí se me partía el corazón viendo esto: ¿qué sería de ellas? El enemigo estaban ya a las puertas.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Era el 23 de agosto, cerca de las cuatro de la tarde. Yo me encontraba reunido con el Comité Municipal de Defensa cuando recibí una llamada del Comité Regional. El enemigo se había abierto paso hasta Rynka. Yo dije, «Solo son rumores». «No. Gorgelyad, el vicecomisario del pueblo para la fabricación de carros de combate estaba allí. Llámale.» Así que le llamé. «¿Qué pasa, camarada Gorgelyad?»[32] «Pasa que he visto tanques enemigos con mis propios ojos.» Así que, ¿qué se podía hacer? En ese mismo momento pasamos el mando a los batallones de destrucción.

Dmitri Matveyevich Pigaliov (Presidente del Comité del Sóviet de Stalingrado): Mientras esta sobrecogedora amenaza se cernía sobre la

ciudad, no había ni una sola unidad militar allí para defenderla. Nuestras fuerzas más cercanas estaban a setenta u ochenta kilómetros de la fábrica de tractores. Teniendo en cuenta la creciente amenaza del asalto enemigo sobre Stalingrado, sobre la fábrica y más allá de ella, era como decir: «Vamos, entrad, la puerta está abierta». Pero cuando los carros atacaron, las unidades antiaéreas les opusieron una resistencia más que suficiente, y consiguieron eliminar un número importante de tanques. Los alemanes parecieron captar la idea de que si continuábamos haciéndoles frente en su ofensiva, nuestra resistencia sería aún más feroz cuando atacaran la ciudad. Era a última hora de la tarde, por lo que no se arriesgaron a entrar en la ciudad. Si hubieran querido, habrían podido hacerlo. Teníamos artillería antiaérea en las afueras de la ciudad, pero dentro no había ninguna. Quizá alguna sobre los tejados, pero desde ahí no puedes acertar a dar a un tanque. Los alemanes no entraron en la ciudad y pasaron la noche donde estaban. Habían llegado hasta Rynka y Spartakovka. A una distancia no de kilómetros, sino de metros.

Durante la noche [del 23 al 24 de agosto] el Comité Municipal de Defensa puso en marcha todas las fuerzas que pudo reunir. Todos los batallones de destrucción y todos los efectivos que pudieron encontrarse en las colonias de las viviendas de los trabajadores recibieron armas y fueron enviados como apoyo mientras las fuerzas armadas se preparaban para defender la ciudad. Tuvimos la suerte de contar con la fábrica de tractores, dedicada a la fabricación de artillería y carros de combate. Los trabajadores de la fábrica se volcaron al máximo y por la mañana tenían listos sesenta tanques. Utilizaron todo lo que no estaba acabado del todo: algunas cosas que esperaban a ser reparadas, otras que estaban ya listas. Las tripulaciones para los carros se completaron como se pudo. Muchos eran trabajadores de la fábrica de tractores que habían llevado a cabo pruebas, inspecciones, etcétera. También incluían a los que recibían los tanques. Fuera como fuese, las tripulaciones se organizaron. Y además estaba la escuela de carros, que contaba también con algunos tanques. Los

trabajadores de la fábrica Barricadas llevaron sus cañones y sacaron su artillería para montar la línea de defensa. Cogían a todo el que fuera capaz de manejar las armas. Representantes militares, trabajadores presentes durante las pruebas, todos fueron enviados allí, todo aquel que teníamos a nuestra disposición. Por la mañana, habían llevado también a algunas unidades de la NKVD.

Así es como para por la mañana conseguimos tener montada la defensa de la ciudad. Aunque no fuera una defensa en el sentido propiamente dicho de la palabra.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Los batallones de destrucción consiguieron contener al enemigo hasta la mañana del 24 de agosto, cuando llegaron las unidades regulares del Ejército Rojo. Debido a ello, el grueso de estos batallones de destrucción fue absorbido por el Ejército Rojo.

Semion Yefimovich Kashintsev (Secretario del Comité del distrito de Octubre Rojo): Este batallón de destrucción perdió a la miembro del partido Olga Kovaliova,[33] la única mujer de la unidad. Ella no había formado parte del batallón, pero cuando este fue enviado a la línea del frente, dejó su trabajo y su fábrica para ir a la oficina del Comité Regional del partido y decir que quería ir al frente con el batallón de destrucción. Al principio ayudó como enfermera. Luego, cuando todos los que le rodeaban habían muerto, cogió un rifle y se fue a la línea del frente. Y allí murió ella también.



Olga Kovaliova.

Olga Kovaliova era miembro del partido desde hacía mucho tiempo (desde 1925 a 1926) y también era trabajadora veterana de la fábrica Octubre Rojo. Cuando llegó a la fábrica por primera vez era una obrera, trabajaba en la cantera. Entró en la fábrica entre 1921 y 1923 –no estamos del todo seguros de cuándo– y luego se unió al partido y comenzó a

mostrar un fervor especial por el trabajo social y de partido. Fue destinada a uno de los departamentos políticos tanto como organizadora de mujeres como representante de asuntos de las mujeres. Cuando regresó a la fábrica, expresó el deseo de aprender a fundir acero. Era la única mujer que trabajaba en esto en la fábrica, luego descubrí que en toda la Unión Soviética sumaban cuatro. Tres trabajaban en Magnitogorsk[34] y ella era la cuarta. Llevaba dedicada a ello los últimos tres años, y era muy buena realizando este trabajo físico tan extraordinariamente difícil.

Antes del asedio fue nombrada temporalmente jefa adjunta del taller de ocio y miembro del pleno del Comité del Partido en Stalingrado. Era muy fácil trabajar con ella, una mujer muy bondadosa. Por si fuera poco, adoptó un niño y se mostraba excepcionalmente cariñosa con él. No se guardaba nada, se entregaba al máximo a su trabajo y a la vida de partido.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Ella cuidaba de este niño y de su propia madre, pero a pesar de todo se fue a defender su ciudad natal. Olga Kovaliova murió heroicamente luchando contra el enemigo. [...] El batallón de destrucción consiguió hacer retroceder al enemigo hasta Mechyotka. El enemigo perdió muchos hombres. ¿Cómo murió Olga Kovaliova? Estaba allí tendida en el suelo esperando y venga a esperar, y entonces dijo: «¡Vamos chicos, adelante!». Pero había también alemanes en el suelo esperando delante de ella a los que no podía ver. La mataron nada más se puso en pie.

[...] Algunos de los trabajadores cogieron las armas y fueron a defender su ciudad, mientras que otros se quedaron en las fábricas desde donde hicieron verdaderos milagros. En un solo día, desde la noche del 23 a la del 24 de agosto, los trabajadores de la fábrica de tractores dieron salida a más de sesenta carros de combate, 45 camiones y gran cantidad de piezas para tanques y otros vehículos. Algunos de los carros eran completamente nuevos, mientras que el resto habían pasado por reparaciones de mediana o gran importancia. Gracias a su trabajo

intensivo, el colectivo de la fábrica consiguió hacer llegar estos tanques al frente. Desde que salían por la puerta de la fábrica, estos tanques tardaban entre cinco y diez minutos en entrar en combate con el enemigo.

Vladimir Jaritonovich Demchenko (Comandante, jefe de Stalingrado): El 23 de agosto me comunicaron la noticia de que el enemigo había llegado hasta la fábrica de tractores. Eran las 14.00 horas [...] Observé el avance alemán a través de mis prismáticos. Los trabajadores de la fábrica fueron los primeros en ser atacados.

Nikolái Romanovich Petrujin (Jefe del Departamento de Guerra del Comité Regional de Stalingrado): El bombardeo continuado de la ciudad comenzó el 23 de agosto a las 18:00 horas y continuó de manera intensiva hasta el 27 de agosto de 1942.

Dmitri Matveyevich Pigaliov (Presidente del Comité del Sóviet de Stalingrado): El primer ataque tuvo lugar en octubre de 1941 en Beketovka, en el distrito de Kirov. Llegaron tres *stukas* y lanzaron una docena de bombas. Las bombas cayeron cerca de la estación de ferrocarril. La gente se había estado sintiendo relativamente segura, el enemigo estaba lejos. Muchos se reunieron en la estación, lo que hizo que sufriéramos varias docenas de bajas. Fueron nuestras primeras bajas en la guerra. Más adelante, aquel invierno, solo se produjeron algunos ataques aéreos puntuales. En abril de 1942 sí hubo un ataque bastante intenso, en el que tomaron parte alrededor de cincuenta aviones. Tuvimos muy pocas bajas. Habíamos preparado unas instalaciones antiaéreas bastante sólidas y traído artillería antiaérea. El bombardeo no causó grandes daños, los edificios quedaron intactos. Solo algunas casas fueron destruidas y perdimos unos pocos hombres. Hasta julio los ataques aéreos no fueron masivos, aunque sí hubo algunos pequeños ataques sobre Krasnoarmeysk. En la mayoría de los casos, las sirenas que avisaban de los ataques aéreos rara vez eran seguidas de un bombardeo. La mayoría de los bombardeos se producían cuando las sirenas no sonaban. Debido a la frecuencia de los ataques enemigos, decidimos no provocar la alarma cuando era un solo

avión el que atacaba. De otro modo, toda la ciudad habría estado sometida al pánico. Las fábricas, las plantas industriales… el daño habría sido incalculable. ¡Habríamos tenido que cerrar las fábricas! Así que la gente decía que podías estar tranquilo cuando no oías las sirenas. Resulta curioso, pero así es la vida.

Y así siguió siendo hasta el 23 de agosto, cuando comenzó el asedio de la ciudad. Era un día soleado. Todo transcurría normalmente, la ciudad estaba llena de vida y las fábricas trabajaban a pleno rendimiento. A este respecto debería señalar que no habíamos evacuado la ciudad, aun cuando el frente ya había alcanzado el río Don, e incluso llegado más allá de Abganerovo desde el sur. Solo dos semanas antes del asedio de la ciudad propiamente dicho, enviamos decenas de miles de personas fuera de la ciudad –las mujeres con hijos que no trabajaban en las fábricas. Ninguno de los trabajadores recibió permiso para irse, salvo pocas excepciones. La ciudad estaba preparada. Todas las compañías y organizaciones trabajaban al máximo.

Entonces llegó el 23 de agosto. Era domingo. Todo el mundo estaba trabajando, no librábamos ni un fin de semana. Hacía un día estupendo. El enemigo estuvo todo el día bombardeando las estaciones situadas al noroeste de la ciudad, empezando por Panshino, luego el Don, Ilovla, el nudo ferroviario de Konni, Gorodishche y vuelta a empezar. Comenzaron el bombardeo por la mañana. No le dimos mucha importancia, no le prestamos casi ni atención.

Sobre el mediodía, salí con mi segundo, Lebedev, a ver cómo iba la construcción de las carreteras de circunvalación. [...] Condujimos durante tres horas. En ese tiempo fue cuando empezaron a sonar las sirenas de ataque aéreo. Los aviones del enemigo habían llegado hasta la ciudad, pero no la habían bombardeado. Empezaron bombardeando Orlovka, en el otro extremo de la fábrica de tractores. La sensación generalizada era que mientras sonara la alarma no caería ninguna bomba.

Nosotros también habíamos llegado a compartir esa sensación. Decidimos no volver a nuestro puesto de mando de inmediato, sino ver cómo reaccionaba la ciudad a la alerta. Desde el puesto de mando no puedes verlo todo; solo puedes hacerte una idea de la situación a través de las informaciones que otros te dan. Decidimos verlo por nosotros mismos. Estuvimos más o menos una hora conduciendo por la ciudad durante la alerta. Luego fuimos a nuestro puesto. Yo asumí el mando como jefe de la defensa antiaérea local y lo mismo hizo mi ayudante. Teníamos hombres valientes allí. Ocupamos nuestros puestos y permanecimos firmes. Todo estaba más o menos tranquilo en la ciudad. La ciudad no estaba siendo bombardeada. Establecí comunicación con nuestras estaciones de defensa aérea. Las comunicaciones no eran muy buenas, por lo que decidí salir a su encuentro. Las sirenas habían estado sonando dos horas. Para entonces ya eran sobre las cinco de la tarde del 23 de agosto.

Claudia Stepanovna Denisova (Secretaria del Comité del distrito de Yermanski): Hasta entonces nunca habíamos visto un ataque como aquel. Parecía que el cielo estaba cubierto de aviones. No había sitio que no hubiera sufrido daños. Empezaron el bombardeo sobre las cinco o las seis. La fábrica n.º 687, de llantas macizas, fue la primera en arder. Acababa de ser reconstruida pero todavía no había empezado a producir.

Aquella misma noche, un montón de sitios ardieron: la mayoría de los edificios y viviendas e institutos, la compañía fiduciaria de la construcción, las cocheras de la estación de tren, y los edificios en dirección al Volga. Permanecí al teléfono porque no tenía permiso para irme. Ni siquiera pude dirigirme al cuartel general de la defensa antiaérea. Me dijeron que informara al Comité del Partido de los daños que habíamos sufrido.

Lo recuerdo igual que si fuera ayer. Estaba un poco asustada. Anunciaron: «Todavía bajo alerta. Todavía bajo alerta». La alerta continuó, no la desactivaron.

Ezri Izrailevich Ioffe (Director en funciones del Instituto de Medicina de Stalingrado): La evacuación [del Instituto de Medicina] había sido fijada para el 23 de agosto. Nos había llevado dos días de preparación. Aquella noche se suponía que íbamos a tomar un barco de vapor. Íbamos a evacuar a los estudiantes de primer año, la biblioteca y la totalidad del departamento de teoría. Hacía un tiempo agradable y soleado. Todo el día estuvimos cargando los camiones y llevándolo todo hasta la orilla del río. El intenso bombardeo comenzó en torno a las 14.00 horas, y las sirenas no paraban de sonar. Estaba previsto que nuestro vapor desembarcara a las 19.00 horas, pero alrededor de las 18.00 empezamos a ser atacados de forma incesante por un centenar de bombarderos. Todo el mundo echó a correr. Mi familia ya se había marchado y yo regresé hambriento al instituto a las seis de la tarde. Estaba vacío: las ventanas estaban abiertas; faltaban puertas y paredes, todo estaba cubierto de metralla. El torbellino era terrible. Yo estaba aterrorizado. Me quedé en el instituto con cuatro camilleros del Komsomol. El profesor Tsiganov, que había venido evacuado desde Odesa, estaba muy asustado, así que le dejé marchar. Las bombas llegaban en oleadas, los aviones las dejaban caer durante veinte minutos y luego se retiraban. Permanecí allí hasta las diez en punto, momento en el que recibí una llamada del Comité Regional diciéndome que les enviara a esos miembros del Komsomol porque algunos tanques habían sido lanzados en paracaídas al norte de la fábrica de tractores. Así se lo había oído decir a los secretarios del comité, que habían visto aviones soltando tanques.[35] Tenía cuatro alumnos a mi disposición a quienes mandé que fueran a la ciudad a reunir miembros del partido y del Komsomol. Acabamos siendo unas quince personas. Estuvimos buscando hasta las dos de la madrugada. A algunos les localizamos por teléfono y a los otros en sus casas.



Habitantes de la ciudad huyendo del bombardeo, agosto de 1942. *Fotografía de Emmanuil Yevzerijin*.

Claudia Stepanovna Denisova (Secretaria del Comité del distrito de Yermanski): Nos bombardearon sin piedad; había fuego por todas partes. La cosa iba así: uno de los aviones llega, bombardea una calle y luego viene otro justo detrás. Esto sigue repitiéndose una y otra vez, como en una cinta transportadora, haciendo sonar todo el tiempo las sirenas. El bombardeo continuó hasta la noche. Los heridos eran conducidos a las oficinas del partido, situadas en el piso de abajo. No parecía tener mucho sentido llevarlos allí. [...] Luego nos hicimos con un coche. Cargamos a los heridos y les llevamos hasta el cruce del río. Todo esto lo hizo nuestro personal político. Después, una vez dejamos a los heridos en el transbordador, me dirigí a las oficinas del comité del distrito. Apenas acababa de llegar cuando cayó allí una bomba. [...] Fue aterrador. [...] La onda expansiva me empujó al otro lado del edificio y me dejó pegada a

una pared, por lo que quedé cubierta de yeso blanco. Una pared del edificio había desaparecido. Afortunadamente, nadie resultó herido.

Cuando bajé al sótano, el Banco Estatal –el edificio de al lado– ardía en llamas. El impacto había sido directo. [...]

El Banco Estatal y el edificio del comité de la ciudad estaban en llamas. Vi que todos los miembros del partido ya habían regresado. «¿Dónde podemos ir? Hay fuego por todas partes, todo está ardiendo.» Nuestro distrito era un mar de llamas. Hacía mucho calor. No podíamos salir fuera, pero tampoco podíamos quedarnos en aquel edificio. Había una muralla de humo –las paredes del edificio del comité de la ciudad ya ardían.

Ivan Fiodorovich Zimenkov (Presidente del Sóviet Regional de Representantes de los Trabajadores de Stalingrado): El 24 [de agosto] hubo un intenso bombardeo por la mañana, y los trabajadores se congregaron en un parque del centro de la ciudad. Mantuvimos una reunión con ellos para debatir sobre la defensa de la ciudad. El parque era un buen sitio para distribuir armas. Fue el punto de encuentro para proveer de armas a los batallones de trabajadores, lo que se hizo el 24 y el 25 de agosto. Los trabajadores venían a que les dieran sus armas y sus misiones, y luego, bajo el mando de un subteniente, marchaban todos a la primera línea de combate a defender la ciudad. Había trabajadores de la fábrica de tractores, de la fábrica n.º 221. Este no era el único punto de encuentro –solo cabían entre cuatrocientos y quinientos hombres. No puede imaginarse cómo nos sentíamos entonces.

Había un obrero de la acería que llevaba treinta o cuarenta años trabajando allí, y fue y cogió una metralleta, pero como nunca antes había tenido una en sus manos, le enseñamos lo que había que hacer. Enseñamos a los hombres a llenar los cargadores de tambor, a poner el arma en modo de disparo simple, etcétera. El 23, 24 y 25 de agosto, la aviación enemiga llevó a cabo un bombardeo especialmente brutal de la ciudad. Fue durante este salvaje bombardeo cuando la gente se congregó, cogió sus armas y

fue enviada de inmediato a la primera línea del frente. Condujimos a estos batallones de trabajadores al cuartel general del frente.

Semion Yefimovich Kashintsev (Secretario del Comité del distrito de Octubre Rojo): El primer batallón de destrucción volvió del frente a finales de agosto, con solo veintidós hombres. [...] ¿Por qué hubo tantas pérdidas? Un superviviente, el comisario Sazikov, lo explicó así: En aquellos primeros días nuestra unidad y los chicos de la fábrica de tractores fueron los que se llevaron la peor parte del embate, antes de que llegaran las unidades del ejército regular, y el batallón de destrucción estaba además mal equipado. Las únicas armas que tenían eran rifles.

Vladimir Jaritonovich Demchenko (Comandante, jefe de Stalingrado): En aquel momento había una gran escasez de armas. Ni siquiera teníamos rifles. Fuimos por todas partes buscando rifles para estos hombres. [...] Todas las armas que encontrábamos de enemigos capturados las usábamos para armar a nuestros destacamentos.

Ezri Izrailevich Ioffe (Director en funciones del Instituto de Medicina de Stalingrado): En aquellos primeros dos días hubo una gran confusión entre las organizaciones regionales, que volvieron a ponerse de acuerdo el 26. [...] El 24 y el 25 estuvimos sin periódicos, sin electricidad ni agua, y debido a la falta de agua, los equipos de bomberos no pudieron hacer nada con los edificios en llamas. La noche del 25 vi una enorme columna de humo sobre las arboladas orillas del Volga –los tanques de petróleo estaban ardiendo.

Claudia Stepanovna Denisova (Secretaria del Comité del distrito de Yermanski): Apagar los incendios era imposible, porque los alemanes habían cortado el sistema de suministro de agua. Habían desconectado la bomba principal en Mechyotka –de hecho la habían destruido, no había agua. Tratábamos de apagar el fuego con todo lo que podíamos. Los grupos de autodefensa y otros no lo hacían nada mal y en media hora conseguían apagar un fuego, pero al rato volvía a reavivarse. Era una causa perdida [...] Envié a todo nuestro personal de mando al otro lado del

Volga. Lo hice por iniciativa propia, porque de otro modo podríamos haber sufrido bajas. No murió ni una sola persona del comité del distrito. Seguían vivos, y de este modo podían ser útiles. El presidente y los tres secretarios del comité del distrito todavía seguían allí. Uno de los secretarios era un hombre y las otras dos eran mujeres. Nos llamaban «el comité del distrito de las mujeres» [...].

En cuestión de tres o cuatro días todo se convirtió en las ruinas que usted tiene ahora ante sus ojos.

Vladimir Jaritonovich Demchenko (Comandante, jefe de Stalingrado): Unas 10.000 personas murieron tras el primer bombardeo. En esta cifra se incluye también el personal militar enviado allí. Cientos de personas se abarrotaban en los sótanos. Algunos que yo conozco llegaron a albergar a doscientas o trescientas. [...] El primer día, 37 aviones nos bombardearon hasta caer la noche[36]. ¿Se lo imagina? Entre veinte y treinta cazabombarderos trataban sin cesar de acabar con las baterías antiaéreas.

Dmitri Matveyevich Pigaliov (Presidente del Comité del Sóviet de Stalingrado): Mi opinión –soy un civil, no un militar– es que el enemigo trataba de desmoralizar al pueblo. Sabían que no habíamos evacuado a nadie. Caían bombas por todas partes, fuegos por todas partes. La gente estaba estupefacta. El pánico era general, no había una jefatura. Dependía de mí tomar el control de la ciudad hasta que llegaran las fuerzas militares.

Como habíamos construido líneas defensivas y el enemigo no había conseguido penetrar ni por el norte ni por el sur, tuvimos la posibilidad de organizarnos.

Tres días después de que empezaran los bombardeos en esa zona, sacamos a la gente de las trincheras y refugios y comenzamos con las reparaciones. Decidimos arreglar el sistema de agua y la fábrica de pan, reestablecer la producción eléctrica e incluso volver a hacer funcionar los tranvías. Se constituyó una junta extraordinaria de la ciudad.

Vladimir Jaritonovich Demchenko (Comandante, jefe de Stalingrado): Durante el bombardeo se creó una comisión para tomar medidas decisivas de cara a restablecer la economía de la ciudad. [...] Obviamente, había bombas, pero también había que seguir alimentando a la gente. Seguía siendo necesario organizar la economía. Chuyanov presidió esta comisión, que incluía también a Zimenkov, Voronin, y a mí mismo, como comandante al mando de la ciudad.

Mijaíl Alexandrovich Vodolagin (Secretario del Comité Regional de Stalingrado): Durante los primeros minutos del ataque aéreo, las bombas cortaron nuestra arteria principal, el tendido eléctrico del que dependían las fábricas del norte y el centro de la ciudad, y en muchos sectores la línea de 110 kilovoltios quedó interrumpida. La ciudad se quedó sin luz, sin agua, sin pan. El Comité Municipal de Defensa nos ordenó hacer todo lo posible por restaurar el suministro de agua a la ciudad. Los incendios que seguían activos por toda la ciudad eran sofocantes. A veces resultaba difícil llegar al río para dar un trago de agua. Comprendimos cuál era nuestra misión. Era técnicamente difícil pero de enorme importancia. Bajo un constante ataque aéreo –y más tarde, también de la artillería y el fuego de mortero– nuestra gente se volcó en su trabajo. Día y noche –durante días enteros– trabajaron para reparar el tendido eléctrico. Había veces en que apenas habían acabado de restaurar el suministro a un sector, este volvía a quedar destruido, mientras la onda expansiva les lanzaba diez o doce metros por el aire. Pero pasado el susto inicial, volvían a ponerse enseguida a arreglar el cableado.

Dmitri Matveyevich Pigaliov (Presidente del Comité del Sóviet de Stalingrado): Una vez conseguimos reparar el sistema de suministro de agua, la fábrica de pan y los molinos, comenzamos a abastecer a la población. Abrimos tenderetes de venta, y dos o tres cantinas en las áreas del centro y la periferia. Comenzamos alimentando a los niños en las cantinas. La vida seguía, en cierta manera. El comercio volvió a funcionar, se instalaron puestos de venta en los sótanos para vender comida y pan.

Nos propusimos de reparar las casas de baños para que la gente pudiera lavarse allí. Del 23 al 28 de agosto habían estado viviendo en refugios, sótanos, trincheras –y tenían que lavarse. Trabajamos durante dos días y medio en arreglar unas cuantas casas de baños y ponerlas en funcionamiento. El primer día utilizaron las casas de baños unas 2.000 personas. Un día más tarde pusimos en marcha una emisora de radio y hacíamos sonar cintas de grabaciones musicales. Pero entre el fuego y las bombas la música sonaba como una marcha fúnebre. Después de pasar un día así, decidimos dejar de poner música, nos limitamos a emitir los últimos boletines de noticias. Cada vez que se ponía en marcha, la radio elevaba los ánimos de la gente. Si la radio dice que la fábrica de pan está funcionando, etcétera, es que la ciudad está viva. La gente empezaba a sentirse mejor, y eso significaba que no estaba todo perdido. Esa era la razón de la radio, que la gente pudiera escuchar. [...]

En el distrito de Yermanski, en el sótano del bloque 7, dos mujeres permanecieron atrapadas durante cuatro o cinco días. Nadie sabía que estaban allí. Alguien escuchó gemidos y gritos cuando pasaba cerca. Se pusieron a excavar y lograron sacarlas con vida. Yo estaba allí también. Al parecer me reconocieron, como presidente del Comité Ejecutivo, y la alegría hizo que me cubrieran de besos. [...]



Niños en Stalingrado durante un bombardeo aéreo. *Fotografía de L. I. Konov*.

Una madre y una hija habían quedado enterradas en este mismo sótano. La madre había conseguido salir, pero la hija estaba enterrada de tal manera que no tenía esperanza de hacerlo. Estaba viva, pero sus piernas habían quedado atrapadas entre los escombros y no podía escapar. Me enteré de esto unos pocos días después. Pensé que tenía que haber alguna forma de salvarla. Así que me fui allí con un ingeniero. Dijo que podía intentarlo. Y vaya si lo hizo. Cuando comenzaron a excavar, ella empezó a cantar. Mientras tanto, la madre, con una total serenidad, le dijo a la hija: «Cuando te saquen, no te olvides tus cosas».

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Algunas escenas eran terriblemente espantosas. El secretario del comité de la ciudad, Jlynin, cuenta un ejemplo. Entra en el sótano de una casa, por si acaso, dado que en ocasiones cuando había un derrumbamiento pero las vigas y las paredes se mantenían en pie, la gente que estaba adentro seguía viva. Entra en el sótano oscuro y grita. «¿Hay

alguien ahí?». Y escucha una voz apenas humana gritar una blasfemia. Dice que se le pusieron los pelos de punta. Enciende una cerilla y ve a un hombre, todo quemado, sin ni siquiera ojos, nada en absoluto. ¿Se imagina en qué estado estaría ese hombre? Llamaron a un enfermero de inmediato. […]

Algunos sufrían crisis nerviosas. Por más que trataban de mantener el control de sus nervios o que por fuera no se les notara, al final los perdían completamente. Todo el mundo tiene un límite.

Antes, entrar en la fábrica era una cosa normal, porque en realidad pasabas todo el tiempo allí. Pero ahora cuando llegas es todo un acontecimiento. La gente te saluda con mucho cariño, como si llevara mucho tiempo sin verte. Cuando fui a Octubre Rojo, entré directamente al patio, y ¡menudo recibimiento! Traen ante mí a un hombre fornido, rodeado de algunos trabajadores armados.

«¿Qué pasa aquí, camaradas?»

«Lo que pasa, camarada Piksin, es que el enemigo está bombardeando la ciudad. Estamos a punto de perderla, de perder también la fábrica ante el enemigo, y este bastardo aprovecha la situación para saquearla.»

«Contadme qué ha pasado.»

«Este trabajaba en el taller mecánico. Allí había ropa y monos de trabajo. Vea usted mismo cuántos lleva puestos.»

En efecto, llevaba puestos seis monos de trabajo. Bajo la camisa había escondido 115 paquetes de té y llevaba atados todo alrededor de él unos ocho metros de correa de transmisión de la buena, de esa que puedes usar como suela para los zapatos. Un trabajador le preguntó: «¿Por qué lo has hecho? Esto es propiedad del Estado».

«Es asunto mío.»

«¿Quién te lo ha dado?» «Uno.»

«¿Ibas a venderlo?»

«No.»

«Es un ladrón, un saqueador.»

«¿Qué vamos a hacer con él? ¿Mandarlo al frente?»

«A este tipo de gente no se le puede mandar al frente. Allí haría lo mismo. ¡Hay que fusilarle!»

Entonces dije: «Aun así, ¿no podríamos mandarle al frente?». «No. Hay que fusilarle.»

Hubo una reunión en la que estuvimos el secretario del comité del distrito, el jefe de la NKVD, un organizador del partido y yo, que en aquel momento era también vicecomisario del pueblo.

Pero entonces llegaron todos los trabajadores. Le quitaron todo lo que tenía. Llevaba unas buenas botas de piel de ternera. Quisieron quitárselas, pero otros trabajadores dijeron: «No os molestéis. No necesitamos nada suyo. Dejadle morir con todas sus cosas».

Se colocaron en formación, a tres pasos de distancia. Fue fusilado por orden de los trabajadores. [...] Dijeron: «Tenía de todo, trabajaba de maestro vulcanizador, sin hijos, una esposa que trabajaba en la fábrica n.º 221. ¿Qué más quería? No se podía confiar en él. No se le podía mandar al frente».

[...] Se produjeron algunos saqueos, que empezaron el segundo o tercer día del bombardeo. Se llevaban la harina, entraban en los sótanos. Fueron necesarias medidas extraordinarias. En algunos distritos les disparaban sin previo aviso. Mataron a varias personas. Después el problema fue prácticamente desapareciendo, aunque de vez en cuando se daban algunos incidentes de saqueos ilegales. Tomamos medidas extremas y nos libramos de ese problema.

Alexéi Yakovlevich Zimin (Teniente, ex trabajador de la fábrica Barricadas, comandante del cuartel general de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros, 64.º Ejército): [...] Las fábricas fueron el principal blanco del bombardeo. Fue entonces cuando quedaron destruidos los talleres de Barricadas. Ninguno de nuestros talleres recibió un impacto directo, pero sus tejados y ventanas se rompieron. El Centro de Formación de la fábrica Barricadas sí fue directamente alcanzado.

Entre el 23 y el 24 de agosto, fueron destruidos tres talleres de la fábrica de tractores. Cuando eso ocurrió, todo el mundo salió corriendo. Los jefes fueron los primeros. Los capataces cargaron sus vehículos y partieron pero, tras una breve interrupción del bombardeo, las fuerzas de la NKVD les hicieron dar marcha atrás, y las fábricas volvieron a entrar en funcionamiento.

Mijaíl Afanasievich Odinokov (Secretario del Comité del distrito de Voroshílov): El trabajo de las organizaciones de distrito del partido estaba manchado por ciertos casos en los que algunos directores de fábrica y secretarios de partido perdieron la cabeza durante el bombardeo, se asustaron, y huyeron del distrito y de la ciudad, dejando sus empresas sin nadie al frente. De esta manera, en lugar de ayudar a la madre patria, ayudaban al enemigo.

Estos directores y secretarios de partido fueron Alexéi Ivanovich Brilevsky, director de la fábrica de conservas de Stalingrado; el secretario de partido Sevriugin; Moskaliov, director en funciones de la fábrica de dulces; Martinov, director de la fábrica n.º490; el secretario de la oficina del partido Maksimov, y Mezentsev, director de la fábrica de pan n.º 5. Todos estos hombres se fueron sin permiso del comité de distrito. El cobarde Samarin, que estaba a cargo del abastecimiento de alimentos, se hizo pasar por un pastor de ganado en la orilla oriental del Volga y partió hacia un destino desconocido para el Comité Regional.

Claudia Stepanovna Denisova (Secretaria del Comité del distrito de Yermanski): Estaban destruyendo las fábricas, la gente huía. Algunas de las empresas consiguieron sacar algunas cosas, pero muchas no pudieron salvar nada, porque el bombardeo aéreo había sido completamente inesperado. La fábrica textil 8 de Marzo de Krupskaya ardió entera el día 23. Se incendió por dos veces. La primera, se logró controlar el fuego, pero el segundo incendio destruyó completamente la fábrica. Habían sacado alguna maquinaria y materias primas. Todavía quedó un taller en el que siguieron trabajando en mecanismos de

transmisión. Y también seguían allí unas 75 máquinas de coser. Una vez sacaron las materias primas, ni el director ni el secretario del partido volvieron nunca por allí. Abandonaron el taller, dejándoles las transmisiones y las máquinas a los alemanes. Esta es la razón por la que el director de la fábrica y el secretario de organización del partido fueron expulsados de él por deserción y cobardía.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Desde el 23 de agosto –fecha de inicio del bombardeo– empezamos a evacuar a la población. Fue una evacuación ordenada. La mayoría de los que se marcharon eran las familias de los trabajadores y los trabajadores mismos. Se organizó en transbordadores que llevaban a los evacuados a la otra orilla del Volga. [...]

La evacuación se realizó en circunstancias extremadamente difíciles porque los barcos eran bombardeados mientras cruzaban el Volga. Murieron muchas personas. Cuando les enviamos fuera por ferrocarril, bombardearon muchos de los trenes. Un tren que transportaba a trabajadores de la fábrica Octubre Rojo sufrió un bombardeo muy intenso en Leninsk, y de nuevo a su regreso en las estaciones de Elton y Pollasovka. [...]

La evacuación se llevó a cabo bajo condiciones extraordinariamente difíciles, sobre todo porque la única vía de salida era el Volga. Teníamos que cruzarlo. Al mismo tiempo que se evacuaba a la población, había que mandar armas y alimentos a través del río. Cientos de miles de personas tenían que marchar, especialmente mujeres y niños. Aproximadamente, entre un 60 y un 70 % eran mujeres, niños y ancianos. Y también había heridos, lo que complicaba todavía más la evacuación.

Ezri Izrailevich Ioffe (Director en funciones del Instituto de Medicina de Stalingrado): Para cruzar el río se utilizaban pequeños transbordadores y lanchas militares bimotor. Durante dos o tres días todo se fue haciendo improvisadamente, pero para el 27 el cruce del río estaba ya organizado. Todo lo que el instituto tenía intención de evacuar ya había

ardido a las orillas del Volga. El propio edificio del instituto se había incendiado el 25 de agosto. No se salvó nada. El profesor Kolosov se llevó con él a Sarátov un microscopio importado. Todos partimos a pie en dirección a Cheborksar, nuestro punto de encuentro. Todo el mundo se congregó de nuevo en Sarátov.

Alexéi Mijailovich Poliakov (Vicepresidente del Comité Ejecutivo del Sóviet Regional de Representantes de los Trabajadores de Stalingrado): Había dos puntos de cruce activos cerca de la estatua de Jolzunov.[37] Muchas personas cruzaban en el transbordador cercano a la planta depuradora central, que estaba siendo bombardeada continuamente. Además de los transbordadores municipales, había dos lanchas a motor grandes que habían sido enganchadas una a otra, y esta rápida y potente embarcación apenas tardaba en cruzar el Volga entre ocho y diez minutos. Podía transportar entre diez y doce vehículos, más unas doscientas o 250 personas en los espacios que quedaban. Se colocó una plataforma de tablones sobre las dos lanchas unidas. Los vehículos iban sobre ella.

Hubo días que se hicieron realmente largos, como el 27, 28 y 30 de agosto, en los que transportamos entre 30.000 y 40.000 personas en un lapso de veinticuatro horas. Se nos habían proporcionado unos mil botes de remos, pero también esto fue muy desorganizado. La gente estaba deseando ir a la orilla oriental, pero una vez llegaban allí era difícil hacer que volvieran a la orilla occidental. [...]

Yo pasaba allí día y noche. [...] Ejercer algún tipo de mando sobre la orilla del río ayudaba a mantener un poco la calma. [...] Yo estaba a cargo de un pelotón paramilitar, de toda la tropa de milicianos situada junto al río. Manteníamos el orden y ayudábamos a la gente en lo necesario. Estuve allí hasta el 5 de septiembre. Luego estuve en Krasnaya Sloboda. Aunque iba a la orilla derecha varias veces al día, concretamente al puesto de mando central situado en el parque, la mayor parte del tiempo lo pasaba

en la orilla oriental debido a la enorme multitud de personas evacuadas que necesitaban ser transportadas más lejos.

Ivan Dmitrievich Burmakov (General de división, comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros, 7.ª de la Guardia): Nuestra llegada a la orilla occidental fue un momento interesante. ¡Las masas de gente que había allí! Montones de niños, de mujeres. Hombres despidiéndose de sus mujeres y sus hijos. Bultos con sus pertenencias apilados por todas partes. Cruzábamos de noche. Todo el mundo quería pasar rápidamente al otro lado, a toda prisa. Empezamos a poner orden. Nosotros queríamos evacuarlos lo más rápido posible. Poníamos cinco mujeres y niños en una barca y les poníamos en marcha. Luego ellos tenían que cruzar las islas, aproximadamente un kilómetro y medio. Yo mismo llevé a dos niños. Todo el mundo iba a pie. Los soldados transportaban las pertenencias de la gente y a los niños para aligerar la carga. Veías a una mujer cargada de cosas y con dos o tres niños. Se te partía el corazón. Había montones de gente en la orilla, montones de niños. Yo no podía soportarlo. Al día siguiente envié diez camiones. Di órdenes de que los niños fueran los primeros en ser trasladados hasta el río. Con aquellos niños pequeños correteando por allí, te acordabas de tus hijos en Siberia. En Siberia las cosas estaban tranquilas, pero el sufrimiento en Stalingrado era terrible.

Ivan Vasilevich Vasilev (Comisario de Brigada, jefe de la sección política del 62.º Ejército): Les sacábamos de allí, cruzando el Volga, pero esta evacuación, como la denominábamos, era igualmente mortal. El panorama era terrible, especialmente por los niños. Les dejaban en la arena sin agua y sin nada con lo que alimentarse. ¿Cómo iba ningún trabajador a llevarles nada, con explosiones por todas partes, bombas cayendo del cielo, y los niños subiendo a las barcas? En la isla a veces se veían escenas espantosas. Si al menos algún representante del Gobierno hubiera estado presente –había montones de vehículos que podían haberles llevado. Aquella tarea éramos capaces de llevarla a cabo, ellos

en cambio apenas habían dado la autorización –exactamente una hora más tarde– ya habían desaparecido, y nosotros teníamos a la vez que atender a la población local. [...]

Como comunista, no puedo mirar a los niños con indiferencia. Iban por ahí buscando restos de pan. Envié un telegrama a Chuyanov, diciéndole que enviara autoridades soviéticas a solucionar esto. Las cosas no podían estar tan mal para no ser capaces de alimentar a estos niños. Les dimos de comer. Un soldado tenía a su padre en el frente y su madre había muerto dejando a un bebé, un niño de cuatro años, otro de ocho y su abuelo enfermo. ¿Cómo no ibas a ayudar a una familia así?

Mijaíl Alexander Vodolagin (Secretario del Comité Regional de Stalingrado): Había niños que se habían quedado sin padres, niños de todas las edades, desde bebés a adolescentes. Se decidió que el Komsomol sería el responsable de reunir a estos niños y trasladarlos a la orilla oriental del Volga. El camarada Bykov, secretario del Komsomol del distrito de Yermanski, desempeñó un papel muy activo en esta tarea. Los miembros del Komsomol empezaron a buscar a los niños que andaban solos por patios, apartamentos, trincheras y sótanos. Llevamos a estos niños sin hogar al refugio del sótano del Teatro de la Ciudad. Luego, a las tres o las cuatro de la mañana, o cuando era posible, les enviábamos al otro lado del Volga. Los suministros se enviaban al mismo tiempo, por lo que les dábamos todo lo que necesitaban.



Refugiados procedentes de Stalingrado, septiembre de 1942.

Konstantin Vasilievich Zubanov (Ingeniero jefe de la Central Eléctrica de Stalingrado, StalGRES): El 13 de septiembre los alemanes consiguieron finalmente abrirse paso a través del Volga a la altura de Kuporosnoye, rompiendo así definitivamente la conexión entre el corazón y el cerebro de Stalingrado. La arteria había sido cortada. Teníamos una misión: proporcionar electricidad a la parte sur de la ciudad, concretamente a las áreas industriales y residenciales del distrito de Kirov. [...] Los alemanes estaban atrincherados en las colinas de Yelshanka y Kuporosnoye.[38] Obviamente ellos sabían de nuestro trabajo en la central, y nos sometieron a un intenso fuego de artillería. Tras unos cuantos disparos de prueba, los alemanes concentraron el fuego sobre nosotros con una fuerza extraordinaria.

Claudia Stepanovna Denisova (secretaria del Comité del distrito de Yermanski): El 14 de septiembre celebramos una reunión de la junta del comité del distrito. Esta reunión tuvo lugar en una trinchera. Escuchamos los informes sobre la construcción de barricadas y la evacuación de menores.

Interrumpimos la reunión porque de repente todo quedó en silencio. Los asistentes eran el jefe de la milicia, el jefe de personal de la defensa antiaérea local y el director de la fábrica Krasnaya Zastava. Alguien tomaba notas en un cuaderno para las actas de la reunión, quedaba constancia de todo. El jefe de personal dijo: «Voy a ver qué pasa». El día antes, el 13, el enemigo nos había bombardeado sin parar, desaforadamente. [...] Mientras él estaba fuera para averiguar el motivo de aquel silencio extraño, ominoso, algunos milicianos vestidos de negro pasaron por allí. Con subfusiles, mochilas y todos vestidos igual. Siguieron andando. Pensamos que eran nuestros propios milicianos y dijimos: «¿No les vimos pasar antes dirigiéndose a la Casa de los Especialistas?». Resultó que eran soldados alemanes que más tarde tomaron la Casa de los Especialistas, y nosotros estábamos solo a cincuenta metros. Esto ocurrió sobre las tres en punto. El jefe de personal

volvió y dijo: «Sugiero que nos vayamos de aquí inmediatamente. Hay carros de combate alemanes en la calle Primero de Mayo». Los tanques llegaron a través de un puente del distrito de Dzerzhinsky, y los subfusileros ya estaban en la Casa de los Especialistas.

Vladimir Jaritonovich Demchenko (comandante, jefe de Stalingrado): El 14 de septiembre entraron soldados alemanes en la ciudad y ocuparon el edificio de la NKVD. En ese momento recibí un mensaje del comandante de la guarnición diciendo que grupos de subfusileros estaban trasladándose del aeródromo central a las laderas meridionales de Mamáyev Kurgán. Me ordenaron que lo verificara. Partí en misión de reconocimiento con tres hombres. Decidí parar en mi cuartel general de la fábrica Octubre Rojo para coger alrededor de una docena más de hombres, porque había escuchado todo tipo de rumores. [...] Fui recorriendo la orilla del río, pensando que pronto podría sumar algunos hombres más. Llegamos a las dársenas norte, y resultó que los alemanes habían abierto fuego sobre el cruce del río. Entablamos un tiroteo que duró unas dos horas. Reuní a mis hombres. En el cruce había unos cien vehículos que no podían ser trasladados en el transbordador debido al fuego de las ametralladoras y subfusiles. Reuní a unos quince hombres en la Casa de los Especialistas. Comenzó el fuego cruzado –ellos disparando desde allí y nosotros desde aquí. Un joven funcionario político resultó herido. Me di cuenta de que aquello no iba a ninguna parte. Regresé con mis hombres al puesto de mando situado junto al río Tsaritsa. Llegamos hasta la plaza Jolzunov. Allí había ametralladoras antiaéreas, en la plaza y a la orilla del río. Cinco cazabombarderos las estaban atacando. Nuestro cañón quedaba a quince metros de la orilla. Cinco aviones venían derechos a por él. El cañón empezó a disparar. Veíamos las bombas caer. Dos de mis hombres estaban tendidos en el agua y yo salté dentro de una zanja. Una bomba cayó a unos diez metros de mí. Salté por los aires, caí al suelo y me llevé un buen golpe. Estuve fuera de servicio durante una semana. Me levantaba pero me volvía a caer. Era como si algo se hubiera

quebrado dentro de mí. Mis dos camaradas me agarraron y me llevaron a nuestro puesto de mando. El bombardeo volvió a empezar. Una bomba cayó en la pared trasera del edificio y se inició un incendio. Era una bomba altamente explosiva. Cuando lo vi supuse que todos habrían muerto. Me levanté. Vi que el edificio estaba en llamas.

Alexéi Semionovich Chuyanov (Primer secretario del Comité Regional de Stalingrado): 14 de septiembre[39] [...]. El puesto de mando del Comité Municipal de Defensa está a pocos metros de la línea del frente. La comunicación telefónica y telegráfica con las secciones norte y sur de la ciudad ha quedado cortada. En varios lugares los fascistas han llegado hasta el Volga, dejando la ciudad dividida en sectores de defensa aislados. Se decidió que el puesto de mando debía trasladarse a la orilla este del Volga. I. V. Sidorov, secretario del Comité Regional para el transporte, era el encargado de organizar el cruce. [...] A última hora de la noche llegaron dos barcos hasta el puesto de mando procedentes de Krasnaya Sloboda, y comenzamos a cruzar. Yo me fui en el último transbordador, con mis ayudantes y camaradas Voronin y Zimenkov. Todo estuvo relativamente tranquilo hasta que llegamos a la mitad del río. Nada más llegar allí vimos un resplandor sobre nuestras cabezas. Fue entonces cuando empezó el fuego de ametralladora.

Nos echamos cuerpo a tierra. El ingeniero decidió silenciar el motor, pero con las prisas se excedió y lo apagó. La corriente nos arrastraba directamente hacia la estatua de Jolzunov, de donde procedía el fuego de ametralladora alemán. [...] Sidorov soltó el timón para ir a hablar con el ingeniero.

«¡Pero bueno!», dijo, con un profundo suspiro. «¡Mire lo que ha hecho! ¿Ve usted hacia dónde vamos?»

«¡A hacer una visita a los fascistas!», bromeó Zimenkov, impávido.

Pero la cosa no tenía ninguna gracia. El barco estaba bajo el fuego de las ametralladoras. Solo había una forma de escapar: nadando. Y justo en ese momento el motor se puso en marcha. Ivan Vasilievich volvió

corriendo al timón y rápidamente hizo virar el barco hacia Krasnaya Sloboda.

Vladimir Jaritonovich Demchenko (Comandante, jefe de Stalingrado): La [Comisión Extraordinaria] de la Ciudad existió hasta el 14 de septiembre. A partir de ese día el Comité Regional y el Comité Ejecutivo se mudaron a la margen oriental. La oficina de la comandancia continuó estando en la orilla occidental, pero todas las demás autoridades municipales y regionales se trasladaron a la oriental. [...] A raíz de que nuestro edificio en la calle Comunista, del bombardeo sufrido por la oficina de la comandancia empezó a funcionar y a recibir a la gente en varias localizaciones diferentes. Durante algunos días nos establecimos en el hospital, luego nos mudamos a la calle Octubre, luego a la calle Tsaritsa, y a partir del 18 de septiembre nos instalamos en el puesto de mando del general Rodímtsev. Permanecimos allí hasta el 25 de septiembre. El 25 de septiembre nos fuimos con el 62.º Ejército al distrito Barricadas. Desde allí pasamos al distrito Octubre Rojo bajo la dirección del comandante del 62.º Ejército. Construimos búnkeres y permanecimos en ellos todo el tiempo. [...]

Debería mencionar que yo era el único que llevaba un mapa, pintado sobre una tela transparente para calcar. Los cuarteles generales del frente nos habían ordenado mostrarles dónde estaban ciertas calles, dónde se encontraban ellos, porque la ciudad no era como otras. Explicábamos cómo llegar a los sitios. A veces aparecía alguien a la una de la madrugada, por ejemplo, alguna subunidad del ejército, y pedía ayuda sobre una calle o dirección. O había municiones o armas que recoger de la estación. Pues nosotros íbamos y les enseñábamos el camino. Porque con todas las barrancas que hay aquí, no es fácil encontrar calles y carreteras.

Vasili Ivanovich Chuikov (teniente general, comandante del 62.º Ejército): El comandante del ejército y el Consejo Militar defendieron Stalingrado mientras tuvieron su base en Mamáyev Kurgán. A veces,

cuando estábamos rodeados por subfusileros, salíamos corriendo hacia la orilla. Había veces en que estábamos a solo 150 metros de las primeras posiciones del enemigo. ¿Que si había allí alguna organización local del partido? [...] ¡Sí, por supuesto! Recuerdo al camarada Chuyanov, secretario del Comité Regional, que fue nombrado presidente del comité de defensa; yo mismo le vi. ¿Sabe cuándo? El 5 de febrero de 1943, en la concentración que se hizo para celebrar la victoria. Y al secretario Piksin también le vi, si no me equivoco, entre mediados y finales de enero de 1943. Hasta entonces no había visto nunca a ninguno.

[...] Luego, cuando las cosas más o menos se calmaron, el comandante de Stalingrado apareció a la orilla del río.

«¿Qué puedo hacer por usted?»

«¿Quién es usted?»

«El comandante al mando de la ciudad.»

«¿Dónde tiene su base?»

«Al otro lado del río –Leninsk, Ajtuba, Krasnaya Sloboda– todos están allí [...].»

Creo que con una jefatura adecuada, la situación aquí habría sido distinta.

Un ejército está formado por hombres, y la jefatura bolchevique debería estar donde el peligro es mayor.

[...] El enemigo había penetrado en Stalingrado. En la fábrica de tractores había cientos de toneladas de combustible. Transportar el combustible por el Volga no es nada fácil. Es extremadamente peligroso. Yo dije: ¡coged ese combustible! Me reuní con el director de la fábrica, que me informó de que sus normas prohibían sacar ninguna cosa de allí. Yo di la orden de que fueran soldados armados a sacarlo. Estos hombres se encontraron con personal de seguridad también armado apuntándoles con sus metralletas. ¿Qué podía hacer yo? Desistir y dejarlo. El combustible se quedó allí, a merced del enemigo.

Alexéi Yakovlevich Zimin (teniente, ex trabajador de la fábrica Barricadas, comandante del cuartel general de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros, 64.º Ejército): Cuando llegamos para defender la fábrica Barricadas, y tras tomar posiciones en el Asentamiento Superior, tuve ocasión de visitar las oficinas del comité [del partido] de la fábrica y del comité del distrito. El único del comité de la fábrica que estaba allí era Shorikov, pero también vi al secretario Kotov del comité del distrito. El sóviet del distrito se había marchado –de hecho ya había cruzado al otro lado. Los jefes de la fábrica también. El director de la fábrica había vuelto el 25 de septiembre. En realidad, le trajeron de vuelta y le dijeron que se quedara allí hasta nueva orden.

En la fábrica hacían trabajo de montaje. El taller de montaje solo había sufrido la rotura del tejado de cristal, que había caído dentro hecho pedazos, pero era justo ahí donde se hacía el trabajo de montaje. Cuando empezaron a volver, los jefes y capataces tuvieron que ser obligados a organizar el trabajo. Organizaron el montaje de piezas terminadas y armas. Luego se pusieron con las reparaciones. La fábrica de tractores también había volado por los aires, pero al poco tiempo sus trabajadores pusieron en marcha el trabajo de montaje y la reparación de los carros de combate que volvían del campo de batalla.

Ivan Vasilevich Vasilev (Comisario de Brigada, jefe de la sección política del 62.º Ejército): Podían haber dejado a los activistas del partido allí, para que pudieran responder al fuego desde cada apartamento y edificio, de modo que cuando los alemanes entraron en la ciudad habríamos estado justo encima de ellos. No teníamos otro apoyo. La ciudad estaba indefensa. [...] Si tienes 400.000 trabajadores, qué más da si te llevas 100.000, ¡eso es un ejército entero! Habríamos podido proporcionarles armas. Les habríamos situado en lugares altos, y los alemanes no habrían entrado nunca en Stalingrado. Les habríamos parado antes de que entraran, pero tuvimos que hacerlo cuando ya estaban dentro de la ciudad. Si nos hubiéramos quedado allí ahora lo tendríamos más fácil

pero, en la ciudad, aun haciendo uso de toda nuestra habilidad, fue una tarea difícil y compleja que provocó que se derramara mucha sangre. Lo cierto es que la ciudad fue abandonada, no se la defendió.

Pável Petrovich Matevosyan (ingeniero jefe de la acería Octubre Rojo): El 15 de septiembre estábamos con el general Chuikov y con Gurov, un miembro del consejo militar. Ellos exigieron que sacáramos a nuestra gente de allí, basándose en que estaban muriendo personas –ellos nos disparaban, y nosotros les disparábamos a ellos. Fue entonces cuando comenzamos a marcharnos.

Iliá Fiodorovich Burin (ex mecánico de la fábrica Barricadas, explorador en la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros, 7.ª de la Guardia): Todos los trabajadores teníamos que comenzar la evacuación al otro lado del Volga. A continuación nos llegó la orden de que fuéramos a Leninsk con toda la maquinaria. Se nos llevaban a todos. Cruzamos a Leninsk. De allí nos evacuaron a Novosibirsk. Pero algunos llegamos tarde y no nos dejaron ir. Más adelante dieron la orden de que cualquier trabajador con papeles de evacuación que se quedara atrás sería detenido y enviado a combatir. Eso fue lo que nos ocurrió a nosotros.

Nuestra unidad fue formada en Solianka. Yo era el único de mi taller. Más adelante me encontré con un camarada de la misma fábrica, pero del taller n.º 16, Neznamov se llamaba. Desde entonces hemos estado siempre juntos. [...] Al principio estuvimos en el Regimiento de Emergencia de Fusileros de la Fábrica. Nos entrenaron y cuando terminó nuestra formación, nos preguntaron qué queríamos hacer. Yo me ofrecí voluntario como subfusilero, y luego me transfirieron a labores de reconocimiento.

Vladimir Jaritonovich Demchenko (Comandante, jefe de Stalingrado): Últimamente hemos tenido que obligar a la gente a marcharse. Algunos de ellos piensan: he vivido aquí durante veinte años, ¿adónde voy a ir? Defenderé nuestra ciudad hasta el final; la ciudad no se rendirá. Hubo algunos, claro, que esperaban de buen grado a los alemanes. [...]

Del 23 de septiembre al 15 de octubre evacuamos a 149.000 familias [de la población de los distritos de las fábricas]. Tuvimos que mandar a la milicia para que lo hiciera. Entraron en cada trinchera y refugio antiaéreo para sacar a la gente y enviarla a la orilla oriental. Dentro de la ciudad no quedó mucha población. La mayoría de los que sí se quedaron estaban en los distritos de Dzerzhinsky y Voroshílov, que habían sido ocupados repentinamente. En el resto de lugares quedó muy poca gente –ancianos desvalidos, enfermos. En el área donde se encontraba el 62.º Ejército, permanecieron hasta el final mismo. También había bastantes niños. Niños que se quedaron solos al morir sus madres. A algunos les encontramos dentro de los búnkeres.

En una ocasión echamos a los alemanes de un búnker y destruimos su posición, pero no entramos hasta la noche siguiente. Dentro había una niña, de ocho o nueve años, tumbada en el suelo entre los cadáveres. En el momento que entramos se puso a llorar. Llevadme con vosotros, aquí con ellos hace mucho frío. Habían matado a su madre. El general Sokolov, al mando de la 39.ª División,[40] se hizo cargo de la niña.

Pável Petrovich Matevosyan (Ingeniero jefe de la siderúrgia Octubre Rojo): Colocamos minas por toda la fábrica en tres ocasiones, y en las tres las volvimos a quitar. Manteníamos comunicación directa con el cuartel general del ejército y con la división que nos estaba dando protección. Al principio tuvimos a una división de la NKVD. Ellos nos advirtieron de lo complicadas que estaban las cosas. La última vez que vimos al general Chuikov nos dijo que no había orden de Moscú. Dudaba de que fuéramos a volar la fábrica: nosotros íbamos a pelear hasta el final. Esperábamos no perder la ciudad, pero si llegaba el momento, tendríamos que abandonar Stalingrado. Así que sacamos las minas. Más adelante las volvimos a colocar, al fin y al cabo, solo era su opinión personal. Nadie nos había ordenado que no lo hiciéramos. [...] Luego recibimos la orden de Moscú de quitar las minas. Al parecer la había dado el propio Beria.[41]

[...] Nosotros nos fuimos de allí el 4 de octubre y fuimos los últimos en marcharnos.

Konstantin Vasilievich Zubanov (Ingeniero jefe de la Central Eléctrica de Stalingrado, StalGRES): El fuego de artillería alcanzó su máxima intensidad el 23 de septiembre, cuando sobre la central cayeron unos cuatrocientos proyectiles. Fue un día muy intenso y un periodo difícil para los trabajadores. Para la central resultó funesto.

Al principio hubo disparos aislados, luego una lluvia de fuego (lo que los militares suelen llamar un fuego de asalto). Nuestra posición quedó completamente inutilizada. [...] Aparte de la metralla, los proyectiles que impactaron en la central destruyeron el armazón y partes enteras del edificio, formándose una masa de metralla, maquinaria, cristal, madera, ladrillo, metal –todo se vino encima de las personas que estaban allí trabajando. La sala de calderas se llevó la peor parte. [...] Aquel día una bomba defectuosa cayó a los pies del técnico de calderas Dubonosov. Él no sabía que la bomba no iba a explotar enseguida. Permaneció allí arriesgando su vida. Yo mismo pude ver por lo que pasó aquel hombre. No se calmó hasta que la bomba fue cuidadosamente sacada de allí y puesta en un lugar seguro.

En todo caso, hubo que echar el cierre. Teníamos que pensar qué hacer. Los alemanes nos tenían bien centrados en su punto de mira y apuntaban con precisión. Trabajar en estas condiciones era peligroso. [...] Me reuní con el capataz del taller para comentar cómo proceder. Pasado un tiempo denominamos en broma a esta reunión el Consejo de Fili.[42] ¿Qué podíamos hacer? Si parábamos, las fábricas cercanas no podrían reparar los tanques ni fabricar bombas; toda la zona se quedaría además sin agua, y el ejército sin pan. Por otro lado, volver a poner la central en funcionamiento expondría a nuestros operarios y a todo el personal directivo a un considerable peligro. El hecho de que ni uno solo de los capataces votara en sentido negativo, no nos causó ninguna sorpresa. Con toda sencillez y serenidad, y bajo la incesante música de la artillería, cada

uno de ellos emitió su veredicto: la central debe continuar en funcionamiento. Y la central volvió a ponerse en marcha aquel mismo día, 23 de septiembre.

Cuando anochecía, la oscuridad al principio reducía y luego eliminaba por completo el fuego de artillería. Parecía que los alemanes habían estado apuntando a la nube de humo procedente de la central. El fuego de artillería continuó sin parar hasta el 10 de noviembre. Tras la lección del 23 de septiembre, nuestras autoridades regionales decidieron que la central solo debía funcionar de noche.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Ocurrió un incidente que suena a chiste. El fuego de artillería era increíble. Zemlyansky, el director de la central, se dirigió por escrito al comandante del ejército: «Le exijo que neutralice de inmediato la artillería enemiga, ya que está haciendo imposible el funcionamiento de la Central Eléctrica de Stalingrado. Caso de que se niegue a satisfacer esta petición, recurriré a sus superiores». Shumilov lo recordaba así hace poco: «Cuando recibí esa petición, escribí al comandante de artillería: "Camarada tal y tal, tiene usted que neutralizar de inmediato la artillería para que la central eléctrica pueda funcionar"».

Konstantin Vasilievich Zubanov (Ingeniero jefe de la Central Eléctrica de Stalingrado, StalGRES): Una anécdota sorprendente: la gente a la que habíamos destinado a lugares menos expuestos a la caída de escombros o a la explosión de bombas, a menudo encontraba estas intensas lluvias de fuego muy difíciles. Pero si avanzabas hasta el puesto de mando principal del general, veías, o mejor dicho, oías, algo extraordinario: por encima del ruido de fondo de la artillería se escuchaba música clásica. Era el camarada Karochansky, haciendo sonar discos en el gramófono.

Serguéi Dmitrievich Babkin (Primer secretario del Comité del distrito de Kirov): Cuando los aviones llegaron la primera vez y sobrevolaron la colonia de viviendas, la gente salió corriendo a esconderse

en las trincheras. Ahora ya están todos acostumbrados. Ven un grupo de aviones en el aire y ya saben qué objetivo van a atacar. En Staraya Beketovka había unos treinta o cuarenta Katiushas. Cuando disparaban, el molino empezaba enseguida a dar vueltas. En octubre, cuando estábamos en la granja colectiva, vimos cómo atacaban a los Katiushas. De repente llegó un Messerschmitt, se dio la vuelta y se fue. Yo dije que llegarían más aviones alemanes en diez minutos. Al cuarto de hora aparecieron los aviones alemanes y empezaron sus andanadas de bombas. Nosotros estábamos a unos 250 metros de distancia y vimos cómo un avión lanzaba ocho bombas y a continuación llegaban los demás, soltaban su carga y se iban. Hasta nuestros oídos llegaban los gritos y gemidos. Dos bombas aterrizaron a tres metros de nosotros, otra a cinco. El conductor y yo quedamos cubiertos de polvo. Vimos a un tercer grupo. Estuvieron atacando casi todo el día, pero todo el mundo aguantó bien, no cundió el pánico. Había allí alguna artillería de largo alcance, y los niños se quedaban esperando montados sobre sus esquíes y trineos y cuando se producía la detonación, la onda expansiva de los cañones les empujaba cuesta abajo.

Konstantin Vasilievich Zubanov (Ingeniero jefe de la Central Eléctrica de Stalingrado, StalGRES): 4 de noviembre de 1942. Al final del turno de noche en la central, después del cierre, todo el personal (dicho sea de paso, nadie había recibido permiso para marcharse desde los primeros días del asedio) se iba a dormir. La gente estaba tan acostumbrada a este nuevo modo de vida que ningún fuego de artillería, por intenso que fuera, impedía a los trabajadores desvestirse e irse a la cama como siempre. Pero el 4 de noviembre, a las 8.30 de la mañana, los buitres fascistas, inesperadamente, desplegaron sus alas sobre la central. Cuarenta y nueve stukas –o, como nosotros les llamábamos, «músicos»– iniciaron un metódico bombardeo. La intención era destruir nuestra central de una vez por todas. Cada uno de los 49 cazabombarderos hizo múltiples pasadas. El sonido de las sirenas era particularmente

desagradable. Nunca creo a los que dicen acostumbrarse al fuego de artillería o de las bombas. No me parece en absoluto verdad. Para mí cada bomba o proyectil es doloroso y difícil de aguantar. Lo importante es cómo te comportas tú, hasta qué punto eres capaz de controlar lo que sientes. Yo nunca he vuelto a experimentar nada igual a aquello. Con frecuencia se dice que los soldados del Ejército Rojo tenían menos miedo de las bombas que de las sirenas. Yo estoy seguro de ello. Las sirenas de los stukas te dejaban incapacitado. Así que, imagínese cómo se vivió en la central. Hombres medio desnudos saltando de la cama y corriendo a los refugios, algunos hacia los cuadros eléctricos para asegurarse de que estaban «preparados» para un ataque así.

El bombardeo no duró mucho –puede que veinte o veinticinco minutos– pero a nosotros se nos hizo una eternidad. Cuando los aviones se marcharon nos dimos cuenta de los efectos extraordinariamente devastadores de este bombardeo. Hasta entonces no habíamos sufrido un número de bajas importante, pero aquel día fueron dos docenas. Muchas de las unidades se perdieron. En términos operativos, la central dejó de funcionar durante bastante tiempo.

Entonces llegó el secretario del Comité Regional del partido, Ilin. El comité finalmente nos hizo evacuar a la orilla oriental a fin de que estos últimos valientes pudieran salvarse.

Nikolái Romanovich Petrujin (Jefe del Departamento de Guerra del Comité Regional del partido en Stalingrado): Respecto a los partisanos [...] para cuando se produjo la invasión alemana habíamos creado 34 destacamentos de reconocimiento de partisanos, integrados por un total de 839 hombres. Se instalaron unos sesenta zulos con provisiones para abastecer de comida a estas unidades, así como de equipamiento, por lo que en estos almacenes se ocultaban también armas y municiones. La mayoría de los partisanos habían sido entrenados en unidades de los batallones de destrucción o en unidades creadas por el consejo regional de OSOAVIAKhIM,[43] en los denominados grupos de entrenamiento.

Nosotros también entrenamos a algunos de ellos en una escuela especial. [...]

Todos los destacamentos partisanos estaban localizados en plena estepa. Sin posibilidad de esconderse, sin agua. Esta es la razón por la que los destacamentos tendían a ser pequeños, de no más de siete, diez o quince hombres. Las hordas fascistas llevaron a cabo duras inspecciones y cometieron verdaderas atrocidades contra la población civil en los distritos ocupados (catorce de los distritos regionales estaban ocupados), que también dificultaban las operaciones de estos destacamentos.

A principios de septiembre de 1942, un grupo de partisanos fueron a casa de Ulyana Vasilievna Sochkova, en la aldea de Kamyshki, a pedir agua. Mientras la ciudadana Sochkova iba a coger el agua, dos patrulleras alemanas se aproximaron a los partisanos, que mataron a los alemanes y desparecieron. Al día siguiente, los soldados alemanes se llevaron a Sochkova de sesenta años y a su hija de treinta. Llevaron a cabo una cacería humana en toda el área cercana a la aldea con un gran número de hombres a caballo y encontraron a algunos soldados del Ejército Rojo que habían llegado hasta allí tras conseguir romper el cerco. Los alemanes reunieron a todos los hombres de la aldea y les hicieron cavar una tumba. Luego llevaron allí a los soldados rusos y a las dos mujeres y los fusilaron delante de todos. Un oficial alemán advirtió a los habitantes del pueblo que lo mismo les pasaría a ellos, que por cada soldado alemán asesinado, matarían a cien de ellos. [...] En la localidad de Averino, en el distrito Kalachevsky, arrestaron a diecisiete niños de entre ocho y quince años de edad. Los llevaron al camino y los azotaron públicamente. Durante siete días los tuvieron sin alimento ni agua. El 7 de noviembre, los fascistas fusilaron a diez de estos niños indefensos como parte de una sangrienta y deliberada represalia. Los cuerpos fueron arrojados al silo de la granja colectiva. Se dijo que habían fusilado a los niños porque un oficial había perdido un paquete de cigarrillos y las sospechas habían recaído en uno de los chicos. En la aldea de Plodovitoye, la esposa del jefe de una granja

colectiva que había sido expulsado del partido en 1938 y sentenciado a cinco años por agitación antisoviética denunció a Natalia Nikoláievna Ignatievna, miembro del partido, que a continuación fue ejecutada por los ocupantes alemanes. Su cadáver quedó allí tirado una semana entera.

Ezri Izrailevich Ioffe (Director en funciones del Instituto de Medicina de Stalingrado): Ya en diciembre de 1942, mientras Stalingrado estaba bajo la ocupación alemana, se estaban dando pasos para traer de vuelta a un grupo básico de profesores. El profesorado del Instituto de Medicina de Stalingrado empezó a trasladarse allí hacia finales de enero. El 25 de febrero, cuatro miembros del claustro estaban ya de vuelta en sus puestos.

Veniamin Yakovlevich Zhukov (Jefe del taller n.º 7 de la siderúrgia Octubre Rojo): Yo vi crecer la fábrica, así que no es fácil para mí ahora [esta entrevista se llevó a cabo el 8 de enero de 1943, en el propio emplazamiento] verla destruida. Es como dejar a tus padres en casa, vivos y sanos, y encontrártelos muertos al volver, esa es la sensación. [...] Ahora no veo más que ruinas. Ni siquiera puedes caminar entre ellas, no digamos ya conducir. Es difícil de asimilar. Un equipo de mi taller, veintidós de nosotros, hemos venido a trabajar. Estamos esperando a entrar para ayudar a que las cosas vuelvan a estar como estaban.

Alexéi Semionovich Chuyanov (Primer secretario del Comité Regional de Stalingrado): 4 de febrero. Estamos celebrando nuestra victoria en el Volga. La sobria y majestuosa plaza de los Héroes Caídos está cubierta de banderines rojos. [...] Son las doce en punto del mediodía. Los miembros del Consejo Militar y del frente aparecen sobre una tarima improvisada, incluidos V. I. Chuikov, M. S. Shumilov, A. I. Rodímtsev y los líderes de las organizaciones regionales y municipales. [...] A petición del Comité Regional, el Sóviet Regional de Representantes de los Trabajadores, y el Comité Municipal de Defensa, me dirijo a los allí congregados: «Mientras luchábamos contra este feroz enemigo, los ocupantes fascistas alemanes diezmaron nuestra ciudad. Pero hoy, en

nombre de la madre patria, del partido y de todo nuestro Gobierno, juramos que reconstruiremos nuestra querida ciudad». [...] Digo adiós a mis camaradas de armas. Su camino les lleva hacia el oeste, yo me quedaré en la ciudad. Vuelvo a ser un civil más. El frente se ha desplazado varios cientos de kilómetros más allá. El ejército tiene que trasladarse hasta allí. No es fácil ver marchar a esos camaradas con los que he compartido tantas cosas.



El general de división Stepan Guriev entrega la fábrica Octubre Rojo a su director, Pável Matevosyan, en enero de 1943. *Fotografía de G. B. Kapustianski*.

Vasili Petrovich Projvatilov (Secretario del Comité Regional del Partido Comunista (Bolchevique) de la Unión Soviética en Stalingrado): El 4 de febrero hubo una concentración pública.[44] También se celebraron otras por toda la región. Habíamos sabido por el Sovinformburó que Chuyanov había eliminado a las fuerzas de asedio y recibí muchos telegramas de felicitación procedentes de otros lugares de

la región y más adelante de toda la Unión Soviética. No hace mucho que recibí uno de un tal Pletnev, en el que nombraba su unidad y nos felicitaba por nuestra victoria. Significó mucho para Stalingrado. No solo para Stalingrado sino para todo el país. Llegaron muchos mensajes en este sentido.



Limpiando el terraplén del Volga. *Fotografía de L. I. Konov*.

Ivan Alexeyevich Piksin (Secretario del Comité Municipal de Stalingrado): Justo después de que hubiéramos eliminado por completo a las fuerzas alemanas presentes en Stalingrado, concentramos todos nuestros esfuerzos en deshacernos de los cuerpos. En cada distrito había varios miles de cadáveres.

Alexéi Mijailovich Poliakov (Vicepresidente del Comité Ejecutivo del Sóviet Regional de Representantes de los Trabajadores de Stalingrado): Nuestra principal tarea ahora es despejar las calles lo antes

posible. Llevamos un mes en ello y apenas hemos avanzado. No es que no estemos trabajando. Miles de personas están colaborando.

Los trabajadores de las granjas colectivas de Sredniaya Ajtuba y Praleiksky han prestado una enorme ayuda. Cada una de ellas envió unas cincuenta carretillas, así como trabajadores con camellos y bueyes. Estos hombres y mujeres han desalojado decenas de miles de cuerpos.

Vasili Petrovich Projvatilov (Secretario del Comité Regional del Partido Comunista (Bolchevique) de la Unión Soviética en Stalingrado): [...] Los trabajadores de las granjas colectivas trataron de prestar ayuda a todos los distritos que habían sido ocupados por los alemanes. Yo estuve en Kotelnikovo[45] tres días antes de su liberación. La granja colectiva Poperechensky está en esa zona. Los trabajadores de dicha granja habían salvado a todo el rebaño ocultándolo en una hondonada donde los alemanes no pudieron encontrarlo. También escondieron el grano en un silo e informaron al Ejército Rojo cuando llegaron. Ahora esa granja tiene semillas para la siembra de este año. Consiguieron quedarse además con doce tractores. ¿Cómo lo hicieron? Cuando los alemanes estaban ya tan cerca que no había tiempo para sacar los tractores de allí, desmontaron algunas partes de su maquinaria para que no pudieran funcionar. Una vez los alemanes se hubieron marchado, los operarios volvieron con las partes que se habían llevado y en diez días los pudieron poner en marcha de nuevo. Ahora todos los tractores funcionan. La flota de tractores de esta granja colectiva está a salvo, porque la gente aquí son cosacos. Los alemanes trataron de ganarse a los cosacos, pero no lo consiguieron. Nos enteramos de esto por los trabajadores de la granja. [...]

Dentro del distrito de Perelazovsky conduje hasta Lipovsky y hablé con los trabajadores de la granja. Me contaron las atrocidades cometidas por los alemanes y los rumanos allí. En el pueblo quedaban aún unas pocas vacas. Todas las demás se las habían llevado los alemanes, y eso que en aquel asentamiento vivían unas 170-180 familias, no era precisamente

pequeño. Los aldeanos se sentían particularmente indignados por el campo de prisioneros de guerra. En Lipovsky hay una granja de cerdos junto a un pequeño río. Casi todas las granjas habían ardido. La granja de cabras, la de ovejas y la de cerdos eran las únicas que quedaban en pie, y las habían rodeado con una alambrada de púas y utilizado para albergar a los prisioneros de guerra. Les alimentaban con paja de centeno. El día antes de que yo llegara había habido un entierro. Veintitrés oficiales rusos tenían los pies congelados. Los alemanes no podían llevárselos y les cubrieron con paja en una pocilga y les prendieron fuego. Seis prisioneros rusos habían sobrevivido en una pequeña cabaña, otros cinco en un refugio subterráneo que había en el jardín. Los lugareños les ayudaban, y cuando llegó el secretario del comité del distrito les llevaron al hospital; la mayoría de ellos estaban congelados y famélicos debido a la falta de comida.

Grigori Dmitrievich Romanenko (Primer secretario del distrito de Barricadas, de Stalingrado): De los muchos miles de personas que habían estado viviendo en nuestro distrito antes del 23 de agosto, solo nos encontramos con 130 –estaban famélicas, congeladas, con los estómagos hinchados por la inanición. Muchas de ellas dijeron que si hubiéramos tardado dos o tres semanas más, habrían muerto a causa del hambre o del maltrato que les daban los alemanes.

Iliá Fiodorovich Burin (Ex mecánico de la fábrica Barricadas, explorador en la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros, 7.ª de la Guardia): Mi familia se quedó en Stalingrado. Yo no tenía padre, pero a mi madre la mataron allí. Cuando llegué, fui a casa y me encontré con que había muerto el 8 de septiembre. Estaba en la cocina guisando a las cuatro de la mañana cuando cayó la bomba. El edificio entero ardió, así fue como mataron a mi madre.

Claudia Stepanovna Denisova (secretaria del Comité del distrito de Yermanski): En este momento en el distrito viven 62 personas. Los alemanes echaron a buena parte de la población pero alguna gente se

quedó. Los que se quedaron estaban próximos a los alemanes, trabajaban para ellos. Les permitieron permanecer aquí. Era un área restringida.

Ahora estamos yendo bloque por bloque. Hemos hecho recuento de la población tres veces, determinando quién es quién. En los casos en que corresponde, informamos de ellos a las autoridades competentes.[46]

Ezri Izrailevich Ioffe (Director en funciones del Instituto de Medicina de Stalingrado): Los que no pudieron esconderse fueron conducidos al oeste por los alemanes. Solo aquellos que pudieron ocultarse en rincones y recovecos se quedaron. Era fácil identificar a la gente que colaboraba con los alemanes –eran aquellos que habían perdido el respeto a sí mismos. Conocí a muchas personas mientras visitaba a los pacientes, y podía reconocer a los no soviéticos a simple vista.



Cocina pública en Stalingrado, marzo de 1943. *Fotografía de Georgi Zelma*.

No hablaban abiertamente, no eran resueltos ni directos, tal vez porque se sentían nerviosos y desmoralizados. Eso no es fácil de superar. Estas personas eran psicológicamente distintas del resto.

Konstantin Vasilievich Zubanov (Ingeniero jefe de la Central Eléctrica de Stalingrado, StalGRES): Cuando fui evacuado a la orilla oriental, me pidieron que me trasladara a Moscú. Parecía lo más acertado –trabajar en Moscú, conseguir un apartamento. Para un determinado tipo de persona esto habría sido estupendo, pero yo tuve que rechazarlo. Aquí me necesitaban más que en Moscú. No podía abandonar la central en un momento tan difícil. Esta central me lo había dado todo cuando las cosas iban bien, así que en aquel momento tan complicado yo tenía que hacer lo que pudiera por ella. Aquí había hecho carrera, partiendo de la nada, y había llegado a ser ingeniero jefe. Mi conciencia me dice que tengo que ayudar a reparar la central y tratar de que recupere su productividad anterior a la guerra.



Residentes de vuelta en Stalingrado encuentran cobijo en los refugios abandonados del 62.º Ejército, 1943. *Fotografía de Georgi Zelma*.

Ezri Izrailevich Ioffe (Director en funciones del Instituto de Medicina de Stalingrado): [La entrevista se llevó a cabo el 1 de febrero de 1944.] Nuestro principal problema es la vivienda. Los estudiantes todavía tienen que compartir las camas de dos en dos. Aunque hay sábanas, colchones y camas de sobra, no tenemos dónde ponerlos. [...]

Ha habido una gran afluencia de gente en Stalingrado. La población ha llegado ya a los 250.000 habitantes y cada mes llegan unos 10.000 más, según informa la sección «Reconstruyendo Stalingrado» del *Stalingradskaya Pravda*. Esta afluencia de gente genera graves problemas de vivienda, alimentación, distribución, escolarización y atención médica.

El crecimiento de la población no se está teniendo en cuenta en lo que respecta a los servicios públicos. Las escuelas han empezado a funcionar por turnos e imparten clase desde las ocho de la mañana hasta la medianoche. Los alumnos de cursos inferiores solo van un día sí y otro no. Aunque debo decir que esta gran afluencia de gente es señal de la recuperación de la ciudad. Muchos viven todavía en condiciones muy diversas –en sótanos, trincheras, búnkeres, con docenas de ellos amontonados en una sola habitación. Pero a pesar de todo vienen, superando todos los obstáculos. Son muy pocos los que se marchan, en su mayor parte personas que no han nacido aquí. La gente viene para luchar por la recuperación de Stalingrado. [...] El estado de ánimo es alegre, queremos vivir de verdad y hacer un buen trabajo. Las victorias del Ejército Rojo han sido para nosotros un elixir de vida.



Telefonistas del Ejército Rojo trabajando en Stalingrado, diciembre de 1942. *Fotografía de Georgi Zelma*.

Dmitri Matveyevich Pigaliov (Presidente del Comité del Sóviet de Stalingrado): Recuerdo a una telefonista. Su centralita no estaba escondida, se encontraba en la segunda planta. Si caía una bomba, estaban todas perdidas. Nuestro puesto de mando estaba hecho de hormigón. A veces estabas allí sentado y notabas que se movía, como si fuera un barco, mientras estas pobres chicas permanecían allí arriba frente a su centralita. No se podían marchar, sin ellas las personas no podían comunicarse. Cuando llamabas, podías oír cómo les temblaba la voz:

«¡Póngame con fulano!»

«Le paso ahora mismo.»

Su voz tiembla, pero pasa la llamada. La oyes llorar por el auricular, pero no deja su puesto sin una orden, aguanta ahí. En aquel momento esto parecía algo normal, pero ahora que las cosas están más tranquilas, te

acuerdas de ello y lo ves de otra forma. Pero entonces lo que pensabas era: «Pero qué coño te pasa, ¿qué haces ahí llorando?». Ahora lo piensas y es sencillamente horrible. En medio de todo ese estruendo tú estás a salvo protegido por hormigón, desgraciado. Pero ¿y ella, allí, en la segunda planta? Es una mujer, al fin y al cabo, no un curtido combatiente. Una mujer corriente, una simple telefonista, ¿qué esperabas?

AGRAFENA POZDNIAKOVA

Comento separadamente la entrevista con la cocinera Agrafena Pozdniakova porque es la única que fue testigo de primera mano de la ocupación alemana.

El destino de Pozdniakova fue el mismo que el de otros muchos habitantes, entre 150.000 y 200.000, aproximadamente.[47] A algunos les negaron el permiso para abandonar a tiempo, pero la mayoría se quedaron a cuidar a familiares enfermos o no querían abandonar sus casas con el invierno a punto de echarse encima. Muy pocos podían hacerse realmente una idea de cómo actuaban los ocupantes; en todo caso, no hacían caso de la información soviética sobre las atrocidades alemanas, considerando que se trataba de exageraciones.[48]

La destrucción de la ciudad continuó tras los intensos bombardeos aéreos de los últimos días de agosto. La Luftwaffe siguió atacando y la artillería soviética bombardeando los distritos devastados por la guerra desde la margen oriental del Volga. Los residentes de la ciudad –ancianos, mujeres y niños en su mayoría– buscaban cobijo en sótanos, cobertizos, trincheras y conductos de alcantarillado.[49] El fuego de granada indiscriminado causó muchas muertes durante el combate callejero, y la prensa soviética publicó artículos que denunciaban con indignación la utilización de civiles como escudos humanos por parte de soldados de la Wehrmacht.[50]

Los alemanes establecieron administraciones militares en los distritos ocupados y sus alrededores. El comandante Hans Speidel, jefe de Stalingrado, explicó a sus captores del Ejército Rojo en febrero de 1943 los objetivos de la ocupación alemana: «la completa destrucción de los cuadros del partido y de los sóviets, la erradicación de todos los judíos», la explotación de la población y la seguridad de los soldados que estaban ocupando la ciudad.[51] En abril de 1943, la NKVD comunicó que «los que se encargaban de descubrir a los judíos eran principalmente los miembros de la policía militar alemana *(Feldgendarmerie)* y la policía auxiliar ucraniana. Los traidores presentes entre la población local desempeñaron también un papel importante en este asunto. Para encontrar y exterminar a los judíos se registraban todas las viviendas, sótanos, nichos y búnkeres».[52] Sin embargo, pocos judíos vivían en la región de Stalingrado. Según el recuento de los sóviets, fueron asesinados 855 judíos, la mayoría procedentes de Ucrania, y algunos de ellos de forma sádica.[53] El comandante Speidel explicó a los que le interrogaron que los alemanes mataban inmediatamente a los judíos y a los comunistas porque no sabían dónde ponerlos.[54] La cifra de asesinados sería más alta de no haber sido por la evacuación de civiles llevada a cabo en el último momento.

Los alemanes exigieron que todos los residentes de la ciudad se registraran en los cuarteles militares locales. Todo aquel que no pudiera mostrar este carné de registro corría el riesgo de ser fusilado o enviado a un campo de concentración. Los hombres aptos para el servicio militar eran encarcelados preventivamente junto a otros prisioneros de guerra.[55] Un grupo especial, bajo el mando del intendente general del 6.º Ejército organizó la evacuación de los residentes aptos para ser explotados económicamente. A partir del 1 de octubre, aproximadamente, los alemanes empezaron a congregar a entre 8.000 y 10.000 residentes cada mañana y hacerles marchar 96 kilómetros –sin comida, agua ni un lugar donde cobijarse del frío durante la noche– hasta la estación de tren, en

Kalach. Allí se les enviaba por tren al centro de detención de Forshtat, situado a 290 kilómetros al oeste de Stalingrado, donde eran examinados por las autoridades alemanas.[56] Un soldado de la Wehrmacht describía en una carta fechada el 20 de noviembre las hileras de deportados caminando hacia Kalach a una temperatura de cero grados: «A ambos lados de la carretera yacían mujeres y niños congelados. También andan tirados por trincheras y zanjas donde los refugiados van a tratar de guarecerse por la noche. Solo comen caballos muertos. Se arranca la carne de cada caballo hasta que no quedan más que los huesos».[57]

El Ejército Rojo comenzó su contraofensiva a finales de noviembre. Para entonces solo quedaban 15.000 civiles en las áreas de Stalingrado controladas por los alemanes.[58] Su situación empeoró rápidamente durante las siguientes semanas. Desde su llegada en septiembre, los soldados alemanes habían saqueado sistemáticamente cada casa en busca de joyas y otros objetos de valor. En diciembre los soldados empezaron a registrar chabolas y cabañas, buscando toda la comida y ropa de abrigo que pudiera estar escondida. Ateridos de frío, hambrientos y desesperados, los invasores intensificaron sus violentos ataques contra los civiles. Las unidades estacionadas en la árida estepa de las afueras de Stalingrado enviaban comandos a la ciudad a conseguir madera. Demolieron casas enteras sin tener para nada en cuenta a sus habitantes. A medida que el 6.º Ejército iba cediendo terreno, oficiales y soldados empezaron a alojarse en las casas que no habían sufrido daños, echando a sus ocupantes a la calle. Algunos oficiales alemanes confiscaron cuarteles de sus aliados rumanos; muchos de ellos violaron a las mujeres.[59]

El inspector jefe de la 71.ª División de Infantería para Stalingrado Sur ordenó a todos los civiles que quedaban que se registraran el 1 de enero de 1943. Para recibir el carné de registro, cada residente tenía que entregar en el cuartel militar local dos kilos de grano. En total se registraron 2.500 residentes, lo que representó cuatro toneladas de grano para los invasores. En algunos casos, los soldados que llevaban a cabo el pillaje despojaban

a los residentes de sus escasas reservas mientras iban de camino. El inspector, creyendo que solo un pequeño sector de la población remanente había acudido a registrarse, ordenó un segundo registro el 10 de enero. Esta vez el cargo fue de dos kilos de trigo o tres de centeno. Se registraron trescientos residentes más.[60]



Ulitsamira [«calle de la Paz»], Stalingrado, 1943. *Fotografía de L. I. Konov*.

En su entrevista, Agrafena Pozdniakova describió esta carga obligatoria así como otras experiencias e impresiones respecto a los ocupantes alemanes. Su marido y dos de sus hijos murieron durante la batalla. La historia de cómo ella y sus otros cuatro hijos sobrevivieron durante casi seis meses de lucha y austeridad es asombrosa. No pude encontrar documentos escritos o fotografías que proporcionaran más información sobre la cocinera y su familia. Pero he aquí cómo una empleada municipal describía a otros civiles supervivientes que vio cuando en febrero de 1943 regresó a su destruido vecindario: «Mientras andábamos por nuestro distrito liberado, por senderos muy estrechos, entre las minas, nos encontramos con personas que habían perdido la memoria, que se asustaban del sonido de su propia voz. Mirabas a esa

persona y veías que tenía la figura de un chico joven, pero con las sienes completamente blancas».[61]

COMISIÓN DE HISTORIA DE LA GRAN GUERRA PATRIÓTICA

Stalingrado, 14 de marzo de 1943

Agrafena Petrovna POZDNIAKOVA, empleada del Comité de la Ciudad[62]

Al principio trabajé para el comité de la ciudad como limpiadora, y luego en la cocina. De eso hace cinco años ya. Mi marido era un trabajador. Tuvimos seis hijos. Mi hija mayor también trabajaba para el comité de la ciudad, en la biblioteca. Estaba en el Komsomol. Mi marido era zapatero. Trabajó en una fábrica de zapatos, y luego en un taller para inválidos. Perdí a mi marido y a dos de mis hijos durante la lucha en Stalingrado.

El enemigo comenzó el bombardeo el 23 de agosto, al anochecer, claro. Todos estábamos trabajando en ese momento. Había sido un buen día, todos estábamos bien. Cuando volvimos a casa por la noche, antes de que pudiéramos sentarnos siquiera, él se pasó a hacernos una visita.

Yo podía haberme ido de la ciudad, pero todos mis hijos estaban enfermos entonces. Por eso nos quedamos aquí. Cuando nuestra gente estaba aquí, no se estaba tan mal, a pesar de las bombas. Teníamos pan, y cuando caían las bombas nos escondíamos en los sótanos. A veces pasábamos día y noche bajo tierra. Había veces, cuando se hacía el silencio, en que salíamos afuera a por algo, a coger pan, o a hornearlo, y luego volvíamos enseguida al sótano. Íbamos hasta las vías del tren para coger agua. Las balas nos pasaban por encima. No era fácil coger agua. Muchas veces alguien iba a por agua y ya no volvía. Cogíamos el agua de un depósito, y a veces salía mezclada con fueloil.

Nosotros vivíamos en la calle Solnechnaya. Era un edificio pequeño de dos pisos. Nosotros estábamos en el sótano. Al anochecer del 14 de septiembre, los alemanes tomaron nuestro sótano. El día 17 todo ardió. El

bloque entero quedó reducido a cenizas. Nos hicieron salir del sótano. Mi familia y yo nos quedamos en unas trincheras que había en el patio, cuando aún por suerte la cabaña del jardín estaba intacta.

En torno a las once se inició un incendio fuera. Fue un espanto. Terrible. Nos quedamos tomando un poco de pan en la cabaña. Uno de nosotros cogió las cosas, otro los niños, queríamos salir. Los alemanes cerraron las puertas y gritaron: «¡Dormid, rusos, dormid!». Tuvimos que hacer pasar a los niños a través de una ventana y salir por ella a gatas nosotros también. No nos dio tiempo a llevarnos nada. No quedaron en pie más que las paredes. Pasamos la noche entre esas paredes. Por la mañana llegaron los alemanes y anunciaron que teníamos que abandonar el lugar de inmediato. Así que volvimos a nuestra trinchera. La despejamos un poco de cosas, nos metimos dentro y nos quedamos allí. Permanecimos en ella hasta el 26 de septiembre. El 27 hubo un intenso bombardeo. Mi marido y mi hija murieron, y nosotros acabamos cubiertos de polvo. A este [señala con el dedo] lo hirieron. Nos sacaron de allí y nos marchamos. Fuimos al sótano de una chica, la que ha venido hoy conmigo. Nos quedamos allí hasta el 12 de octubre, que fue cuando los alemanes nos desalojaron de la zona de una vez por todas, sacándonos del centro y llevándonos a las afueras de la ciudad. Algunos iban cargados con bolsas al hombro, pero yo cargaba con este niño herido y yo misma también tenía heridas en las piernas. Nos mudamos a las afueras de la ciudad, detrás del Hospital del Sóviet, en el distrito de Dzerzhinsky. Desde entonces intentamos vivir allí. Pero los alemanes llegaron y nos echaron de allí también. Fuimos al despacho del comandante y le suplicamos. Estoy enferma, tengo hijos. Vinieron a echar un vistazo y se encogieron de hombros: tienes demasiados. Se morirán de todas formas.

Nos dieron una paliza, nos golpearon, nos dispararon.

Todavía quedaba un montón de grano en el elevador.[63] Los alemanes estaban llevándoselo. Estaban estos terribles trenes de carros. Los hombres que tiraban de los carros eran prisioneros rusos. Si pedías algo a

alguno de ellos, te traían una bolsa o media bolsa de harina. Nosotros les pagábamos doscientos o trescientos rublos por ella. Había un alemán por cada prisionero ruso. Cuando comprábamos algo, a la hora u hora y media llegaba otro alemán [a llevárselo] porque sabía que lo habíamos comprado. Y claro, nos arruinamos. No teníamos dinero ni pan. Mientras nuestra gente estuvo allí, hasta septiembre [ininteligible] pudimos conseguir pan, harina, algo de pan blanco para los niños. Nos las apañamos para ir tirando. Luego empezamos a comernos a los caballos. Como no teníamos con qué alimentarles, se fueron muriendo. En la carretera que lleva al Hospital del Sóviet había unos barracones. Íbamos allí, a los barracones, y preguntábamos a los prisioneros rusos [...]. Era fácil ver qué caballo iba a morir de todos modos. Así que se le pegaba un tiro. Nos llevábamos la carne y nos la comíamos. Más tarde, cuando los alemanes estuvieron rodeados, ellos también se comieron a los caballos. Nos dejaban las patas, las cabezas, las entrañas. Pero al final ni siquiera eso. Se lo quedaban todo, dejándonos solo las pezuñas y las tripas. Si veían que tú tenías algo de carne de caballo, te la quitaban. Especialmente cuando los rumanos llegaron aquí desde Kalach, cuando los nuestros tomaron Kalach, pensamos que nos iban a comer vivos a todos. Estaban muertos de hambre. Hacía mucho frío e iban prácticamente desnudos. Daba espanto verlos. Aquellos pobres espantapájaros no paraban quietos. Cogían cualquier cosa que encontraban.

La primera vez que tomaron Stalingrado, pudieron coger lo que quisieron. Necesitaban ropa, buenos zapatos, oro, relojes, y encontraban de todo. En la oficina de la comandancia, por ejemplo, ofrecían transporte para salir de la ciudad a cambio de relojes de oro, buenas botas, trajes o abrigos de caballero, buenas alfombras... Pero, por supuesto, nosotros no teníamos nada de eso. Así que la única manera que teníamos de irnos era a pie. Los alemanes hacían también otras cosas. Cogían lo que les dabas, te llevaban fuera de la ciudad y te dejaban allí para que te las arreglaras tú solo. [...]

Mucha gente se quedó en Stalingrado. Las niñas, las jovencitas, los niños menores de catorce años, los hombres de menos de cincuenta y cinco o sesenta, y las mujeres de hasta cincuenta fueron enviados a Alemania. Muchas jóvenes y niñas trabajaban e incluso vivían con ellos. Unas verdaderas patriotas. Al principio, a la gente que trabajaba aquí en el centro de la ciudad le permitían ir a casa, pero con una escolta alemana. Poco después dejaron de permitirlo. Les proporcionaban una insignia especial y documentos para que los sitios en los que vivían no fueran destruidos. Algunas de ellas hacían la colada, otras limpiaban.

Cuando llegaron los nuestros el 28 de enero nuestro edificio volvió a recibir el impacto de dos obuses.

Tocaban a la puerta y preguntaban si podían entrar a calentarse. Les dejabas entrar y ellos se adueñaban del lugar y de todas tus cosas. Hacia el final, si habías hecho un pan sin levadura y con harina mala, también se lo llevaban. Si habías hecho algo para los niños, como sopa de caballo, o guardabas algún trozo de carne de caballo –que cortábamos en trozos, en lugar de pan– hasta eso te quitaban. Así que no les dejamos entrar más. Entonces lo que pasaba es que venían en grupos de dos o tres. Uno se quedaba en la puerta con un revólver. El otro decía: danos todo lo que tengas. Mi marido no está, decía yo. Pasad a buscar lo que queráis. Ellos entraban y buscaban por todas partes, y no encontraban nada, y si había algo se lo llevaban. Cada noche la misma historia. Durante un tiempo no les dejamos entrar, pero luego empezaron a disparar.

Entonces llegó el anuncio de que teníamos que llevar pan a la oficina de la comandancia, por valor de dos kilos. Si no tenías pan podías llevar carne de caballo, sal, jabón o tabaco. Yo no tenía nada de nada. Fui a la oficina de la comandancia y dije que no tenía nada. ¿Y? Tienes que darnos algo. Si no lo haces te quitamos el pase. Les dije que yo no tenía pase. Podéis llevaros a mí y a mis hijos y hacer lo que queráis con nosotros.

La madre de una chica tenía un poco de harina de centeno estropeada en la que habían entrado ratones. Yo la cogí, la tamicé, la metí en una bolsa y dije que era todo lo que tenía. Eso valdrá, dijeron, tráela aquí.

Cuando vivíamos en la plaza Nueve de Enero,[64] un día, un chico llamado Gera, iba camino de la escuela. Dos soldados rusos le dieron un poco de trigo. No teníamos dónde ponerlo, así que lo escondimos para usarlo más adelante. Cuando nos echaron de aquel apartamento, no tuvimos oportunidad de recuperarlo. Luego, el área más allá de las vías férreas fue designada zona restringida. Ir allí estaba castigado con la muerte.

Donde nosotros vivíamos teníamos alojados a cuatro alemanes. Se quedaron dos semanas enteras. La hermana de Taichka estaba trabajando en Comunista [calle]. Ella trabajaba para los alemanes. Venía acompañada de un guardia. Quedamos en que él me acompañara a donde estaba enterrado el trigo. Había llegado el punto en que los niños se morían de hambre. Él dijo que lo haría. Hablaba muy bien ruso. Ellos lo estaban pasando mal debido a la falta de pan. Dijo: «Señorita, dividámoslo por la mitad». Yo acepté. Al día siguiente me vino a buscar y fuimos para allá. Llegamos al puente que está cerca de la torre de vigilancia del parque de bomberos. Los policías le dejaban entrar a él pero a mí no. Le dijeron que me consiguiera un pase o que se fuera a paseo. En este distrito había escaramuzas cada dos por tres. Él dijo: «¡Vamos señorita, vamos a buscar un pase para usted!». Nos fuimos los dos a la prisión. Tenían allí una especie de cuartel militar. No le dejaron entrar. Dijo: «Vamos a intentarlo a la oficina de la comandancia». Y allí que fuimos. Cuando llegamos, él explicó la situación. Había generales y oficiales delante. Me mandaron llamar: ¿Tiene usted grano? Yo dije que antes tenía un poco, pero que igual ya no estaba allí. Nos asignaron otro alemán, un gendarme, le llamaron. Con el gendarme sí nos dejaron pasar. Cruzamos el puente. Al guardia lo mandaron a casa y yo fui con el gendarme. Cruzamos el puente, llegamos a la calle Comunista y seguimos más allá. Los disparos iban en

aumento. Él dijo: «Señorita, ¡esa es la línea del frente!». Yo repliqué: «Pues dé la vuelta, entonces». Él iba pegado a la pared mientras yo seguía andando por mitad de la calle con mi trineo. Volvió a decir: «No puede andar por la calle, esto es el frente». Yo dije: «Pues retroceda, ¿por qué no lo hace? Yo no tengo miedo». Cuando me volví le vi que seguía avanzando furtivamente. Conseguimos llegar a la calle Shilovskaya. Allí solía haber una oficina de reclutamiento. Una cuerda atravesaba la calle y había un guardia junto a ella. Eso significaba que no podíamos seguir por ahí. Él le dijo algo en alemán. «Señorita, no puede ir por ahí, eso es el frente.»

Miré alrededor: había nevado. No se veían huellas de pisadas, no digamos gente. Le dije que ya casi habíamos llegado, que él se podía quedar allí mientras yo seguía adelante. Era un espacio diáfano, todo quedaba a la vista. Alguien empezó a disparar, pero yo seguí adelante con mi trineo. Entonces debieron de darse cuenta de que era una mujer porque interrumpieron los disparos, y luego fueron nuestros soldados los que dispararon. Yo llegué al poste que indicaba el sitio y desenterré el trigo. Limpié un poco la tumba bajo la que yacían mi marido y mi hija. Me quedé allí un rato. Ya había puesto el saco en el trineo. Él vino y me dijo: «¡Enséñeme dónde estaba enterrado! Tal vez quede algo más.» Yo le dije: «¡Adelante, mire usted!». Echó un vistazo. Yo me fui y él vino a gatas detrás de mí. Llegamos a la calle Comunista. Cuando alcanzamos el puente, me giré en otra dirección. Él dijo: «No, vamos a la oficina de la comandancia, tenemos que entregarles el grano». Yo pensé para mí, ¿había pasado por todo aquello para dárselo al comandante? Resultó que sí. Había un cartel escrito en ruso. Quien tenga conocimiento de dónde se almacena grano o ropa debe comunicarlo a la oficina de la comandancia. Enviaban uno o dos guardias, estos desenterraban el alijo y lo dividían entre ellos. Yo nunca recibí mi parte. No me dieron ni un grano. Se lo quedaron todo y me mandaron a casa. Había perdido el equivalente a dos cubos de trigo.

El día 26, cuando nuestras fuerzas estaban a punto de entrar en la ciudad, los alemanes ocuparon nuestro edificio, que convirtieron en su cuartel general. Nos echaron al patio a las cuatro de la madrugada, junto con los niños y nuestras cosas. Estuvimos viviendo en las trincheras durante dos días hasta que llegaron nuestros soldados.

LA DIVISIÓN DE FUSILEROS DE GURTIEV EN COMBATE

En septiembre y octubre de 1942, la 308.ª División de Fusileros, bajo el mando de Leonty Gurtiev, combatió de forma casi ininterrumpida. Luchó en dos posiciones clave: primero en los altos de Kotluban,[65] 38 kilómetros al oeste de Stalingrado, y posteriormente en la fábrica de municiones Barricadas dentro del distrito industrial de la ciudad. La división, integrada por 10.000 soldados procedentes de Siberia, sufrió graves pérdidas durante la batalla. Para cuando a principios de noviembre la división fue puesta en reserva a la espera de refuerzos, el número de hombres se había reducido a 1.727, de los cuales, según la estimación de Chuikov, solo unos pocos cientos podían considerarse aptos para el combate.[66] Estas ocho semanas de intenso combate se describen en el hilo de conversación formado por las entrevistas con comandantes, funcionarios políticos y enfermeras de la 308.ª División de Fusileros.



Tras su regreso a Stalingrado, unos refugiados se sientan junto a las ruinas donde antes estuvo su casa, marzo de 1943. *Fotografía de N. Sitnikov*.

El avance de los pánzer desde el norte de Stalingrado hacia el Volga el 23 de agosto cogió a los soviéticos completamente por sorpresa. Abrió una brecha en la línea de defensa formada por el Frente Sudeste y el Frente de Stalingrado, permitiendo al 6.º Ejército alemán cruzar el Don y dispersar las unidades del 62.º Ejército soviético en poco tiempo. Entretanto, el 4.º Ejército Pánzer se fue aproximando a la ciudad por el sudeste, formando una bolsa con el 6.º Ejército que empujó a lo que quedaba del 64.º Ejército Soviético hacia el este. El 3 de septiembre, las puntas de lanza de cada ejército alemán unieron sus fuerzas cerca de Pitomnik, en las afueras al oeste de Stalingrado. Con las tropas soviéticas todavía reagrupándose, la ciudad era vulnerable a los ejércitos alemanes combinados. La batalla que los soviéticos habían planeado para la línea fortificada de defensa situada a lo largo del río Don tendría ahora lugar a lo largo del Volga, bajo unas condiciones mucho peores.

Stalin, que había ido siguiendo estos acontecimientos desde Moscú, presionó a sus generales para que actuaran de inmediato. El 26 de agosto, el general Zhukov, el nuevo comandante en jefe del Ejército Rojo, partió hacia Stalingrado con la misión de lanzar para el 2 de septiembre un ataque que sirviera de maniobra de distracción. El 1.º Ejército de la Guardia, con el apoyo del 24.º y el 66.º Ejércitos, así como del 4.º Ejército de Carros, tenía que abrir una brecha en el cordón septentrional de la Wehrmacht que fuera extendiéndose desde el Don hasta el Volga, rodeando a los alemanes y enlazando con el acosado 62.º Ejército. Zhukov comenzó los preparativos pero puso objeciones a los plazos de tiempo, que consideraba demasiado cortos, dado que varias de las divisiones con las que se contaba para la ofensiva estaban aún por llegar. Creía que un ataque coordinado no podía tener lugar antes del 6 de septiembre. El 3 de septiembre, el comandante del frente, Yeriomenko, informó a Stalin de un intenso bombardeo sobre la ciudad, que anunciaba que los ejércitos alemanes estaban a punto de atacar. En respuesta a ello, Stalin puso un

telegrama urgente a Zhukov: «Stalingrado puede ser tomado hoy o mañana si el Grupo de Ejércitos del Norte no presta ayuda inmediata. [...] Dadas las actuales circunstancias, el retraso constituye un crimen».[67] Zhukov no tenía más opción que lanzar el ataque a la mañana siguiente, al que las unidades adicionales se unirían un día más tarde.

Aunque las tropas soviéticas superaban en número a las de sus oponentes, estaban en desventaja en varios aspectos. Las llanas y desarboladas estepas no ofrecían cobijo alguno, y las divisiones de fusileros soviéticas, al carecer de apoyo aéreo y blindado suficiente, estaban expuestas al fuego de la artillería y los ataques de la aviación alemana. Los soldados alemanes de la 76.ª y la 113.ª Divisiones de Infantería se habían atrincherado en las *balkas*, profundas hondonadas del terreno presentes en toda la región, que hacía de ellos blancos difíciles de acertar. También resultaría fatal la terca insistencia de Yeriomenko en combatir de día.[68] Pese a todo, los soviéticos consiguieron penetrar unos cuatro kilómetros en el cordón, de ocho kilómetros de profundidad. El 8 de septiembre, se movilizó a la 308.ª División de Fusileros, que estaba en la reserva, para ser desplegada en Kotluban, en el centro mismo de la ofensiva, en un intento por conquistar una colina estratégica.

Llegado el 10 de septiembre, Zhukov se dio cuenta de que el pretendido avance no tendría éxito. Llamó a Stalin para pedirle más tropas y más tiempo para asestar un «golpe más concentrado». Stalin le mandó llamar a Moscú para deliberar sobre cuál tenía que ser el próximo movimiento.[69] El 12 de septiembre, Zhukov, el jefe de Estado Mayor Vasilievski y Stalin debatieron sobre cómo podía el Ejército Rojo evitar la inminente catástrofe. Zhukov quería, como mínimo, otro ejército, más carros de combate y una fuerza aérea. También propuso algunas ideas para una contraofensiva a gran escala. Así fue como consiguió sacarse adelante el plan para rodear a los alemanes.[70]

Entretanto, la ofensiva de Kotluban continuaba cobrándose un precio muy alto. Para el 15 de septiembre, nada menos que una tercera parte de

los 250.000 soldados estaban heridos o muertos. El 18 de septiembre se inició una segunda ofensiva, esta vez con un número mayor de efectivos y una nueva formación. La 308.ª División de Fusileros había sido absorbida por el 24.º Ejército pero continuaba luchando cerca de Kotluban. Durante la encarnizada lucha sostenida los días 18 y 19 de septiembre, los soviéticos sufrieron 32.000 mil bajas entre muertos y heridos. A pesar de todo, gracias a esta operación se consiguió arrinconar a varias divisiones alemanas y algunos elementos de la Luftwaffe, reduciendo de este modo la fuerza del ataque alemán sobre Stalingrado.[71]

A finales de septiembre, la desgastada 308.ª División de Fusileros fue destinada a Stalingrado. Tras tener que dar un rodeo de unos 160 kilómetros en torno al frente, alcanzó la margen derecha del Volga la noche del 1 de octubre. Desde allí fueron cruzando en tandas a la ciudad en llamas, con la misión de reconquistar los asentamientos de trabajadores situados frente a la fábrica de municiones Barricadas. El 3 de octubre, Paulus comenzó una larga ofensiva para hacerse con todo el distrito industrial del norte de Stalingrado. Los soldados de la 24.ª División Pánzer habían llegado a la fábrica de Barricadas el 4 de octubre y diezmado un regimiento entero de la 308.ª División de Fusileros. Aquella noche, Chuikov retiró de la línea de fuego a los soldados de la división que aún quedaban.[72] A Stalin no le agradó. El 5 de octubre soltó una buena reprimenda a Yeriomenko: Stalingrado caería si no se recuperaban las partes de la ciudad que estaban en manos de los alemanes. «A tal fin, es necesario convertir cada casa y cada calle de Stalingrado en una fortaleza. Desgraciadamente, usted no ha sido capaz de hacerlo y sigue entregando una manzana de la ciudad tras otra al enemigo. Eso demuestra lo mediocre de su actuación.»[73]

A mediados de octubre, la lucha en el distrito industrial alcanzó su punto álgido. El 14 de octubre los alemanes iniciaron un ataque a gran escala a la fábrica de tractores de Stalingrado, con el objetivo de avanzar a lo largo del Volga en dirección sur para llegar hasta el centro de la

ciudad. El 17 de octubre los soldados alemanes consiguieron entrar en la fábrica de municiones Barricadas defendida por la 308.ª División de Fusileros. Al día siguiente, un piloto de un stuka resumía así el combate en su diario: «Nos pasamos el día haciendo barridos sobre las ruinas en llamas de Stalingrado. Yo no sé cómo la gente puede seguir viviendo todavía en ese infierno, pero los rusos se aferran a vivir entre las ruinas, las grietas, los sótanos y el caos de las maltrechas estructuras de las fábricas».[74] Después de diez días de lucha –los participantes de ambos bandos los describieron como los más terribles de toda la batalla– el 62.º Ejército soviético había quedado reducido a tres cabezas de puente: una bolsa defendida por el grupo del coronel Serguéi Gorojov; algunas partes de la fábrica Barricadas sitas a la orilla del Volga (defendidas por los soldados de la 138.ª, 308.ª, 193.ª y 45.ª Divisiones de Fusileros); y una franja de terreno que se extendía desde el extremo oriental de Mamáyev Kurgán hasta el centro de la ciudad (en poder de la 284.ª División de Fusileros y la 13.ª División de la Guardia).[75] En total, estas posiciones soviéticas comprendían en torno a 15.000 soldados físicamente aptos. Para mediados de noviembre, esta cifra se había reducido a la mitad.[76] Los heridos de la 308.ª División de Fusileros habían sido retirados del campo de batalla y los que quedaban se unieron a la 138.ª División de Fusileros, que había adoptado una formación en erizo –con las armas apuntando hacia el exterior en todas direcciones– a las orillas del Volga, bajo el mando del coronel Ivan Liudnikov.[77] El 17 de noviembre, dos días antes de que comenzara la Operación Urano, Hitler renunció a sus esperanzas de tomar Stalingrado antes del invierno. En su lugar, instó a sus comandantes a «tomar al menos las áreas comprendidas entre las fábricas de municiones y acero y el Volga».[78]

Durante abril y mayo de 1943, los historiadores de Moscú entrevistaron a veinticuatro miembros de la 308.ª División de Fusileros que lucharon en Stalingrado –desde el comandante Leonty Gurtiev y el comisario de división Afanasi Svirin, a ingenieros militares, pasando por

operadoras de centralita y enfermeras. Las entrevistas ofrecen vívidas descripciones del combate y la muerte, tanto dentro como fuera de la ciudad. Sobre todo, muestran cómo la división perseveró pese al continuo desgaste al que se vio sometida. Esto se debió en parte a la confianza de la división en sí misma y a la lealtad de los soldados a su comandante. Pero también encontró ayuda en los funcionarios políticos, cuyas palabras de ánimo les proporcionaban un apoyo moral en medio del fragor de la batalla. Una y otra vez, instaban a los soldados a mostrar su coraje y sacar el héroe que llevaban dentro. Si alguien moría mientras llevaba a cabo una acción heroica –como la enfermera Liolia Novikova, a la que hizo referencia el capitán Ivan Maksin– el ejemplo servía de acicate a otros en el odio al enemigo y el sacrificio de la propia vida por su país. Muchos de los entrevistados dan testimonio de hasta qué punto el adoctrinamiento político que recibían los soldados marcaba su discurso y su conducta. La enfermera Nina Kokorina trataba de emular a los héroes de guerra aclamados en su grupo del Komsomol. Los soldados de infantería Vasili Boltenko y Vasili Kalinin interiorizaron al parecer el mensaje de que la fuerza interior del soldado soviético era capaz de imponerse en el duelo entre el hombre y la máquina que ejemplificaba la pugna entre el Ejército Rojo y la Wehrmacht. En la formación militar soviética a los soldados se les decía que podían derribar un avión alemán o inutilizar un pánzer solo con su fuerza de voluntad. La confianza en la fuerza colectiva de los soldados queda simbólicamente expresada en la descripción de Fiódor Skvortsov de cómo una cadena humana restableció una línea telefónica averiada.

Las primeras entrevistas, con Mijaíl Ingor y Nina Kokorina, tuvieron lugar en Moscú, el 30 de abril de 1943; las restantes, entre el 11 y el 14 de mayo en la aldea de Laptievo.

Los entrevistados (por orden de aparición)

Gurtiev, Leonty Nikolayevich –General de división, comandante de la 308.ª División de Fusileros

Kokorina, Nina Mijailovna –Sargento mayor, enfermera del cuerpo de sanidad, adjunta para asuntos políticos del cuerpo de sanidad del 347.º Regimiento de Fusileros

Belugin, Vasili Georgievich –Comandante, comisario en el 347.º Regimiento de Fusileros

Smirnov, Alexéi Stepanovich –Teniente coronel, jefe de la sección política de la división

Rivkin, Semion Solomonovich –Capitán, comandante de un batallón independiente de ingeniería de campaña

Svirin, Afanasi Matveyevich –Teniente coronel, subcomandante para asuntos políticos de la división

Petrakov, Dmitri Andrianovich –Comisario del 339.º Regimiento de Fusileros

Maksin, Ivan Vasilievich –Capitán, jefe de la sección política de la división a cargo del Komsomol

Boltenko, Vasili Yakovlevich –Subteniente, jefe de sección y subcomandante de batallón para las unidades de combate del 347.º Regimiento de Fusileros

Seleznev, Gavriil Grigorievich –Soldado, batallón de ingeniería de campaña

Stoilik, Anna Kipriyanovna –Enfermera, jefa de sección del cuerpo de sanidad

Vlasov, Mijaíl Petrovich –Teniente, comisario en el batallón de artillería del 351.º Regimiento de Fusileros (no se da fecha)

Koshkarev, Alexander Fiodorovich –Secretario de la oficina del partido, 339.º Regimiento de Fusileros

Kushnariov, Ivan Antonovich –Teniente coronel, comandante del 339.º Regimiento de Fusileros

Chamov, Andréi Sergeyevich –Teniente coronel, comandante del 347.º Regimiento de Fusileros

Kalinin, Vasili Petrovich –Teniente, jefe adjunto de Estado Mayor del Ejército para la Inteligencia, 347.º Regimiento de Fusileros

Skvortsov, Fiódor Maksimovich –Soldado, telefonista

Sovchinsky, Vladimir Makarovich –Comandante, jefe adjunto para asuntos políticos, 339.º Regimiento de Fusileros

Brisin, Iliá Mironovich –Subteniente, comandante de la sección de zapadores, batallón independiente de ingeniería de campaña

Dudnikov, Yefim Yefimovich –Soldado, sección de zapadores, batallón independiente de ingeniería de campaña

Ingor, Mijaíl Lazarevich –Capitán, *politruk*, 347.º Regimiento de Fusileros

Trifonov, Alexander Pavlovich –*Politruk*, 1011.º Regimiento de Artillería

Stepanov, Alexander Dmitriyevich –Comisario de batallón, 1011.º Regimiento de Artillería

Fugenfirov, Guénrij Aronovich –Comandante del 1011.º Regimiento de Artillería[79]

General de división Leonty Nikolayevich Gurtiev (Comandante de la 308.ª División de Fusileros):[80] La división estaba integrada en su mayoría por siberianos. [...] Nuestra unidad fue reclutada en marzo, abril y mayo. En mayo partimos hacia el campo de instrucción. Nos marchamos de allí a primeros de junio, para ir a la región de Sarátov. Durante un tiempo permanecimos en Karamyshevka, cerca de la estación de ferrocarril de Tatishchevo, donde completamos nuestra formación para el combate.

Allí nos visitaron representantes de la región y del Comisariado de Defensa del Pueblo. [...] En julio, vino el camarada Voroshílov y pasó dos días con nosotros. Llevamos a cabo unas maniobras conjuntas con la 120.ª

División. El camarada Voroshílov estaba encantado con nuestra división, se reunió con nuestros mandos y dio instrucciones respecto a los fallos que debíamos mejorar. Luego convocó a los comandantes de división y a los jefes de Estado Mayor de los distintos regimientos separadamente, para conocerles, y departió con ellos durante dos horas en una de las aulas y luego se marchó. Poco después nos enviaron al frente.

Sargento mayor Nina Mijailovna Kokorina (Enfermera, adjunta para asuntos políticos, 347.º Regimiento de Fusileros): Terminé [la escuela] en 1941. Mi idea era haber ido a la Universidad Sverdlovsk, pero entonces estalló la guerra. Recibí una carta de mi hermana, que ya se había presentado voluntaria. Le habían destinado al frente de Voljov. No sé dónde está ahora. Mi hermano mayor está también en el frente, le trasladaron desde el este. Mi padre está en casa, trabaja en la piscifactoría de Gosrybtrest.[81] Mi madre, mi abuela y un hermano pequeño se quedaron en casa. Todos siguen en Tobolsk.

Cuando recibí una carta de mi hermana, fui a casa a decirle a mi madre que iba a ir a la escuela de enfermería. Allí me hice miembro del Komsomol en 1939. En octubre [de 1941] terminé mis estudios de enfermería. Tratamos de alistarnos tras la graduación pero no nos dejaron. «Volved cuando hayáis cumplido diecinueve años.» Le escribí una carta al camarada Stalin. Me enseñaron la carta con su decisión: que fuera enviada al frente inmediatamente. También estuve trabajando en la Cruz Roja.[82] Sesenta de nosotras fuimos a la oficina de reclutamiento cuando supimos que iba a llegar un destacamento y todas firmamos una petición. Cogieron a unas 45 chicas, la mayoría auxiliares sanitarias. Luego vinimos a esta unidad.



Enfermera Nina Kokorina.

También me gustaría hablar de cuando nos marchamos. Nunca olvidaré ese momento. Normalmente, cuando vienen a despedirte, todo son lágrimas. Pero nuestras madres mostraron una entereza asombrosa. En una de sus cartas, mamá me contaba que las mujeres le decían muchas veces: «Anna Vasilievna, has mandado a dos hijas y un hijo al frente, ¿cómo puedes estar contenta?». Y ella les respondía: «No los eduqué para que se quedaran en casa».[83]

Comandante Vasili Georgievich Belugin (Comisario del 347.º Regimiento de Fusileros): Nací en 1897. Soy miembro del partido desde 1919. La primera vez que me alisté en el ejército fue en 1916. Serví en el ejército anterior nueve meses, hasta 1917. En diciembre de 1916 fui arrestado por difundir propaganda revolucionaria y debilitar la moral del ejército. Me pusieron en libertad en febrero de 1917. En septiembre de 1917 comencé a trabajar como inspector en el sindicato de panaderos. En 1918 me reclutaron para el batallón Rogozhsko-Semionov. Desde agosto de 1919 a 1924 trabajé para departamentos especiales de la Cheka y la Administración Política Central.[84] Al mismo tiempo comencé mis estudios. En 1931 terminé en el instituto técnico y trabajé como jefe del departamento de personal del Sóviet Supremo de Economía Nacional,[85] luego como director del Instituto de Transporte Industrial para el Comisariado del Pueblo de Industria Pesada, y más tarde, en 1935, fui nombrado director de la Academia Industrial de toda la Unión Soviética por orden del Comité Central. Después fui enviado a trabajar en el Comisariado del Pueblo hasta el comienzo de la Guerra. El 22 de junio presenté mi dimisión para poder alistarme voluntario en el ejército.

Los comités de la ciudad de Moscú y del partido regional aprobaron mi solicitud el día 25, de modo que ya quedé libre para marcharme. Me presenté voluntario, y mi hija vino conmigo. Tenía diecinueve años. Llevaba una bolsa de viaje cuando vino a la estación a despedirme. Había decidido venirse conmigo. Por más que le decía, no se iba de la estación, rogándome una y otra vez que la llevara conmigo. Entonces se acercó a

nosotros un miembro del Consejo Militar del distrito militar de Siberia. Cuando supo lo que pasaba, dijo: «Déjela ir». Yo le pregunté si de verdad podía llevarla conmigo. «Los dos podéis y debéis.» Y los dos nos fuimos juntos.

Capitán Semion Solomonovich Rivkin (Comandante de un batallón de ingeniería de campaña independiente): El batallón se formó en marzo de 1942. El día 25 de marzo celebramos nuestro primer aniversario. Yo estaba en el batallón desde que se formó. La mayoría eran siberianos. Jóvenes inexpertos que nunca habían entrado en combate. Trabajamos con ellos bastante tiempo. Después de dos meses de entrenamiento fuimos todos al frente, así que en realidad estuvimos trabajando con estos soldados durante unos cinco meses. Para entonces podía confiarse en todos ellos para cualquier misión de combate.

Sargento mayor Nina Mijailovna Kokorina (Enfermera, adjunta para asuntos políticos, 347.º Regimiento de Fusileros): Nosotros fuimos exhaustivamente entrenados por el general Gurtiev. Casi todos los días hacíamos entre treinta y sesenta kilómetros de marcha. Había días en los que nunca llegabas a secarte tras la lluvia, en los que nada más dormirte sonaba la alarma. Cuando la oías, te levantabas y te ponías de nuevo en marcha. Las chicas demostraron una resistencia extraordinaria. A veces pasábamos trabajando tres días seguidos, sin descansar, y siempre estábamos cantando canciones. Durante las pausas, bailábamos. Al jefe de regimiento Mijaliov le gustaba mucho nuestra compañía sanitaria.

Teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin (Subcomandante para asuntos políticos, 308.ª División de Fusileros): El anterior comisario de la división había sido destituido. El general Medvedyev vino y me anunció que tenía quince minutos. Un avión estaba esperando en el aeródromo, dijo, y me iba a llevar a la 308.ª División, que iba camino del frente. Llegó un coche y me llevó al aeródromo. Fuimos directamente a la base aérea de Omsk. El 10 de junio aterrizamos en Sarátov. Allí tenía que conocer al personal político de la división. Una semana más tarde

celebramos una reunión de partido en la que debatimos sobre nuestro trabajo político y los objetivos de organización del partido. Yo presenté un informe sobre la situación del trabajo político del partido y establecí una serie de tareas específicas –lo que era necesario hacer y cómo había que hacerlo– para que la división estuviera completamente preparada. El trabajo de organización del partido era la base de todo.



Subcomandante político de la división, teniente coronel Afanasi Svirin.

El primer tema hacía referencia al bienestar diario –es decir, el funcionamiento del comedor. Tras la reunión del partido inspeccionamos el comedor y detectamos una serie de deficiencias. Fijamos una serie de medidas para ponerles solución. El siguiente problema tenía que ver con la higiene de los soldados. Tenían que lavarse, había que darles ropa limpia. Estas cuestiones fueron abordadas con gran sensatez. Por último estaba el tema del entrenamiento en combate de la división. Este punto requirió un extenso trabajo político de partido por nuestra parte.

Este trabajo se llevó a cabo a través de reuniones tanto a nivel de regimiento como de compañía, y un buen número de personas acudía a ellas para participar y expresar su opinión sobre una serie de temas.

Durante el entrenamiento para el combate nos propusimos la tarea de erradicar el miedo de los soldados a los tanques y también a los aviones, problemas a los que muy pronto tendríamos que enfrentarnos en la realidad.

¿Qué métodos prácticos existen para eliminar el miedo a los tanques?

En primer lugar, hacíamos que cada soldado tomara conciencia del poder y la fuerza implacables de su ametralladora anticarro. Dábamos a cada soldado la oportunidad de disparar contra unas planchas de metal que cogíamos de la vía férrea. Todos los soldados se autoconvencían de que un tanque podía ser atravesado y de que ellos eran perfectamente capaces de manejar su ametralladora anticarro. En cuanto al otro aspecto, lo que hacíamos era hacer pasar los carros por encima de ellos cuando estaban agazapados dentro de las trincheras. De esta forma comprobaban que aquellas estrechas trincheras constituían un refugio seguro y que una vez el carro había pasado podían salir y lanzar granadas.

También les poníamos ejemplos de los valientes soldados de Sebastopol, que se lanzaban bajo los tanques en grupos de cinco, y de las heroicas hazañas de los hombres de Panfilov, los veintiocho que fueron capaces de contener una avalancha de vehículos. [...]

Les instruíamos en nuestras tradiciones militares rusas. A menudo citábamos a nuestros grandes líderes militares, que decían que para proteger a tu esposa y a tus hijos debes defender la madre patria, darlo todo para defender la madre patria. Les hablábamos de las hazañas heroicas de Ivan Susanin y les ofrecíamos otros muchos ejemplos de la historia del pueblo ruso. Todo esto penetra en la mente de cada soldado y le da confianza en nuestra victoria. Algunas veces, mientras íbamos de camino a alguna parte, yo daba discursos sobre los desafíos a los que se enfrentarían nuestros soldados en las batallas que tenían por delante. Otros trabajadores del partido tomaban también la palabra. Cada vez que hacíamos una parada en algún sitio, se organizaban debates, se daban conferencias, se leían informes. Todo esto lo hacíamos para que llegaran al frente con la mayor predisposición política y de combate. [...]

Respecto al miedo a los aviones, sabíamos que íbamos al frente, y que nos encontraríamos con ellos antes incluso de llegar. Les hacíamos entender que no solo la artillería antiaérea podía derribar aviones. Uno también podía dispararles con su fusil, su metralleta o su arma anticarro. Les poníamos ejemplos sacados de los periódicos sobre aviones que habían sido derribados con fuego de fusil, y les dejábamos absolutamente claro que el miedo a los aviones era algo que debían borrar de sí mismos.

Nuestra tercera tarea era hacer que todos, y especialmente los miembros del Komsomol, dispararan bien. Durante nuestro periodo de entrenamiento de combate tuvimos unos 3.000 miembros del Komsomol. Les marcamos una meta: una cuarta parte de ellos debían convertirse en francotiradores, y el resto alcanzar, como mínimo, la calificación de «bueno» o «excelente». [...]

Antes de desplegarnos en el frente, llevamos a cabo una gran cantidad de trabajo político de partido. Celebramos una reunión de todo el personal político en la que nos propusimos la tarea de llegar al frente sin perder ni un solo soldado ni trabajadores políticos en el camino. También celebramos reuniones del Komsomol en las compañías. Gracias a este

trabajo, llegamos al frente sin que se produjera ni una sola deserción. Hubo un incidente en el que se le cayó el arma a un soldado de nuestra compañía. El comandante de la batería nos dijo que el soldado había perdido su carabina unos tres kilómetros atrás. Le mandamos a buscarla y después de unas cinco horas volvió con ella, empapado de sudor. Así es como conseguimos no perder a ninguno. Llevamos 12.000 personas al frente. Tardamos siete días.

General de división Leonty Nikolayevich Gurtiev (Comandante de la 308.ª División de Fusileros): Nuestro punto de desembarco era Kumalga.[86] Algunos de nosotros bajamos en Kumalga, el resto en diversas localizaciones más al norte o al sur, y luego nos reagruparon. Llegamos sanos y salvos. Solo un tren recibió disparos y un comandante resultó herido. Nos congregamos en Kumalga y luego marchamos hacia la aldea de Eterevskaya. Desde allí partimos hacia Kotluban y Samojvalovka.[87] Pasaron varios días sin que se registrara ningún incidente durante la marcha. Era una marcha bastante difícil. Hacía calor, y dado que no teníamos mucho tiempo, cubríamos distancias muy largas, y nuestro transporte iba con retraso. Siempre íbamos en formación de columna. Nos desplegamos rápidamente y llegamos sin problemas. En un momento dado perdimos algunos hombres y cuatro caballos. [...]

Durante los primeros dos días nuestra división sufrió graves bajas. Perdimos mucha gente a causa de los ataques aéreos enemigos. Hubo un montón de heridos por metralla. Muchos murieron también por fuego de mortero. En unos pocos días, más de 5.000 hombres tuvieron que ser tratados por el batallón médico. Todo el día, desde el alba hasta el anochecer, había quince o veinte, a veces hasta cuarenta aviones enemigos, y todo ese tiempo estábamos bajo el fuego de los morteros. No teníamos muchos aviones. Ellos se unieron a la lucha, pero solo para misiones de carácter general. Era la Luftwaffe quien controlaba el cielo.

Teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin (Subcomandante para asuntos políticos, 308.ª División de Fusileros): El 1-2 de

septiembre llegamos al área de Kotluban. Durante algunos días, nuestra división estuvo bajo el mando de la Stavka, pero luego pasó a formar parte del 24.º Ejército. Entonces nos llegaron las instrucciones respecto a nuestra misión en las operaciones de combate del área de Kotluban. Nos ordenaron atacar de noche. Antes de nuestra partida, volvimos a mantener reuniones en todos los regimientos y batallones. El camarada Yudin, un representante del Comité Central, pronunció un discurso, y también lo hicieron muchos otros trabajadores políticos, incluido yo mismo.

Los aviones no paraban de merodear sobre nosotros, iluminando toda el área. A menudo teníamos que interrumpir nuestras reuniones. Era como si el enemigo hubiera descubierto dónde nos reuníamos, y primero iluminara el área con bengalas para a continuación lanzarnos las bombas encima. El camarada Yudin había venido de Moscú solo para poner fin a este caos, y a nosotros se nos encargó protegerle. Tras nuestros discursos, los soldados prometieron cumplir sus órdenes, liberar Stalingrado y unirse a las unidades que allí habían. El grupo decidió enviar una carta al camarada Stalin en la que todos los regimientos juraban que cuando aquellos soldados siberianos recibieran la orden de entrar en batalla lo darían todo por cumplir esas órdenes y derrotar al enemigo.

Aquella mañana, cuando la división partió hacia la batalla, reinaba un espíritu optimista, era imposible no sentirse animado.

Nos ordenaron tomar las colinas 132, 154.2 y 143.8, y los regimientos de fusileros 339.º y 347.º avanzaron hacia allí con apoyo de la artillería. Nos habían prometido el apoyo de carros de combate para la ofensiva, pero no tuvimos ninguno, así que los regimientos 8.º, 9.º, 10.º y 11.º atacaron estas colinas sin los carros. Las colinas eran de gran importancia, porque desde ellas se podía divisar toda la ciudad. El camarada Stalin conocía estas colinas[88] y nos propusimos la tarea de tomarlas a toda costa. Además, estas colinas permitirían el posterior avance sobre Gumrak y el contacto con la gente de Stalingrado.

Tomamos las colinas el 19 de septiembre. Mantenerlas no fue fácil, pero conseguimos hacerlo hasta el día 27.

Dmitri Andrianovich Petrakov (Comisario del 339.º Regimiento de Fusileros): El 4 de septiembre de 1942 nos encontrábamos en Lesnichestvo, dentro de la región de Stalingrado. Teníamos la orden de partir hacia la estación de Kotluban. La marcha duró del 5 al 8, cubriendo una distancia de unos trescientos kilómetros, y al amanecer del día 9 llegamos a la estación. Fue entonces cuando comenzaron los ataques aéreos. Eran ataques aéreos masivos. Nuestro regimiento no tuvo oportunidad de romper la formación, por lo que seguíamos en marcha formando una larga columna cuando empezaron a lanzarnos bombas y a machacarnos con morteros y artillería. Ahí fue cuando entramos en batalla. No tuvimos ninguna información con anterioridad. El área era completamente llana y abierta, y lo único que se veía delante de nosotros eran las colinas, desde donde el enemigo nos estaba disparando atrincherado. La gente empezó a cavar sin pensárselo dos veces. Nos desplegamos en formaciones de combate e iniciamos el asalto a las colinas 143.8 y 154.2. Sufrimos muchas bajas.

Esa noche, el 2.º Batallón encabezó la primera oleada del ataque y puso en apuros al enemigo. Aquel primer día perdimos a alrededor de un 50 % de nuestro personal y a casi todo el personal político. Un francotirador alemán y dos operadores de carros de combate permanecieron escondidos en tanques que habían sido neutralizados para vigilar al 2.º Batallón, pero cuando el batallón avanzó aquellos alemanes se quedaron atrás. Vimos a uno del mando político apuntando a los alemanes. Los alemanes finalmente se dieron cuenta de que les estaban disparando desde atrás.

Aquella noche ocurrió algo horrible. Los hombres se adentraron corriendo en un desfiladero sin saber dónde se metían. La división perdió alrededor de mil hombres de golpe. Los trabajadores políticos tuvieron que trabajar toda la noche bajo el fuego enemigo.

Sargento mayor Nina Mijailovna Kokorina (Enfermera, adjunta para asuntos políticos, 347.º Regimiento de Fusileros): En nuestra marcha hacia Stalingrado recorrimos 280 kilómetros en tres días. Lo hicimos muy bien en aquel viaje. Las chicas mantuvieron el mismo ritmo que los soldados. A estos a menudo se les hacían heridas en los pies. Nosotras les curábamos. Las chicas recibían muestras de agradecimiento casi a diario.

Llegamos al área de la estación de Kotluban. No olvidaré jamás aquel día. El ataque comenzó a las cinco en punto. Había dos colinas: la 143.8 y la 154.2. Unas cuantas divisiones habían llegado antes que nosotros, pero ninguna de ellas pudo tomar aquellas colinas. Era el 10 de septiembre. Una no se imagina cómo es la guerra. No es algo a lo que estés acostumbrado, no es fácil de entender. Fue entonces cuando los alemanes hicieron entrar a sus aviones en combate y comenzaron a bombardear nuestras posiciones. Rodeamos una de las colinas y nos metimos en un barranco. Ahí es donde sufrimos las primeras bajas. Enseguida nos dimos cuenta. Hasta entonces yo en realidad no había sido consciente de la gravedad del asunto. Era como si lo anterior hubiese sido solo un entrenamiento. La primera baja se produjo en la compañía anticarros. Yo fui corriendo hacia él. Se le salían todas las tripas fuera. Volví a metérselas dentro y le vendé entero. [...]

Un subfusilero con uniforme del Ejército Rojo se infiltró en nuestras filas. No disparó a los soldados ni a los enfermeros pero sí al primer oficial que apareció.

El teniente Tarniuk, comandante del batallón, me ordenó que fuera a vendar a los heridos y ver de dónde venían los disparos. Yo fui andando a gatas hasta la posición del 2.º Batallón y me di cuenta de que alguien nos estaba disparando desde esa dirección. Luego vi a un soldado echar a correr y al poco los disparos empezaron a venir del lado izquierdo. Más o menos pude determinar de dónde procedían los disparos. Había un soldado de la 3.ª Sección herido. Le envié a informar de lo que yo había

visto. Me quedé detrás para vigilar al de la ametralladora y a nuestros soldados. Mientras el soldado no estaba, el subfusilero desapareció y se encaramó a un tanque que estaba bloqueándonos el camino, a unos quinientos metros del barranco. Mató al comandante de la 8.ª Compañía. El comandante de mi sección, Ganchenko, tomó el mando. La mitad de nuestra sección se dirigió hacia allí. Pero el enemigo estaba cubriendo un área muy amplia, no podíamos atravesarla. Ganchenko ordenó a sus hombres rodear el tanque y matar al subfusilero. Estos cumplieron la orden rápidamente.

Casi todas las chicas de nuestro batallón fueron propuestas para recibir medallas.

Quisiera hablar de Sonia Fateyeva, que resultó herida en la batalla. Era de Tobolsk. Una chica alta y robusta. Una vez en clase, cuando aún estábamos en Yazykovka, apareció un oficial, y cuando ella puso la mano en su hombro, él perdió el equilibrio y tropezó. La teníamos en gran estima. Era una chica maravillosa, muy simpática. Si veía que alguien estaba un poco bajo de ánimo, ella le hacía sentirse mejor enseguida.

Los alemanes habían estado bombardeando nuestro barranco desde las cinco de la tarde. Decidí tratar de atravesar la línea de fuego y llegar hasta los nuestros. Y lo conseguí. Allí descubrí que Motya Gurina, una enfermera, había sido herida. Los alemanes tenían el área cubierta con fuego de mortero, y tenían además a sus aviones lanzando bombas. Yo llegué casi hasta las últimas trincheras. Allí vi a una enfermera tendida en el suelo. Me acerqué a gatas hasta ella y vi que era Sofía. Tenía la cabeza vendada. Le habían disparado en la cabeza, no se veía orificio de salida. Nuestro sargento mayor la había atendido. La habían llevado allí desde la línea del frente. No sé cómo consiguió atravesar la tierra de nadie.

Le pregunté: «Sofía, ¿qué ha pasado?». «Pues que me han disparado. He perdido mucha sangre.» Yo le dije: «Tienes que llegar al barranco». Ella me dijo –nunca lo olvidaré–: «Sé que la vida está allí, pero no voy a ir». No intenté ordenárselo. No tenía derecho a hacerlo.

Capitán Ivan Vasilievich Maksin (Jefe de la sección política de la división a cargo del Komsomol): Como trabajador del Komsomol, y habiendo sido antes profesor de secundaria, me esforcé para ser un trabajador del Komsomol de primera línea. Utilizaba los ejemplos de Arnold Meri,[89] Iliá Kuzin[90] y Zoya Kosmodemyanskaya[91] –miembros del Komsomol que se comportaron como héroes en la Guerra Patriótica– para sacar lo mejor de la gente. De este modo, yo también me convertía en un verdadero soldado del frente a la vez que difundía el modelo de estos heroicos miembros del Komsomol durante los debates con las subunidades y organizaciones del Komsomol y los debates con miembros femeninos. [...]

La situación con la que nos encontramos cerca de Kotluban hizo muy difícil mantener el orden entre los miembros del Komsomol, y nuestros líderes no siempre se mostraron lo suficientemente activos en nuestras organizaciones del Komsomol. El camarada Sheiko era el modelo de un verdadero organizador. Cada día sabía cuándo y cómo muchos de nuestros miembros quedaban fuera de servicio, ya fuera por haber caído heridos, muertos, enfermos, etcétera. Cada noche el Komsomol hacía un resumen del trabajo del día. Se reunían en un sitio previamente designado, generalmente después de un intenso combate, durante un momento de relativa calma, y determinaban cuáles habían sido los resultados de la batalla, la cifra de muertes, qué acciones heroicas había habido y quiénes las habían protagonizado, y a continuación establecían un plan para difundirlas con el fin de que todo el Komsomol conociera a esos héroes. Los miembros de la oficina de administración del regimiento regresaban a sus unidades, al nivel más bajo de las organizaciones del Komsomol, e informaban de la reunión y del heroico espíritu del Komsomol a las masas, a la gente del frente. Reuníamos a pequeños grupos en las trincheras, en las líneas del frente, a veces de noche, y comunicábamos los resultados de la reunión y las heroicas hazañas de miembros de otras unidades. Al día siguiente, todo el mundo en el Komsomol sabía quién de ellos era el héroe

del día. De estas reuniones en las que anunciábamos quiénes habían sido los héroes del día –tanto hombres como mujeres– un buen ejemplo sería la que convocó el propio secretario de la oficina del regimiento Sheiko en una compañía médica tras la muerte de Liolia Novikova, miembro del Komsomol, una heroína galardonada con la Orden de la Bandera Roja a título póstumo.

Todo el mundo conocía a Liolia Novikova. En un primer momento, no inspiraba la confianza que luego en el frente demostró merecer. Parecía más una bailarina. Durante el entrenamiento para el combate usaba tacones. Trabajaba como delineante, pero siempre se mostró deseosa de ir a la línea del frente. Como no mostraba dedicación a su profesión, muchos pensaban que carecía de disciplina. Pero ella no paraba de solicitar una y otra vez entrar a servir en el batallón como enfermera para poder traer del frente a los heridos. Su falta de disciplina acabó siendo la razón por la que la enviaron al frente.

El 11 de septiembre de 1942 fue la jornada de combate más dura para la división, especialmente para el 339.º Regimiento de Fusileros. Durante muchas horas de intensa lucha, Liolia Novikova dio muestras de un heroísmo excepcional. Atendía a los heridos y los arrastraba para ponerles a cubierto bajo un fuego incesante de ametralladora y de mortero, sin tener en cuenta nunca de qué unidad o compañía eran. Aquel día usó más de cincuenta paquetes de vendas, uno por cada soldado herido, lo que significa que vendó y recuperó a cincuenta hombres y oficiales. Aquella noche regresó del campo de batalla. Yo había estado en aquel regimiento antes, durante el entrenamiento de combate, y los dos habíamos mantenido una conversación: «Liolia, eres una miembro ejemplar del Komsomol, tienes formación, y también un enorme talento para recitar poesía. Si tan solo fueras más disciplinada, podrías llegar a pertenecer al partido. Yo podría recomendarte. Demuéstranos que eres capaz». Ella dijo que no podía entrar en el partido porque todavía no se había puesto a prueba en combate. «No sé qué tal lo haría en un combate verdaderamente

duro», dijo. «Si doy la talla en el frente y demuestro lo que valgo, entraré a formar parte del partido, pero primero tengo que llegar al frente.» Consiguió lo que se propuso.

Tenía las mangas remangadas cuando volvió de la intensa batalla, y los brazos cubiertos de sangre seca hasta los codos, y no había dónde lavarse debido a un problema con el agua, y no solo para lavarse, tampoco para beber. Ella regresó con nosotros al atardecer, para entonces yo ya había oído hablar del heroísmo que había mostrado en el combate. Los hombres tuvieron que sacarla casi a rastras de lo más encarnizado de la lucha. Lo primero que dijo cuando llegó fue: «Ahora sí puedo pedir mi entrada en el partido. Ahora sí he dado prueba de mi valor, de que nunca tendré miedo por duro que sea el combate». Hablaba con tal entusiasmo de cómo las bombas y las balas volaban a su alrededor y de cómo los soldados gritaban: «¡Ayúdeme, hermana!», y ella sacaba a rastras a los soldados heridos del campo de batalla… Su experiencia de la vida en el frente había dejado en ella una profunda huella y suplicó con toda vehemencia su incorporación al partido como miembro.

Al día siguiente la lucha siguió siendo intensa. El comandante del batallón, cuya vida había salvado Liolia Novikova al ponerle a salvo del peligro por la noche, le dio una pistola. Ella se la colgó del hombro y se dispuso a entrar en su segunda jornada de combate. A las dos horas le alcanzaron los disparos de un subfusil alemán: tres balas en la cabeza, Liolia estaba muerta.

De modo que cuando el camarada Sheiko llegó a la organización del Komsomol de la compañía, el primer punto de la agenda fue este, las heroicas hazañas de Liolia Novikova. Debo mencionar también que aquella fue una reunión ejemplar en lo que respecta a la educación de los miembros del Komsomol. El camarada Sheiko entró en la sala. Todos los miembros del Komsomol se levantaron. Él les saludó y dijo: «Da comienzo la sesión de esta reunión del Komsomol de la compañía médica. El punto de la agenda de hoy son las heroicas hazañas de la miembro del

Komsomol Liolia Novikova». Una vez iniciada la sesión, se puso en pie para hablar, diciendo que él sabía lo que había hecho y podía contar su historia. Pidió a todos que se pusieran en pie y honraran la memoria de Liolia Novikova, una heroína que había muerto en acción mientras luchaba contra los atacantes alemanes. Todo el mundo así lo hizo, muchos con los ojos llenos de lágrimas, y lamentando la muerte de Liolia. Una mujer alegre y llena de vida. El camarada Sheiko dio cuenta de sus hazañas. A continuación, unas mujeres jóvenes tomaron la palabra y juraron luchar contra los alemanes como lo había hecho Liolia. Tras estos juramentos, la reunión del Komsomol resolvió que todos sus miembros honrarían la memoria de Liolia Novikova luchando contra los ocupantes alemanes de la madre patria socialista. La reunión asimismo resolvió pedir a la oficina del partido que aceptara la solicitud de Liolia de entrar a formar parte de las filas bolcheviques y contarla entre los miembros del Partido Comunista.

Las heroicas hazañas de Liolia Novikova pasaron de inmediato a formar parte del legado de los miembros del Komsomol de todas las organizaciones regimentales. Se escribieron artículos sobre ella en los periódicos del frente y de las divisiones, entre ellos uno firmado por mí. Después el Komsomol solicitó para ella una condecoración a título póstumo. Liolia Novikova recibió de esta manera la Orden de la Bandera Roja. Escribimos a su madre una carta muy sentida, pero no hubo respuesta porque resultó que la habían evacuado de Voronezh.

Teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin (Subcomandante para asuntos políticos, 308.ª División de Fusileros): En Kotluban, en la colina 154.2, nos topamos con carros de combate por primera vez. Había unos cuarenta. El 17 de septiembre, mi comandante de división y yo estábamos en el puesto de observación. Los carros estaban avanzando hacia los regimientos 351.º y 347.º. Yo llamé a dos instructores de la sección política, les dije que fueran a prestar apoyo moral a las unidades antitanque antes de que se enfrentaran a los carros, para ayudarles a

permanecer firmes. Aceptaron las órdenes y trataron de convencer a todo el mundo de que debían luchar hasta la muerte para no dejar pasar a esos tanques. Abrimos fuego nada más vimos acercarse los carros, lanzando una gran descarga de fuego antitanque. Toda la artillería del regimiento estaba en aquella colina y en ese momento nos hicimos con aproximadamente una docena de carros. El resto de ellos se dio la vuelta y se fue por donde vino. Los tanques ardían a la vista de todos, cada soldado podía ver por sí mismo que los tanques no daban tanto miedo si te enfrentabas a ellos. Mientras los soldados estuvieran dentro de las zanjas de sus trincheras, les dijimos que los que dirigían el tanque no podían verles y que a unos cinco metros de distancia ni siquiera podían dispararles. Después comenzamos el asalto a la colina.

Comandante Vasili Georgievich Belugin (Comisario del 347.º Regimiento de Fusileros): El 347.º Regimiento de Fusileros se había puesto en reserva para dar apoyo al comandante de la división. El comandante del regimiento y yo habíamos dedicado cinco largos meses de productivo trabajo a que este regimiento estuviera bien entrenado, y no podíamos aceptar la función que nos habían asignado dentro de este orden de batalla. Teníamos un plan detallado de cómo la división podía conseguir sus objetivos, y el 10 de septiembre presentamos estas sugerencias al comandante de la división. Nuestro plan fue aceptado, el 351.º Regimiento quedó retenido y nosotros pasamos a integrar la principal fuerza de ataque. Nuestra misión era atacar y derrotar al enemigo en la colina 154.2, tomar el control de la misma y a continuación avanzar hacia Brovkin y Novaya Nadezhda. El 18 de septiembre nos pusimos en marcha para llevar a cabo la misión. [...] Establecimos nuestra posición al amparo de la oscuridad y pese a la terrible cantidad de fuego enemigo, aquella mañana del 18 de septiembre, y con nuestros hombres exultantes de ánimo, tomamos la colina 154.2 tras una única y contundente ofensiva.

Los batallones 1.º y 2.º se encargaron de completar las siguientes tareas del regimiento. Atacaron Brovkin y Novaya Nadezhda, y para las

once ya habían tomado Brovkin y todavía siguieron adelante, pese a las graves pérdidas. El 3.º Batallón se ocupó de asegurar lo que habíamos ganado estableciendo un perímetro defensivo para la colina 154.2. Desde esta colina se podía abarcar con la vista toda la zona. Podía verse hasta unos ocho o diez kilómetros de distancia. Desde las diez de la mañana, el fuego de mortero y de artillería del enemigo fue casi incesante, y una flota entera de aviones en grupos de diez o quince no paró de bombardearnos hasta la noche, soltando una ingente cantidad de carga mortífera.

[...] Un informe del puesto de observación comunicaba la llegada de más de veinte vehículos enemigos cargados de infantería. Las unidades de infantería enemiga se estaban organizando en formaciones de batalla delante de nuestros ojos. Había comenzado el primer contraataque del enemigo. Fue entonces cuando finalmente se reveló el plan del comandante. El jefe del regimiento Barkovski atacó con todo lo que tenía a la columna enemiga: toda la potencia de fuego del 3.º Batallón, incluidas las reservas. La compañía de morteros del regimiento situada en la colina 154.2 ya había lanzado los últimos proyectiles de su tercera reserva de municiones. Vasili Boltenko llevó sus pistolas de 45 mm a la línea de fuego y empezó a prender fuego a los vehículos enemigos.



Sargento mayor Vasili Boltenko, condecorado con la Orden de la Guerra Patriótica de primera clase.

Subteniente Vasili Yakovlevich Boltenko (jefe de sección y subcomandante de batallón para las unidades de combate del 347.º Regimiento de Fusileros): El combate se trasladó a una colina que era de gran importancia: la colina 154.2. El 347.º Regimiento de Fusileros fue el encargado de luchar por esta colina desde el día 17 hasta el 18. La situación era desalentadora, y había una gran concentración de fuerzas enemigas. Yo estuve con el 1.º Batallón durante estos combates. El intenso fuego enemigo procedía del flanco derecho. En cuanto el artillero disparó contra el búnker, el hombre murió. El jefe de nuestra batería murió a doscientos metros de mí. Mi casco recibió el impacto de un proyectil.

Nuestros cañones no se replegaron cuando la infantería tomó la colina. Yo hice que dos kazajos los arrastraran. El comandante de regimiento Barkovski estaba cerca de la colina cuando ocho carros alemanes emprendieron el contraataque. Yo dejé inutilizados dos de ellos y unos cuantos fusileros antitanque hicieron lo mismo con el resto. Nos hicimos con ellos. Disparé a uno de los tanques tres veces y dos impactos hicieron parar al otro en seco.

Comandante Vasili Georgievich Belugin (Comisario del 347.º Regimiento de Fusileros): Una nueva amenaza empezó a llegar por el flanco izquierdo: una formación de treinta carros de combate enemigos avanzaba lentamente hacia la colina 154.2. La infantería enemiga les seguía de cerca. Encima de los tanques iban subfusileros. El comandante del regimiento decidió utilizar todo lo que tenía para tomar aquella colina. Arma en mano, nos hizo tomar las posiciones de tiro de la vecina compañía de morteros de la división. Yo me hice con unos diez fusiles antitanques. El comandante Barkovski, jefe del regimiento, quería abrir un intenso fuego de ametralladora a corta distancia.[92] Reunió todos los cañones anticarro, se aseguró él mismo de que funcionaban, indicó los objetivos, y justo en ese momento fue herido de muerte. Quería decirnos algo, pero no pudo terminar la frase. [...]

Los carros se iban acercando. Llamé a Igor Mirojin, secretario político y el favorito del regimiento: «Bueno, amigo mío, el regimiento es suyo. Recuerde cuando en Cheremushka dijo: “Estaré un año o dos en este puesto y luego me pondrán al mando de un regimiento”. ¡Solo hace dos meses de eso!». «Tomo el mando del regimiento.» Igor Mirojin revisó las posiciones de tiro y utilizó su fusil antitanque para disparar a los tanques desde la trinchera vecina a la mía.

Los cazabombarderos y aviones en vuelo rasante atacaban nuestra colina como cuervos. Pero eso no era lo más importante. Lo más importante era parar a aquel primer tanque. Luego todo lo demás se arreglaría. Igor Mirojin era un excelente tirador. Fue el primero de nuestra división en abatir un Messerschmitt con un fusil antitanque. Disparó al tanque de la derecha, logrando detenerle con su primer disparo, y con el segundo prendió fuego al de en medio. Es una pena que los cartuchos para las armas anticarro no estén lubricados. Es difícil sacarlos del cargador. «Necesitas una pala.» Igor Mirojin utilizó su pala de cavar trincheras para abrir el seguro, disparó, y un tercer tanque quedó envuelto en llamas. Doscientos metros. A 150 metros, el enemigo cambió sus formaciones de batalla. Los carros de los flancos llegaron a la línea principal y luego empezaron a avanzar directamente hacia la línea frontal. Igor Mirojin detuvo un cuarto tanque. «¡Vamos, un poco de fuego!» El tanque empezó a arder. Y con el sexto disparo al quinto tanque, se cruzaron dos disparos: el de Mirojin y el del tanque enemigo. Y ese fue el fin de Mirojin. Le impactó directamente en la cabeza. Este hombre extraordinario, este valiente guerrero con nervios de acero, quedó decapitado al instante. Sus sesos me salpicaron entero.

¡Cuatro horas y media duró este ataque infernal! ¡Cuatro horas y media de esfuerzo sobrehumano! Me puse al mando del regimiento. Nuestras pistolas de 45 mm y el pelotón de fusileros antitanque habían derrotado por completo al enemigo. Habíamos conseguido repeler el ataque de los tanques.

Estaba oscureciendo. Comencé a reunir a los comandantes. La colina estaba en calma. Un puñado de subfusileros, diez hombres, dos fusiles anticarro y catorce morteros de los cuales solo uno funcionaba. Decidí informar inmediatamente de nuestra situación al mando de la división. Un representante del 1.º Ejército de la Guardia, un comisario de batallón, cuyo nombre no recuerdo, fue enviado a la división como mensajero del 347.º Regimiento de Fusileros.

Los tanques ardían por todas partes, como velas gigantes. Teníamos que asistir de inmediato a los heridos. Teníamos que conseguir ayuda de la división enseguida.

La lucha continuó al mismo nivel de intensidad hasta el día 19. La división hizo entrar sus reservas en batalla. El batallón antitanque y el batallón de entrenamiento adoptaron formaciones de combate. Los jefes de los distintos departamentos, un pelotón químico, un pelotón de zapadores, artillería a caballo, todos, entraron directamente a luchar como soldados de la línea del frente.

El coronel Gurtiev, jefe de la 19.ª División, vino a verme a mi puesto de mando. Él era el que estaba dirigiendo la batalla junto con Svirin, el comisario de división. Dan la señal preliminar de atacar, y ¿qué ocurre? Parece que el comandante del batallón de entrenamiento no ha recibido la orden. ¿Le llegó a tiempo? ¡Que se ponga de inmediato al teléfono! No hay conexión. Pese a todos sus esfuerzos, los de comunicaciones no fueron capaces de restablecer la comunicación. Una y otra vez la línea quedaba cortada por el fuego enemigo.

«Belugin, ¿hay alguien con quien pueda usted contar?», preguntó Gurtiev. «Atacamos en cinco minutos. El batallón de entrenamiento se encuentra por ahí.» Señalaba al noroeste. «Tenemos que encontrar al batallón de entrenamiento y hacerles llegar mi mensaje.»

Llamé a Seligeyev. Era corredor de larga distancia, miembro del Spartak.[93] Se le conocía también porque varias veces había recorrido cien kilómetros en un día durante el entrenamiento de combate. Su misión era

hacer llegar la orden al comandante del batallón, y luego informar de vuelta si la orden había sido llevada a cabo.

Seligeyev salió corriendo agachado en esa dirección para trasladar la orden del comandante de división. Todavía no sé cómo pudo recorrer ese kilómetro y medio tan rápido, pero llegó a tiempo para informar al comandante con confirmación escrita de que el comandante del batallón de entrenamiento había recibido las órdenes y comenzaría el ataque según lo planeado.

Un resplandor rojo estalló en el cielo. La artillería amplió el alcance de su fuego. Comenzó el ataque. Las unidades especiales iban atrás. Les hicieron avanzar. El ataque fue un éxito. Finalmente habíamos conseguido hacernos con las colinas.

Yo resulté herido durante el ataque, y el 19 de septiembre a las cinco en punto mi hija Maya me metió dentro de una tienda. Me dijo llena de alegría que la orden se había llevado a cabo y me susurró: «Te pondrás mejor y estarás de vuelta en un abrir y cerrar de ojos».

Acabé en un hospital de campaña.

Sargento mayor Nina Mijailovna Kokorina (Enfermera, adjunta para asuntos políticos, 347.º Regimiento de Fusileros): El 1 de septiembre [sic] tomamos posiciones defensivas. Lo hicimos de noche, y aparentemente llegamos bastante cerca de las posiciones alemanas. Éramos yo, Zina Reshetova, Ania Shuvanova y otras dos chicas, Roshina y Arjatova, y estábamos de guardia, protegiendo a nuestros comandantes. Al amanecer oímos un grito procedente del lado alemán: ¡Alto! Resultó que estábamos rodeados por tres lados. El barranco en el que estábamos solo tenía una salida muy estrecha que estaba cubierta por un tanque y ocupada por subfusileros alemanes. Estábamos prácticamente cercados, sin posibilidad de recibir ayuda. Debíamos de quedar dieciséis de nosotras, no más. Nos quedamos allí hasta el 18 de septiembre. No tuvimos ni comida ni agua en dos días. Había un montón de heridos. Era imposible sacarlos de allí. Les vendamos las heridas. Había cantimploras

con raciones de agua. Dábamos esta agua a los heridos, les cuidábamos, cavamos una pequeña trinchera. Los alemanes se acercaban cada vez más. El 17 de septiembre pedimos refuerzos pero no vino nadie. El comandante del regimiento ordenó a nuestro batallón mantener nuestras posiciones. Todo el batallón se quedó allí, no se fue nadie.

Teníamos mucho trabajo que hacer con los soldados. Muchos de los soldados dudaban de sí mismos, no estaban seguros de que pudiéramos lograrlo. Nosotras hablábamos con ellos. Te metías dentro de una trinchera y empezabas a contarles hazañas heroicas de soldados y oficiales. Les hablábamos del soldado Kosyj,[94] que formó parte de un grupo de seis miembros del Komsomol que repelieron el asalto de sesenta alemanes. Estaba en nuestro mismo batallón. Dejó que los alemanes se acercaran y cuando estaban a solo diez metros empezó a lanzarles granadas. Mientras, una ametralladora les disparaba desde su flanco. Cogió a un soldado, Yefimov, y se aproximó sigilosamente a la trinchera de la que procedían los disparos. Cuando llegó a ella, lanzó unas cuantas granadas dentro al grito de «¡Batallón, seguidme!». Seis hombres (el supuesto batallón) le siguieron. Volvió con dos ametralladoras alemanas, un montón de rifles y treinta prisioneros. Ahora está haciendo un curso para teniente. Le dieron la Orden de la Estrella Roja. Ese era el tipo de cosas de las que hablábamos.

El 18 de septiembre recibimos nuestras órdenes: nuestro grupo, tal y como estaba, tenía que atacar y ocupar la colina 143.6. Nuestros soldados estaban muy animosos. Llevaban dos días allí y habían contenido el ataque alemán. Eso les había infundido mucha moral. No habíamos sufrido ninguna baja. Las únicas bajas se habían producido el primer día. El 17 de septiembre las chicas consiguieron llegar al barranco y traerse a los heridos. Trabajamos toda la noche.

El 18 de septiembre atacamos.

Dmitri Andrianovich Petrakov (Comisario del 339.º Regimiento de Fusileros): El 18 de septiembre marcó el punto culminante en nuestros

esfuerzos por tomar la colina, y todavía nos quedaban unos diez kilómetros de terreno llano para llegar. Yo había estado con la compañía en varios ataques, y habíamos sufrido grandes pérdidas. El 18 de septiembre nos ordenaron tomar la colina. [...] Nuestras órdenes consistían en llegar a toda costa a la posición del batallón aquella noche y ponernos manos a la obra –teniendo en cuenta que la preparación de la artillería empezaría a las cinco en punto– para luego atacar por la noche. Nos abrimos camino literalmente a través de las trincheras. Nuestros hombres solo tenían balas trazadoras para disparar. Les dimos de comer y les explicamos la importancia de estas colinas, prometiéndoles que serían condecorados: una Orden de la Estrella Roja por cada soldado alemán capturado, una Orden de la Bandera Roja por cada oficial, y una Orden de Lenin para quien fuera el primero en llegar a la cima. Muchos de los hombres dijeron que ni siquiera eso les animaría a hacer prisioneros, que en cuanto dieran con un alemán se podía dar por muerto. Nos asignaron un regimiento de artillería y dos batallones de lanzacohetes Katiusha, además de nuestro propio batallón. Entonces empezamos a disparar contra los alemanes, continuando con la ofensiva a las seis en punto.[95]

General de división Leonty Nikolayevich Gurtiev (Comandante de la 308.ª División de Fusileros): No completamos todos los puntos de nuestra misión, pero tomamos aquellas colinas.

El comandante del frente, camarada Malenkov,[96] y Yeriomenko, nos convocaron y estuvieron hablando con nosotros hasta el inicio del ataque. Después de tomar aquellas colinas no tenían mucho que decir contra nuestra división.

No es fácil decir por qué no completamos la misión. Tal vez porque no tuvimos ninguna ayuda de nuestras unidades vecinas por el flanco izquierdo. Pero hay que saber cuál era la situación general en el sector. No obstante, en términos generales, no recibimos muchas críticas por ello, lo cual admito que me hace sentir orgulloso, porque en ese entonces hubo gente que sí. [...]

El destacamento de bloqueo no tuvo que emplearse en ningún momento con nosotros. Hubo algunos casos aislados de deserción y automutilación, pero nada de gran importancia. [...] La mayoría de los soldados aguantaron el tipo con valentía. Podría decirse incluso que no se refrenaban lo suficiente: una vez que se ponían en marcha, no podías pararles. [...]

Curiosamente, conseguimos estas colinas mediante una decisión del comité. Habíamos tomado posesión de la colina 143.8, pero nuestro vecino pensaba que la había tomado él. Yo le dije al general Moskalenko[97] que yo había tomado la colina 143.8, pero él no me creyó. Al final hubo que enviar a un topógrafo, que nos adjudicó de nuevo la colina a nosotros.

La colina 154.2 dio lugar a más controversia y problemas aún. Nuestro vecino por la izquierda estaba interfiriendo, afirmando que la había tomado él. Su batallón de entrenamiento había tomado la ladera a nuestra izquierda, pero fueron nuestras unidades las que tomaron la colina propiamente dicha. Su mando político era Shulgin, con quien yo había servido antes, pero casi llegamos a las manos por culpa de esta colina. [...] Los días 26 y 27 de septiembre nos hicieron replegarnos y nos mandaron a Stalingrado. Caminamos durante tres días.

Teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin (Subcomandante para asuntos políticos, 308.ª División de Fusileros): El 27 de septiembre recibimos la orden de retirarnos de la línea del frente, y el 28 la de salir hacia Stalingrado, y estar allí el 30 como muy tarde. Echamos un vistazo al mapa: 250 kilómetros. Pero las órdenes son las órdenes. Las cosas finalmente acabaron como esperábamos: nos íbamos a Stalingrado. Cuando la gente supo que íbamos derechos a Stalingrado, que íbamos a cruzar de la orilla oeste a la este del Volga y luego otra vez a la oeste reaccionó a la noticia con alegría.

Teníamos que tomar el camino largo. Empezamos a contarle a la gente historias sobre la defensa de Tsaritsin. En Stalingrado hicimos del papel del camarada Stalin en la defensa de Tsaritsin el pilar fundamental de

nuestro trabajo político, junto con el de los camaradas Voroshílov y Parjomenko. Cuando Malenkov y Zhukov nos visitaron, dijeron que el camarada Stalin había dicho que no se rendiría, pasara lo que pasara. Podías morir, pero no podías abandonar Stalingrado. Más adelante explicaron por qué. Más allá de Stalingrado estaba la estepa, y luego Kuibishev y Moscú. Todo esto se lo repetimos a los soldados, advirtiéndoles de lo que ocurriría si rendíamos Stalingrado. [...]

Antes de cruzar a la orilla occidental, hubo reuniones en todos los regimientos, batallones y compañías. Les explicamos: «Echad un vistazo: Stalingrado. Aquí están las fábricas, aquí el Volga, el gran río ruso, y más allá los edificios de Stalingrado, la gran ciudad en la que un día vivió el gran Stalin. Nuestra división comenzó su existencia en las orillas del largo y gris río Irtish, y ahora hemos llegado hasta las amplias orillas de este río ruso, el Volga. Allí aprendimos, y ahora vamos a poner eso que aprendimos en práctica. Fue aquí donde el camarada Stalin dio una vez la orden de que todas las balsas y barcos fueran retirados de la orilla para que no estorbaran a los hombres o inspiraran miedo. Nosotros también hemos cruzado a la orilla oeste del Volga y también nosotros estamos retirando todas las barcas, para que no molesten a los hombres, que solo deben avanzar hacia delante».

Esto es lo que pasaba en las reuniones, siempre con un alto nivel ideológico y político, y los soldados daban un paso al frente y juraban que defenderían Stalingrado hasta el final.

General de división Leonty Nikolayevich Gurtiev (Comandante de la 308.ª División de Fusileros): Al amanecer, todavía estábamos transportando a la gente a la otra orilla, yo había ido al cuartel general. Acabamos teniendo que entrar en un área que estaba siendo bombardeada por los alemanes y no salió bien. Algunos de nosotros fuimos avanzando a lo largo del dique, incluido yo y mis comandantes, Stafeiev, Smirnov, mi ayudante y el jefe de la NKVD. Otros tomaron una ruta indirecta. No iba a ser fácil para nosotros llegar a salvo a nuestro destino. Nos quedaban

todavía unos tres kilómetros. El enemigo nos avistó. Esta estrecha franja de tierra a lo largo de la orilla del río –la única tierra que seguía estando en manos soviéticas cuando llegamos a Stalingrado– podía ser vista perfectamente por el enemigo desde la altura a la que se encontraba. No íbamos en formación, pero el enemigo podía vernos de todas formas y empezar a bombardearnos para impedirnos el paso. Había subfusileros en ese edificio que parecía un museo, y estábamos bajo el fuego de varios morteros. Para cuando llegamos a nuestro destino habíamos perdido dos o tres docenas de hombres.

Yo estuve ocupado durante todo el día con temas relativos al reconocimiento en la línea del frente. Mi batallón de zapadores, el batallón de comunicaciones, el de morteros y el 351.º Regimiento habían venido hasta aquí conmigo. Dos de mis regimientos estaban todavía en la orilla oeste [sic]. [...] El 351.º Regimiento mantenía la línea en la fábrica Silikat. Nuestros regimientos estaban formados por entre trescientas y 350 personas. El enemigo concentró el fuego de artillería sobre ellos, les bombardeaba desde los aviones, pero ellos seguían luchando.

Yo personalmente conduje al 351.º Regimiento a nuestras posiciones iniciales por la noche, sin haber podido orientarnos todavía en esta área. En el cuartel general nos habían asignado instrucciones para la división que ya se encontraba allí. Al principio fuimos avanzando con éxito y conseguimos tomar la fábrica Silikat. Ya habíamos llegado a sus muros occidentales. Tuvimos que detenernos tras un intenso fuego de los alemanes, que habían pasado al ataque. Estuvimos todo el día bajo un incesante fuego enemigo, llevábamos sufriendo bajas desde aquella mañana, y el regimiento estaba agotado por la marcha. Hubo un montón de heridos en el regimiento. Su jefe de comunicaciones vino a mi puesto de mando, en el almacén Gastronom. Él era el último. Llegó corriendo, asustado. Me informó de que todos en el regimiento habían muerto. Le ofrecí a uno de mis oficiales y le envié de vuelta a Markelov con un mensaje. No logró volver. Luego llegó el 339.º Regimiento y la lucha

continuó, día y noche, contra unas fuerzas enemigas claramente superiores.

Teniente coronel Alexéi Stepanovich Smirnov (Jefe de la sección política de la división): El 351.º Regimiento se perdió el 5 de octubre. [...] El 4 de octubre este sector debía mantenerse a toda costa. Recibimos una orden de que el regimiento debía permanecer firme. Sobre las 11.00 de la noche, Markelov, el comandante del regimiento, resultó muerto. Frolov tomó el mando y continuó con la defensa. Al final los alemanes se las arreglaron para rodear al regimiento y destruirlo por completo. Solo dos hombres escaparon del cerco, pero al parecer habían huido, así que les hice volver. Supimos de la actuación del regimiento por el comandante Frolov.

Teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin (Subcomandante para asuntos políticos, 308.ª División de Fusileros): Quedaron once hombres en el regimiento. El último en caer fue el comandante Frolov, y el jefe del regimiento resultó gravemente herido. Aquellos once soldados sobrevivieron porque habían sido enviados con algún recado al cuartel general de la división, el cuartel general del regimiento, etcétera. [...]

Lo sentimos mucho por el coronel Mijaliov, el secretario político del 339.º Regimiento de Fusileros, que murió junto con toda su gente. Era un magnífico oficial, competente y estricto, le caía bien a todo el regimiento. Las enfermeras jóvenes hablaban de él como si fuera su padre. Podías seguirle a todas partes, confiar en cualquier orden suya.



Jefe del departamento político de la 308.ª División de Fusileros, teniente coronel Alexéi Smirnov.

El 6 de octubre recibí un mensaje de Mijaliov pidiéndome que le reconciliara con Sandin, el comisario del regimiento. Yo conocía bien a Mijaliov y decidí llevarme conmigo a Varshavchik, nuestro jefe de asuntos políticos, e ir inmediatamente al regimiento. Pero apenas habíamos recorrido cincuenta metros cuando nos topamos con un mensajero que traía una petición del comandante de división para resolver cierta discusión. Yo fui para allá y me entretuve con el jefe y dos comandantes tratando de determinar las posiciones exactas de nuestras unidades. Apenas había salido por la puerta, camino del regimiento, cuando me informaron de que una bomba les había impactado directamente, matando a todo el personal del 339.º Regimiento de Fusileros. Murieron diecisiete personas, incluido un representante del cuartel general del ejército.

Alexander Fiodorovich Koshkarev (Secretario de la oficina del partido, 339.º Regimiento de Fusileros): Nuestra unidad llegó a Stalingrado y a lo largo del 1 y el 2 de octubre fuimos cruzando en el transbordador a la orilla occidental del Volga. [...] La noche del 2 al 3, nuestra subunidad se hizo cargo de la defensa principal en el Jardín del Aeropuerto. Pudimos equipar nuestras líneas defensivas por la noche. Los aviones enemigos estuvieron en funcionamiento durante todo el día. Del 3 al 4, nuestras unidades continuaron construyendo trincheras y mejorando nuestras defensas.

El cuartel general de nuestro regimiento estaba en el edificio Gastronom. A la izquierda de ese edificio estaba el Jardín del Aeropuerto, donde estaba localizado nuestro batallón. Las unidades especiales estaban a la derecha del edificio (una compañía de subfusileros, un grupo de fusiles antitanque). No teníamos artillería, y ellos seguían acercándose. El cuartel general de la división había estado en este edificio, pero se fueron la noche del 3 porque los alemanes estaban tratando de bombardearlo.



Teniente coronel Mijaliov.

El 4 de octubre, los alemanes lanzaron un ataque sobre nuestras unidades de combate situadas en el Jardín del Aeropuerto y sobre el edificio que albergaba a nuestro personal del regimiento y a las subunidades de la compañía del cuartel general. Sobre las once, quince tanques, acompañados de infantería, lanzaron un fuerte ataque. Los alemanes estaban constantemente tratando de romper nuestras defensas por el flanco derecho. [...] El 4 de octubre la lucha se prolongó durante todo el día. Nuestras unidades mantuvieron sus posiciones, y el edificio que los alemanes no paraban de atacar seguía en nuestras manos. El teniente Shonin, miembro del Komsomol, demostró un excepcional heroísmo ese día.[98] Solicitó la admisión en el partido, pero no hubo lugar a aceptarla: lo mataron el día 5. Había eliminado tres tanques él solo, sin ayuda de nadie.



Teniente Boris Shonin.

Al anochecer habíamos abandonado ya el edificio Gastronom porque pensamos que no era buena idea seguir allí. Habíamos perdido a algunos de nuestros soldados y oficiales y sabíamos que los alemanes querían tomar el edificio a cualquier precio, pero nosotros no habíamos recibido refuerzos.

Nos trasladamos a un nuevo enclave, a unos cien o 150 metros más abajo de la clínica de la fábrica, un edificio en forma de T.

[...] Durante una reunión de planificación de los comandantes de las unidades, una bomba cayó directamente sobre el cuartel general, matando a todos los que estaban allí: el comandante y comisario del regimiento, el secretario político, dos subcomandantes del regimiento, el jefe adjunto del departamento político, un comisario veterano del batallón, un representante del frente, un asistente, y algunos más. Yo me encontraba fuera en aquel momento porque me habían encargado cruzar el Volga para coger algunos documentos. Entre los supervivientes estábamos yo, Zhigalin[99] y Fugenfirov.[100] Zhigalin se puso al mando. Yo llevaba bastante tiempo fuera del regimiento. Conocía a Zhigalin y le pedí que tomara el mando, y establecimos comunicación con los batallones y con el cuartel general de la división. Yo me quedé en el edificio para organizar el trabajo de sacar los cadáveres de los escombros.

Comandante Vasili Georgievich Belugin (Comisario del 347.º Regimiento de Fusileros): La noche del 19 de octubre, me presenté ante el comandante de la división y le dije que ya me había recuperado y que quería retomar mis obligaciones. Tras el cordial y alegre saludo del comandante y la entrañable bienvenida del comisario y todos los miembros del personal, me sentí infundido de un valor y una fe renovadas en nuestra justa causa, en nuestra resistencia.

Ellos me pusieron al día sobre la situación. «Es completamente diferente de lo que pasó en Kotluban en la colina 154.2», me advirtió el coronel Gurtiev. «Por cierto, ¿sabía usted que mantuvimos una discusión sobre la colina 154.2? Todo el mundo negaba que la habíamos tomado

nosotros, y tuvimos que arrastrar a una comisión entera del ejército para aclarar las cosas. Una lástima que no estuviera Ud. allí. Las cosas son distintas aquí. Eche un vistazo –tenemos el Volga cincuenta metros detrás de nosotros, y el enemigo a 150 metros delante. ¡No hay mucho sitio para maniobrar! Cada día esta franja de doscientos metros se ve salpicada con un montón de bombas, morteros, balas. Estamos acostumbrados a eso, pero usted viene de estar en cama en un tranquilo hospital. Espere un poco, no se una ya al regimiento, quédese con nosotros un tiempo.»

Cada minuto, o bien el coronel Gurtiev o el comisario Svirin trataban de convencerme para que me quedara un poco más. Yo continué siendo su huésped hasta última hora de la noche. «Quédese con nosotros un poco más.» «No, me marcho.» «Adelante, pues. Chamov es el nuevo oficial al mando allí. Es un sector difícil. ¿Sabía que el 351.º Regimiento ha desaparecido? Lo que queda de él se ha transferido a los regimientos 347.º y 339.º. Ninguno de sus oficiales sobrevivió. Savkin murió valerosamente, justo después de Barkovski. Un comandante maravilloso, un combatiente incansable. El coronel Mijaliov murió, el comandante del 339.º Regimiento de Fusileros. Murió absurdamente, dentro de un edificio sobre el que impactó directamente una bomba de dos toneladas. Fue enterrado junto a sus compañeros.»

«No use un edificio como puesto de mando. Es mejor situarlo en un espacio abierto, pero bien camuflado. Los edificios son peligrosos. Utilícelos como fortines y establezca líneas de comunicación subterráneas entre ellos. Hagan salidas delanteras, en dirección al enemigo, caven trincheras profundas y utilícenlas. Sea astuto y cambie con frecuencia las posiciones de tiro.»

Y con estas palabras, fui a presentarme ante mi nuevo comandante en el 347.º Regimiento de Fusileros.

Teniente coronel Andréi Sergeyevich Chamov (Comandante del 347.º Regimiento de Fusileros): En Stalingrado, nuestro regimiento estaba a cargo de la defensa del sector sur del Jardín del Aeropuerto, calle

Petrozavodskaya, y del sector sur de la fábrica Barricadas. Nos enfrentábamos a la 305.ª División de Infantería, que incluía a los regimientos 276.º, 277.º y 278.º. El 17 de octubre, el enemigo lanzó un bombardeo aéreo sobre nuestras formaciones de combate, combinado con una descarga masiva de artillería y mortero. Estaba claro que el enemigo iba a avanzar y a atacar el sector que nuestro regimiento tenía orden de defender.



Lucha en el distrito industrial de Stalingrado, octubre de 1942. *Fotografía de Georgi Samsonov*.

Para las 10.00 de la mañana, los carros de combate enemigos ya habían penetrado en el sector por nuestra izquierda, donde se encontraba el 685.º Regimiento de Infantería, y continuaba por la calle Buguruslyanka, en dirección al puesto de mando de mi regimiento. Eran veinte carros acompañados de subfusileros.

A las 11.00, otro grupo de tanques traspasó el perímetro sur del Jardín del Aeropuerto y la parte norte de la fábrica Barricadas, llegando de este modo a rodearnos.

El comandante de la división me ordenó que no nos retiráramos sino que siguiéramos luchando dentro del cerco. [...] Los hombres de la batería antitanque de nuestro regimiento, comandados por el sargento Boltenko, se distinguieron en esta lucha. Eliminaron seis tanques. Con sus armas destrozadas, sus soldados continuaron combatiendo desde las zanjas de sus trincheras con granadas anticarro y cócteles mólotov.

En este enfrentamiento el enemigo dejó a nuestro regimiento dividido, quedando el 1.º Batallón separado del 2.º Batallón. Unos ocho tanques atacaron el puesto de mando del 1.º Batallón, situado en un edificio de la Central Eléctrica de Sormovskaya. El capitán Zalipujin era entonces el comisario. Los carros alemanes destruyeron la central. Disparaban a las puertas y ventanas desde una distancia de entre sesenta y setenta metros. El edificio empezó a arder. Entonces irrumpieron en la central unos soldados de infantería, serían aproximadamente una compañía. Zalipujin, dos enfermeros y dos soldados del cuerpo de transmisiones estaban dentro. Repelieron siete ataques entre las cuatro y las siete de la tarde. El propio capitán Zalipujin mató a 32 fascistas con su pistola, algunas granadas y un subfusil. Con este comisario a la cabeza, el grupo de soldados continuó luchando durante tres horas bajo asedio.

Todos ellos resultaron heridos, incluido Zalipujin, pero no abandonaron el puesto de mando hasta que yo les ordené hacerlo. Zalipujin se llevó al jefe del batallón y al secretario político heridos del campo de batalla. Los dos enfermeros y uno de los del cuerpo de transmisiones murieron en aquel edificio, asfixiados por el humo.

A las seis, unos trece carros de combate enemigos se estaban aproximando a mi puesto de mando, donde se encontraba el personal de nuestro cuartel general. Empezaron a dispararnos directamente desde unos ochenta o noventa metros de distancia. Al mismo tiempo estábamos

bajo el fuego de las metralletas. Justo entonces nuestro jefe adjunto de Estado Mayor para labores de reconocimiento, el teniente Vasili Kalinin, regresaba de una misión de exploración. Se acercó a gatas hasta el puesto de mando, cogió un fusil antitanque y se puso a disparar a los alemanes por su cuenta. Tardó entre doce y quince minutos en hacer arder cinco tanques alemanes y dejar otros seis inutilizados. A continuación, reunió a un grupo de siete subfusileros para lanzar un contraataque contra los paracaidistas que habían llegado con la intención de entrar en el puesto de mando. Este contraataque se saldó con la muerte de más de un centenar de fascistas y permitió a Kalinin avanzar unos 150 metros y echarse sobre ellos.

Teniente Vasili Petrovich Kalinin (Jefe adjunto de Estado Mayor del Ejército para tareas de reconocimiento, 347.º Regimiento de Fusileros): El 16-17 de octubre nuestras formaciones de combate y posiciones de la retaguardia estaban bajo un intenso fuego de mortero, ametralladoras y aviones enemigos. Las bombas hacían retumbar la tierra. El bombardeo comenzó de nuevo la mañana del 17, y a eso de las dos del mediodía lanzaron un ataque. Justo en ese momento yo me encontraba al teléfono, dentro de un búnker. Estaba preguntando por la situación de nuestras unidades y la actividad del enemigo. Me dijeron que el fuego enemigo de ametralladoras y morteros había parado. Empecé a transferir los movimientos del fuego enemigo de mi mapa de situación a mi cuaderno de notas, donde suelo registrar estas cosas. Encendí un cigarrillo, y justo entonces, escuché ruido de motores. Me apresuré a salir y escuché el estruendo de los tanques, procedente de la línea del ferrocarril. Corrí al puesto de observación, que estaba a unos trescientos o cuatrocientos metros de distancia. Vi unos diez tanques aproximándose en formación dispersa. El enemigo había conseguido tomar el puesto de observación, algo de lo que yo todavía no había sido informado. Más abajo había soldados antitanque de una unidad vecina. Llegué hasta ellos y cogí un fusil antitanque. El día anterior había llovido mucho, y debido

al descuido de alguno, el rifle estaba oxidado. Lo monté y apunté a un tanque. Disparé, pero me quedé corto por unos cien metros o así. Entonces ajusté un poco la mira y alcancé al tanque en todo el frontal. Empezó a echar chispas como una soldadora eléctrica. Pero entonces pude ver que seguía avanzando y que la torreta giraba. Apunté de nuevo, pensando que podía darle yo primero, pero acabamos disparando al mismo tiempo. Le di al depósito de combustible y los pedazos llegaron a lo más alto del tejado del edificio.

El tanque se incendió, y en tres o cuatro minutos ardía como una caja de cerillas. Vi otro tanque salir del mismo edificio y tratar de remolcar el primero. Disparé al segundo tanque justo cuando acababa de salir, y este también empezó a arder. Después de haber prendido fuego a los dos tanques, pensé que debía cambiar mi posición en este edificio. Vi otro tanque salir. Quería coger mi arma y ver qué estaba pasando en el puesto de mando, así que salí de allí y justo entonces el tanque me disparó, dando en mi rifle antitanque y dejándolo dañado. Yo no había conseguido disparar el primero. La verdad es que no funcionaba como debía por culpa del óxido: después de disparar tenía que abrir el seguro con el pie, lo que lo hacía más difícil y además bajaba mi velocidad de disparo. La explosión me dejó aturdido, y sentí un dolor agudo y creo que me quedé inconsciente un rato. Había nubes de polvo por todas partes y no se veía nada. Pensé, tengo que salir de aquí o acabarán conmigo. Del puesto de mando seguía sin saber nada, como si no hubiera nadie allí. Cogí mi fusil, mi ordenanza cogió algunos cartuchos y nos fuimos de allí. Por el camino ayudé a un soldado herido y le dije a mi ordenanza que lo sacara de allí. Se lo llevó y volvió con más munición perforadora que le mandé traer. Yo estaba aturdido, no podía oír bien, tenía sangre en las manos. Los tanques avanzaban lentamente, con un grupo de subfusileros justo detrás de ellos. Cuando disparé, la infantería bajó corriendo por un barranco que conduce a un cementerio. El ordenanza indicó que el tanque estaba cruzando la línea férrea y ya estaba [sic] a pocos metros del puesto de mando. Cogí

mi fusil antitanque y disparé a la sección frontal del tanque nueve veces, pero no pude penetrar en el blindaje. Decidí disparar a un lateral, y le di lo suyo. El tanque dejó de avanzar, pero siguió disparando. Entonces cogí una granada antitanque y un cóctel mólotov y le dije al ordenanza que abriera fuego si veía que abrían la escotilla. El comandante del tanque abrió la escotilla y mi ordenanza le disparó. Yo corrí a gatas hasta el tanque, lancé la botella y luego la granada. El tanque empezó a arder. [...]

Alguien me avisó de que se acercaba un tanque, pero el fusil antitanque estaba a doscientos metros. Fui corriendo hacia el tanque. Pensé que se trataba de un tanque pequeño y que podía encargarme de él sin problemas. Pero, verá, este tanque se aproximaba por una carretera de asfalto, había logrado atravesar nuestras defensas y venía hacia nosotros por atrás. Cuando estuvo cerca empezó a disparar a nuestras formaciones de combate permitiendo que sus hombres se agruparan tras él y se fueran retirando de la línea del frente. Entonces yo cogí a trece hombres. No era fácil distinguir las fronteras entre las posiciones alemanas y las nuestras, y a menudo no sabíamos dónde estaba cada uno. Corrí agachado hasta el siguiente edificio, donde las vías del tren se desviaban, y monté mi fusil antitanque. Disparé dos veces, y el cuarto tanque empezó a arder. Otro tanque estaba pasando por delante de la escuela, demasiado lejos de donde yo estaba. No creí que pudiera llegar a él, pero pensé que podía intentarlo. Entonces me di cuenta de que me había quedado sin munición, y no sabía cómo recargar el fusil antitanque, porque nunca había tenido que aprender a hacerlo. Me fastidiaba mucho no poder abrir el fusil. Entonces, por casualidad, apreté un botón que abría la recámara, y metí los cartuchos. Había tanques en la zona donde los otros estaban ardiendo, y uno de ellos estaba disparando al edificio donde yo me encontraba. Me paré a escuchar y pude oír que alguien más estaba disparando al carro con otro fusil antitanque. Se veían chispas, pero nada más. Entonces crucé a gatas la vía férrea con mi fusil, bajé al barranco y recorrí los 150 metros que había hasta su primera línea de ataque, a unos cien metros del tanque. «Ahora»,

pensé, «voy a acabar contigo aunque sea lo último que haga.» Disparé una vez, luego dos veces más –nada. Me acerqué un poco más y volví a disparar, pero el fusil no podía traspasar el blindaje. Disparé doce veces desde todas direcciones. No se incendiaba. Entonces retrocedí a gatas con mi fusil, mandé a un ordenanza a coger una granada y un cóctel mólotov y volvimos de nuevo a mi última posición cerca del tanque. Estábamos a unos cuarenta metros. No teníamos más que una oportunidad de conseguirlo. Me acerqué un poco más, lancé uno al frontal del tanque. Inmediatamente empezó a arder. Me aproveché de ello para lanzar dos granadas antes de volver corriendo a nuestras posiciones de ataque con mi ordenanza.

Soldado Fiódor Maximovich Skvortsov (Telefonista, 308.ª División de Fusileros): Las bombas y proyectiles no paraban de caer, cortando nuestras comunicaciones, y no teníamos suficiente cable. Teníamos que hacer las conexiones con cables usados. Esto afectaba a la calidad del sonido, pero solucionaba el problema. Una vez, durante un ataque enemigo, nuestras comunicaciones dejaron de funcionar de repente. Un subfusilero había conseguido acercarse hasta nuestra línea y cortar el cable en pedazos. Me puse a reconectar la línea, y entonces él empezó a dispararme. Me tendí junto a las vías del tren, me quedé allí quieto unos quince minutos, y volví gateando hasta el puesto de mando, con la línea de comunicación todavía intacta. [...]

Una vez tuve que llevar la corriente a través de una varilla sin protección. La corriente me pasó directa al brazo y a los dientes. Había veces que usábamos alambre de púas. Puedes completar un circuito hasta con unos cuantos hombres cogidos de la mano.

Sargento mayor Nina Mijailovna Kokorina (Enfermera, adjunta para asuntos políticos, 347.º Regimiento de Fusileros): Al principio nuestra compañía médica se encontraba localizada en la isla. Las chicas tenían mucho trabajo que hacer allí. Tenían que recorrer ochocientos metros de isla hasta llegar al transbordador y recoger a los heridos, a

quienes se depositaba en la orilla. Desde allí les cogían y los subían en pequeñas barcas, y luego los transportaban mediante correas o camillas hasta el puesto de socorro del regimiento instalado en la arena. [...] No podíamos encender fuego, así que todo había que hacerlo a oscuras. La isla estaba bajo constantes descargas de mortero, porque el enemigo sabía que nuestras unidades de apoyo se encontraban allí y que nuestros refuerzos llegaban a través de esta isla. [...]

El 18 de octubre nos obligaron a retroceder. Tuvimos que volver atrás junto con el puesto de mando del batallón. Los alemanes habían dejado incomunicado el puesto de mando del regimiento, y no sabíamos dónde se encontraba nuestro regimiento. Fuimos directamente a un taller de la fábrica Barricadas. Esto ocurrió la mañana del 19 de octubre. Pasamos todo el día allí, porque era imposible que los heridos cruzaran en el río. [...]

Aquella noche nos dimos cuenta de que estábamos rodeados. Pasamos toda la noche y el día en la fábrica Barricadas, sin posibilidad de salir de allí, porque no teníamos adónde ir, el enemigo había colocado ametralladoras alrededor de nosotros, incluso nos estaba lanzando granadas. Los alemanes habían llegado a estar a cinco metros de nosotros. Nosotras también lanzábamos granadas, como los soldados. Aquella noche decidimos salir como fuera. Había un montón de alemanes, según los informes de inteligencia, y nosotros no éramos muchos. Así que tuvimos que aguzar el ingenio. Abrimos un enorme hueco en una de las paredes del taller, y salimos todos a gatas por este agujero, para escapar sin perder a nadie. Conseguimos llegar a la orilla del río. [...] El 21 de octubre resulté herida en la orilla del río y me enviaron al batallón médico. Al principio iban a enviarme a ochenta kilómetros de nuestro hospital de campaña, pero había rumores de que nuestra unidad iba a marcharse; yo temía que me separaran de mi unidad, así que me escapé del hospital de campaña y fui a nuestro puesto de mando. Me despacharon aquella misma noche, porque no hubo manera de que me dejaran quedarme, tenía una

herida importante en la cabeza, resultado de un impacto directo en nuestro búnker, en el que también resultó herido el comandante del batallón, Posylkin. A él también tuvieron que despacharle. Yo no había vuelto a Stalingrado desde el 21 de octubre.

Soldado Fiódor Maximovich Skvortsov (Telefonista de la 308.ª División de Fusileros): El 22.º y el 351.º Regimientos empezaron a retirarse. El comandante del regimiento escribió una nota al general en la que decía que el regimiento quería emprender la retirada. Esta nota fue llevada al puesto de mando, desde donde Tarasov me ordenó que fuera a entregársela al general. Cuando me puse en marcha, el fuego de ametralladora y mortero venía de todas direcciones. Todo se caía a pedazos, los edificios se derrumbaban. Me arrastré unos cien metros a gatas hasta llegar al general, y le di el mensaje. El general se negó a retirarse y mantuvo a sus hombres donde estaban, pero al poco tuvimos que irnos de todas formas porque no nos quedó otra opción.

Comandante Vladimir Makarovich Sovchinsky (Jefe adjunto para asuntos políticos, 339.º Regimiento de Fusileros): El 22 de octubre recibimos una comunicación del Consejo Militar del Frente de Stalingrado para todos los comunistas y defensores de Stalingrado. Empezamos a repasar esta comunicación en las unidades. Se convocó a los miembros del partido en el taller para una reunión de todo el regimiento. Había siete u ocho personas. No conseguimos completar el repaso porque el enemigo lanzó un ataque sobre los talleres. Se pidió a todos los comunistas que se fueran, incluido el secretario de la oficina del partido, que acababa de llegar. Se ordenó que hubiera un miembro del partido en cada taller y que nadie se marchara sin permiso. Mantuvimos los talleres durante dos días. En uno de ellos, la mitad del espacio era nuestro y la otra mitad del enemigo. Nunca habíamos usado tanta munición como en aquellos días. Nos quedamos sin cartuchos, utilizamos granadas F-1. Sufrimos muchas bajas. Quedaron solo tres o cuatro personas por batallón.

Anna Kipriyanovna Stoilik (Enfermera, jefa de sección del cuerpo de sanidad, 308.ª División de Fusileros): Estábamos justo en la orilla el 26 [de octubre]. El enemigo nos estaba bombardeando con un intenso fuego de mortero. No había posibilidad de escapar. Un soldado resultó herido, yo fui corriendo hacia él. El enemigo había empezado de repente a disparar muy rápido. Yo salté dentro de un búnker y luego volví a salir. Este hombre del mortero que estaba a mi lado había sido herido en seis sitios. Le quité la ropa y le vendé las heridas, pero yo no tenía fuerza suficiente para moverle. Entonces se acercó corriendo Robinova y entre las dos conseguimos arrastrarle hasta el búnker. Nos pidió agua. Para coger agua del Volga había que atravesar campo abierto, así que los soldados tenían las cantimploras vacías. Yo fui corriendo al río a por agua, la traje, se la di al herido y le dejé en el búnker. Por la noche utilicé una lona para arrastrarle los dos kilómetros que había hasta la compañía médica. No teníamos camillas. Atábamos las esquinas de una lona y llevábamos a los heridos a cuestas. Los alemanes estaban barriendo los barrancos con fuego de mortero y metralleta.

[...] En Stalingrado transporté a 97 heridos en total. [...] Me concedieron la Orden de la Bandera Roja por mi trabajo.

Teniente coronel Andréi Sergeyevich Chamov (Comandante del 347.º Regimiento de Fusileros): El 27 de octubre el enemigo se pasó todo el día lanzando descargas masivas de artillería y fuego de mortero, además de bombas desde el aire. Los preparativos aéreos solían empezar al amanecer y parar, según nuestros datos, entre las 6.30 y 6.45 de la tarde. En aquel momento se esperaba un ataque alemán. A las 12.30 me enteré por el puesto de mando del comandante de la división que iba a haber un «concierto». De hecho, este «concierto» empezó a las 12.40 y continuó hasta la 1.20, cuarenta minutos duró. Eran los preparativos de la artillería. Entonces nuestra propia artillería, que estaba al otro lado del Volga, empezó a disparar con gran intensidad. Como resultado de este fuego de artillería concentrado, eficaz y bien planificado, cualquier intento de los alemanes por avanzar quedó paralizado. Sus comunicaciones quedaron cortadas; su potencia de fuego, aniquilada, y dos horas después ya no se escuchaba ruido de morteros ni de ametralladoras. Se hizo un silencio completo.

Comandante Vasili Georgievich Belugin (Comisario del 347.º Regimiento de Fusileros): El 27 de octubre fue un día que nunca olvidaré. El enemigo empezó a actuar desde por la mañana temprano. La descarga de fuego de artillería, mortero, ametralladora, metralletas y fusiles era constante; las bombas caían del cielo como granizo; y mediante este ataque tanto físico como anímico, el enemigo podía sacar de quicio hasta a los hombres más aguerridos. Los soldados decían que aquello era el infierno. Recuerdo la descripción del infierno en la *Divina Comedia* de Dante. En aquel infierno, la gente podía asistir a la celebración de una boda y al menos sentirse bien. Pero aquí, con los fragmentos de mortero, piedra, arena y polvo cayendo continuamente sobre ti en lo más hondo de tu trinchera; cuando sientes como si los tímpanos te hubieran estallado por las explosiones de bombas y morteros; cuando apenas dejas asomar el mango de una pala y al segundo recibe el impacto del disparo de un

francotirador… a ver quién es capaz de repeler un ataque enemigo en estas condiciones.

Entonces llegó el clímax. Todo estaba cubierto de polvo. Nuestras posiciones de tiro habían quedado enterradas; nuestras trincheras, derrumbadas, y nuestro puesto de mando, destruido. Habíamos salido de las trincheras solo dos minutos antes, y en ese momento pensamos que esta imparable avalancha de soldados y maquinaria enemiga nos iba a aplastar. Pero no fue así. Silencio –esta era la orden más tajante: prepárate. Ahora, en este mismo segundo. Reponte, disponte a la lucha, y aun si estás medio muerto, aun si solo puedes usar un brazo, dispara con él al enemigo. Concéntrate en el primer atacante que veas. Solo en ese primero. Tu primer disparo infundirá valor en tus camaradas.

Y el silencio de esta orden incondicional empieza a levantar a los hombres de sus trincheras cubiertas de tierra, a prepararlos para la batalla decisiva. Todo el mundo está pensando lo mismo: es ahora o nunca. «No voy a dejar que el enemigo entre en mi sector, no es posible la retirada. Le dije al camarada Stalin que no hay sitio para mí en la orilla este del Volga. Firmé una carta de mi puño y letra diciendo que no daría un paso atrás y que lucharía con todas mis fuerzas y mi capacidad por la madre patria.»[101] Esto es en lo que todo el mundo pensaba mientras se preparaba en silencio para repeler el ataque.

Y entonces comenzó. Se escuchó retumbar la primera salva de artillería. ¿De dónde venía? ¿Y por qué? Era extraño, increíble, que esta poderosa salva procediera del este, de las orillas orientales del Volga. Hubo una segunda y una tercera salva, y entonces se abrió el fuego a discreción.

El general Chuikov, comandante del 62.º Ejército, asumió toda responsabilidad de repeler el ataque enemigo. ¡Sabia decisión! Abrió fuego con toda la fuerza de artillería de su ejército, lanzándola contra la principal fuerza de ataque de su oponente. Un millar de armas estuvieron disparando durante cuarenta minutos, tiempo durante el cual nuestros

soldados –representantes del 347.º Regimiento de Fusileros– no cabían en sí de júbilo. Salieron de sus trincheras, con los ojos abiertos como platos, con sonrisas de oreja a oreja. Todos teníamos la impresión de que aquel día la artillería estaba haciendo el trabajo por nosotros. En mi vida he visto ni oído un fuego de artillería tan monstruoso como el que el comandante de nuestro ejército descargó sobre el enemigo. Todo ardía en llamas. El aire estaba lleno de humo, ceniza, polvo y escombros, y nosotros celebrando la victoria de aquel día. Pero ¿qué iría a hacer a continuación el enemigo? Estaba completamente desmantelado, todas sus formaciones destruidas, su liderazgo en cuestión –no iba a haber más ataques ni contraataques aquel día. Pedimos la cena, preparamos té. Y durante aquella descarga de artillería, los soldados se sentaron a cenar.

La artillería paró. Se hizo un silencio, el silencio de la victoria. Hasta la noche no hubo ni un solo disparo. Ni un solo *fritz* en el sector de observación, ni un avión.

Pero el 1 de noviembre, cuando nuestro regimiento se replegó hasta la orilla este del Volga, los soldados seguían sintiendo la misma responsabilidad, el mismo afán que aquel inolvidable día. Tras ser relevados por un regimiento de fusileros, el enemigo se abrió paso en nuestro sector y llegó hasta el Volga. Requirió mucho esfuerzo, muchos recursos y mucho sacrificio hacer que las cosas volvieran a estar como estaban.

Cuando pienso ahora en la defensa de Stalingrado, vuelvo a sentir la necesidad de decir: «Gran Madre Rusia. Tienes un pueblo que es inquebrantable, que te ama, que, por tu belleza, Madre Rusia, lo dará todo, hasta su propia vida, si el ejército lo necesita».

General de división Leonty Nikolayevich Gurtiev (Comandante de la 308.ª División de Fusileros): El 1 de noviembre, los alemanes se nos echaron encima en tromba, y la única forma de hacerles frente era con fuego de artillería. Las baterías de la artillería fueron dirigidas desde la orilla oriental, por radio. El regimiento de artillería mostró bastante

puntería y dio apoyo a toda la división. Creo que todos quedamos muy satisfechos de su trabajo. Tras media hora de disparos, se hizo la calma en nuestro sector. Los alemanes estaban empeñados en penetrar en el área de la fábrica Barricadas. Ejercían especial presión sobre un pequeño desfiladero que conducía al área industrial, y finalmente, sobre el 9 o el 10 de noviembre, después de que nosotros nos hubiéramos marchado, consiguieron abrirse paso, separando a la división 138.ª de la 95.ª. El jefe de división Liudnikov, cuyas fuerzas quedaron divididas en dos, se encontraba en una situación difícil, que mejoró un poco cuando el río se congeló.

Teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin (Subcomandante para asuntos políticos, 308.ª División de Fusileros): El 28 y 29 [de octubre] y el 2 de noviembre fueron muy difíciles para nosotros, porque quedábamos muy pocos. Recibimos una llamada del ejército preguntando por nuestros hombres: ¿Dónde están? ¿Cuántos son? ¿Cómo están distribuidos? Dijimos que teníamos diecisiete hombres cubriendo una gran distancia.

Subteniente Iliá Mironovich Brisin (Comandante de la sección de zapadores, batallón independiente de ingeniería de campaña 308.ª División de Fusileros): A las dos de la madrugada [del 28 de octubre] recibí la orden de atacar por parte del teniente Pavlov. Para entonces nos quedaban solo nueve hombres. Había un terraplén que no podíamos franquear. Pavlov iba delante, yo le daba apoyo. Los alemanes eran superiores en número, y acabaron con casi todo el grupo de Pavlov. Solo regresaron dos: Kostiuchenko y Barannikov. Cuando me enteré de que el teniente Pavlov estaba muerto y todos sus hombres perdidos, Kostiuchenko y Barannikov se unieron a mi grupo.

El 28 a las seis de la tarde coloqué observadores en la segunda planta de un edificio: Dudnikov y Kayukov.[102] El sargento Alexei Pavlov y yo mismo nos apostamos en otro edificio, del que estaban cerca mis hombres. Al amanecer vi a los alemanes en lo alto de una colina gritando: «¡Vamos,

rusos, rendíos! ¡Al Volga!». Yo estaba confundido, no sabía qué hacer. Entonces mis hombres vinieron corriendo de los otros edificios. Pero Dudnikov y Kayukov no podían bajar del segundo piso porque un mortero había destruido la escalera. Vi que solo tenía siete hombres y decidí ir a la orilla del río, donde había trincheras. Corrimos hacia allí. Los alemanes ocuparon el primer y el segundo edificio en los que habíamos estado nosotros. Tomamos una posición defensiva a veinte metros de los alemanes y otros veinte metros del agua. Yo no les dije a mis hombres que dos de los nuestros seguían todavía en ese edificio. Mis hombres son fuertes, no se amedrentaron. Tenían algunas granadas antitanques. Empezaron a lanzarlas a los alemanes para poder salir de allí. Cuando se formó una pantalla de humo salieron corriendo y se reagruparon a mi lado. Al rato aparecieron Dudnikov y Kayukov. Habían conseguido escapar de los alemanes. Nos alegramos mucho de verles.

Soldado Yefim Yefimovich Dudnikov (Sección de zapadores, batallón independiente de ingeniería de campaña, 308.º Regimiento de Fusileros): Siempre estábamos juntos, el soldado Kayukov y yo. Nos construimos una trinchera para dos desde donde disparar. Cavarla fue difícil debido a todos los escombros que había, así que cogimos dos pedruscos grandes para hacer una especie de escudo y excavamos un poco, para poder disparar de rodillas. El día que mataron a Skripka me fijé en un francotirador alemán. Se escondía detrás de un montón de piedras y fragmentos de hormigón armado. Cambiaba continuamente de posición detrás de las piedras, pero no tenía ningún otro sitio adonde ir. Yo tenía un fusil alemán con una mira bastante buena, pero las pocas veces que le disparé, fallé. Hacia la noche, el francotirador alemán decidió irse al edificio de al lado. Yo le estaba observando todo el tiempo con mis prismáticos. En ese momento fue cuando le disparé y le maté. Kayukov y yo pasamos la noche en el cráter. Resultó que estábamos solo a unos metros de distancia de los alemanes. Ellos echaron a correr cuando empezó a oscurecer. Les disparé. Maté a uno, Kayukov mató a otro, y el

tercero logró huir. Cuando anocheció, me acerqué hasta ellos: uno era un oficial, el otro un soldado. Les quité un lanzabengalas y un revólver y me volví corriendo a gatas a nuestro cráter.

Al cabo de un tiempo recibí una orden de Brisin, diciéndonos cuándo teníamos que atacar, cuándo Kayukov y yo teníamos que volver al edificio y tomar posiciones sobre el terraplén. Pero entonces los alemanes atacaron, y tuvimos que subir a la segunda planta. El impacto de un mortero destruyó la escalera, no sé cómo pasó, pero de repente nos vimos solos. Nosotros esperábamos que nuestros camaradas estuvieran abajo, pero no fue así. Oíamos a los alemanes dar gritos por todas partes. Empezamos a lanzar granadas, pero era complicado porque había un muro en medio. Así que decidimos bajar de la segunda planta. El techo había sido bombardeado, las barras de metal estaban rotas. Atamos dos ponchos alemanes a una barra y nos descolgamos de uno en uno. Anduvimos despacio por el pasillo. Miré hacia el exterior y quise salir corriendo a reunirme con los demás, pero entonces vi a unos soldados alemanes arrastrando algo a unos cinco o seis metros de mí. Les lancé dos granadas y volví a meterme corriendo en el edificio. El pánico se apoderó de ellos. En medio de su confusión, Kayukov corrió a reunirse con los demás, y yo me quedé solo en el edificio. Corrí por el pasillo, asomé un poco la cabeza por una puerta –también allí había alemanes. Me di cuenta de que eran demasiados para que yo pudiera hacer algo. Rodeé el montón de piedras a gatas, eché a correr y llegué al segundo edificio. Desde allí pude volver con Brisin. Todos se alegraron mucho de verme.



Zapadores de la 308.ª División de Fusileros: *(de izquierda a derecha)* Iliá Brisin, Yefim Dudnikov y Alexéi Pavlov.

Tardé un minuto en recuperar el aliento. Entonces vi una ametralladora y le lancé una granada, destruyendo el arma y su dotación. Continuamos la ofensiva, y el soldado Kostiuchenko recibió un disparo. Estaba herido y casi desmayado por la pérdida de sangre, pero seguía disparando, incluso con su brazo izquierdo inerte. Siguió lanzando granadas y atacando a los fascistas hasta el último momento. Recibió la Orden de la Bandera Roja. Mostró una excepcional disciplina y capacidad de sacrificio en la batalla. Yo le puse un vendaje. Él me dio su arma y tres granadas F-1. A continuación le llevaron al hospital de campaña.

Rápidamente, hice uso de esas granadas. Vi a Pavlov y a Kayukov que corrían hacia mí con una bolsa de granadas, lo cual me alegró mucho. Kayukov y yo éramos amigos, si no estábamos juntos durante el combate,

nos echábamos mucho de menos. Yo le grité «¡Vamos, date prisa!». Una ametralladora alemana estaba cubriendo el espacio abierto entre el edificio y el terraplén, pero ellos no tenían más remedio que cruzarlo. Pavlov se tumbó en las rocas, y Kayukov empezó a correr, pero recibió un disparo en el abdomen y la columna vertebral. Yo enseguida corrí agachado hacia él, le di mi mano y fui tirando de él durante un trecho. Luego me metí debajo de él para cargar con él a cuestas. Intentaron vendarle tres veces, pero no sirvió de nada. Estaba muerto. [...]

Kayukov perdió la gorra cuando le dispararon, así que le di la mía y yo me puse el casco. Luego decidí volver a buscar esa gorra, porque el casco me resultaba incómodo. Entonces explotó una bomba y me quedé tan aturdido que estuve varios días sin poder oír nada. Había bombas cayendo por todos sitios, un retumbar constante, pero Brisin y yo queríamos comer algo. Cogimos un poco de pan negro. Varios de nuestros hombres resultaron heridos entonces.

Subteniente Iliá Mironovich Brisin (Comandante de la sección de zapadores, batallón independiente de ingeniería de campaña, 308.ª División de Fusileros): A las diez en punto del 28 de octubre quedábamos solo tres de nosotros: yo, Dudnikov y Glushakov. A mí me mandó llamar el comandante del 2.º Batallón, 347.º Regimiento de Fusileros. Yo llevaba bastante tiempo sin afeitarme, y me había salido un bigote grande. El comandante me puso el nombre de Sargento Bigote: «Bigote, vaya a explorar las localizaciones alemanas y averigüe dónde tienen sus posiciones de tiro». Yo quise apuntar que no se pueden hacer tareas de reconocimiento durante el día, porque hay luz y se ve todo, pero órdenes son órdenes, así que partí en misión de reconocimiento con dos de mis hombres, Dudnikov y Glushakov. Por el camino nos encontramos con los del 10.º Regimiento, 37.ª División.

Ellos nos mostraron dónde estaban los alemanes. Volví a informar de la situación al comandante de la compañía, Kuznetsov. Descubrí la localización de sus posiciones de tiro desde el segundo piso, donde estuve

observando cómo instalaban los morteros y las ametralladoras en la plaza. El teniente Kuznetsov, jefe de la compañía, me ordenó eliminar esas posiciones de tiro. Le dije a Dudnikov y a Glushakov lo que teníamos que hacer. Cogimos algunas granadas y municiones y partimos hacia el 10.º Regimiento, 37.ª División. En el regimiento quedaban seis hombres y un oficial superior. Le dije a este último que iba a completar esta misión y le pregunté si me podía ayudar proporcionándome fuego de cobertura. Eso fue sobre el mediodía. Nos sentamos un rato a fumar y me dio algunos buenos consejos. Mis dos camaradas y yo acordamos el plan. Yo me quité el abrigo y fui avanzando a gatas. Trepé a un alto desde donde se veían las vías del tren y un gran cráter con una trinchera que conducía a un búnker. Había dos ametralladoras junto al cráter. Recorrí a gatas unos tres metros en dirección a la línea férrea y quise entrar en el cráter. Pero al mirar dentro de la trinchera vi a los alemanes. Primero lancé una granada F-1, luego otra y a continuación me metí en la trinchera. Los dos alemanes estaban muertos. Hice señas a Dudnikov y Glushakov para que vinieran. Cogimos una bolsa de los alemanes que contenía fotos y documentos y lo escondimos todo bajo las vías del tren.

Me puse a pensar en cómo acabar con el mortero, que estaba [sic] a unos metros del cráter de la ametralladora. Decidí ir hacia allá una vez más. Mandé a Dudnikov y Glushakov que fueran a gatas hasta el cráter y desde allí me dieran fuego de cobertura. Me puse en marcha. Había francotiradores en la zona, y apenas había recorrido una docena de metros cuando un francotirador acertó a disparar en mi casco. Di media vuelta. Volví a empezar y fui arrastrándome por el suelo como unas dos horas. Entonces empecé a lanzar granadas y Glushakov mató a un francotirador con su fusil. Yo acabé con el mortero lanzándole unas cuantas granadas. Luego volvimos y recogimos los cadáveres de los alemanes. Hice que los llevaran al cuartel general del regimiento y me presenté ante el comandante de la compañía para decirle que habíamos cumplido sus órdenes. Me dejaron descansar en el búnker, al saber que llevaba cuatro

días sin dormir. [...] Pero no pude llegar a dormirme, porque detrás de nosotros llegó un ingeniero del regimiento que iba a ayudar a defender el cuartel general dado que no tenían bastantes hombres. Así que nosotros también fuimos a defenderlo. [...] En tres días, del 26 al 29 de octubre, mi pelotón eliminó a 87 soldados, cuatro ametralladoras y un mortero, y matamos a un francotirador y a un oficial. Yo personalmente me cargué a veinticinco *fritzes*. Me concedieron la Orden de la Bandera Roja.

Me llevaron del puesto de socorro a un hospital de campaña, donde permanecí dos días, y luego volví a mi unidad, donde me atendió nuestro médico. No era una herida grave. Más adelante, cuando llegaron los refuerzos, me pusieron al mando de un pelotón. Un pelotón bastante decente. Yo les instruí basándome en la experiencia que ya había adquirido en la Gran Guerra Patriótica.

Tras la batalla del 29 de octubre, presenté mi solicitud para entrar en el partido, del que actualmente soy miembro.

Teniente Vasili Petrovich Kalinin (Jefe adjunto de Estado Mayor del Ejército para tareas de reconocimiento, 347.º Regimiento de Fusileros): En dos días yo solo acabé con siete tanques y sus tripulaciones.

Capitán Semion Solomonovich Rivkin (Comandante de un batallón de ingeniería de campaña independiente): Aquellos de nosotros que todavía seguíamos vivos –treinta hombres– fuimos condecorados. Ocho recibieron la Orden de la Bandera Roja, tres la de la Estrella Roja, y el resto recibieron medallas.

Capitán Ivan Vasilievich Maksin (Jefe de la sección política de la división a cargo del Komsomol): Hubo también otra hazaña heroica, la de Zoya Rokovanova, una de nuestros miembros del Komsomol siberiano. Zoya Rokovanova era una mecanógrafa que trabajaba en las oficinas del periódico regional.[103] Se presentó voluntaria para entrar en el ejército siguiendo el mismo impulso y la misma aspiración de Liolia Novikova. La habían llevado a trabajar en nuestro periódico, pero ella

quería estar en la línea del frente. Así que allí estaba, en Stalingrado, con una compañía médica a la que se había unido, manteniendo una línea defensiva –un solo edificio. Quedaban solo un puñado de personas de su unidad, entre ellas, dos oficiales del Komsomol de grado medio. [...] Cuando los alemanes llegaron con una fuerza arrolladora para atacar y aislar el edificio, Zoya Rokovanova y uno de los oficiales siguieron lanzándoles granadas desde una ventana. Los alemanes se pusieron a cubierto. Su camino al edificio estaba siendo obstaculizado por estas granadas, de modo que se retiraron. Unos minutos más tarde el edificio fue rociado con bombas incendiarias y empezó a arder. Mientras el humo salía por las ventanas, nuestras unidades trataron de romper el bloqueo alemán y sacar a nuestra gente de allí, pero no pudimos. Y cuando los alemanes venían derechos ya hacia el edificio, nuestros hombres les oían gritar «¡Rendíos, rusos!» a los que aún seguían dentro, y de nuevo vieron que desde la ventana desde la que salía humo seguían lanzando granadas a los alemanes. Luego se hizo un silencio. Solo se oía a los alemanes gritando, pero nadie salió del edificio para responder a sus horribles gritos.


Пролетарии всех стран, соединяйтесь!

КОМСОМОЛЬСКАЯ ПРАВДА

Орган Центрального и Московского комитетов ВЛКСМ

Воскресенье, 15 ноября 1942 г. ЦЕНА 15 КОП.

«Враг уже испытал однажды силу удар
Красной Армии под Ростовом, под Москв
под Тихвином. Недалек тот день, когда вр
узнает силу новых ударов Красной Арм
Будет и на нашей улице праздник!»
(И. СТАЛИН)

Герой Сталинграда Борис Шонин

ОТ СОВЕТСКОГО ИНФОРМБЮРО

УТРЕННЕЕ СООБЩЕНИЕ 14 НОЯБРЯ

Titulares del *Komsomolskaya Pravda* donde se lee «El héroe de Stalingrado Boris Shonin», 15 de noviembre de 1942.

Tres días después recuperamos el edificio y encontramos los restos carbonizados de estos héroes, incluidos los de Zoya Rokovanova, una patriota de nuestra tierra, que recordaba las palabras de Arnold Meri cuando este decía que los miembros del Komsomol no se retiran, que no se dejan hacer prisioneros, y que la única forma de que abandonen el campo de batalla es en una camilla. Zoya Rokovanova cumplió con su deber. Ella sabía que ser apresada por los fascistas habría sido peor que la muerte, y decidió morir entre las llamas antes de que la hicieran prisionera.

Teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin (Subcomandante para asuntos políticos, 308.ª División de Fusileros): Los boletines diarios del Sovinformburó mantenían a nuestros soldados informados de las operaciones en todos los frentes. También sabían lo que se estaba haciendo más allá de las líneas del frente. No nos llegaban periódicos muy a menudo, pero teníamos nuestra propia radio. Mecanografiábamos los boletines y enviábamos copias a las unidades.

Cada adjunto para asuntos políticos tenía el plan del trabajo político del día. Si al día siguiente se iba a librar una batalla por un edificio u otro, el responsable político redactaba un plan que cubría tres puntos: (1) el trabajo preparatorio previo a la batalla; (2) el trabajo a realizar durante la batalla, y (3) los resultados de la batalla y las conclusiones que de ella se extraían.

A menudo hacíamos uso de informes de prensa de Inglaterra y América sobre la resiliencia de Stalingrado. Hacíamos todo lo posible para que estos informes llegaran a todos los hombres y a todos los oficiales. Cada trabajador político trataba de que los soldados fueran conscientes de todo lo que nuestra propia prensa estaba publicando sobre Stalingrado. El aparato político del partido –los camaradas Sovchinsky, Belugin, Sidorov, Petrakov– y los trabajadores de la división política –camaradas Jeruvimov, Polyansky, Maksin, Ingor y algunos más–, estaban

siempre en las trincheras junto a los soldados. Todo el aparato político del partido fue condecorado por su trabajo.

Cuando yo llegué a la unidad, lo primero por lo que me interesé fue por la vida cotidiana de los soldados, si estaban recibiendo alimento. En Stalingrado teníamos nuestra propia casa de baños donde nos lavábamos. Recuerdo una vez que el general y yo fuimos allí a bañarnos y llegó una langosta[104] y empezó a lanzar bombas. Habíamos excavado nuestra casa de baños en el mismo sitio donde los alemanes habían enterrado a sus muertos, y el hedor de los cadáveres era horrible. Pero a pesar de todo continuamos bañándonos.

El aparato político no solo se ocupaba de la propaganda. Muchos participaban en las batallas y en los ataques. Petrakov, por ejemplo, luchó y tomó parte en la ofensiva, el camarada Jeruvimov en una carga con bayoneta, y el comandante Sidorov, vicecomisario para asuntos políticos, eliminó dos tanques con un fusil antitanque y aniquiló a muchos fascistas. Él y Kalinin resultaron heridos en la misma batalla. No recuerdo ni a un solo trabajador político que no desempeñara un papel activo en el combate. [...]

El Comité del Partido trabajaba desde las trincheras, donde aceptaban a los nuevos miembros del partido. Nosotros no exigíamos a nuestros camaradas del frente que se supieran de carrerilla las reglas y el programa oficial del partido. Los actos de heroísmo bastaban para demostrar tu fe en el partido y recibir tu carné.

Con motivo del veinticinco aniversario del Ejército Rojo, decidimos enviar una carta al camarada Stalin de parte de los defensores de Stalingrado, que fue firmada por todos los soldados del 62.º Ejército. Mientras la escribíamos, la lucha fue muy intensa. Nuestras filas se vieron diezmadas aquel día. Había unos trescientos heridos junto a la orilla del río, pero no teníamos bastantes barcos para llevarlos al otro lado, y además era muy arriesgado, debido a los bombardeos.

Chamov llamó diciendo que tan solo le quedaban diecisiete hombres. Se envió allí un batallón de zapadores que logró hacer retroceder al enemigo.

En Stalingrado vivíamos día a día. El Consejo Militar [del frente] nos ordenó resistir un par de días más, y nosotros nos quedamos hasta el final. No hubo ni uno solo de nosotros que intentara cruzar a la otra orilla. En todo aquel periodo tuvimos solo veinticuatro casos de deserción. Yo di orden al fiscal de la división de vigilar a algunos en especial.

Lo primero que hacía era preguntar al soldado si le daban suficiente comida, si recibía su ración de vodka, y luego hablaba con él de política. Por lo general los soldados decían que sí le daban suficiente comida, pero que no tenían mucho apetito [...].

Nos llevó cuatro noches tener la carta para el camarada Stalin, en las que fuimos de trinchera en trinchera. Todos y cada uno de nuestros soldados la firmaron. Recuerdo una noche fría de octubre, con lluvia y mucho viento. Ibas a una trinchera, echabas tu abrigo encima para parar el viento, encendías una cerilla y leías la parte del juramento de la carta al camarada Stalin. Y el soldado firmaba la carta.

Capitán Mijaíl Lazarevich Ingor (*Politruk*, 347.º Regimiento de Fusileros): Estos hombres entendían lo que les decían sus comandantes con apenas una palabra, una mirada. Cuando firmaron aquella carta sabían que no solo estaban poniendo su nombre, sino que cada uno de ellos había escrito: «Estimado camarada Stalin, soy el soldado tal y tal, he matado muchos alemanes y le juro… etcétera».

Teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin (Subcomandante para asuntos políticos, 308.ª División de Fusileros): Teníamos una copia de la carta de los defensores de Tsaritsin[105] y la distribuimos todo lo que pudimos. En Stalingrado todavía quedaban vivos algunos camaradas de los que habían firmado aquella carta.

Las palabras «permaneceremos firmes como rocas, porque para nosotros no hay nada más allá del Volga» resultaban especialmente

conmovedoras para los soldados. Un soldado repitió aquellas palabras, «Para nosotros no hay nada más allá del Volga», con tal intensidad y sinceridad que cuando llegué a casa, pensé: ¡qué patriotismo, qué amor por este lugar en el que ahora se halla y donde antes estuvo el camarada Stalin!

Así es como instruíamos a los soldados: «¿Ve aquella colina de allá? Tenemos que tomarla, aunque sea pequeña, porque al otro lado hay una grande, una gran extensión de tierra, con casas y familias enteras. Cada una de estas pequeñas colinas, por insignificantes que nos parezcan, son importantes por lo que hay más allá de ellas».

No era coincidencia que lucharan por cada ventana, por cada escalera. [...]

Nuestras enfermeras demostraron de verdad su valía. En Kotluban las chicas se llevaban a rastras a los heridos para ponerles a salvo del intenso fuego de mortero y de la artillería, y también del de los aviones. No querían atrincherarse. No le tenían miedo a nada, se sentaban con las piernas cruzadas junto a la orilla. Les preguntabas, ¿por qué no os atrincheráis? Y ellas te decían, ¿para qué tomarse la molestia, si vamos a avanzar de un momento a otro?

Las mujeres del cuerpo sanitario eran mucho mejores que los hombres. Mejores a la hora de trasladar a los heridos, mejores para curar las heridas, a veces cargaban incluso con las armas de los heridos. Alrededor de un cuarenta % de nuestras chicas han recibido órdenes o medallas. De esta división han condecorado a unas quinientas.

Había una chica, Stoilik, que solía trabajar para el ferrocarril, se comportó con una heroicidad y valentía increíbles, no se detenía ante nada. Ella fue la que sacó a los oficiales heridos del agua cuando su lancha motora fue destruida.

Toda esta resiliencia y capacidad de sacrificio era resultado de la educación y el entrenamiento que dábamos a nuestros combatientes. [...]

El comandante de la división hizo mucho por entrenarla para el combate, trabajando desde una entrega total a su patria, sin regatear nada de su tiempo ni de su salud. Debería mencionar que durante el tiempo que estuvimos en Stalingrado, ninguno de los dos tomamos ni un solo vaso de vodka. Gurtiev es una persona extraordinariamente considerada y cariñosa que se entrega a su trabajo. Se niega a sí mismo todo, no se permite ni el más mínimo lujo. Siempre está al mismo nivel que los demás. En Stalingrado nuestro puesto de mando quedó enterrado más de una vez y tuvieron que sacarnos. [...]

En Stalingrado, pillamos a cuatro espías sospechosos de pasar las localizaciones de nuestros puestos de mando. Uno de ellos era un comandante cuya familia continuaba todavía en Stalingrado. Había decidido ir a buscarla, pero se encontró con los alemanes. Estos le dieron a elegir: o les pasaba información o matarían a su mujer. Otro era un chico de doce años. Pasé cuatro horas hablando con él antes de que confesara. No quería darme ningún nombre. Yo creo que perdimos el cuartel general del 339.º Regimiento por culpa suya. Me contó cómo descubría dónde se localizaban nuestros cuarteles y puestos de mando por los cables que salían de ellos y por el número de mensajeros y barberos que había cerca. Por último, a la hora de cenar se fijaba si la comida llegaba en utensilios de campaña o en platos.

Interrogamos a una mujer, una espía que llevaba un tiempo viniendo. Tardó mucho en confesar, pero finalmente nos dijo que cuando llegaron los alemanes, cogieron a sus hijas como rehenes y le dieron quinientos rublos rusos a cambio de que nos sacara información.

Teniente coronel Alexéi Stepanovich Smirnov (Jefe de la sección política de la división): Admitíamos personas en el partido sobre la marcha, continuamente. [...] En octubre y noviembre admitimos unos 360 nuevos miembros en Stalingrado. Normalmente eran personas que habían dado muestras de verdadero heroísmo. Les poníamos de ejemplo para todas las unidades. Imprimíamos sus retratos y los enviábamos a las líneas

del frente. Ese fue el caso, por ejemplo, de Kalinin. Dentro del ejército, el reconocimiento a la gente excepcional era inmediato. Sacamos seis o siete octavillas diferentes. Todo este trabajo era realizado por miembros concretos del partido que habían estado con nosotros. En ocasiones teníamos un edificio que estaba siendo atacado por todos lados y no obstante, gracias a la influencia de los trabajadores políticos, seguía en nuestras manos. Durante dos días, el camarada Zalipujin, subcomandante del primer batallón, y un grupo de dieciséis hombres, mantuvieron a raya a una subdivisión entera de unos trescientos o cuatrocientos alemanes. Defendieron su edificio hasta el último momento. Estos hombres del 347.º Regimiento de Fusileros solo tenían cuatro fusiles antitanque, una pistola y una ametralladora. En un montón de lugares, nuestros hombres se vieron obligados a retirarse, pero ellos mantuvieron su posición aun cuando los alemanes estaban ya encima y podían oír el rugido de sus motores. [...]

En Stalingrado, el trabajo político del partido fue algo diferente del que llevamos a cabo en Kotluban. Había pocos trabajadores políticos. En Kotluban, los comunistas del nivel más bajo de la organización desempeñaron un papel crucial a la hora de unir rápidamente a la gente y establecer objetivos. Pero la situación en Stalingrado obligaba a que todo este trabajo se realizara de modo diferente.

Aquí el papel crucial de las organizaciones del partido consistió en hacer que las dispersas fuerzas con las que contábamos fueran lo más productivas posible, en un momento en el que en un batallón podían quedar entre quince y diecisiete hombres solamente. La comunicación entre los trabajadores políticos y los miembros del partido era bastante difícil de organizar, porque lo cierto es que teníamos a los alemanes encima. Había ciertos rasgos característicos de nuestro trabajo como agitadores. La división política encargó a los instructores asegurarse de que los trabajadores del partido eran situados en las localizaciones más vulnerables. Nuestros trabajadores siempre estuvieron en esas áreas durante los ataques y asaltos. [...]

Teníamos dos vías de comunicación por radio con el otro lado del Volga. Cada día recibíamos informes sobre la situación internacional. Imprimíamos los boletines del Informburó y los distribuíamos a las divisiones. Para hacerlo, contábamos con trabajadores del club –incluido Subochkin, el proyeccionista–, trabajadores de correos y fotógrafos, que imprimían entre quince y veinte copias de los materiales del Informburó y las distribuían a los regimientos. No había otra literatura. Hubo un momento en que recibíamos de Moscú periódicos de hacía solo dos días. Pero cuando el correo aéreo se interrumpía, los recibíamos con ocho o nueve días de retraso, por lo que solo contábamos con los boletines del Informburó.

Perdíamos gente todos los días. Al final de la batalla, nuestra división solo tenía trescientos o cuatrocientos miembros al oeste del Volga. De los 780 miembros del partido, no quedaban más de trescientos cuando llegamos a Stalingrado, y solo unos pocos de ellos permanecieron allí. [...] Pese a haber sido herido, el secretario político Diatlenko quería conseguir su carné del partido, y al final se unió a nosotros, todavía cojeando, y aun así fue capaz de realizar un excelente trabajo.

El oficial subalterno Fugenfirov resultó gravemente herido. Ya había sido aprobado por su organización local, pero todavía su solicitud no había sido procesada a nivel administrativo. Mientras se estaba muriendo, habló de su carné de miembro, preguntándose si habría sido admitido en el partido.

Sargento mayor Nina Mijailovna Kokorina (Enfermera, adjunta para asuntos políticos, 347.º Regimiento de Fusileros): Mi candidatura para ser miembro del partido se presentó el 14 de octubre. Fui admitida mientras la ciudad vivía una lucha encarnizada, cuando tratábamos de cruzar la calle Escultura. Me aceptaron a mí, al comandante de la compañía, Alexeyev y a Shuvanov, un enfermero. Al día siguiente teníamos que presentarnos ante el Comité del Partido de la división. A Shuvanov lo mataron la noche del 15. Alexeyev fue herido de gravedad y

trasladado a la orilla este del Volga. Solo quedaba yo. Pero decidí asistir a la ceremonia de todos modos. Fui con Pogrebny, el subcomandante para asuntos políticos. El puesto de la comandancia estaba en un edificio alto de color rojo que seguía más o menos intacto. Por el camino los alemanes nos empezaron a disparar y lanzar bombas. Pero había personas esperándonos. De un modo u otro, teníamos que hacernos con nuestros documentos del partido. Caminamos entre las ruinas, cruzamos la vía férrea. Todo retumbaba a nuestro alrededor, las metralletas no paraban de disparar. Conseguimos llegar a nuestro cuartel general, pero no había venido nadie del cuartel general de la división. Esperamos un rato antes de emprender el regreso. Durante el camino de vuelta me quedé un poco atrás y me perdí. Entonces las cosas eran así: esta calle es nuestra, esta es suya; este edificio es nuestro, ese es suyo. Me equivoqué de calle. Al llegar cerca de un edificio escuché a alguien hablando alemán. Admito que estaba un poco asustada, aunque llevaba una pistola. Tomé el camino de la derecha. Allí había alguien. De puntillas, eché un vistazo alrededor y vi a uno con un subfusil. Resultó que era Pogrebny. Fui hacia él y él me gritó. Cuando llegamos a nuestro puesto de mando me enteré de que el secretario político del batallón había resultado herido. Algunas de las chicas le habían atendido. La herida era en la cabeza. Yo le cambié el vendaje. Me dieron mi carné de candidata a miembro del partido en la orilla este, en Bruny. En febrero de 1943 me convertí oficialmente en miembro y fui elegida como organizadora del partido.

Alexander Fiodorovich Koshkarev (Secretario de la oficina del partido, 339.º Regimiento de Fusileros): ¿Que cómo llevábamos a cabo nuestro trabajo político del partido en Stalingrado? [...] Nosotros introdujimos una idea nueva: cada soldado tenía que empezar a llevar su cuenta personal de cuántos alemanes había matado. Esto era esencialmente un estímulo para la competición socialista: ver quién podía matar más alemanes. Nosotros comprobábamos esas cuentas, y si un

camarada no había matado a ningún *fritz*, teníamos una charla con él y hacíamos que se sintiera avergonzado por ello.

Alexander Dmitriyevich Stepanov (Comisario del batallón, 1011.º Regimiento de Artillería): Hablemos del aspecto político y educativo mientras un regimiento estaba en formación. Bien, lo recuerdo como si fuera hoy –aquellos noventa prisioneros que llegaron. Gente harapienta, cubierta de piojos –verdaderos presidiarios, como suele decirse. Al principio me asustaron un poco, me pregunté cómo podía educarles, qué tipo de tareas podían hacer. Recuerdo que cuando fui a inspeccionar los barracones donde estaban estos hombres, vi a cuatro de ellos jugando a las cartas sobre sus catres, desnudos. Yo les dije «¡Entréguenme esas cartas!» Ellos me dieron unas viejas, pero las que yo había visto estaban nuevas. Me habían dado otras. Cuando se lo dije al oficial de guardia, me dijo: «No sé por qué, pero parece que los mejores hombres juegan a las cartas». Y aquellos hombres dijeron: «Solo estamos echando una partida de *Durak*».[‡] Entre estos cuatro estaban Shafranov y Gavronsky. El destino de ambos fue interesante.

Shafranov es actualmente un miembro del partido dentro del regimiento, oficial superior condecorado, uno de nuestros mejores comandantes. Gavronsky desertó mientras se estaba formando el regimiento. Fue detenido cerca de Stalingrado y fusilado.

De los noventa convictos que entraron en nuestro regimiento, solo dos de ellos fueron incapaces de regenerarse y se les fusiló. Todos los demás fueron reeducados y acabaron siendo buenos y leales soldados. [...]

En Stalingrado, el personal político trabajaba mucho por limpiar de antecedentes penales el expediente de estos hombres de los que hablo. Alrededor de un 25 % de los hombres de nuestro regimiento tenían antecedentes penales. Todos excepto unos pocos pudieron borrarlos de sus expedientes gracias a su valeroso comportamiento en combate. Nosotros considerábamos que esta era otra manera de animar a la gente a hacer un buen trabajo. Yo lo atribuyo también a que el personal político y

los mandos del regimiento concedieran las debidas condecoraciones en el momento oportuno. Tengo que decir que, en general, todos los logros del regimiento fueron reconocidos con algún tipo de galardón otorgado por el jefe del regimiento o, en el caso de los soldados regulares, de la autoridad competente. El quince por ciento del regimiento fue condecorado. Lo que equivale a un total de 150 hombres.

Al capitán Trifonov, secretario de la oficina del partido, yo mismo le concedí dos Órdenes de la Bandera Roja, aunque todavía no hemos recibido las medallas correspondientes. [...]

Quisiera decir algo sobre el bienestar de los hombres. Aunque los disparos y las bombas del enemigo eran constantes, en el regimiento se seguía manteniendo el orden: los hombres se afeitaban y cortaban el pelo, y llevaban las guerreras y los pantalones limpios. Nosotros construimos una casa de baños, una cantina, e incluso dispusimos lugares donde los soldados podían ir a arreglar sus guerreras, su ropa interior, etcétera. Por supuesto que había veces en que nos comían los piojos, pero nos librábamos de ellos rápidamente.

En Stalingrado aceptamos a 120 personas en el partido. El capitán Trifonov desempeñó un papel especialmente importante en esto. Cada una de ellas fue aceptada en el partido por él, él era el que lo oficializaba todo, y todo ello desde el campo de batalla.

Teniente coronel Andréi Sergeyevich Chamov (Comandante del 347.º Regimiento de Fusileros): El comandante de división, el general Gurtiev, es por encima de todo un hombre extremadamente modesto. Esa es su característica más notable. A primera vista parece a todas luces inofensivo. Es un hombre muy sencillo, sincero y considerado. Puedes haber ganado diez batallas, pero si permites que uno solo de tus hombres no tenga qué comer, quedas desacreditado. Yo estaba en el Barranco de la Muerte un día, cuando el general, haciendo caso omiso del peligro, se acercó hasta mí con Smirnov, el jefe del departamento político. Pasaron la mitad del día a mi lado, viendo a los hombres luchar. Estábamos a unos

150 metros de la línea del frente. Ellos estaban controlando todo el rato la situación, tratando de analizar al enemigo hasta el más mínimo detalle, para saber qué pasos había que dar. En estos asuntos prácticos, el comandante de la división dejaba que sus comandantes tomaran la iniciativa, dándoles una gran independencia, y teniendo siempre en cuenta sus opiniones.

En cierta ocasión vi que no había nada que yo pudiera hacer para ayudar al comandante de división, nada que pudiera darle: ya lo había puesto todo en juego. Pero no iba a confesárselo. Le dije que todo iba como debía ir en la guerra: ellos disparan, nosotros también. Pero en realidad el enemigo casi había penetrado por mi flanco izquierdo. Se lo comuniqué al secretario político de la división, aunque sabía que él no podía hacer nada, así que decidí hacer yo todo lo que estuviera en mi mano. Por lo visto, Gurtiev debió de escuchar nuestra conversación telefónica y preguntó qué pasaba. Él no estaba en situación de poder ayudar. Dijo: «Piense qué es lo que usted puede hacer, pero sepa que yo no tengo nada que darle. Estoy solo y no puedo ayudarle con nada».

Era exigente, pero en la justa medida. Yo diría que lo era de una forma civilizada. Cuando te pedía que hicieras algo, lo hacía con el máximo tacto, y esta actitud exigente, rigurosa, venía de alguna forma inspirada por su visión a largo plazo. La gente le respetaba y le apreciaba por ello. Jamás levantaba la voz.

Su equipo personal le tenía en gran estima. Dondequiera que iba, lo primero que hacía era visitar la cantina y preguntar cuánta comida les daban y qué tenían para cenar. Los soldados decían: «Hoy cenaremos bien –ha venido el general». Pero en realidad la cena se preparaba igual que siempre. Le preguntó a nuestro cocinero cuánta sopa ponían. El cocinero dijo que hasta dos dedos del borde del plato. «Los dedos pueden ser de distinto tamaño: grandes y pequeños. Procure que sean pequeños.»

Otra cosa buena era que conocía a los hombres, no solo a los oficiales, sino también a los soldados regulares. Tiene una memoria excepcional: se

sabe el nombre de todos. Le gustan las cosas en orden y bien hechas. En especial en lo tocante a las normas.

Todo el mundo le respeta por su manera franca de tratar a la gente cuando les pide que hagan algo, y porque verdaderamente sabe lo que se hace. No puede decirse nada malo de él.

Guénrij Aronovich Fugenfirov (Comandante del 1011.º Regimiento de Artillería): Es un hombre extraordinario. Nunca grita ni dice palabrotas, simplemente con que cambie el tono de voz, ya sabes que tienes que hacerlo mejor, cumplir la orden mejor. Las órdenes del general se cumplen siempre. No solo le quieren los oficiales, también los hombres, que le conocen bien, porque siempre está pasándose en coche para ver cómo van las unidades. Conoce perfectamente la vida cotidiana de los soldados, nunca pasa por una cocina sin entrar a probar lo que están comiendo los soldados. Los hombres le quieren mucho. Una vez yo iba con él en un coche. Me habló de sus soldados con un enorme cariño. Le grita y maldice a un soldado, al estilo de un viejo sargento mayor, y luego dice: «Ese hombre será un gran soldado, un gran combatiente».

General de división Leonty Nikolayevich Gurtiev (Comandante de la 308.ª División de Fusileros): Nos mantuvimos unidos, y en los peores momentos, cuando parecía no haber salida, cogíamos nuestras armas, dispuestos a seguir adelante hasta el final. A nadie se le pasaba por la cabeza abandonar. Si mirábamos hacia el Volga, era porque estábamos esperando refuerzos o municiones. Todos compartíamos este sentido del deber. Significaba mucho para nosotros que el comandante del ejército estuviera allí con nosotros. Los soldados a menudo se daban paseos por la orilla al descubierto, las chicas siempre estaban de broma. Los morteros caían por todas partes, pero ellas se sentaban a descansar –al fin y al cabo, el trabajo de acarrear heridos es duro. No les gustaba la gente que tenía miedo. [...] Había una médica que no les gustaba porque era muy nerviosa, pese a ser muy habilidosa y atenta, y estar siempre en el campo de batalla para vendar a los heridos. Ella más adelante me escribió una carta,

contándome sus impresiones de una manifestación y un desfile que hubo en Stalingrado, donde se quedó después de irnos nosotros.



General de división Leonty Gurtiev.

Pongamos por ejemplo el batallón de zapadores. Aparte de cumplir con sus obligaciones básicas, también lucharon a nuestro lado, demostrando una gran heroicidad a la hora de cruzar el río. Teníamos unas canoas pequeñas, y no era fácil cruzar el Volga de noche –incluso en momentos de calma–, y ellos trasladaban a los heridos, municiones y refuerzos, bajo un bombardeo constante. Cierto es que nosotros cruzábamos por otro lado, y al principio había un puente peatonal sobre el Volga, pero fue destruido enseguida, y los barqueros nos ayudaron mucho, desinteresadamente. Les condecoraron, su heroica labor fue reconocida.

Sargento mayor Nina Mijailovna Kokorina (Enfermera, adjunta para asuntos políticos, 347.º Regimiento de Fusileros): Tras la guerra creo que me quedaré en el ejército e iré a la Academia Militar. Llevo pocos días aquí, pero les echo de menos, me gustaría saber cómo se las están apañando sin mí. Antes de alistarme quise ir a la universidad a estudiar historia y filología. Me gusta mucho pasar el tiempo en los archivos, el mero hecho de ir allí y pasar el rato.

Teniente coronel Afanasi Matveyevich Svirin (Subcomandante para asuntos políticos, 308.ª División de Fusileros): Nuestra división tenía sus tradiciones siberianas propias. Ahora mismo estamos preparando un folleto que se va a titular «Los siberianos en la defensa de Stalingrado».[106] [...] Todo nuestro trabajo político de partido se basa en los fundamentos de nuestra experiencia de combate y en las tradiciones de los grandes hombres.

«EN LA LÍNEA DEL AVANCE PRINCIPAL»

Los historiadores de Moscú no fueron los primeros en interesarse por los soldados de la 308.ª División de Fusileros. En noviembre de 1942, Vasili Grossman habló con el entonces coronel Gurtiev y varios de sus soldados.

Sus conversaciones[107]constituyeron la base para un artículo publicado el 25 de noviembre en el *Estrella Roja* titulado «En la línea del avance principal». En él describe cómo las fuerzas alemanas destruyeron en su avance al 351.º Regimiento, el 4 de octubre. El artículo se recoge a continuación en su forma original.[108] El contenido es coherente con el testimonio ofrecido en las transcripciones de Stalingrado, señal del meticuloso cuidado con el que Grossman trató el material. Al mismo tiempo, el artículo es una muestra de la maestría narrativa de Grossman.

En su relato, la asombrosa voluntad de los soldados era lo que mantenía unida a la división. Esta voluntad fusionaba a las tropas en un «cuerpo completo, milagrosamente construido, unificado» que protagonizaba actos de heroísmo como si se tratara de un «hábito común y cotidiano». Los historiadores de Moscú sin duda conocían el artículo de Grossman, y puede que fuera lo que les condujo a buscar a los soldados supervivientes de la 308.ª División de Fusileros en abril de 1943.

EN LA LÍNEA DEL AVANCE PRINCIPAL
Vasili Grossman

Los regimientos que formaban la división siberiana del coronel Gurtiev tomaron sus posiciones por la noche. La fábrica siempre había tenido un aspecto adusto y grave. Pero ¿qué imagen más adusta podría ofrecer el mundo que la que contemplaron los hombres de esta división aquella mañana de octubre de 1942? Enormes y oscuros talleres; el brillo de los raíles mojados, salpicados de herrumbre aquí y allá; un montón de vagones abandonados; montañas de tubos de acero esparcidos por el gran patio cuadrado de la fábrica; cúmulos de escoria rojiza; las imponentes chimeneas, que mostraban numerosos impactos de las bombas alemanas. El bombardeo de la aviación había abierto oscuros cráteres en el suelo asfaltado. Fragmentos de acero arrancados por la fuerza de las explosiones yacían desperdigados por todas partes, como finas tiras de percal.



Vasili Grossman en Stalingrado, 1942.

La división iba a hacer de esta fábrica su baluarte de defensa. A sus espaldas tenía el frío y oscuro Volga. Dos regimientos defendían la fábrica, y un tercero el área de la profunda hondonada que se extendía desde el complejo industrial hasta el río. El Barranco de la Muerte, así lo llamaban los hombres y oficiales del regimiento. Sí –a su espalda quedaban las aguas heladas del Volga, a su espalda quedaba el destino de Rusia. La división iba a luchar hasta la muerte.

Lo que durante la guerra de 1914 a 1918 se había dividido entre dos frentes, y lo que el año anterior había tenido que soportar Rusia sola a lo largo de 3.000 kilómetros de frente, había caído de golpe, como un pesado martillo, sobre un solo punto: Stalingrado y el Cáucaso. Y, por si eso no fuera bastante, aquí, en Stalingrado, los alemanes habían vuelto a aumentar la presión de su ofensiva. Si bien la intensidad de su ataque en las partes sur y central de la ciudad ya no iba a más, habían empezado a dirigir toda la potencia de fuego de sus innumerables baterías de mortero y miles de cañones y aviones sobre la parte norte de la ciudad y sobre la fábrica que aún permanecía en pie en el centro de la zona industrial. Los alemanes suponían que los hombres eran por naturaleza incapaces de resistir tal tensión, que no había corazón ni nervios que pudieran aguantar aquel infierno salvaje de llamas y rechinar de metales, de temblores de tierra y aire desatado. Aquí, concentrado en un solo lugar, se hallaba el diabólico arsenal del militarismo alemán al completo: tanques superpesados y lanzallamas, tubos de morteros de seis bocas, flotas de cazabombarderos acompañadas del ulular de sus sirenas, bombas antipersonas y de gran potencia explosiva. Aquí, los soldados de las ametralladoras recibían munición explosiva, y los artilleros y los de los morteros, sus proyectiles incendiarios. Aquí se reunió toda la artillería alemana, desde los pequeños calibres de los antitanques hasta los pesados cañones de largo alcance. Aquí tanto el día como la noche se iluminaban con incendios y bengalas, tanto el día como la noche se oscurecían con el humo de los edificios en llamas y el humo de las granadas alemanas. Aquí

el fragor de la batalla era denso como la tierra, y los breves momentos de silencio, aún más aterradores y ominosos. Y mientras el mundo se postra ante el heroísmo de los ejércitos soviéticos, mientras estos mismos ejércitos expresan su admiración por los defensores de Stalingrado, aquí, en el propio Stalingrado, los soldados dicen con humildad:

«Nosotros no hacemos nada. Pero esos chicos de las fábricas, ¡lo suyo es otra cosa!»

La expresión «línea de avance principal» infunde pavor al soldado. No hay palabras más aterradoras en la guerra. No es casualidad que fuera la división siberiana del coronel Gurtiev la que defendiera la fábrica aquella gris mañana de otoño. Los siberianos son hombres fuertes, recios, acostumbrados al frío y a la adversidad, callados, ordenados y disciplinados, que no se andan con tapujos al hablar. Los siberianos son gente fiable, resuelta. En estricto silencio cavaban con picos la tierra pedregosa, abrían aspilleras en los muros de los talleres, construían búnkeres, trincheras y líneas de comunicación.

El coronel Gurtiev, un hombre delgado de cincuenta años, había dejado los estudios de segundo curso en el Instituto Politécnico de San Petersburgo en 1914 para ir voluntario a la guerra ruso-germana. Sirvió en la artillería, y combatió contra los alemanes en Varsovia, Baránovichi y Chartorisk. Ha dedicado veintiocho años de su vida a la vida militar, como combatiente y también como instructor de oficiales. Sus dos hijos también están tomando parte en esta guerra; los dos son tenientes. Su hija, estudiante universitaria, y su mujer, quedaron en el lejano Omsk. En este solemne y terrible día, el coronel pensó en sus hijos, su esposa y su hija, y en las decenas de jóvenes oficiales a los que él había enseñado, y en su larga vida, modesta y dedicada al trabajo. Sí, había llegado la hora en que todos los principios del arte militar, de la moral y del deber que él había inculcado con firmeza a sus hijos, alumnos y camaradas, iban a ser puestos a prueba. Y el coronel miraba emocionado los rostros de sus soldados

siberianos: de Omsk, Novosibirsk, Krasnoyarsk y Barnaúl, de aquellos con quienes estaba destinado a repeler el ataque del enemigo.

Los siberianos que habían llegado a aquella gran línea de defensa estaban bien preparados. La división había sido bien enseñada antes de llegar al frente. El coronel Gurtiev había instruido a sus soldados cuidadosamente y con criterio, y era implacablemente crítico. Por muy dura que fuera la instrucción militar –las largas marchas, los ataques nocturnos simulados, permanecer agazapado en las trincheras mientras los tanques te pasan por encima, las largas marchas– sabía que la guerra en sí era mucho más dura y difícil. Tenía fe en la perseverancia y la fuerza de los regimientos siberianos. Había puesto a prueba estas cualidades durante su larga marcha, que había terminado prácticamente sin incidentes: solo el de un soldado al que se le había caído el rifle desde un tren de tropas en marcha. El soldado había saltado del tren, recogido su rifle, y corrido tres kilómetros hasta la siguiente estación para volver a subirse a su tren. Gurtiev había comprobado además la entereza de su regimiento en la estepa cercana a Stalingrado, donde estos hombres sin ninguna experiencia habían repelido serenamente el ataque por sorpresa de treinta tanques alemanes. Y había comprobado también su capacidad de aguante durante la marcha final hacia Stalingrado, cuando tuvieron que cubrir una distancia de doscientos kilómetros en dos días. Pese a todo, el coronel contemplaba preocupado los rostros de estos soldados recién llegados a la línea principal de defensa y que ahora estaban en la línea del avance principal.

Gurtiev tenía confianza en sus oficiales. Su jefe de Estado Mayor, el joven e infatigable coronel Tarasov, podía estar día y noche planificando complejas batallas inclinado sobre los mapas, dentro de un búnker sacudido por las explosiones. Su claridad y su implacable juicio, su forma de mirar de frente a los hechos, de buscar la verdad en cualquier situación militar, por dura que fuera, era consecuencia de una fe férrea. En este joven delgado y de baja estatura, que tenía la cara, el habla y las manos

de un campesino, habitaba una fuerza de pensamiento y de espíritu indomable. Svirin, segundo al mando y jefe de la sección política, tenía una voluntad firme, una mente ágil y una modestia ascética; podía permanecer tranquilo, alegre y sonriente en ocasiones en que hasta la persona más tranquila y animosa era incapaz de sonreír. Los comandantes Markelov, Mijaliov y Chamov eran el orgullo del coronel: confiaba en ellos como en él mismo. Todos en la división hablaban con cariño y admiración de la serena valentía de Chamov, la inquebrantable voluntad de Markelov y del amabilísimo trato de Mijaliov, el favorito del regimiento, un hombre tierno y comprensivo que cuidaba como un padre de sus subordinados y desconocía por completo el significado de la palabra miedo. No obstante, el coronel seguía mirando a sus oficiales con preocupación, porque sabía lo que significaba estar en la línea del avance principal, mantener aquella gran línea de defensa de la ciudad de Stalingrado.

«¿Serán capaces? ¿Aguantarán?», se preguntaba el coronel. Apenas la división acababa de cavar las trincheras en el pedregoso suelo de Stalingrado y de instalar su cuartel general en un profundo túnel excavado en un risco arenoso junto al Volga, apenas habían conseguido establecer las líneas de comunicación y comenzado a escucharse el repiqueteo de los transmisores de radio poniendo en comunicación a sus puestos de mando con la artillería pesada sita en la margen este, apenas la oscuridad se había rendido a la luz del alba, los alemanes abrieron fuego. Durante ocho horas enteras, los Junker-87 estuvieron bombardeando en picado las defensas. Durante ocho horas, sin un minuto de descanso, estuvieron llegando los aviones alemanes por oleadas. Durante ocho horas estuvieron aullando las sirenas, silbando las bombas, temblando la tierra, derrumbándose los restos de los edificios de ladrillo que quedaban. Durante ocho horas, nubes de humo y polvo estuvieron flotando en el aire mientras letales fragmentos de metralla pasaban silbando junto a los soldados. Quien alguna vez haya oído aullar al aire cuando explota una bomba, quien haya sufrido un

ataque relámpago de la aviación alemana durante diez minutos, podrá hacerse una idea de lo que se siente tras ocho horas de continuo bombardeo en picado de los cazas alemanes.

Durante ocho horas estuvieron los siberianos disparando con todo lo que tenían a la aviación alemana. Un sentimiento similar a la desesperación debió de apoderarse de los alemanes. La fábrica estaba en llamas, envuelta en una nube de polvo negro y humo y, sin embargo, de su interior salía el crepitante fuego de los fusiles, el rugir de las descargas de ametralladora, los estallidos de los fusiles antitanque y los calculados disparos de la artillería antiaérea. Los alemanes dieron entonces paso a los morteros y la artillería pesada. El monótono chisporroteo de los morteros y los aullidos de los proyectiles se unió al ulular de las sirenas y el retumbar de las explosiones de las bombas. En un silencio lúgubre y austero, los soldados del Ejército Rojo enterraron a sus camaradas. Aquel era su primer día, su estreno en el combate. Las baterías de artillería y de los morteros alemanes continuaron toda la noche.

Por la noche, en su puesto de mando, el coronel Gurtiev se encontró con dos amigos a los que no veía hacía más de veinte años. Cuando se despidieron por última vez aún eran hombres jóvenes, solteros, y ahora tenían arrugas y el pelo cano. Dos de ellos estaban al mando de sendas divisiones, el tercero de una brigada de carros. Cuando se abrazaron, todos los que se hallaban cerca –sus ayudantes, militares y administrativos, los comandantes de la sección de operaciones– pudieron ver lágrimas en los ojos de aquellos hombres canosos. «¡Quién lo iba a decir!», exclamaron. Y, en efecto, había algo majestuoso y conmovedor en aquel encuentro de viejos amigos en aquella hora terrible, entre los edificios en llamas de la fábrica y las ruinas de Stalingrado. Ninguno debía haberse equivocado en el camino, ya que en él se habían vuelto a encontrar una vez más mientras cumplían con tan grave y difícil deber.

El tronar de la artillería alemana no cesó en toda la noche, y apenas había salido el sol sobre la tierra devastada por la batalla cuando

aparecieron en el cielo cuarenta bombarderos, y de nuevo las sirenas empezaron a ulular y de nuevo también una nube negra de polvo y de humo volvió a elevarse sobre la fábrica, cubriendo el suelo, los talleres y los vagones hechos pedazos. Hasta las altas chimeneas de la fábrica se hundieron en la negra niebla. Aquella mañana, el regimiento de Markelov salió de sus refugios. Previendo un ataque definitivo de los alemanes, abandonó su guarida, su santuario, sus trincheras; sus búnkeres de hormigón y piedra, y pasó al ataque. Sus batallones avanzaron a través de montañas de escoria, de edificios en ruinas, dejando atrás la fachada de granito de las oficinas de la administración, las vías del tren, el parque situado a las afueras de la ciudad. Del cielo caía toda la furia de la Luftwaffe. Un viento de hierro les azotaba la cara, pero seguían avanzando. El enemigo debió de sentirse invadido por un miedo supersticioso: ¿Son hombres los que se vienen hacia nosotros? ¿Son seres mortales?

Eran mortales, sí. El regimiento de Markelov avanzó un kilómetro, tomó nuevas posiciones y se atrincheró en ellas. Solo en Stalingrado sabe uno lo que es de verdad un kilómetro: son mil metros, 100.000 centímetros. Aquella noche los alemanes atacaron al regimiento con una fuerza arrolladora. Batallones de infantería alemana, tanques pesados y morteros anegaron las posiciones del regimiento con un aluvión de plomo. Un grupo de subfusileros borrachos avanzaban arrastrándose como posesos. La historia de cómo luchó el regimiento de Markelov la contarán los cadáveres de los hombres del Ejército Rojo y los camaradas que escucharon el repiqueteo de las ametralladoras rusas y la detonación de las granadas rusas durante dos noches y un día. La historia de este combate la contarán los tanques alemanes quemados, y las largas hileras de cruces coronadas con cascos alemanes, alineadas por sección, compañía y batallón. Los hombres de Markelov eran ciertamente mortales, y aunque solo unos pocos lograron sobrevivir, todos y cada uno de ellos cumplieron con su deber.

El tercer día, la aviación alemana se cernió sobre la división no durante ocho, sino durante doce horas. Continuó igual cuando cayó la noche, y desde la profunda oscuridad del cielo nocturno llegaba el ulular de las sirenas de los *stukas*, y llovían bombas con gran carga explosiva sobre la tierra encendida por el fuego, con el peso y la constancia de un martillo. Desde la salida hasta la puesta del sol, la artillería y los morteros alemanes atacaron sin cesar a la división. En Stalingrado intervinieron cien regimientos de artillería alemanes. A veces los alemanes lanzaban fuertes descargas y por la noche mantenían un ritmo de fuego metódico y devastador. La artillería actuaba conjuntamente con las baterías de morteros de las trincheras. Varias veces al día los cañones y los morteros alemanes quedaban en silencio, y la fuerza aplastante de los bombarderos desaparecía. Reinaba en esos momentos una calma extraña. Los centinelas gritaban entonces «¡atención!», y los hombres de los puestos de avanzada recogían sus cócteles mólotov, los soldados antitanque abrían sus bolsas de lona llenas de balas perforadoras, los de las ametralladoras pasaban un trapo a sus armas, los granaderos arrimaban sus cajas de granadas. Estos breves instantes de silencio no significaban un descanso. Simplemente precedían el ataque. Enseguida, el rechinar de sus orugas y el sordo rumor de sus motores anunciaba la cercanía de los tanques alemanes, y el teniente gritaba. «¡Atentos, camaradas! ¡Se acercan subfusileros por nuestro flanco izquierdo!»

A veces los alemanes llegaban a estar a entre treinta y cuarenta metros de nosotros, y los siberianos podían ver sus sucios rostros, sus capotes rotos, oír sus gritos amenazadores en un ruso chapurreado. Luego, cuando los alemanes se veían obligados a retroceder, volvían los bombarderos, y las baterías de artillería y morteros empezaban de nuevo a lanzar una descarga tras otra sobre la división.

Gran parte del mérito a la hora de repeler los ataques alemanes debería atribuírsele a nuestra artillería. Fugenfirov, el jefe del regimiento de artillería, y los comandantes de sus batallones y baterías, estaban en

primera línea, al lado de los batallones y compañías de la división. Mantenían comunicación por radio con las posiciones de fuego, donde docenas de potentes cañones de largo alcance situados a la orilla izquierda del río actuaban al unísono con la infantería, compartiendo sus mismas preocupaciones, desgracias y alegrías. La artillería obró maravillas. Cubrió las posiciones de la infantería con una lluvia de acero. Destrozó, como si fueran cajas de cartón, a los tanques alemanes superpesados con los que las dotaciones antitanque no podían. Como una espada, la artillería seccionó a la infantería alemana a la que sus tanques daban protección. La artillería voló sus depósitos de munición e hizo saltar por los aires las baterías de morteros alemanas. En ningún otro momento de la guerra sintió la infantería la amistad y la ayuda de la artillería como en Stalingrado.

En el espacio de un mes, los alemanes llevaron a cabo 117 ataques contra los regimientos de la división siberiana. Hubo un día terrible en que la infantería y los tanques alemanes atacaron en veintitrés ocasiones. Los veintitrés ataques fueron repelidos. Durante aquel mes, todos los días, salvo tres, la aviación alemana estuvo sobrevolándonos entre diez y doce horas diarias. Todo esto sucedió a lo largo de un frente de un kilómetro y medio o dos. Aquel ruido habría sido suficiente para ensordecer a toda la Humanidad; una nación entera podría haber sido consumida y aniquilada por aquella cantidad de fuego y metal. Los alemanes pensaban que podían destruir la moral de los regimientos siberianos. Pensaban que habían llevado a aquellos hombres más allá de lo que sus corazones y sus nervios podían aguantar. Pero, asombrosamente, estos hombres no se doblegaron, no perdieron el control de su cabeza, ni de su corazón o sus nervios; muy al contrario, su fuerza y su calma fueron en aumento. Estos callados y recios siberianos se volvieron todavía más serios y reservados. Sus mejillas estaban hundidas, su mirada era sombría. Aquí, en la línea del avance principal alemana, ni siquiera durante los breves momentos de descanso se escuchaban música, ni canciones, ni siquiera una charla

amigable. Aquí los hombres tuvieron que soportar unas circunstancias sobrehumanas. A veces no dormían en tres o cuatro días seguidos y, en cierta ocasión, Gurtiev, el jefe de la división, hablando con sus hombres, escuchó apenado cómo un soldado decía, serenamente: «Tenemos todo lo que necesitamos, camarada coronel –novecientos gramos de pan y comida caliente que nos traen en termos dos veces al día, pero no tenemos ganas de comer».

Gurtiev quería y respetaba a sus hombres, y sabía que si un soldado «no tenía ganas de comer» era porque lo debía de estar pasando muy mal. Pero ahora Gurtiev estaba tranquilo. Había comprendido que no había en el mundo fuerza capaz de echar a los regimientos siberianos de donde estaban. Tanto la tropa como los oficiales salieron enriquecidos de esta abrumadora y brutal experiencia de guerra. Sus defensas se hicieron más fuertes y mejores que antes. Frente a los talleres de la fábrica, se levantó un enorme entramado de ingeniería: búnkeres, pasos de comunicación, trincheras. Los hombres aprendieron a realizar rápidas maniobras subterráneas, a concentrarse y dispersarse, a utilizar los pasos de comunicación para pasar del almacén a las trincheras y viceversa, dependiendo de por dónde aparecieran los tanques y la infantería alemana.

Junto con la experiencia crecía la fuerza moral de la gente. La división se había transformado en un cuerpo perfectamente completo y unificado. Los propios hombres no percibían los cambios psicológicos que habían sufrido durante aquel mes de estancia en el infierno, en el borde mismo de la gran línea de defensa de Stalingrado. Ellos creían que seguían siendo los mismos de siempre. Durante los raros momentos de calma se bañaban en los baños subterráneos, seguían recibiendo su comida caliente en termos. Makarevich y Karnaujov, así sin afeitar, parecían carteros de pueblo caminando bajo el fuego hacia la línea del frente con bolsas de cuero en las que llevaban periódicos y cartas del lejano Omsk, Tiumen, Tobolsky y Krasnoyarsk. Como antes de la guerra, pensaban en su trabajo como carpinteros, herreros o campesinos.

Al mortero alemán de seis bocas lo llamaban en broma «el loco», y a los ululantes cazabombarderos «los chillones» o «los músicos»». Ellos creían que seguían siendo los mismos; solo los recién llegados de la orilla inferior les miraban con reverencia y temor. Tan solo desde cierta distancia podía apreciarse la férrea fortaleza de estos siberianos, su indiferencia ante la muerte, su serena determinación a afrontar su difícil misión: continuar defendiendo Stalingrado hasta el final.

El heroísmo se había convertido en norma. El heroísmo era el estilo de esta división y sus hombres, algo corriente, un hábito diario. El heroísmo estaba en todas partes y en todas las cosas. No solo en las hazañas de los soldados, sino incluso en la tarea de los cocineros, que pelaban patatas bajo las llamas de las bombas incendiarias. El heroísmo estaba muy presente también en el trabajo de las muchachas del personal sanitario, jóvenes escolares de Tobolsk –Tonia Yegorova, Zoya Kalganova, Vera Kalyada, Nadia Kasterina, Liolia Novikova y muchas de sus amigas–, que vendaban y llevaban agua a los heridos en el fragor de la batalla. Sí, desde la perspectiva de un observador externo, el heroísmo podía verse en cada una de las tareas rutinarias de estos hombres, como Jamitsky, comandante de un pelotón de comunicaciones, que permanecía sentado tranquilamente leyendo un libro mientras una docena de cazabombarderos golpeaba sin cesar la tierra; o cuando Batrakov, limpiaba cuidadosamente sus gafas, metía los despachos en la bolsa y se marchaba a hacer un recorrido de doce kilómetros por el «Barranco de la Muerte» con la tranquilidad de quien sale a dar su habitual paseo dominical; o cuando el artillero Kólosov, sepultado hasta el cuello en el búnker entre el polvo y los escombros, volvía la cara hacia el comandante Svirin y rompía a reír; o cuando la fornida mecanógrafa de mejillas rosadas Klava Kopylova empezaba a escribir una orden de campaña en un búnker solo para quedar enterrada, ser después desenterrada, irse a escribir a máquina a otro búnker, volver a quedar enterrada y volver a ser desenterrada, y finalmente terminar el documento en un tercer búnker

antes de presentarlo al comandante de la división para su firma. Este era el tipo de personas que había en la línea del avance principal.

Después de casi tres semanas, los alemanes lanzaron un ataque decisivo sobre la fábrica. Nunca antes se habían visto preparativos así para un ataque. Durante ochenta horas, los aviones, los morteros pesados y la artillería se convirtieron en un caos de humo, fuego y trueno. Entonces se hizo la calma todo alrededor y a continuación los alemanes atacaron con tanques pesados y medianos, regimientos de infantería y hordas de subfusileros borrachos. Los alemanes consiguieron entrar en la fábrica, sus tanques quedaron tras los muros de los talleres; rebasaron nuestras líneas defensivas, dejando aislados de la primera línea a los puestos de mando de la división y de los regimientos. Sin dirección, parecía que la división iba a perder su capacidad de resistencia, y que los puestos de mando, ahora directamente en el camino del enemigo, serían destruidos.

Pero entonces sucedió algo asombroso: cada trinchera, cada búnker, cada hoyo de protección y ruinas fortificadas de un edificio se transformaron en una fortaleza, con su propio mando y comunicaciones. Cada suboficial y cada soldado asumió el mando y repelió el ataque con habilidad y astucia. En aquella hora amarga y difícil, los comandantes y oficiales de Estado Mayor fortificaron sus puestos de mando y repelieron el ataque enemigo como si fueran simples soldados. Chamov rechazó diez ataques. Tras defender el puesto de mando de Chamov, un oficial –un comandante de tanque corpulento y pelirrojo–, habiendo gastado todos sus proyectiles y cartuchos, saltó al suelo y empezó a lanzar piedras a los subfusileros que se acercaban. El propio comandante del regimiento se puso a manejar un tubo de mortero. El favorito de la división, el comandante de regimiento Mijaliov, murió al caer una bomba en su puesto de mando. «Han matado a nuestro padre», decían los hombres. El sustituto de Mijaliov, el comandante Kushnariov, trasladó su puesto de mando al interior de un gran tubo de hormigón que corría bajo los talleres. Kushnariov, su jefe de Estado Mayor Diatlenko, y seis oficiales lucharon

desde la entrada de este tubo durante varias horas. Tenían unas cuantas cajas de granadas, y con ellas repelieron todos los ataques de los subfusileros alemanes.



Fosa común de soldados en la fábrica Octubre Rojo, 1943.

Esta batalla de fiereza inimaginable se prolongó durante varios días seguidos. Se combatía no ya por cada edificio o cada taller, sino por cada peldaño de escalera, por el rincón de un estrecho corredor, por cada cubículo de trabajo, por el espacio entre ellos, por una tubería del gasoducto. En aquella lucha no retrocedió ni un solo hombre. Si los alemanes conseguían ocupar algún espacio, era porque en él ya no quedaba ni un soldado del Ejército Rojo con vida. Todos combatían como aquel grandullón pelirrojo del tanque cuyo nombre Chamov desconocía, o como el zapador Kosichenko, que arrancaba el seguro de las granadas con los dientes porque tenía roto el brazo izquierdo. Cuando un soldado moría, era como si transmitiera su fuerza a los vivos. Hubo momentos en que diez bayonetas defendían la posición que antes ocupaba un batallón. Una y otra vez los alemanes se apoderaban de un taller de los siberianos y los siberianos volvían a recuperarlo. Durante esta batalla, la presión de la ofensiva alemana alcanzó su punto máximo, el momento en el que se empleó más a fondo en la línea del avance principal. Pero fue como si hubieran intentado levantar un peso excesivo, como si hubieran tensado demasiado el muelle de su ariete de ataque. La presión del ataque alemán empezó a ceder. Los siberianos habían logrado resistir aquella presión sobrehumana.

Uno no puede evitar preguntarse cómo se forjó aquella gran perseverancia. Decían que era una combinación de su carácter como pueblo y la conciencia de su enorme deber, de la tenacidad siberiana, de la excelente preparación militar y política y de una disciplina férrea. Pero yo quisiera apuntar otra cualidad más, que desempeñó un papel muy significativo en esta grandiosa y trágica epopeya: el asombroso ánimo, el intenso cariño que unía a todos los hombres de la división siberiana. Todos los jefes estaban imbuidos de un espíritu de austeridad espartana, que se traslucía hasta en los más mínimos detalles: en su renuncia a la ración de cien gramos de vodka durante toda la batalla de Stalingrado, en su liderazgo sensato y claro. Yo pude ver el cariño que unía a aquellos

hombres en la pena con la que hablaban de sus camaradas caídos, reflejada en las palabras que yo mismo escuché de boca de un soldado del regimiento de Mijaliov. Al preguntarle cómo se encontraba, me respondió: «¡Cómo voy a estar! Nos hemos quedado sin padre».

También pude percibirlo en el enternecedor encuentro entre el canoso coronel Gurtiev y la enfermera Zoya Kalganova, que acababa de regresar tras haber resultado herida por segunda vez. «¡Hola, mi querida niña!», dijo él dulcemente mientras se acercaba con los brazos abiertos hacia ella. Era como un padre yendo a recibir a su propia hija. Este amor y esta fe de los unos en los otros obraban milagros.

La división siberiana no abandonó la línea, ni siquiera miró una sola vez hacia atrás; sabía que tras ellos estaba el Volga y el destino de su país.

EL DESEMBARCO DE LATOSHINKA

El 1 de enero de 1943, Vasili Grossman fue llamado a Moscú tras haber trabajado como corresponsal del *Estrella Roja* en Stalingrado desde septiembre de 1942. En su diario, describe la tristeza que le invadió de repente aquella Nochevieja. Aunque a su alrededor todo el mundo estaba celebrando la fiesta, Grossman pensó en un devastado batallón que él creía que había sido olvidado: «En aquella festividad, me acordé del batallón que se había pasado a Gorojov para desviar el golpe hacia sí mismo. No quedó ni un solo hombre. ¿Quién se acordará del batallón en este día de fiesta? Nadie se acuerda de los hombres que cruzaron el río aquella aciaga noche de octubre».[109] Grossman habló con marineros de la flotilla del Volga durante su labor como corresponsal en Stalingrado; es probable que supiera del destino del batallón a través de ellos. En junio y julio de 1943, los historiadores de Moscú entrevistaron a 46 miembros de la flotilla.[110] Muchos hicieron referencia al malhadado batallón, que encontró su final mientras trataba de asaltar una aldea en poder de los alemanes al norte de Stalingrado, en la margen oeste del Volga. Algunos de los marineros

habían transportado a los soldados a la otra orilla del río, otros habían presenciado impotentes desde la orilla este cómo cada oleada de asaltantes caía bajo una descarga de fuego enemigo. Los marineros parecían muy afectados por lo que habían visto, y la mayoría lo relataban con tono grave.

Gran parte de los testimonios de los soldados entrevistados después del 2 de febrero de 1943 había pasado por el prisma de la victoria soviética. En el caso de los marineros de la flotilla del Volga, el foco se ponía en el fracaso de la operación, si bien algunos trataban de extraer un significado al hecho –incluido Grossman, que le atribuyó un objetivo que nunca existió. El batallón formaba parte de la 300.ª División de Fusileros. Provista con refuerzos de Bashkiria, Kazajistán y Uzbekistán, la división llevaba esperando su despliegue desde mediados de octubre.[111] El 27 de octubre, el general Yeriomenko ordenó a la división que enviara un batallón reforzado al otro lado del Volga para recuperar la aldea de Latoshinka, en ese momento en poder de la 16.ª División Pánzer.[112] De allí se suponía que debía ir en dirección sur, hacia Rinok, en ayuda de la 124.ª Brigada de Fusileros del coronel Serguéi Gorojov.[113] El contingente, de 1.200 hombres, había tenido que retroceder hacia el Volga en formación de erizo desde que quedó separado del resto del 62.º Ejército cuando los alemanes tomaron la fábrica de tractores.[114] La segunda parte de la misión consistía en aprovechar el primer respiro que se tomara la Wehrmacht en la ofensiva que desde el 14 de octubre venía llevando a cabo para acabar con las posiciones soviéticas que quedaban. La audaz operación de Yeriomenko encarnaba perfectamente el espíritu agresivo que había llegado a reinar en el ejército soviético bajo el mando de Stalin.[115] El informe del 1 de noviembre del personal de Estado Mayor soviético describía la maniobra de forma sucinta: «El batallón reforzado de la 300.ª División de Fusileros entró en combate a las 4.00 de la madrugada para ocupar el distrito de Latoshinka». El mismo día, la Wehrmacht informaba de que «La tentativa de varios batallones

soviéticos de cruzar el Volga en dirección al norte de Stalingrado ha fracasado completamente. Un gran número de barcos rusos se han hundido, el grueso de las fuerzas rusas ha sido destruido o hecho prisionero».[116] El 1 de noviembre, el Consejo Militar del Frente de Stalingrado envió un telegrama a Moscú para informar al alto mando soviético de que el enemigo había tomado importantes posiciones de infantería y vehículos blindados en Latoshinka, que amenazaban al insuficiente y mal equipado batallón soviético. Incapaces de contactar con el comandante de la unidad, el Consejo Militar decidió replegar el batallón hasta la orilla este al amparo de la noche. Tras sufrir un número considerable de pérdidas, había cumplido su propósito de «atraer a las fuerzas enemigas».[117] El 4 de noviembre, Latoshinka volvía a aparecer en un informe del Estado Mayor soviético –«El batallón de la 300.ª División de Fusileros, en su lucha, había retrocedido más allá de la línea férrea y continuaba el combate en la zona de embarque de Niskovodnaya»– antes de ser eliminada de los anales del Ejército Rojo.[118]

Latoshinka llevaba en manos alemanas desde el 23 de agosto. Una columna de la 16.ª División Pánzer, comandada por el general Hans Hube, cruzó el Don el 23 de agosto y a la tarde siguiente había llegado al Volga, a unos 65 kilómetros más al este. Esto permitió la creación del cordón septentrional que la 308.ª División de Fusileros de Gurtiev trató de romper en septiembre. Un relato de la división alemana describe el momento en que los pánzers llegaron a la «emblemática orilla oeste» del río:

> «Serena y majestuosa, la ancha y negra corriente llevaba a las barcazas río arriba; más allá, la estepa asiática se extendía sin fin en todas direcciones; las caras de los hombres reflejaban orgullo, entusiasmo y asombro. [...] Los hombres se atrincheraron en las aldeas de la periferia de Dachi y Latoshinka acurrucados entre los viñedos. Tras semanas de lucha en la pelada estepa, esperaban poder descansar unos pocos días en aquel delicioso y mágico jardín lleno de nogales, robles, dulces castañas, patatas, tomates y vino.»
>
> Pero el paraíso no duró mucho.

«En unos pocos días la región norte de Stalingrado se había convertido en ruinas y la lucha se había vuelto otra vez implacable.»[119]

La crónica continúa con la descripción del desembarco soviético a finales de octubre. A diferencia de las fuentes soviéticas, esta recalca la superioridad numérica de la fuerza soviética:

La noche del 30 de octubre, los rusos trataron otra vez de introducirse en Latoshinka. Ya a primera hora de la noche, los hombres del grupo de combate de Stehlke se despertaron con el revuelo que llegaba del otro lado del Volga. A medianoche, cañoneros y remolcadores empezaron a acercarse a la orilla. El grupo blindado abrió fuego sobre la estación de tren del Volga. Tres barcos, con cincuenta rusos cada uno, se hundieron, otros resultaron dañados y se dieron la vuelta. Tres barcos consiguieron desembarcar en Latoshinka, en su extremo noreste y en el sur. Las tropas consiguieron alcanzar la costa pese al fuego de las ametralladoras y la artillería, abrirse paso hasta Latoshinka y atacar. El teniente Wippermann (de la 16.ª Unidad Antiaérea Acorazada) y su tropa resistieron pese a los superiores ataques del enemigo y consiguieron infligir algunas bajas en él. Sesenta rusos cambiaron su línea de ataque en dirección sur, hacia Rinok. Bajo el fuego de la 2.ª de Ingenieros de Combate 16, el grupo, salvo algunas pequeñas bolsas, quedó destruido, y el mando, desmoronado.

El grupo enemigo del norte logró abrirse paso hasta el puesto de mando de la 3.ª de Ingenieros de Combate 16. Pero el teniente Knoerzer y su compañía se mantuvieron firmes. Durante un intenso intercambio de fuego, la división preparó un contraataque sistemático para destruir las tropas enemigas que habían logrado desembarcar. Cuando la iniciativa se puso en marcha, los rusos respondieron con toda su artillería. Pero no sirvió de nada. En el puesto de mando de la compañía, 56 rusos salieron con los brazos en alto; a la una del mediodía habían sido capturados 36 prisioneros más.

Entretanto, los rusos que estaban al norte desembarcaron con refuerzos y mayor potencia de artillería. Al grito de «¡Hurra!», atacaron por el sur, pero a lo largo del día nueve carros de combate consiguieron hacerles retroceder hasta el extremo norte de Latoshinka.

Durante los días siguientes, los restantes invasores fueron muertos o capturados, consiguiendo de este modo que Rinok no fuera atacado. Durante las noches del 2 y 3 de noviembre, frustramos varios intentos de desembarco con

> barcos más grandes. Una nueva purga acabó con los últimos nidos de resistencia. El valiente grupo de combate, muy inferior en número, bajo la hábil dirección del comandante Strehlke, se había hecho dueño de la situación: cuatrocientos hombres del 1049.º Regimiento de Fusileros de la 300.ª División de Bashkiria había caído en sus manos. El teniente Gerke recibió la cruz de caballero por la valiente defensa de sus hombres.[120]

Si comparamos el relato alemán y el soviético, podemos ver por qué fracasó el desembarco. Contrariamente a lo que Yeriomenko creía, el ataque soviético no llegó por sorpresa: varias tentativas de desembarco llevadas a cabo en las semanas anteriores habían hecho que los soldados de la 16.ª División Pánzer estuvieran en guardia. Otro factor fue la falta de coordinación entre las tropas soviéticas. En concreto, el batallón no recibió apoyo de la artillería mientras trataba de establecer una cabeza de puente. Al recibir el 31 de octubre la orden del alto mando del Frente de Stalingrado de acudir en ayuda de los soldados de la 300.ª División de Fusileros, el jefe de Estado Mayor del 66.º Ejército preguntó por qué su personal no había tenido noticia del desembarco. Dos días antes, explicaba, el 66.º Ejército y la flotilla del Volga también habían intentado llegar al coronel Gorojov desde el norte.[121] Los relatos de los marineros detallan también la desastrosa decisión del jefe de la 300.ª División de Fusileros, el coronel Ivan Afonin, de enviar una remesa tras otra de barcos cargados de soldados a caer bajo el fuego alemán, con la amenaza de que cualquiera que se resistiera sería ejecutado sumariamente. Probablemente Afonin temiera ser reprendido por cobardía si actuaba de otro modo. Sin embargo, los comandantes que participaron en la operación mostraron una tenacidad que parecía indicar que habían internalizado la orden de Stalin de «ni un paso atrás». Curiosamente, la cuestión del valor en el combate adquirió un componente étnico: la mayoría de los marineros rusos de la flotilla del Volga criticaban a los soldados no rusos de la 300.ª División de Fusileros por su pobre actuación en combate.

El 9 de noviembre, el general Yeriomenko redactó un informe para Stalin en el que justificaba el fracaso de los comandantes y jefes de división a cargo de la operación (atribuyéndolo a su falta de experiencia). En dicho informe, Yeriomenko apuntaba que solo quedaban 169 de los 910 soldados y comandantes del batallón original, y enumeraba las pérdidas materiales con todo detalle. Pero también destacaba los beneficios de la operación de desembarco: «La unidad cumplió con la tarea de alejar a las fuerzas del área de Rinok. El enemigo se vio obligado a neutralizar el desembarco de nuestras fuerzas sacando tanques, artillería e infantería del área de Rinok y Spartakova».[122] En sus memorias, Yeriomenko dedicaba solo un pequeño párrafo a los hechos acaecidos en Latoshinka, repitiendo la explicación que le había dado a Stalin.[123] El general Chuikov nunca mencionó el episodio, ni tampoco lo hizo el historiador soviético de la batalla, Alexander Samsonov.

En sus memorias, Isaak Kobilianski, que había servido como artillero en la 300.ª División de Fusileros, describió el primer ataque sobre Latoshinka. Desde su puesto en la orilla este, escuchó ruido de combate procedente de la aldea y entonces el contacto por radio se perdió. Por la noche, un soldado que regresó de allí cruzando el río a nado, comunicó el triste final del batallón. Se suponía que Kobilianski iba a participar en el segundo intento de desembarco, pero su barco quedó inutilizado por el mortero alemán, salvando probablemente su vida. «El batallón de Latoshinka sufrió un trágico destino», concluye. «De los novecientos hombres, casi todos acabaron prisioneros, muertos o heridos.»[124]

El 23 de noviembre, los soviéticos recuperaron Latoshinka como parte de una gran ofensiva. Dos días más tarde, el capitán Piotr Zayonchkovski llegó a la destruida aldea. Su misión era registrar los crímenes de guerra cometidos por los alemanes. En las posiciones del enemigo encontró cuerpos de los soldados del Ejército Rojo que habían sido «brutalmente torturados», presumiblemente durante interrogatorios. (Sus impresiones pueden leerse con más detalle en la página 459.) Varios meses después,

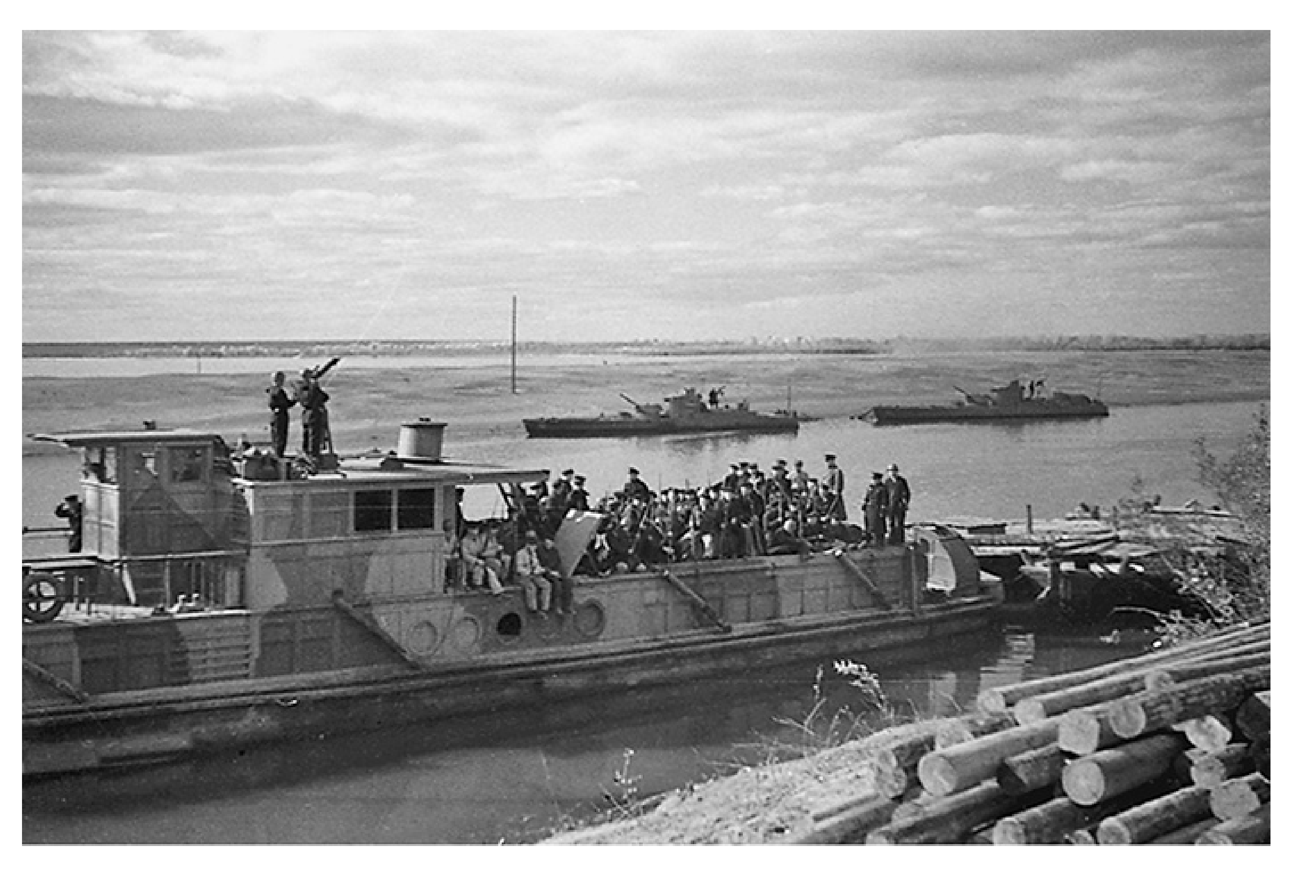
representantes de la Comisión Estatal Extraordinaria para el Esclarecimiento e Investigación de Crímenes Perpetrados por los Invasores Fascistas entrevistó a los supervivientes residentes en Latoshinka. De este modo se enteraron de que la 16.ª División Pánzer, tras la toma de la idílica aldea, había «instalado un "nido de amor" en un agujero, secuestrado a todas las muchachas atractivas y las había retenido allí a punta de pistola». Todas las mujeres jóvenes del pueblo fueron violadas.[125]

Los entrevistados (por orden de aparición)

Yuri Valerievich Liubimov –Teniente, oficial de derrota para un destacamento de patrulleras blindadas, oficial de comunicaciones para el Grupo Norte de la Flotilla Militar del Volga

Yakov Vasilievich Nebolsin –Teniente, artillero del buque insignia, brigada de barcos fluviales, Flotilla Militar del Volga

Serguéi Ignatievich Barbotko –Teniente, comandante de la patrullera blindada n.º 41.



Buque blindado de la Flotilla Militar del Volga, cargado de tropas antes de un desembarco, octubre de 1942. Fotografía de A. Sofyin.

Vasili Mijailovich Zaginailo –Subcomandante del cañonero *Chapayev.*

Piotr Nikolayevich Oleinik –Brigada, subcomandante de la patrullera blindada n.º 13

Semion Alexeyevich Solodchenko –Brigada, timonel de la patrullera blindada n.º 11

Ivan Kuzmich Reshetniak –Brigada, oficial de transmisiones de la patrullera blindada n.º 34

Ivan Alexandrovich Kuznetsov –Teniente de navío, comandante del cañonero *Usiskin*[126]

Yuri Valerievich Liubimov (Teniente, oficial de derrota para un destacamento de patrulleras blindadas, oficial de comunicaciones

para el Grupo Norte, Flotilla Militar del Volga): La operación de Latoshinka fue organizada y dirigida por el capitán Fiodorov y el coronel Afonin, comandante de la 300.ª División de Fusileros. La fuerza de desembarco estaba integrada por soldados de la 300.ª División de Fusileros que fueron transportados en una patrullera blindada con un importante apoyo de artillería de los buques de guerra de [la flotilla del] Grupo Norte. El propósito de la operación era tomar Latoshinka y conectar con las fuerzas de ataque de Gorojov,[127] mejorando de este modo la situación de las fuerzas soviéticas en este sector del frente. El plan era que dos patrulleras blindadas fueran desde Ajtuba al área sur de Latoshinka y desembarcara un grupo de hombres de la 300.ª División de Fusileros. Mientras, otras dos patrulleras debían partir de la bahía de Shadrinski para desembarcar otro contingente en el extremo norte de Latoshinka.[128] Se suponía que los dos primeros grupos de desembarco debían recibir refuerzos transportados en remolcadores mientras la operación estaba en marcha. Pero las cosas no salieron conforme a lo planeado.

Una de las patrulleras blindadas del grupo de Ajtuba estaba teniendo problemas con los motores, de modo que en la otra se subieron a bordo dos destacamentos de desembarco (unos noventa hombres). El enemigo avistó esta embarcación justo en el momento en que salía de Ajtuba. El intenso fuego de mortero y ametralladoras causó un muerto y veinte heridos, por lo que se vieron obligados a regresar a Ajtuba. Pero pese a este revés, la acción tuvo el efecto de desviar el fuego del otro grupo de desembarco (de la bahía de Shadrinski), que de este modo pudo proceder y tomar tierra sin ser apercibido, desembarcando sin incidentes y ocupando el área comprendida entre la orilla del río y la línea férrea de este lado de Latoshinka. Entonces llegaron refuerzos para dar apoyo a la primera remesa. Una vez que los heridos fueron sacados del barco, el grupo de Ajtuba volvió a bordo y desembarcó en el área al norte de Latoshinka. En total desembarcamos casi a un batallón de hombres de la

300.ª División de Fusileros. El barco de Ajtuba soltó una descarga de proyectiles Katiusha (M-13) antes de desembarcar sus tropas. Pero debido a la mala dirección del destacamento de desembarco (el batallón perdió a su comandante), las tropas quedaron divididas en varios grupos pequeños y perdieron el contacto entre sí. Cuando los alemanes descubrieron a la fuerza de desembarco, enviaron carros de combate a enfrentarse a este grupo desmantelado, sin dirección, y lo aplastaron. La fuerza de desembarco no presentó ninguna resistencia organizada, ni por supuesto ninguna acción de ataque.

Yakov Vasilievich Nebolsin (Teniente, artillero del buque insignia, brigada de barcos fluviales, Flotilla Militar del Volga): Hacia finales de octubre, la 300.ª División de Fusileros vino a defender la orilla este del Volga desde Osadnaya Balka[129] hasta Srednye-Pogromnoye[130] y empezó a dar apoyo de artillería a la 124.ª Brigada de Fusileros. La noche del 1 al 2 de noviembre, varias unidades del batallón llevaron a cabo un desembarco táctico en la aldea de Latoshinka. Había dos compañías de la 300.ª División y una de la Flotilla Militar del Volga. Para cuando desembarcaron, todo el personal de mando había muerto. Su barco iba el primero y había sido hundido, y todos los jefes del batallón murieron. No se estableció una jefatura sobre el terreno y todo el destacamento de desembarco se vio empujado hacia el extremo norte de Latoshinka, donde su utilidad era nula.

Serguéi Ignatievich Barbotko (Teniente, comandante de la patrullera blindada n.º 41): El 30 o 31 de octubre se llevó a cabo un desembarco en la zona de Latoshinka y Vinovka. La operación de desembarco, en mi opinión, no estuvo bien planeada. Hubo un desfase entre el primer grupo de desembarco y el segundo. Los mandos a cargo del desembarco se encontraban todos a bordo de un transbordador que se hundió antes de llegar a la orilla. Un remolcador cargado con artillería y refuerzos llegó muy tarde, dando de este modo tiempo a los alemanes a reagruparse. Afonin, el comandante de la 300.ª División de Fusileros, se

jactaba de contar con 160 piezas de artillería con las que darnos apoyo, pero ni una de ellas realizó ni un solo disparo durante la operación. La AC-41 y la AC-14 efectuaron cada una una única descarga de cohetes. Los alemanes trajeron carros y artillería y empezaron a disparar a quemarropa contra las fuerzas y los vehículos de desembarco.

Vasili Mijailovich Zaginailo (Subcomandante del cañonero *Chapayev*): El destacamento de desembarco estaba integrado por soldados de la 300.ª División de Fusileros (coronel Afonin). Las tropas desembarcaron sin ninguna artillería. El desembarco en sí fue un éxito. Pero en lugar de contar con un apoyo continuo para el ataque, se estableció un límite de proyectiles de artillería. Las fuerzas del desembarco tuvieron que luchar con granadas, sin ayuda de la artillería. Los fascistas trajeron seis tanques y artillería, disparando con todo ello directamente a nuestros hombres. No teníamos comunicación con el destacamento de desembarco. No sabíamos a quién disparar. El capitán Lisenko fue con la patrullera AC-23 para dar más apoyo a la operación y establecer comunicación con el destacamento de desembarco. Una bomba incendiaria impactó en el barco mientras navegaba hacia Latoshinka. Lisenko resultó gravemente herido y murió poco después.

El capitán Fiodorov[131]dirigía la operación desde mi punto de observación. Nos ordenó disparar proyectiles con detonadores de tiempo sobre la parte norte de Latoshinka. Yo lancé unos cuarenta y luego dejé de disparar.

Piotr Nikolayevich Oleinik (Brigada, subcomandante de la patrullera blindada n.º 13): El 30 de octubre pasamos todo el día en la bahía de Shadrinski, bien camuflados. Por la noche subimos a bordo unos setenta hombres con armas y munición (se supone que podíamos llevar hasta diecinueve). Llegamos a la otra orilla a las doce y media, sin atraer mucho la atención. Pero acabamos doscientos o trescientos metros más abajo del punto del río previsto, justo delante de las narices del enemigo. En el mismo momento en que las tropas estaban desembarcando, cayó

sobre nosotros un intenso fuego. Pero como los puntos desde los que disparaban estaban en alto, y nosotros no quedábamos directamente en su línea de fuego, todos los proyectiles caían a popa, aunque un cañón nos disparaba directamente desde un promontorio situado sobre nuestro lado del puerto. Los subfusileros alemanes fueron acercándose sigilosamente y empezaron a dispararnos en la oscuridad.

La fuerza de desembarco, en su mayoría kazajos,[132] se movía lentamente debido a su escaso entrenamiento y al miedo. Teníamos que obligarles a salir del barco. Nuestros marineros descargaron su munición. Todo se desembarcó en pocos minutos.

Cuando emprendimos el regreso, empezaron a dispararnos con todo tipo de armas: morteros, ametralladoras, cañones, subfusiles. Tras nuestra partida bajo fuego enemigo, conseguimos llegar a la bahía de Shadrinski. Estuvimos bien camuflados durante el día. La aviación enemiga nos estuvo buscando pero no logró encontrarnos.

La AC-23 (teniente Bitko) estaba en el lado sur transportando a los subfusileros, pero no pudieron desembarcar. La patrullera recibió muchos impactos y sufrió muchas pérdidas.

Semion Alexeyevich Solodchenko (Brigada, timonel de la patrullera blindada n.º 11): El 29 de octubre, la AC-11 y la AC-13 se dirigieron a la bahía de Shadrinski y fueron puestas a disposición de la 300.ª División de Fusileros. Nos habían dicho que iban a transportar un contingente de desembarque equivalente a un batallón a Latoshinka. Había dos remolcadores además de las patrulleras blindadas. Moroz estaba a cargo de la operación. Íbamos despacio, porque llevábamos ochenta personas a bordo. Tan pronto como desembarcamos empezaron a dispararnos. Pero el desembarco fue rápido y en diez minutos había terminado. Salimos a toda prisa, disparando a la vez. Cuando regresamos nos ordenaron repetir la operación. Esta vez nos encontramos con un fuego intenso, que nosotros devolvimos una vez más. En la segunda ocasión resultaron heridos nueve hombres del destacamento. Nos los

trajimos. Cuando volvimos nos enteramos de que la remolcaldora había descargado a sus soldados pero no había podido descargar las armas. La segunda remolcadora, que transportaba a los mandos, fue hundida antes de poder desembarcar. A la noche siguiente, la operación ya solo contaba con la AC-13.

Piotr Nikolayevich Oleinik (Brigada, subcomandante de la patrullera blindada n.º 13): Al día siguiente llevamos a algunos operadores de ametralladora que no habían subido al AC-23 –68 subfusileros y un oficial de comunicaciones de la 300.ª División de Fusileros, que debía recibir información y establecer comunicaciones entre el contingente de desembarco y la división. Fue en medio de la noche, pero era una noche luminosa por culpa de la luna, lo cual nos hizo maldecir nuestra suerte antes de ponernos en marcha hacia la orilla oeste. Los soldados no sabían adónde iban ni por qué. Nos preguntaban a nosotros, pero lo único que nosotros conocíamos era el punto de desembarco. Era un caos total. Y cuando acabamos de dejarlos en tierra y regresamos, nos ordenaron «transferir al destacamento de desembarco» aunque ya habíamos concluido la operación hacía rato. Los subfusileros estuvieron bajo el fuego enemigo durante unas dos horas, poniéndose a cubierto tras un ferry del río averiado. El motor no estaba parado del todo. Nos estaban disparando, pero los proyectiles y los morteros caían a popa. El teniente Vashchenko hizo apagar el motor. Los alemanes dejaron de disparar al poco tiempo. Al parecer, nos habían perdido el rastro. Las tropas desembarcaron, los oficiales de comunicaciones estaban esperándoles, y nosotros subimos a bordo a los heridos. Recogimos a 36 hombres. Uno de ellos era un *politruk* herido que había tomado parte en el primer desembarco; dijo que muchos hombres de su destacamento de desembarco habían muerto y que algunos se habían rendido vergonzosamente.

Nuestro comisario de división Zhurovko[133] y el marinero Larin se acercaron andando hasta la orilla para supervisar a los heridos que querían

subir al barco. Descubrieron a varios falsos enfermos y desertores que se habían vendado los brazos y las piernas para hacerse pasar por heridos. Nosotros nos trajimos a algunos de los heridos y a otros nos los trajeron. Arrancaron el motor. El enemigo volvió a abrir un intenso fuego sobre nosotros. Regresamos a la bahía de Shadrinski a toda velocidad.

Yuri Valerievich Liubimov (Teniente, oficial de derrota para un destacamento de patrulleras blindadas, oficial de comunicaciones para el Grupo Norte, Flotilla Militar del Volga): Creo que la razón principal del fracaso de la operación de desembarco fue la ausencia de un liderazgo claro. El capitán Fiodorov –que fue quien organizó la operación– se pasó por allí para darnos sus «instrucciones» y se marchó. No volvió a aparecer, seguramente esperaba que todo funcionaría bien bajo el mando del comandante de la 300.ª División de Fusileros. Pero el comandante de la división de fusileros no estaba preparado para este tipo de operación. Durante la misma, a menudo dio órdenes completamente ridículas, apoyadas siempre en la amenaza de dispararte allí mismo. Durante la jornada del 1 de noviembre, por ejemplo, dio órdenes a una patrullera de transportar a un oficial de comunicaciones a la zona de desembarco, aun siendo a todas luces evidente que no podían ir allí, que los alemanes les matarían, y que no conseguirían llegar ni a la mitad del río. Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Cumpliendo sus órdenes, la AC-23 recibió un impacto en medio del río y se hundió antes de alcanzar la orilla.

Semion Alexeyevich Solodchenko (Brigada, timonel de la patrullera blindada n.º 11): A las cuatro de la madrugada recibimos la orden de llevar a dos oficiales de comunicaciones a la orilla oeste y esclarecer la situación en torno a Latoshinka. Nos encontramos con un fuego muy intenso según nos íbamos aproximando. Nos disparaban con ametralladoras, subfusiles, cañones, morteros. Uno de los oficiales de comunicaciones dijo que probablemente aquel no era un buen lugar para desembarcar. «Retrocedamos», dijo, «e intentemos ir río arriba.» De allí

también nos llegaba fuego directo. Nos acercamos todavía más a la orilla. Pero el oficial de comunicaciones no quería venir. A la tercera llegamos a estar pegados a la orilla, pero el oficial se negaba a desembarcar.

En vista de su negativa, nos dimos la vuelta y emprendimos el regreso.

Durante esta operación recibimos un montón de impactos de proyectiles, morteros y descargas de munición perforadora. Cuando volvimos a informar de la situación al cuartel general de la división de fusileros, no nos creyeron y culparon de todo al oficial de comunicaciones. En ese momento, la AC-23 atracó en la bahía de Shadrinski. Enviaron a la AC-23. El subcomandante Zhuravkov iba a bordo. Cuando la embarcación se aproximó a la orilla, los alemanes descargaron una lluvia de fuego. (Nosotros lo vimos.)

Sin dejar de responder al fuego, dieron la vuelta y regresaron. Al poco, vimos que el barco estaba escorando, pero consiguió llegar a la orilla este y varar en tierra. Media docena de hombres estaban heridos. El marinero Kazakov resultó muerto, el primer timonel, Vasiliev, no tardó en morir a causa de sus heridas, y el *politruk* Zhurakov, que había sido herido, tuvo que ser llevado al hospital por la fuerza. En cuanto pudo se escapó de allí para volver con su unidad. (Escribieron sobre ello en los periódicos.)

Piotr Nikolayevich Oleinik (Brigada, subcomandante de la patrullera blindada n.º 13): Al tercer día, la AC-11 y la AC-13 (el teniente Tseytlin estaba al mando de la AC-13; ahora comanda un destacamento de dos patrulleras) recibieron la orden de recoger a la fuerza de desembarco. Cuando nos aproximábamos a la orilla oeste, aparecieron entre trece y quince tanques. Entonces se desató el caos. Estaba oscuro, íbamos a ciegas. El fuego era tan intenso cuando llegamos que no había manera de acercarse. El jefe del destacamento nos ordenó que volviéramos. Pero no podíamos volver, porque nuestra patrullera, la AC-13, había encallado y la AC-11 estaba justo detrás. Habíamos acabado en un banco de arena. Pero no podíamos perder ni un segundo. La torreta de la ametralladora de popa había recibido un fuerte impacto. Fue la primera grieta causada por las

bombas. Antes de eso nos habían hecho muchos agujeros, pero de bala. El fuego de artillería dañó la dirección del barco. El enemigo estaba a treinta metros de distancia. La AC-11 también sufrió daños. Pero nadie perdió la calma. Nuestro comandante, el teniente Vashchenko, me ordenó, como primer timonel, que pasara al segundo timón. Pero no sirvió de nada, porque la transmisión no funcionaba. Desde fuera, parecía que el barco estaba ardiendo. Las balas no dejaban de llover. Le dije al comandante que estábamos sin dirección. Loza, el ingeniero jefe, me oyó y dio «atrás toda». El barco pegó una sacudida, tiró hacia atrás y se separó de la orilla. La AC-11 se había salido justo un poco antes.

Semion Alexeyevich Solodchenko (brigada, timonel de la patrullera blindada n.º 11): Cuando llegamos al barco, vimos que tenía tres impactos de bomba y otros tres de proyectiles perforadores, además de un montón de agujeros de bala causados por las ráfagas de ametralladora.

La AC-13 también regresó junto a nosotros. Entonces, un teniente coronel de la 300.ª División de Fusileros vino y nos gritó: «¿Por qué no cumplís vuestras órdenes?». Nosotros empezábamos a andar escasos de combustible. Moroz respondió diciendo que él «no podía salir». El teniente coronel, empuñando un máuser, le gritó: «Te dispararé». Entonces Moroz dio la orden de partir. Los barcos salieron. El teniente coronel caminaba por la orilla del río con su máuser. Moroz decidió dejar la AC-11 en la bahía de Shadrinski y llevar la AC-13 a Ajtuba.

Serguéi Ignatievich Barbotko (Teniente, comandante de la patrullera blindada n.º 41): Perdimos la AC-34 a la mañana siguiente. Lisenko, el laureado y valiente jefe del Grupo Norte, iba a bordo, y murió como un héroe. Las circunstancias de su muerte fueron estas: aquel día el coronel Afonin dijo que lo que quedaba de la fuerza de desembarco debía ser informada de que estaba siendo retirada. La AC-34 y la AC-381 partieron para recoger a las tropas restantes. Lisenko trató de explicar que el destacamento de desembarco no estaba allí y que los barcos se estaban

yendo sin motivo. Entonces Afonin acusó a Lisenko de cobardía. No queriendo traicionar el uniforme de un oficial naval, el propio Lisenko partió en la AC-34. Una bomba cayó sobre la patrullera, destruyendo la cadena de guardín. Sin control del timón, la embarcación encalló a unos cien o 120 metros de distancia del enemigo. Los alemanes empezaron a lanzarles directamente proyectiles incendiarios. La AC-41, que les estaba dando cobertura, disparó seis descargas, lanzando 96 proyectiles sobre las posiciones de fuego del enemigo. Sacaron un mortero de seis bocas (un Vaniusha)[134] e instalaron varias posiciones de artillería.

Pese a todo, los tanques enemigos siguieron disparando sobre la patrullera. Los soldados que habían sido hechos prisioneros durante la operación de desembarco habían dado a los alemanes las posiciones de nuestras patrulleras blindadas. Al día siguiente, la aviación alemana lanzó un ataque sobre estas posiciones, en las que se hallaban localizadas patrulleras, municiones, combustible, así como el cañonero *Usiskin*. Un cazabombardero atacó la AC-41. Varias bombas explotaron a entre quince y veinte metros de distancia. Murieron tres hombres (un operador de radio y dos artilleros). Estas fueron las pérdidas que sufrimos durante el periodo de las operaciones de combate en Stalingrado. El fuego de la artillería alemana era muy impreciso y por eso no causó ningún daño. El fuego de mortero era más preciso. Por ejemplo, los morteros alemanes prendieron fuego a la AC-74 mientras se aproximaba a la orilla.

Yuri Valerievich Liubimov (Teniente, oficial de derrota para un destacamento de patrulleras blindadas, oficial de comunicaciones para el Grupo Norte, Flotilla Militar del Volga): Un reducido número de soldados consiguió escapar y abrirse camino hasta la brigada de Gorojov, que tampoco había iniciado aún las acciones ofensivas en apoyo del desembarco. Los grupos del contingente de desembarco lucharon por separado y con toda determinación contra el enemigo.

La lucha continuó durante los días 1 y 2 de noviembre. Durante la operación de desembarco, había barcos del Grupo Norte preparados para

prestar apoyo de artillería a las tropas. Estaban esperando que una bengala les diera la señal. Pero no hubo ninguna bengala, de modo que no abrieron fuego aquella noche. Por la mañana, cuando vimos refuerzos alemanes camino de Latoshinka, les disparamos con Katiushas desde las patrulleras armadas y con la artillería de los cañoneros. La 300.ª División de Fusileros también nos proporcionó apoyo de artillería, no aquella noche, sino durante el día, cuando los destacamentos de desembarco estaban a la defensiva.

Aquellas tropas no estaban en realidad entrenadas (estaban integradas en su mayoría por minorías nacionales, personas que no sabían manejar un arma y carecían de disciplina).

[...] El capitán Tsibulski, jefe de Estado Mayor de la 1.ª Brigada, llegó al cuartel general del Grupo Norte el 2 de noviembre. Ordenó que dos patrulleras blindadas fueran a la zona de desembarco a las diez de la noche a recoger lo que quedara del destacamento de desembarco, dado que su presencia continuada allí no tenía sentido. A medianoche, dos patrulleras blindadas salieron de la bahía de Shadrinski: la AC-34 (teniente Glomazdin) y la AC-387 (teniente Lukin). El comandante de división, el capitán Lisenko, y el jefe del destacamento, el teniente Moroz, iban a bordo de la AC-34. Los barcos fueron detectados en medio del río por los reflectores alemanes y el enemigo abrió fuego de inmediato. Concentraron toda su potencia de fuego en los barcos: no solo la de la artillería, ametralladoras y morteros, sino también la de los tanques. Todos les disparaban directamente a ellos. Además de los mandos que ya he mencionado y sus tripulaciones, en cada barco iban cinco marineros con fusiles automáticos. No había manera de sofocar el fuego enemigo. Aunque las patrulleras recibieron apoyo de los cañoneros del Grupo Norte y del regimiento de artillería de la 300.ª División de Fusileros, nada surtió el efecto deseado porque disparaban sin hacer ningún ajuste, basándose solo en los fogonazos de los alemanes.

Las patrulleras no podían llegar hasta la orilla. No podían acercarse a más de quince metros, por lo que se vieron obligadas a volver. Por el camino, la AC-34 perdió el control porque la cadena de guardín del barco resultó dañada y encallaron. Al verlo, el enemigo intensificó su fuego. La patrullera quedó bajo un fuego directo desde escasa distancia. La segunda patrullera (AC-387) trató de sacar a la primera de la orilla, pero sin éxito. Estaba encallada. Debido al intenso fuego enemigo, casi todos los que estaban a bordo murieron o resultaron heridos. El capitán Lisenko –herido y desangrándose (había sido alcanzado en ambos muslos)– ordenó que la AC-387 siguiera donde estaba, incluso cuando la lluvia de fuego fue aumentando más y más. El comandante y parte de la tripulación de la AC-387 subieron a bordo de la AC-34 para tratar de rescatar a los que sufrían hemorragias más severas. El comandante del destacamento, Moroz, había sido gravemente herido por un proyectil incendiario que le estaba haciendo arder vivo. El comandante de la AC-34 también resultó herido grave. Ambos estaban desangrándose, pero no había nadie ni nada para vendarles. Moroz se hizo un torniquete con un cable de teléfono. El otro extremo seguía aún conectado al circuito. Mientras su comandante y algunos miembros de la tripulación estaban a bordo de la AC-34, el resto de los tripulantes de la AC-387 pusieron en marcha el motor, retrocedieron y se marcharon, abandonando a su cruel suerte a su comandante y a sus camaradas. Sobre las cuatro de la madrugada del 3 de noviembre, Tsibulski me ordenó llevar una motora hasta nuestros agonizantes camaradas de la AC-34, recoger a los heridos y a los supervivientes, y trasladarles a la orilla. El *politruk* Lemeshko[135] y el teniente Perishkin (comandante del 2.º Destacamento de Patrulleras Blindadas)[136] vinieron conmigo. El bombardeo era incesante. Cuando llegamos a la patrullera atacada, nos encontramos ante un desolador panorama de muerte y destrucción. Casi todos los que estaban a bordo habían muerto o estaban heridos, entre charcos de sangre. Algunos ardían envueltos en llamas azules, se estaban quemando vivos a causa de las bombas incendiarias.

Lisenko y Moroz seguían vivos, pero habían perdido mucha sangre. Los llevamos junto con otros heridos a nuestra motora, y allí les prestamos los primeros auxilios. En lugar de seis, conforme a lo recomendado, éramos catorce en la motora. Seguíamos atrapados en el cauce del río, tratando de avanzar hacia la orilla oeste, bajo un fuego constante. Prometimos a los que allí quedaron que pronto volveríamos a ayudarles o que enviaríamos a otros a hacerlo. Mientras trasladábamos a los heridos de la patrullera a nuestra lancha, fui alcanzado por tres fragmentos de proyectil en el brazo y la pierna izquierdos.

Los camaradas que dejamos en la AC-34 no llegaron nunca a recibir esa ayuda. A la noche siguiente tres marineros fueron hasta la patrullera en un bote salvavidas. Durante algunas noches más, el bote volvió varias veces. Consiguieron rescatar al operador de radio Reshetniak, que seguía vivo y que tomó consigo algunos documentos con información sensible, así como el instrumental de más valor. [...]

El heroico Reshetniak fue el único superviviente de la AC-34. Pasó el día del 3 de noviembre en la sala de radio y, pese al devastador fuego enemigo y los reiterados bombardeos aéreos, actuó con una valentía extraordinaria. Continuó manteniendo comunicación por radio con su puesto de mando, rodeado de cadáveres y de aquel panorama de absoluta destrucción. Reshetniak fue nominado para el título de Héroe de la Unión Soviética, pero recibió la Orden de Lenin. Los marineros Beliayev y Zayats, que fueron los que llevaron un bote salvavidas hasta la destruida patrullera, también fueron condecorados: el primero con la Orden de la Bandera Roja, y el segundo con la Medalla al Valor. El capitán Lisenko fue conducido a un búnker de la bahía de Shadrinski, donde murió una hora después, al parecer por la pérdida de sangre. Moroz murió en un hospital dos semanas más tarde.

Yakov Vasilievich Nebolsin (Teniente, artillero del buque insignia, brigada de barcos fluviales, Flotilla Militar del Volga): Mientras nos aproximábamos al lugar, desde la bahía de Shadrinski, la

AC-34 encalló, lo que hizo que pudiera ser atacada desde muy corta distancia por una batería de artillería de Latoshinka. El capitán Lisenko, comandante de la división, y el teniente Moroz, al mando del destacamento, estaban a bordo. Toda la tripulación, incluidos los jefes de división y del destacamento resultaron heridos, y algunos muertos. Todos, excepto el operador de radio Reshetniak. Cuando la lancha motora llegó para sacar a la tripulación de la patrullera, el capitán Lisenko, que había sido herido por una bomba termita, les dijo «no os llevaréis a ninguno de nosotros, vamos a luchar hasta la muerte». Cuando perdió el conocimiento, el capitán Lisenko fue trasladado al batallón médico de la 300.ª División, donde murió siete horas después a causa de las heridas.

Ivan Kuzmich Reshetniak (Brigada, oficial de transmisiones de la patrullera blindada n.º 34): Durante la operación de desembarco en Latoshinka del 3 de noviembre de 1942, nuestra patrullera blindada recibió la orden de ir en misión de reconocimiento a la orilla y ver qué estaban haciendo los destacamentos de desembarco. En esta operación participaban la AC-34 y la AC-379. A bordo de la AC-34 iban el jefe del destacamento Moroz y el capitán Lisenko. El capitán Tsibulski, jefe de Estado Mayor de la 1.ª Brigada de Barcos Fluviales, también había llegado al lugar objetivo de reconocimiento. Él tenía su propia radio y su operador. Nos dijeron que mantuviéramos contacto con esta radio, y así lo hice durante toda la operación.

A medianoche salimos de la bahía de Shadrinski y pusimos rumbo a la orilla del río, que estaba bajo el control del enemigo. Cuando nos aproximábamos a la orilla, la artillería enemiga abrió fuego. El teniente Glomozdin estaba al mando de nuestra patrullera. Era exigente y muy valiente. Nunca daba marcha atrás en una misión. No había fuego de artillería bastante para hacerle recular en su decisión. Glomozdin decidió desembarcar en otro punto. Mientras nos acercábamos a la orilla, una bomba incendiaria cayó sobre la torre de mando, que era donde se encontraban los jefes de la división y del destacamento. Volkov, el

timonel, y Tropanov, el operador de radio, también estaban allí. Aquella bomba hirió al capitán Lisenko, al teniente Moroz y al teniente Glomozdin. También dejó inutilizado el mecanismo de dirección del barco. Perdimos el control de la patrullera y encallamos en la arena. Yo me mantenía en constante contacto por radio con Tsibulski, pero cuando nos quedamos varados el jefe del destacamento me ordenó transmitir al mando de la brigada que habíamos encallado y que necesitábamos ayuda para evacuar a los heridos. El mensaje fue transmitido al jefe de Estado Mayor de la brigada. Al mismo tiempo, envié un mensaje al AC-379 (antes AC-44): «Vengan a sacar a la AC-34 del banco de arena y llevarla a la bahía de Shadrinski».

La AC-379 recibió el mensaje y se dispuso a cumplir las órdenes. Trataron de remolcar la AC-34, pero la embarcación estaba tan encallada que el cable de acero que estaban usando se partió en dos. Lo intentaron con un segundo cable, pero este también se rompió. Durante el tercer intento por sacar a la patrullera de la arena, la AC-379 sufrió un fallo mecánico. El capitán Lisenko me ordenó que informara al jefe de Estado Mayor de la brigada de los problemas mecánicos de la AC-379. Nos respondieron diciendo que se había enviado una motora para los heridos. Una vez volvió a funcionar el motor, la AC-379 se colocó al lado de la AC-34, invitando a su tripulación a subir a bordo. Pero la tripulación decidió no abandonar el barco. El brigada Mujin había tomado el mando [...].

La motora partió llevándose a algunos de los heridos. La AC-379 también salió una vez consiguieron arreglarle el motor. La tripulación de la AC-34 permaneció en sus puestos. También había allí dos soldados y un sargento del grupo de reconocimiento. El siguiente proyectil mató a los dos soldados y al sargento.

Seguimos tratando de salir del banco de arena. Los reflectores alemanes estaban buscando nuestro barco. Al final lograron localizarnos. Entonces empezaron a descargar sobre nosotros un fuego muy intenso.

Los U-2 soviéticos, que estaban atacando las instalaciones de los reflectores, habían reducido la precisión de la artillería alemana.

En la patrullera todavía quedábamos vivos diez de nosotros (de trece que éramos). Nos metimos en el agua para intentar salir de allí, pero sin resultado. El camarada Mujin –un brigada y secretario del destacamento de la organización Komsomol– tomó el mando en sustitución de Krasavin y ordenó que todo el mundo volviera a subir a bordo del barco. Entonces yo me puse en contacto con el jefe de Estado Mayor Tsibulski, que me hizo contactar con la AC-12 y la AC-36, que iban a venir en nuestra ayuda. Establecí comunicación con ellas. Estas patrulleras se pusieron en marcha, pero estaban a unos doce o quince kilómetros de nosotros, y hacia el amanecer fueron sometidas a un fuerte bombardeo enemigo. Les ordenaron retirarse. Antes del alba, Mujin reunió al equipo de ingenieros y les dijo que se quedaran donde estaban hasta el anochecer. Entonces podrían tenerlo todo listo para que nos pusiéramos en marcha. Con ayuda, podríamos regresar a la base. Todos los marineros apoyaron esta decisión.

Yo estaba en la torre, todavía en contacto con Tsibulski, quien nos envió un mensaje diciéndonos que no nos viniéramos abajo. En el diario de radio a bordo consta el registro exacto de su mensaje, pero no sé dónde se encuentra.

Sin que supiéramos muy bien por qué, desde el amanecer, aproximadamente desde las seis de la madrugada hasta la 1.00 de la tarde, el fuego enemigo fue muy escaso (en torno a las diez hubo bastante niebla). A las doce y media del 4 de noviembre el enemigo empezó a apuntar directamente a la patrullera. A la una comenzaron a infligirnos daños muy graves. Los alemanes contaban con cuatro cañones de 76 mm. Nos disparaban directamente. Cada minuto caían dos o tres proyectiles. A la una y media uno de ellos impactó en la sala de máquinas, por debajo de la línea de flotación. Nos hizo una grieta enorme y dañó la carcasa del motor derecho.

El brigada Mujin dio órdenes de cerrar la grieta. Cuando quedó claro que esto era imposible, la tripulación se trasladó a la torreta de la ametralladora de popa. Había unos ocho hombres allí. A las dos y media, un proyectil impactó en la torre y explotó dentro. El marinero Volkov y el brigada Svergunov quedaron heridos. Otro suboficial cuyo nombre no recuerdo resultó gravemente herido, y el marinero Vetrov y el brigada Shevirda, muertos. La grieta de la torre era muy grande y el agua empezó a entrar. El brigada Mujin, el timonel Voljov, un cabo mayor y un brigada del cuerpo de ingenieros decidieron que, dado que la situación parecía desesperada, iban a intentar llegar a nado a nuestro lado del río. Salieron por la cubierta superior, cogieron algunos salvavidas y se dispusieron a saltar del barco. La sala de radio no había sufrido daños, de modo que les pregunté si querían entrar. Ninguno aceptó mi invitación salvo el timonel Voljov, que seguía todavía en cubierta. Los demás saltaron por la borda. Un Messerschmitt alemán nos estaba sobrevolando y cuando se dio cuenta de que había gente en cubierta, bajó en picado y empezó a ametrallar el barco y a los nadadores. Volkov resultó herido por segunda vez y saltó por la borda. El avión regresó y volvió a disparar a los marineros que estaban en el agua. Nunca volví a ver a mis camaradas. Todos murieron.

El puente quedó destruido por este ataque, y la antena dañada. La patrullera estaba incomunicada. Pero yo estaba decidido a permanecer allí hasta mi último aliento. El enemigo continuó con su incesante fuego de artillería hasta las tres y media. En ese momento debieron de pensar que la patrullera estaba completamente destruida y dejaron de disparar. Pero cuando el humo se disipó vieron que seguía allí y enviaron cuatro aviones a rematarla. Después de doce pasadas, en las que los aviones alemanes dejaron caer una docena de bombas, empezaron a dispararnos desde los aviones y desde tierra. Seis o siete bombas dieron en el blanco. Una explotó en los camarotes de la tripulación, otra en estribor, frente al tanque de combustible, una tercera en la sala de máquinas, otra en cubierta y la otra en la sala de radio. Pero no causaron daños graves. El área más

afectada fue la de las dependencias de la tripulación, el tanque de combustible y la cocina. A las cinco y media, dispararon cincuenta proyectiles, pero no acertaron a dar a nada debido a su mala puntería.

A las seis los alemanes cesaron el fuego. Cuando oscureció, salí a cubierta. Primero bajé a la sala de máquinas y grité: «¿Hay alguien vivo?». No hubo respuesta. En la torreta de la ametralladora había dos hombres gravemente heridos, Svergunov y Komarov. Les saqué de la torreta. Estaban empapados y temblando de frío. Les llevé a rastras hasta la sala de radio y arropé a Komarov con un abrigo de piel de oveja. Hice jirones una sábana para vendarles las heridas. Empezamos a hablar de qué hacer a continuación. Tras valorar la situación, decidimos esperar a que llegara ayuda de las otras patrulleras. A las nueve de la noche estaba en cubierta, mirando al agua, esperando a que aparecieran los alemanes. Nuestra patrullera estaba a 200-250 metros de la margen del río ocupada por los alemanes. Yo tenía tres granadas, un subfusil y un revólver. Le di el subfusil al marinero Komarov y le pedí que abriera fuego si asomaban los alemanes.

Aparte de esto, tenía que atender a mis camaradas heridos, darles agua, vendarles las heridas. Komarov empezó a sentirse peor. Una vez perdidas las esperanzas de recibir ayuda de otras patrulleras, y teniendo en cuenta que los heridos iban empeorando cada vez más, decidí nadar hasta la orilla este, coger un bote salvavidas, y volver por mis camaradas. Le dije a Komarov que si se acercaban alemanes les disparara con el subfusil. Al mismo tiempo les puse los salvavidas. Yo estaba ya listo para marchar, cuando de repente vi un punto negro aproximándose desde cierta distancia. Informé a Komarov, advirtiéndole de que estuviera preparado para un probable encuentro con el enemigo. Me escondí dentro de la torreta de la ametralladora. Cogí mis granadas y empuñé mi subfusil. Aquel punto negro resultó ser una pequeña embarcación. Supusimos que sería alemana y decidimos dejar que se aproximara a unos diez metros antes de disparar. Cuando el bote salvavidas estuvo a esa distancia, grité:

«¿Quién va?». Entonces escuché la familiar voz de mis camaradas de la AC-11 y de la AC-379. A continuación trasladamos al brigada Svergunov y al otro herido al bote. Yo cogí el equipo de radio y todos los documentos de carácter delicado y envié a los heridos al hospital de la bahía de Shadrinski. En la bahía de Shadrinski nos encontramos con el comandante del otro destacamento, el teniente Perishkin, que era el que había mandado el bote salvavidas a la patrullera. Los heridos fueron trasladados al hospital en otro bote salvavidas. Cuando el capitán Tsibulski llegó, le informé sobre el estado de la patrullera y los daños que había sufrido. Le dije que no tenía sentido tratar de recuperar la AC-34, dado que ello podría muy probablemente significar la pérdida de otro barco. Tsibulski dio la orden de sacar todo lo que se pudiera de la patrullera. Sus hombres fueron a la patrullera aquella noche y a la siguiente, y consiguieron llevarse piezas y equipos suficientes para que la embarcación quedara inutilizada por completo. También sacaron los pernos de los cañones.

Por esta operación, me concedieron la Orden de Lenin, por decreto de la Presidencia del Consejo Supremo de la URSS, el 31 de mayo de 1943. Y por decreto de la Presidencia del Sóviet Supremo de la URSS, me otorgaron también la Medalla por la Defensa de Stalingrado el 1 de julio de 1943.

Ivan Alexandrovich Kuznetsov (Teniente de navío, comandante del cañonero *Usiskin*): A finales de octubre se efectuó una operación de desembarco en Latoshinka. Muchos de los hombres de los destacamentos de desembarco fueron hechos prisioneros –minorías nacionales, kazajos y uzbekos. Al parecer, alguno debió de darles nuestra posición, porque a finales de octubre los alemanes lanzaron un bombardeo y un ataque de mortero intensivo sobre ella. Yo no abandoné mi puesto, pero después de 2.300 descargas, nuestros cañones tenían que ser sustituidos, y dado que no había nadie disponible aquí, me vi obligado a moverme para que otra embarcación pudiera ocupar mi puesto. El cañonero *Chapayev* ocupó mi posición anterior y permaneció allí durante veinticuatro horas exactas. Se

decidió que había que mandarlo a otro sitio, porque era completamente imposible quedarse –les estaban bombardeando día y noche, causando muchos muertos y heridos.

Vasili Mijailovich Zaginailo (Subcomandante del cañonero *Chapayev*): Algunos de los soldados que desembarcaron fueron hechos prisioneros, y por su culpa los alemanes descubrieron las posiciones de nuestros barcos.

Por la mañana, el enemigo envió nueve aviones para destruir el Grupo Norte. Las bombas cayeron cerca. Pero cuando los aviones hicieron su tercera aproximación, el *Chapayev* abandonó su posición y gracias a ello se salvó de ser hundido. [...]

La operación habría triunfado si hubiera existido un plan. Pero ni siquiera Gorojov sabía qué pasaba. De modo que no hubo manera de dar apoyo a la operación. La 300.ª División de Fusileros no proporcionó ningún apoyo de artillería a las fuerzas de desembarco. Esta es la razón por la que fueron casi completamente aniquiladas en Latoshinka.

Yuri Valerievich Liubimov (Teniente, oficial de derrota para un destacamento de patrulleras blindadas, oficial de comunicaciones para el Grupo Norte, Flotilla Militar del Volga): Trataron de barrenar la AC-34, pero por alguna razón no explotó, así que lo dejaron. No había necesidad de volarla, no era más que un montón de chatarra, no valía para nada. Aquel invierno fue desguazada pieza a pieza, y todavía hoy el casco sigue ahí, en el mismo lugar donde sucumbió heroicamente, como testimonio de las cosas tan terribles y sangrientas que ocurrieron durante la gran epopeya de Stalingrado.

LA CAPTURA DEL MARISCAL PAULUS

El 6 de enero, el general Konstantin Rokossovski presentó los términos de la capitulación al rodeado 6.º Ejército. El 10 de enero, tras no haber recibido respuesta del mariscal de campo Paulus, los soviéticos iniciaron

una gran ofensiva. En dos semanas habían reducido el tamaño del *Kessel* considerablemente, empujando a las tropas enemigas dentro de los límites de la ciudad. El 26 de enero los soviéticos dividieron a los cercados alemanes en dos bolsas, una al sur, en el centro de la ciudad, y otra al norte, en el distrito industrial. Los líderes soviéticos sospechaban que el alto mando militar alemán (AOK 6) se encontraba en el Grupo Sur, pero no estaban seguros de si Paulus había huido de Stalingrado entretanto. El 28 de enero, la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros unió sus fuerzas a las de las 29.ª y 36.ª Divisiones de Fusileros y fue empujando hacia el centro de la ciudad desde el sur.[137] A primera hora de la mañana del 31 de enero, enviados de paz alemanes se acercaron a soldados de la brigada y les condujeron al sótano de unos grandes almacenes, donde, para su sorpresa, los soviéticos se encontraron con que allí estaban Paulus y su equipo. El sótano había sido en un principio un puesto de mando de la 71.ª División de Infantería, comandada por el general de división Friedrich Roske.[138] Los últimos días de enero, Paulus y los 250 oficiales y personal de la AOK 6[139] que quedaban, habían buscado refugio allí tras abandonar sus anteriores cuarteles en Gumrak, un aeródromo al oeste de la ciudad, y en un barranco situado en el extremo sudoeste de la misma.[140] Como muchos de sus camaradas oficiales testificaron más tarde, Paulus no se había opuesto expresamente a la orden de Hitler de que el ejército resistiera hasta el último hombre, pero tampoco la hizo cumplir con carácter universal; en lugar de ello, el 29 de enero informó a los jefes de su unidad de que lo dejaba a su discreción.[141] Por otra parte, Paulus desobedeció la orden de Hitler de morir «como un héroe». Como se mencionó en la Introducción, el hecho de que Hitler ascendiera a Paulus a mariscal de campo a primera hora de la mañana del 31 de enero era una forma indirecta de decirle que su única opción era suicidarse o luchar hasta la muerte, dado que ningún mariscal de campo había sido nunca antes capturado con vida. Cuando los soviéticos entraron en el sótano, le encontraron tendido en una cama junto a la habitación de Roske, donde

otros oficiales alemanes se encontraban negociando los términos de la rendición. Paulus se había declarado una «persona privada» ante Roske y sus oficiales, por lo que no se consideraba responsable de la rendición alemana.

La noche del 29 de enero, Roske informó de que los grandes almacenes no podían resistir mucho tiempo más. El jefe de Estado Mayor del Ejército, Arthur Schmidt, instó a los oficiales a no entregar las armas, dado que al día siguiente se cumplía el décimo aniversario de la toma de poder nazi. No obstante, el 30 de enero varios oficiales alemanes establecieron contacto con el enemigo en un intento por detener la lucha. Aquella noche, el coronel Günther Ludwig, comandante del regimiento de artillería de la 14.ª División Pánzer, fue recibido por el mando del batallón de la 29.ª División de Fusileros. Cuando más tarde Ludwig habló con Schmidt de estas acciones no autorizadas, Schmidt, lejos de reprenderle, le pidió que acordara con los soviéticos que mandaran enviados de paz al AOK 6 a la mañana siguiente.[142]

Las transcripciones de Stalingrado son los primeros documentos publicados que muestran cómo los soviéticos interpretaron los esfuerzos alemanes por un alto el fuego y cuál fue su respuesta. En ellas quedan documentados los múltiples intentos de negociación entre representantes de diferentes unidades realizados los días 30 y 31 de enero y la confusión resultante cuando, la mañana del 31 de enero, en el mismo lugar en el que el coronel Ludwig, al mando de la 29.ª División de Fusileros, había pedido que mandaran enviados de paz de alta graduación, aparecieron soldados de la 38.ª División de Fusileros. Las transcripciones revelan también la rivalidad entre las unidades soviéticas, todas las cuales querían ser la primera en encontrar al mariscal de campo Paulus. Las entrevistas incluyen los informes de orgullosos soldados de la 38.ª Brigada de Fusileros así como de varios representantes de la 36.ª División de Fusileros, a los que les faltó muy poco para hacerse con el trofeo más importante en la lucha por Stalingrado.

Para la mayoría de los soldados del Ejército Rojo que estaban en el sótano de los grandes almacenes, era la primera vez que veían oficiales de cerca. Formados en las ideas marxistas de clase, creían que todos los generales y oficiales alemanes pertenecían a la élite aristócrata.[143] Solo unos pocos parecían saber que el hombre al que llamaban «General fon Paulyus» era hijo de un maestro de escuela. El alto mando supremo del 64.º Ejército, Mijaíl Shumilov, también fue víctima de este error. Lo primero que hizo Shumilov cuando llegó Paulus a su puesto de mando en Beketovka fue inspeccionar el carné de identidad del mariscal de campo. «El carné decía», según explicaría más tarde a los historiadores de Moscú, «que servía en el ejército alemán y que era Von Paulus –el soldado del ejército alemán Von Paulus.»[144]

A los comandantes soviéticos, la mayoría de los cuales eran de origen humilde,[145] les impresionaban las medallas y el porte de los oficiales alemanes. Algunos comentaban con aprobación la disciplina y el respeto que se les tenía a los oficiales de la Wehrmacht (dando a entender que los oficiales del Ejército Rojo no estaban a la misma altura). El comandante de división Roske –un testigo soviético hacía referencia a sus «ojos de un azul ario»– causó una profunda impresión con su generoso gesto de ofrecer un puro a los «caballeros» allí presentes antes de las negociaciones.[146] Pero la superioridad cultural típicamente atribuida a los alemanes no se correspondía en absoluto con la suciedad y el hedor que los soldados rojos se encontraron en el sótano de los grandes almacenes. Junto con la ideología racista nazi –los soldados soviéticos recordaban más tarde que los alemanes exigían que sus sirvientes rusos utilizaran un cuarto de aseo distinto– aquella mugre contradecía la idea de Alemania como nación de una gran cultura.

Los historiadores de la Alemania de la posguerra han destacado el cansancio y el derrotismo que pesaba sobre gran parte de la Wehrmacht durante los últimos días de la batalla. Las transcripciones de Stalingrado dibujan un panorama muy diferente, al menos en parte. Aunque muchos

soldados capturados gritaban «Hitler *kaput*» para evitar ser fusilados, el nivel de resistencia armada que los soviéticos se encontraron en la «Fortaleza de Stalingrado» fue extraordinariamente alto. El comandante Anatoli Soldatov explicó a los historiadores que a finales de febrero sus soldados encontraron a seis oficiales de la Wehrmacht en una casa bombardeada donde tenían suministro de mantequilla y comida en lata para tres semanas. Un informe de la NKVD señalaba que el 5 de marzo de 1943 soldados uniformados alemanes atacaron a un teniente y a un sargento. En una búsqueda posterior, unos soldados del Ejército Rojo encontraron y mataron a ocho oficiales alemanes provistos de pistolas y un transmisor de radio.[147] Los rumanos, checoslovacos y griegos que lucharon del lado de los alemanes expresaron alivio al ser capturados, para ellos la guerra había terminado.[148] En cambio, muchos de los alemanes, especialmente los oficiales, se mostraban displicentes, confiados en que los alemanes acabarían imponiéndose.

Las entrevistas presentadas a continuación tuvieron lugar el 28 de febrero de 1943 y en fechas posteriores. Algunas se realizaron en Beketovka, donde se hallaba el principal cuartel general del 64.º Ejército, otras en los grandes almacenes de Stalingrado. Las entrevistas fueron llevadas a cabo por Esfira Genkina y transcritas por la taquígrafa Olga Rosliakova.

Los entrevistados

38.ª Brigada Motorizada de Fusileros

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov[149] –Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros

Teniente coronel Leonid Abovich Vinokur –Subcomandante de asuntos políticos

Comandante Alexander Georgievich Yegorov –Jefe de la sección política

Comandante Anatoli Gavrilovich Soldatov –Subjefe del departamento político, secretario del Comité del Partido en la brigada

Capitán Ivan Zajarovich Bujarov –Instructor de la sección política

Capitán Lukián Petrovich Morozov –Subcomandante de asuntos políticos, 1.º Batallón

Teniente Georgi Grigorievich Garin –Comandante del pelotón de reconocimiento

Teniente Nikolái Petrovich Karpov –Secretario ejecutivo del Komsomol, 3.º Batallón

Teniente Nikolái Alexandrovich Timofeiev –Comandante de la compañía de reconocimiento

Sargento Alexander Ivanovich Parjomenko –Centinela

Sargento Alexander Semionovich Duka –Operador de mortero, 2.º Batallón

Sargento Mijaíl Ivanovich Gurov –Subfusilero y soldado de transmisiones

36.ª División de Fusileros de la Guardia

General de división Mijaíl Ivanovich Denisenko –Comandante de la 36.ª División de Fusileros de la Guardia

Coronel de la Guardia Ivan Vasilievich Kudriavtsev –Subcomandante de asuntos políticos

Teniente primero Fiódor Ivanovich Fiodorov –Comandante de la 6.ª Batería, 65.º Regimiento de Artillería de la Guardia

Comandancia del 64.º Ejército (que incluye a la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros y a la 36.ª División de Fusileros de la Guardia)

Teniente general Mijaíl Stepanovich Shumilov –Comandante del 64.º Ejército

General de división Konstantin Kirikovich Abramov –Miembro del Consejo Militar

Coronel Matvei Petrovich Smolianov –Jefe de la sección política

Capitán Yakov Mironovich Golovchiner –Jefe de la 7.ª Sección política, departamento político[150]

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): No hacía mucho que nos habían puesto en la reserva para el 64.º Ejército. Así nos tuvieron dos semanas. Incluso durante este gran avance[151] nos siguieron manteniendo en la reserva. A todos nos fastidiaba eso. Varias veces le pedí al comandante que nos enviara allí, pero él decía: «¡Yo sé lo que hago, no me diga lo que tengo que hacer! ¡Esté preparado para luchar!».

Teniente general Mijaíl Stepanovich Shumilov (comandante del 64.º Ejército): El comandante del frente nos ordenó volver de nuevo hacia el noroeste y atacar a lo largo del Volga junto con el 62.º Ejército y despejar la ciudad hasta el Barranco Largo. [...]. Eliminamos al enemigo en toda la parte de la ciudad al sur del río Tsaritsa. Pero no conseguimos cruzarlo. Es una barrera natural tan extraordinaria, con esas orillas tan altas, tan escarpadas. Dentro de los edificios de piedra había regimientos de oficiales y gendarmes del ejército alemán dispuestos a defenderse. Aquellas unidades ofrecieron una dura resistencia, no fuimos capaces de pasar el Tsaritsa aquel día.

Tuvimos que reorganizar el ataque de otra manera, y en todo caso, habíamos sufrido tantas pérdidas –fusileros, en su mayoría– que necesitábamos refuerzos y reservas. Enviaron a la 38.ª Brigada

Motorizada de Fusileros, solicitada por el flanco izquierdo del ejército. Debían avanzar por las vías del tren y abrirse paso hasta el centro de la ciudad, para prestar ayuda a las fuerzas atacantes de la 29.ª y la 36.ª Divisiones situadas en el flanco izquierdo. La 36.ª y la 38.ª Brigadas Motorizadas de Fusileros lograron cruzar el Tsaritsa. Nueve carros de combate atravesaron el río y comenzaron a avanzar hacia el centro de la ciudad.

[...] Al no contar con un número de hombres suficiente, pusimos a la artillería, entre veinte y cuarenta cañones –incluso los de 122 mm– a disparar directamente a un solo edificio. Tras la primera salva, les diríamos a los alemanes que se rindieran. Si se negaban, dispararíamos otra u otras dos antes de instarles de nuevo a rendirse. Dos o tres salvas suelen ser suficiente. Los edificios en los que se habían hecho fuertes los alemanes empezaron a caer uno tras otro.

Capitán Lukián Petrovich Morozov (Subcomandante de asuntos políticos, 1.º Batallón): El 28 de enero de 1943, recibí una orden de campaña. [...] La trasladamos a todos los soldados, mantuvimos reuniones de partido y del Komsomol, y hablamos con los hombres individualmente. Como parte de nuestro trabajo político de partido, estudiamos la Orden n.º 345 del camarada Stalin y su informe del 7 de noviembre. Todos los soldados tuvieron conocimiento de las dos cosas. Esto mejoró su férrea disciplina militar, aumentó la autoridad de sus comandantes y reforzó la convicción de los hombres.

Mantuvimos una reunión justo antes de la batalla. Tras ella, 46 hombres solicitaron su ingreso en el partido. Eran los mejores de nuestros soldados y oficiales, todos los que iban a entrar en combate. Los hombres y oficiales estaban increíblemente deseosos de luchar. Se sentían responsables de la madre patria, eran conscientes de su deber y querían demostrar su amor y su entrega a su país.

Sargento Alexander Semionovich Duka (Operador de mortero, 2.º Batallón): El 28 de enero recibimos las órdenes: enfrentarnos al

enemigo en las calles. Antes de salir, solicité ser miembro del partido. Me había unido al Komsomol en el 178.º Regimiento. A las nueve en punto nos llegaron las órdenes de batalla. Nos pusimos en marcha, haciendo una pausa en el camino. Lo que yo quería era saber que si moría, lo haría como un bolchevique. Así que decidí presentar mi candidatura a miembro del partido. Entregué mi solicitud a la organización del partido, al teniente – no recuerdo su nombre. Durante aquella pausa se celebró una reunión del partido. Yo no era el único que había solicitado su filiación, de nuestra batería fuimos ocho los admitidos como candidatos. Dos de ellos murieron en combate. Demchenko y Kovalenko fueron aceptados, así como el jefe de pelotón, teniente Borisov; Tsukanov; el sargento Kutyanin, y alguno más. Todo esto fue sobre el mediodía. Hacía un frío helador. Dijeron que íbamos a entrar en batalla aquel día, que teníamos que demostrar nuestro valor en combate y dejar claro a los alemanes que no iban a conseguir penetrar más en nuestro territorio. Teníamos la obligación de aplastarles. Cuando me convertí en candidato al partido, pensé: debo probarme a mí mismo en esta batalla. Todo ocurrió muy rápido.

Comandante Alexander Georgievich Yegorov (Jefe de la sección política): La estación de tren estaba en manos del enemigo. Llevaba mucho tiempo en su poder. Los muros eran bastante gruesos. Requirió un trabajo concienzudo con los Katiushas y los cañones grandes. Lo hicieron bien. Gracias a ello pudimos introducirnos bastante en la formación enemiga. Los edificios estaban siendo defendidos por grupos muy pequeños, de unos siete u ocho hombres. Usaban sobre todo granadas. Nuestros hombres recibieron muchos revólveres. Antes de eso no habían tenido revólveres –y se pusieron muy contentos cuando se los dieron. A veces, sobre todo cuando estás en un sótano oscuro como la boca del lobo, un subfusil no resulta muy útil. Era tan difícil adivinar quién es quién que los hombres tenían que estar muy juntos, codo con codo, para no dispararse unos a otros por la noche.

La lucha continuaba día y noche.

La oscuridad jugaba a nuestro favor, porque así los alemanes no sabían cuánta gente había en los sótanos. Valientes como Karpov o Duka –el excelente secretario de organización del Komsomol del 2.º Batallón– daban la orden en cualquier momento: ¡Compañía, abran fuego! A veces hacía que pareciera que eran un batallón entero. El soldado alemán no sabe bien el ruso, pero sabe cómo se dice compañía y batallón. Duka hizo unos quinientos prisioneros. El comandante Soldatov le ayudó. Juntos hicieron centenares de ellos. Irrumpían en un sótano y veían allí a todos los alemanes apretados como sardinas en lata. Podían haber hecho literalmente pedazos a Soldatov y Duka. Pero lo que los alemanes oían era una voz fuerte y decidida que no les permitía desobediencias ni demoras. Y si se resistían, Duka lanzaba unas cuantas granadas y creaba tal pánico que todos empezaban a aullar. Sacaban grupos enteros de los sótanos de una vez. En cierta ocasión, sin embargo, no muy lejos de la fábrica de dulces, nos dieron un revolcón, no muy grande, pero un revolcón. Había bastantes de ellos, unos mil, y nosotros éramos quince. Así que decidimos atacar por la noche con más ruido y más balas. [...]

Teníamos dos batallones de morteros. Cuando recibían la llamada en la que les comunicaban que era necesario atacar algún edificio, los dos batallones de morteros empezaban a disparar. ¿Se lo imagina? Es desmoralizante para el enemigo. Y encima todos gritaban «¡hurra!», al mismo tiempo, impresiona bastante. Los hombres solían proceder así: cercaban un edificio y eliminaban las posiciones de disparo. Los alemanes que estaban dentro se veían en una situación terrible. Luchaban hasta que les destruían, hasta que no quedaba suelo, ni techo. No quedaba nada más que alguna viga de acero. Y entonces un alemán se subía a esa viga y empezaba a disparar. Tenías que adivinar desde qué ventana disparaba.

Sargento Alexander Semionovich Duka (Operador de mortero, 2.º Batallón): Una noche fuimos al cuartel general del batallón y el

comandante nos encargó una misión. Nuestra 4.ª Compañía debía tomar un edificio grande y sacar a los alemanes del sótano.

Nos dirigimos allí. Cinco hombres iban al frente con el teniente Borisov, nuestro jefe de pelotón. Nos acercamos bastante al edificio que debíamos atacar. Teníamos que encontrar a la 4.ª Compañía. El jefe de pelotón me mandó a buscarles. Les encontré. Pregunté por el teniente Nechayev, el comandante de la compañía, y le dije que habían venido veinticinco hombres en su ayuda. Él me explicó que debíamos tomar este edificio desde la calle, despejarlo y luego atacar el otro edificio desde otra calle.

Los alemanes estaban tan tranquilos lanzando sus granadas desde allí. El teniente Borisov fue herido en la boca por una esquirla de granada y tuvo que ir al puesto de socorro. Como yo era el siguiente en rango, quedé al mando de la batería de morteros. Éramos cuatro. Comenzamos a atacar el edificio antes del amanecer. Cruzamos corriendo la calle para llegar a la otra esquina del edificio y desde allí lo rodeamos para llegar al otro lado. Vimos a alguien salir corriendo. Seguimos avanzando lentamente pegados al muro. Lo conseguimos. Noté que salía humo de una chimenea y pensé que debían estar allí dentro. Entonces un segundo hombre salió corriendo. Una vez dentro del patio [...] entramos en el sótano y les dijimos a los alemanes que se rindieran. Yo grité: *«Geben Sie Wachen!»*,[152] y les ordené que se rindieran. Ellos no dijeron nada. Ni una sola palabra. Decidimos soltar una granada por la chimenea, pero entonces vimos a un anciano ruso salir del sótano y nos dijo que allí abajo había civiles. Resultó que eran once alemanes, de los cuales cinco estaban heridos. Les dijimos que depusieran las armas y salieran. Y empezaron a salir uno por uno. Los heridos se quedaron donde estaban. A continuación registramos el sótano. Habían llevado a sus heridos a este sótano. La mujer que vivía allí les ayudó: les limpió las heridas y se las vendó. Mientras los prisioneros se marchaban, yo daba cobertura a mis soldados en el sótano. Entonces salió un tipo corriendo de una esquina y disparó. Mató a

Skliarov, nuestro artillero, y a otro soldado que cayó allí mismo, en las escaleras del sótano.

Fuera empezaba a hacerse de día. Necesitábamos llegar al otro lado de donde se encontraba este subfusilero. Fuimos saliendo por turnos, a la carrera –primero uno, luego el segundo, luego el tercero. Once de nosotros conseguimos cruzar, uno resultó herido. La luz ya era total. Un artillero que había en otro edificio nos descubrió y empezó a dispararnos. El resto de los hombres no podía cruzar. Así que no éramos más que once. No podíamos avanzar.

El comandante de la compañía nos dijo que esperáramos a recibir apoyo. Entonces nuestra artillería comenzó a disparar. Las bombas explotaban cerca, a unos veinte metros. Luego empezaron a disparar a otro edificio. El fuego era tan intenso que no nos podíamos mover, no podíamos hacer nada. Estábamos dentro de un hoyo con la cabeza agachada, mientras los alemanes continuaban dentro del edificio. De repente caía un muro aquí, luego otro más allá. No teníamos adónde ir. En uno de los lados del edificio había un francotirador disparando desde una ventana, otros disparaban desde otro lado, y una ametralladora lo hacía desde un tercero. Permanecimos así unas doce horas. Luego una compañía de infantería lo rodeó y entró por la parte de atrás del edificio, desde donde disparaba la ametralladora. A continuación apareció un tanque. Vimos cómo comenzaba el asalto. Esperamos a que el tanque se acercara lo bastante para poder ponernos detrás de él e ir avanzando. Empezó a atacar otro edificio. Vimos cómo tomaba un edificio, sacaba a los prisioneros, luego le vimos tomar otro, y finalmente el edificio donde estaba la ametralladora. Lo íbamos viendo todo. Entonces tratamos de salir trepando, subiendo y bajando muros. [...] Cuando llegué allí corriendo, vi que el edificio en el que estaba la ametralladora había sido ocupado. [...] Luego vi que alguien salía corriendo de otra esquina del edificio con un revólver. Le apunté, pero saltó hacia atrás tan rápido que no pude dispararle. Fui derecho allí, empuñando el subfusil. Entré. Vi que dentro

había carros y caballos. Entonces unos alemanes empezaron a echárseme encima, gritando. También había prisioneros rusos. Les dije que salieran de allí. Mientras estos hombres del Ejército Rojo salían, uno de ellos dijo: «¡Qué ganas teníamos de que llegaras!». Otro: «Hay un agujero allí, y al lado unas escaleras que bajan a un sótano. Ahí están los oficiales». Entonces entró un comandante corriendo por el patio –no sé cómo se llamaba– acompañado de Chadov, un sargento mayor que era miembro del Komsomol. Chadov estaba ocupado con algo relacionado con los conductores, y yo estaba allí. El comandante se acercó a mí. Yo le dije: «Hay prisioneros rusos aquí». Él me ordenó: «Tráigalos». Yo les dije tres veces que vinieran, pero no lo hicieron. Sabe Dios qué estaban haciendo. Amartillé el arma. Bajé la escalera y un prisionero me dijo: «No vayas, no vayas, te matarán». Cogió un revólver de alguien y vino conmigo. Yo bajé al sótano y abrí la puerta. Estaba abarrotado de alemanes, y eso que era un sótano grande, con dos estancias. Vi que tenían baterías y faros de coche, pero en ese momento estaban a oscuras. Les dije que encendieran las luces. Al principio, cuando entré, grité: *«¡Bang!»*. Ellos dijeron: «¡No *bang*, no *bang*!». Me quedé junto a la puerta y les dije que encendieran las luces. Las hacían funcionar con la batería. Les dije: «Preparaos para marchar». Empezaron a anudar las mantas unas con otras. Yo empecé a mandarles fuera. Ellos iban entregándome las armas: sacaban una de aquí, otra de allá. Yo les dije: «Dejadlas a mi lado». Ellos empezaron a amontonarlas junto a mí. Yo les iba registrando, no a todos, pero allí había suboficiales, y a ellos sí les registraba y luego les enviaba fuera rápidamente. Eran más de mil. La otra sala también estaba abarrotada. Empecé a sacarles de allí. Los sacamos a todos. El comandante les recogió, yo apilé todas las armas juntas y el mayor los hizo salir. Salí al patio, donde había cartuchos en el suelo y cargadores de subfusiles. Los recogí también e hice otro montón con ellos. Había muchos revólveres, armas semiautomáticas y de otros tipos. Cuando entré en el patio, ellos podrían haberme matado fácilmente, *¡bang!*, y ahí habría acabado todo.

Entré en el patio pero no había nadie. Estaba completamente solo. El comandante y el comisario también se habían marchado. Salí a la calle. Pasé por la esquina donde mi batallón había estado atacando, pero se habían ido de allí. Mientras trataba de averiguar qué estaba pasando, vi que nuestro comisario yacía muerto en la calle. Yo no sabía adónde había ido nuestro batallón.

Capitán Lukián Petrovich Morozov (Subcomandante de asuntos políticos, 1.º Batallón): Alrededor de las cinco de la tarde del día 28, tomamos posesión de dos grandes edificios: la fábrica de dulces y un edificio cercano a la vía férrea, no lejos del cruce. Los alemanes los habían convertido en una fortaleza.

Aquel día perdimos diez hombres a causa de las ametralladoras y los fusiles antitanque.

Setenta alemanes resultaron muertos, y seiscientos fueron hechos prisioneros. También nos apoderamos de las armas: ametralladoras ligeras, un montón de granadas y subfusiles. Había un sótano muy grande en la fábrica de dulces. Lo tomamos. Allí había un hospital alemán. Hicimos doscientos prisioneros. Se convirtió básicamente en nuestro puesto de mando. Cuando ocupamos aquel sótano, más arriba a la derecha estaba este gran edificio de ladrillo blanco, enorme, en forma de L, uno de los principales fortines del enemigo. Habían colocado ametralladoras pesadas en los sótanos y abierto aspilleras en los muros. Desde fuera no se podía ver a nadie. La plaza estaba abierta al fuego desde múltiples direcciones. Para tomar el edificio tuvimos que lanzar un asalto por la noche. La noche del 29 tratamos varias veces de tomar este edificio en forma de L. Sin éxito. Hacia el final del día 30, el edificio era nuestro y habíamos hecho unos ochocientos prisioneros. Es cierto que allí perdimos hombres, no solo nosotros, también otros batallones. Tuvimos que rodearles por tres lados. [...] La noche del 30 nuestro batallón llegó al teatro. Nos hicimos con una instalación de radio alemana y cuatrocientos prisioneros, además de vehículos, suministros y armas –subfusiles,

pistolas, rifles. Había un montón de prisioneros allí. Yo mismo capturé prisioneros, así como a un representante del Departamento Especial. En un sótano apresé a seiscientos hombres, incluido un general rumano, un comandante de división. Solo éramos dos. No teníamos más hombres. Los tuve que hacer formar en columnas, luego llegó un capitán y se los llevó.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): ¿Que cómo hacíamos prisioneros? Yo daba la orden de que no se debía esperar a que todos entregaran sus armas. Cuando cien hombres deponen sus armas en el suelo ya los puedes liquidar. Y para eso es suficiente con un hombre. Es una pena desperdiciar más hombres en eso. En aquel momento tenía ochocientos prisioneros y para el día 30 ya eran unos 2.000. Estaba verdaderamente harto de ellos. Tuve que usar una división antiaérea, pero ¿qué se le va a hacer?

Teniente Nikolái Petrovich Karpov (Secretario ejecutivo del Komsomol, 3.º Batallón): Para entonces estábamos atacando durante el día. Tomábamos un edificio con solo diez hombres y hacíamos trescientos o cuatrocientos prisioneros. La cuestión era que todos los alemanes estaban en los sótanos, aunque seguían manteniendo media docena de francotiradores disparando desde los tejados con subfusiles.

Capitán Ivan Zajarovich Bujarov (Instructor de la sección política, 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): El combate urbano es muy difícil. Sientes que hasta las piedras te persiguen. Los alemanes instalaban ametralladoras, las camuflaban y disparaban. Además, ponían francotiradores en los tejados. Teníamos que cruzar corriendo las calles, plazas, callejones. Sufríamos muchas bajas, pero no tantas como ellos.

Así es como actuaban: se instalaban en un edificio, colocaban sus ametralladoras, sus francotiradores con subfusil, sus operadores de mortero. El resto se quedaba en el sótano para limitar al máximo las bajas.

Nosotros a nuestra vez situábamos a nuestros subfusileros y operadores de fusiles antitanque, que hacían un buen trabajo a la hora de

destruir sus posiciones de disparo. Todos ellos tenían granadas. En cuanto comenzaba el fuego enemigo, localizábamos la procedencia y lo eliminábamos. Nuestros hombres avanzaban cada vez que el fuego amainaba. Lanzábamos un montón de granadas en los sótanos.

Teniente primero Fiódor Ivanovich Fiodorov (comandante de la 6.ª Batería, 65.º Regimiento de Artillería de la Guardia, 36.ª División de Fusileros de la Guardia): Comenzábamos por obligarles a salir de sus búnkeres llenándolos de humo. En una ocasión sacamos a quince alemanes y apartamos a uno. Le dimos un cigarrillo y le mandamos de nuevo dentro del búnker para que sacara a quienquiera que hubiera quedado dentro. Fue y sacó aún más gente. No les hicimos nada a los primeros, pero cuando los otros asomaron la cabeza fuera del búnker, les disparamos.

Teniente coronel Leonid Abovich Vinokur (Subcomandante de asuntos políticos): ¿Que cómo luchábamos? Disparábamos cinco o seis veces con la artillería pesada y luego mandábamos un enviado. Si no se rendían, disparábamos otra vez. Luego empezaban a hacer una fila y a suplicar que les hiciéramos prisioneros.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Para la noche del 29 ya habíamos hecho unos ochocientos prisioneros. Aquella noche tomamos un hospital alemán. Había oficiales heridos, incluido un jefe de regimiento, un comandante. Me informaron de ello, y me fui directamente a preguntarle dónde estaba situado el cuartel general de grupo alemán.

Había rumores de que Paulus había partido en avión. Le pregunté dónde estaba el comandante Paulus. Dijo que Paulus no estaba allí.

El comandante apareció muerto a la mañana siguiente, supuestamente estrangulado por nuestros hombres.

La lucha continuó por la noche. Al amanecer del día 30 empezamos a acercarnos y a rodear el edificio del Comité Regional del Partido, el edificio del Comité Ejecutivo Regional, el Teatro de la Ciudad y los

edificios de la zona este. Luchamos durante el día, luchamos durante la noche.

Shumilov me llamó: «¿Por qué no ha tomado usted más cosas?». Denisenko acababa de llamar para decir que había tomado el teatro y los jardines.

«Camarada general, ¿cómo puede Denisenko acabar de tomar el teatro? Yo estaba en los jardines que hay junto al teatro e hice ochocientos prisioneros.»

Es muy probable que no fuera culpa de Denisenko. No es fácil saber dónde estás si no conoces la ciudad.

Yo conocía la ciudad y la mayoría de mis hombres también, pero esta gente nueva no.

La lucha continuó. Tomamos un edificio e hicimos entre 150 y doscientos prisioneros. El enemigo ofreció una resistencia feroz. Doscientos hombres defendían este edificio, mientras que yo lo estaba atacando con cuatrocientos. Todos nos disparábamos unos a otros. Su resistencia del día 30 fue increíble. Recuerdo que dije: «Vamos a tener que tomar hasta el último edificio».

Pero guardábamos algunos ases en la manga. Empezamos a devolver prisioneros. Telefoneé a todos los jefes de batallón, a los adjuntos para asuntos políticos.

Les dije que si capturaban grupos pequeños de alemanes, de veinte o así, tenían que mandarlos de vuelta. Si los alemanes que estaban dentro de un edificio no se rinden y tú ya has capturado un centenar de ellos, toma veinte o treinta y mándalos de vuelta. Aquello ayudó.

Comandante Alexander Georgievich Yegorov (Jefe de la sección política): Hicimos 1.500 prisioneros, cogimos a veinte de ellos, hablamos un poco y luego los mandamos de vuelta. Por lo general, si capturábamos a un solo soldado –o a dos o tres– los enviábamos de vuelta, diciendo que no íbamos a cogerlos a todos uno por uno. Si quieres que te hagamos prisionero, ve a por tus camaradas y vuelve. Tengo que decir que esta

estrategia dio bastante buen resultado. [...] Había una directiva de la sección política del ejército que nos instaba a acelerar nuestras devoluciones de prisioneros. Fue por este motivo por lo que lanzamos un ataque la noche del 29 al 30 de enero. Salí del puesto de mando con el coronel Vinokur, adjunto al jefe de brigada, y llegamos justo cuando acababan de ocupar el sótano de los grandes almacenes Univermag, que era su hospital. Allí había unos cincuenta hombres: enfermos, heridos, que sufrían congelación… Había comandantes, capitanes. Un comandante me pidió mi revólver para pegarse un tiro, está claro que era un auténtico convencido.

Nuestros hombres estaban fuertes de ánimo. El 30 de enero tomamos la estación de tren. Mientras, antes del ataque, pasábamos revista a nuestras unidades, nos dimos claramente cuenta de que habían sido bien entrenados. Aquellos hombres estaban preparados para luchar, lo deseaban con ansia. Estaban absolutamente convencidos de que iban a cumplir la tarea que les habían encomendado el día anterior.

Pero seguíamos sin saber nada de Paulus. Oímos decir que había partido en avión. Luego, cuando empezamos a hacer grandes grupos de prisioneros, los oficiales nos dijeron que Paulus estaba en algún sótano con sus hombres. Esto, por supuesto, causó bastante efecto en nuestros hombres y oficiales. Estaría bien capturarle. Hicimos un grupo de 2.000 prisioneros y los llevamos hasta donde estaba nuestro puesto de mando. Investigamos un poco, los clasificamos y cogimos aparte a los oficiales. Este grupo nos confirmó que Paulus se encontraba aquí, en Stalingrado.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): En resumen, luchamos, luchamos y luchamos. La noche [del 30 de enero] me dijeron que el edificio del Comité Regional, el Teatro de la Ciudad y los edificios adyacentes –que teníamos rodeados– habían accedido a negociar su rendición, pero pedían que esperáramos hasta las seis de la mañana, según me informó Ilchenko. Yo dije: «¡Tenemos que empezar de inmediato!».

Enviamos otro mensajero. No estaban de acuerdo. Yo me preguntaba cuál era el problema. Nos pedían de plazo hasta las cuatro.

«Démosles hasta las cuatro.»

Pensé que así tendría además oportunidad de tumbarme un poco, ya que no había dormido nada la noche del 28 al 29. Luchamos durante todo el día 29 y toda la noche del 29 al 30. No habíamos descansado apenas. Después de todo, la resistencia del ser humano tiene un límite.

Entonces llamó el general Shumilov: «El sector 101 ha sido tomado». Era donde se encontraba Paulus. «¡Denisenko está ahí!»

No me entraba en la cabeza. Le dije: «Camarada general, permítame mandar a mis representantes».

Fui a comprobarlo yo mismo.

Los hombres de Denisenko estaban entre cien y doscientos metros a mi izquierda y a mi espalda. ¿Cómo podían haber tomado el sector 101? La unidad que estaba a mi derecha estaba ocupando el sector 100. Pensé para mí, no es posible que hayan tomado el sector 101. Pero si lo habían hecho, razón de más para atacar esos edificios.

General de división Mijaíl Ivanovich Denisenko (Comandante de la 36.ª División de Fusileros de la Guardia): Entonces enviaron a la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros a nuestra área. [...] Es difícil saber quién exactamente puso cerco al cuartel general de Paulus, pero fue la Brigada 38.ª la que se llevó el mérito.

Coronel de la Guardia Ivan Vasilievich Kudriavtsev (Subcomandante de asuntos políticos, 36.ª División de Fusileros de la Guardia): Nuestra división capturó a unos 6.000 hombres. Paulus fue capturado por una nueva unidad de reserva que acababa de entrar en combate.

Capitán Yakov Mironovich Golovchiner (Jefe de la 7.ª Sección política, 64.º Ejército): La noche del 31 de enero, la 29.ª División inició negociaciones con el coronel Ludwig, comandante de la 14.ª División Pánzer del enemigo. Al principio hablaron por radio, y más tarde él mismo

vino a nuestro cuartel general. Acordamos que a las seis de la mañana del 31 de enero, el remanente de la 14.ª División Pánzer formaría en la plaza situada junto al teatro, donde presentaría la rendición. Durante las negociaciones, mencionó que él podía mediar en las negociaciones con el mariscal de campo Paulus, que se encontraba en los grandes almacenes. Por fin estaba claro dónde se encontraba el mariscal Paulus. Hasta entonces no se había tenido confirmación de esto. Cuando informamos de ello a la cadena de mando, se dieron órdenes de localizar inmediatamente el cuartel general de Paulus y enviar allí a nuestra gente.

Aquella noche, la 97.ª Brigada del 7.º Cuerpo del Ejército hizo lo siguiente: cogió un grupo de oficiales alemanes capturados y les dijo que fueran con uno de nuestros hombres al cuartel general de Paulus a iniciar las negociaciones. Tardaron mucho tiempo en ponerse de acuerdo. Pero tras la reunión con los oficiales, se eligió a dos hombres: Plate y Lange. Ellos y el teniente Vasiliev, jefe de inteligencia de la 97.ª Brigada, partieron hacia el cuartel general de Paulus. Llegaron allí, negociaron y acordaron que a las diez de la mañana tratarían de cumplimentar todos los requisitos legales. Para que pudiera demostrar que había estado allí, le dieron a Vasiliev una pistola y una bandera nazi.

Aquella misma noche, representantes de la 29.ª División (que tiene un batallón y un regimiento de entrenamiento) también estaban negociando con el equipo de Paulus.[153] En aquel momento yo me encontraba en el cuartel general de la 20.ª División. Cuando me dijeron que estaban teniendo lugar estas negociaciones, salí hacia allá. Llegué al edificio de los grandes almacenes por la mañana. Cuando llegué, el edificio ya estaba rodeado por efectivos de la 38.ª Brigada. Los guardias que había fuera eran de la 38.ª Brigada, y los que estaban dentro eran alemanes. Daba la casualidad de que el 106.º Regimiento de la 29.ª División había dado toda la vuelta a los grandes almacenes y pasado de largo. Entonces apareció la 38.ª Brigada y de forma ordenada rodeó el edificio donde estaba el cuartel general.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Así pues, para las cuatro de la madrugada del 31 de enero yo había hecho 1.800 prisioneros. Entre ellos había unos doscientos oficiales. Luego Ilchenko llamó para decir que tres de ellos eran jefes de batallón. Yo dije: «Interrógueles de inmediato y averigüe dónde se encuentra su cuartel general del grupo de Stalingrado».

Ilchenko telefoneó de nuevo: «Me han confirmado que Von Paulus y su cuartel general se hallan en el centro de la ciudad, en un sótano al otro lado de la plaza Roja».[154]

Yo dije: «Sector 101».

En ese mismo momento llamé a los comandantes y subcomandantes de batallón y les mandé transmitir a cada uno de sus soldados el mensaje de localizar y rodear aquel edificio. Yo sabía que los grandes almacenes y el hotel se encontraban más o menos por allí. Les dije que se trataba de una plaza. La plaza de los Héroes Caídos. Rodeen este edificio inmediatamente. No será fácil entrar. Lleven los morteros, abran fuego y acabemos rápido.

Capitán Lukián Petrovich Morozov (Subcomandante de asuntos políticos, 1.º Batallón): Destruimos su último bastión en el acceso a los grandes almacenes y capturamos a 48 hombres, incluido un intérprete. Estuve en el lugar donde habían construido la barricada. Después de que nuestros hombres ocuparan el edificio y empezaran a trasladar a los prisioneros, fui directamente al batallón y seguí por el flanco izquierdo hacia los grandes almacenes. Todos los alrededores de la entrada estaban minados. Trajimos una ametralladora pesada, fusiles anticarro, subfusileros. El 3.º Batallón y otro batallón más avanzaban a nuestra derecha. Básicamente teníamos rodeada toda la manzana. La artillería disparaba desde el otro lado del Volga. Cuando llegamos al teatro la artillería dejó de disparar porque estábamos lo bastante cerca del enemigo como para que nos alcanzaran a nosotros también.

Me quedé con el 2.º Pelotón. El capitán Savchuk, jefe de la 1.ª Compañía, vino corriendo a verme y me dijo que un oficial requería la presencia de un oficial de alto rango para negociar. «Les dije que yo era oficial, pero ellos me contestaron: “No, necesitamos a alguien del alto mando, ¡vaya a buscarlos, hable con ellos!”.» Fui directamente a ver a ese intérprete que habíamos hecho prisionero con aquel grupo de 48 y después fui a ver al oficial. Le dije que era el subjefe de Estado Mayor de la brigada. El intérprete se lo tradujo. Dijo que necesitaba alguien de más arriba. Yo le dije que tenía autorización de nuestro alto mando. Él dijo que allí había generales. ¡Bueno, en ese caso, de acuerdo! Entonces fue cuando llegó Ilchenko: un teniente primero, subjefe de operaciones de Estado Mayor. El comandante de la brigada le solía encomendar la dirección de la batalla. Siempre estaba con nosotros en el batallón, y le daba órdenes a nuestro batallón, y también a otros. Yo le dije: «Bueno, camarada Ilchenko, ¿vamos a negociar?». Entonces llegó Riabov, un agente del Departamento Especial. Nos pusimos en marcha. Nos advirtieron: esta zona está minada, no se detengan. Fuimos andando hasta la entrada del semisótano de los grandes almacenes. Había algunos tenientes con fusiles y subfusiles, y también unas cuantas ametralladoras. Salió alguien, el oficial de guardia, o algo parecido. Anunciaron a los visitantes, diciendo que habíamos ido a negociar. No llevábamos una bandera blanca, ni nada por el estilo. Y de repente apareció el capitán Bujarov. Él ya estaba dentro cuando los demás estábamos en el patio. El agente del Departamento Especial dejó a dos hombres en el patio. Y entonces volvió el capitán Ribak. Entramos tres: yo, el teniente Ilchenko y el capitán Ribak, y supongo que también Riabov.

Capitán Ivan Zajarovich Bujarov (Instructor del departamento político, 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Sabíamos que Paulus estaba allí, que no le habían evacuado en avión. Habíamos oído decir que tenían un avión dando vueltas todo el tiempo, habíamos oído contar todo tipo de cosas. El cuartel general de Paulus estaba en aquel barrio. Eso lo

sabíamos, pero yo no estaba seguro de en qué sótano estaba. Y entonces sale un oficial alemán y nos pregunta quién de nosotros es el oficial de rango superior. Le decimos que tenemos capitanes y un teniente primero. Les dijimos que debían rendirse, les dijimos que estaban rodeados, y que si no se rendían les íbamos a atacar con todo lo que teníamos, y que los íbamos a aniquilar hasta el último hombre. El alemán dijo que a él no le correspondía tomar esas decisiones, que había muchos oficiales por encima de él. Y entonces nos dice que el mariscal de campo Paulus está aquí. Nos presentamos ante la entrada principal. Éramos yo, Morozov, Ilchenko y Riabov, el representante del Departamento Especial. Entramos. El patio estaba a rebosar de alemanes. Cuando entramos en el patio, nos dijeron que esperáramos junto a la entrada del sótano. Salió el jefe de Estado Mayor con un capitán que hablaba muy bien ruso, y que incluso se sabía algunos dichos en ruso, «Eso solo Dios lo sabe», «cariño» y cosas así.[155] Dijo que Paulus exigía que nos presentáramos ante la autoridad superior, ante algún oficial que pudiera llevar a cabo una negociación. Lo debatimos entre nosotros. Acordamos que fuéramos Ilchenko y yo, y que los demás se quedaran. Fuimos a llamar al puesto de mando de nuestro batallón y a la brigada. Nos dijeron que nos marcháramos y que informáramos de ello a la autoridad superior. Entonces yo regresé al edificio. Allí ya me conocían. Tan solo éramos cinco, no costaba mucho acordarse. De modo que yo estaba allí, pero nuestros hombres estaban atacando por todos lados. Estábamos preparados para cualquier cosa. A decir verdad, resultaba peligroso estar allí con ellos. Cualquier bastardo podía acabar conmigo. Pero en aquel momento ni se me pasó por la cabeza preocuparme por eso.

Capitán Lukián Petrovich Morozov (Subcomandante de asuntos políticos, 1.º Batallón): El general Schmidt, jefe de Estado Mayor, dijo que estaban preocupados por la vida del general, que alguien podía entrar corriendo y lanzar una granada, así que nos preguntó si alguno de nosotros podía quedarse en la entrada. Fue Riabov. Enviaron a Bujarov para que se

pusiera en contacto con el cuartel general de la brigada. Entonces sólo quedamos Ilchenko, el capitán Ribak –subcomandante del 3.º Batallón– y yo. Iniciamos las negociaciones con Schmidt en el despacho de un coronel que estaba al lado de la habitación de Paulus. Entraron el general y un intérprete. El intérprete hablaba muy bien ruso. Schmidt le pidió a Ilchenko su documentación. Schmidt le dijo: «¿Puedo ver sus papeles?». Ilchenko le dijo que era el jefe de Estado Mayor de la brigada. Pero el puesto que figuraba en su documentación no se correspondía con lo que él había dicho. Le dijeron que necesitaban a un representante de Rokossovski, el comandante del ejército. Ilchenko les dijo: «Ahora yo soy el jefe de Estado Mayor. A todos ustedes les preocupa ese pequeño detalle, pero lo que importa es el cuadro general: lo que tienen a su disposición en estos momentos, la posición en que se encuentran, y la posición en la que estamos nosotros ahora». Pero a pesar de todo ellos seguían exigiendo un representante de más alto rango. Entonces Ilchenko dijo: «Voy a pedir por radio que venga un coronel». Se marchó con Ribak. Yo me quedé en la habitación con el general y el intérprete. El general le hacía una pregunta al intérprete, y después el intérprete me preguntaba a mí: «¿Es cierto que desde que han introducido los nuevos distintivos de rango, el Ejército Rojo ya no se llama Ejército Rojo sino Ejército Ruso?». Yo le contesté: «No, no es verdad –el Ejército Rojo no va a pasar a llamarse el Ejército Ruso». Le pregunté si sabía si el Ejército Rojo estaba teniendo éxito en todos los frentes. «Sí, eso es lo que venimos oyendo últimamente por la radio.» Me preguntó, entre otras cosas, cuál era mi graduación y mi puesto. Después dijo: «Yo no creo que nuestro ejército alemán esté débil. Seguimos siendo fuertes, seguimos siendo muy poderosos, y estamos equipados con un armamento de primera». Yo le contesté que, si nosotros estábamos derrotando a un armamento tan de primera, eso suponía un mérito aún mayor para el Ejército Rojo. Y él me contestó: «Probablemente usted también habrá vivido la experiencia de estar rodeado». Yo le dije que mi división nunca se había visto rodeada. Yo no había estado

personalmente en semejante situación. Me dijo que les estaban dando cien gramos de pan, que no tenían nada más para comer. Después me preguntó cuánto iba a durar nuestro invierno. Yo le dije que las heladas fuertes seguirían hasta mediados de marzo, más o menos. Después le hice una pregunta: «Ustedes piensan que el ejército alemán es muy civilizado, sobre todo el personal de Estado Mayor, pero ¿por qué viven en medio de toda esta porquería?». Y él me contestó: «Últimamente hemos estado encerrados aquí dentro por culpa de sus Katiushas y sus aviones. Eso lo explica todo».

De vez en cuando les llegaban unos cincuenta kilos de salchichas. Se lanzaban sobre aquellas salchichas como chacales: los oficiales apartaban a empujones a los soldados, y los soldados empujaban a los oficiales.

El general Schmidt me dijo a través de su intérprete que les preocupaba la seguridad del general Paulus. «Le vamos a enviar a un capitán y le pediremos que se quede junto a la puerta.» Yo le contesté: «Por supuesto». Y me marché.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Abrimos fuego, y entonces apareció Ilchenko no se sabe de dónde para decirme que el ayudante de campo de Paulus había pedido que acudiera el oficial de más alto rango para negociar.

«¿Y usted no es lo bastante importante para negociar?»

«No», me contestó, «sólo quieren hablar con alguien del cuartel general del ejército.»

«Si no quieren hablar, ¡dígale a esos bastardos que les vamos a atacar con todo lo que tenemos! Aislaremos el edificio. Intente poner en marcha las negociaciones, pero si llegara el caso podemos hablar con granadas, semiautomáticas y morteros.»

«¡Entendido!», dijo Ilchenko.

Llamé de inmediato a Shumilov y le puse al corriente de lo que pasaba. Me dijo: «Quédese en su puesto de mando por ahora. El coronel Lukin y el jefe de Estado Mayor Laskin[156] están de camino».

Y entonces fue cuando llegó corriendo Vinokur. «¡Me voy!»

«¡Póngase en marcha de una vez! Es imprescindible capturar a Paulus. Haga todo lo necesario a medida que se desarrolle la situación.»

Siempre he podido confiar en Vinokur.

Se marchó en su coche, y yo me quedé a esperar a Lukin. Justo en el momento que llegaba Lukin recibí una llamada de Ilchenko: «Ya estamos en el sótano de los grandes almacenes. Piden un alto el fuego».

Yo le dije: «Adelante, dígales que ordenen alto el fuego, y yo voy a llamar a Shumilov».



El coronel Ivan Burmakov y su segundo político, el coronel Leonid Vinokur, delante de los grandes almacenes de Stalingrado, febrero de 1943.

Dejamos de disparar, y llamé a Shumilov: «Paulus está pidiendo un alto el fuego. También va a dar la orden a sus hombres de que dejen de disparar».

Shumilov dijo: «Voy a cursar la orden de inmediato».

Pero durante las negociaciones siguió habiendo algo de actividad de los aviones y los morteros.

Teniente coronel Leonid Abovich Vinokur (Subcomandante de asuntos políticos): Mientras rodeábamos los grandes almacenes nuestro puesto de mando estaba junto a la estación del ferrocarril. Una vez que les tuvimos rodeados, decidimos pedir la rendición inmediata de la guarnición alemana. Seguimos disparando unos cuantos cañonazos de vez en cuanto, y enviamos a un emisario con bandera blanca. Por los interrogatorios a los prisioneros sabíamos que el cuartel general de 6.º Ejército estaba allí, y también Schmidt, el jefe de Estado Mayor. Ilchenko fue como enviado nuestro con un pañuelo blanco y les exigió que se rindieran. Fue con un intérprete, con uno de los suyos. Se negaron. Entonces el comandante de la brigada ordenó que efectuaran tres disparos de nuestros morteros. El edificio ya estaba rodeado por todos nuestros batallones. Incluido el 1.º Batallón de Morteros. Soltaron los tres disparos de advertencia. Por supuesto, nosotros también les causamos muchos daños. Por ejemplo, el edificio del Comité Regional. Lo habíamos bombardeado muy intensamente. Al cabo de unos quince minutos acudió su representante y solicitó un representante de nuestro alto mando. Ilchenko me lo dijo por teléfono de inmediato. Y yo me fui para allá de inmediato. Le dije a Burmakov: «Llama al Estado Mayor de Shumilov. Voy para allá ahora mismo».

Sargento Mijaíl Ivanovich Gurov (Subfusilero y soldado de transmisiones, 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Nos llamaron del batallón y nos dijeron que los nuestros tenían rodeado el edificio. Yo y el coronel, y el jefe político nos subimos a un coche y fuimos para allá.

Íbamos de camino y de repente –¡bam!– nos quedamos sin gasolina. Eran como las nueve o las diez de la mañana, o puede que las ocho. Teníamos una lata de repuesto en el maletero. Repostamos y fuimos para allá a toda velocidad. Y entonces paramos el coche, no sabíamos adónde ir. Nos encontramos con algunos de los nuestros que nos dijeron cómo llegar.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Shumilov dio la orden y dijo que iba a venir Laskin y que me marchara con él. Estuve esperando a Laskin. Me llamaron por tercera vez. Nuestros soldados habían dejado de disparar, pero los del 57.º seguían en ello. Paulus había pedido un alto el fuego. Y Vinokur todavía no había llegado. Volví a llamar a Shumilov, le pedí que se asegurara de que todo el frente recibiera el mensaje, para que el 57.º dejara de disparar. Hasta que por fin les llegó la orden. [...]

Las telefonistas estaban sentadas a nuestro alrededor, escuchando, y entonces empezaron a oír desde todas partes: «¡Paulus! ¡La 38.ª tiene cogido a Paulus!». ¿Dónde? En el sótano de los grandes almacenes. Esperé a Laskin.

Teniente coronel Leonid Abovich Vinokur (Subcomandante de asuntos políticos): Me presenté allí. Nuestras fuerzas habían rodeado todo el edificio. Ilchenko explicaba la situación. Yo fui porque habían pedido un representante del alto mando. Me llevé a Ilchenko, a Yegorov, a Ribak, a Morozov y a unos cuantos subfusileros. Entramos en el patio. No llevábamos ninguna bandera blanca. Yo no estaba dispuesto a entrar allí con una bandera. Salimos al patio. Como se puede ver, ahí está la entrada al sótano. Tenían subfusileros apostados en el patio. Nos dejaron pasar, pero manteniendo aprontadas sus armas. Tengo que admitir que en ese momento me decía a mí mismo: ahora ellos te tienen cogido a ti, estúpido. En la entrada había algunas ametralladoras, y a su lado se veía a un grupo de oficiales de pie.[157]

Sargento Mijaíl Ivanovich Gurov (Subfusilero y soldado de transmisiones, 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Allí había

soldados alemanes, todos ellos armados. Y muy pocos de los nuestros. Los nuestros estaban un poco más abajo. Ilchenko nos llevó allí. Entramos en el sótano. Eran casi todo oficiales hablando en alemán. Y por supuesto, yo no sé ni una palabra de alemán. Todos los del piso de arriba iban armados, y todos los que estaban en el semisótano también llevaban armas.

Comandante Alexander Georgievich Yegorov (Jefe del departamento político): A las siete o las ocho de la mañana del 31 de enero, llamó el teniente Ilchenko para decirnos que habían empezado a rodear el edificio de los grandes almacenes donde, según nuestro servicio de inteligencia, estaba ubicado el cuartel general de Paulus. El enemigo mantenía un fuego intenso. El edificio estaba prácticamente rodeado. Íbamos a intentar negociar. El subcomandante [Vinokur] dijo: «Vamos». Subimos al coche y nos fuimos para allá. No podíamos llegar hasta la puerta en coche, de modo que tuvimos que apearnos y caminar. Cuando llegamos a los grandes almacenes, el teniente Ilchenko nos dijo que acababa de salir uno de los oficiales de Estado Mayor alemán y había dicho que Paulus quería negociar, que quería a alguien que pudiera hablar en nombre de Rokossovski. Ilchenko tenía un rango demasiado bajo para negociar con ellos. Me fui con el coronel y aposté unos centinelas –tanto ellos como nosotros tenían centinelas allí. Reunimos un grupo de oficiales, ocho hombres. Llevábamos granadas en los bolsillos. Salimos al patio. Estaba lleno de soldados y de oficiales, a montones. Nos pararon a la puerta del sótano. Era imposible ir más allá. El coronel dijo: «Negociar y todo eso está muy bien –pero hemos de tener cuidado. Asegúrense de que todo el edificio está rodeado. Iré yo».

Se acercó a la puerta y se presentó como un enviado de Rokossovski. Le pidieron la documentación. Pero sus papeles decían que era el segundo de Rokossovski, un oficial político. Los alemanes lo cuestionaban. «Estos papeles», dijo, «están anticuados. Rokossovski en persona me ha

autorizado a negociar en virtud de los términos dictados en el ultimátum. ¿Está claro?»

Lo que estaba claro era que ya se había dado una respuesta a esa pregunta, teniendo en cuenta la posición desesperada en la que se encontraban. Cedieron. El coronel Vinokur ordenó que enviaran un informe de inmediato. Teníamos aproximadamente un batallón a nuestra disposición. Se envió el informe al comandante de la brigada y al cuartel general del ejército.

Teniente coronel Leonid Abovich Vinokur (Subcomandante de asuntos políticos): Exigí por medio del intérprete la presencia inmediata de un representante de su mando. Vino el representante y me preguntó quiénes éramos. «Soy el representante del alto mando, el departamento político.»

«¿Está usted autorizado para negociar?»

«Sí.»

Se marchó e informó de ello. Al cabo de unos minutos me dejaron pasar. Dentro estaba oscuro. Tenían un generador de la central eléctrica. Había una gran emisora de radio en su cuartel general. Cuando entré le dije al ayudante, por medio del intérprete: «¿Dónde vamos? ¿Cuánto falta para llegar?».

El ayudante me agarró del brazo y me guió. Yo llevaba conmigo a cuatro subfusileros, y además a Ilchenko. Los subfusileros se quedaron en el pasillo.

Sargento Mijaíl Ivanovich Gurov (Subfusilero y soldado de transmisiones, 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Acompañé al comisario hasta el lugar donde estaba Paulus.[158] Entonces todos se pusieron en pie y dijeron algo. El comisario les respondió. No me acuerdo de lo que dijo. Después me dijo que saliera de la habitación. Yo llevaba una granada F-1 en el bolsillo y una pistola Browning alemana. Pensé: «¿Qué puedo hacer si vienen por nosotros?». Los oficiales no podían verme. Uno de ellos salió de la habitación, con una especie de medalla, y

dijo algo. Después se fue hasta el otro extremo del pasillo, dijo algo y volvió a entrar en la sala. Lo hizo muchas veces. Me imaginé que no sería una buena idea intentar impedírselo. Lo primero que pensé fue que a lo mejor estaba intentando huir, o algo parecido, y a lo mejor el comisario iba a enfadarse si yo le dejaba marchar. Decidí no hacer nada. Que haga lo que quiera, yo me voy a quedar aquí de pie tranquilamente.

Pero yo seguía preocupado por el comisario. Estaba seguro de que estaban tramando algo. No estaba preocupado por mí, yo no valoro demasiado mi vida.

Teniente coronel Leonid Abovich Vinokur (Subcomandante de asuntos políticos): Entré en la habitación con Ilchenko, no teníamos a nadie más. Una mesa redonda, cuatro sillas, una radio, dos teléfonos. Me recibió Roske: un hombre de baja estatura, muy delgado, de unos cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años. Le veía nervioso. El general Schmidt estaba sentado a su izquierda. Allí estaba todo el Estado Mayor. Cuando entré en la sala, Roske se puso en pie y me saludó. Yo le respondí.[159] Me preguntó si quería quitarme el abrigo. Yo llevaba puesto un abrigo de piel de borrego. Aunque en la habitación hacía calor, dije que no. Le dije que no tenía demasiado calor. Después empezamos a hablar. Roske nos comunicó de inmediato que no estaba negociando en nombre del mariscal de campo. Esas fueron literalmente sus primeras palabras.

La habitación de Paulus estaba oscura. La suciedad era increíble. Paulus se puso en pie cuando entré yo. Llevaba varias semanas sin afeitarse y parecía un hombre derrotado.

«¿Qué edad diría usted que tiene?», me preguntó Roske. Yo le contesté:

«Cincuenta y ocho.»

«No. Tiene cincuenta y tres.»

Pedí disculpas. La habitación estaba hecha un asco. Él estaba tumbado en su cama cuando entré. Se puso en pie de inmediato cuando llegué. Había estado tumbado con el abrigo y la gorra puestos. Le entregó su

pistola a Roske. Era la misma arma que yo le entregué a Nikita Sergeyevich [Jruschov] cuando llegó.

Roske se hizo cargo de casi toda la negociación. Los teléfonos de los alemanes no paraban de sonar. La gente decía que les habíamos cortado todas las líneas. Pero no era verdad. Nosotros fuimos quienes tomamos los teléfonos. La central seguía funcionando, de modo que la trasladamos al frente. Los alemanes habían escrito que su guarnición había sido destruida –y no era verdad. [...] Roske parecía una persona inteligente y aseada. Era el que mejor impresión causaba de todo el grupo.

No decían por qué se rendían. Por el contrario, decían que todavía podían resistir, que todavía tenían hombres. Pero él no quería más derramamiento de sangre, y en su orden decía que había llegado a esa decisión porque algunas unidades le habían traicionado.

Schmidt, el jefe de Estado Mayor, que tenían un aspecto muy pulcro y cuidado, iba y venía entre Roske y Paulus, para mantenerle informado del curso de las negociaciones. No logré verle bien del todo –estuvo allí tres o cuatro minutos a lo sumo. Todos los demás ayudantes de Roske tenían un aspecto aseado. Todos ellos con docenas de medallas. Cuando les pedí que entregaran las armas, Roske me dio la suya, la de Paulus y la de Schmidt.

Comandante Alexander Georgievich Yegorov (Jefe del departamento político): Yo estaba en la habitación con Roske. ¿Cómo se comportaba? Sabían cómo comportarse. No sería justo decir que estaba totalmente desmoralizado. Tenía un gran sentido de la dignidad.

Capitán Yakov Mironovich Golovchiner (Jefe de la 7.ª Sección del departamento político, 64.º Ejército): Roske estaba sentado a la mesa enfrente de nosotros. A su izquierda estaba el general Schmidt, jefe de Estado Mayor de Paulus, sentado sobre una cama. Enfrente de ellos estaba el intérprete y otro de los ayudantes de Paulus y toda su camarilla, todos con el uniforme de gala. Vinokur y Lukin estaban sentados al otro lado de

la mesa, enfrente de Roske, mientras que el coronel Lutovin, subjefe del departamento político, estaba de pie a la izquierda.

¿Qué aspecto tenía Roske? Un hombre alto y delgado, con ojos azules de ario, un carácter bastante decidido, con mucha energía. Llevaba puesto un uniforme de gala de general con una Cruz de Caballero al cuello. Causaba impacto. Roske era el comandante de la 71.ª División.

Cuando todos nos sentamos, Roske sacó un paquete de cigarros y ofreció tabaco a todo el mundo. Las negociaciones habían comenzado.

El general Schmidt es alto. No tiene un rostro muy animado. Yo incluso diría que tenía aspecto de persona con falta de voluntad. Tendría unos cincuenta y cuatro años, cabello oscuro, y estaba sin afeitar. A Paulus no le habría venido mal una persona más vivaz como jefe de Estado Mayor. Durante las negociaciones siempre estaba intentando quedar por encima de nosotros, pero no lo consiguió.

Capitán Lukián Petrovich Morozov (Subcomandante de asuntos políticos, 1.º Batallón): [...] Fue el coronel quien finalmente hizo prisionero al general Paulus. Antes de eso habían estado pidiendo un alto el fuego. «¿Quién está disparando?» El camarada Bujarov pidió un coche. Enviaron con él a un oficial alemán. Recorrieron todo el barrio intentando que la gente dejara de disparar. Donde los alemanes tenían apostada una guardia, nosotros poníamos a tres o cuatro soldados con una ametralladora. Nos advirtieron de que tenían minas por todas partes: «Todos vamos a saltar por los aires». Pero eso no nos asustaba. Cuando llegó el coronel, todo el patio estaba atestado con nuestros soldados y nuestros comandantes. El general Laskin llegó después. Llegó cuando la cosa ya estaba casi terminada. Después metieron en varios coches a Paulus y a su Estado Mayor y se los llevaron.

Capitán Ivan Zajarovich Bujarov (Instructor de la sección política, 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Entonces le vi llegar – al camarada Vinokur, el jefe político. Le dijeron que Paulus había pedido que nuestros hombres dejaran de disparar durante las negociaciones.

Nuestros cañones y morteros seguían disparando. Paulus nos pedía un alto el fuego, y a su vez ellos estaban ordenando a sus hombres que dejaran de disparar. El comandante Yegorov me envió: «Camarada Bujarov, póngase en marcha». Los alemanes pusieron a nuestra disposición a un oficial con su intérprete, un coche y un conductor. Nos metimos en el coche y nos pusimos en marcha. Todos llevaban revólver. Nosotros no habíamos cogido los nuestros. Yo estaba solo con ellos tres. No se nos había ocurrido llevar una bandera blanca. Subimos al coche y nos marchamos, eso fue todo. Pasamos junto a nuestras tropas, que ya habían dejado de disparar. Y entonces un ametrallador nos disparó. Le dije al intérprete que parara el coche. Pregunté: «Pero ¿por qué disparas?».

«Camarada comandante, pensábamos que estos alemanes le habían hecho prisionero y se lo llevaban, de modo que empecé a disparar.»

Yo le dije: «Hay que dejar de disparar. Le estamos diciendo a la gente que cese el fuego por las negociaciones. Estamos intentando encontrar una solución pacífica sin más derramamiento de sangre». Fuimos a ver al comandante Telegin. Estuvimos hablando, y se vino conmigo. Dejamos el coche y fuimos a pie. Le dije que habíamos recibido la orden del cuartel general del ejército de pedir que cesaran nuestros ataques y un alto el fuego porque estaban en negociaciones con Paulus. Recorrí en coche el resto de unidades. Tenían una guarnición situada en dos edificios cerca de la vía del tren. Fuimos hasta allí. La franja de tierra que había entre nuestras unidades y las del enemigo estaba bajo el fuego. Pero logramos atravesarla indemnes. El comandante alemán pidió que acudiera un oficial y le dio la orden. Sus centinelas estaban de pie junto a un muro. Yo no bajé al sótano. Había muchos soldados. Había ametralladoras, subfusileros –y todo apuntándonos. Dio la orden de alto el fuego. Por supuesto, en ambos bandos había francotiradores y subfusileros aislados que seguían disparando, porque no todos habían recibido la orden. Después de aquello regresamos.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Vinokur inició las negociaciones. Él mismo organizó un recorrido por las unidades. Envió a Bujarov para que se encargara de ello. Bujarov dijo que le habían puesto en una situación terrible. Le dije que comprendía los riesgos. Esto es la guerra. Se fue en un coche alemán con dos oficiales alemanes y un conductor, e iba sentado entre ellos. Si nuestros hombres lo veían, pensarían que se trataba de un prisionero o bien de un traidor, y habrían disparado. [...] Llegó Laskin. Fuimos juntos para allá. Nuestros hombres estaban por todas partes. Había montones de soldados en el patio. Llegamos a eso de las siete o las siete y media de la mañana – probablemente más bien sobre las siete. Bajamos al sótano. Estaba oscuro.

En el patio había una multitud de soldados. Eso no me gustó, todos iban armados. Yo dije: «Pare aquí, por favor, tengo órdenes para usted». Le dije a Laskin que dispersara inmediatamente el grupo de soldados alemanes del patio, y que trajera a unos cuantos subfusileros nuestros por si las cosas se ponían feas, para poder tenerles cubiertos desde todos lados.

Fuimos a ver a Roske. Nos presentaron, y el camarada Vinokur me informó de los términos de la rendición que les había dado a los alemanes. Laskin, en calidad de oficial al mando, dio su consentimiento. Los alemanes habían pedido quedarse con sus armas de mano. Vinokur lo había permitido. Pero Laskin no estaba de acuerdo –tenían que entregarlas. Después fuimos a ver a Paulus. Previamente nos habían dicho que Paulus ya no estaba al mando. Cuando llegamos le dijimos que el Grupo Norte debía rendirse. Vinokur dijo que eso ya lo había mencionado. Ellos decían que no tenían nada que ver con el Grupo Norte. A partir de ayer, el mariscal de campo ya no estaba al mando. Ahora el grupo operaba de forma independiente. El mariscal de campo había renunciado a su mando, y ya nadie ejercía autoridad sobre ellos.

Salí al patio para comprobar que todos los subfusileros seguían en sus puestos. Comprobé que se habían cumplido mis órdenes. Nuestros

hombres dividieron a los soldados alemanes en tres grupos, y cada uno de ellos estaba rodeado por nuestros soldados.

Para entonces habían llegado otras unidades. Pero justo en el momento que concluyeron las negociaciones, la 29.ª División lanzó un ataque a la derecha del edificio del hotel. Nuestros hombres apostados en los grandes almacenes gritaban: «¿Qué estáis haciendo?».

Nadie había disparado, pero los alemanes habían pasado al ataque, abrieron fuego y casi matan a algunos de los nuestros en los grandes almacenes.

La gente empezaba a congregarse en la plaza.

Ya desde antes de que dieran la orden, yo tomé medidas de inmediato para desarmar a aquellos grupos. Pero ellos no querían entregar las armas sin una orden. Le pedí a Roske que les ordenara entregar las armas de inmediato. Él dio la orden. Empezaron a entregarlas. Intenté desembarazarme lo antes posible de toda aquella gente. Les dije a mis hombres: «¡Cuando juntéis un grupo, lleváoslo, obligadles a volver a la retaguardia!».

Le pregunté a Roske cuántos hombres tenían. Unos 7.000. Yo le dije: «Ponga una orden por escrito a las unidades y envíela». El intérprete se lo dijo. Se mecanografió la orden. Llegó el intérprete. Roske se puso en pie y me pidió por medio del intérprete que permitiera que sus oficiales repartieran la orden. Sus oficiales tenían miedo de nuestros subfusileros. Yo le dije al intérprete: «Dígale al general que su petición le será concedida. Mis oficiales llegarán dentro de poco, y no tienen miedo de ir a ver a las unidades alemanas». Antes de eso, Roske le había pedido a Vinokur que nuestros representantes acudieran en coche a las unidades. Vinokur dijo: «Muy bien, que vayan». Le dejó a Bujarov.

Comandante Alexander Georgievich Yegorov (Jefe del departamento político): El subcomandante escribió un mensaje diciéndome que, según Roske, había ochocientas personas, en algún lugar

de las inmediaciones, incluidos dos generales, que querían rendirse. Yo tenía que ir con un comandante alemán y traérmelos.

Entró el comandante alemán: «¡Que me aspen!», me dije. «Esa zona no tiene nada que ver con nosotros, es responsabilidad del 36.º de la Guardia.» Y en cualquier caso, ir solo a hacer prisioneros a unos generales da un poco de miedo. Yo pensaba que aquel hombre era un comandante alemán, ¿y quién sabe lo que podía pasársele por la cabeza a un comandante alemán en un mal momento? Decidí llevarme todas las granadas que pude y me fui con él. Yo pensaba: «Le dejaré ir delante, yo iré detrás». Me llevó hasta un búnker. Uno de los nuestros estaba de pie a la entrada. «¿Qué pasa?» «Acabamos de llegar, hemos estado bajo el fuego. Yo no sabía qué hacer. Si me muevo me matarán. No sé dónde está mi oficial al mando.»

«¿Por qué estamos esperando al oficial al mando? Yo voy a entrar.» Dejé que el comandante entrara por delante de mí. Empezó a gritar algo en alemán, delante de la puerta, probablemente para que no le pegaran un tiro. Entramos en el sótano, y había un olor terrible. Vi a uno de nuestros soldados muerto. Entré.

Pregunté quién había matado a aquel soldado. Seguimos avanzando. Había tres oficiales alemanes muertos. Después, un poco más allá, pude oír algo que crujía. El comandante abrió la puerta, y dentro había cuatro chicas, buena luz, una botella de vino y mondas de naranja sobre la mesa, carne enlatada y salchichas. Dos de las chicas estaban completamente borrachas. Pregunté quién había matado al soldado. Iba con su armamento completo. Una de ellas señaló: «¡Ese, el muy idiota!».

«¿Para qué?»

«Porque él mató a esos tres.»

Intenté ser lo más breve posible al hablar con ellas. Le pregunté a la que todavía conservaba algo de lucidez si había alguien más allí dentro. «Nadie, tan solo los tres oficiales.»

Miré y no vi ningún general, tan solo había oficiales corrientes. A mí los oficiales no me servían de nada, porque necesitaba generales.

Cuando nos marchamos, el comandante me enseñó otro búnker. De acuerdo, pensé. Vamos a ver. Había unos doscientos metros hasta el segundo búnker. Estaba lleno de soldados de la 36.ª Brigada. Yo no tenía nada que hacer allí. De modo que no encontré a los generales. Regresamos. Y ese fue el final de mi misión.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Repartieron la orden y volvieron para informar. Un oficial alemán me saludó y me dijo: «Misión cumplida». Me dio su informe a través del intérprete. Pidió que esperáramos hasta las once en punto para que Paulus pudiera recoger sus cosas. Los oficiales y el Estado Mayor de Paulus iban a ir con él. Le dije a Laskin: «Le pido que organice que el Estado Mayor del Grupo Sur permanezca en sus puestos hasta que el traspaso de poderes sea completo. Yo dejaría a Roske hasta que nos dé la rendición completa, y de todas formas necesito comprobar los campos de minas».

Le pedí a Roske que llamara a sus minadores. Lo tenían todo apuntado en el mapa, y pedí que los minadores alemanes lo desminaran todo. Más tarde Vinokur me dijo que el propio edificio estaba minado. Roske le dijo a Vinokur que, pasara lo que pasara, él [Roske] era responsable de la seguridad del mariscal de campo ante el Führer. Si alguien se propasaba, todos saltaríamos por los aires. Le pedí que desactivaran de inmediato todos los explosivos.

Él [Roske] pidió que le dejaran a sus propios subfusileros y su coche. Laskin dijo que el mariscal de campo iba a viajar en mi propio coche, de modo que no había nada que temer. Le dije que iba a ir en un coche con una escolta de subfusileros justo delante de nosotros. Entonces nos pusimos en marcha. Íbamos encabezando a todos los soldados. Nos enseñaron los campos de minas y las retiraron todas. Lo de que el edificio estaba minado no era verdad. Los pasillos estaban minados, y la entrada

estaba minada, pero el edificio en sí no lo estaba. Entraron en todos los campos de minas que figuraban en el mapa, y a las cinco de la tarde Roske me dijo que estaba listo para partir.

Vinokur lo trajo desde su cuartel general. Había pedido dos coches, y yo tenía dos jeeps. Le puse en mi coche, y a sus oficiales en un camión. En todo momento fuimos muy amables.

A las nueve en punto prácticamente habíamos concluido todas las operaciones de combate. La captura de Paulus había puesto punto y final a la guerra en Stalingrado, por lo menos en la parte sur de la ciudad. A la rendición le siguió de inmediato una especie de peregrinación. Empezaron a llegar los representantes de las autoridades locales. Había toneladas de armas. Los hombres empezaron a llevárselas. Aquel día, por la tarde, era imposible encontrar un soldado que no llevara dos o tres revólveres.

Muchos soldados alemanes simplemente habían tirado sus armas y se habían presentado en la plaza desarmados.

Roske pidió permiso, y se lo concedieron, para despedirse de sus oficiales. Reuní a un grupo de oficiales.

Por cierto, uno de los que estaban allí era el comandante de la ciudad, un ruso. También estaba en el sótano. El intérprete de Roske dijo que había numerosos oficiales, entre ellos el comandante de la ciudad, y también ocho mujeres, todos en el sótano. Una de las mujeres empezó a llorar, y preguntaba si podía despedirse del comandante. Vinieron a verme.

«Camarada coronel, esta perra quiere saber si puede despedirse del comandante.»

«¿Es de los nuestros?», pregunté.

«No, nada de eso, aunque es rusa. La muy perra tiene incluso la desvergüenza de llorar.»

Eso hizo que me enfadara de verdad. Todos los demás prisioneros rusos fueron enviados o bien a la Sección Especial o bien al NKVD.

Yo diría que Roske tendrá unos cuarenta y seis o cuarenta y siete años. Paulus es mayor. Roske tiene cinco hijos.

¿Cómo era Paulus? Parecía un animal acorralado. Saltaba a la vista que estaba muy afectado por todo lo que había ocurrido. Estaba delgado, sin afeitar, iba mal vestido. A mí no me gustaba. Su habitación estaba hecha un asco. La habitación de Roske estaba más o menos limpia. Ahí estaba Schmidt, el jefe de Estado Mayor.

Al marcharse, Paulus pidió que le sacáramos por la puerta de atrás. Mientras se alejaba en el coche, miraba a su alrededor con una sonrisa tan estúpida, tan patética. Claramente estaba consternado.

Había muchísima mugre en el sótano, incluso en la habitación de Paulus. El patio era una pesadilla. Lo limpiamos todo.

Yo no me podía creer que Roske hubiera permitido tanta porquería en un cuartel general de tan alto nivel. Se lo pregunté. Empezaron a hablar, y esto fue lo que me dijo el intérprete: «Sus Katiushas y su artillería nos impedían salir durante el día. Nos veíamos obligados a hacer nuestras necesidades en el sótano. Y sólo podíamos retirarlas por la noche, e incluso entonces los hombres tenían miedo de salir». Se ruborizó levemente. Claramente era un hombre sofisticado, un oficial curtido.

Comandante Anatoli Gavrilovich Soldatov (Subjefe del departamento político, secretario del Comité del Partido en la brigada): [...] había una suciedad increíble, no se podía entrar ni por las puertas principales ni por las de atrás, la mugre nos llegaba por el pecho, junto con excrementos humanos y quién sabe qué otras cosas. El hedor era increíble. Había dos letrinas, y en ambas ponía: «Prohibida la entrada a los rusos». Resulta difícil saber si alguna vez utilizaron aquellas letrinas –los pasillos eran toda una gran letrina. Había veces en que los alemanes disparaban mejor que nosotros, pero nosotros nunca convertimos en letrinas nuestro alojamiento.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): Me quedé sorprendido

cuando la radio alemana dijo que todos se habían suicidado. Fui corriendo a echar un vistazo. Paulus estaba allí, en su habitación, junto con mis ordenanzas. Había dos subfusileros y nosotros cuatro. Todo estaba en orden.

Cuando me preparaba para organizar el grupo de Roske, les dije a todos que dejaran sus armas encima de la mesa, incluido Roske. Todos conservaron sus armas hasta las cinco de la tarde. Entonces empezaron a sacar armas de sus maletas. Todos podían perfectamente haberse pegado un tiro, y Paulus incluso habría podido hacerse saltar por los aires.

Por el contrario a Roske le daba miedo constantemente que le mataran, y no paraba de decirme que era responsable de la vida del mariscal de campo ante el Führer. Le asustaba que pudiera ocurrir algún error. Me pidió que mi coche fuera por delante del suyo. El camarada Laskin le dijo: «No se preocupe –Paulus va a ir en mi coche». Entonces Roske se puso en pie y le dio las gracias: «Gracias, gracias».

¿Cómo podían pegarse un tiro si eran tan cobardes? No tenían el valor suficiente para morir.

Yo me había afeitado el día anterior. Cuando me presentaron a Roske como el comandante de la 38.ª Brigada, y le dijeron que yo había sido su captor, él se puso en pie. Es mayor que yo. En realidad tan solo es un poco mayor que yo. Puede que yo parezca más joven, pero tengo su misma edad: cuarenta y cuatro. Llevo en el ejército desde 1918. Soy de los que combatieron con Shchors, el ucraniano. Roske se sonrojó un poco. «¿Me reconoce usted?», le pregunté.

«Sí, *gut*, *gut*.»

Era un valiente, aquel Roske. Se sinceró y dijo que tenía algunos comandantes mediocres. Conocía bien nuestras unidades. Le hicieron una pregunta sobre un comandante. Roske dijo que había actuado indebidamente, de forma negligente. Ese general sabe de asuntos militares. Roske era comandante del Grupo Sur. Schmidt era jefe de Estado Mayor del 6.º Ejército. Roske llevaba las negociaciones. Schmidt

actuaba como intermediario entre Roske y Paulus. Mantenía informado a Paulus sobre el avance de las negociaciones y de la rendición. Nos transmitió la petición personal de Paulus para que le perdonáramos la vida, para que no le fusiláramos.

A Roske también lo llevaron a Beketovka. Se enfadó conmigo. Cuando se lo llevaban en coche, no le mostré el debido respeto. Me di cuenta de que estaba esperándome allí, para que fuera a estrecharle la mano y esas cosas. Estuvo un rato esperando en el coche, revolviéndose en su asiento, y yo le hice un gesto como restándole importancia.

Teniente coronel Leonid Abovich Vinokur (Subcomandante de asuntos políticos): Despachamos a Paulus a las once de la mañana del 31 de enero de 1943, y a las cinco de la tarde enviamos a Roske a Shumilov, en Beketovka. Era el mismo sitio al que habíamos enviado a Paulus. El Grupo Norte se rindió al día siguiente por la tarde.

General de división Konstantin Kirikovich Abramov (Miembro del Consejo Militar, 64.º Ejército): Yo estaba todavía en la cama cuando me llamó Shumilov a las seis de la madrugada para decirme que habían hecho prisionero a Paulus, y que teníamos que enviar a alguien. Me vestí y fui a ver a Shumilov a la oficina. No sabíamos a quién enviar. Optamos por Laskin. Como no lográbamos dar con él, enviamos al coronel Lukin, subjefe de Estado Mayor y jefe de la NKVD. Le pusieron un coche y se marchó. Entonces apareció Laskin, y le dijimos que se presentara al coronel Lukin. A las nueve todavía no sabíamos nada. Empezamos a preocuparnos. Entonces fui yo mismo en persona, junto con Serdiuk.

Pero no sabíamos dónde estaba exactamente la 38.ª Brigada, y no conocíamos la ciudad, de forma que pasamos de largo el cuartel general de la 38.ª Brigada y llegamos a la plaza que había delante de los grandes almacenes. Estuvimos un rato dando vueltas, y entonces empezamos a preocuparnos por la posibilidad de que ya les hubieran enviado de vuelta a nuestro cuartel general, de modo que dimos media vuelta y regresamos.

Más o menos una hora después Laskin trajo a Paulus. Se lo entregó a la oficina de Shumilov. Al principio Shumilov redactó una lista de preguntas. [...] El jefe de Estado Mayor Laskin iba delante cuando le trajeron. Le trajeron en un Emka.[160] Shumilov estaba allí, y también estaba yo, junto con Serdiuk, Chuyankov y Trubnikov, el subjefe de la administración política del frente. El jefe de Estado Mayor informó: «Hemos traído a Von Paulus, mariscal de campo del ejército alemán».

Le preguntaron si quería dejar su abrigo en la entrada. Lo hizo. Entonces entraron Paulus, Shumilov y Adams, y nos dieron la mano a todos. Shumilov nos pidió que nos sentáramos. Nos sentamos. Shumilov le pidió la documentación a Paulus. Paulus sacó su cartilla de servicio. Shumilov la examinó, y después preguntó si tenía algún documento que dijera que era mariscal de campo. Paulus dijo que no tenía esos documentos, pero que su jefe de Estado Mayor podía confirmar que habían recibido un mensaje de radio diciendo que ya le habían ascendido a mariscal de campo.

Paulus iba sin afeitar, llevaba barba, pero llevaba puestas sus cruces de hierro. Todo estaba en orden.

Ya había entregado su pistola. Le interrogaron. Le preguntaron si había dado la orden de rendirse a sus tropas. Dijo que sí, que se estaban rindiendo. Le preguntaron por qué se rendía. Él dijo que ya no les quedaban ni munición ni comida, que no tenía sentido seguir resistiendo. Cuando los fotografiaban, ellos movían la cabeza, como diciendo que no.




El general Mijaíl Shumilov examina los papeles del mariscal de campo Paulus. Fotogramas del noticiero cinematográfico soviético *Soiuzkinozhurnal* 1943, n.º 8.

Todo aquello duró cuatro o cinco minutos. Entonces decidimos darles algo de comer. Laskin y yo les acompañamos. Shumilov se quedó donde estaba. Les acompañamos y les dijimos: «Siéntense, coman algo». Estuvimos dos horas hablando con ellos. Después llegaron Shumilov, Serdiuk y Trubnikov. Al principio Paulus se negaba a beber. Entonces yo le presioné para que echara un trago. Él dijo: «No puedo, no he comido nada». Y a continuación dijo: «No estamos acostumbrados a beber vodka». Y entonces se bebió un vaso, y después otro. Llegó Shumilov. Brindó por nosotros. Ya llevábamos un buen rato hablando, simplemente allí sentados. Le pregunté por qué no había salido del cerco cuando tuvo la posibilidad de hacerlo. Él me contestó: «Eso le corresponde decidirlo a la historia».

Le preguntaron cuál había sido su objetivo, y qué le parecía la destrucción de su ejército. Shumilov le dijo que en una ocasión nosotros habíamos tenido las llaves de Berlín, pero que los alemanes nunca tuvieron las llaves de Moscú.[161] Y ahora íbamos a volver a tener las llaves de Berlín, mientras que ellos nunca tendrían las llaves de Moscú. Puso mala cara mientras lo escuchaba, pero no dijo ni una palabra. Tiene cincuenta y cuatro años. Me preguntó qué edad tengo. Le dije que tenía treinta y seis años. Volvió a poner mala cara.

Schmidt participó en la conversación. Es un hombre inteligente, muy directo. En realidad no teníamos nada que preguntarles. Lo que pudieran decirnos sobre su ejército ya no significaba nada para nosotros porque les teníamos cogidos. Y, de todas formas, ellos sabían menos que nosotros sobre la situación en aquellos momentos. Paulus no hizo ninguna pregunta. Estoy seguro de que pensaba que íbamos a fusilarle. Le preguntamos por qué habían destruido Stalingrado. Él contestó: «Ustedes han hecho tanto como nosotros por destruir Stalingrado». Nosotros le dijimos: «No le habríamos hecho nada a Stalingrado de no ser por ustedes». A eso no contestó nada.

Shumilov estuvo discreto. Paulus estaba nervioso, tenía el rostro tembloroso, y apretaba los labios. Era un anciano, nada más [...]. Había algo ligeramente servil y obsequioso en sus modales, en la forma en que nos elogiaba, en la forma en que sonreía e inclinaba la cabeza.



El general Shumilov en Stalingrado, 31 de enero o 3 de marzo de 1943. *Fotografía de Georgi Lipskerov*.

Cuando entró en el comedor, se sentó y pidió que nadie escribiera nada ni hiciera fotos. Yo le dije que no íbamos a hacerlo, pero que en la sala de al lado había gente grabándolo todo. Pero que no había fotógrafos.

Teniente general Mijaíl Stepanovich Shumilov (Comandante del 64.º Ejército): Después de que llevaran al mariscal de campo Paulus al cuartel general del ejército, le recibí, y él me dio algunas informaciones. Después le pedí algún papel que demostrara que él era realmente el mariscal de campo Von Paulus. Me mostró su cartilla de servicio, donde decía que formaba parte del ejército alemán y que era Von Paulus, soldado del ejército alemán.

Después de echarle un vistazo a la cartilla, le hice mi siguiente pregunta, y le dije que acababa de enterarme de que la víspera o la antevíspera le habían concedido el rango de mariscal de campo, y que quería ver algún documento al respecto.

Él me dijo que no tenía una confirmación por escrito, pero que efectivamente había recibido un telegrama de Hitler diciendo que a partir de ese momento era mariscal de campo. Su jefe de Estado Mayor y su ayudante, que habían estado todo el tiempo con él, podían confirmarlo.

Entonces le hice otra pregunta: ¿Puedo informar a mi Gobierno de que he hecho prisionero no a un coronel general[§] sino a un mariscal de campo?

Su respuesta: «Yo le rogaría que le diga a su Gobierno que soy mariscal de campo».

A continuación se le preguntó al mariscal de campo por qué las fuerzas de élite alemanas estaban concentradas en Stalingrado mientras que las unidades inferiores, como los rumanos y los húngaros, habían sido ubicadas en los flancos. Le pregunté si nuestro alto mando había evaluado correctamente la situación cuando derrotaron en primer lugar esos flancos y evitaron las fuerzas de élite alemanas en Stalingrado. Él respondió: «Ese fue el error del ejército alemán». Por cierto, Paulus nunca dijo eso refiriéndose a él mismo, sino que, según afirmaron el general Roske y los

demás generales, tras una serie de ofensivas infructuosas contra Stalingrado y Beketovka, el mariscal de campo Von Paulus le había pedido permiso a Hitler para retirar sus fuerzas al otro lado del Don durante el invierno. Al parecer, se lo pidió a Hitler en dos ocasiones, a instancias del general Roske y de los demás generales, pero Hitler no permitió que sus fuerzas se replegaran hasta el Don. Eso fue hacia finales de octubre o principios de noviembre. Antes del cerco.

Como respuesta a la pregunta de si el ejército alemán rodeado habría podido mantener su resistencia, él me dijo que tras la ruptura de sus defensas en el Frente de Voroponovo–Peschanka–Staraya Dubovka pensó que no tenía sentido seguir combatiendo, pues sus aviones de carga ya no tenían ningún lugar donde aterrizar y abastecer de munición y víveres al grupo. Pero, decía, él no era más que un soldado, y le habían ordenado seguir luchando hasta el último hombre. Lo único que le había obligado a rendirse fue el cerco completo de su cuartel general.

Respecto a por qué no se había suicidado –eso es algo que nunca le pregunté.[162]

Los periódicos alemanes decían que Paulus llevaba un frasco de veneno y un revolver en cada bolsillo. Cuando le registraron tan solo encontraron uno de aquellos revólveres, pero no hallaron veneno de ningún tipo. Paulus fue hecho prisionero indemne, no estaba herido, y no fue hostigado de ninguna manera por nuestro personal de mando durante su captura. Llegó al cuartel general del 64.º Ejército en su propio coche y acompañado de su propio séquito.

Capitán Yakov Mironovich Golovchiner (Jefe de la 7.ª Sección política, departamento político, 64.º Ejército): Paulus es un hombre mayor, alto, ligeramente encorvado, de unos sesenta años, con ojos grisáceos, un aire muy digno, como cabría esperar de un mariscal de campo, e iba sin afeitar. Estaba deprimido, y parecía no estar bien de salud. Según él, su ayudante segundo acababa de caer enfermo de algo muy grave.

El 29 de enero Paulus se relevó a sí mismo del mando. El 31 se produjo el anuncio de que el mariscal de campo había entregado el mando del Grupo Sur de las fuerzas en Stalingrado al general Roske. Paulus se declaró a sí mismo un individuo particular a través de su jefe de Estado Mayor, y traspasó todas sus responsabilidades al general Roske. [...] Hablé con los oficiales de Estado Mayor de Paulus durante el trayecto y después aquí (en Beketovka). Todos recriminaban a Paulus por no haber sido más firme y carecer de fuerza de voluntad. Decían que habrían podido resistir durante un tiempo sustancial. Todavía les quedaban muchos hombres, pero él no mostró la decisión suficiente. Y encima, a su juicio, el Estado Mayor de Paulus había cometido una serie de graves errores tácticos cuando todavía estaban a cierta distancia de Stalingrado. De no haber sido por aquellos graves errores, habrían podido resistir con más eficacia, decían.

Coronel de la Guardia Ivan Vasilievich Kudriavtsev (Subcomandante de asuntos políticos, 36.ª División de Fusileros de la Guardia): Los alemanes no creían que estaban rodeados, y sus oficiales no les decían nada al respecto. Descubrieron que era cierto cuando se quedaron sin nada que comer. Empezaron a decir que parecía que estaban rodeados. Ni siquiera los oficiales estaban al corriente del ultimátum, y los soldados no sabían absolutamente nada.



La plaza de los Héroes Caídos, con vista de los grandes almacenes, marzo de 1943. El cartel de la derecha dice: «Muerte a los invasores fascistas alemanes y a su Estado, a su ejército y a su nuevo “orden”».[163] *Fotografía de Serguéi Strunnikov*.

Capitán Yakov Mironovich Golovchiner (Jefe de la 7.ª Sección política, departamento político, 64.º Ejército): Hasta el final del todo los oficiales alemanes estaban embelesados por la confianza que tenían en su fuerza, por su confianza en la victoria. Y mantenían el control sobre sus hombres. El soldado obedece a su oficial sin rechistar. [...] Para un soldado alemán, cualquier cosa que dice u ordena un oficial es ley. Tienen un fortísimo sentido de la disciplina.

Teniente primero Fiódor Ivanovich Fiodorov (Comandante de la 6.ª Batería, 65.º Regimiento de Artillería de la Guardia, 36.ª División de Fusileros de la Guardia): Entonces nos llegó la orden de suspender totalmente los combates. Todos los *fritzes* se rendían. La orden de alto el

fuego llegó entre las nueve y las once del 1 de febrero de 1943. Para entonces estaban rindiéndose por cientos. Gritaban: «¡Hitler *kaput*!». Sacaban a los prisioneros con los pies congelados y la cabeza vendada. La mayoría iban envueltos en mantas y simplemente iban así. A partir del 1 de febrero, dejé de utilizar mi artillería. Pero sí utilicé mi pistola para rematar a los heridos alemanes en los sótanos.

Comandante Anatoli Gavrilovich Soldatov (Subjefe de la sección política, secretario del Comité del Partido en la brigada): Los griegos, los checoslovacos y por supuesto los rumanos –esos se rendían fácilmente, pero los alemanes eran condenadamente orgullosos. A veces les oíamos decir que nuestro éxito en Stalingrado no era más que fruto de la suerte. Aquí van y se rinden, pero siguen diciendo esas cosas. Nuestro oficial agarró de la manga a uno de ellos, lo sacó a rastras y le pegó un tiro. Es famoso por hacer ese tipo de cosas.[164]

Teniente coronel Leonid Abovich Vinokur (Subcomandante de asuntos políticos): Había un motorista, alguien de los servicios de inteligencia del ejército, y estaba al lado de un conductor que llevaba puesta una guerrera del Ejército Rojo. Le dije al comandante de la compañía: «¿Por qué le ha dado usted una guerrera?».

«Tenía frío.»

«¿Y cuándo exactamente ha muerto usted para que él pueda quitársela a su cadáver?»

Comandante Alexander Georgievich Yegorov (Jefe de la sección política): Liberamos a nuestros compañeros prisioneros de guerra aquí, en el edificio del Comité Regional. Decidimos darles algún uso de inmediato. Les hacíamos un breve interrogatorio, les decíamos que habían cometido un crimen por el que el castigo legal era pegarles un tiro. «La única forma en que puedes darle la vuelta a esta situación es con tu propia sangre.» Entonces empuñaban sus armas con gran alegría, y nosotros les advertíamos de que al mínimo indicio de pánico, de cobardía, o de intento de rendirse, aunque solo fuera por parte de uno o dos de ellos, tendría

como consecuencia que los fusiláramos a todos. A veces conseguimos grandes cosas de ellos.

Coronel Matvei Petrovich Smolianov (Jefe de la sección política, 64.º Ejército): La tarea principal y más fundamental era recomponer nuestras filas, nuestras unidades y nuestras organizaciones del partido. Llegó una orden del ejército que concedía cinco días de permiso a todo el mundo. Nuestra tarea durante aquel periodo de permiso consistió en organizar, además de las actividades básicas –afeitarse y cortarse el pelo, hacer reparaciones– distintas actividades culturales. Conforme al trabajo de nuestro partido y del departamento político, debatimos exhaustivamente esas cuestiones, y recomendamos la celebración de una serie de reuniones con distintos colectivos de trabajadores, en las que íbamos a examinar lo que nos había enseñado la experiencia de combatir en Stalingrado. Ese asunto fue la cuestión central de todas las reuniones y las asambleas.



Nikita Jruschov delante de los grandes almacenes de Stalingrado, febrero de 1943.

General de división Ivan Dmitrievich Burmakov (Comandante de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros): N. S. Jruschov llegó al día siguiente. Conocía bien nuestra brigada. La primera vez que nos encontramos fue en Stalingrado. Ocurrió cuando nos disponíamos a salir del cerco en noviembre. Nos encontramos sobre la marcha y compartimos nuestras impresiones. Él repetía una y otra vez: «¡Bueno, muchachos, no nos decepcionéis! ¡Todos lo habéis hecho muy bien!».

Shumilov y N. S. Jruschov llegaron al día siguiente de la captura de Paulus. Jruschov nos daba abrazos y besos. «¡Gracias, gracias a todos! No se captura todos los días a un mariscal de campo. Puede que atrapéis a algún general, pero un mariscal de campo es una rareza.»

Para nosotros significaba mucho tener la gratitud de Jruschov. [...]



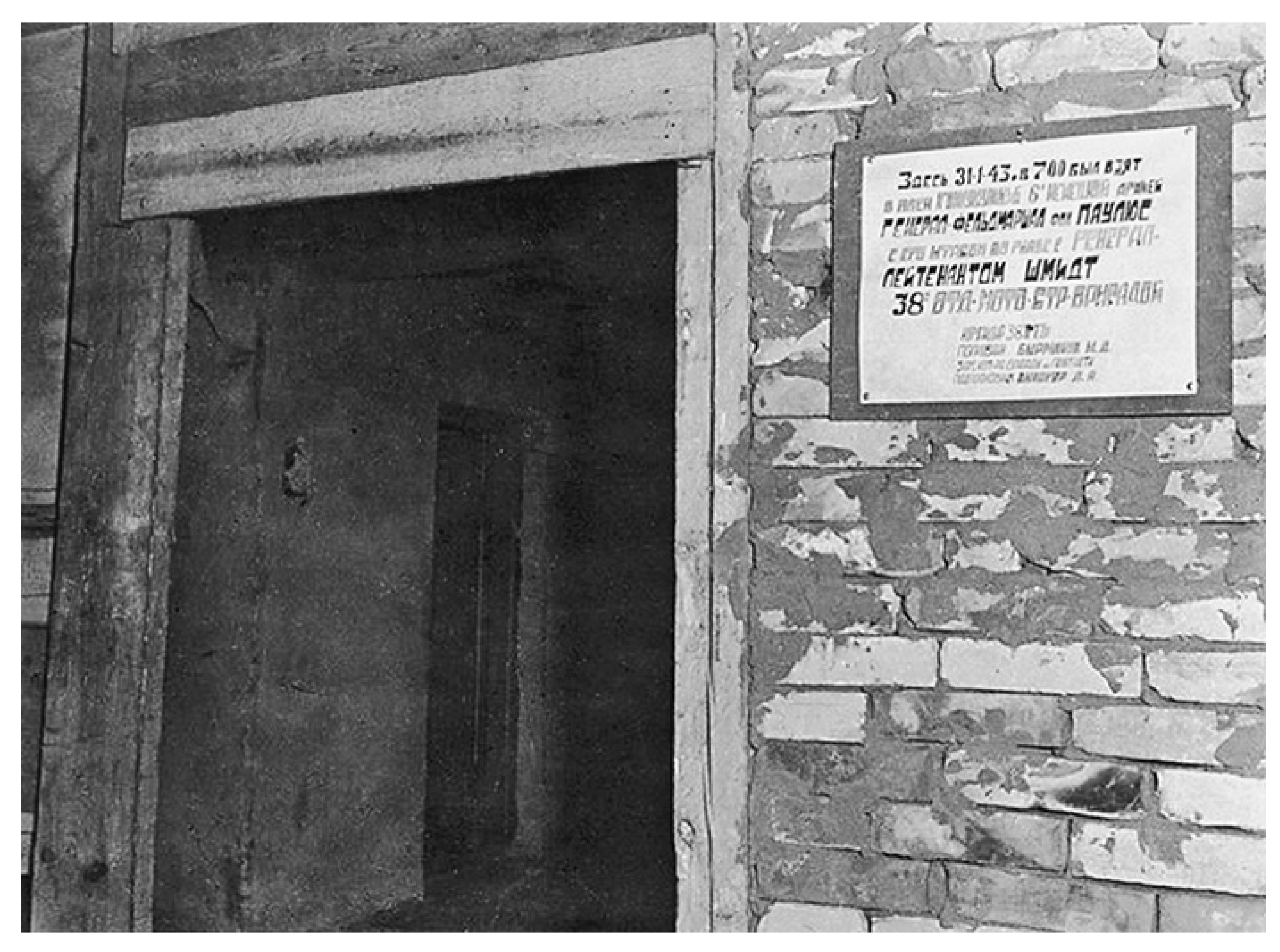
Mitin de celebración de la victoria en la plaza de los Héroes Caídos, 4 de febrero de 1943.

Después vino hasta aquí, a este sótano y se sentó. Llegó Chuyanov. Llegaron los representantes de las autoridades locales. La gente empezó a llegar en tropel. Jruschov daba las gracias a todo el mundo, y Shumilov me señalaba con el dedo y decía: «Este es el tipo que se enfadó conmigo por no darle la orden de entrar en combate. ¡Yo sé cuándo es el momento adecuado para hacerlo!».

Después del mitin del 4 de febrero montamos una fiesta.

Asistió Jruschov y volvió a elogiarnos.

No pretendo presumir, pero acabamos con ellos, hicimos un buen trabajo, y me alegro de que hiciéramos ese trabajo, me alegro de que nuestra brigada lo hiciera tan bien. Para mí eso es lo más importante.



Entrada al sótano de los grandes almacenes, 1944. *Fotografía de Samari Gurari*.

Hablé y di la bienvenida a los invitados en nombre de nuestra brigada. Creo que luchamos bastante bien. Jruschov se puso en pie y dijo: «Está siendo muy modesto. ¡Gracias por traernos a Paulus!».

Allí estaban todos, todos los que habían estado compitiendo conmigo para conseguir aquel premio.



En el sótano de los grandes almacenes de Stalingrado. *Fotografía de Serguéi Strunnikov*.

En febrero de 1943 se colocó un cartel de cartón a la entrada de la habitación del semisótano de los grandes almacenes donde se negociaron los términos de la rendición. Decía así: «Aquí, el 31 de enero de 1943, a las siete de la mañana, el comandante supremo del 6.º Ejército alemán, el general mariscal de campo Von Paulus y su Estado Mayor, encabezado por el teniente general Schmidt, cayeron prisioneros de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros». Debajo figuraban los nombres del coronel Ivan Burmakov y de su segundo político, el teniente primero Leonid Vinokur. Aquel mismo año se colocó otro cartel –idéntico al anterior salvo que omitía el aristocrático «von» del apellido de Paulus– en la entrada lateral de los grandes almacenes, junto al hueco de las escaleras del sótano. Como muestra la fotografía, todavía seguía atrayendo visitantes durante el verano de 1944.

En 1951 el cartel fue sustituido por una placa de bronce que narraba los acontecimientos que culminaron el 31 de enero de 1943 bajo una luz épica. Describía al enemigo como un «grupo de ejército de Stalingrado [...] que fue rodeado y derrotado de forma aplastante en la gran batalla de Stalingrado por el glorioso Ejército Rojo». La placa rendía homenaje a la 38.ª Brigada de Fusileros a las órdenes del coronel Burmakov, pero no mencionaba a Vinokur, cuyo nombre había sido suprimido de los anales soviéticos tras las campañas antisemitas de los últimos años de la era de Stalin.

Posteriormente la placa fue retirada, pero durante la década de 1990 un historiador local dedicó un pequeño museo a la batalla, ubicado en el sótano. Hace unos años, el museo se vio envuelto en una disputa legal con los dueños de los grandes almacenes, que querían convertir el sótano en un restaurante. En mayo de 2012 un juez dictaminó que el sótano debía pasar a formar parte del complejo del museo estatal sobre la batalla de Stalingrado. La nueva sede del memorial se inauguró en otoño de 2012, con motivo del septuagésimo aniversario de la batalla.

---

* Producto lácteo hecho a partir de leche fermentada. *(N. de los T.)*

† Juego de naipes muy popular en Rusia y otros países del Este, en el que pierde el jugador que acaba con más cartas en la mano («el tonto», o *durak*). *(N. de los T.)*

§ *Generaloberst* en el escalafón de la Wehrmacht. *(N. de los T.)*

3

Nueve relatos de la guerra

136 лист.

АШ.

СТЕНОГРАММА

беседы, проведенной с командующим 62-й армией генерал-лейтенантом тов. ЧУЙКОВЫМ Василием Ивановичем.

гор. Сталинград.

5/1-1943г.

Беседу проводит ученый секретарь БЕЛКИН А.А.

Есть такое село Серебрянные пруды Тульской области. Крестьянская семья, 8 братьев, 4 сестры. В старое время, поскольку много-же ведь нас, так лет до 10-12 дома у отца поработаешь, потом идешь в отход. Семья не плохая, тихо, как говорится, не было отступлений в плохую сторону. Меня та же участь постигла. Поучился я, сельскую школу закончил. Потом у нас открылось высшее начальное училище - торговое село было. Проучился год в высшем начальном училище. Это было в 1912 г. Я 1900 г. рождения. Уехал в Питер. Там уже были братья. Они все работали. Это были рабочие самого низкого качества, чернорабочие, грузчики, дворники. Я начал в Питере так. Есть там на Бассейной улице Серибеевские бани. Ну, вот, мальчишкой на парадной лестнице. Жалования у меня пять рублей в месяц и харчи. Так существовал около двух лет. Озорником был. Работа с 7 часов утра до 11 вечера.

Дело было перед торжественным днем, перед Пасхой в 1914 г. У нас был управляющий строгий, просто заметил мусор на лестнице парадной, пошел, заметил, и решил выгнать и все. На коленях умолял его, ведь, некуда было итти совершенно. В деревню сунуться нельзя было, потому что семейство было человек 15-16 да еще нахлебник приедет. Ну что-же делать-то? Верно, знакомый один нашелся. Он был легковым извозчиком, однофамилец мой - Петр Чуйков. Он меня устроил. На Невском проспекте были меблированные комнаты "Санремо", - тоже самое мальчишкой на лестнице, коридорным, как говорят. Чорт их знает, тащил самовар с посудой в номер, видимо запнулся и все в доску разбил. Уборщица стала ругаться, меня зло взяло, ногой поддал, все полетело, в соседнюю комнату влетел, скандал. Так что я не больше трех недель проработал и меня выставили раба божьего.

После этого тоже нашлись знакомые, определили меня в гостиницу, так наз. "Московский яр" в Свечном переулке, угол Ямской. Там, как говорится, насмотрелся всего, кроме хорошего, видел всю пошлость разврата, которая существовала в то время. Откровенно говоря, мне надоело и крепко надоело работать там и решил во что бы то ни стало уйти, но куда? Физически парень я был взрослый. Это уже было, если не ошибаюсь, во время войны. Кто в Питере бывал знает Казанский собор. Против этого собора торговый дом Куликов и Будаков, разносчиков товаров. Проработал там я месяцев шесть, ничего так в общем. А тут из нашего села много ребят было. Мы встречались по воскресным дням. "Чего ты служишь, - говорят, - давай на работу". Я думаю: на кой чорт действительно в услужении быть. И опять-таки земляк из наших помог, тоже однофамилец Иван Чуйков. На Казанской улице, или дом 12, или дом 10 была такая шорная мастерская Савельева. Поступил туда учеником, я через три недели уже сделался мастером, не сложный это процесс. И там я проработал до конца 1916 г. В этой шорной мастерской получилось так. Я пятый по счету сын отца. Все, кто старше меня были призваны в армию. Из четырех, три брата были моряками Балтийского флота. Сейчас помню такую дату - это Румыния об"явила войну немцам. Была осень 1916 г. Еще я, помню, откуда-то возвращался, продрог, промок, заболел. Работал больным месяца два. Потом у меня пошла кровь горлом и носом. Всегда я был физически сильный, но тут что со мной получилось, не знаю. Сестра жила в Питере прислугой. Начал

Página de las transcripciones de Stalingrado.

EL GENERAL VASILI CHUIKOV

El teniente general Vasili Chuikov (1900-1982) es probablemente el defensor de Stalingrado más conocido. Estuvo al mando del 62.º Ejército durante los combates que libró desde septiembre de 1942 hasta febrero de 1943 contra unas fuerzas alemanas inicialmente muy superiores en el centro de la ciudad y en el distrito industrial del norte. A principios de octubre, el 62.º defendía un frente de once kilómetros de ancho a lo largo del Volga. Al mes siguiente los alemanes ya habían abierto brecha a través de tres de los sectores más estrechos –de poco menos de doscientos metros de profundidad– y habían avanzado hasta el río. Si todo el mundo conoce aquellos dramáticos acontecimientos es en gran parte gracias a los esfuerzos del propio Chuikov: con motivo del decimoquinto aniversario de la batalla, el general publicó su primera crónica de Stalingrado, que se centraba en el «legendario 62.º». A pesar de aquellas memorias y de las otras que muy pronto iba a escribir en una rápida sucesión, la entrevista de Chuikov con los historiadores de Moscú aporta un tesoro de nuevos datos e impresiones.[1]

La entrevista tuvo lugar el 5 de enero de 1943, en el puesto de mando del 62.º Ejército, ubicado junto a la siderurgia Octubre Rojo. (Chuikov fue entrevistado de nuevo en febrero o en marzo de 1943; algunas partes de aquellas entrevistas también aparecen aquí.) Chuikov habla de una forma franca, gráfica y convincente, más que en los años posteriores. En sus saltos mentales se adivina una tensión nerviosa que pone de manifiesto lo cerca de la aniquilación que llegó a estar el 62.º Ejército, y las severas medidas que adoptó Chuikov para impedirlo. Le contaba a los historiadores que el 14 de septiembre, dos días después de que le pusieran al mando, mandó fusilar al comandante y al comisario de un regimiento bajo la mirada de sus soldados formados en hilera. ¿Su crimen? Los

oficiales habían abandonado su puesto de mando sin permiso. Poco después fusiló a dos comandantes de brigada y a sus comisarios por huir a la orilla oriental del Volga. Según explicaba Chuikov, aquellas ejecuciones tuvieron un efecto instantáneo. En sus memorias, Chuikov hablaba abiertamente de cómo hizo cumplir la orden de «ni un paso atrás» dada por Stalin, pero treinta años más tarde contó una historia distinta: los oficiales cobardes no habían sido objeto más que de una «dura reprimenda».[2]

Para empezar, Chuikov cuenta que se crió en una familia pobre y numerosa, y relata su rápido ascenso tras la Revolución de 1917. Siguiendo el ejemplo de sus hermanos mayores, tres de los cuales prestaron servicio en la Flota del Báltico, de talante revolucionario, Chuikov se sintió instintivamente atraído por los bolcheviques, cuyo radicalismo e implacabilidad le impresionaban. En Petrogrado se alistó a las milicias armadas de obreros de la Guardia Roja, y se enroló en el Ejército Rojo inmediatamente después de su creación, en enero de 1918; un año después se afilió al partido bolchevique. Durante la guerra civil, Chuikov comandó su propio regimiento (a la sazón solo tenía diecinueve años) y participó en las ofensivas contra el Ejército Blanco en los Urales y en Siberia. Su superior y mentor fue Vladimir Azin, comandante de división, al que Chuikov comparaba con Vasili Chapayev, un héroe de la guerra civil: «Un hombre de cultura militar, pero también, al igual que Chapayev [...], un hombre al que no le importaba participar personalmente en un ataque, y que metía en vereda a todo aquel que no luchara como era debido, que no hiciera lo necesario para la victoria». Conforme al relato de Chuikov, el comandante tenía una marcada autoridad física: hacía valer su autoridad sobre sus subordinados a base de puñetazos en la cara. Al igual que su mentor, Chuikov tenía muy mal genio y era propenso a la violencia, como atestiguaban muchos de sus soldados. Pero el hecho de que tuviera la boca llena de dientes de oro –como advertían muchos

periodistas occidentales cuando le conocían– sugiere que él mismo había recibido puñetazos en la cara de sus superiores.[3]

Tras el fin de la guerra civil, Chuikov asistió a la Academia Militar Frunze en Moscú. (Hasta entonces su educación se había limitado a cuatro años de escuela primaria.) Las purgas de Stalin en el Ejército Rojo (Chuikov no las menciona en sus declaraciones) contribuyeron enormemente a fomentar su ascenso. En 1939 ya había sido nombrado comandante de ejército. La biografía de Chuikov lleva el marchamo de la historia de éxito típica en la Unión Soviética. Al igual que muchos comandantes del Ejército Rojo, Chuikov se crió en la pobreza en tiempos de la Rusia zarista, para después conseguir educación, respeto y autoridad en el sistema soviético. No es de extrañar que Chuikov pase de puntillas por los puntos más bajos de su carrera profesional, como el ignominioso final que sufrió el 9.º Ejército bajo su mando durante la Guerra de Invierno. Como castigo, fue destinado a China, donde prestó servicio como agregado militar. En marzo de 1942, fue nombrado subcomandante del 64.º Ejército, una unidad de reserva estacionada en las inmediaciones de Tula. En julio de 1942, el ejército avanzó hasta el Don, donde se enfrentó por primera vez al 6.º Ejército alemán. El 8 de septiembre Chuikov fue nombrado comandante del 62.º Ejército.[4]

A la hora de ofrecer su relato de la batalla de Stalingrado, Chuikov describe la aparición del espíritu de heroísmo en el Ejército Rojo, pero también pretende ejemplarizarlo. El general se retrata a sí mismo como un héroe fundamental de la batalla, y resta importancia a los logros de sus rivales, y en particular los de Alexander Rodímtsev, comandante de la 13.ª División de la Guardia, que ya entonces era un personaje legendario. En su libro *Vida y destino*, Vasili Grossman describe las luchas intestinas entre los comandantes del Ejército Rojo, donde cada uno estaba empeñado en conseguir los máximos honores. Grossman menciona un incidente que se produjo durante el mitin de la victoria del 4 de febrero de 1943, donde «Chuikov, borracho, se lanzó contra Rodímtsev con la intención de

estrangularlo solo porque, en el mitin celebrado para conmemorar la victoria de Stalingrado, Nikita Jruschov abrazó y besó a Rodímtsev sin dignarse mirar siquiera a Chuikov».[5] [*] A raíz de aquel incidente, la NKVD reprendió a Chuikov por su «desagradable» conducta. Un informe interno de marzo de 1943 relata una conversación entre Chuikov y su segundo para asuntos políticos, el teniente general Gurov, donde tildaba a Rodímtsev de «general de periódico», que tenía buenos contactos en la prensa, pero nada que mostrar de sus logros en el campo de batalla. Según el informador de la NKVD que escribió el informe, aquellas intrigas eran el motivo de que Rodímtsev fuera el único comandante de división del 62.º Ejército que no obtuvo una distinción por la defensa de Stalingrado.[6]

El 64.º Ejército de Chuikov –rebautizado como el 8.º Ejército de la Guardia en abril de 1943– siguió combatiendo durante su avance hacia el oeste, y llegó a Berlín en 1945. Entre 1949 y 1953, Chuikov prestó servicio como comandante en jefe del Grupo de Fuerzas Soviéticas en Alemania, y en 1955 fue ascendido a mariscal de la Unión Soviética, el máximo rango de las fuerzas armadas soviéticas. Posteriormente Chuikov fue inmortalizado de una forma especial en Volgogrado. En 1967 se erigió un memorial, coronado por una monumental estatua titulada *La Patria llama*, en lo alto de la colina de Mamáyev Kurgán, que fue inaugurado con motivo del 25.º aniversario de la batalla de Stalingrado. En el eje central del memorial se alza una escultura de quince metros de altura de un soldado con el torso desnudo. Aunque el torso del héroe corresponde a un hombre joven, los rasgos faciales son los de Vasili Chuikov. Conforme a lo dispuesto en su testamento, el cuerpo de Chuikov fue enterrado a los pies de la estatua *La patria llama*.

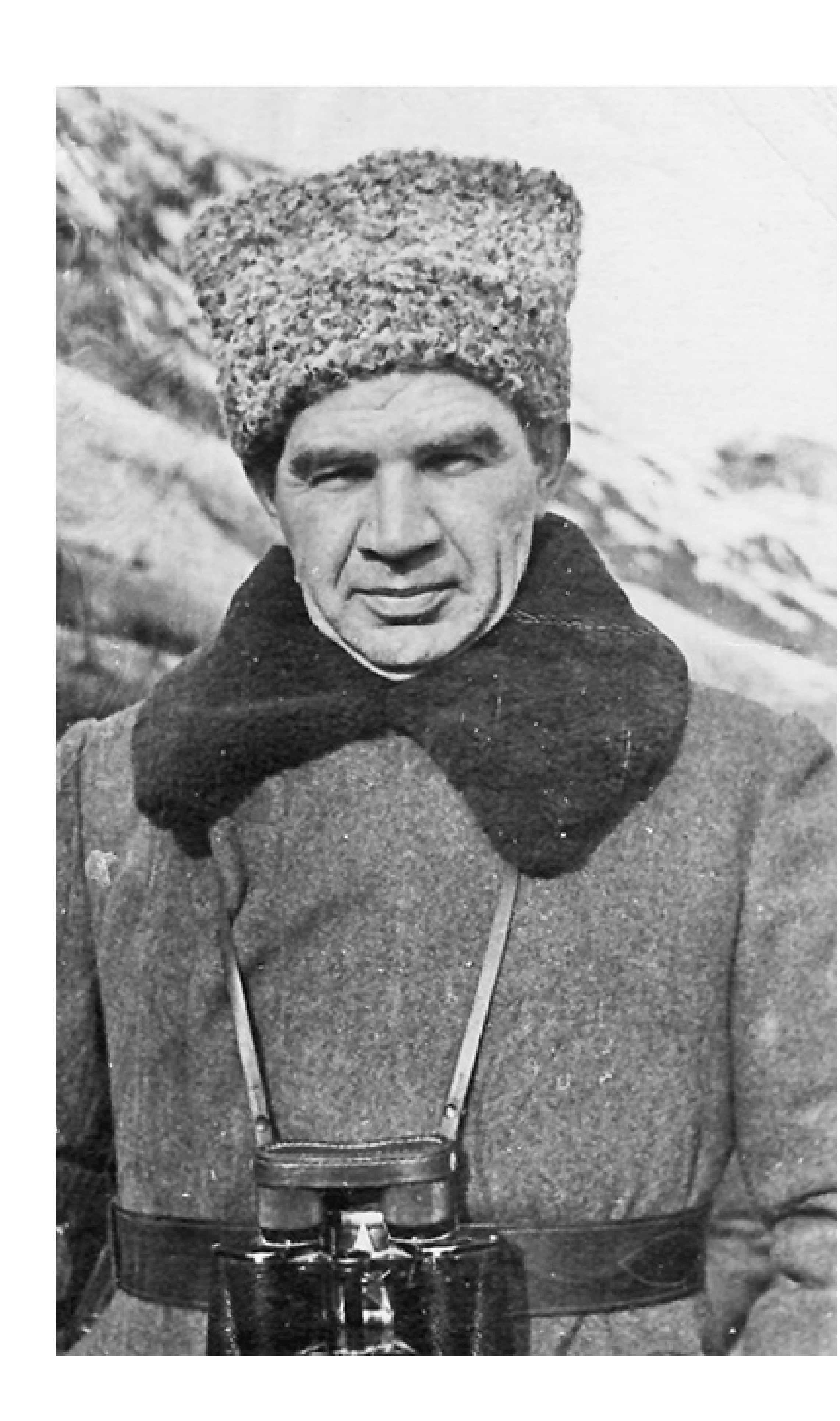
A. S.[7]

TRANSCRIPCIÓN

de la entrevista con el camarada teniente general Vasili Ivanovich CHUIKOV

Stalingrado, 5 de enero de 1943
Entrevista realizada por el secretario científico A. A. Belkin[8]

Hay un pueblo llamado Serebrianie Prudi en la región de Tula.[9] Una familia campesina, ocho hijos, cuatro hijas. En aquella época, con unas familias tan grandes, uno trabajaba en casa para su padre hasta la edad de diez o doce años, y después se iba a trabajar a la ciudad.



Vasili Chuikov en Stalingrado.

La nuestra era una buena familia. No hacíamos ruido, como suele decirse. Nunca ocurría nada malo. Y yo hacía prácticamente lo mismo que todos los demás. Me gradué en el colegio del pueblo. Después abrieron una escuela primaria superior –nuestro pueblo era un centro del comercio. Estudié allí un año. Eso fue en 1912. Yo nací en 1900. Después fui a San Petersburgo. Ya tenía algunos hermanos allí. Todos estaban trabajando. Todos tenían empleos de las categorías más bajas: peones de la construcción, porteadores, conserjes. Así fue como empecé en San Petersburgo. En la casa de baños de Seribeyevskiye, en la calle Basseinaya. Yo era el botones de la escalera principal. Me pagaban cinco rublos al mes y las comidas. Viví así unos dos años. Siempre haciendo diabluras. Trabajaba desde las siete de la mañana hasta las once de la noche.

Y entonces, la víspera de una festividad –era la Semana Santa de 1914– me metí en un buen lío. Teníamos un jefe muy estricto, y un día vio que había basura en la escalera principal. Se acercó, lo vio, y me despidió en aquel punto y hora. Yo me puse de rodillas para suplicarle que no lo hiciera, no tenía absolutamente ningún sitio adonde ir. No podía volver a mi casa del pueblo porque en mi familia ya eran quince o dieciséis, y yo habría supuesto otra boca que alimentar. ¿Qué iba a ser de mí? Conseguí otro empleo a través de un conocido. Era taxista, y tenía el mismo apellido que yo –Piotr Chuikov. Me buscó una colocación en la pensión Sanremo, en la avenida Nevski, haciendo lo mismo que antes. Yo era el botones de la escalera principal, el botones del hall, así lo llaman. Dios sabe lo que estaría haciendo, pero en una ocasión iba subiendo a una habitación con un samovar y algunos platos, cuando tropecé y rompí todo lo que había en la bandeja. La camarera empezó a gritarme, y yo me puse furioso y empecé a patalear. Todo salió volando, y me fui corriendo de la habitación. Qué escena. De modo que no habían pasado más de tres semanas y ya me habían vuelto a poner de patitas en la calle.

Entonces encontré otro empleo a través de una gente que conocía. Me enviaron a un hotel, el llamado Yar de Moscú, en la esquina de la calle Svechny y Yamskaya. Allí uno podía encontrar de todo, como suele decirse, pero nada bueno. Fui testigo del sórdido libertinaje que existía en aquellos tiempos. A decir verdad, acabé completamente asqueado de trabajar allí, y decidí que tenía que marcharme a toda costa. Pero ¿adónde podía ir? Yo era todavía un niño, pero físicamente era mayor. Si mal no recuerdo, para entonces ya había empezado la guerra. [...] Soy el quinto hijo varón de mi padre. Todos mis hermanos mayores fueron reclutados en las fuerzas armadas. Tres de los cuatro eran marineros de la Flota del Báltico. Eso fue cuando Rumanía le declaró la guerra a los alemanes. Otoño de 1916.[10]

También me acuerdo de que volví de algún lugar totalmente empapado y tiritando, y me puse enfermo. Estuve malo aproximadamente dos meses, pero seguía trabajando. Entonces empezó a salirme sangre de la boca y la nariz. Yo siempre había estado fuerte y sano, pero entonces no sé lo que me ocurría. Mi hermana trabajaba como sirvienta en Petersburgo. Yo me estaba consumiendo. Recuerdo que me despertaba por la noche con la boca llena de sangre. Tosía y la escupía durante un rato, y después volvía a sangrar.

Fui al médico dos veces. Ya no podía trabajar. Me enteré de que mi hermana le había escrito a mi padre para decirle que su niño se estaba muriendo. Después recibí una emotiva carta de mi padre: vuelve a casa, ahora aquí no hay nadie, todos tus hermanos se han ido, puedes echarme una mano en casa. Creo recordar que a principios de 1917 –en enero– me marché de Petersburgo con las últimas fuerzas que me quedaban. Seguí enfermo durante casi todo el resto del invierno. La Revolución de Febrero me pilló en Serebrianie Prudi.

Al llegar la primavera ya había empezado a sentirme mejor, y pude ayudar con la faena. No consigo recordar exactamente cuándo me recuperé del todo. Me cansé de vivir en casa de mi padre, así que me fui

a ver a mis hermanos en Kronstadt. Logré llegar hasta allí. Yo entendía alguna que otra cosa de la situación política. El verano de 1917 fue un periodo de manifestaciones políticas. Los socialrevolucionarios de izquierdas[11] tenían mucha influencia en nuestro pueblo. Cuando mis hermanos volvían a casa me contaban todo lo que estaba ocurriendo. Por supuesto nosotros, los jóvenes, no soportábamos a los socialrevolucionarios, y la gente nos apodaba «bolcheviques». Teniendo en cuenta que a los bolcheviques les echaban la culpa de cualquier cosa, de todo, ese era el papel que desempeñábamos. Era imposible razonar con nosotros. Cuando estábamos todos juntos, éramos una pandilla de muchachos con la que era mejor no meterse. Hoy en día uno de mis hermanos es el director de la fábrica de máquinas-herramientas Sergo Ordzhonikidze de Moscú.

Cuando llegué a Kronstadt, entré en un ambiente completamente nuevo. En primer lugar, Kronstadt era una ciudad revolucionaria. Se estaban preparando para la Revolución de Octubre.[12] No se hablaba de ello abiertamente, ni en voz alta, pero la gente ya estaba trabajando en ello. Yo no quería marcharme, de forma que me alisté en la misma unidad de instrucción que uno de mis hermanos. Aprendí a ser marinero –a decir palabrotas, a comer gachas y a llevar pantalones de pernera ancha. Había conversaciones y debates, y a partir de ahí empecé a formarme algunas opiniones. Mis hermanos no eran miembros del partido, pero todos ellos eran simpatizantes de los bolcheviques. Tres de ellos participaron en la Revolución de Octubre. No quisieron llevarme con ellos. «¿Dónde crees que vas, chaval?», me dijeron. Formaron parte del grupo que asaltó el Palacio de Invierno, y de hecho dos de ellos[13] lucharon contra los cadetes militares que se habían atrincherado allí. Mi otro hermano no llegó a salir de su barco.

Todos sabemos cómo acabó aquella sublevación revolucionaria. Inmediatamente después tuvimos la sensación de que la antigua organización militar empezaba a desintegrarse. La gente abandonaba el

frente, abandonaba la flota, y nosotros –creo que fue a comienzos de 1918– todos nosotros acabamos en Serebrianie Prudi. Nos fuimos a casa de nuestro padre, en cuya casa para entonces vivían dieciocho personas, porque sus hijos mayores se habían casado. La familia vivía con mi padre, y de repente aparecemos nosotros, los granujas, y ¿qué podemos hacer allí? Sobre todo teniendo en cuenta que es invierno.

Cuando llegué a mi pueblo, todos los jóvenes vinieron a verme. Todos pensábamos mucho, pero no durante mucho tiempo. Más o menos por aquella época promulgaron el decreto para la formación del Ejército Rojo.[14] Nos juntamos todos. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Alistarnos en el ejército! De nuestro pueblo nos alistamos Vasili Kuzmich Rikin, Alexéi Gubarev, Yegor Minkin y yo. Fuimos a Moscú. No sabíamos adónde ir. Nos acercamos a la primera persona que vimos con abrigo militar y le preguntamos dónde estaba la unidad del ejército más cercana. Dio la casualidad de que era un buen tipo.

«¿Qué queréis?», nos preguntó.

«Queremos alistarnos en el Ejército Rojo», dijimos nosotros.

«¿Tenéis documentación?»

Volvimos al ayuntamiento de nuestro pueblo[15] para que nos dieran los papeles necesarios que certificaran que éramos políticamente de fiar. Aquel hombre nos aconsejó que fuéramos a Lefortovo.[16]

Nos dijo: «Están organizando algún tipo de cursos allí. Es posible que os cojan».

El comisario encargado de los cursos era Segal, si mal no recuerdo. Nos presentamos allí con todas nuestras pertenencias. Si no podíamos encontrar trabajo, por lo menos podíamos estudiar. Estuvo hablando con nosotros y nos inscribió de inmediato. Enseguida empezaron a meternos en vereda, todos los domingos nos llevaban a dar un paseo por Moscú para hacer alarde de las fuerzas armadas del proletariado. Teníamos muy buen aspecto.

Entonces los socialrevolucionarios de izquierdas encabezaron una sublevación,[17] y nos llamaron para reprimirla. La sublevación fue aplastada. Para mí fue un bautismo de fuego. Al cabo de un tiempo, a finales de julio o principios de agosto, nos licenciamos. De modo que tuvimos una instrucción de aproximadamente cuatro meses. Aquellos fueron los primeros cursos de instrucción militar del Ejército Rojo en la antigua Academia Alexeyevskaya[18] de Moscú. Nos enviaron al frente. [...]

[Sigue una larga historia sobre la participación de Chuikov en la guerra civil.]

Fui admitido en el partido en 1919, a orillas del Viatka.[19] Fue muy sencillo:

«¿Por qué tendríamos que aceptar tu solicitud?»

«¿Y por qué no?» Y sanseacabó.

Entonces me enviaron a hacer un largo viaje a China. Después trabajé en el Ejército Especial del Extremo Oriente hasta 1933. Más tarde trabajé durante un tiempo en Moscú como director de la Escuela de Formación de Oficiales del Ejército Rojo, hasta 1935, y después estudié otros siete meses en la Academia Stalin de Motorización y Mecanización. En 1936 me incorporé al Estado Mayor de una brigada mecanizada en Bobruisk. En 1938 fui nombrado comandante de un cuerpo de fusileros, después comandante del Grupo de Ejército de Bobruisk, que posteriormente pasó a ser el 4.º Ejército durante la ofensiva de Polonia. Una vez terminada aquella campaña, me enviaron al Frente Finlandés. Encabecé el avance del 9.º Ejército hacia Ujtinsky. Después finalizó aquella campaña. Y justo cuando regresamos al oeste, de vuelta en el 4.º Ejército, volvieron a enviarme a China como asesor jefe de Chiang Kai-shek. Sé algo de inglés, lo suficiente como para mantener una conversación, y después empecé a aprender algo de chino.

La guerra me sorprendió cuando todavía estaba en China, y regresé a casa en marzo de 1942. Fui nombrado comandante del 1.º Ejército de Reserva en Tula. Vine aquí con aquel ejército el 17 de julio. [...]

Mi primer combate con el 64.º Ejército no fue un éxito. No sé muy bien por qué. Llegamos el día 17 [de julio], y el 19 recibimos la orden de avanzar y asumir posiciones defensivas, aunque el 10 % de nuestras fuerzas no había llegado, y para cuando comenzó la batalla disponíamos a lo sumo del 60 % de ellas. Las divisiones habían recorrido doscientos kilómetros desde la estación en la que habían desembarcado, y después entraron en combate casi directamente. El alto mando tuvo algunas ideas extrañas, y nosotros tuvimos que sufrir las consecuencias. Eso fue lo que ocurrió con Gordov.[20] El 64.º Ejército evitó la catástrofe que sufrió el 62.º Ejército en la otra orilla. Yo saqué de allí a mis tropas. La gente lo calificó de retirada caótica, pero yo saqué de allí al ejército bajo el fuego enemigo. Los que no lo hicieron lo pagaron caro, como el 51.º Ejército y muchas divisiones. Pero yo mantuve fuerte al 64.º Ejército. Sufrimos bajas, pero es imposible hacer nada sin algunas bajas. Yo no quería abandonar el frente. Lo que sucede, sucede. Más tarde un grupo formado por el 64.º Ejército y lo que quedaba del 51.º Ejército fue enviado a Kotelnikovo.[21] Allí combatimos. Nos dieron fuerte de verdad. El alto mando del frente no estimó bien la dirección del ataque, a pesar de que el camarada Stalin le había dicho a Gordov y a todo el mundo que el objetivo principal del enemigo era Tsimlianskaya.[22]

Un gigantesco grupo motorizado alemán salió de allí y avanzó desde Tsimlianskaya hacia Stalingrado. Nadie tomó las medidas adecuadas. Entonces empezaron a reunir algunas fuerzas para impedirles el paso. Me enviaron a mí con mi grupo. Primero fuimos cuatro divisiones, después siete. Contuvimos al enemigo e hicimos posible que nuestras tropas se desplazaran lateralmente. Desbaratamos el plan del enemigo, que consistía en atacar Stalingrado a través de Kotelnikovo. Frenamos su avance, aniquilamos un gran número de carros de combate y decenas de

miles de soldados de infantería, sobre todo rumanos, con lo que les obligamos a una retirada. Lo logramos principalmente con rápidos movimientos de tropas y con enérgicas acciones defensivas. Logramos crear un frente –de lo contrario no habría habido nada, tan solo una puerta abierta. [...]

El 11 de septiembre fui convocado a una reunión con Yeriomenko y Jruschov en el cuartel general del frente, donde me dijeron que iba a asumir el mando del 62.º Ejército. Mi misión: defender Stalingrado. Me dijeron que averiguara qué unidades había allí, dado que ni siquiera ellos lo sabían con exactitud.

Los alemanes se acercaban desde dos direcciones. El primer grupo avanzaba contra el 62.º Ejército desde el oeste, pasando por Kalaj, justo al norte de Spartakovka y Rinok; la segunda fuerza de ataque procedía del suroeste, desde Tsimlianskaya y Kotelnikovo. Aquella tenaza iba convergiendo contra el 62.º Ejército en Stalingrado, porque el 64.º Ejército se había retirado a Beketovka. Los alemanes no fueron allí. Personalmente, creo que su estrategia consistía en intentar conquistar Stalingrado lo más rápidamente posible, lo que habría desmoralizado tanto a nuestro ejército que no sabríamos qué hacer. Stalingrado era importante para ellos como punto de partida hacia el norte. La tenaza se cerró en la zona de Karpovka-Nariman, y todo se centró en Stalingrado, donde tan solo teníamos el 62.º Ejército. El resto de nuestras fuerzas estaba fuera de la tenaza. [...]

Cuando Nikita Sergeyevich[23] me ordenó ir a Stalingrado, me preguntó: «¿Qué le parece?». Yeriomenko también quería saberlo. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Bueno, ¿qué podía decir yo? Dije: «Comprendo perfectamente mis órdenes, y las cumpliré. Haré lo que pueda. Mantendré a los alemanes fuera de Stalingrado o moriré en el intento». Después de eso no hubo más preguntas. Me ofrecieron té, pero yo lo rechacé, subí a mi coche y conduje hacia Stalingrado.

Nuestro puesto de mando estaba ubicado en la colina 102,[24] y el enemigo estaba a tres kilómetros de allí. Teníamos comunicaciones, teléfono y radio. Pero los alemanes abrían brecha por doquier, dondequiera que mirabas. Las divisiones estaban tan cansadas y mermadas por los combates de los días anteriores que no se podía confiar en ellas. Yo sabía que me iban a llegar refuerzos al cabo de tres o cuatro días, pero me pasé aquellos días sobre ascuas, intentando reunir los hombres suficientes a fin de formar algo parecido a un regimiento para poder tapar los huecos. El frente iba desde Kuporosnoye y Orlovka hasta Rinok.[25] La ofensiva principal de los alemanes iba dirigida contra Gumrak[26] y la estación ferroviaria del centro de la ciudad, y el segundo ataque se dirigía a la zona sur, contra Olshanka[27] y el elevador de grano.



El general Vasili Chuikov *(segundo por la izquierda)* en su puesto de mando. A su izquierda está su jefe de Estado Mayor, Nikolái Krilov; a su derecha está el general Rodímtsev. A su lado está sentado el jefe de división Kuzma Gurov. *Fotografía de Viktor Temin*. Según su hijo Alexander, Chuikov llevaba un dedo vendado no a consecuencia de una herida en combate, sino de una afección cutánea de tipo nervioso que le aquejó de forma crónica en Stalingrado.[29]

Una división. ¿Cuántos hombres? Doscientos, procedentes de distintas unidades. Una brigada. ¿Cuántos hombres? Dicen que trescientos. Algunas divisiones habían quedado reducidas a tan solo 35 hombres. Teníamos algo de artillería, no artillería de división, sino un regimiento anticarro.

Aquellos cuatro días fueron una tortura, en el sentido más literal de la palabra. La 6.ª Brigada de la Guardia fue totalmente aniquilada el día 13. Tan solo quedó un carro de combate en funcionamiento, un T-34. La 113.ª Brigada se aferraba a sus veinte carros de combate, aproximadamente. Estaban en el sur, y la 6.ª Brigada de la Guardia estaba en su flanco derecho. Su comandante era el coronel Krichman.[28] Era una brigada excelente, pero estaba en aquel flanco derecho. Había algunas brigadas más, pero no tenían ni un solo carro de combate, y los alemanes iban avanzando.

Cuando llegué al cuartel general del ejército, estaba de un humor de perros. Solo vi a tres personas: al camarada Gurov,[30] al jefe de Estado Mayor Krilov,[31] y al jefe de artillería Pozharski.[32] Tres de mis subcomandantes habían huido a la orilla oriental. Pero lo principal era que no teníamos unidades de combate fiables, y necesitábamos resistir otros tres o cuatro días. Las divisiones tenían sus respectivos cuarteles generales a orillas del Volga, y nosotros seguíamos estando en una posición avanzada, en lo alto de aquella colina. Estábamos en un túnel a lo largo del río Tsaritsa, mientras que todos los demás puestos de mando estaban más atrás. Aquella resultó ser la decisión adecuada. Y también hubo otra cosa que dio resultado, si es que podemos utilizar una palabra como esa. Empezamos de inmediato a tomar las medidas más estrictas posibles contra la cobardía. El día 14 mandé fusilar al comandante y al comisario

de un regimiento, y poco después fusilé a dos comandantes de brigada y a sus comisarios.[33] Aquello pilló a todo el mundo desprevenido. Nos aseguramos de que la noticia llegara a todos los hombres, sobre todo a los oficiales. Si bajas por el Volga, decían, te encontrarás justo delante del cuartel general del ejército. De modo que volvieron a sus puestos. Si yo mismo hubiera cruzado el Volga, me habrían fusilado al desembarcar, y habrían hecho muy bien. Las necesidades del día determinan lo que hay que hacer.

Sabíamos que podíamos resistir porque conocíamos los puntos débiles del enemigo. Colocamos divisiones destacadas de 35 hombres, o un grupo de doscientos, cuando los alemanes por fin entraron en la ciudad, con sus carros de combate y otros vehículos. El día 14, cuando entraron en la ciudad, empezaron a prepararse para celebrarlo. Pero aquellas divisiones destacadas les pusieron en su sitio y les obligaron a retirarse de la orilla del río. Habían abierto brecha hasta el vado del río. ¿Qué podíamos hacer nosotros? Estábamos completamente aislados, no había ningún sitio al que huir. Reunimos a nuestros oficiales de Estado Mayor, y conseguí cuatro carros de combate, y les atacamos con todo lo que teníamos. Llegó la división de Rodímtsev.[34] Como mínimo nosotros teníamos que despejar la zona de desembarco. Les atacamos con todo. Obligamos al enemigo a retroceder hasta la estación del ferrocarril. Todos permanecieron en sus puestos, hasta el último hombre. Conseguimos que dos regimientos de Rodímtsev lograran vadear el río a salvo. Entraron en combate desde el mismo momento que desembarcaron en el vado. No sabían adónde estaban ni lo que estaba ocurriendo; no sabían si era de día o de noche. Pero nosotros teníamos la sensación de que el enemigo había sido imprudente, que nos atacaba sin tomar ningún tipo de precauciones. Nuestras divisiones eran pequeñas, pero nosotros seguíamos atacándoles, seguíamos mermando sus fuerzas. Todavía nos quedaba mucha munición. Todos los depósitos de munición estaban por allí.

Durante aquellos tres días destruimos un enorme número de carros de combate enemigos. Nosotros sufrimos grandes pérdidas. Ellos acabaron con nuestros cañones y con nuestros artilleros, pero no podíamos hacer nada. Todo el mundo sabía que no teníamos derecho a retroceder. Y el miedo a los carros de combate se desvanece cuando uno ha aprendido a enfrentarse a ellos, de manera que al cabo de poco tiempo a uno le dan igual. Por supuesto que había cobardes, soldados que salían corriendo. Pero nuestras transmisiones funcionaban, teníamos a nuestros oficiales de enlace asegurándose de que todos los comandantes de división y de regimiento supieran que había que fusilar a todo aquel que volviera a la orilla del río, a cualquiera que se acercara siquiera. Las tropas sabían que tenían que luchar hasta el final por Stalingrado, y sabían que había refuerzos de camino.

El trabajo político se realizaba sin orden ni concierto, pero era el adecuado a las circunstancias. Durante unos momentos tan peligrosos, un soldado no necesita que le den charlas ni eslóganes inteligentes. Necesita saber que el alto mando está con él, que su comandante está con él. Necesita decirse a sí mismo que tenemos que matar a los alemanes y que no vamos a cruzar el Volga. Entre nuestros comandantes y comisarios había de todo, hombres valientes y cobardes.

Llevábamos tres días combatiendo cuando llegó la división de Rodímtsev, y ellos ya llevaban batallando seis días en unas condiciones sumamente difíciles. Por supuesto, no habían conseguido avanzar nada, pero habían conseguido defender aquella línea a la orilla del río. En aquel combate el enemigo no sacaba nada en limpio, y empezó a dar un rodeo, para dirigirse a Mamáyev Kurgán. Entonces pudimos recuperar el aliento. [...] En aquel momento los soldados y los oficiales empezaron a darse cuenta de que los alemanes no lograban conquistar nada de nada, que éramos capaces de luchar contra ellos y liquidarlos. Los hombres empezaron a divulgar aquella idea. A los soldados se les ocurrían sus propios eslóganes. Volvían a sentir alegría de nuevo.

Probablemente nos lanzaron un millón de bombas, sin contar los proyectiles de artillería y de mortero. Nuestras transmisiones estaban consolidadas y funcionaban sin interrupción. El coronel Yurin era nuestro jefe de transmisiones. Incluso durante aquel brutal bombardeo, cuando todo explotaba, volaba, ardía, yo hablaba por teléfono con todos mis comandantes dos veces al día, o una docena de veces con alguno de ellos si estaban participando en un ataque importante. Nuestro puesto de mando se había trasladado a la fábrica Barricadas, al depósito de combustible. En aquel momento estábamos a dos kilómetros de las líneas del frente. Nos sentábamos a comer, y el enemigo nos bombardeaba sin cesar, intentaba echarnos de allí a bombazos. Nuestra sopa llegaba a la mesa y todavía tenía fragmentos de metralla. Lebedev, un miembro del Consejo Militar, me contó que una vez impactó un proyectil mientras él estaba en la letrina. Sí, ibas a la letrina –y te encontrabas con un montón de cadáveres.

Los suministros solo nos llegaban desde la otra orilla del Volga, y solo por la noche. Nuestros soldados se pasaban dos o tres días sin comer. No había forma de conseguirles nada de comer, ni tiempo siquiera para pensar cómo hacerlo. Así es como salían los heridos: si caes herido, te quedas donde estás hasta la noche. Estás sangrando, pero no puedes hacer nada porque si intentas salir a gatas a la trinchera no lo lograrás, de modo que te quedas allí, y esta noche alguien encontrará la forma de sacarte. No pasaban cinco minutos sin que te pasaran por encima quince o veinte aviones. Nunca dejaban de bombardear, nunca dejaban de disparar su artillería. Todo el mundo estaba cuerpo a tierra. Sus carros de combate iban avanzando lentamente, y los subfusileros iban justo detrás. Sus bombarderos bajaban en picado hasta cuarenta o cincuenta metros del suelo. El enemigo tenía un mapa de Stalingrado y buenas transmisiones aire-tierra. Sus enlaces eran excelentes. Pero nuestros soldados sabían que cuanto más cerca estuvieran del enemigo, mejor. Dejaron de tener miedo a los carros de combate. Los soldados de infantería entraban en una trinchera, en un barranco o en un edificio y empezaban a disparar contra

la infantería enemiga que avanzaba por detrás de los tanques. Los carros de combate pasaban de largo, y nosotros se los dejábamos a nuestra artillería, que estaba a unos doscientos o trescientos metros por detrás de la línea del frente y empezaba a disparar cuando se ponían a una distancia de entre veinte y cincuenta metros. Y nosotros no dejábamos pasar a su infantería. Los alemanes pensaban que aquella zona ya estaba despejada, que era terreno muerto. Pero aquel terreno muerto resucitaba. Y nosotros teníamos nuestros Katiushas y nuestra artillería.

El enemigo lanzó una división de carros de combate y tres divisiones de fusileros contra un único sector del frente, de dos kilómetros de ancho, y hubo un bombardeo previo de artillería como para poner los pelos de punta. Sus carros de combate avanzaron, y más de la mitad se quedaron en nuestro campo, inutilizados. Al día siguiente no hubo otro ataque como aquel. Estaban derrotados, y tenían entre 10.000 y 15.000 heridos. Nosotros evacuamos a 3.500 heridos, pero quién sabe cuántos más se quedaron en el sitio –no solo en el frente en su conjunto, sino simplemente en aquella picadora de carne de dos kilómetros.

El vado estaba bajo un fuego constante. La orilla del río quedó allanada, como si la hubieran planchado. La bombardeaban todo el tiempo. El camarada Stalin me envió a Yeriomenko para saber cómo estábamos resistiendo. Le llevó dos días y medio cruzar hasta nuestra orilla. Su ayudante resultó herido en un hombro, y los alemanes hundieron dos lanchas. Cruzaron por la noche, por culpa de todos aquellos aviones. Tan solo cruzaban las lanchas. Los barcos de vapor funcionaban por la noche y se ocultaban antes del amanecer, de modo que sobre las aguas del Volga no quedaba ni un bote de remos. Iban hasta Tumak[35] y Verjniaya Ajtuba,[36] pero incluso allí los atacaban. En cuanto a nuestras barcazas – ¿quién sabe cuántas hundieron?

No teníamos ninguna brigada de infantería de marina, pero teníamos marineros que habían llegado del Extremo Oriente como refuerzos.[37] Eran buenos hombres pero con una instrucción deficiente. Su moral era buena.

Le dabas a uno un subfusil y decía: «La primera vez que veo uno de estos». Al cabo de un día ya sabía cómo utilizarlo. No había escasez de cartuchos, los marineros solo tenían que aprender qué hacer con ellos.

En cuanto a las nacionalidades –había rusos, muchos de ellos de Siberia. El 70 % eran rusos, el 10 % eran ucranianos, y el resto de otras nacionalidades. Los rusos son los mejores combatientes.

El peor momento durante la defensa de Stalingrado fue después del discurso de Hitler, cuando Ribbentrop y otros anunciaron que Stalingrado iba a caer en sus manos el 14 de octubre. Estuvieron cinco días preparándose. Nosotros nos dábamos cuenta. Sabíamos que estaban trayendo divisiones de carros de combate de refresco, concentrando nuevas divisiones en aquel sector de dos kilómetros, y como anticipo de todo ello estaban bombardeándonos desde el aire y con su artillería más que nunca, casi no podíamos ni respirar. Nosotros seguíamos en nuestro barranco. Ellos no paraban de bombardearnos y provocar incendios. Sabían que el puesto de mando de nuestro ejército estaba allí. Y también ocho depósitos de combustible. Todos tenían fugas. El combustible fluyó hasta el refugio subterráneo de nuestro jefe de artillería. Todo empezó a arder, y estuvo ardiendo a lo largo de todo un kilómetro junto a la orilla del Volga. El incendio duró tres días seguidos. Teníamos miedo de asfixiarnos o de envenenarnos con los gases hasta el extremo de que el enemigo fuera capaz de capturarnos vivos. Nos trasladamos a otro puesto de mando más cerca del lugar donde se disponía a atacar el enemigo. Y permanecimos allí. Sabíamos que cada metro adicional de hilo telefónico incrementaba el riesgo de que nuestras comunicaciones quedaran cortadas. Para un comandante, lo más criminal, lo más peligroso, sobre todo si es un comandante superior, es perder el control de las transmisiones. Y sobre todo teníamos miedo de perder el control de nuestras tropas. Tal vez yo no pueda enviarle ningún tipo de refuerzos a uno de mis comandantes, pero me basta con agarrar el teléfono y decirle lo que quiere oír, y eso es lo único que necesita.

A lo largo de mi vida he soportado numerosos bombardeos y preparativos de artillería, pero siempre recordaré el día 14 de aquel mes. No se podía oír la detonación de los proyectiles uno a uno. Nadie contaba los aviones. Salías de tu búnker y no podías ver a cinco metros de distancia por culpa del humo y el polvo que había por todas partes. El día 14 nuestro cuartel general del ejército perdió a 61 hombres, pero teníamos que seguir allí pasara lo que pasara. Cuando el enemigo lanzó su ataque, a las once de la mañana del día 14, yo ya sabía que no teníamos suficientes soldados, y que nuestra única esperanza era que los hombres que nos quedaban fueran capaces de hacer su trabajo. Tan solo el día anterior yo había logrado traer una única brigada de carros de combate, camuflándolos muy bien, y colocando guardias a su alrededor. Aquella noche el enemigo no los bombardeó. No sabían que estábamos esperándoles para tenderles una emboscada. Nuestros carros de combate aniquilaron tres columnas de tanques enemigos. Después nuestros carros de combate fueron destruidos, pero el hecho es que logramos poner freno a su ataque.

Aquel día no ocurrió nada más grave, aunque sufrimos un ataque similar el 11 de noviembre.

El ataque fue el día 14, y el 15 ya estaba claro que no iban a poder hacer otro igual. Movilizamos a todo nuestro cuartel general del ejército, y nuestro último puesto avanzado estaba en la línea del frente. Resistimos tres días, hasta que llegó la 138.ª División.

La gente cree que la guerra urbana consiste en recorrer una calle y disparar. Es una tontería. Las calles están vacías, y los combates se producen en los edificios, en las estructuras y en los patios, de donde tienes que ir sacando al enemigo a base de bayoneta y de granadas. Para ese tipo de combates, a nuestros soldados les encanta la Fenia, que es como llaman a nuestra granada de mano. En los combates urbanos se utilizan las granadas de mano, los subfusiles, las bayonetas, los cuchillos y las herramientas para cavar trincheras. Te encuentras cara a cara con el enemigo y lo rajas. Los alemanes no podían defenderse. Estaban en una

planta, los nuestros en otra. Y después estaban sus carros de combate. Traían todo lo que podían, pero nosotros teníamos el Volga. (Ahora por fin podemos pasear por la orilla del Volga, y es un gran placer.)

No hubo pausas en las operaciones de combate, ninguna en absoluto. Entre el 13 y el 14 de septiembre nuestros ejércitos se juntaron y combatieron. Nos machacamos mutuamente. Sabíamos perfectamente que Hitler no se iba a dar por vencido, y que iba a seguir lanzando más y más tropas contra nosotros. Pero debía sentir que era una lucha a vida o muerte, y que Stalingrado iba a seguir luchando hasta el final. Stalingrado estuvo bajo un ataque permanente, y eso duró hasta el 20 de noviembre. Cuando empezamos a darnos cuenta de que aflojaban la presión, juntábamos nuestras fuerzas y lanzábamos contraataques. No les dejamos en paz en lo alto de Mamáyev Kurgán. Les atacamos docenas de veces. La 37.ª División pasó al ataque en las inmediaciones de la fábrica de tractores. Durante todo el tiempo hubo escaramuzas mortales. Hasta entonces habíamos estado activamente a la defensiva. Atacar no formaba parte de nuestra misión. Pero nuestra defensa era una defensa activa. No estábamos allí simplemente para soportar los ataques, sino para aprovechar cada minuto y poder atacar después. Algunos días los combates eran más encarnizados, otros días eran más débiles, pero nunca cesaban. Siempre había un ataque en curso. Lo que ocurría algunos días es algo imposible de imaginar.

Nosotros esperábamos que el ataque enemigo fuera antes de las festividades de noviembre. Nuestros servicios de inteligencia decían que Hitler iba a lanzar un nuevo ataque contra Stalingrado el 3 de noviembre. Preparamos nuestra munición y a nuestras tropas. No había tregua en los combates, pero a pesar de todo esperábamos que la situación se recrudeciera. La inteligencia estaba en lo cierto. El ataque se produjo en la fábrica Barricadas. El enemigo quería conquistar el vado del norte, con la esperanza de partir en dos nuestro ejército. Pero después nos sorprendió ver que no hubiera un ataque mayor los días, 3, 4, 7 y 10. Los combates

proseguían, pero no sentíamos demasiada presión. En el cuartel general del frente estaban preocupados. Los alemanes tenían una gran concentración de equipo, de armamento de todo tipo. Tenían dos divisiones en reserva. Todo eso lo sabíamos. ¿Habían averiguado que estábamos trasladando tropas al flanco derecho? Todos los días Yeriomenko me preguntaba: «¿Qué está pasando por ahí? ¿Ha huido usted de su sector?». El día 11 el enemigo atacó con las dos últimas divisiones que tenía en reserva. Básicamente les habíamos obligado a salir con toda nuestra actividad. No contra el sector del 64.º Ejército, ni contra el Frente del Don, sino contra nosotros en particular. Carecíamos de reconocimiento aéreo, pero disponíamos de información de nuestros agentes. [...] Sacábamos información de los prisioneros, de los muertos, de los documentos –de cosas indiscutibles.

Y entonces, a partir del día 20, toda aquella actividad aérea del enemigo se interrumpió de repente, como si les hubieran cortado el suministro, y también suspendieron los ataques de todo tipo. No era el momento de pararse a descansar. En algún lugar seguía habiendo combates, y eso nos preocupaba: «¿Qué vamos a hacer, quedarnos aquí sentados?». No nos habían dado refuerzos, todos habían ido a otro sector del frente.

Aquella defensa activa –hubo dos fases– comenzó entre el 12 y el 13 de septiembre y concluyó el 20 de noviembre de 1942. Entonces tuvimos la sensación de que debíamos atacar. Poco a poco empezamos a reconquistar el terreno que habíamos perdido. Ellos lanzaron ataques masivos. Tenían una increíble capacidad de fuego. Ninguna de nuestras baterías estaba en una posición adecuada para eliminarla. Con este fuego automático moderno, es posible aplastar a la infantería con muy poco personal. Los carros de combate no podían moverse por la ciudad debido a todas las minas y las barricadas metálicas que había por doquier. A partir del 14 de octubre, los carros de combate enemigos no habían podido operar porque el terreno estaba demasiado cuarteado. Yo quería llevar

siete carros de combate a la fábrica Octubre Rojo. Los hombres hicieron todos los esfuerzos posibles pero no conseguimos que pasaran. Cráteres por todas partes. Los carros de combate caían dentro y ya no podían salir. Toda la zona estaba bajo el fuego. Algunos edificios habían ardido hasta los cimientos, pero a pesar de todo los carros de combate no podían pasar a través de ellos.

Formamos pequeños grupos de asalto que empezaron a operar el 23 de noviembre. Su objetivo eran los edificios, los sótanos, los talleres de las fábricas. Se trataba de grupos pequeños pero bien planificados y organizados, con granadas de mano. Utilizaban todo tipo de armas, pero ahora no voy a entrar en eso. En particular los lanzallamas –como arma defensiva– y los proyectiles de alta potencia. Los sacábamos a rastras por las calles, los activábamos y los detonábamos. Se producía una onda expansiva de cien metros de radio, y después entraba en acción nuestra infantería. Los alemanes no podían hacer nada contra eso. Bolas de termita. La artillería de largo alcance disparaba sobre todo contra los puntos de fuego enemigos, y aquí teníamos morteros, cañones anticarro y nuestras granadas de mano. Era lo que más usábamos, y era lo que daba mejores resultados.

El objetivo de la tercera fase era asegurarnos de que las fuerzas enemigas ubicadas aquí se quedaran aquí y no se trasladaran a otros sectores del frente. Las obligábamos a combatir. Fue idea del alto mando que impidiéramos que se marcharan. Y lo logramos. Algunos de sus carros de combate se marcharon, pero las divisiones contra las que habíamos estado combatiendo siguen en su lugar, aunque las hemos destrozado a cañonazos. [...] Las estamos pulverizando. Deben de tener la moral bastante baja. Nos hemos enfrentado sobre todo a divisiones alemanas. El comandante de esos dos ejércitos es Paulus, un coronel general.

Así pues: la primera fase de esta batalla tuvo lugar al otro lado del Don. En su mayor parte hubo dos ejércitos, el 62.º y el 64.º, combatiendo

contra el grueso de las fuerzas enemigas atacantes. Durante aquel ataque las desgastamos mucho. Ya estaban gravemente debilitadas cuando llegaron a Stalingrado. Pero allí lanzaron a su aviación desde Crimea y enviaron nuevas fuerzas. Las dos fuerzas de ataque principales convergieron cerca de Stalingrado y se dirigieron contra el 62.º Ejército. El 64.º Ejército estaba descansando, sin hacer nada.

En la segunda fase, lo que estaba en juego era la aniquilación total: o nos destruían ellos a nosotros, o nosotros les destruíamos a ellos. No había otro camino. Cada soldado era consciente de que no iba a haber piedad, de que Hitler no iba a parar. Yo creo que las bajas del enemigo fueron entre tres y cuatro veces mayores que las nuestras, tanto en carros de combate como en infantería, sin incluir los aviones. Ahí la cosa no pintaba bien. Nuestros Halcones de Stalin[38] solamente llegaban hasta el Volga, y ahí soltaban su munición. Llegaban y soltaban sus bombas. A veces nos bombardeaban a nosotros, y a veces a los alemanes. Y después volvían. Pero a veces veíamos varios aviones alemanes atacando a uno de los nuestros –y eso era algo espantoso, sabíamos que eso era el fin de nuestros muchachos. Nuestras fuerzas aéreas hacían un buen trabajo por las noches. No sé a quién se le ocurrió el U-2[39] pero fue una invención valiosa. A aquel avión lo llamábamos el RA: rey del aire. No tenía miedo de nada. Y los alemanes le tenían un gran respeto. Lo llamaban la muerte desde arriba. Es posible abatirlos con balas perforantes, pero no es nada fácil acertarles.

La tercera etapa, que es donde estamos ahora, consiste en impedir que el enemigo se marche, inmovilizarlo con nuestra artillería. El 22 de noviembre supimos que el enemigo había caído en el cerco. No podían sacar todo el equipo que todavía les quedaba. Mientras seguían preguntándose qué hacer, nuestra tenaza iba estrechándose cada vez más. Teníamos la sensación de que nuestro alto mando estaba preparando un ataque importante, pero no sabíamos dónde exactamente. Lo habíamos advertido ya a principios de noviembre. Cada vez nos ofrecían menos

ayuda. Nos habíamos acostumbrado a hablar todos los días con alguien del cuartel general, pero ahora habían desaparecido todos. Jruschov no estaba, y Yeriomenko solo vino una vez. [...]

Para ser sincero, la mayoría de los comandantes de división no tenía ningunas ganas de morir en Stalingrado. En cuanto algo salía mal, empezaban a decir: «Autorícenme a cruzar el Volga». Yo les gritaba «¡Yo sigo aquí!», enviaba un telegrama: «¡Como dé usted un paso atrás le fusilo!». El comandante de la 112.ª División recibió un telegrama en esos términos, igual que Gorojov, Andrusenko,[40] Guriev.[41] Pero Rodímtsev, aunque casi nunca lograba llegar a mi puesto de mando, se limitaba a decir: «Caeremos combatiendo». Todos los comandantes de división se mantuvieron en sus puestos, salvo Yermolkin, de la 112.,ª[42] Andrusenko y Tarasov.[43] A ese respecto, Rodímtsev se comportó de una forma excelente, igual que Gorishni[44] y Guriev. Liudnikov[45] fue el que mejor combatió. Enfermó antes de uno de los ataques, pero en el momento culminante del peor ataque, el día 11, volvió a la refriega a pesar de que estaba enfermo. No retrocedió ni un solo paso. Batiuk y Sokolov[46] se portaron maravillosamente, y Zholudev[47] actuó bien. Yo agarraba el teléfono, le daba un par de gritos y le decía: «¿Qué está pasando?». Entonces él llamaba al comisario de la división y le echaba un rapapolvo. Pero casi nunca tuve que hablarle así a Rodímtsev, ni a Batiuk ni a Guriev.

No podía permitirme el lujo de no ser estricto con todos y cada uno de mis comandantes de división, tenía que ser metódico, estaba constantemente pendiente de lo que hacían. Sin duda lo peor de todo lo que teníamos que aguantar es cuando el personal de Estado Mayor empezaba a contar mentiras, y el comandante de la división no verificaba lo que decían, y me daban informes falsos. Entre los comandantes de división había bastante obstinación, salvo por los que he mencionado. A veces tuve que tomar medidas para solucionar ese problema.

Durante el periodo más peligroso le dije a Yeriomenko que me daba la sensación de que todo lo que tenía se estaba desmoronando, y de que

estaba perdiendo el control. Que el Consejo Militar se quedara aquí, en la orilla occidental, pero que me dejaran trasladar mi base de control al otro lado del río. Las transmisiones a lo largo de la orilla se cortaban, nuestra radio no funcionaba, y a mí me correspondía restablecer la comunicación entre la orilla oriental y la occidental, donde tenía que enlazar con las líneas del frente. Yo consideraba necesario trasladar allí nuestro cuartel general del ejército, para poder dirigir mejor las operaciones, y dejar aquí el Consejo Militar. Entonces hablé con Krilov y Pozharski: «Ustedes se van allá, y nosotros nos quedamos aquí». Hablé con ellos por separado. Ambos me contestaron: «Yo no me separo ni un solo paso de usted». Es posible que Rodímtsev hubiera dicho lo mismo, y también Liudnikov, y tal vez Guriev o Batiuk. No pondría la mano en el fuego por algunos de los demás. Si les hubiera dicho: «De acuerdo, crucen el río hasta la isla», ellos me habrían contestado: «Gracias a Dios nos deja que nos vayamos». Algunos son más jóvenes que yo, otros son de mi edad, y otros son mayores que yo. No los conocía antes de que me los enviaran aquí. Pero aquí no hace falta un largo historial –las relaciones y los lazos se forjan en un instante. Todo soldado que viene aquí comprende rápidamente cuál es su tarea, domina de inmediato el trabajo que debe desempeñar. El problema es que muchos de ellos no duran mucho. [...]

No conozco en absoluto la 35.ª División[48] [de la Guardia]. No estaban defendiendo Stalingrado directamente. Las divisiones de la Guardia no son realmente muy distintas. No pretendo decir que combatan mejor que otras unidades que no son de la Guardia. Ellas y las demás tienen sus puntos fuertes en lo que respecta a la persistencia, a la responsabilidad, a su disposición a morir y a defender hasta la última gota de su sangre. También tienen sus defectos. Incluso en la 13.ª de Guardia hubo desertores, y Rodímtsev tuvo el mayor número de soldados que «votaron con los pies». Pero al mismo tiempo, fijémonos en las divisiones 84.ª, 138.ª y 95.ª –ninguna de ella era de la Guardia. ¿Acaso la Guardia lo habría hecho mejor? Es difícil decirlo. Puede que mejor, o puede que peor.

Tenemos muchos defectos. En primer lugar está la costumbre de mentir, que es lo más perjudicial para nosotros. Mentir, y el deficiente liderazgo que surge de que nuestros comandantes no se enteren de nada. No se han enterado de algo, pero fingen que lo saben. Eso no sirve absolutamente de nada. Lo mejor es no decir nada de nada. No tienen suficiente valor para decir que no lo saben. En una ocasión estaba hablando con Guriev. Le respeto como líder, pero a veces no piensa antes de abrir la boca. Estábamos a punto de lanzar un ataque. Yo ya había comprobado todo lo relacionado con la artillería, quién estaba al mando, cómo se había organizado el trabajo de observación y de enlace. Le llamé: «Camarada Guriev, ¿cómo están las cosas por ahí?». Él me contestó: «Todo estupendamente, todo va bien», etcétera.[49] Yo le dije: «Está usted mintiendo, eso no está bien». Y empecé a explicárselo.

«Eso no es posible».



El comandante de división Nikolái Batiuk *(centro)* y el general Chuikov *(izquierda)* en Stalingrado, 1 de enero de 1943. *Fotografía de Georgi Zelma*.

«¿Cómo que "no es posible"? Coja el teléfono ahora mismo, compruébelo, e infórmeme dentro de media hora.»

Media hora después volvió a llamarme: «Tenía usted razón».

Pero es difícil hablar así con alguien sin tener los datos en la mano. Lo normal es que la gente se limite a decirte que han cumplido esta tarea o la otra. ¿Significa que tengo que redactar mi informe ahora mismo? Espere un momento. Voy a enviar a mis propios oficiales de enlace. Van a ir a comprobar las cosas por sí mismos. Iré yo personalmente al cuartel general de la división, hablaré con ellos, comprobaré lo que están haciendo los oficiales de enlace, y si no están a la altura de las circunstancias prescindo de ellos.

¿Mis errores? Tendría que haber retirado determinadas unidades, tendría que haber optado por una línea más defendible. Pero no podía hacerlo porque no estaba seguro de si el enemigo iba a detenerse ante aquella línea. Eso lo primero. Lo segundo tiene que ver con la forma de utilizar los carros de combate. Entonces no estaba claro, y tampoco lo está ahora. No tiene sentido atrincherar los carros de combate y mantenerlos simplemente como cañones. Se puede llevar a cabo una emboscada mejor con artillería ligera. Los cañones de campo son más pequeños, más fáciles de trasladar, y más fáciles de abastecer. Los carros de combate habría que utilizarlos como grupos móviles. Los tanques ligeros no han demostrado su valía. Los KV[50] y los T-34 tienen que seguir ahí. Sus cañones y su blindaje hacen más fuertes a los KV, igual que su potencia y sus capacidades campo a través. Con una aviación como la que hay hoy en día, resulta imposible camuflar los tanques destinados a una ofensiva importante de forma que el enemigo no sea capaz de encontrarlos. Pero no puedo estar de acuerdo con la idea de convertir los carros de combate en un medio pasivo de defensa. Un carro de combate siempre será un carro de combate, un arma ofensiva. Para tareas defensivas, es mejor sustituirlo por nuestro cañón de 45 mm. Se puede cargar con uno de ellos hasta un

edificio o una azotea, pero no se puede desmontar un carro de combate, es imposible arrastrarlo y colocarlo en cualquier sitio. Decidimos atrincherar nuestros carros de combate, pero tendríamos que haberlos sacado para formar con ellos algún tipo de fuerza de ataque. Después de que lo recordáramos, creamos unas cuantas reservas móviles, y han desempeñado su papel. [...]

Disponemos de suficiente artillería. El soldado que está dentro de un carro de combate, está protegido por el blindaje, pero cuando le caen las bombas lo siente con mucha más intensidad, y para colmo no puede ver nada. ¿Qué clase de ventanillas de visión son esas? Ni siquiera somos capaces de ponerle una ventanilla en condiciones. Los carros de combate alemanes son mejores en términos de visibilidad. Nuestros tanques superan a los alemanes en velocidad y maniobrabilidad, pero están ciegos.

Simplemente hay que entender una cosa: todo lo anterior ha causado una impresión en nuestras mentes, pero no se pueden hacer generalizaciones basadas en nuestros actos. Al mismo tiempo nos preguntamos: ¿Habríamos podido hacer mejor alguna cosa? Honestamente, yo creo que no. ¿Qué hemos pasado por alto? Ahí tengo que reconocer que fueron las fábricas. Y eso a pesar de que teníamos una orden y de que las fuerzas –posicionamos algunas unidades especiales de zapadores para fortificarlas, aunque esa tarea no estuvo bien coordinada– y además no nos encontramos con la misma capacidad de resistencia y la misma persistencia que están mostrándonos los alemanes en estos momentos. Se nos escapó, aunque habríamos podido convertir las fábricas en fuertes centros de resistencia dentro de la ciudad. ¿Qué impidió que las unidades de dentro de las fábricas lo llevaran a cabo? Sin duda fue la aviación enemiga. Consiguieron construir bastante bien cuando el enemigo no bombardeaba las fábricas. Pero cuando empezaron a bombardear, las máquinas y los tejados saltaron por los aires. El hormigón armado no aguanta. Abandonaron las fábricas. Eran tumbas prefabricadas. Ya habría sido malo que utilizaran bombas pequeñas –pero lo cierto es

que nos caían bombas de una tonelada y de cinco toneladas, y volaban por los aires trozos de chapa de los blindajes y los carriles de acero– nadie puede aguantar eso. Eran sobre todo los cazas Messerschmitt[51] los que soltaban aquellas bombas.

¿En qué medida eso era típico de los combates en Stalingrado? Cuando un oficial o un soldado viene a Stalingrado y cruza a este lado del río, ya está curtido, sabe cuál es su misión, por qué lucha, por qué ha venido aquí, y lo que tiene que hacer. Durante todo el tiempo que llevamos combatiendo para defender Stalingrado no creo que haya habido un solo caso en que nuestras unidades se hayan retirado o hayan salido huyendo cuando han tenido que combatir en algún sitio. No encontraría usted ni una sola compañía así. Te quedas donde te sorprende el amanecer, porque durante el día es imposible moverse. Si te movieras te harían pedazos, de modo que te quedas quieto hasta el anochecer. Luchábamos hasta el final. No conocíamos la retirada. Hitler no había tenido eso en cuenta, y ese fue su error.

Había gente de todas las edades, pero el grueso tenía entre treinta y treinta y cinco años. Había gente joven, sobre todo los marineros que habían venido del Extremo Oriente, pero también había muchos marineros veteranos. Les investigábamos, pero no se puede hacer gran cosa sobre la marcha. Por alguna razón cada soldado era consciente de que no podía abandonar Stalingrado. Sabían que todo el país estaba hablando de ello, que Stalingrado no podía rendirse, que Stalingrado estaba defendiendo el honor de la Unión Soviética.

Había muchas chicas: trabajadoras de transmisiones, enfermeras, ayudantes, médicos. Hacían un trabajo excepcional, incluso si se compara a una mujer con nuestros soldados. Físicamente no pueden hacer lo mismo que un hombre, pero superan a los hombres en términos de valentía. Y por su fortaleza, su heroísmo, su honestidad y lealtad, no solo no van a la zaga, sino que en muchos casos superan a los hombres. Es cierto que durante las situaciones de combate encarnizado y difícil yo enviaba a todas las

trabajadoras de mi Estado Mayor a la orilla oriental y pedía que fueran relevadas por hombres, pero solo era por su menor fuerza física, no tenía nada que ver con sus cualidades morales. Al recorrer la orilla del río se veía el trabajo de nuestras unidades médicas. Todos nuestros traslados a través del río estaban centralizados. Las divisiones en sí no transportaban nada. Había una unidad móvil, un hospital de campaña con instalaciones quirúrgicas. Durante los combates manteníamos un laboratorio quirúrgico en funcionamiento. Uno de nuestros médicos ha realizado doscientas operaciones complejas. Y fíjese en las así llamadas enfermeras. ¡Increíble! Están cubiertas de polvo, pero siguen y siguen dándole duro. Le podría citar muchos ejemplos de lo bien que han trabajado esas mujeres. Si uno mira los porcentajes, las mujeres reciben más condecoraciones y medallas en comparación con los hombres, sobre todo las trabajadoras sanitarias. No me viene a la cabeza ninguna mujer que haya estado en Stalingrado y que no haya sido condecorada, y si queda alguna, no será por mucho tiempo.

Las peculiaridades del combate en Stalingrado, en términos de la defensa de la ciudad, y por el hecho de que se atacan ciudades enteras, pueden aplicarse a todas las situaciones de combate. Cualquier zona habitada puede convertirse en una fortaleza y puede desgastar al enemigo diez veces mejor que una guarnición.

La ambición sigue ahí, pero no se habla mucho de ello.

No tenemos héroes que no le tengan miedo a nada. Nadie ve ni sabe lo que hace Chuikov cuando se queda solo, cuando no hay testigos, cuando nadie le ve, ni ve lo que se le pasa por la cabeza. La idea de que un comandante acuda a sus subordinados a desnudar su pobre alma atormentada –bueno, también los hay, pero son los inútiles y los fracasados. Estamos en un búnker, y a nuestro alrededor vuela la metralla. Pero qué pasa, ¿estás ahí sentado sin que te afecte? No me lo creo. El instinto de supervivencia sigue ahí, pero el orgullo de un hombre –sobre

todo el de un oficial– es de vital importancia en el combate. Lev Tolstói tenía razón en eso.

Un ejemplo. Llueven las bombas, silbando y zumbando a tu alrededor –y entonces llega un impacto. No todo el mundo tiene el valor de no agacharse cuando cae un proyectil de artillería. Pero aunque me agache no voy a lograr proteger ni la cabeza ni el pecho, de modo que agachándome no arreglo nada. A pesar de todo, la gente lo hace. Pero mi orgullo no me lo permite. Nunca lo hago. Me comportaría de una forma totalmente distinta si estuviera solo, pero nunca estoy solo. Nunca me agacho durante los bombardeos de artillería, y con ello me juego la vida.

Consideremos, por ejemplo el título de las unidades de la Guardia, o los títulos honoríficos que se conceden a nuestros héroes, las insignias: «¿No cree usted que Stalin lo tiene en cuenta? Grossman lo cuenta así. Hay gente dura de corazón: el comandante de un batallón que ha estado todo el tiempo luchando. Le llaman para hacer un curso, y alguien va a despedirse de él: "Camarada comandante, permítame decirle adiós. Lo he dado todo". "Pues si así ha sido, enhorabuena"». Yo le decía a Grossman: ese es un comandante valioso. En otras circunstancias todo serían lágrimas y besos, pero aquí no se muestra la mínima debilidad. Un comandante ve morir a miles de hombres, pero eso no debe afectarle. Puede llorar por ello cuando está a solas. Aquí puedes ver morir a tu mejor amigo, pero tienes que permanecer en pie como una roca.[52]

Otro ejemplo. El día 14 [de octubre] el búnker de la sección de artillería fue destruido. Quedaron sepultados nueve hombres, uno logró saltar fuera, pero tenía las piernas atrapadas. Tardaron dos días en sacarle. Estaba vivo. Los hombres cavaban, pero la tierra volvía a caérsele encima. Una cosa así te parte el corazón. Pero no puedes dejar que nadie se entere.

O esto otro. Hay cuatro hombres en un conducto. Están rodeados por ocho alemanes. Uno de ellos, herido, se arrastra por el conducto con un mensaje: abrid fuego contra nosotros. Abrimos fuego, y los soldados mueren junto con los alemanes. ¿Cree usted que es fácil?

Si los alemanes hubieran tenido en cuenta el elemento psicológico, el factor político, la importancia que tiene Stalingrado para todo soldado y oficial que viene aquí, que está más allá del punto de no retorno, si hubieran tenido en cuenta que todo esto no ha sido casual ni improvisado, no se habrían metido en semejante lío.

Resultaba imposible, en Stalingrado, llevar cualquier tipo de maniobra estratégica o táctica. Lo único que podíamos hacer era quedarnos ahí sentados. No había oportunidad de ningún tipo de brillantez napoleónica.

[Segunda entrevista]

[...] En un momento determinado me puse furioso con nuestros periodistas y escritores, porque parecía que estaban provocando a Hitler a propósito: no lograrán conquistar Stalingrado, no lo lograrán. Pero el enemigo nos atacaba cada vez con más fuerza, y estábamos hartos. Es terrible tener que soportar todo eso. Y también la prensa extranjera: no lograrán conquistar Stalingrado. ¡Un premio mejor para Hitler! Incluso sin eso Hitler estaba intentando entrar a sangre y fuego, y ahora le estaban animando, no paraba de atacarnos, enviaba tropas de refresco, y yo no podía conseguir refuerzos [...].

Para nosotros octubre fue el peor momento en lo que respecta a las operaciones ofensivas del enemigo. Fue entonces cuando Hitler le prometió a todo el mundo que iban a conquistar Stalingrado. Y efectivamente lanzó contra nosotros todo lo que tenía en el frente. Dos mil, 2.500 aviones daban vueltas no solo por encima de Stalingrado, sino de todo el ejército. Nos bombardeaban un día tras otro. El fuego de mortero y artillería nunca cesaba.

¿Qué significan mil aviones? Nunca pasaban cinco minutos sin que tuviéramos doce, dieciocho, treinta aviones sobre nuestras cabezas. Y no paraban de lanzar más y más bombas. Ocurría tan a menudo que cuando te traían la sopa tenías que sacar con la cuchara los trozos de metralla. Se veían trocitos de bomba o de piedra, habían aterrizado en tu plato durante el trayecto desde la cocina.

A principios de noviembre lo peor de todo fue el Volga. Empezaba a helarse, pero el río seguía corriendo. No había un transporte regular por el río. Las lanchas blindadas no lograban pasar. En otras palabras, no nos llegaban los suministros. Los aviones solo podían lanzar suministros por la noche, porque no podían despegar durante el día. Estuvieron tres días lanzando suministros. A los pilotos les resultaba muy difícil porque nuestra franja de terreno era muy estrecha. A veces lo que soltaban caía en la orilla, a veces iba a parar al enemigo, a veces a nosotros. Volaban hasta donde estábamos y nos gritaban: «Eh, ¿dónde lo queréis?». Los U-2 eran simplemente excelentes. Estábamos muy mal de existencias, casi no nos quedaba munición. Teníamos unos suministros limitados, una cantidad de víveres limitada. Llegábamos a usar nuestro último cartucho, desesperados, pero seguíamos luchando. En aquella época tuvimos algunos encarnizados combates cuerpo a cuerpo. Creo que los fotógrafos captaron algunas imágenes. Yo diría que algunos fotógrafos (y había uno en particular) no vacilaban en acompañarme hasta las líneas del frente para hacer fotos de los combates a veinticinco metros de distancia. Tenemos una imagen de nuestros soldados clavándoles sus bayonetas a los alemanes –no puede haber nada más real. Ahí no había retoques. La batalla está en su peor momento, y ellos lo están captando. Está ocurriendo delante de ellos, y ellos lo están plasmando con sus cámaras.

Esos fueron los días más difíciles de todos. Teníamos almacenadas unas cuantas toneladas de chocolate, y yo pensé: si le damos una tableta de chocolate y algo de agua a cada soldado, sobreviviremos a esto. Nos preocupaba mucho más la munición. Empezaron a enviarnos cosas desde Moscú, uniformes y víveres. Al diablo con eso. Les dije: «¡Tráiganme munición, no pienso empezar a luchar con calcetines!». Pero al final superamos todas las dificultades. En el ejército no ha habido muchos casos de congelación. No hemos pasado hambre. Y tampoco hemos tenido demasiados problemas con los piojos. En este momento el 64.º tiene algunos casos de tifus, pero en el 62.º solo hemos tenido algunos casos no

confirmados. Mis hombres han estado yendo tres veces al mes a las casas de baños, a los baños de vapor. Van, se azotan unos a otros con unas ramitas y se sienten más sanos. Todo eso es a la orilla del río. Están cayendo las bombas, pero estás allí, limpiándote, sintiéndote sano. Es cierto que los hombres se pasaron más de un mes sin los baños, pero después montamos varias docenas, puede que hasta cien casas de baños. Los hombres están yendo diez veces al mes.

No hemos perdido el control en ningún momento. Siempre hemos sabido bastante bien lo que planea hacer el enemigo. Y como conocemos sus planes, podemos adoptar contramedidas a tiempo. ¿Qué tipo de contramedidas?

Hacemos observaciones, o bien averiguamos a través de los prisioneros que el enemigo va a lanzar un fuerte ataque en un punto determinado. Están aproximando sus fuerzas, sacando su artillería, su infantería, sus carros de combate y su munición. Tuvimos un grupo de fuerzas alemanas en una zona de entre tres y cuatro kilómetros cuadrados, aproximadamente. Con una concentración de fuerzas tan densa, no tienes más remedio que atacar. Esperas a que el enemigo esté casi listo, y entonces, unas horas antes de su ataque, abres fuego con tu artillería, tus Katiushas y tus morteros. Durante una hora, o dos, o tres, les montamos un auténtico infierno. Y les observamos, como si fuera una película, vemos explotar su munición, sus vehículos, cómo saltan por los aires brazos y piernas. No queda nada de ese elegante orden que querían crear. Lo hemos hecho añicos. Entonces intentan volver a poner las cosas en orden. Casi ni nos molestábamos en contabilizar sus pérdidas. Nos limitábamos a informar de que el enemigo había sufrido daños justo delante de nuestra línea del frente. Con aquella contramedida realmente les ganamos la partida. En el plazo de entre diez y quince minutos disparamos miles de proyectiles contra aquella concentración de fuerzas. Nos enteramos de los resultados gracias a los prisioneros que capturamos. Cuando empiezan a describir nuestro ataque de artillería, nuestras

operaciones, sientes que te invade el orgullo. Los prisioneros dicen que se les ponían los pelos de punta, que tenían la sensación de que no iban a poder conquistar Stalingrado. Estaban destrozados, y sufrieron muchas bajas. No había nada que pudieran hacer en Stalingrado, porque la gente que la defendía no eran personas, sino algún tipo de animal salvaje. «Bueno», pensé, «¡buena suerte a todos!»

Hitler no contaba con que pudiéramos resistir. Cuando nuestros soldados entraron en la ciudad, cuando docenas y cientos de alemanes empezaron a rendirse, nos subió muchísimo la moral. Nuestros hombres veían que podíamos hacerles daño a los alemanes, y hacerles mucho daño. Ese es el primer factor.

El segundo factor fueron las órdenes, y además nuestra propaganda: está permitido morir, pero no está permitido retirarse. No hay ningún lugar al que replegarse: Stalingrado decidirá el destino de nuestra patria. Los soldados lo comprendían. Los hombres estaban en un estado de ánimo en el que si resultaban heridos, incluso con el espinazo partido, se les saltaban las lágrimas cuando se los llevaban a la orilla oriental. Le decían a los camaradas que los habían sacado de allí: «No quiero ir. Prefiero que me entierren aquí». Les parecía vergonzoso ir heridos a la otra orilla. Era un reflejo de la orden del camarada Stalin.

El tercer factor fue el tratamiento inmisericorde de los cobardes y los que se dejaban llevar por el pánico. El 14 de septiembre el comisario y el comandante del 40.º Regimiento abandonaron su unidad y salieron corriendo. Fueron fusilados en aquel punto y hora delante de todo el ejército. Dos brigadas huyeron a la orilla oriental y estuvieron escondiéndose de mí durante varios días. Les encontré y ordené que fusilaran a sus oficiales y a sus comisarios. Esa orden se transmitió a todas las unidades: no íbamos a tener absolutamente ninguna piedad con los cobardes y los traidores.

El cuarto factor era que al echarle un vistazo al Volga se veía que resultaba endiabladamente difícil volver a cruzarlo. Ese fue un factor puramente geográfico.

Había corresponsales extranjeros que siempre andaban recabando información: ¿Qué unidades están aquí? ¿De dónde proceden? Preguntaban: ¿Son unidades siberianas? Yo les decía que nada de eso: son rusas, ucranianas, uzbecas, tártaras, kazajas, etcétera. Esa era la verdad. Había gente en representación de todas las nacionalidades. No había unidades especiales ni de élite que se hubieran creado expresamente para Stalingrado. Obviamente los rusos eran mayoría, porque la población de Rusia es mayor. Los mejores combatientes que tenemos son los rusos, después los ucranianos, e incluso los uzbecos, que hasta ahora no habían combatido nunca.

Es cierto que se quejaron un poco el primer y el segundo día, pero la situación les obligó a seguir el ejemplo de los rusos y los ucranianos, y a combatir y morir con ellos. Los soldados tenían un altísimo nivel de conciencia política.

Estábamos dispuestos a caer muertos allí, pero no a retroceder. Llegado el caso, siempre podíamos pegarnos un tiro en la cabeza. Decidimos que, a menos que llegara una orden desde arriba, no nos marcharíamos por ningún motivo. A ese respecto, puedo atestiguar que el Consejo Militar no se marchó, y en caso de que lo hubiera hecho, nadie más les habría seguido.

¿Sentíamos que contábamos con la ayuda y el apoyo de Moscú?

¿Qué se siente cuando N. S. Jruschov llama por teléfono? Y llamaba muy a menudo. Sabemos quién es N. S. Jruschov. Un miembro del Politburó y del Comité Central, alguien que está al habla directamente con el camarada Stalin. Él no pronunciaba el nombre de Stalin, pero el hecho de que llamara a menudo para preguntar cómo van las cosas, cómo nos sentimos –ha significado mucho para nosotros.

«Estamos muy bien, no estamos mal del todo.»

«Bueno, hay muchísimas cosas en juego que dependen de ustedes.»

Yeriomenko se acercó hasta aquí. Tardó más de dos días tan solo en cruzar el Volga para hablar conmigo. El Volga hervía y ardía, pero a pesar de todo él se acercó a bordo de una lancha de algún tipo. Somos viejos amigos.

«El camarada Stalin me ha pedido que venga a verte, para ver cómo te va, para ver lo que necesitas.»[53]

Teníamos problemas con la munición y otros suministros. El abastecimiento no funcionaba, y nos quedaban pocos proyectiles de artillería. Yeriomenko envió un telegrama a Moscú, y la respuesta llegó enseguida, y en ese momento pudimos sentir el apoyo material. El suministro de munición y de proyectiles lo era todo para nosotros. Hubo ayuda no solo a nivel material. Si necesitábamos a alguien o algo, siempre podías acudir a Moscú. Yo solo recurrí a eso en contadas ocasiones, pero recurrí.

Evacuábamos a los heridos a la otra orilla. «Nos estamos desangrando», escribí a Moscú. «No nos importa morir, y estamos combatiendo valientemente. ¡Stalingrado está resistiendo, envíennos más hombres!»

Y nos los enviaron. Me escribieron directamente a mi puesto de mando. «¿Por qué no se le ha dado esto o aquello a Chuikov?, envíenle esto y aquello.»

Recibíamos los periódicos con regularidad. Naturalmente, un soldado se siente halagado cuando lee las páginas de los principales periódicos, como el *Pravda* y el *Izvestia*, donde desde el artículo de fondo hasta la última página no hablan más que de «Stalingrado, Stalingrado».

Mi subcomandante de la administración médica me dijo una vez que había visto a un soldado gravemente herido. Le preguntó de dónde era y adónde iba. El herido se dio una palmada en el pecho y dijo:

«62.º Ejército. Me han herido tres veces, pero me pondré bien y volveré, de eso no cabe duda.»

Recibíamos infinidad de paquetes desde todos los rincones de la Unión Soviética. De alguna manera conseguíamos hacer llegar todos aquellos regalos a los soldados: unas manzanas, una ristra de salchichas. Pero los mejores soldados, los que realmente se distinguían, esos siempre estaban recibiendo cosas. [...]

Esto me lo escribió mi esposa: «Sé que estás en Stalingrado. Es peligroso, pero estoy orgullosa de esa lucha por Stalingrado. Parece un duelo con el Führer. Dadle fuerte para que se le salga la lengua de la boca, como en la imagen». ¿Y qué cree usted que le decía la gente en sus cartas a los soldados? ¿Qué le escribían a los oficiales?

Con respecto al país en su conjunto, a Moscú, al alto mando, o al propio camarada Stalin, no tengo ni un solo reproche que hacer. Sentíamos que estábamos condenados, porque físicamente estábamos aislados de todo. Sentíamos todo el peso de la situación. Sentíamos que estábamos dispuestos a morir, llegado el momento. Pero nunca nos sentimos olvidados ni infravalorados. Por supuesto, sabíamos que nadie podía escribir abiertamente sobre los defensores de Stalingrado, que nadie podía citar nombres. Eso era un secreto militar. Pero cuando el Comisariado del Pueblo de Defensa emitió una resolución donde se destacaba al 62.º Ejército, hasta el último de nuestros hombres iba con la cabeza bien alta y caminaba como movido por un resorte.


НАПОЛЕОН
ТАК БЫЛО...
ГИТЛЕР
ТАК БУДЕТ!
Долгоруков

N. A. Dolgorukov: «¡Como fue... así será!». Cartel soviético de propaganda de 1941.

En 1943, con autorización del camarada Stalin, tomé un avión para ir a Kuibishev a ver a mi familia. Coincidía exactamente con la conmemoración del aniversario del Ejército Rojo, el 23 de febrero. Me invitaron al teatro. Me convencieron para que pronunciara un breve discurso. También acudió B. M. Shaposhnikov,[54] mariscal de la Unión Soviética. Hablaron muchas personas, y todas ellas recibieron una cordial acogida, pero cuando el último de los oradores me cedió la palabra, me quedé allí de pie como un idiota durante cinco minutos. Cada vez que abría la boca, me interrumpían con aplausos. Me daba cuenta de lo bien que comprendían nuestra situación y nuestra lucha...

ALEXANDER RODÍMTSEV,
GENERAL DE DIVISIÓN DE GUARDIA

Cuando comenzó la batalla de Stalingrado, Vasili Chuikov todavía no se había labrado un nombre. Todo lo contrario que Alexander Rodímtsev, un general de menor graduación y cinco años más joven que Chuikov, que ya era un héroe de guerra con numerosas condecoraciones. Al igual que Chuikov, Rodímtsev provenía de una familia campesina y de una infancia condicionada por la pobreza. Más tarde, a los veintidós años, ingresó en el Ejército Rojo, y dos años después se afilió al partido. Rodímtsev siguió la trayectoria profesional de un oficial y fue ascendiendo rápidamente. En 1936 fue enviado para trabajar como instructor de las Brigadas Internacionales en España. Bajo su mando, las tropas cosecharon numerosas victorias sobre las fuerzas fascistas, aunque no fue capaz de impedir la caída de la República española y el ascenso de Franco. A su regreso de España, Rodímtsev recibió el título de Héroe de la Unión Soviética, la más alta distinción del país.

En 1939 Rodímtsev pronunció el discurso de bienvenida en el XVIII Congreso Nacional del Partido Comunista. (Que un coronel de treinta y

cuatro años fuera el elegido para dar aquella charla da fe del gran hueco que habían provocado entre el generalato las purgas de Stalin durante los dos años anteriores.) En septiembre de 1939, Rodímtsev participó en la invasión soviética de Polonia y después en la Guerra de Invierno en Finlandia. En la guerra contra Alemania, Rodímtsev comandó una brigada aerotransportada que logró salir del cerco de la Wehrmacht en las proximidades de Kiev. En noviembre de 1941 la brigada se amplió para formar la 87.ª División de Fusileros, y recibió el estatus «de Guardia» en enero de 1942, a raíz de lo cual pasó a denominarse la 13.ª División de Fusileros de la Guardia.

El 9 de septiembre de 1942, la división salió de su estatus de reserva y llegó al Frente de Stalingrado el 14 de septiembre. Los primeros batallones de la división, formada por 10.000 hombres, cruzaron el Volga a última hora del día 14 y primera hora del 15. Se vieron envueltos en distintos combates con los alemanes nada más llegar a la orilla occidental.[55] A finales de la semana siguiente, Vasili Grossman había escrito un artículo sobre la 13.ª División de la Guardia en Stalingrado. La batalla iba a decidir «el destino del mundo» y a responder a la «pregunta de todas las preguntas». Grossman retrataba a Rodímtsev, que para entonces ya había sido ascendido a general de división, como el elemento crucial de la batalla: «Temperamento, fuerza de voluntad, aplomo, rapidez de reacción, capacidad de avanzar cuando a nadie se le ocurriría ni soñar con un ataque, experiencia táctica y cautela, combinadas con audacia táctica y personal –esos son los rasgos del carácter militar de un joven general. Y el carácter del general se convirtió en el carácter de su división». Grossman le preguntaba a Rodímtsev si no «estaba exhausto por la tensión del combate durante las veinticuatro horas del día, por el incesante estruendo de los cientos de ataques alemanes que habían tenido lugar la víspera, la noche anterior, y que proseguirían mañana. “Estoy tranquilo”, decía, “así es como debe ser. Probablemente yo ya lo he visto todo: mi puesto de mando ha sido arrasado por un carro de combate

alemán, y después un ametrallador alemán lanzó una granada dentro solo para estar seguro. Yo volví a lanzarla fuera. De modo que aquí estoy, luchando y seguiré luchando hasta la última hora de la guerra." Lo decía con total tranquilidad, en voz baja. Después empezó a hacer preguntas sobre Moscú. De hecho, estuvimos hablando de la temporada de teatro de este año».[56]

Conforme a la descripción de Grossman, Rodímtsev se muestra comedido en su entrevista con los historiadores de Moscú (a diferencia del irascible Chuikov). Habla con cautela, y se atiene sobre todo a los acontecimientos de la batalla, dedicando la mayor parte de su tiempo al intento de tomar la colina de Mamáyev Kurgán en septiembre y al asalto de la «casa en forma de L» fortificada de los alemanes a principios de diciembre. Rodímtsev hace hincapié en la importancia de una planificación y una coordinación cuidadosas entre sus regimientos para tener éxito, y destaca su propia pericia militar. No oculta en absoluto las cuantiosas bajas sufridas por su división. A principios de octubre más de 4.000 soldados habían muerto o estaban heridos. Rodímtsev menciona que cuando ordenó el asalto de la casa en forma de L, algunos de sus soldados –todos ellos uzbecos, señala– se quedaron donde estaban y después fueron fusilados por su cobardía.

Rodímtsev no aborda la defensa de la denominada Casa Pavlov. Los políticos soviéticos no hincharon aquel episodio a fin de convertirlo en una grandiosa historia del espíritu del internacionalismo soviético hasta unos años después.[57] Doce soldados del Ejército Rojo, encabezados por el sargento Yakov Pávlov y el teniente Ivan Afanassiev, se atrincheraron en un edificio residencial de cuatro plantas y apartado de la calle. Los soldados representaban hasta once grupos étnicos soviéticos diferentes (hay diferencias en los relatos): rusos, bielorrusos, ucranianos, uzbecos, calmucos y otros. Durante casi dos meses lograron contener la ofensiva alemana antes de que las tropas de la contraofensiva soviética acudieran en su ayuda el 24 de noviembre.[58] En sus memorias, publicadas en 1969,

Rodímtsev dedicaba todo un capítulo a la Casa Pavlov; al asalto a la casa en forma de L tan solo le dedicaba dos páginas. Las memorias hacen alarde del heroísmo de los soldados y de las armoniosas relaciones entre ellos, y omiten la violencia que existía entre la tropa, así como las bajas que sufrieron en los combates.[59]

Después de Stalingrado, la 13.ª División de Guardia combatió incesantemente. Como hasta entonces, la misión de la división consistía en construir cabezas de puente. Primero cruzó el Dniéper, después el Vístula, el Oder y el Neisse. En enero de 1945, después de cruzar el Oder, Rodímtsev (para entonces teniente general) fue condecorado por segunda vez como Héroe de la Unión Soviética. Después de la guerra trabajó como inspector general de las fuerzas armadas soviéticas, y fue elegido diputado del Sóviet Supremo. Rodímtsev falleció en Moscú en 1977. En la actualidad, su hija Natalia dirige un museo escolar en Moscú dedicado a la Gran Guerra Patriótica.

TRANSCRIPCIÓN

de la entrevista realizada al general de división Alexander Ilich RODÍMTSEV

Comandante de la 13.ª División de Fusileros de la Guardia

7 de enero de 1943

Stalingrado

Entrevista realizada por el secretario científico A. A. Belkin

Anotada por la estenógrafa A. I. Shamshina[60]

Nací el 8 marzo de 1905, en la aldea de Sharlik,[61] en la región de Chkalov –anteriormente la región de Oremburgo– en una familia de campesinos pobres. Tres de mis hermanas viven allí hoy en día. La menor tiene cuarenta años; la mediana, cincuenta, y la mayor, sesenta. Yo soy el menor de todos mis hermanos y hermanas. Nuestro padre falleció en 1919,

nuestra madre en 1929. A mí me crió sobre todo mi madre, y más tarde aprendí a cuidar de mí mismo.

Fui a la escuela parroquial hasta 1917, después a la escuela primaria superior durante dos años, hasta 1919. Teníamos una pequeña parcela. Después entré como aprendiz de zapatero. Una de mis hermanas iba al colegio, las demás se casaron. Mi hermana, mi madre y yo vivíamos con el marido de mi hermana. Me dediqué a hacer zapatos entre 1921 y 1922. 1921 fue el año de la hambruna,[62] y cuando ya no quedó nada para comer empecé a conducir un carro.

Mi madre siempre decía que yo iba a acabar mal. Me metía en muchos líos. Ella siempre estaba llorando porque yo no podía evitar hacer travesuras en el colegio. Nuestro maestro me echó siete veces del colegio. Yo era fuerte, y pegaba a los demás niños. Vivíamos al lado de una familia de *kulaks*,[63] y yo siempre estaba peleándome con sus hijos. Primero mandaron a los pequeños, después a los que ya tenían barba. Pero siempre fueron peleas limpias –porque de lo contrario habríamos acabado ante el tribunal de la comunidad.

Mi hermana y yo íbamos al colegio juntos. Ella era una estudiante seria. En cuanto llegaba a casa se ponía a hacer los deberes. Yo prestaba atención en clase, pero eso era todo. El colegio estaba a unos cuatro kilómetros de nuestra calle, que se llamaba Otorvanka. Resulta extraño pensarlo, pero yo no tenía unos zapatos en condiciones. Nunca llevaba botas ni nada parecido, yo solo tenía mis zapatos de corteza de árbol. Se desgastan muy deprisa. Recuerdo que mi maestro siempre me daba veinte o treinta cópecs para que me comprara unos zapatos nuevos.

En el colegio sacaba buenas notas. Cuando volvía a casa solía jugar a las damas. También nos tomábamos muy en serio montar a caballo. Yo montaba a caballo desde que era muy pequeño, estuve catorce años en Caballería, después presté servicio como paracaidista, y después ingresé en la fuerza aérea.

En una ocasión me invitaron a una reunión del Komsomol, pero cuando llegué tan solo había campesinos medios y *kulaks*. Una chica me echó de allí y nunca volví. Soy extremadamente sensible: si alguien se mete conmigo, no me vuelven a ver el pelo. No fui miembro del Komsomol hasta que me alisté en el ejército.

En 1921 empecé a aprender el oficio de sastre y de zapatero. Es decir, era aprendiz. En el pueblo había alguien, un hombre rico, llamado Lapshin. Tenía cinco o seis obreros, y yo también trabajaba para él. Aprendía los oficios, y tan solo me daban un trozo de pan, nada más, ningún tipo de salario. Eso duró hasta 1927. Ese año me reclutaron en el ejército. Curiosamente, antes de 1927 nunca había visto el ferrocarril, ni siquiera podía imaginarme cómo era. Oía a la gente hablar de él. Mi cuñado, un antiguo soldado, hablaba de la época que estuvo en el ejército, me contaba lo grande que era Moscú, que había un Kremlin, y la campana del zar, y el cañón del zar. Me resultó bastante chocante que yo mismo terminara yendo al Kremlin para un periodo de instrucción de tres años.

En 1927 me reclutaron en el ejército y me enviaron a una unidad de escolta en Sarátov. Al principio era soldado raso, después ascendí a oficial. Ahí fue cuando me afilié al Komsomol. Fui elegido por el líder de la organización del Komsomol de nuestra compañía. Después, en cuanto terminé el curso de oficial, fui a la Academia Militar Federal del Kremlin.[64] Me llevé una gran decepción cuando no logré ingresar en Caballería, porque me encantaban los caballos. Era lo único que me importaba. Pero por alguna razón la comisión no me admitió. Más tarde, después de haber prestado servicio durante cierto tiempo, quise hacer realidad mi sueño, hacer lo que quería hacer.

Estuve en la academia desde principios de 1929 hasta finales de 1931 –tres años. Nos llevaron a Jodinka[65] por primera vez y allí nos examinaron. Saqué una A en matemáticas pero una D en ruso, por culpa de nuestro extraño dialecto. En 1937, cuando volví a casa, en mi familia dijeron algo así como: «¡Nuestro Sanka ha vuelto a casa!». Como tenía el

dialecto tan metido en la cabeza, acababa cometiendo errores al escribir. Saqué B en todas las demás asignaturas. Me gustaba la gimnasia –la barra horizontal, las barras paralelas, el caballo con arcos. Fui atleta amateur, y como estaba en buena forma, me iba bastante bien. También se me daban bien las asignaturas militares. Durante tres años hice guardia en la Tumba de Lenin, en las Puertas de Borivitsky y en las Puertas de Spassky.[66] Después fui admitido en la Academia de Caballería. Cuando empezamos la instrucción de manejo del caballo y saltos, le demostré a mis compañeros de lo que era capaz, pero la comisión decidió que mis notas en lengua rusa no eran lo bastante buenas. Yo dije que eso era una tontería, que lo estaba haciendo bien. El comandante del escuadrón fue a verles y les dijo: «Este tipo sabe cómo montar a caballo». Yo había empezado a apacentar a los caballos por la noche cuando tenía seis o siete años, y a correr con ellos desde los diez. Había un *kulak* que tenía buenos caballos, en las carreras ponía a niños, y el jinete que ganaba una carrera recibía como premio una oveja.

Eso fue en 1927. Después empezamos con la instrucción. Yo terminé entre los mejores de mi clase. Era el subcomandante cadete. Cada pelotón estaba a las órdenes de un comandante cadete. Yo era su asistente en la unidad de combate, dado que siempre había sido uno de los mejores alumnos. Se me daban bien las ciencias: las matemáticas, la física. También la historia, y las ciencias políticas. Era capaz de citar páginas enteras de Lenin palabra por palabra, y todavía me acuerdo de casi todo. La ficción no me interesaba realmente. Tan solo empecé a interesarme por ella después de licenciarme. No empecé a leer hasta entonces. Leía con avidez a Tolstói. He leído *Guerra y paz* tres veces. He leído *Ana Karenina*, *Resurrección*. En *Ana Karenina*, cuando Vronski se cae del caballo, pensé: yo he corrido en el hipódromo. Y cuando llega a aquel obstáculo, y su caballo se cae –sentí pena por él, y le tengo tanto cariño a esa historia porque yo también soy un soldado de Caballería. En *Guerra y paz* me gusta leer sobre los personajes en sí. Pero si nos fijamos en cómo son

ahora las cosas, por supuesto, es totalmente diferente. Cualquiera de nuestros hombres es mucho mejor que los héroes de entonces. Suvórov[‡] fue un buen hombre para su época. Tenía un heroísmo personal: empuñaba su sable y su lanza y avanzaba. Ahora hay mucha gente así, y ni siquiera eso es suficiente: tenemos que organizar la batalla. En aquellos tiempos no existía ningún tipo de coordinación. El trabajo del oficial de máximo rango era el mismo que el del comandante de un pelotón, de una compañía, de un batallón. Y ahora incluso hay que estar dándole gritos a los comandantes de batallón. [...]

[Se omite una larga descripción de las experiencias de Rodímtsev en la Guerra Civil española. «Fue la primera vez que tuve la oportunidad de matar fascistas.»]

A pesar de todo, cuando estaba en España sentía una gran añoranza de Rusia. Cuando crucé la frontera y planté los pies en mi tierra natal, me dije: «Sí, ya estoy en Rusia». Nunca creí que me marcharía. Allí la situación era sumamente difícil. Ahora también estamos en una situación difícil, por supuesto, pero el material es el mismo. Había Messerschmitts. Madrid quedó destruida. No como Stalingrado, por supuesto, pero quedó muy dañada. Se podía ver cómo caían los proyectiles de artillería en las calles. Es cierto que la población no fue evacuada. Por la mañana todo el mundo se trasladaba al campo, a los refugios subterráneos y a las cuevas. Allí la población desempeñó un papel muy activo. Todo era muy democrático. Nuestra gente piensa: «Bueno, a lo mejor me quedo aquí».

Estoy totalmente en contra de cambiarme a ropa de civil. Había un general que se quitaba el uniforme y salía del cerco. Cuando volvía, le daban su ejército. El instinto de autoconservación es tan fuerte que puede con todo. No hay nada más. Pero en mi división no había nada de eso. Una vez que me vi rodeado, el secretario de la comisión del partido se cambió de ropa, y lo mismo hizo el director de operaciones. Les expulsé de inmediato de mi división, reuní a la brigada y anuncié que aquellas personas ya no estaban con nosotros. Algunos me criticaron por aquello.

Decían que podía darse el caso de que yo mismo tuviera que hacer una cosa así, pero yo les respondía que mientras yo conserve el respeto por mí mismo, no me arrodillaré ante nadie, ni me quitaré el uniforme. Eso es una deshonra para un militar. He escrito un artículo sobre el honor ruso –va a salir en el *Estrella Roja*– sobre el honor de la guerra, sobre cómo debe comportarse un guerrero, independientemente de la situación.[67]

Volví de España en 1937 y me tomé un tiempo para descansar. Había estado veinticinco días viajando. Fui a la Exposición de París,[68] vi las delicias de París, vi cómo vivía la gente, qué tipo de teatros tienen, cómo se comportan las chicas. El Teatro de Arte de Moscú estaba allí con sus actores –y a la gente también le interesaba eso, para ver cómo era. París es un lugar hermoso, muy alegre. La exposición estaba allí, totalmente iluminada. Era extraordinario. La noche era como el día. Tan solo estuve un día en Berlín. París está más limpio. Berlín tiene un aspecto como sombrío, todo fábricas y oscuridad, cubierta de hollín, igual que Leningrado, sobre todo en las zonas industriales. [...]

Después de aquel tiempo de permiso me nombraron comandante del 61.º Regimiento, donde había empezado como jefe de pelotón. El comandante anterior había sido fusilado en 1937. No estoy del todo seguro de si era un enemigo o no. Para cuando llegué a la división, habían destituido a casi todo el mundo. Empecé a comandar el regimiento. Estuve al mando aproximadamente ocho meses, y después me marché a la Academia Frunze.[69] Me gradué con unas notas perfectas, con el grado de coronel. Ya era coronel desde 1937. Me gradué en 1940, y a continuación fui nombrado subcomandante de la 36.ª División, la misma división a la que pertenecía mi regimiento. Fui subcomandante de división durante aproximadamente ocho meses, en el Frente de Finlandia. El comandante de la división se ausentaba a menudo –se puso enfermo– de modo que fui muchas veces el comandante de facto de la división. Y allí entré en combate. El cuerpo de Caballería acababa de llegar, y el día 12 se suponía

que teníamos que atacar Helsinki, cruzar el golfo de Finlandia, y de repente llegó la paz.

Antes de la guerra empezaron a reclutar gente para las fuerzas aéreas. Se llevaron oficiales y generales de las grandes divisiones y los enviaron a la academia de operaciones. Necesitaban personal cualificado, oficiales que fueran no sólo buenos pilotos sino también expertos en táctica. [...] Empecé a pilotar aviones U-2. Después nos incorporaron a las fuerzas aerotransportadas, y me nombraron comandante de la 5.ª Brigada Aerotransportada, y después de la 6.ª Brigada Aerotransportada. Antes de la guerra estábamos en Pervomaisk,[70] donde pasamos a llamarnos el 3.º Cuerpo Aerotransportado.

Desde Pervomaisk –cuando todavía éramos una brigada aerotransportada– nos desplegaron en Kiev. El enemigo había abierto brecha y amenazaba la ciudad. Llegamos allí en tren, desembarcamos, y después estuvimos entre quince y veinte días en la zona de Darnitsa y Brovary. Entonces trasladaron mi brigada a Ivankovo. Allí estaban el 5.º Ejército y el 26.º Cuerpo. El enemigo abrió brecha. Todavía no habían decidido emplearnos como infantería. Todos íbamos equipados con armas automáticas –armas pequeñas adecuadas para combatir tras las líneas enemigas.

Cuando el enemigo llegó a Stalinka[71] y abrió brecha en la línea del frente, Stalin nos dio una orden: No pierdan Kiev. Enviaron a nuestras brigadas unidad por unidad. Cuando llegué a Kiev, la 6.ª y la 12.ª Brigadas ya estaban combatiendo. Nos incorporamos a la batalla el 8 de agosto de 1941. A lo largo de quince días les obligamos a retroceder quince kilómetros. Estuvimos luchando allí otros diez días aproximadamente. Recibimos el agradecimiento del Gobierno y del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania. Los ucranianos tenían motivos para estarme agradecidos. [...]

Yo avanzaba sobre Járkov. Nos detuvimos a cuatro kilómetros de distancia. Salió toda la división, pero nos dieron una paliza en Peremoga.

Después combatí con el 62.º [Ejército] en el Don. Llegué en septiembre, el día 14. Me uní a aquella división, aunque ya estaban al completo. Todos los comandantes seguían allí. Esa era la 87.ª División de Fusileros. Posteriormente su nombre cambió a 13.ª de la Guardia. Su aniversario es el 19 de enero. Allí también me fueron bien las cosas. Tenía a una gente excepcionalmente buena, todos procedentes de las academias. Todos vinieron como oficiales de rango medio. Tenía a 10.000 hombres bajo mi mando. Una división decente, con gente excepcional, todos ellos formados. Golikov,[72] el subcomandante del Frente Occidental, asistió a mi partida al frente de mi división.

Me dieron mi artillería antes del día 13 [de septiembre]. El 13 de septiembre nos trajeron el resto de armamento justamente a este mismo lugar.[73] Yeriomenko, el comandante del frente, realmente me echó una mano ahí. Tan solo teníamos unos 2.000 subfusiles. La división estaba equipada en su mayoría. El enemigo ya estaba ahí la noche del 14. Si yo hubiera llegado un día más tarde, Stalingrado no existiría. [...]

He estado en condiciones peores que en Stalingrado. Aquí me he alojado en un búnker dentro de un túnel. Había tan poco oxígeno que las cerillas no permanecían encendidas, pero me quedé en ese búnker. Lanzaban granadas contra nuestro puesto de mando, pero yo me imaginaba que dentro de aquel búnker no me podían alcanzar. Pero anteriormente, en Konotop, en el campo, cuando aquel carro de combate empezó a dirigirse directamente contra mi búnker –eso fue una cosa totalmente distinta. Después de aquello estuve en un puesto de mando en medio de un bosque. Un avión nos atacó veintisiete veces, y siempre atacaba mi puesto de mando. Desparecieron todos los árboles, y al final en el búnker solo quedamos dos. La mayor parte de los comandantes no sobrevivieron. Literalmente tuvieron que saltar de debajo de los carros de combate, disparando al tiempo que intentaban huir. Cuando regresé sano y salvo al batallón, me puse a organizar otra vez mis tropas.

Ocurrió lo mismo en Kazatskaya, cuando un secretario del comité divisional del partido se cambió de ropa. Yo iba caminando por entre la maleza, y había un carro de combate enemigo muy cerca, pero no consiguió alcanzarme ni con su cañón principal ni con su ametralladora. Me eché a tierra cuando empezaron a lanzar granadas. Estaba con mi ayudante y con el representante del Departamento Especial. Salieron corriendo, y después volvieron a mí. Los hombres combatían de una manera organizada. El enemigo nos tenía rodeados y quería cogernos vivos. Pero así es un soldado aerotransportado: le das la orden y él lucha. Sin gente, los carros de combate no hacen nada, y nuestra infantería había quedado aislada. Estuvimos a un tris de que nos mataran. Conseguí salir de allí con mis hombres. Esa fue la única vez que estuve dentro del cerco.

Y después –Stalingrado.

El enemigo avanzaba directamente hacia la ciudad. Después, cuando empezaron a sufrir muchas bajas y se dieron cuenta de que no podían sobrepasarnos, giraron en Orlovka y se dirigieron a las fábricas. Allí las cosas también se pusieron difíciles. Mi situación mejoró cuando empezamos a traer divisiones de refuerzo.

El 10 de septiembre yo ya estaba en Kamishkin cuando recibí una orden que decía que nos iban a trasladar en camiones hasta Sredniaya Ajtuba. Todavía no habían equipado a nuestra división, pero se suponía que nos iban a traer las armas muy pronto. Yo me opuse, dije que no estaba dispuesto a irme sin armas. Hubo veces en que mis hombres habían estado desarmados, y tuvimos que quitarles las armas a los desertores. Me llamaron por la línea directa. Tuve una conversación con Vasilievski. Me ordenó que primero fuera allí y que después recibiría mis armas. Stalingrado, decía, estaba en una situación difícil. Llegamos a Sredniaya Ajtuba el día 12. Las armas no habían llegado todavía. Nos habían entregado una parte, pero más de la mitad de mis hombres seguían desarmados. El día 12 informé de mi situación a Yeriomenko, el

comandante del frente. Cuando le dije que lo único que teníamos eran seiscientos fusiles, se indignó.

«Le necesitamos en Stalingrado ya, en este mismo instante. El enemigo se ha abierto paso y algunos grupos pequeños ya han entrado en la ciudad.»

Yo le contesté: «No puedo, mis hombres necesitan armas».

«¿Qué necesita usted?»

«Subfusiles.»

Me dio 450 (?) subfusiles, veinte ametralladoras pesadas, cincuenta ametralladoras ligeras y aproximadamente cuarenta fusiles anticarro. Todo aquello lo recibí el día 12, se lo hice llegar a mis hombres, y por la noche del día 13 llegó el resto de nuestro armamento. El día 13 ya estábamos todos bien armados, pero todavía no nos habían dado ni cartuchos ni munición. Ya nos habían dado nuestra artillería, pero tenía que quedarse en la orilla oriental del río. Era imposible llevarla al otro lado. No había carros de combate.

El día 14 recibimos la orden de cruzar el Volga y unirnos al 62.º Ejército, que estaba bajo el mando del general Chuikov y de Gurov, miembro del Consejo Militar. No sabíamos cuál era la situación. Me asignaron una tarea: tenía que enviar un regimiento al vado n.º 62, y los otros dos al vado central. El primer regimiento –el 39.º– tenía que tomar la colina 102, y los otros dos –el 42.º y el 34.º– tenían que cruzar por el vado central y despejar la zona de la orilla del Tsaritsa. Uno de los batallones se puso a disposición del comandante del 62.º Ejército.

¿Qué sentido tenía darle aquel batallón? Creo que era para garantizar la seguridad de su cuartel general, que también se encontraba dentro del cerco enemigo.

Yeriomenko ordenó que todo el mundo cruzara a la otra orilla por la noche, incluidos mi Estado Mayor y yo. Yo no tenía ni la mínima idea de cuál era la situación real. No tenía ni idea de que el enemigo ya había llegado hasta la orilla del río. Pero en las primeras dos oleadas teníamos

que dejar al 1.º y 2.º Batallones para que consolidaran una cabeza de playa. Nos habían dicho que el enemigo estaba en la orilla, que el batallón ya había entrado en combate con él, luchando desde el instante que pusieron pie en tierra firme. Yo me di cuenta de que teníamos que actuar más deprisa. Literalmente estábamos regalando la munición de las barcazas. El 42.º Regimiento se embarcó de inmediato, aproximadamente 1.500 hombres. El maquinista empezó a mover una palanca de aquí para allá – nada. El enemigo ya nos estaba disparando, con ametralladoras y artillería. El maquinista perdió los nervios. Tuvimos que pegarle un tiro y poner a otro en su puesto. Volvimos a ponernos en marcha. El comandante del 42.º Regimiento, el coronel Yelin, logró cruzar. Fue el primero que entró en combate al mando de su regimiento.

Por la mañana me di cuenta de que necesitábamos que toda la división cruzara el río. Llamé para solicitar permiso a Yeriomenko. Aquel día el personal de nuestro cuartel general cruzó el río a bordo de una lancha. Fue sobre las diez de la mañana. Soportamos un intenso fuego enemigo, y el coronel Uzki, jefe de nuestro equipo de ingenieros, resultó herido por un proyectil de mortero. Pero logramos cruzar. La NKVD regional de Stalingrado tenía algunos hombres allí. Tenían un túnel. Ubiqué allí mi puesto de mando porque tenían línea directa con Yeriomenko. No teníamos ningún tipo de contacto con Chuikov. Aquel día otra barcaza intentó cruzar después de la mía pero fue alcanzada por el fuego enemigo y se hundió.



Una lancha cargada de soldados del Ejército Rojo se hunde en el Volga, Stalingrado, 1942.

Teníamos aviones, pero no estaban haciendo gran cosa. Después crucé, me puse al tanto de la situación, le di sus órdenes a los regimientos y pasé al ataque. A lo largo del día 14 y de la mayor parte del día 15 no tuve contacto con Chuikov. El 15, a última hora del día, llegué a la vía del tren y tomé la estación del ferrocarril con algunas bajas. Chuikov me convocó a una reunión. Llegué sobre las cinco de la tarde. De camino a la reunión la aviación enemiga me dio muchos problemas. Llegué, informé de que nuestros hombres habían logrado pasar, expliqué nuestra posición actual. Me indicó mi objetivo, y a partir de ese momento permanecimos en contacto. A partir del aquel momento seguimos en contacto con el alto mando. [...]

El enemigo lanzó un contraataque el día 17 por la mañana. Tras una intensa preparación desde el aire, aproximadamente cuarenta carros de combate y unos 2.000 soldados de infantería atacaron la colina 102. Conseguimos repeler todos aquellos ataques, y Mamáyev Kurgán estuvo en nuestro poder a lo largo de todo el día 17. El regimiento soportó más

de ochocientos ataques aéreos alemanes. Dolgov era el comandante del regimiento. Yo no estaba en contacto con aquel regimiento. Ellos estaban en contacto con el segundo de Chuikov en el puesto de mando en el vado n.º 62 y recibían sus órdenes de forma independiente.

Durante el día 17 se vieron combates aún más encarnizados. No nos podíamos ni plantear la posibilidad de organizar un ataque en serio, de asignar fuerzas específicas a objetivos específicos. A lo largo del día 17 simplemente estuvimos arrebatándonos mutuamente las mismas calles y los mismos edificios, una y otra vez. Eso prosiguió a lo largo de los días 18, 19 y 20.

El día 20 recibí un informe que decía que el enemigo había prendido fuego a la estación del ferrocarril. Los hombres que teníamos allí la habían abandonado y se habían trasladado a la Arboleda Comunista adyacente a la plaza de la Estación, donde se habían atrincherado. No recuerdo la fecha exacta, pero en algún momento llegó la 92.ª Brigada. Fueron enviados al flanco izquierdo, hacia el elevador de grano. Se les asignó la misión de eliminar los pequeños grupos de alemanes que se habían infiltrado en la zona, y reforzar sus posiciones allí. [...]



Soldados de la división de la Guardia de Rodímtsev preparando un ataque. Stalingrado, septiembre de 1942. *Fotografía de S. Loskutov*.

Aquel edificio ahora es nuestro, después es de ellos, y más tarde nuestro de nuevo –resulta imposible decir exactamente dónde están las líneas del frente. Carecíamos de experiencia en la guerra urbana. Nuestro punto flaco, al principio del todo, consistió en que no fuimos capaces de entender que el enemigo ya había ocupado Stalingrado. Tendríamos que habernos preparado mejor para la guerra urbana. Tendríamos que haber asignado calles y edificios específicos a grupos específicos, en vez de asignarles la misión de enfrentarse con una división determinada a lo largo de una línea dada. Los alemanes estaban, en aquel momento, en una posición mejor. Se habían dado prisa en ocupar la Casa de los Especialistas y el Banco del Estado, y los defendían con uñas y dientes. Nuestros hombres estaban a tan solo treinta metros, pero daba igual lo que yo hiciera, me resultaba sencillamente imposible reconquistar aquellos edificios. Habría podido hacerlo al principio del todo, pero no quise sufrir bajas innecesarias. Pensé que podía llegar hasta la vía del tren y dejarles aislados, y que después conseguiría mis refuerzos, como estaba previsto, y establecería una base que hiciera imposible que el enemigo resistiera. Pero todo salió al revés. Cuando las cosas se les ponían difíciles a los alemanes, las unidades que estaban a mi izquierda se retiraron a la orilla oriental. El comandante y el comisario de aquella división fueron fusilados.[74] De modo que mi flanco izquierdo, lo que tenía justo a mi lado, era el enemigo.

Aquellos combates arriba y abajo se prolongaron ininterrumpidamente hasta el día 22: este edificio o esta calle es de ellos, y después es nuestro. Así pues, se crearon grupos de asalto y se enviaron de una forma metódica, de modo que sabíamos quién se suponía que tenía ir adónde. Organizamos la batalla por el procedimiento de darle a cada unidad su propia calle.

[...] El día 20 por la mañana, a eso de las diez, el enemigo pasó a la ofensiva, aplastó nuestra línea avanzada, destruyó seis cañones, y

conquistó la plaza Nueve de Enero. Allí eliminaron unos cuantos fusiles anticarro y avanzaron hasta la calle de la Artillería. Aunque sufrieron muchas bajas, nuestros hombres destruyeron 42 carros de combate enemigos durante aquella batalla y mataron aproximadamente a 1.500 soldados alemanes, con lo que contuvieron su ataque. No pudieron seguir avanzando. Panijin estuvo allí, y su puesto de mando estaba en una alcantarilla. Era una situación difícil. Varios carros de combate enemigos se habían abierto paso hasta el Volga, avanzaban hacia Panijin, pero conseguimos obligarles a retroceder gracias a nuestro intenso fuego de artillería y nuestro armamento anticarro, dejando fuera de combate a algunos, y destruyendo otros. El ataque enemigo perdió impulso y tuvieron que replegarse.

El día 23 los alemanes intentaron mejorar su posición, atacando con numerosos grupos pequeños. Yo recibí unos refuerzos modestos, aproximadamente quinientos hombres, y lancé un contraataque, pero no tuvo éxito en términos de territorio porque las fuerzas enemigas tenían un tamaño entre tres y cuatro veces mayor que las nuestras. Entonces decidí cambiar a una defensa activa, al tiempo que nos llegaban más reservas. Después de eso, y en coordinación con otras divisiones, pensaba lanzar un ataque decisivo. Estuve siempre en contacto con Chuikov. En aquel momento me ordenó que me trasladara a un sector y lo defendiera. El 1.º Batallón del teniente Fedoseyev quedó aislado cuando nuestro flanco izquierdo quedó al descubierto, y un grupo enemigo abrió brecha desde la izquierda y lo rodeó. El día 2 aquel batallón quedó aniquilado. No logramos restablecer contacto con ellos. Todo lo que sabemos de sus acciones procede de informes, de su comandante, que resultó herido y logró salir, y de un ordenanza médico. El informe decía: «A menos que el enemigo camine sobre mi cadáver, ningunos de nosotros se va a marchar de aquí». De modo que ese batallón luchó hasta el último hombre, y murió heroicamente en aquel lugar.



El general Rodímtstev fotografiado con soldados de su división. Stalingrado, 26 de septiembre de 1942.

Los combates ya empezaban a asumir un carácter distinto, más local. Había combates en todos los edificios. El enemigo estaba reagrupando sus fuerzas. Cuando vieron que se encontraban con una resistencia considerable –y eso que ellos habían desplegado aproximadamente setenta carros de combate y mil soldados de infantería– y que no iban a lograr vencer allí, el enemigo avanzó hacia el norte, hacia Orlovka, el distrito industrial, dando un rodeo por mi derecha.

Hasta el día 1 las cosas estuvieron relativamente tranquilas para nosotros. Entonces le pedí al comandante que me diera el 39.º Regimiento, ya que acababa de llegar una nueva división, la 284.ª de Batiuk. El 1 de octubre por la noche ese regimiento fue relevado, y yo lo situé en mi flanco izquierdo, con la misión de proteger el vado central, la calle

Penzenskaya y la calle Smolensk, y evitar que el enemigo se abriera paso a través del Volga.

Cuando relevaron al regimiento, vinieron aquí, y justo al día siguiente aquellas valientes tropas se retiraron de Mamáyev Kurgán, que a continuación fue tomado por los alemanes. Desde allí podían disparar prácticamente contra todo el Volga, y la colina 102 ha seguido en su poder hasta el día de hoy.

No me quedaba nada. Un batallón había sido aniquilado, y el 34.º estaba en mal estado. Allí perdí aproximadamente 4.000 hombres. No resulta fácil de aceptar. Uno de nuestros cañones destruyó tres carros de combate. Entonces, el artillero que lo manejaba resultó gravemente herido, pero no retrocedió hasta que un cuarto carro de combate alemán lo arrolló y le aplastó. Nadie se retiraba ni se rendía. Los hombres morían, pero no se retiraban.

El día 2 el enemigo tomó la totalidad de Mamáyev Kurgán, y puso bajo el fuego enemigo toda la zona de vadeo. [...]



Soldados de la 13.ª División de Fusileros de la Guardia toman al asalto el edificio en forma de L. Noviembre de 1942. *Fotografía de Georgi Zelma.*

Entonces llegaron nuestros contraataques desde el norte. Me ordenaron que nos atrincheráramos donde estábamos, que defendiéramos la línea y las calles que habíamos tomado, y que pasáramos a una defensa dura e inquebrantable. Eso obedecía a que nos estábamos quedando sin personal. No podíamos plantearnos ningún tipo de operaciones más activas –las unidades que estaban a mi izquierda ya se habían retirado a la orilla oriental. Yo tenía que asegurarme de que el norte quedaba a salvo, y evitar que el enemigo se abriera paso a través de nuestro flanco derecho, evitar que llegara al vado y tomara el Volga. No hubo más operaciones ofensivas. En mi sector, el enemigo estaba haciendo lo mismo: construir una defensa sólida. A lo largo de octubre, noviembre y diciembre mejoramos nuestras posiciones para impedir que el enemigo disparara contra el Volga. Tomamos el edificio en forma de L y el edificio de los

trabajadores del ferrocarril, y allí los combates asumieron un carácter local.[75]

Mientras tuvieron en su poder el edificio en forma de L y el edificio de los trabajadores del ferrocarril, los alemanes habían logrado impedir que cruzáramos el Volga y que nos moviéramos con libertad por la zona. Tan solo podíamos desplazarnos por las trincheras. De modo que el comandante nos asignó la misión de tomar aquellos bastiones: el edificio en forma de L, el edificio de los trabajadores del ferrocarril, el edificio de la fuerza aérea, y el Colegio n.º 38. Para esa misión escogí un batallón que contaba con el respaldo del 34.º Regimiento de Panijin. Sus órdenes eran tomar el edificio en forma de L y el Colegio n.º 38. El 42.º Regimiento, reforzado con dos batallones adicionales, debía tomar el edificio de los trabajadores del ferrocarril y el Colegio n.º 38, y después tomar posiciones en la plaza Nueve de Enero, donde debían atrincherarse. Fui a ver a Yelin al puesto de mando del 42.º Regimiento, que estaba en un molino. Desde allí se podía ver casi todo. La operación estuvo extraordinariamente bien planeada. Cada soldado sabía adónde iba y lo que tenía que hacer. Conocían todos los ángulos, qué puntos de fuego tenían que neutralizar, cuándo tenían que detenerse y empezar a disparar. Yo ordené a la artillería que lanzara un fuego de barrera de diez minutos, durante el que debía comenzar nuestra ofensiva. Había que recorrer entre cuarenta y cincuenta metros para llegar hasta el enemigo en el edificio en forma de L y el edificio de los trabajadores del ferrocarril, y aproximadamente cien metros hasta el Colegio n.º 38. Teníamos que pasar corriendo a través de la plaza Nueve de Enero, que estaba bien cubierta.[76]

Después de recibir aquellas órdenes, los soldados de los regimientos 34.º y 42.º empezaron a extender sus trincheras hacia delante, trabajando día y noche, hasta que se encontraron a una distancia de entre veinte y treinta metros del enemigo. Hicieron casi todo el trabajo de excavación por la noche, y se mantenían fuera de la vista durante el día. Por la mañana camuflaban su trabajo, y lograron llegar casi hasta allí. Lo hicieron a lo

largo de ocho días, avanzaron unos sesenta metros cavando. No hicieron falta muchos hombres; trabajaban por turnos –dos hombres cada vez. No lanzaban la tierra fuera de la trinchera sino que la transportaban hasta el Volga. Así fue como nos preparamos para el ataque. El ataque en sí se programó para las diez de la mañana del 3 de diciembre. Fui al puesto de observación de la 7.ª Compañía, 42.º Regimiento. Allí estaba el comandante del regimiento, mientras que el comisario Vavilov se quedó aquí. Fue al puesto de observación de la conducción. Desde mi puesto de observación podía ver el edificio en forma de L, el almacén de intendencia y la plaza Nueve de Enero. En cuanto a Panijin, se le había ordenado lanzar un ataque por sorpresa sin preparación de artillería. Debía entrar en el edificio en forma de L a las seis de la mañana, asegurarlo, y empezar a atacar el Colegio n.º 38 a las diez de la mañana. Aquella noche hubo el habitual fuego de artillería hasta las cuatro de la madrugada, cuando toda nuestra artillería dejó de disparar. A las seis de la mañana, el 34.º Regimiento debía tomar al asalto el edificio en forma de L. Y el 42.º Regimiento tenía que atacar a las diez. Habíamos previsto preparación de artillería a partir de las 6.15, con un bombardeo constante hasta las 9.40, a fin de destruir algunos puntos de fuego específicos del enemigo. Trajimos cañones para disparar directamente contra el dispensario. Conseguimos una compañía de lanzallamas, veintiocho hombres, y pusimos diez de ellos a las órdenes de Panijin en el edificio en forma de L, y dieciocho en el 42.º Regimiento. Su misión era achicharrar a los alemanes para obligarles a salir de los sótanos a medida que íbamos tomando aquellos bastiones.

Anteriormente habíamos intentado tomar aquellos edificios en muchas ocasiones, pero no fuimos capaces de defenderlos porque no teníamos la suficiente determinación. Los alemanes lanzaban un contraataque, y nuestros soldados o bien se retiraban a sus trincheras o morían allí. Tuvimos que organizar un grupo que se quedara y asegurara el lugar después de que lo tomáramos.

El plan en sí estaba bien meditado. A las seis de la mañana un grupo entró en el edificio en forma de L sin disparar un solo tiro. Tomamos de inmediato el control de las plantas superiores. Había seis. Nuestros hombres entraron sin más y empezaron a disparar contra las estancias, en todas las plantas. Nosotros teníamos el control de la planta más alta, y ellos estaban más abajo, y también en la séptima [sic] planta. Fue un combate cuerpo a cuerpo –literalmente a puñaladas y golpes. Una vez terminado el combate, tuvimos que sacar los cadáveres, tanto los nuestros como los de ellos. Sin embargo, quedaba la cuestión de sacar del sótano al resto de los alemanes. Si no lo hacíamos, más tarde íbamos a tener problemas. Pero allí abajo había sesenta hombres. Al final capturamos diecisiete ametralladoras, dieciocho fusiles, algunos subfusiles, lanzallamas, dos cañones anticarro y algunos morteros.

A las diez en punto, mientras yo me encontraba allí, iniciamos el ataque contra el edificio del ferrocarril. Lo tomamos. Los hombres capturaron a un prisionero, y el resto de los fascistas eran cadáveres. Murieron algunos de los nuestros, y otros acudieron el Colegio n.º 38, donde el enemigo estaba lanzando un contraataque en el edificio en forma de L. Yo le había dicho a Zhukov, comandante en funciones del batallón, que ideara un plan de fuego adecuado. Organizó muy bien las cosas antes del ataque. Estableció los puntos de fuego y los grupos de asalto, les dio a los soldados misiones claras para que todos supieran quién tenía que ir adónde y cómo. Pero se le olvidó un «pequeño detalle» de crucial importancia. Los grupos de asalto no iban a llevar consigo ametralladoras pesadas, que debían permanecer en la retaguardia con una misión de apoyo. Y no las enterró, sino que las ocultó en las esquinas, una a la izquierda y otra a la derecha. Cuando atacara la infantería, esas dos ametralladoras tenían que eliminar los puntos de fuego del enemigo. Pero Zhukov no las colocó en búnkeres, lo que las habría protegido de los morteros. Cuando atacó la infantería, los alemanes fueron directamente a por nuestras ametralladoras con sus morteros. La primera quedó fuera de

combate, y después la segunda, pero la infantería ya había emprendido el ataque. Los nuestros estaban siendo diezmados por el fuego alemán. Entonces Zhukov salió empuñando su revólver al grito de «¡Por Stalin, por la patria –adelante!». Pero nosotros no podíamos darle ningún fuego de apoyo. Yo mismo me encontraba allí, a tan solo sesenta metros de distancia, y tuve que poner fin de inmediato a aquel desorden. Murieron ocho soldados, y otros veinte resultaron heridos. Sufrimos bajas porque no habíamos debilitado lo suficiente los puntos de fuego enemigos, y los nuestros habían quedado fuera de combate.

El segundo grupo estaba encabezado por el comandante de batallón Andrianov. Él había atrincherado sus ametralladoras. Cuando los alemanes empezaron a devolverles el fuego, ellos pudieron seguir disparando sin problemas. El grupo se lanzó al asalto, abrió brecha, y empezó a combatir en el interior del edificio. Y así fue como logramos tomar el edificio del ferrocarril. Un grupo siguió hasta el Colegio n.º 38, pero no tenía suficientes efectivos para terminar la tarea. Nosotros pensábamos que los alemanes tenían entre veinte y treinta hombres, pero allí había una compañía entera, setenta hombres.

Cuando me enteré de que estaban combatiendo en el edificio en forma de L, le dije a Panijin que había que despejar el edificio por el medio que fuera, costara lo que costara. Panijin movilizó a sus hombres, los organizó. Kutsarenko era su subcomandante de operaciones. Le ordenaron que eliminara al enemigo del sótano. Allí había muchos alemanes. En un sótano abrimos una brecha con palanquetas a través del techo y les atacamos con tres lanzallamas. Allí había veinte alemanes, y todos murieron abrasados. En otro sótano pusimos 250 kilos de TNT en el piso superior y detonamos la carga, y así acabamos con ellos. Después los nuestros saltaron al sótano y se encargaron de los que quedaban. Unos pocos alemanes lograron huir.

La batalla duró veintiséis horas. Por la mañana ya habíamos despejado y asegurado completamente el edificio. Ahora ya solo había treinta metros

entre nosotros y los alemanes. Ninguno de los nuestros pudo tomar el Colegio n.º 38. Aquel edificio era muy importante. Desde allí se podía ver todo Stalingrado.

Descubrimos nuevas maneras de hacer las cosas. Cavilando un poco se puede encontrar la manera adecuada. Era difícil entrar en los sótanos, y estaban a salvo de la artillería. De modo que entrábamos a golpe de palanqueta, nos abríamos paso y entonces podíamos atacarles –con los lanzallamas les obligábamos a salir de sus baluartes, y después les hacíamos saltar por los aires.

Excavamos un túnel de cincuenta metros que pasaba por debajo del edificio de los trabajadores del ferrocarril a una profundidad de cinco metros. Y allí colocamos tres toneladas de TNT. Después reunimos el grupo de asalto. Tenían que atacar justo después de que explosionáramos el TNT. Aquello no salió del todo como estaba previsto. Nos habían mandado refuerzos, pero se negaban a moverse –eran uzbecos, muy malos soldados. Los fusilamos a todos. La orden decía que el grupo tenía que tomar al asalto el edificio de los trabajadores del ferrocarril inmediatamente después de la explosión, con fuego de apoyo. También había rusos, exploradores y soldados veteranos que sabían combatir. El grito que dieron fue fortísimo. Había tres puntos de fuego, y treinta soldados y oficiales alemanes. Aquel fue su final. Después llegó el momento de tomar al asalto el edificio. Un minuto y medio después de la explosión seguían cayendo tierra y piedras, y el cráter tenía sesenta metros de diámetro. Los grupos de asalto estaban en sus puestos, entre ellos y el edificio había una distancia de veinte metros. Yo había calculado que se quedaran quietos hasta que hubieran pasado noventa segundos desde la explosión, y que después necesitarían sesenta segundos para recorrer el terreno. Si todos entraban a la carrera tal y como estaba planeado, no debía de existir el mínimo problema para entrar y tomar el edificio. Les di dos minutos y medio para hacerlo. La explosión fue en el momento previsto, y todo el mundo estaba preparado. Incluso habíamos traído a los

zapadores para que cortaran las alambradas y lanzaran cargas de TNT por las troneras del enemigo. Los zapadores y los exploradores llegaron a la carrera, cortaron las alambradas, lanzaron sus explosivos, pero el grupo de asalto principal no se movió, se quedaron todos en su sitio. Los alemanes mataron a los zapadores y los exploradores, algunos resultaron heridos. El comandante del pelotón los agarró por el cuello y los remató. Los siberianos fueron los que combatieron mejor.

Me dieron mi primera condecoración en España, por Studgorodok, la segunda fue por Guadalajara, la tercera por Kiev, Járkov, Tim,[77] y por salir del cerco, y me distinguieron como Héroe de la Unión Soviética por todo lo que hice en España.

[Los historiadores de Moscú entrevistaron a tres miembros de la 13.ª División de la Guardia –al comandante Rodímtsev, a la enfermera Gurova (véase la entrevista siguiente), y a un oficial político del cuartel general de la división, identificado tan solo como el camarada Koren.[78] La conversación es breve y comienza con la evaluación de Koren:]

Estuve con el camarada Rodímtsev durante toda la guerra. Es un hombre abierto y directo. Esa es su característica más positiva. Dice lo que piensa, sin excepciones. Valora a los hombres exclusivamente por cómo combaten. Si le defraudas, o te asustas, aunque solo sea una vez, dejas de existir. Tiene mucha experiencia. No está dispuesto a morir por culpa de una estupidez.

Cuando estaban tomando el edificio en forma de L, Rodímtsev estaba en el molino con el 42.º Regimiento, y yo estaba allí con él. Había cierto peligro, por supuesto, porque el molino estaba bajo el fuego de la artillería enemiga, pero era un riesgo calculado por su parte: era el lugar más seguro desde donde podía verlo todo y dirigir la batalla. La víspera, uno de sus subcomandantes de compañía fue abatido por un francotirador. Fue una forma estúpida de morir. Pero Rodímtsev eligió un lugar desde donde podía ver la evolución de la batalla y observar lo que ocurría. Fue un

cálculo frío. Aunque a veces perdía los estribos, se enfadaba mucho. Recuerdo que una vez yo estaba trabajando en el regimiento. Fue cuando nos dirigíamos al Frente Suroeste, y avanzábamos desde el Don hacia el Volga. Nadie podía decir que estábamos retirándonos, estábamos combatiendo para lograr salir de allí.

Y otra vez fue cuando hicimos un alto en Oljovatka[79] y empezamos a contar carros de combate. Cuando llegamos a sesenta, nos cansamos y renunciamos. Eran todo carros de combate alemanes, que venían hacia nosotros. Rodímtsev simplemente no podía creérselo, se montó en un caballo y vino a vernos.

«¿Dónde están los carros de combate, hijos de perra?»

Estaban aproximadamente a trescientos metros.

Rodímtsev dijo: «No os preocupéis, están muy lejos».

No había puesto de mando, tan solo un pelotón en medio del campo, el comandante a lomos de su caballo, únicamente nosotros y él. Pero seguimos luchando desde dentro del cerco. Teníamos órdenes específicas de seguir luchando. Recuerdo que se cambió de uniforme y se puso sus medallas y sus condecoraciones: «Que esos bastardos vean a quién van a matar». [...]

LA ENFERMERA VERA GUROVA

El general Rodímtsev cifraba el número de bajas en su división durante las primeras semanas posteriores a su llegada a Stalingrado en más de 4.000. El relato de la enfermera Vera Gurova confiere a esa cifra una realidad concreta. Gurova, de veintidós años, ya había vivido muchas cosas –la Guerra de Invierno contra Finlandia y los intensos combates durante la retirada de las tropas soviéticas ante el avance de los alemanes durante el verano y el otoño de 1941. Pero en ningún lugar había visto tantos heridos como en Stalingrado. (No menciona a los muertos.) Cada día, su batallón médico atendía a entre seiscientos y setecientos nuevos

soldados heridos en el puesto de socorro avanzado. Por culpa del Volga, resultaba imposible trasladar rápidamente a los heridos al hospital de campaña al otro lado del río. Tan solo se les podía trasladar por la noche, y en un número limitado, debido al riesgo constante del fuego enemigo. Muchos de los heridos debían ser tratados y alojados en el campo de batalla, con los medios disponibles. El general Chuikov cuenta en sus memorias que la unidad de cirugía de la 13.ª División de la Guardia trabajaba en el interior de una gigantesca conducción de drenaje en la escarpada orilla occidental del Volga. Un informe secreto del NKVD confirma la dramática situación de los heridos en septiembre: «Durante el transcurso de los combates del 15 de septiembre, la 13.ª División de la Guardia sufrió cuatrocientas bajas y agotó toda la munición de sus armas automáticas. El transporte de los heridos a la orilla oriental del Volga es extremadamente difícil. El comandante de la 13.ª División de la Guardia no tiene medios para transportar a los heridos. Los heridos leves construyen balsas y cargan en ellas a los heridos graves. Para cruzar hasta la orilla oriental se dejan llevar por la corriente del Volga. Una vez en la otra orilla, vagan por las aldeas en busca de ayuda».[80]

Casi un millón de mujeres soviéticas, muchas más que cualquiera de las demás naciones beligerantes, prestó servicio en el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial, la mitad como soldados corrientes y las demás como enfermeras, telefonistas, lavanderas o ayudantes de artillería antiaérea. Las enfermeras tenían que asumir que iban a ser enviadas a la línea del frente y que tenían que atender a los heridos bajo el fuego enemigo. Al igual que el resto del personal médico que entrevistaron los historiadores de Moscú, las enfermeras participaron sin la mínima queja.

Aparentemente, a Gurova le parecía bien la eliminación de los papeles diferenciados por género en la guerra: «Creo que en el Ejército una mujer resulta igual de útil que un hombre», explicaba con confianza. Debido a

sus logros, Gurova exigió ser miembro del partido aunque no hubiera militado en el Komsomol.

El general Chuikov y otros comandantes y oficiales políticos entrevistados en Stalingrado elogiaban a las mujeres que prestaban servicio en el ejército, y reconocían que algunas demostraban tener más aguante que los hombres. De lo que no hablaban, y a lo que Gurova tan solo hace alusión, era de la difícil situación de las mujeres en el Ejército Rojo. No solo tenían que «echarle valor»; además tenían que afrontar con estoicismo las agresiones sexuales de sus superiores. Y ahí de nuevo Gurova interioriza el punto de vista masculino y critica a algunas enfermeras de su unidad por seducir a los hombres. En la mayoría de los casos, la realidad era al contrario. Gurova menciona con orgullo que le concedieran la Medalla al Mérito en la Batalla por la campaña de Finlandia, aunque los soldados varones tenían otro nombre para esa distinción cuando se le concedía a una mujer: «Al Mérito en la Cama». Al final de la guerra, las acusaciones indiscriminadas contra las mujeres del Ejército Rojo se hicieron más fuertes. Las mujeres que entablaban una relación de pareja con los oficiales recibían el apodo de «mujeres de campaña», cuya abreviatura en ruso era «PPSh»,[81] que también era el nombre del subfusil del ejército soviético. Las dudas sobre su integridad moral dificultaron la reinserción de muchas mujeres a la vida civil después de la guerra. En muchos casos, las veteranas de guerra no le contaban a sus familiares sus experiencias en el conflicto.[82] No se sabe nada de la vida de Vera Gurova después de la contienda.

TRANSCRIPCIÓN DE LAS ENTREVISTAS REALIZADAS EN EL FRENTE DE STALINGRADO DURANTE LA DEFENSA DE STALINGRADO

Stalingrado, 7 de enero de 1943
Entrevista realizada por el secretario científico A. A. Belkin
Estenografía por A. I. Shamshina

62.º Ejército
13.ª División de Fusileros de la Guardia
Enfermera Vera Leontievna GUROVA[83]

Nací en 1920 en Krivoi Rog, en la región de Dnetropetrovsk. Soy ucraniana. Terminé mi formación médica en Krivoi Rog, y después me presenté voluntaria para el Frente Finlandés. Me especialicé como enfermera quirúrgica y trabajé allí como enfermera jefe de cirugía. Por la campaña de Finlandia me concedieron la Medalla al Mérito en la Batalla, y por Kiev recibí la Orden de la Estrella Roja. He recibido otra Orden de la Estrella Roja en esta división. Me la impuso el coronel Vavilov. Fui condecorada por los combates en Tim en virtud de un decreto del Frente del Don.

En Kiev las cosas estaban mal, pero no tan mal como en Stalingrado. Los proyectiles de mortero y de artillería explotaban a nuestro alrededor mientras trabajábamos, todo se venía abajo, y todo ello mientras nosotros intentábamos realizar operaciones complicadas. Trabajo en un batallón médico. En Kiev nuestras condiciones de trabajo no eran tan malas. Estábamos en un hospital grande, y aunque nos encontrábamos al alcance de la artillería, no nos perturbaba tanto como aquí. Aquí ingresaban entre seiscientos y setecientos heridos cada día. Hemos tenido que trabajar día y noche. Nuestro edificio estaba constantemente viniéndose abajo. El batallón médico se ubicó en la otra orilla del Volga, con un segundo escalón en Burkova,[84] mientras que este lugar era simplemente un puesto de socorro de la línea del frente. Yo antes estaba allí, pero he venido aquí como refuerzo porque ahora allí no hay tanto trabajo como aquí.

Todas las operaciones complicadas se realizan a nivel de batallón en unas condiciones más pacíficas. No habría manera de operar a alguien aquí y tenerle hospitalizado entre cuatro y seis días. Ahora mismo la cosa está más tranquila y no hay muchos heridos, pero antes teníamos muchísimos.

La mayoría eran heridas de metralla de mortero, de artillería o de bombas. En Stalingrado la mayoría de nuestros casos son heridas de metralla. Antes, cuando estábamos en Járkov, nuestros puestos de socorro avanzados no eran tan importantes porque podíamos llevar a los heridos al puesto de socorro del batallón. Pero en Stalingrado los puestos avanzados desempeñan un papel mucho más importante. Operamos a personas con heridas abdominales y les tenemos un tiempo hospitalizados. Si los trasladáramos al batallón podrían haber muerto cuando llegaran. Les trasladamos en camillas.

El mando del ejército estableció este puesto de socorro avanzado durante la batalla debido a la escasez de transporte. El puesto tenía dos cirujanos, una enfermera jefe y una enfermera. A los heridos les ponían una transfusión de sangre y les operaban, y después de unos días de recuperación en un refugio subterráneo, los enviaban al otro lado del río. Yo estaba allí, porque el grueso de la carga de trabajo recaía en esa sección del batallón médico del segundo escalón. Nunca hemos experimentado una situación tan terrible como la que hemos vivido aquí. Yo nunca había visto tantos heridos.

Aquí he llegado a la conclusión de que las enfermeras también tienen que ser cariñosas y alegres. Los heridos están pendientes de ti. Observan cómo te comportas durante los bombardeos aéreos, y reaccionan en consonancia con lo que ven. Recuerdo una vez que nos estaban bombardeando nada más terminar de operar, y los hombres seguían todavía en las mesas. Eso fue en Kiev. Había veces que tenía que quedarme con ellos. En el puesto de socorro de la división nuestra sala de operaciones estaba en una tienda. Había muchos aviones en el aire. El cirujano terminó y se fue, pero todavía quedaban seis pacientes en las mesas pendientes de que los sacaran de allí. Entonces fue cuando empezó el bombardeo. Nos quedamos con ellos, yo y otra chica, y ellos nos miraban y nos decían: «Marchaos, poneos a salvo –nosotros ya estamos heridos».



Una enfermera en Stalingrado, 1942.

No teníamos ningún sitio adonde ir. Y además, ¿cómo podíamos marcharnos con aquellos hombres mirándonos así? Eso me ocurrió dos veces. Yo sé que el soldado está herido y con dolor, y él sabe que incluso un trozo de metralla puede causar mucho daño. Pero la idea de abandonar a un hombre herido ni se me pasa por la cabeza. Eso es lo que pienso cuando vuelvo a entrar en la tienda para atenderle. Estoy aquí para salvarle. No estoy casada.[85]

Yo puedo hablar de lo que sentía por mi trabajo exactamente igual que cualquier soldado puede contar historias sobre los ataques contra el enemigo. Había veces en las que te pasabas de pie dos días seguidos sin darte cuenta, sin hacer otra cosa que atender a los heridos. Como enfermera jefe, me daba cuenta de que tenía que ser al mismo tiempo una enfermera militar cualificada y una excelente organizadora. De modo que,

cuando nos trasladamos a una nueva ubicación, el cirujano me encarga, por ser la enfermera jefe, que me asegure de que nuestras instalaciones estén preparadas. La otra enfermera jefe y yo debemos organizar las cosas para que todo esté listo y que todo el mundo esté en su puesto. Allí yo solo ayudaba en las operaciones simples, de modo que acabé dedicando todo mi tiempo a las tareas organizativas. Tenía que asegurarme de que tuviéramos todo lo necesario para que el trabajo pudiera proseguir. Si nos quedábamos sin algo, los cirujanos y las enfermeras no iban a tener más remedio que parar.

Hubo un paciente que nos hizo romper a llorar. Era un joven teniente, nacido en 1922. Ocurrió en Burkova, en octubre. Cuando llegó estaba herido, y hubo que amputarle las piernas. Era de Ucrania. Toda su familia –su madre, su padre, su novia– se había quedado allí, y él no sabía si estaban vivos. Nos estaba contando todo aquello y expresando el gran odio que sentía por el enemigo antes de que le amputaran las piernas, mientras le preparaban para la operación, y después estuvo media hora en la mesa de operaciones. La operación se realizó con anestesia. Después le dimos de comer y de beber, y él nos pedía que le vengáramos todo el tiempo que permaneciéramos en Stalingrado. Después le enviaron a un hospital en la retaguardia.

Muy pocos de los heridos graves se desanimaban o empezaban a pensar únicamente en sí mismos. La mayoría seguía con la moral alta, y si acaso se desmoralizaban tan solo un momento durante la operación. Después, el soldado empezaba a contarnos cómo le habían herido, y a manifestar su ira y su deseo de vengar a la patria. Algunos de los soldados con heridas leves llegan aquí y ya no piensan en sí mismos como hombres. Otros llegan con heridas graves pero sin desanimarse.

Llevo cinco años como enfermera quirúrgica, y la carnicería no tiene fin. Nunca había visto semejante cantidad de sangre hasta ahora. Sé que debería olvidarlo –es mi trabajo. Pero por supuesto eso no significa que no sienta empatía por los heridos, o que les vea con indiferencia. He visto

muchas cosas, pero no debería comportarme de una forma que influya en mi manera de tratar a los heridos. Durante una operación difícil, si mi mente está en otro lugar, y no estoy pendiente de la operación, no puedo hacer nada bien.

No estoy en el Komsomol, pero voy a pedir el ingreso en el partido

Creo que una mujer en el ejército es igual de útil que un hombre, con algunas excepciones, por supuesto. Pero esas excepciones también existen en tiempos de paz. A veces me siento verdaderamente ofendida al ver que alguien trata con desprecio a una mujer: ¿una mujer en el ejército? Yo sé que me alisté en el ejército para cumplir con mi deber. Que la gente piense lo que quiera.

UN TENIENTE DE ODESA: ALEXANDER AVERBUJ

Las siguientes entrevistas con el teniente primero Alexander Averbuj y con el teniente coronel Alexander Gerasimov ofrecen un cuadro de un regimiento de la 35.ª División de Fusileros de la Guardia mientras defendía la ciudad contra las tropas de las divisiones pánzer alemanas que avanzaban desde el Don en agosto y septiembre de 1942. La división se formó a principios de agosto con tropas del 8.º Cuerpo Aerotransportado, cerca de Moscú, y fue desplegada de inmediato en el Frente de Stalingrado, donde iba a integrarse en el 62.º Ejército. El viaje a Stalingrado duró cinco días, y fue reiteradamente interrumpido por los ataques aéreos enemigos. Casi todas las estaciones a lo largo del trayecto habían sido destruidas en los bombardeos. Gerasimov pudo ver los cadáveres de los soldados soviéticos en los vagones de tren carbonizados a lo largo del terraplén. Era la primera vez que muchos de los soldados de Gerasimov experimentaban un bombardeo enemigo, y eso exigía, según sus palabras, que «había que darles un repaso». En los extractos de las entrevistas, Gerasimov describe el caos de las semanas posteriores, y señala la deficiente coordinación entre los mandos del ejército y los

comandantes sobre el terreno, así como la mala calidad de la información de inteligencia soviética sobre el enemigo.

Su regimiento fue estacionado en un primer momento en la orilla oriental del Don. Tras una brutal jornada de marcha de más de treinta kilómetros bajo un calor abrasador –los soldados tenían que cargar con todo su equipo y su armamento, incluido el cañón de 45 mm del regimiento– llegaron a su destino: Peskovatka. Allí el regimiento debía construir una cabeza de puente al otro lado del río. Para entonces, los alemanes ya habían concentrado varias divisiones en la orilla del río, de modo que les enviaron una nueva orden: detener el avance alemán en las inmediaciones de Kotluban, a otros veinte kilómetros al nordeste. Poco después recibieron la orden de detener el avance alemán, que para entonces había abierto brecha cerca de la localidad de Bolshaya Rossoshka, a treinta kilómetros al oeste de Stalingrado.[86] En medio de la confusión, perdieron el contacto con el convoy de suministros.

Aunque al regimiento se le habían agotado los víveres y la munición, el mando del frente ordenó a Vasili Glazkov, comandante de la división, tomar una colina cercana. Glazkov informó por teléfono a sus jefes de batallón que estaba dispuesto a ejecutarles personalmente si no lo lograban. Mientras tanto, llegó un telegrama del cuartel general del ejército elogiando a los soldados y los comandantes de la división por su «valentía» y su «heroico valor», e instándoles a aniquilar a la «manada de fascistas». Gerasimov mandó leer aquel telegrama a sus tropas justo antes del comienzo de los combates. El regimiento tomó la colina, pero perdió a 350 hombres en aquella acción. Unos días después el regimiento abandonó la colina cuando la 24.ª División Pánzer alemana la rebasó por ambos lados y amenazaba con rodearla. El relato del teniente primero Averbuj describe la posterior retirada y los incesantes combates contra la 14.ª y la 24.ª Divisiones Pánzer en los suburbios del suroeste de Stalingrado.



Una unidad del Ejército Rojo cerca de Stalingrado, agosto de 1942.

El teniente, de veintidós años, se mostraba locuaz, y hablaba francamente de su disoluto pasado de vagabundo y de ladrón. No llegó a ser «humano» hasta que no ingresó en las instituciones del Estado soviético. Su biografía se parece a la de los jóvenes indigentes de los escritos de Andréi Makarenko, el educador reformista ucraniano, unos jóvenes que encontraron su «camino en la vida» a través de una serie de medidas disciplinarias y motivacionales ad hoc.[87] Otras instituciones soviéticas de la era anterior a la guerra, entre ellas la NKVD, hablaban de «volver a forjar» a esas personas: una reeducación, en ocasiones violenta, de los «enemigos de clase» para convertirlos en ciudadanos soviéticos sensatos. El testimonio de Averbuj deja claro que los soldados del Ejército Rojo seguían pensando según las categorías de transformación y autorrealización de la era revolucionaria.

La entrevista de Averbuj es insólita porque no la llevó a cabo un representante de la Comisión Histórica, sino un comisario político de la compañía de Averbuj, Innokenti Gerasimov.[88] En una carta fechada en noviembre de 1942, Gerasimov fue a ver a Isaak Mints con la idea de escribir la historia del Regimiento de Guardia. Mints escribió a la administración de la reserva del Ejército Rojo pidiendo que dispensaran del servicio de armas a Gerasimov durante dos meses, para que pudiera ayudar a la comisión. La colaboración entre Gerasimov y Averbuj recuerda al dúo formado por los comisarios Furmanov y el comandante Chapayev durante la guerra civil. De la misma forma que Furmanov ayudó al tosco Chapayev a aprender autocontrol y a tomar conciencia de sus actos, Gerasimov hizo de mentor de Averbuj en su proceso de convertirse en un combatiente modélico. No cabe duda de que Gerasimov tuvo que ver con la decisión de alistar a Averbuj en el partido después de que resultara herido el 28 de agosto, un suceso que en aquel momento marcó el clímax del desarrollo personal de Averbuj.

Fechadas el 17 de diciembre de 1942, las entrevistas con Averbuj y con el comandante del regimiento, Alexander Gerasimov (al que no hay que confundir con Innokenti Gerasimov), fueron las primeras transcripciones sobre la defensa de Stalingrado que llevó a cabo la comisión de Mints. Es muy probable que las entrevistas se realizaran en Moscú, donde ambos soldados habían sido enviados para ser condecorados: como Héroe de la Unión Soviética (Gerasimov) y con la Orden de la Bandera Roja (Averbuj). La estenógrafa, Alexandra Shamshina, formaba parte de la delegación que llevó a cabo las entrevistas en Stalingrado con muchos otros testigos presenciales de la batalla a partir de enero.

TRANSCRIPCIÓN

de la entrevista realizada al camarada teniente primero Alexander Shapsovich AVERBUJ

Comandante de una compañía de fusileros anticarro, 8.º Regimiento Aerotransportado de la Guardia

Entrevista realizada por I. P. GERASIMOV, Héroe de la Unión Soviética

17 de diciembre de 1942

Estenografía por Shamshina[89]

(Candidato a la Orden de la Bandera Roja)

Nací en Dubossari, en la RSS de Moldavia, y posteriormente me trasladé a Odesa, donde viví muchos años. Tenía once años cuando llegué a Odesa. Me escapé de casa, estaba solo. Conocí a algunos chicos de la calle y me hice amigo de ellos. La primera vez que participé en un robo menor todavía iba al colegio. Después renuncié a los delitos menores y pasé a hacer trabajos más serios. Me convertí en el jefe de una banda. Tenía catorce o quince años. Dejé de cometer yo los robos. Mis compañeros me traían todo el botín, y yo lo repartía, y mientras tanto seguía yendo al colegio. He viajado por toda la Unión Soviética. No hay una sola ciudad de la Unión Soviética en la que no haya estado.

Después abandoné la escuela secundaria, empecé a ir a clases nocturnas, aprobé algunos exámenes –y mientras tanto seguía siendo un ladrón. Y entonces ya me resultó imposible seguir viviendo en Odesa. Me mudé a Tiraspol, donde aprobé mi último examen y decidí convertirme en un ser humano decente. Estuve estudiando todo el verano, pero seguía bebiendo, saliendo y quedando con chicas. En 1938 ingresé en un instituto industrial. La competencia era dura: ocho personas para cada plaza. Fui uno de los mejor clasificados. Durante el segundo curso decidí dejar aquella vida, quería ser alguien mejor. Me presenté voluntario al ejército. Todos mis amigos estaban en la cárcel. Yo era el único que quedaba. Después encontré nuevos amigos y volví a salir de juerga por ahí.

Yo quería mucho a mi madre, pero no quería a mi padre. Quería a mi hermano pequeño. Todos ellos influyeron en mí. Pero sobre todo yo quería a una chica del instituto médico. Ella también me quería, pero sólo

a condición de que renunciara a mi antigua vida. En Odesa empezaron a llamarme Sashka Borrón. A partir de ahí decidí dejar a un lado mi antigua vida y empecé a estudiar. En el instituto me iba bien, y había dejado de robar; pero mis antiguos amigos me estaban ayudando. Había veces que salía y veía que mis amigos se lo estaban pasando muy bien –pero yo no podía. Yo quería a aquella chica y tuve que renunciar a mis amigos.

En 1938 me presenté voluntario al ejército. Solicité ingresar en el cuerpo de carros de combate, pero no pude entrar por mi edad. Me alistaron en el regimiento local, el 138.º de Fusileros. Estuve un año como soldado raso en la oficina de personal, y me licencié en la academia del regimiento. Después me nombraron jefe de pelotón. Más tarde, por orden del comisario del Pueblo, todo el que hubiera terminado la educación secundaria y tuviera algo de educación de tercer nivel podía acceder a las academias militares. Yo pensé que podía intentar entrar en el instituto de aviación. Presenté mi solicitud y la aprobaron. Pero justo en aquel momento me pidieron que fuera con un grupo a la 1.ª Academia de Artillería de Kiev. Aquello me gustó, y decidí quedarme. Me licencié en aquella academia, y me quedé con el grado de jefe de pelotón. Formé parte de un regimiento de cadetes que partió para el frente a las nueve de la noche del 22 de junio [de 1941].

Nuestro campamento estaba en Rzhishchev.[90] Dispararon una salva de tres cañonazos y partimos hacia el frente. (Todos estábamos muy animados antes de salir para el frente.) La primera vez que nos disparó la aviación enemiga fue el día 26. Estábamos en un bosque muy grande, de modo que dejamos la carretera y nos pusimos a cubierto. Sufrimos algunas bajas –unos diez heridos en nuestro regimiento. Nada grave. Pero sufrimos bajas más graves en la aldea de Zhuliani,[91] donde el enemigo vino directamente contra nosotros. En aquel momento yo era el jefe del 1.º Pelotón de Artillería. He vivido muchas cosas, pero nunca he sido un cobarde. Me preocupaba quedar como un miedoso delante de mis subordinados. La batalla terminó en victoria. El enemigo fue derrotado.

Los alemanes eran insistentes. Mi batería les disparó a corta distancia con bote de metralla. Yo resulté herido. Después de aquella batalla me ascendieron a teniente, cuando partimos de Kiev hacia Krasnoyarsk. Estuvimos tres meses combatiendo. Nuestro regimiento fue relevado por otras unidades [...].A partir de agosto [de 1942] fui comandante de una compañía en un regimiento de fusileros anticarro, y fui al frente con ellos.

Yo daba formación a los soldados de mi batería cuando todavía estábamos en la retaguardia. Yo les tranquilizaba, les mandaba hacer maniobras nocturnas, marchas nocturnas de cien kilómetros por terreno abrupto, a través de los pantanos, del agua, etcétera. Tuvimos una inspección. Durante un ejercicio con fuego real mi batería consiguió una calificación de excelente.

Sentí una gran alegría cuando la brigada pasó a denominarse Regimiento de la Guardia, en primer lugar porque el regimiento, sin ser [...] había conseguido aquel título de la Guardia, y en segundo lugar porque para entonces estábamos de camino a Stalingrado, donde vivían mi madre y mi hermana.

El 5 de agosto de 1942 salimos hacia el frente. Mi compañía estaba formada por tres pelotones. El 1.º Pelotón estaba comandado por el teniente Kanonetko, el 2.º Pelotón por Miasnikov, y el 3.º por Kopeykin, que había resultado herido en una pierna. Mi subcomandante era el teniente Novoshitski, y Gerasimov[92] era el comisario político de la compañía. Partimos todos hacia el frente. Se organizaron unas clases de camino hacia allí. Gerasimov dirigía los debates, y mi segundo y yo nos encargábamos de la instrucción de combate.

Llegamos a Stalingrado el día 10. Después de apearnos de los trenes, nuestra compañía marchó hasta Gavrilovka, donde nos atrincheramos y tomamos posiciones. La primera batalla empezó el 21 de agosto. Le pedí unos cuantos periódicos al comisario político Gerasimov y recorrí en coche las unidades para repartirlos y para hablar con los hombres. Pero antes de que llegáramos al 2.º Batallón, dos de nuestros vehículos

quedaron inutilizados por el fuego de las ametralladoras, y los conductores resultaron heridos. Tenían impactos de bala en las manos. Yo les vendé las heridas. Decidimos ir corriendo hasta los batallones, pero uno de los conductores me agarró y no me soltó.

No muy lejos de nuestros vehículos había un grupo de tropas aerotransportadas que se habían dispersado durante el bombardeo. Algunos soldados estaban heridos. Yo los reuní a todos y puse al mando al teniente Sosnin. Le dije que era responsable de todos y cada uno de aquellos hombres, y que cuando terminara el bombardeo tenía que presentarse en el puesto de mando del regimiento.

Por supuesto, no tuve ocasión de repartir los periódicos. Los combates eran muy violentos. Volví al puesto de mando del regimiento. Me ordenaron avanzar para averiguar dónde estaban los carros de combate enemigos y destruirlos. Fui con un destacamento que pertenecía a Aratiunian, un teniente primero. Al principio de la batalla de carros de combate había cuatro tanques nuestros contra ocho del enemigo. Dos de los nuestros estaban ardiendo, pero sus tripulaciones no podían salir. Fui con dos soldados, Leonovi y Matiuja, trepamos a lo alto de los carros de combate y sacamos a un teniente y a dos sargentos. No pudimos llegar al segundo carro de combate porque estaba demasiado cerca de los alemanes. También logramos rescatar a un hombre que había sufrido quemaduras graves. Bondar y Karpenko se subieron al siguiente carro de combate y le sacaron de allí. Le enviaron a una unidad médica en Grechi, y los demás fueron al puesto del mando del 101.º Regimiento.

Entonces empezamos a disparar a los carros de combate con nuestros fusiles anticarro, y ellos se retiraron. Después nos dieron la orden de replegarnos, y eso fue lo que hicimos [...].

Luego fui al puesto de mando del batallón. Allí se había creado una situación muy difícil. No había ni un solo observador de artillería en las líneas del frente. Una columna motorizada avanzaba contra nosotros, y un grupo de carros de combate nos estaba flanqueando por la izquierda,

donde teníamos baterías anticarro, pero no teníamos a nadie para proteger nuestro flanco derecho. Todo aquello estaba sucediendo en la colina 137.2. Yo apunté, determiné la desviación inicial, y procedí a destruir la columna.

Estuve tranquilo todo el tiempo, porque estaba completamente absorto en mi tarea. Después dirigí nuestro fuego de artillería contra una columna de infantería que intentaba rodear nuestro flanco izquierdo. Había media docena de carros de combate y un par de pelotones de infantería. Repelimos sus ataques, los aniquilamos completamente. Por cierto, era un día cálido y soleado. Las dos de la tarde. Nubes de polvo y humo –no se podía ver nada, la luz del sol apenas podía pasar. Toda la columna fue destruida. Nuestros soldados habían neutralizado cuatro carros de combate y aniquilado dos pelotones de infantería.

Para señalar nuestro éxito a la hora de repeler el ataque alemán, el capitán Klashin organizó una cena en la línea del frente a modo de celebración. Trajeron nata agria y leche, algo de vodka, y cordero asado. Brindamos por haber derrotado a la columna. Incluso el comisario político Klashin me dio un beso.

Mi mayor alegría llegó aquella misma tarde, después de la batalla, cuando fui admitido como candidato a miembro del partido allí mismo, en la línea del frente. Aquella noche fui al puesto de mando a ver al coronel Gerasimov.[93] Le habían dicho que yo estaba muerto, y todo el mundo se sorprendió al verme aparecer sano y salvo.

El 8 de septiembre me ordenaron defender un sector determinado junto con el batallón del capitán Lizunov. Dimos una vuelta para echarle un vistazo al sector. Realmente no contábamos con muchos efectivos. Mi compañía ascendía a veintidós hombres y seis fusiles. Me llevé a mi compañía algunos hombres de la 20.ª Brigada Anticarro.

Inspeccionamos las posiciones de fuego, y todo estaba como tenía que ser. Asignaron los puestos avanzados al teniente Kashtanov y su pelotón. Lizunov se quedó en el flanco izquierdo, y yo fui con un pelotón al flanco

derecho. Acordamos que, en caso de ataque, lucharíamos hasta el final, y que ninguno de nosotros haría un movimiento sin los demás. Estábamos decididos a cumplir nuestra misión de combate o a morir en el intento. Yo le expliqué brevemente nuestra misión a los soldados, diciéndoles que teníamos que mantener la defensa a pesar de la superioridad de las fuerzas enemigas. Por la noche nos aseguramos que todos los soldados se alimentaran bien y después intentamos descansar un poco.

Los primeros disparos llegaron a las cuatro de la madrugada, eran disparos de un Vaniusha, el sistema de mortero alemán de seis cañones.[94] El enemigo lanzó su ataque. Había un muro ininterrumpido de carros de combate, con la infantería a su zaga. Teníamos un pelotón de fusileros anticarro en las trincheras, pero no estaban en una buena posición para disparar contra aquellos carros de combate, porque nosotros esperábamos que llegaran desde la derecha, mientras que en realidad llegaron rodeando una colina a nuestra izquierda, de modo que no disponíamos de una buena línea de tiro. Tuvimos que renunciar a las trincheras y disparar contra los carros de combate en campo abierto. Inutilizamos ocho tanques. Los alemanes los remolcaron y se los llevaron de inmediato. Quienes eliminaron aquellos carros de combate fueron los soldados Nikolayev, Bereznikov y Nikitin. Aunque Nikitin era un administrativo de intendencia, sabía utilizar un fusil.

Luchamos hasta el final. Cuando se nos agotó la munición, utilizamos las granadas para destruir los carros de combate. Los soldados se iban retirando a la izquierda y a la derecha. Habíamos perdido el contacto con el batallón. Me trasladé al puesto de mando de Lizunov. Lo único que me quedaba era un fusil y ocho cartuchos. Ordené a los hombres que no los malgastaran.

Trepé hasta el puesto de mando. Por el camino, el cargador de mi máuser se partió. Informé a Lizunov de la situación. Habíamos perdido toda comunicación con las compañías y con el cuartel general del regimiento. Si enviábamos a un mensajero a pie, lo matarían nada más

salir. Pero teniendo en cuenta que habíamos jurado aguantar hasta el final, eso era lo que íbamos a hacer. En el búnker sólo quedábamos el capitán Lizunov, su mensajero y yo. No teníamos a nadie más. No estábamos en contacto con nadie. Las tropas de la infantería alemana nos habían rebasado, y ahora estábamos en su retaguardia. Descubrieron nuestro búnker. Yo tenía mi máuser, una bolsa de cartuchos y un subfusil. Lizunov tenía un subfusil y tres granadas anticarro sin mecha. Decidimos salir uno por uno. Yo tenía que cubrirle. Él iba a avanzar doscientos metros y después saldría yo. Éramos tres.

Lancé las granadas anticarro. No explotaron. Para entonces el capitán Lizunov había corrido unos 150 metros y recibió un tiro en el muslo izquierdo. Me dijo: «No salgáis, lo tienen cubierto. Me han dado en una pierna». Yo corrí hasta él y le vendé la herida, pero la estaba apretando tanto que la venda se desgarraba constantemente. Intentaba darme prisa porque los alemanes estaban de camino. Por fin logré atar la venda, pero seguía saliendo sangre. Cargué a Lizunov a mi espalda y me arrastré unos cincuenta metros. Había un emplazamiento antiaéreo. Estaba intentando levantarle por encima del parapeto cuando me dieron en el muslo derecho. Ya había usado las vendas con el capitán Lizunov, de modo que tuve que arreglármelas sin ellas. Después de recuperarme un poco, empezamos a avanzar, yo ayudando al capitán. Seguimos avanzando durante dos horas. El capitán Lizunov daba pocas señales de vida, pero yo le oía susurrar, me decía que le dejara allí y que me salvara yo. Obviamente no le abandoné.

Fuimos gateando hasta Verjniaya Elshanka,[95] en la zona de la emisora de radio. Me senté erguido para orientarme y me volvieron a alcanzar. Dos tiros de subfusil en el lado izquierdo del pecho y en mi brazo izquierdo. Perdí el conocimiento. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente. Me desperté porque empezó a hacer mucho frío. Era tarde, más o menos las cuatro de la madrugada. Ya empezaba a clarear. Podía oír gente hablando alemán a mi alrededor. No veía a Lizunov por ningún lado. Decidí gatear

hacia un edificio. Eso fue el día 9. Pude ver que había soldados alemanes dentro. Decidí pegarme un tiro porque ya no me quedaban fuerzas, y no quería que me cogieran vivo. Pensé que no quedaba otra salida. Apreté el gatillo, pero el máuser estaba encasquillado por culpa de la arena y no disparaba. Mi brazo derecho todavía estaba bien. Anduve a gatas con el brazo derecho y por algún milagro llegué al puesto de mando de la división. Ya era mediodía. Allí me encontré con el coronel Yudin y con el jurídico militar Truppe. No logré encontrar al coronel Gerasimov. Pregunté por el general. Me dijeron que había muerto. Pensé que estaban bromeando, pero resultó ser cierto. Entregué mi informe de la situación al puesto de mando de la división.

Allí no pude conseguir vendas. Los subfusileros alemanes ya se estaban avanzando hacia el puesto de mando. Yo solo pedí que el Estado Mayor me diera un arma o que si no me llevaran con ellos. No me dieron un arma. Los alemanes avanzaban, y el Estado Mayor de la división se replegó a otro lugar. Yo tuve que huir gateando, solo. El segundo día, de alguna forma, logré llegar casi hasta Stalingrado –me faltaban solo trescientos metros– y entonces, por primera vez en mi vida, lloré: Stalingrado estaba tan cerca, pero yo no podía llegar. Me arrastré otros 150 metros, y por fin me recogieron un anciano y su hija, y me llevaron a su casa de Stalingrado. La hija me vendó las heridas y me dio algo de leche para beber. Se llamaba Zoya. Después me enviaron a la otra orilla del Volga. Me despedí del hombre y de su hija con un beso. Él lloraba por mí, como si fuera su propio hijo. Después de aquello estuve en el hospital.

ALEXANDER GERASIMOV, COMANDANTE DE REGIMIENTO

El siguiente extracto del testimonio del comandante de regimiento Alexander Gerasimov empieza donde acaba la entrevista con Averbuj, su jefe de compañía. La batalla del 8 de septiembre prácticamente aniquiló

dos regimientos soviéticos; Averbuj resultó gravemente herido y Vasili Glazkov, el comandante de la 35.ª División de la Guardia, murió en combate.[96] Según la información aportada por el general Chuikov, a fecha de 12 de septiembre, en la 35.ª División de la Guardia ya solo quedaban 250 hombres aptos para el combate.[97] El regimiento de Gerasimov absorbió a los soldados restantes e inició una retirada. El 20 de septiembre, el elevador de grano situado en el extremo sur de la ciudad, donde habían encontrado refugio temporal, fue rodeado por tropas alemanas y rumanas. El nuevo comandante de la división ordenó que el regimiento se abriera paso a través de las líneas alemanas hasta el puesto de mando de la división, ubicado en la desembocadura del Tsaritsa. Gerasimov recuerda muy bien aquella salida del cerco, que fue la «batalla más extraordinaria» de su experiencia en Stalingrado. El caos siguió atormentando sus sueños mientras convalecía en un hospital militar.

A. S.[98]

TRANSCRIPCIÓN

de la entrevista realizada al teniente coronel Alexander Akimovich GERASIMOV

Comandante del 101.º Regimiento de la Guardia

17 de diciembre de 1942[99]

[...] A última hora del día 8 [de septiembre de 1942] todas nuestras unidades ya habían sido enviadas a las afueras de Stalingrado, donde recibimos la orden del comandante del 62.º Ejército de asumir posiciones defensivas dentro de la ciudad. Después perdimos toda comunicación, perdimos el contacto con nuestras subunidades, y cualquier posibilidad de enlace con nuestra artillería. Fue entonces cuando cayó el camarada general Glazkov, comandante de la 35.ª División. Primero fue alcanzado por fuego de subfusil en una pierna, a raíz de lo cual fue trasladado a un coche que a su vez fue ametrallado desde un avión. Aquello tuvo un fuerte

efecto en los comandantes de la batalla. Pero a pesar de lo difícil de la situación, los oficiales de mando de la 35.ª División lograron reunir de nuevo sus unidades y avanzar de inmediato para defender Stalingrado, y específicamente su zona más meridional, Kuporosnoye. El comandante de la 35.ª División[100] recibió la orden de defender la zona al sur de Kuporosnoye y de cortar la línea férrea Stalingrado-Beketovka. El 9 de septiembre se desplegó allí lo que quedaba de las unidades. El grueso de las fuerzas enemigas se dirigía al punto donde habían confluido los Ejércitos 62.º y 64.º, en algún lugar entre Beketovka y Stalingrado. Los carros de combate y los soldados alemanes atacaron nuestras unidades en aquella confluencia, avanzando hacia el este desde el sur.

Nuestra división y todo aquel personal restante –no mucho más de mil hombres– mantuvieron la defensa de Stalingrado desde el 9 de septiembre hasta el 21 de septiembre, dentro de la propia ciudad. Hubo intensos combates a lo largo de todo aquel periodo. Mi regimiento fue el único que quedó en la división. El día 8, tanto el 100.º Regimiento como el 102.º fueron borrados del mapa. Recogieron a los supervivientes de dichos regimientos y los trajeron a mi 101.º Regimiento de la Guardia. De modo que a la división tan solo le quedaba el 101.º Regimiento de la Guardia, combinado, conmigo al mando, y desde el 9 hasta el 21 de septiembre estuvimos realizando operaciones defensivas en Stalingrado.

Tengo que mencionar que en las líneas del frente del interior de la ciudad había aproximadamente una división de tropas alemanas, y también algunas rumanas.[101] En Stalingrado, el teniente Panichkin y su grupo aniquiló un pelotón de rumanos y capturó a su oficial al mando. Panichkin no fue por voluntad propia. Yo le había ordenado que llevara a su pelotón hasta el elevador de grano y que dejara allí a un escuadrón para cubrir mi flanco. Dejó dos de sus escuadrones y se llevó otro a las inmediaciones del elevador. El pelotón rumano estaba en la línea del frente con su comandante. Panichkin ordenó a sus hombres que abrieran fuego. Empezaron a disparar, e hirieron a diez o doce, y el resto salió

corriendo. El oficial se escondió detrás de un edificio. Panichkin se lanzó sobre él antes de que tuviera la oportunidad de desenfundar su pistola. Panichkin le agarró por el brazo y empezó a retorcérselo. El oficial gritaba. Cuando se dio la vuelta, Panichkin le golpeó en la cara. El oficial cayó al suelo. Entonces llegaron los hombres de Panichkin y lo inmovilizaron. A través de él se enteraron de que en aquella zona estaban las tropas rumanas. Los rumanos estaban en primera línea, con fusiles, y detrás de ellos estaban los alemanes con ametralladoras. A veces los rumanos se lanzaban al ataque. Atacaban en grupos de entre quince y veinte hombres, aproximadamente. Gritaban al tiempo que corrían, y las ametralladoras les proporcionaban fuego de cobertura. Daban unos gritos muy agudos, y el sonido llegaba realmente muy lejos. Llegaban corriendo hasta la línea avanzada. Nuestros hombres salían en tromba, diez o quince contra sus treinta. Los rumanos dejaban caer todo lo que llevaban encima, incluidas sus cantimploras y sus cartucheras, y salían corriendo. Pero entonces empezaban a disparar las ametralladoras alemanas. Disparaban también contra los rumanos. Con eso dejaban de correr. Les disparaban desde dos lados. [...]

Un reducido número seguimos defendiendo Stalingrado hasta el día 21. El día 21 tan solo me quedaban algo más de cien hombres [...].

En torno a las diez de la noche del día 20 recibí una orden por escrito del comandante de la 35.ª División, el camarada coronel Dubianski, que decía: «Al comandante de la 101.ª División de Fusileros de la Guardia, teniente coronel Gerasimov. Dos batallones de la 92.ª Brigada de Fusileros van a ir a relevarle. Consiga una confirmación por escrito de que usted ha transferido la responsabilidad de esa área defensiva, y después sigan defendiendo juntos esa área hasta nueva orden [...]»

El día 21 por la noche recibí una segunda orden por escrito. Para entonces el enemigo ya me había aislado de mis unidades de campo en nuestro flanco derecho y había llegado hasta el Volga. Eso significaba que yo había quedado aislado del puesto de mando de la división. El enemigo

nos atacó con una batería de morteros, con ametralladoras ligeras y pesadas. Eran entre 150 y doscientos hombres en total. Tenían a su disposición la artillería situada por encima del Volga, y nos habían aislado del puesto de mando de la división y de nuestras unidades de campo de nuestra derecha.

La orden me la entregó un mensajero que había logrado infiltrarse a través de las posiciones alemanas y seguía vivo. Era uno de los soldados que me habían dado como refuerzo, y ni siquiera me acuerdo de su nombre. La orden era del coronel Dubianski. Dubianski también me enviaba algo de vino, un poco de vodka y dos latas de comida –para ayudarme a seguir en la brecha, a la vista de que no nos estaban llegando demasiados víveres. Los víveres nos los hacían llegar en pequeños botes.[102] Y así, por la presente, se ordenaba al teniente coronel Gerasimov que reuniera a los hombres y oficiales que le quedaban y acudiera al puesto de mando de la división en la zona del río Tsaritsa. En aquel momento el puesto de mando de la división estaba a orillas del Tsaritsa.

Fue una batalla extraordinaria. No sería capaz de repetirla. En mi momento más bajo de todos, pensé: si no lo consigo, vendrán otros y contarán nuestra historia. [...]

Después de recibir las instrucciones del coronel Dubianski, comandante de la 35.ª División de la Guardia, envié a un mensajero para que llamara al comisario. En aquel momento el comisario estaba con una de las unidades. Vino, y celebramos una reunión en un refugio subterráneo. También llamé al subcomandante de la 131.ª División y al comandante de la 20.ª Brigada de Fusileros. Naturalmente, comimos y bebimos juntos. En una lancha nos habían traído sandías, nata agria, pollos, huevos, vodka y manzanas frescas. Comimos bien, bebimos, y empezamos a debatir cómo podíamos salir del cerco. Necesitábamos abrirnos paso a través de cuatrocientos metros de formaciones de combate alemanas. Como yo era el oficial al que le habían dado la orden, me correspondía a mí encabezar la huida de aquellas cuatro unidades. Asumí

el mando de la misión que consistía en sacar de allí a los hombres que quedaban de aquellas tres [sic] unidades. Entonces los comandantes sugirieron que saliéramos en pequeños grupos de cinco o diez. Estábamos rodeados y aislados de nuestras unidades, el enemigo había abierto brecha tanto por nuestro flanco izquierdo, a lo largo del Volga, como por el flanco derecho, y también estaba atacando desde las principales líneas del frente. No teníamos elección. Teníamos que abrirnos paso a través de sus formaciones de batalla.

Yo me oponía a la idea de que las unidades salieran en grupos. Eso suponía acabar con la fuerza de combate que todavía nos quedaba. Decidimos abrirnos paso combatiendo, utilizando el elemento sorpresa para reforzar nuestro plan de acción. ¿Qué razones había para ello? El enemigo era más fuerte. Tenían aproximadamente doscientos hombres con morteros y ametralladoras, mientas que yo tenía aproximadamente setenta hombres, incluidos los comandantes [...]. Reunimos a todos los soldados y oficiales restantes, y les conté nuestra misión. Empezamos a reptar hacia el extremo avanzado de las defensas enemigas. Coloqué una ametralladora pesada en mi flanco izquierdo para cubrir la línea férrea y evitar que el enemigo trajera refuerzos por el Volga.

El ametrallador tenía tres cargadores de munición. Estaba solo. No tenía ayudante. Estaba en posición. Empecé a mover a los hombres y los oficiales que quedaban. Los alemanes nos descubrieron, y fuimos sometidos a un intenso fuego de ametralladoras pesadas y fusiles. Después lanzaron bengalas, y empezó un intenso fuego de mortero. Los hombres apenas eran visibles. Empecé a dar la orden de avanzar rápidamente hacia las formaciones de combate alemanas. Logramos llegar hasta allí. Tuve que animar a los hombres a avanzar. Corrí hacia adelante con el comisario y preparé dos granadas.

¿Qué nos salvó? Había un vagón de tren ardiendo al otro lado de las formaciones alemanas, y eso significaba que nosotros podíamos verles a ellos mientras que ellos nos veían con dificultad, porque los alemanes

miraban desde el mismo lado del que venía la luz. Yo me aproveché de ello e inmediatamente lancé a todo el mundo al ataque, corriendo por delante con el comisario, pistola en mano, gritando «¡Al ataque! ¡Por la patria! ¡Adelante!», y «¡Camaradas, ni un paso atrás, solo hacia delante!». Había unos quince alemanes dentro de un gran cráter. A unos treinta metros de distancia. Lancé una granada, después otra. Les oíamos aullar, chillar. Gritaban: «¡Rus, Rus!». Mis hombres me vieron lanzar la granada y empezaron a correr. Las bengalas y los morteros habían cesado, tan solo había fuego de subfusil y granadas de mano.

Cuando empecé a correr hacia delante, todos los soldados y los oficiales corrieron detrás de mí. Nos enzarzamos –nosotros y los alemanes– y combatíamos cuerpo a cuerpo. Con las bayonetas. Estaba oscuro: te encontrabas con alguien, veías que era uno de los tuyos, y pasabas al siguiente. Si llevaba una guerrera corta, significaba que era alemán. También se usaban las granadas. Realmente nos lanzaron muchas granadas, pero nosotros les pagamos con la misma moneda. Matamos a más de cien alemanes. Todo el mundo estaba revuelto, no se distinguía nada. Algunos gritaban: «¡Por la patria!». Otros gritaban: «¡Por Stalin!». Algunos blasfemaban. Yo gritaba sin parar: «¡Avanzad, quedaos conmigo, hacia el Volga!». Se oía gritar a los alemanes, sus heridos gemían. Los nuestros decían: «Me han dado, llevadme con vosotros». Los alemanes heridos aullaban. Era una pesadilla.

Cuando ataqué, los alemanes dejaron de disparar sus fusiles y sus subfusiles, empezaron a luchar únicamente con bayonetas y granadas de mano. Al parecer se habían quedado sin munición, habían usado todos sus cartuchos, no había tiempo para recargar durante el ataque. Nosotros también nos estábamos quedando sin balas. Recuerdo un teniente con un subfusil al que se le rompió la correa. Agarró el arma por el cañón y empezó a pegarles en la cabeza con el subfusil. Los alemanes echaron a correr. Nosotros corríamos detrás de ellos. Había un alemán corriendo

detrás de mí. El teniente Kulinich me dice: «Camarada coronel, un alemán».

Le disparé con mi subfusil y cayó. Iba corriendo sin nada, sin un fusil siquiera. Ahí fue donde mataron al teniente Panichkin.

Cuando lancé aquellas dos granadas pude ver qué tipo de combate iba a ser. Agarré una tercera granada de mi bolsillo, empuñé mi pistola con la mano izquierda y tiré del pasador. Había un grupo de entre cinco y ocho alemanes. Yo acababa de darme la vuelta y estaba a punto de lanzar mi granada cuando a su vez un alemán lanzó una granada, que me golpeó en el pecho. Antes de que explotara salieron unas chispas: el detonador estaba ardiendo. Rebotó en mi pecho y acabó cayendo a unos cinco metros de distancia. Yo solo tuve tiempo de taparme la cara con las manos. Tendría que haberme tirado al suelo, pero estaba un poco aturdido. Entonces explotó la granada, y sufrí heridas en mi antebrazo derecho –dos fragmentos– y por encima de la rodilla de mi pierna izquierda.

Entonces el comisario gritó: «¡Hurra!». Y fue justo entonces cuando una bala pasó rozándole la lengua, le arrancó unos cuantos dientes y salió por su barbilla. Una segunda bala le dio en el pómulo izquierdo. Gritó: «Alexander Akimovich, me han dado».

Yo le contesté: «A mí también. ¿Puedes andar?».

«Sí».

«Pues sigue adelante. Yo iré a buscar a más gente.»

El teniente Kulinich dijo que también le habían dado.

Tengo que hablarle del soldado Guliutkin. Cuando Shijanov, mi ayudante, desapareció el día 8, elegí a Guliutkin, un subfusilero, como su sustituto. Era un muchacho pequeño, delgado, sin ninguna característica distintiva, nacido en 1921 o 1922. A lo largo de todo el combate –atacamos tres veces– siempre estuvo justo detrás de mí, no se separó de mí ni un segundo. Siempre estaba preocupado por mi seguridad, y me avisaba: «Camarada coronel, está usted poniendo en riesgo su vida, podrían matarle –y todos estaríamos peor sin nuestro comandante».

En uno de aquellos ataques, en la zona de la serrería, donde nos llegó de refuerzo la compañía de zapadores del camarada Nazarov, di la orden de atacar al enemigo. El comandante de la compañía no conseguía que sus hombres se pusieran en marcha. Estaban bajo un intenso fuego de mortero, de ametralladoras y subfusiles. Era por la noche. Los edificios estaban en llamas. Mi gorra salió volando, se la llevó el viento. Yo iba por ahí sin ella, y les pregunté: «¿Por qué no estáis avanzando?». Desenfundé mi pistola.

«¡Salid!», grité. «¡Atacad de inmediato!» El enemigo había llegado a 150 metros de nuestras posiciones.

Pero no querían salir. Fui corriendo y me puse delante de la compañía, de pie con la pistola en la mano: «¡Camaradas, seguidme! ¡Vamos! ¡Al ataque! ¡Hurra!».

Ellos me miraban. Vi cómo aparecía una especie de sonrisa en sus rostros. Se levantaron todos, y la compañía entera me siguió al ataque. El soldado Guliutkin me dijo: «No corra por delante, hay ametralladoras».

Guliutkin siempre se colocaba entre el enemigo y yo, me protegía con su cuerpo. Cuando yo grité «¡Adelante!», él se dejó llevar por el momento, empuñó su arma y gritó: «¡Adelante!». Pero entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo y dijo: «No debe avanzar más, es demasiado peligroso».

Pero yo no podía hacer otra cosa, de modo que avancé.

Guliutkin iba agarrado de mi manga izquierda para asegurarse de que no me perdía de vista. Empuñaba su subfusil con la otra mano al tiempo que me protegía con su cuerpo. Le hirieron en los dos brazos. La misma granada nos alcanzó a los dos. Cuando hablo de él siempre pienso en que era una persona singularmente leal.

Cuando nos alcanzó la granada, no dijo: «¡Estoy herido!», sino «¿Está usted vivo, camarada coronel?».

«Sí», le contesté.

Yo me había caído al suelo cuando resulté herido. Guliutkin pensaba que estaba muerto. Yo le dije: «Estoy vivo. ¿Y tú?».

Él me respondió: «Herido en el brazo, no es grave».

Permaneció a mi lado con el brazo herido, intentando protegerme. Yo me enfadé y le dije: «¡Apártate, no puedo mandar contigo tan cerca!».

Y él me dijo: «Sí, usted debe ir primero».

Por delante, todo el mundo empezaba a abrirse paso hasta donde se encontraban nuestros marineros.[103] Yo llevaba cuarenta minutos encabezando la batalla sin que nadie echara un vistazo a mis heridas. Algunos habíamos logrado pasar, y otros seguían combatiendo. Por fin llegué hasta los marineros, donde me recibió el jefe de un pelotón de ametralladores de la 92.ª Brigada. Me preguntó dónde estaba todo el mundo. Reunimos un grupo de dieciocho hombres y los enviamos de vuelta con aquel jefe de pelotón. Volvieron a la batalla, donde abrieron fuego de cobertura hasta conseguir que los soldados y los heridos restantes salieran de allí.

Yo me sentía mareado porque llevaba cuarenta minutos sin que me vendaran las heridas. Había estado gritando, se me había secado la garganta después de resultar herido, tenía sed. Un marinero me trajo agua en un casco. Yo me la bebí casi toda, aunque olía a petróleo. Entonces llamaron a un asistente médico para que me vendara las heridas. Estábamos de nuevo con nuestros camaradas. Empezamos a replegarnos hasta el puesto de mando de la división. Para entonces yo era incapaz de andar. Tuvieron que llevarnos al comisario y a mí. Llegamos al puesto de mando e informamos al comandante de la división de que nuestra unidad había logrado salir. Presenté mi informe por medio de un mensajero porque todavía me quedaba medio kilómetro para llegar. Me dieron permiso para cruzar al otro lado del Volga y puse a mis hombres bajo el mando del teniente Pavlov. La división se retiró de la línea del frente el día 25. A mí ya me habían llevado el día 23 a un hospital de Sarátov.

Durante toda mi primera noche en una cama propiamente dicha seguí luchando contra los alemanes. [...]

A lo largo de todo el combate Panichkin siembre estuvo a mi lado. Era un comandante valiente. Si le pedías que eligiera a unos cuantos hombres y los pusiera en posición, lo hacía cuando se lo decías, y después se presentaba a informar. Especialmente valiente. Murió en aquella batalla, y fue nominado para una condecoración. A Guliutkin también le recomendaron para una medalla.

Durante el periodo de las operaciones de combate en Stalingrado, el regimiento eliminó aproximadamente a 3.000 soldados enemigos, unos sesenta carros de combate, tres aviones y unos veintiocho vehículos blindados. Destruimos aproximadamente 150 camiones, y también dos baterías de mortero y unas doce piezas de artillería ligera.

No hicimos prisioneros porque nuestros soldados y oficiales son paracaidistas profesionales. Cuando uno está detrás de las líneas enemigas no hace prisioneros, solo puede matar. Esa fue la formación que recibieron nuestros hombres. Y por eso nuestros oficiales y soldados no hacían prisioneros, por eso mataban. Una vez el capitán Teltsov dijo que había capturado a dieciocho hombres. Informé de ello al comandante de la división, que me dijo que se los enviáramos. Le pregunté a Teltsov dónde estaban los prisioneros. Se quedó mirándome, sonriendo, y me dijo: «Había un error en el informe, los hemos fusilado a todos».

Resulta que Teltsov en persona había dado la orden de que los fusilaran. Durante todo aquel periodo tuvimos ocho prisioneros, incluidos dos oficiales: un piloto y un rumano. El Ejército Rojo no hace prisioneros. Dubianski, el comandante de la división, me echó un rapapolvo: «¿Por qué no ha hecho usted prisioneros?».

Todo el mundo tenía la misma excusa: «Intentaron escapar, de modo que los fusilamos».

EL INSTRUCTOR DE HISTORIA:
EL CAPITÁN NIKOLÁI AKSIONOV

Los dos entrevistados siguientes, el capitán Nikolái Aksionov y el francotirador Vasili Zaitsev, pertenecían a la 284.ª División Siberiana de Fusileros. (Después de demostrar un valor ejemplar en la batalla de Stalingrado, la unidad pasó a llamarse 79.ª División de la Guardia de la Bandera Roja.) La división se formó en diciembre de 1941 con soldados de las regiones militares de Tomsk, Novosibirsk y Kémerovo.[104] Tras sufrir cuantiosas bajas en Ucrania oriental y a las afueras de Voronezh, la división se retiró a los Urales a principios de agosto de 1942, donde reabasteció sus filas con nuevos reclutas locales y varios miles de marineros de la Flota del Pacífico. El 6 de septiembre, mientras la división todavía estaba realizando ejercicios de instrucción, su comandante, el coronel Nikolái Batiuk, recibió la orden de acudir de inmediato al Frente de Stalingrado.[105] La división llegó a Stalingrado el 18 de septiembre; los alemanes ya habían tomado Mamáyev Kurgán.[106] Además, la batalla se había extendido al muelle central para transbordadores de la orilla occidental del Volga, lo que obligó a la división a cruzar el río en un punto más al norte, cerca de la fábrica Octubre Rojo. El 20 de septiembre, los soldados de Batiuk cruzaron el río a bordo de barcazas. «Nada más salir de la orilla», recordaba Batiuk en su entrevista, «nos dieron nuestro objetivo de combate y empezamos a luchar, sin saber siquiera dónde estábamos.»

Algunos hombres de Batiuk tenían la misión de reconquistar Mamáyev Kurgán; otros tenían que ir en ayuda de la 13.ª División de la Guardia, que había sido obligada a retroceder hacia el norte cuando los alemanes tomaron el muelle central para transbordadores el 22 de septiembre. Los soviéticos reconquistaron Mamáyev Kurgán, pero el 28 de septiembre volvió a manos de los alemanes. A pesar de todo, los soldados de Batiuk se aferraron a las laderas del sur y el este de la colina,

cortando el paso al distrito industrial y al Volga.[107] El Ejército Rojo no recuperó el control total de la colina hasta el 16 de enero de 1943.[108]



El comandante de división Nikolái Batiuk.

El capitán Aksionov, subcomandante de regimiento en la 284.ª División de Fusileros, condujo una unidad de reabastecimiento al interior de la ciudad envuelta en llamas el 30 de septiembre. Describe con minucioso detalle las batallas que tuvo que librar su regimiento: la defensa de Mamáyev Kurgán, la ofensiva de enero, y la derrota de los alemanes. Antes de la guerra, Aksionov daba clases de historia en el Instituto Pedagógico de Tomsk, y utilizaba sus conocimientos en la materia para movilizar a sus soldados. En medio de la batalla, Aksionov recordaba sus clases sobre la guerra civil y la batalla de Tsaritsin. Le contaba a sus tropas cómo Joseph Stalin dirigió la defensa de la ciudad desde Mamáyev Kurgán. Aquella charla, que Aksionov pronunció en el refugio del regimiento al pie de la colina, fue tan enardecedora que algunos soldados se pusieron de pie de un salto, ansiosos por visitar las trincheras del año 1918. A partir de entonces, los soldados hablaban de Mamáyev Kurgán como un «lugar sagrado, el lugar donde había estado Stalin».[109]

Esta anécdota demuestra que, para cuando comenzó la guerra, el culto a Stalin se había convertido en un culto a su genio militar. Stalin ya no era únicamente el mejor y más leal discípulo de Lenin; sin la ayuda de nadie, había dirigido la defensa de Rusia contra los invasores extranjeros.[110] Aksionov fue uno de los muchos testigos presenciales que fomentaron la leyenda militar de Stalin. En su entrevista, Aksionov manifiesta su satisfacción por el hecho de que Stalin hubiera sido ascendido a mariscal de la Unión Soviética en marzo de 1943. Entre las fotografías que entregó a la Comisión Histórica (algunas de las cuales las había hecho él mismo) había varias imágenes del edificio que albergó al 10.º Ejército Soviético durante la batalla de Tsaritsin. Una de las fotos es un primer plano de una placa conmemorativa acribillada a balazos que informaba a los visitantes de que los camaradas Stalin y Voroshílov trabajaron allí en 1918.

El testimonio de Aksionov es gráfico y detallado y su relato del asalto a Mamáyev Kurgán tiene tintes cinematográficos. No menos dramáticos son sus recuerdos del 30 de septiembre de 1942, el día que entró por

primera vez en la ciudad en llamas, y del 25 de febrero de 1943, cuando, tras 149 días de combates ininterrumpidos, cruzó el Volga y se quedó asombrado al ver una casa de madera intacta.

COMISIÓN SOBRE LA HISTORIA DE LA GRAN GUERRA PATRIÓTICA

5 de mayo de 1943

Entrevista realizada por el camarada Belkin

Estenografía: camarada Laputina

Nikolái Nikitich AKSIONOV

Capitán de la Guardia, 1047.º Regimiento, 79.ª División de la Guardia de la Bandera Roja

Subjefe de operaciones de Estado Mayor[111]

Nací en 1908 en el pueblo de Podoinikova, en el distrito de Pankrushijinski de la región de Altái. Me incorporé al ejército el 8 de septiembre de 1941. Me concedieron la Orden de la Bandera Roja por mi participación en la defensa de Stalingrado. Antes de la guerra era maestro en el Instituto Pedagógico de Tomsk.

Llegamos a Stalingrado el 30 de septiembre de 1942. Ya desde una distancia de aproximadamente diez kilómetros pude ver un gigantesco muro de humo, y el resplandor de la ciudad se iba haciendo más intenso a medida que nos aproximábamos. Daba la impresión de que toda la ciudad estaba en llamas. Los incendios parecían especialmente intensos en la fábrica Octubre Rojo y en la refinería de petróleo, que era justamente donde se ubicó nuestra división. Llegué a la orilla del río justo al anochecer. En aquel momento Stalingrado tenía un aspecto particularmente aterrador. Todo estaba ardiendo. El petróleo fluía de los depósitos rotos de la refinería y llegaba hasta las orillas y aquel muro de fuego se reflejaba en el agua, lo que provocaba que las llamas parecieran todavía más altas de lo que eran en realidad. Era una situación muy difícil.

Cruzamos el río por la noche. La barcaza en la que cruzábamos fue bombardeada por los alemanes. Se dio la circunstancia de que se rompió la amarra que nos unía al remolcador, y mientras el remolcador volvía a la orilla a por otra amarra, nosotros permanecimos anclados en medio del río mientras la artillería alemana seguía disparándonos. Toda la maniobra

de cruzar el río nos llevó aproximadamente dos horas. Teníamos hombres heridos a bordo de la barcaza. Los proyectiles de mortero explotaban muy cerca de nosotros. Los alemanes lanzaban bengalas que iluminaban completamente el río, pero nosotros no podíamos hacer nada –eso resultaba particularmente desagradable.

El 1 de octubre llegamos a nuestro regimiento. A la mañana siguiente acudí a la línea del frente para conocer todas las unidades de combate de nuestro sector. Allí vi todo tipo de cosas terribles. Justo a finales de septiembre los alemanes bombardearon las posiciones de nuestra división, sobre todo la refinería, que nosotros estábamos defendiendo. Murieron muchos de los nuestros: había cuerpos tirados por todas partes, montones de cadáveres en los cráteres, y había gran cantidad de civiles muertos –mujeres y niños junto a los botes, junto a los edificios, por doquier.

Me dirigí directamente a la fábrica Metiz.[112] Estaba en llamas. Olía a quemado y a cadáver; hacía calor, había polvo, humo –así estaban las cosas allí. Se producían combates en el sector del 1.º Batallón.

Yo estaba con Peterski, el jefe de Estado Mayor, y con Benesh, el comandante del 1.º Batallón, y pasamos revista a todo el sector del regimiento, reubicamos los emplazamientos de nuestras ametralladoras de una forma más coherente, y al anochecer regresamos a nuestro puesto de mando. El puesto de mando estaba situado en la orilla occidental, a unos trescientos o cuatrocientos metros de la línea del frente.

Contando desde el 30 de septiembre, estuve en Stalingrado durante 152 días seguidos, sin marcharme nunca. Muy poca gente volvía a la orilla occidental, por la razón que fuera. Puede decirse que aquellos cinco meses que pasé en Stalingrado fueron el equivalente de cinco años de vida normal.

Me enteré de que el primer día de combates sufrimos aproximadamente quinientas bajas, y que el 5 de octubre perdimos 1.300 hombres. Había compañías a las que solo les quedaban entre veinte y veinticinco soldados.

A principios de octubre tuvimos que estar constantemente repeliendo contraataques en dos áreas de nuestro sector: la fábrica Metiz y la infame Mamáyev Kurgán, la colina 102.

Nuestra línea más avanzada estaba a unos cincuenta o sesenta metros de los alemanes, en algunos puntos hasta a cien metros. Ese tipo de distancia tan corta era muy poco habitual. Se daba sobre todo cuando combatíamos en las calles, lo que rápidamente dio lugar al auge de las granadas de mano. Habitualmente los ataques se repelían con granadas de mano, junto con otro tipo de armamento. En nuestro sector los alemanes nos superaban en número cinco o seis veces. Para ese cálculo nos basábamos en nuestro reconocimiento, en las observaciones y en la información de otras fuentes y además los alemanes enviaban una oleada tras otra de grupos de asalto. No era raro que nos atacaran cuatro o cinco veces al día.

[...] Los combates más duros estallaron a mediados de octubre. Como historiador, yo intentaba establecer comparaciones con otras batallas que conozco por la historia: Borodinó, Verdún durante la Guerra Imperialista,[113] pero ninguna de ellas servía debido a que la magnitud del conflicto en Stalingrado hace muy difícil compararlo con nada. Durante varios días seguidos daba la impresión de que Stalingrado respiraba fuego. Nuestros Iliushins[114] aparecían de vez en cuando pero sufrían muchas bajas. Los Messerschmitts los abatían rápidamente. Los alemanes sufrían cuantiosas bajas a manos de nuestros U-2 por la noche, pero eso no fue hasta noviembre. Los llamábamos los «jardineros», y nos hacían mucho bien. Cruzaban el Volga de este a oeste, y antes de llegar a las líneas enemigas apagaban sus motores. Después lanzaban sus bombas. Cuando regresaban a nuestro territorio volvían a encender los motores. Por eso el U-2 era tan difícil de abatir. Pero también los alemanes nos bombardeaban por la noche.

Recuerdo que una vez tuve que ir desde la planta de envasado de carne[115] hasta nuestro puesto de mando. Acabábamos de salir cuando los

alemanes lanzaron bengalas y empezaron a bombardearnos tanto que los edificios temblaron. Los bombardeos nocturnos te meten verdaderamente el miedo en el cuerpo. Durante el día se puede ver de dónde vienen, y se puede deducir dónde van a caer las bombas, de modo que no te obsesionas demasiado con ello. Al final acabas acostumbrándote.

Por cierto, allí fue donde vi por primera vez a nuestros bombarderos atacando con Katiushas, aunque no aparecían muy a menudo, ni mucho menos. En conjunto, en Stalingrado tuvimos una presencia aérea muy modesta, y los medios que teníamos eran insuficientes. No sabría decir por qué.

No sé por qué, pero en la división casi todo el mundo tenía diarrea. Bebíamos agua sin cocerla, y el Volga estaba contaminado con petróleo, cadáveres, trozos de madera, etcétera. La diarrea debilitaba a todo el mundo. Yo mismo la sufría. El general Chuikov, comandante del ejército, tenía un cocinero llamado Boris que decía en broma que podía curarnos con las galletas secas de su general. El general Chuikov había montado su puesto de mando en el mismo lugar que nosotros, y su cocina y la nuestra se habían fusionado, y por eso el cocinero siempre decía aquello.

A mediados de octubre reforzamos nuestra línea del frente. Los alemanes no nos estaban presionando en Mamáyev Kurgán. De hecho, éramos nosotros quienes les presionábamos a ellos. Mamáyev Kurgán estaba dividido en dos zonas. La [ladera] oriental era nuestra, y ellos se aferraban a las laderas occidentales, y encima los alemanes tenían en su poder los depósitos de agua, o «cúpulas del diablo», como las llamábamos. Tenían sus principales puestos de observación en aquellos depósitos, y todos sus observadores de artillería estaban seguros dentro de ellos, aunque estaban justo en medio de nuestra línea del frente. De modo que los alemanes controlaban la posición dominante en lo alto de la colina. Y por esa razón, la posterior batalla por Mamáyev Kurgán en realidad fue una batalla por aquellos depósitos. Quien controlara los depósitos de agua controlaba Mamáyev Kurgán.

[...]

Nunca anduvimos escasos de munición. El suministro de munición tan solo se debilitó cuando el Volga empezó a helarse, pero hasta entonces siempre tuvimos la sensación de que teníamos suficiente. Nuestro abastecimiento de munición nos llegaba desde la orilla oriental en pequeños botes desvencijados. El punto de entrega de nuestra división estaba en la orilla oriental. Cada regimiento tenía que transportar sus propios víveres y suministros de un lado a otro del río. El ejército tenía una unidad avanzada de intendencia en la orilla occidental, pero no contribuía demasiado a abastecernos de munición.

Teníamos órdenes de Chuikov y del comandante de la división en el sentido de que necesitábamos tener nuestros propios medios para cruzar el río. Todas las barcazas estaban rotas, quemadas y hundidas. Incluso se veía asomar la proa de las grandes lanchas semihundidas junto a la orilla. El único medio de transporte que teníamos eran aquellos pequeños botes. Al principio nuestro regimiento tenía siete botes, pero después aumentaron a diez, y más tarde conseguimos dos pontones –en realidad una parte de un pontón. Los llamábamos en broma la flotilla de Korobkov. Korobkov era el subjefe de Estado Mayor de logística, el que creó aquella «flotilla». Es un antiguo maestro y director de colegio, un excelente organizador y administrador. Está vivo y coleando, y le concedieron la Medalla al Mérito en la Batalla. Aquellos botes destartalados eran la mejor manera que teníamos de cruzar el Volga.

Yo me acordaba de que, en 1918, el camarada Stalin emitió una orden para que se retiraran todas las embarcaciones del río en las inmediaciones de Stalingrado y se enviaran al norte. Fue en el momento más crítico, cuando los alemanes se aproximaban a la ciudad, y nosotros no podíamos batirnos en retirada.[116] Cuando yo estuve en Stalingrado no teníamos ninguna forma de cruzar el río, y nunca recibimos una orden como aquella. A veces, por la noche, llegaba alguna lancha para evacuar a los heridos. Eso fue solo hasta que llegaron los hielos. A partir de entonces,

toda nuestra ropa, nuestra munición, el equipo, los heridos –todo se llevaba a bordo de aquellos pequeños botes. No podíamos utilizar ningún otro medio de transporte para abastecer al regimiento porque incluso aquellos botes destartalados eran el blanco de los morteros y las ametralladoras, y sin duda el enemigo no habría tenido problemas para alcanzar una barcaza. Y así resultó que el medio de transporte más duradero eran aquellos pequeños botes.

El Volga empezó a helarse el 9 de noviembre, y el 17 de diciembre el hielo ya había formado una superficie compacta. Estábamos completamente hartos de aquello. Fue la época más difícil para nuestro ejército. A los botes les resultaba verdaderamente difícil abrirse paso de un lado a otro a través de los témpanos de hielo. Se quedaban atascados, la gente tenía que pasar de un pequeño bloque de hielo a otro. Había veces que la corriente arrastraba los botes aguas abajo, hacia la orilla alemana, y entonces tenían que abandonar el bote o deshacerse de la carga, e intentar maniobrar con el bote para ponerse a salvo. Uno de nuestros botes fue arrastrado hasta unos tres kilómetros más allá de Stalingrado, y estuvimos cinco días buscando a nuestros hombres. En conjunto, el «hermoso Volga» puso a prueba nuestra paciencia y acabó sacándonos de quicio. En aquella época no nos gustaba el Volga. Por la mañana la gente preguntaba: «¿Ha terminado de congelarse ya?». Y los alemanes, según nos contaban los prisioneros, también esperaban ansiosamente que el Volga se helara lo antes posible. Sabían que teníamos problemas, y su plan era utilizar el hielo para una ofensiva.

El 11 de noviembre los alemanes lanzaron un ataque contra el sector de la fábrica Metiz, pero no sacaron nada en limpio.

[...] Capturamos a un segundo prisionero alemán y lo llevamos al cuartel general del regimiento. Fue el primero con el que hablamos en Stalingrado. Era un soldado raso. Estaba herido, así que los soldados lo trajeron en una camilla, pero como era el mes de noviembre y los camilleros todavía no tenían guantes, a menudo dejaban la camilla en el

suelo para calentarse las manos. El prisionero tenía heridas internas, pero como era el primer alemán que capturábamos, empezaron a reanimarle. El médico, Krasnov, intentaba recuperarle por todos los medios, para que pudieran interrogarle. Y efectivamente su estado mejoró, e incluso logró decir que era un soldado de 1.ª clase, del 216.º Regimiento, pero no conseguimos sacarle nada más. Se murió. El segundo prisionero tenía más cosas que decir. Nos enteramos de que nuestra división se enfrentaba a la 295.ª División alemana. Aquel prisionero tenía una actitud muy irrespetuosa y desafiante. Empezó diciendo que era miembro del partido nazi. Le enviamos al cuartel general de nuestro ejército, y de ahí le enviaron al cuartel general del frente. El alemán seguía considerándose un triunfador, y solo decía lo contento que estaba. Aunque sí nos contó las grandes dificultades que tenían con la ropa en aquellos momentos. A finales de noviembre a nosotros ya nos habían llegado nuestros uniformes de invierno, pero los alemanes ni siquiera habían recibido los suyos al final de la batalla, aunque seguían esperando que llegarían [...].

Los francotiradores de nuestro regimiento desempeñaron un importante papel en nuestra defensa activa de Stalingrado. Los francotiradores aparecieron en el regimiento del coronel Meteliov durante los combates más encarnizados por Stalingrado, en octubre. Los pioneros del movimiento de los francotiradores en el regimiento fueron Alexander Kalentiev –un siberiano de los Urales– y el marinero Vasili Zaitsev, que ahora es un Héroe de la Unión Soviética. En total, en el regimiento había 48 francotiradores. Durante los combates en Stalingrado, en las calles y en Mamáyev Kurgán, liquidaron a 1.278 alemanes. El papel de líder de aquellos cuarenta y pico mejores francotiradores del regimiento recaía, por supuesto, en Vasili Zaitsev. Era un tirador excelente, y rápidamente perfeccionó el arte del tiro de precisión y el de ser un guerrero solitario. De hecho, desempeñaba la función de instructor del regimiento, y recorría todas las unidades. Muy pronto tuvo muchos alumnos. El movimiento de francotiradores con más éxito surgió en el 2.º Batallón del capitán Kotov.

Aquel batallón defendía la fábrica Metiz, en la ladera sur de Mamáyev Kurgán. Todos sentíamos el prurito de que cada soldado y cada oficial en Stalingrado tenían que matar al mayor número posible de alemanes. En Stalingrado la gente sentía un odio particularmente intenso por los alemanes. Esa fue una de las razones del movimiento de los francotiradores en nuestro regimiento. Había muchos soldados que querían ser francotiradores, y por eso teníamos francotiradores que utilizaban fusiles normales en vez de fusiles de francotirador. Zaitsev escogía a los mejores, y sus principales criterios de selección eran la valentía, la inventiva y el aplomo. Zaitsev recorría las unidades del regimiento y preguntaba a sus comandantes, observaba a los hombres en la línea del frente y elegía a sus francotiradores. Después los formaba. Tras mostrarles los conceptos básicos y después de algunas prácticas de tiro, Zaitsev llevaba a sus francotiradores a las posiciones de fuego. Zaitsev desarrolló el método más seguro y fiable de formar francotiradores: demostró todo lo que puede hacer un francotirador justo en la línea del frente.

Mucha gente iba a la línea del frente por iniciativa propia. Krasnov, el médico, se acercaba de vez en cuando –tenía en su haber ocho alemanes muertos.

Izvekov, un enfermero, tan pronto estaba vendando a los heridos en un búnker del frente como se acercaba corriendo a las posiciones de fuego y disparaba contra los alemanes con su fusil. Tenía en su haber veintiún alemanes muertos.

Zekov, un enfermero del 2.º Batallón, se hizo francotirador, de modo que tenía dos cualificaciones: era enfermero y francotirador. Tenía en su haber 45 alemanes muertos. Le concedieron la Orden de la Estrella Roja. Tuvo un desafortunado incidente: mató a uno de nuestros pilotos. Uno de nuestros cazas embistió a un bombardero alemán. Dos hombres se lanzaron en paracaídas. El primero iba cayendo en nuestro lado. Estaba ardiendo, y salía un rastro de humo de su paracaídas. No sabíamos si era

uno de los nuestros o un enemigo, y a medida que se acercaba al suelo se le podía oír gritar. Zekov tenía un odio mortal a los alemanes, y decidió que se trataba del piloto alemán. Le disparó y mató al paracaidista, que resultó ser nuestro piloto, condecorado dos veces. Zekov estaba absolutamente hundido, y aquello afectó profundamente a todo el regimiento. Enterramos al piloto muerto. Procesaron a Zekov y le condenaron a diez años, que tenía que cumplir en la línea del frente. Zekov era valiente y estaba lleno de energía, era un verdadero luchador. Realmente, ser enfermero no iba con él. Mientras cumplía su condena en la línea del frente, empezó a eliminar alemanes junto con Zaitsev, y al final de la batalla había matado a 45 alemanes. Se borraron sus antecedentes penales y se le concedió la Orden de la Estrella Roja.

Incluso los ayudantes del comandante se escapaban para hacer sus pinitos como francotiradores.

En cuanto el jefe de Estado Mayor llegaba al frente, disparaba con todas y cada una de las ametralladoras. Era algo que hacía yo también. A menudo teníamos que inspeccionar los nidos de ametralladores. Íbamos a la línea del frente para alguna inspección, para comprobar la preparación para el combate del batallón y, sobre todo, las armas automáticas. A mí me encantaba disparar con las ametralladoras.

Zaitsev instruía a sus hombres de forma individual, o en grupos, y también en las reuniones del destacamento de francotiradores. El destacamento de francotiradores elevaba aún más el nivel de nuestras defensas, y fortalecía nuestra resistencia. En un plazo muy breve, nuestros francotiradores causaron cuantiosas bajas al enemigo, les obligaban a parapetarse, e impedían que se movieran en campo abierto. Otra razón de que a los francotiradores les fuera tan bien es que dedicaban largos periodos a cubrir literalmente todos los accesos, cada búnker y cada trinchera. En cuanto un alemán intentaba echar un vistazo a su alrededor, se llevaba un tiro de uno de nuestros hombres. El regimiento del coronel Meteliov era famoso en Stalingrado, y en todo el Frente de Stalingrado,

por ser un regimiento de francotiradores. Los periódicos hablaban constantemente de las hazañas de los francotiradores de nuestro regimiento. Eso animaba e inspiraba a los francotiradores, y también trasladaba sus experiencias a los soldados de las demás unidades. Zaitsev era un agitador consumado: era un orador enérgico y convincente. Como era miembro del buró del Komsomol, recorría las subunidades por asuntos del Komsomol, y al mismo tiempo fomentaba el movimiento de los francotiradores.

El refuerzo diario de nuestra línea defensiva adelantada desempeñaba un importante papel en la defensa activa de Stalingrado. Por ejemplo, a mí me trasladaron desde el cuartel general y me asignaron especialmente al 1.º Batallón, en Mamáyev Kurgán. El comandante del batallón era el teniente Georgi Benesh. Yo iba a Mamáyev Kurgán cada dos o tres días, y ambos estábamos siempre muy ocupados reforzando la línea del frente. [...]

El comandante Benesh era un hombre verdaderamente valiente: explorador, francotirador y un excelente táctico. Nunca pensaba en la muerte, se reía de la muerte. Cuando le preguntaban si tenía miedo de morir, decía que había estado llevando la muerte consigo a todas partes hasta los combates de Kiev, y que desde Kiev la había desterrado de su corazón. En una ocasión íbamos los dos hacia la línea del frente. Subimos a Mamáyev Kurgán y recibimos el fuego de las ametralladoras alemanas. Tuvimos que tirarnos al suelo. Yo le grité: «¡Al suelo!». Él siempre estaba contando chistes, y me dijo sonriendo: «Si Benesh va a morir combatiendo por Stalingrado, morirá de pie». Le gustaba meterse con la gente. Cuando por fin llegamos a la línea del frente, yo no podía ver a nadie por allí, pero Benesh ya estaba preparado para disparar con su fusil de francotirador. Levanté el periscopio y empecé a observar. Empezaron a disparar de inmediato contra mi periscopio, así de vigilados nos tenían los alemanes. Me trasladé a otro lugar. Pero Benesh asomó la cabeza y empezó a disparar. Vi que se había quitado la gorra y que estaba

observando por encima del periscopio. Un alemán apareció de un salto desde detrás de un carro de combate y empezó a correr hacia el depósito de agua. Benesh lo mató. Dijo que con aquel ya había matado a once alemanes.

Salí con él varias veces, tanto de día como de noche, y él nunca se preocupó lo más mínimo por su seguridad. Casi se podría decir que era un delito que tuviera tan poco cuidado. Y murió por nada, murió de una forma estúpida. Estaba trasladándose de un edificio a otro, y le alcanzó un proyectil de mortero fortuito. Había estado con la enfermera Rada Zavadskaya. Le dijo: «Tú y yo, Rada, defendiendo Stalingrado». Benesh era un poeta. Era medio sobrino de Vasili Grossman. Recientemente me había pedido que buscara a Grossman, pero nunca lo conseguí. Benesh fue recomendado para una medalla, y la orden para su ascenso y su condecoración llegó tres días después de su muerte. Fue condecorado por los combates en Kastornaya.[117] Y a propósito de Grossman, yo diría que cuando habló con el comandante de nuestro regimiento ni siquiera preguntó por Benesh, ni manifestó el mínimo interés por su diario.[118] Su diario se quemó. Contenía muchas quejas sobre comandantes cobardes, y un montón de poesías y de palabras sinceras. Benesh fue enterrado en un cementerio a la orilla del río. Desde entonces ese cementerio se conoce como el lugar donde están enterrados los comandantes del 1047.º Regimiento.[119]

[La entrevista prosigue el 8 de mayo de 1943.]

Nadie deseaba tomar Mamáyev Kurgán tanto como Benesh, y nadie hablaba tan a menudo sobre ello. Recuerdo que uno podía ir a verle por la noche y decirle: «Vamos a ver el frente», y él contestaba: «Vamos». Él iba constantemente.

Los hombres de la división de Batiuk fueron los únicos que estuvieron en Mamáyev Kurgán entre el 21 de septiembre y el 12 de enero. Sufrimos muchas bajas allí. Los alemanes querían echarnos de la colina del todo. Nosotros queríamos tomar aquellos depósitos de agua costara lo que

costara, porque Mamáyev Kurgán era el cerro que dominaba la ciudad. En un día despejado se podía ver hasta una distancia de aproximadamente diez kilómetros. Se eleva aproximadamente ochenta metros por encima de Stalingrado. Al principio teníamos que disparar hacia arriba. Esa es la situación de combate más peligrosa e incómoda: la defensa cuesta arriba. Es imposible plantear un plan de fuego acertado. Estábamos constantemente intentando remontar aquella cresta, y si conseguíamos hacer retroceder a los alemanes para ganar entre cinco y siete metros por la noche, lo considerábamos una victoria. [...]

Ocurrió una cosa interesante el 18 de octubre. Yo estaba de buen humor. Mientras contemplaba la ciudad podía sentir Stalingrado en su conjunto, y empecé a pensar en Tsaritsin, en la defensa de Tsaritsin, sobre la que recientemente había pronunciado una conferencia en el Instituto Pedagógico. Y ahora yo estaba allí, defendiendo Stalingrado en persona. Le hablé a mis camaradas de aquellos recuerdos, y les conté que en 1918 Mamáyev Kurgán fue el puesto de mando y de observación del camarada Stalin. Había muchos que no lo sabían. Sabían que Stalin había estado en Tsaritsin, que defendió Tsaritsin, pero no conocían ningún detalle. Benesh quería saber más. Me arrastró al búnker del teniente Litvenenko, donde se habían congregado unas quince personas, y empecé a hablarles de la defensa de Tsaritsin. Pronuncié una conferencia ad hoc de una hora. Yo tenía la historia todavía fresca en la memoria, y resultó muy adecuada para la ocasión. Cuando la gente salía del búnker, todos querían ver las trincheras de 1918. Benesh utilizó aquella historia y me pidió que hablara en otras compañías sobre la defensa de Tsaritsin. A partir de entonces los hombres comprendieron mejor el significado simbólico de la defensa de Stalingrado. El hecho de que Stalin hubiera estado allí caló en lo más hondo de los corazones de aquellos hombres, y les motivó. Benesh sintió aún más ganas de tomar Mamáyev Kurgán después de oír aquella historia. Nos referíamos en broma a Mamáyev Kurgán como «el lugar sagrado» el lugar donde había estado Stalin.

El 20 de noviembre nuestra división y la totalidad del 62.º Ejército recibieron la orden de atacar. Los soldados y los oficiales acogieron aquella orden con gran entusiasmo. [...] Nuestro regimiento fue la unidad de la división a la que se le encomendó la misión de atacar Mamáyev Kurgán y los depósitos de agua. Para entonces Benesh ya no estaba. El comandante del 1.º Batallón era Zhidkij. El 2.º Batallón estaba en la fábrica Metiz, y el 3.º Batallón avanzaba con nosotros por la ladera sur de la colina. Pero la tarea más importante corría a cargo del 1.º Batallón del 1047.º Regimiento. Para entonces ya habíamos desarrollado algunas tácticas ofensivas nuevas. Comprendíamos que los pequeños grupos de asalto eran mucho más eficaces. Todos los batallones y todos los regimientos atacaban en pequeños grupos de asalto, y esa era la única forma en que podíamos atacar, aunque Mamáyev Kurgán se parecía más a estar en campo abierto que en una ciudad, o incluso en un pueblo.

Los primeros ataques fueron infructuosos, y sufríamos muchas bajas. Los hombres se lanzaban al asalto. Los oficiales incumplían todas las normas y corrían en cabeza, pero seguían sin cosechar ningún éxito. Al final, de veinte hombres del batallón solo quedaban cuatro o cinco. El resto estaban muertos o heridos. Aquel día atacamos tres o cuatro veces, a distintas horas: de madrugada y al anochecer, durante el día y por la noche. Lo intentamos todo y no conseguimos absolutamente nada. En aquellos primeros días atacábamos con carros de combate. Dos carros de combate se pusieron detrás de los depósitos de agua –uno fue destruido, el otro desapareció en combate. Nuestros otros tres carros de combate quedaron inmovilizados. Uno sufrió una avería, y los otros dos se incendiaron.

Dicho sea de paso, tampoco logramos gran cosa durante nuestra fase más intensa de preparación de artillería. Nuestro apoyo de artillería a menudo carecía de precisión, y sufrimos algún que otro episodio de fuego amigo. Los días 20, 21, 22, 23, 24 y 25, hubo combates incesantes por los depósitos de agua. Yo me pasé los primeros días en nuestro cuartel

general. El comandante y el jefe de Estado Mayor estuvieron allí todo el tiempo. Los días 26, 27 y 28 estuve en la línea del frente, en un puesto de observación con el comandante del batallón, el teniente Ustiuzhanin. Tres batallones atacaron los depósitos de agua a lo largo de cinco o seis días. Les atacábamos por los flancos. Al sexto día logramos avanzar aproximadamente doscientos metros al norte de los depósitos de agua, y creamos una amenaza real. Eso debilitó la posición de los alemanes. Ahora podíamos atacarles por los flancos. El 3.º Batallón se trasladó al sur, donde podía atacarles desde ese flanco y el 2.º Batallón estaba al oeste de los depósitos de agua, desde donde podía atacarles de frente. De esa forma podíamos atacarles desde tres lados, pero aun así no conseguíamos tomar los depósitos de agua. Entonces, el 10 de enero de 1943, los tomamos, y Mamáyev Kurgán cayó en nuestras manos. Queríamos averiguar cómo estaban desplegados. Yo también subí por el interior de aquellos depósitos. Los muros estaban hechos de hormigón armado, de aproximadamente un metro de espesor, y estaban enterrados en arena por el exterior, de modo que más que depósitos parecían colinas. Eran dos, con particiones en su interior, donde anteriormente se almacenaba el agua. Habían abierto muchas troneras en los depósitos, y resultaba difícil llegar a ellas. Todo el complejo era como un fortín que los alemanes habían montado para su artillería. Allí tenían por lo menos veinte ametralladoras. Era una posición magnífica para los francotiradores alemanes, que mataron a muchos de nuestros oficiales. [...]

Las primeras nieves llegaron a Stalingrado el día 28. La víspera hubo viento y lluvia. Nuestros abrigos se congelaban. Todo el mundo tenía frío y se sentía abatido. Enviaron a la línea del frente al teniente Salnikov, subcomandante de operaciones del 1.º Batallón, para que se asegurara de que todo estaba en orden. Acabó gateando de una trinchera a otra intentando animar a los hombres. Les enviaron diez soldados de refuerzo. Les llevaban el desayuno al amanecer. Salnikov les prometió que ese día les iban a dar su equipo de invierno, y le ordenó al comandante de la

compañía, Sheveliov, que se preparara para el ataque. Se suponía que debían atacar conjuntamente con el batallón de instrucción de la división, que se había agregado a nosotros, y con el 1.º Batallón del 1043.º Regimiento. Cuando todo estaba casi preparado, Salnikov fue a ver la línea del frente. Quería echar otro vistazo para comprobar que todos los hombres estaban donde tenían que estar. Ya estaba todo a oscuras. Un francotirador apuntó y le pegó un tiro en la cabeza a Salnikov. Y así fue como murió Salnikov, uno de nuestros viejos y más leales bolcheviques.

Volvimos a atacar a las diez en punto del día 28, pero en aquella ocasión tampoco logramos tomar los depósitos. El batallón de instrucción quedó casi totalmente aniquilado –tan solo sobrevivió un puñado de hombres. Podría decirse que después de aquel ataque el batallón de instrucción de nuestra división dejó de existir. Algunos de sus comandantes fueron destinados a nuestro regimiento, otros al cuartel general de la división. [...]

Las ofensivas de diciembre también fueron bastante duras. Conseguimos muy pocos avances, pero nuestras operaciones en la ciudad finalmente lograron contener al enemigo, y eso era importante para las unidades que atacaban desde el oeste: para evitar que el enemigo maniobrara ahora que estaba rodeado.

Enviaron a nuestro regimiento a la ladera norte de Mamáyev Kurgán. Estábamos defendiendo la zona situada entre la vía férrea, que estaba en el lado oriental de la colina, y los depósitos de agua. En noviembre, nuestro camino a Mamáyev Kurgán se había visto obstruido por aquellos depósitos de agua que no éramos capaces de tomar. Ahora lo que se interponía en nuestro camino era el Cerro sin Nombre, que era uno de los altos de la cara norte de Mamáyev Kurgán. Teníamos que tomar aquel alto, y de todas formas nos estaba impidiendo tomar los depósitos de agua. Era un poco más alto que los demás cerros, y allí los alemanes estaban muy sólidamente atrincherados, con no menos de treinta ametralladoras y todo un sistema de trincheras de comunicación y de búnkeres. Es más,

tenían un buen acceso a la colina, donde tenían líneas de visión despejadas desde sus muchos búnkeres. Por la noche salían a hurtadillas y mejoraban sus defensas, y, cuando era necesario, enviaban refuerzos.

Entre el 12 y el 13 de enero, los regimientos 1043.º y 1045.º lograron finalmente tomar los depósitos de agua y empezaron a avanzar hacia la ladera occidental de Mamáyev Kurgán. Los alemanes dominaban Mamáyev Kurgán desde aquel Cerro sin Nombre, de modo que tuvimos que tomar aquel alto.

En aquel momento el comandante del 1.º Batallón era el capitán Zhidkij, y su segundo era el teniente Bolvachiov.

Estuvimos un día entero preparándonos para tomar al asalto la colina. Se formaron pequeños grupos de asalto. A la una de la tarde del 14 de enero, aquellos equipos de asalto atacaron los fortines y los búnkeres en oleadas, desde el frente y algunos también desde el flanco derecho.

Yo estaba en el puesto de mando del 2.º Batallón, a una distancia aproximada de setenta metros desde el borde frontal, junto a la vía férrea. Varios grupos pequeños se lanzaron al ataque, cuarenta hombres en total. Obviamente los alemanes nos superaban en número, tanto en soldados como en ametralladoras. Nosotros teníamos más morteros. Hasta la 1:00 de la tarde el combate consistió simplemente en los tiroteos habituales desde ambos lados. Era un día frío, había helado. No realizamos ninguna preparación de artillería. Todo estaba tranquilo en la zona. Adivinábamos que los alemanes estaban refugiados en sus búnkeres, y que no se esperaban un ataque, dado que era un momento poco habitual para un ataque. Montamos cinco cañones en campo abierto. Empezaron a disparar contra los búnkeres donde se veía humo. El ataque se retrasó media hora. Un grupo de subfusileros con ropa blanca de camuflaje recorrió a la carrera los cien metros y llegó a las trincheras alemanas; allí los soldados se dividieron y atacaron los búnkeres desde ambos extremos. Los alemanes salieron precipitadamente de los búnkeres y nuestros hombres se encontraron cara a cara con ellos. Uno de los grupos de asalto estaba

encabezado por el soldado Antonov, otro grupo lo encabezaba el sargento Kudriavtsev, el tercero estaba comandado por el teniente Babayev, y el cuarto grupo por el teniente Maksimov. Todos ellos se distinguieron aquel día y en las batallas que estaban por llegar.

Yo tenía la sensación de que aquello no era un combate real, que era solo un ejercicio. Al cabo de cuatro meses en Stalingrado, nos habíamos acostumbrado tanto al peligro, estábamos tan insensibilizados por él, que a menudo parecía que aquello eran simplemente unas maniobras, y no un combate. En aquella ocasión fue así: daba la impresión de que era una misión de entrenamiento. Nuestros soldados llevaban ropa blanca de camuflaje, pero los alemanes no llevaban nada, de modo que se distinguían fácilmente sus figuras oscuras. Se podía ver el aliento de los hombres en el aire gélido.

Antonov irrumpió en la trinchera, agarró un fusil por el cañón y empezó a golpear a los alemanes en la cabeza a izquierda y derecha. Por cierto, en Stalingrado no utilizábamos bayonetas, las dejamos a un lado. Ordené que nuestros cañones de mayor calibre dispararan justo por encima de las cabezas de los alemanes para cortarle el paso a cualquier grupo que se acercara. Entonces los soldados interpretaron el balanceo del rifle de Antonov como una señal de alto el fuego. Un francotirador me gritó para indicarme que había que dejar de disparar.

A través de mis prismáticos pude ver a Antonov golpeando a los alemanes, y al grupo de Kudriavtsev acercándose desde la dirección contraria y lanzando granadas a los alemanes en sus trincheras. Ahí fue cuando comenzó el intenso fuego de granadas. Entonces el grupo de Maksimov se lanzó a la refriega. La cosa duró entre quince y veinte minutos en total. Los alemanes todavía no habían tenido tiempo de recuperarse, y realmente no habían empezado a disparar. Resultaba extraño ver todo aquel combate cuerpo a cuerpo, que los alemanes no estuvieran disparando. Tampoco había fuego por nuestra parte, ni de las ametralladoras ni de los morteros. Pero eso era porque no queríamos matar

a nuestros propios soldados. Todos los combates tuvieron lugar en las trincheras alemanas.

Cuando nuestros hombres subieron a la colina con su ropa de camuflaje, los alemanes les atacaron con refuerzos desde más arriba. Entonces nuestras ametralladoras, nuestros morteros y nuestra artillería abrieron fuego, y eso impidió que los alemanes pudieran contener el ataque de los nuestros. Aquel día tomamos la mayor parte del cerro, pero no todo.

[...] Tomamos posesión de toda la colina el 16 de enero. Echamos a los alemanes de la ladera occidental. Los combates duraron dos días. Después izamos una Bandera Roja con las palabras «¡Por la Patria, por Stalin!». El eslogan lo escribió el capitán Rakitianski, responsable de propaganda del regimiento.



«La Bandera Roja ondea en lo alto de Mamáyev Kurgán», 1943. *Fotografía de Georgi Zelma*.

Decíamos que fue un día histórico: el 26 de enero, el día que unimos fuerzas con el Frente del Don. Un día inolvidable, un encuentro inolvidable. Yo estaba en el cuartel general del regimiento. No me resultó fácil quedarme en el cuartel general sabiendo que tanto el comandante como el jefe de Estado Mayor habían acudido a la línea del frente. Yo no podía marcharme porque estaba al teléfono con el puesto de observación.

A las diez de la mañana me enteré a través del puesto de observación del 1.º Batallón que Shavrin, un explorador, había visto nueve carros de combate aproximándose a Mamáyev Kurgán desde el noroeste. Teníamos la idea de que debían ser de los nuestros, pero nos preocupaba la posibilidad de que los alemanes estuvieran intentando probar suerte por el procedimiento de disfrazarse con nuestro uniforme. Era imposible saber a ciencia cierta de quién eran aquellos carros de combate. A cabo de unos minutos, el explorador dijo que ya eran catorce tanques. Entonces vio una Bandera Roja en el vehículo que encabezaba la marcha, y así supimos de inmediato que aquellos carros de combate eran rusos, no alemanes. «Habíamos puesto Banderas Rojas en el Cerro sin Nombre, en lo alto de los depósitos de agua, y en los vagones de carga. De esa forma las unidades que se aproximaran podían identificarnos.» En aquel momento todo el mundo estaba en guardia. Nos estábamos acercando al momento histórico en que se juntaran los dos frentes.

A las once de la mañana el capitán Kotov, comandante del 2.º Batallón, informaba de que sus hombres habían ido al encuentro del vehículo de cabeza. Los soldados se saludaron e intercambiaron besos, y durante un momento se olvidaron de la guerra. Parecía que no estábamos en guerra. Pregunté de quién era aquella unidad. El capitán Kotov me dijo que era el vehículo de cabeza de un tal coronel Nezhinski. Entonces el coronel envió a un comandante para que se reuniera con los jefes de nuestro regimiento. El encuentro tuvo lugar en el mástil de la bandera del Cerro sin Nombre. También hubo un encuentro en la ladera occidental de Mamáyev Kurgán. Se organizó una breve concentración, y fueron

recibidos oficialmente por el jefe político de nuestra división, el coronel Tkachenko. El *Pravda* habló de ello.

Cuando tuvo lugar aquel encuentro entre los dos frentes –el 62.º Ejército y el Frente del Don– las fuerzas enemigas quedaron rodeadas y partidas en dos. A partir de entonces hubo dos grupos cercados: un grupo al sur, en el centro de la ciudad, y un grupo al norte, centrado en la fábrica Barricadas. Aparentemente, el comandante del Frente del Don había decidido destruir aquellos grupos uno detrás de otro. Primero había que acabar con el grupo meridional del centro de la ciudad, que era mucho más fuerte, y en el que se rumoreaba que estaba Paulus, como al final resultó ser [...].

El 28 de enero concluimos la operación, y por orden del comandante de la división nuestro regimiento fue enviado a las laderas septentrionales del Barranco Largo, junto a las calles Riazhskaya y Artillería. Nuestra misión era romper las defensas enemigas del Barranco Largo y avanzar hacia el centro de la ciudad por la vía férrea.

Estuvimos combatiendo todo el día 28 y sufrimos muchas bajas, pero no conseguimos arrebatarle ni un solo metro a los alemanes. Nos habíamos topado con sus posiciones defensivas más antiguas. El Barranco Largo estaba fortificado con muchas posiciones de fuego y emplazamientos, las laderas estaban minadas y cubiertas de alambre de espino, y no éramos capaces de tomarlo. [...] El comandante de la división nos ordenó hacer lo que fuera necesario para cumplir nuestra misión, pero tan solo contábamos con unos pocos efectivos.[120] [...] Los soldados estaban agotados. Algunos dormían mientras otros se ocupaban de las ametralladoras y de otras armas. Los comandantes del batallón también dormían. Yo cuidaba de mis hombres, me aseguraba de que comieran bien y tuvieran suficiente bebida. Estuvimos toda la noche preparándonos. Ustiuzhanin y yo teníamos una clara idea de lo sólidas que eran las defensas de los alemanes. No podíamos vencerles con la fuerza bruta, pero estábamos seguros de que su moral pendía de un hilo. Necesitábamos

organizarlo todo y preparar un ataque coordinado para poder realizar un ataque fulminante contra los alemanes, desmoralizarles y hacerles prisioneros. Otros regimientos también apostaban por lo mismo.

El comandante del regimiento me envió a nuestro puesto de mando, donde actué en su nombre, y expliqué con detalle nuestra siguiente misión, no como una orden sino como una decisión que debía tomar por sí mismo cada uno de los comandantes de batallón. [...] Algunos de nuestros exploradores lograron infiltrarse hasta muy por detrás de las líneas enemigas, y por casualidad dieron con el puesto de mando del comandante del batallón alemán, que se encontraba allí con su ayudante. El resto de alemanes estaban en los búnkeres o en la línea del frente. En cuanto el ayudante salió de un salto y empezó a disparar, nuestros hombres empezaron a lanzar granadas. Entonces el comandante del batallón salió con las manos en alto. Era un oficial pulcro y robusto, con un abrigo que le quedaba pequeño. Y tengo que decir que era el único alemán que llevaba abrigo.

Fue entonces cuando los grupos de asalto cruzaron las líneas defensivas, flanqueando a los alemanes y lanzando granadas. Les pillaron desprevenidos. Echaron a correr uno tras otro. Cuando nos enteramos de que teníamos al comandante alemán, le llevamos a un alto, le dimos una sábana y le ordenamos que hiciera la señal a sus soldados de que debían rendirse. Estaba oscureciendo. El comandante agitó la sábana, diciéndole a sus hombres que se rindieran. Los soldados alemanes empezaron a poner las manos en alto y a rendirse por docenas. Los exploradores y los oficiales iban desarmándolos y amontonando sus armas. Al principio había sesenta hombres, pero al cabo de un rato se habían rendido más de cien.

Los regimientos 1043.º y 1045.º llegaron justo a tiempo para compartir los prisioneros. Aquella mañana nuestro regimiento hizo 172 prisioneros. En aquel momento era el máximo número de prisioneros que había capturado un regimiento. Sin embargo después hubo muchos más.

Yo hice prisioneros, les quité sus armas. Los nuestros se divertían un poco con ellos. Los alemanes iban envueltos con todo tipo de cosas. Uno de ellos llevaba una manta en cada pie. Otros llevaban sábanas encima y parecían espantapájaros. Les pusimos en formación y les llevamos al puesto de mando de nuestro regimiento. Envié un informe al comandante de nuestra división y él nos felicitó por nuestros éxitos. También informé de todo ello a Chuikov, el comandante del ejército, cuando pasé por su puesto de mando.

Entonces llegó un operador de cine y nos pidió que subiéramos por aquella escarpada ladera. Eligió el mejor lugar para filmarlo, con Stalingrado al fondo, y en primer plano se veía a los prisioneros en la ladera, junto con su comandante y su abrigo que le quedaba pequeño. Yo iba caminando detrás manejando un látigo. Aquel fue uno de los días más interesantes en la historia de nuestro regimiento.

Cruzamos el Barranco Largo, y como no había defensas del enemigo de consideración, pudimos avanzar hasta el centro de la ciudad.

Nuestros éxitos prosiguieron el 30 de enero, cuando nuestra división avanzó hasta la plaza Nueve de Enero. Allí los alemanes seguían resistiendo. No había habido ningún caso de rendición de todo un regimiento alemán. Estaban maltrechos, pero a pesar de todo las unidades no se rendían. El Grupo Norte incluso obligó a retroceder a una parte de nuestro cerco, y hubo cierto peligro. [...]

Los alemanes establecieron una defensa perimetral alrededor del hotel Central. Había oficiales alemanes de pie junto a todas las entradas. Había incidentes cuando alguien sacaba una bandera de rendición desde el segundo piso, y cuando ibas a hacerte cargo de tus prisioneros te disparaban desde las otras plantas. Después de aquello capturamos a un prisionero polaco al que pudimos utilizar como enviado de paz. Fue unas doce veces y cada vez salía con un grupo de entre quince y veinte alemanes. Era un buen propagandista, y estaba deseando señalar a los oficiales y los francotiradores alemanes que había que fusilar.

El día 30, al final de la jornada, el comandante de la división preguntó qué había que hacer con aquella casa de oficiales: destruirla o dejarla. El mensaje de radio decía algo así: «Pregúntele al comandante qué hay que hacer con la guarnición del hotel Central: dejarla o destruirla». El comandante del ejército nos ordenó destruir la guarnición. Al final lo que hicimos fue dejar a algunos de los nuestros, y el resto de la división avanzó para ocupar las zonas centrales de la ciudad y la estación del ferrocarril. A las dos de la tarde del día 31, la división llegó a la estación de tren de Stalingrado. Tomamos la estación y nos reunimos con el 64.º Ejército, que estaba llegando al centro desde el sur. Podría decirse que a las dos de la tarde del día 31, el grupo sur de alemanes cercados había sido eliminado, pero los oficiales del hotel Central seguían resistiendo.



Prisioneros de guerra en Stalingrado, 1943. *Fotografía de Natalia Bode*.

El comandante volvió a recibir informes sobre las dificultades de tomar al asalto el hotel Central. Sus órdenes decían que había que tomarlo de inmediato, y nos dio cinco carros de combate para la misión. Nosotros teníamos cuatro o cinco grupos de asalto en nuestro regimiento. Maksimov, Babayev y Kudriavtsev volvieron a demostrar su valía una vez más, y más tarde les condecoraron por ello. Cuando llegaron los carros de combate y empezaron a disparar a bocajarro contra el edificio, nuestros grupos de asalto irrumpieron en el hotel, pero incluso entonces los alemanes siguieron resistiendo. Mataron aproximadamente a cien, y otros sesenta se rindieron. Capturamos su hospital. Yo no podía creer que aquello fuera un hospital. Los ordenanzas llevaban abrigos nuevos, absolutamente inmaculados. Yo me imaginaba que eran oficiales disfrazados, aunque ellos hacían todo lo posible por demostrar que no eran oficiales y que no tenían nada que ver con la defensa del edificio.

El último baluarte alemán del centro de la ciudad cayó a las cuatro de la tarde del día 31. Nuestro dibujante hizo un boceto del edificio.

La mayor pérdida individual de nuestro regimiento se produjo el día 31. Una mina mató al capitán Vasili Ivanovich Rakitianski,[121] responsable de propaganda del regimiento, un soldado valiente, que había resultado herido dos veces en la línea del frente. También era siberiano. Había sido segundo secretario del Comité del Partido de la ciudad de Narimsk. Era escritor y trabajaba en la política. Lo que más deseaba aquel día era ir con los hombres hasta la línea del frente, y tenía una Bandera Roja preparada para cuando hubieran tomado el bastión. Ya lo había hablado con el cámara: Rakitianski iba a llevar la Bandera Roja para colocarla en el hotel. El cámara ya estaba preparándose para filmar cuando Rakitianski pisó aquella mina. Una forma absurda de morir.[122] [...]

El 1 de febrero toda la división salió del centro de la ciudad para ir a luchar contra el Grupo Norte. [...] El día 2 por la noche recibimos órdenes de avanzar hacia el aeropuerto y la torre de paracaidismo, y después girar a la derecha hacia la fábrica Barricadas. Es interesante señalar que los

soldados empezaron a atacar incluso antes de recibir la orden. Veían que las cosas iban bastante bien, que los alemanes no disparaban demasiado, que se estaban rindiendo, de forma que empezaron a atacar aproximadamente media hora antes de recibir la orden. Para cuando llegó el comandante del regimiento, ya habían empezado los combates. Los alemanes presentaron una buena batalla, sobre todo en la fábrica Barricadas, pero nosotros atacamos rápidamente y con todas nuestras fuerzas. Aquel día hicimos más de ochocientos prisioneros. A lo largo de los combates en Stalingrado hicimos 1.554 prisioneros. En aquel momento intentábamos acabar con los centros aislados de resistencia alemana. La fábrica Barricadas estaba bien defendida. Capturamos a los comandantes de regimiento, a los jefes de Estado Mayor. Al final interrogábamos a los oficiales. Recuerdo que yo me encontraba en un búnker cuando me trajeron a un subjefe de Estado Mayor de la 113.ª División alemana, un comandante. Habíamos capturado a su subjefe de Estado Mayor de logística y al comandante. Aquellos prisioneros respondían arteramente, intentando ser leales. Durante los interrogatorios no se acordaban de todo de inmediato, se equivocaban. Pero otros metían baza para corregirles, y parecían sinceros, como si estuvieran intentando demostrar su sinceridad. Un comandante llevaba puesta una gorra del Ejército Rojo con una esvástica. Un soldado del pelotón de nuestro cuartel general le quitó la gorra de la cabeza, arrancó la esvástica, se la lanzó, y arrojó la gorra a un lado.

También tomamos la fábrica Barricadas. Era el último bastión del Grupo Norte. La fábrica Barricadas cayó a la 1.30 de la tarde del 2 de febrero. Poco después de las tres de la tarde todas nuestras operaciones habían concluido, y nuestra división se trasladó a la orilla del Volga.

Podemos considerar las 2.30 de la tarde como un momento histórico, la hora en que los cañones dejaron de disparar en la batalla de Stalingrado. Cuando me lo dijeron por teléfono, escribí lo siguiente en mi diario: «¡Gloria a los vencedores! Hoy, a las 2.30 de la tarde del 2 de febrero de

1943, en la fábrica Barricadas, concluyeron los últimos combates en Stalingrado. El último cañonazo de esta gran batalla sonó en ese momento histórico. Hoy los cañones callan. Stalingrado ha sido defendida satisfactoriamente, y miles de alemanes caminan pesadamente hacia la otra orilla del Volga. Han sido testigos de primera mano de nuestra capacidad de luchar y vencer. Sé que nuestros descendientes recordarán esta victoria hasta un futuro muy lejano. Tan solo ahora, cuando la presión empieza a disminuir, puedo empezar a pensar en lo mucho que hemos hecho en Stalingrado».

Unas palabras sobre los prisioneros. Estaban desmoralizados. Al principio los escrutábamos uno por uno, pero después perdimos todo el interés. Ya estaban diciendo: «Hitler *kaput*», a lo que uno de nuestros soldados comentó: «Para vosotros ya no es noviembre [de 1942], ahora todos vosotros estáis *kaput*».



Soldados del Ejército Rojo en las ruinas de Stalingrado, febrero de 1943.

En una ocasión sí registramos a algunos prisioneros. Eran aproximadamente setenta. Empecé a hablar con ellos a través de un intérprete. El comandante del regimiento vino y me preguntó sobre qué les estaba hablando. Contesté que les estaba preguntando si habían visto el Volga. Resultaba que la mayoría no lo había visto. Entonces el comandante del regimiento se dirigió a ellos y les dijo, por medio del intérprete, que por fin aquel día iban a cruzar el río. Y al cabo de media hora había una hilera de prisioneros que se extendía de una orilla a otra del Volga. [...]

Estuvimos en Stalingrado hasta el 6 de marzo. Tras los combates nos tomamos un breve descanso, y después empezamos a estudiar. Nuestra tarea consistía en examinar el sistema alemán de defensa. Recopilamos información de inteligencia del campo de batalla. Los comandantes se subían a todos los búnkeres enemigos, recorrían las trincheras y los puntos de fuego para identificar nuestros fallos y llegar a alguna conclusión basada en nuestras experiencias en el combate y para conseguir algo que pudiera resultarnos útil más adelante.

Toda aquella información fue recogida y resumida por el Estado Mayor del cuartel general. Los oficiales de Estado Mayor trabajaron muy duramente. Yo transmitía mi información al comandante del regimiento, los comandantes de regimiento se la entregaban al comandante de la división, y el comandante de la división invitaba a todo el personal de mando de la división –hasta el grado de comandante de batallón– a que fuera a escuchar su análisis detallado de la información. Las paredes del club estaban cubiertas de mapas y de los diagramas organizativos de los regimientos y las divisiones. El propio comandante de la división ofreció un informe muy interesante sobre la capacidad de combate de su propia división. [...]

El 25 de febrero crucé el Volga por primera vez en 156 días. Yo iba delante, con los oficiales. Cuando llegamos a la aldea de Krasnaya Sloboda, lo primero que nos llamó la atención fue una casa que estaba

completamente intacta. Salía humo de la chimenea. Estábamos tan acostumbrados a los edificios bombardeados que ver una casa entera era algo insólito, realmente nos llamaba la atención. Incluso nos detuvimos para echar un vistazo. [...]

Muchos de nosotros recibimos distinciones y medallas por Stalingrado. Algunos fueron condecorados a título póstumo. Tres comandantes de batallón de nuestro regimiento fueron los primeros oficiales de la división que recibieron la Orden de Alexander Nevski por su lucha contra fuerzas enemigas superiores, por su experiencia y su inventiva en asuntos tácticos. La Orden de Alexander Nevski fue concedida al capitán Kotov, al capitán Nikiteyev, y al capitán Ponomariov.

El 10 de febrero fue un día trascendental para la división. Fue el día en que el Gobierno promulgó un decreto que concedía a la 284.ª División la Orden de la Bandera Roja. Lo celebramos para conmemorar la ocasión.

El 2 de marzo también fue un día destacado. Fue cuando nos enteramos de que el coronel Batiuk había sido ascendido a general de división.

Pero la fecha más importante en la historia de nuestra división fue el 5 de marzo, el día que supimos por la radio que nuestro nombre había cambiado: a partir de aquel momento éramos la 79.ª División de la Guardia [...].

El 24 de febrero, el día que me concedieron la Orden de la Estrella Roja, conseguí un coche para ir a hacer fotos de Stalingrado, de todo lo que me parecía digno de ser fotografiado. En aquel momento estaban recogiendo los cuerpos de los alemanes muertos. En el centro de la ciudad me encontré con un civil y le pregunté quién era. Dijo que dirigía el departamento militar del Comité Municipal de Stalingrado y que era el encargado de recoger los cadáveres. Le pregunté cuántos habían recogido. Aquel día habían recogido en la ciudad 8.700 cadáveres de soldados alemanes. Empecé a hacer fotos. Había montones de cadáveres de

alemanes, doscientos o trescientos, hasta seiscientos apilados unos encima de otros. En Stalingrado nada llamaba más la atención que aquellas montañas de cuerpos, que aquellos miles de camiones cargados de cadáveres. También fotografié los edificios bombardeados, los hospitales de campaña donde todavía estaban ingresados los alemanes heridos. Entré en el hospital alemán instalado en el Teatro Municipal. Estaban todos revueltos: los enfermos, los heridos y los muertos. Había un hedor insoportable. Me costó reprimirme y no rematar a los heridos.

Cuando salimos de Stalingrado el 6 de marzo, pasamos a través de lo que habían sido las líneas del cerco. Había coches, carros de combate, cañones de todos los calibres, morteros y cientos y cientos de cadáveres esparcidos a lo largo de docenas de kilómetros. El campo de batalla era un gigantesco cementerio sin tumbas. Volvimos a constatar una vez más lo grande que había sido aquella batalla de Stalingrado.


H-913978
WH-370 913

Después de la batalla. *Fotografía de Serguéi Strunnikov*.



A veces veíamos una aldea en campo abierto, y pensábamos que podíamos ir a echar un vistazo. Pero cuando nos acercábamos resultaba ser tan solo un montón de vehículos que parecía una aldea. De modo que también había cementerios de material militar.

Celebramos un mitin en el campo el 7 de marzo, cuando nos enteramos de que al camarada Stalin se le había concedido el rango de Mariscal de la Unión Soviética. Eso nos hizo muy felices a todos. Ya lo habíamos dicho antes, habría sido muy bonito verle de uniforme.

Todos los documentos y las distinciones del camarada Stalin nos causaban una gran impresión. Cuando las cosas estaban peor que nunca, sabíamos que no estábamos solos. Recuerdo que en octubre –el peor mes para nosotros– yo iba paseando por la noche con mi ordenanza,

Korostiliov, y tuvimos que esperar dentro de un cráter a que terminara el tiroteo. Le pregunté, en broma, si pensaba que Stalingrado iba a poder resistir. Él me contestó: «No creo que Stalin se haya equivocado». Lo dijo con sencillez, pero con una fuerte convicción de que Stalin estaba pensando mucho en los que estábamos allí, en Stalingrado.

Y lo sentimos con especial fuerza cuando nos enteramos de que se iba a crear la nueva Medalla por la Defensa de Stalingrado y se iba a conceder a tres ciudades el título honorífico de Ciudad Heroica.[123]

Un administrativo de nuestro regimiento reaccionó ante uno de los decretos de Stalin (de noviembre, si mal no recuerdo) de esta forma: «Nada aporta más orden a mis pensamientos que este decreto». De esa forma, los decretos de Stalin aportaron orden tanto a las actividades como a los pensamientos de nuestros soldados. Siempre sentimos que se preocupaba por nosotros, y siempre fuimos capaces de apreciar su sabiduría.

En Stalingrado me convertí en miembro del partido. En Stalingrado me ascendieron a capitán y recibí la Orden de la Bandera Roja.

[Firma:] N. Aksionov, 20 de mayo de 1943

[A mano] He leído esta transcripción. Comandante Aksionov, 5 de marzo de 1946

EL FRANCOTIRADOR VASILI ZAITSEV

El nombre de Vasili Zaitsev le resultará familiar a muchos lectores gracias a la película *Enemigo a las puertas* (2001). Sin embargo, muchas partes de la historia que relata son ficticias, al margen de que el actor Jude Law es alto y delgado, y no se parece nada al hombre que encarna. (El verdadero Zaitsev era un hombre bajo y fornido.) Según la película, Zaitsev aprendió a disparar cazando lobos con su abuelo. Pero tal y como le contaba a los historiadores, Zaitsev adquirió su habilidad cazando ardillas con su padre, su madre, su hermano y su hermana. El objetivo era

cazar las ardillas necesarias para que su madre pudiera hacerle un abrigo de piel a la hermana. En la película, Zaitsev es «descubierto» por un comisario que le cuenta al periódico del ejército algunas anécdotas sobre las hazañas del francotirador. Pero el verdadero Zaitsev no fue descubierto por un comisario; siguió el ejemplo de otros francotiradores de Stalingrado cuyas cifras de enemigos abatidos se publicitaban ampliamente en el seno del Ejército Rojo. Por último, la película nos induce a creer que los alemanes, tras fracasar en sus reiterados intentos de matar a Zaitsev, enviaron a su francotirador más experimentado, el comandante Erwin König, para enfrentarse cara a cara con el tirador ruso entre los escombros de la fábrica de tractores. Aunque Zaitsev contaba que libró un duelo de tres días con un excelente francotirador alemán al que llamaba «comandante Koning», no hay ninguna prueba de que alguna vez existiera un francotirador con ese nombre.[124]

Conforme a los comentarios anteriormente mencionados del comandante Aksionov, el movimiento de los francotiradores en Stalingrado comenzó en octubre de 1942, durante los combates más encarnizados. El empleo de los francotiradores, al igual que el de las tropas de choque, era una de las tácticas preferidas por el mando del 62.º Ejército para el combate callejero. Los francotiradores del regimiento del teniente coronel de la Guardia Meteliov, de la 284.ª División de Fusileros, provocaron una gran sensación. Según Aksionov, los 48 francotiradores del régimen mataron a 1.278 alemanes.

El primer francotirador que se hizo famoso en el regimiento fue Alexander Kalentiev. Había recibido formación como francotirador, pero trabajaba como oficial de enlace en el Estado Mayor del regimiento. En una entrevista con un periódico militar a principios de octubre, Kalentiev explicaba que la gran publicidad que se daba a las hazañas de otros francotiradores soviéticos le incitó a seguir su ejemplo. Se acercó hasta la principal línea de batalla y «maté a diez *fritzes*, mi primer manada de diez». Kalentiev anunciaba que iba a multiplicar esa cifra cuando se

conmemorara el 25.º aniversario de la Revolución de Octubre, el 7 de noviembre.[125] Logró matar veinticuatro soldados enemigos antes de que la bala de un francotirador alemán le alcanzara y le matara.[126] Kalentiev y otros soldados del Ejército Rojo desplegados en el Frente de Stalingrado recibían de manos de la Administración Política Principal unas pequeñas libretas para anotar el número de soldados que habían matado y la cantidad de material militar que habían destruido. En la cubierta de cada libreta figuraban las siguientes palabras de Iliá Ehrenburg: «A menos que hayas matado por lo menos un alemán un día concreto, has malgastado ese día».[127]

La propaganda sobre los francotiradores se extendió durante el mes de octubre. Los francotiradores más destacados se comprometían públicamente a incrementar su cifra de víctimas en honor del aniversario de la revolución. Los mandos del ejército les animaban a formar a otros soldados y a crear un movimiento de francotiradores.[128] Los periódicos publicaban regularmente las cifras totales de enemigos abatidos por los francotiradores. Un artículo del 21 de octubre llevaba como titular nada más que «66» en negrita; convocaba una «competición socialista» con motivo del inminente aniversario. Uno de los titulares preguntaba directamente: «El francotirador Sitnikov ha matado a 88 alemanes. ¿Y tú?». Era una forma de avergonzar públicamente a los soldados que todavía no habían inaugurado su cuenta.[129] La campaña utilizaba un tono parecido al del trabajo de choque de la década de 1930. Sitnikov mencionaba que antes de la guerra había participado en el movimiento estajanovista como minero. Cuando se enteró de la competición con motivo del aniversario, pensó que podía seguir el ejemplo de los estajanovistas y superar sus anteriores objetivos de soldados enemigos abatidos.[130] Durante los años treinta, los estajanovistas fueron elogiados como «personas excelentes» *(znatnye liudi)* de la nueva era socialista. En Stalingrado se impuso una variante: todo francotirador con más de cuarenta víctimas era considerado un «tirador excelente».[131]

El aparato político no solo espoleaba a los soldados a distinguirse en las «competiciones socialistas», sino que además avivaba las llamas del odio contra los alemanes. El odio que cultivaba daba sus buenos frutos. En su entrevista, Aksionov comentaba que en Stalingrado todos los soldados y comandantes «ardían en deseos» de matar el máximo número posible de alemanes. Estaba convencido de que aquel odio fue el origen del movimiento de francotiradores en la 284.ª División de Fusileros. Anatoli Chekov, un francotirador de la 13.ª División de la Guardia, dejaba claro en su entrevista de octubre de 1942 con Vasili Grossman que a él lo que le movía era el odio. Chekov recordaba lo que sintió después de matar a su primer alemán: «Me sentía fatal: ¡había matado a un hombre! Pero entonces me acordé de nuestros propios muertos y empecé a masacrarlos sin piedad. [...] Me he convertido en un hombre bestial: los mato, los odio como si mi vida entera fuera a ser así. He matado a cuarenta hombres –a tres les disparé en el pecho, al resto en la cabeza».[132] También Zaitsev afirmaba que lo que le movía era sobre todo el odio.

El nombre de Zaitsev apareció por primera vez en el periódico militar el 2 de noviembre. Se le describía como un recién llegado al Frente de Stalingrado que rápidamente se convirtió en uno de los francotiradores de mayor precisión de todo el ejército, un hombre que sale «cada mañana al amanecer a "cazar *fritzes*"». El artículo citaba elogiosamente su saldo –116 alemanes abatidos– y el hecho de que se hubiera hecho cargo de otros soldados.[133] Cuatro días después, ante el inminente aniversario de la revolución, el periódico informaba de que Zaitsev ya tenía 135 muertos en su haber. También informaba de los totales de los discípulos de Zaitsev, que cumplían «honrosamente con sus obligaciones»: uno de ellos había matado a veinte alemanes; otro, veinticinco, y un tercero, 33.[134] Después del aniversario, el periódico instaba a los francotiradores a seguir adelante con su «feroz competición» sin que les flaquearan las fuerzas.[135]

Al final de la batalla de Stalingrado, Zaitsev había matado a 242 alemanes, más que cualquier otro francotirador del 62.º Ejército.[136] El 15

de enero de 1943 sufrió una lesión en un ojo y estuvo tres semanas ingresado en un hospital militar. El 22 de febrero, cuando acudió a la consulta de un oftalmólogo en Moscú, Zaitsev se enteró de que iban a honrarle como Héroe de la Unión Soviética. Antes de la ceremonia de condecoración –estaba previsto que el presidente Mijaíl Kalinin le otorgara el título en el Kremlin el 26 de febrero– Zaitsev recibió una carta del profesor Mints donde le invitaba al instituto para el Estudio de la Gran Guerra Patriótica. Zaitsev pensó que iba a tener que dar una charla sobre el movimiento de los francotiradores en Stalingrado, y estaba nervioso cuando llegó, no muy bien preparado, sobre todo porque el redactor jefe del *Pravda*, Piotr Popielov, estaba presente. Como escribía en sus memorias: «Me pongo a responder a las preguntas, hablo sobre mis camaradas, sin mirar en mi bloc de notas, donde tan solo figuran las tesis de la primera parte del informe. Pasa una hora, luego otra. Empiezo a preguntarme por qué nadie me pide que inicie mi charla. Finalmente, llegan a la conclusión de que mi informe tiene valor científico. Me quedo atónito: pero ¿qué valor, si no he leído ni una sola tesis de mi bloc de notas?».[137]

Como en aquel momento no disponían de estenógrafas para registrar la entrevista con Mints, Zaitsev fue invitado de nuevo al instituto en abril de 1943, cuando se elaboró la siguiente transcripción.[138] En agosto de 1943 tuvo lugar una entrevista complementaria. Ese mismo año se publicó un texto revisado de la entrevista en forma de folleto.[139] El testimonio de Zaitsev es el único relato de un testigo ocular de la batalla que publicó la Comisión Histórica. Hay diferencias considerables entre la versión publicada y la versión inédita de la entrevista. Los editores del folleto abreviaron o reformaron muchos pasajes sin advertir de los cambios. Adornaron o eliminaron secciones en las que Zaitsev resulta ser una figura un poco menos heroica. Por ejemplo, en la entrevista original, Zaitsev afirmaba que mató a su primer soldado alemán a una distancia de 250 pies [75 m]. En el folleto pasaban a ser 2.500 pies [750 m]. Y lo mismo puede

decirse del enfrentamiento final de Zaitsev con el francotirador alemán (la escena del desenlace de *Enemigo a las puertas*). En el relato de Zaitsev, él mató a su oponente después de que este depusiera su arma. El folleto describe el episodio de una forma distinta: el alemán, armado, «pierde la cabeza» cuando Zaitsev sale de un salto de la cuneta y le abate con sus «santas balas rusas».[140]

Zaitsev siguió combatiendo en el frente durante todo el transcurso de la guerra. Cuando llegó a las puertas de Berlín, había ascendido hasta el grado de capitán. Después de la guerra, dirigió una fábrica de máquinas de coser en Kiev. Falleció en esa ciudad en 1991. En 2006, conforme a sus deseos, su cuerpo fue trasladado desde Kiev a una tumba situada en Mamáyev Kurgán.

La gran veneración que tenía el Ejército Rojo por sus francotiradores no se extendía a los francotiradores enemigos, a los que consideraba asesinos de masas; a los francotiradores que caían prisioneros los separaban del resto y los ejecutaban.[141] Véase por ejemplo lo que ocurrió cuando el coronel Ivan Burmakov, que supervisaba el arresto del Estado Mayor de la 71.ª División de Infantería el 31 de enero de 1943, accedió a la petición de Fritz Roske, que quería despedirse de sus oficiales.

> Sus comandantes se le acercaron, él les dio un beso y les estrechó la mano a todos. De repente se le acertó un *fritz* de rostro desagradable y lloriqueante. Ahí realmente el gesto vino de parte de Roske. Ilchenko estaba de pie a mi lado. [El teniente Fiódor Ilchenko hablaba alemán y actuaba como intérprete.] Así que se le acerca aquel alemán. Roske le da la mano, le besa. Yo pregunto quién es ese. Roske responde que es el mejor ametrallador de su ejército, que ha matado a 375 rusos. En cuanto oí «375 rusos», disimuladamente le pisé un pie a Ilchenko, que estaba de pie a mi lado. Y así, aquel *fritz* lloriqueante fue liquidado nada más salir del sótano, antes de que pudiera apuntar al número 376.

COMISIÓN SOBRE LA HISTORIA DE LA GRAN GUERRA PATRIÓTICA

Transcripción de la entrevista con el camarada V. G. ZAITSEV

12 de abril de 1943

Entrevista realizada por el camarada Krol,[142] ayudante de investigación de la comisión

Estenografía por la camarada Rosliakova

Vasili Grigorievich ZAITSEV: Héroe de la Unión Soviética, experto francotirador[143]

Nací en una familia campesina el 23 de abril de 1915, en la aldea de Yeleninski, que está en el distrito de Agapov, en la región de Cheliabinsk. Mi padre era guardia forestal. Hasta 1929 me crié en el bosque. Pasé toda mi infancia en el bosque. Allí aprendí a disparar, y cazaba conejos, ardillas, zorros, lobos y cabras montesas. Probablemente me gusta tanto el bosque porque pasé toda mi infancia en él. Lo que significa que yo nunca me he perdido en un bosque, aunque fuera un bosque en el que no había estado nunca. Jamás me he perdido. El 1929 mi padre se incorporó a una granja colectiva. Fui allí con mis padres a nuestro pueblo, Yeleninski. [...] Durante el verano cuidaba del ganado, era pastor. La Escuela Técnica de Construcción estaba en Magnitogorsk. Al mismo tiempo yo me estaba preparando para matricularme allí. Todavía no había decidido dónde quería estudiar. Tan solo había decidido que tenía que estudiar algo. La construcción no me interesaba demasiado, pero yo quería aprender. Me daba vergüenza estar cuidando del ganado. Pero yo seguía haciéndolo, y al mismo tiempo iba al colegio. Dejaba entrar a las vacas y ataba mi caballo con una cuerda larga. Después me sentaba a la sombra de un arbusto para estudiar. Me pasé el verano de 1929 cuidando del ganado, y aquel invierno inicié mis estudios en la Escuela Técnica de Construcción. Si alguien me hubiera preguntado dónde quería ir, le habría dicho de inmediato que quería ir al instituto de aviación. Quería ser piloto, pero en aquella época tanto mi salud como mi vista estaban muy

maltrechas. De modo que en 1930 ingresé en la Escuela Técnica de Construcción. Era un estudiante excelente. En segundo y tercer curso me dieron premios. Mi nota media cuando salí era «excelente». Me licencié en 1932. Cuando era joven era muy pequeño, muy flaco y muy débil. Mientras estaba en aquella escuela construimos los dos primeros altos hornos de Magnitogorsk. Yo construía altos hornos y hornos de pudelaje. De modo que trabajé allí como aprendiz. Los obreros eran viejos. No tenían mucha idea de teoría, pero tenían mucha experiencia. Les dabas instrucciones y ellos te decían: «Solo eres un niño –yo llevo toda mi vida haciendo esto, y llegas tú a decirme lo que tengo que hacer». Aquello no me gustó. Me hizo sentir mal, de modo que me marché. Llevaba tres meses trabajando allí. Además, era un trabajo sucio. Hacía mucho calor, y había que llevar toda aquella ropa de abrigo. Empecé un curso de contabilidad. En Shadrinsk terminé un curso de nueve meses para ser contable. Cuando terminé, me enviaron al distrito de Kizilski, en la región de Cheliabinsk. A partir de 1933 trabajé como contable para la Comunidad de Cooperativas de Consumidores de la región de Kizilski. Me gustaba aquel trabajo cuidadoso y exigente. Estuve trabajando allí de contable hasta 1936. [...] Me alisté en las fuerzas armadas a través del Komsomol y me incorporé a la Flota del Pacífico. Era miembro del Komsomol desde que estudiaba en la escuela técnica. En febrero de 1937 me incorporé a la Flota del Pacífico. [...] Nuestra unidad tenía su base en Vladivostok. Es una ciudad única, en las montañas. Cuando uno compara Vladivostok con Cheliabinsk, con Sverdlovsk, con Shadrinsk, o con Tiumen, parece bastante desagradable. No es un sitio limpio. Hay muchos chinos y coreanos. Al principio no me gustaban demasiado, pero después de pasar un tiempo allí me acostumbré a la ciudad, me acostumbré a la armada, y ahora añoro enormemente el Extremo Oriente. Aceptaría encantado que me enviaran a cualquier tundra en el Extremo Oriente. Sencillamente, me encanta esa región. Allí los alrededores son muy bonitos, y la propia ciudad es fantástica, llegué a apreciarla de verdad. Por

supuesto el clima es severo, pero me encantó aquella ciudad. Si después de la guerra sigo vivo, decididamente iré a prestar servicio en el Extremo Oriente, aunque al cabo de seis años te obligan a marcharte, y yo ya he vivido allí siete años.

Por orden del Consejo Militar de la Flota del Pacífico, a los que se licenciaban con las notas más altas de la Escuela de Intendencia Militar se les concedía el rango de técnico de intendencia de 2.ª clase. Esa orden se comunicaba por telégrafo, y se suponía que el documento por escrito llegaba más tarde. Yo tenía el empleo y el nivel de un oficial de grado medio, pero seguía siendo un marinero corriente. Me pusieron a cargo de un departamento. Me nombraron contable de la 4.ª Brigada de Submarinos de Vladivostok. Entre 1939 y marzo de 1941 presté servicio como contable con el rango de técnico de intendencia de 2.ª clase. Pero cuando empezaron a considerar los ascensos, resultó que mi graduación no había quedado debidamente registrada. La orden del Comisariado del Pueblo donde se me concedía el rango de técnico de intendencia de 2.ª clase nunca se emitió. Aquello me molestó, y fue solo el inicio de un montón de papeleos. Yo era un oficial de grado medio desde hacía ya seis meses, y de repente era solo un marinero corriente. A lo largo de toda mi carrera nunca había sido objeto de ni una sola medida disciplinaria, ni del partido, ni del Komsomol, ni de mi departamento. El Consejo Militar había manifestado su gratitud por mi trabajo. Durante todo aquel tiempo no había hecho nada mal, había realizado mi trabajo con una disciplina excepcional. Ellos llegaron a su conclusión: debía entregar mi uniforme de oficial y volver a llevar el de un simple marinero. Las órdenes son las órdenes. Denegaron mi solicitud, volvieron a enviarme a un cuartel, y prorrogaron mi periodo de servicio. Le escribí una carta al camarada Stalin. Quince días después me llegó una respuesta. La respuesta, escrita en nombre del camarada Stalin, decía: investíguese y preséntese un informe. A partir de ahí todo se solucionó rápidamente y me concedieron el estatus de un militar reenganchado. Pasé de ser un marinero corriente a

que me concedieran el rango de reenganchado con diez años de servicio. [...]

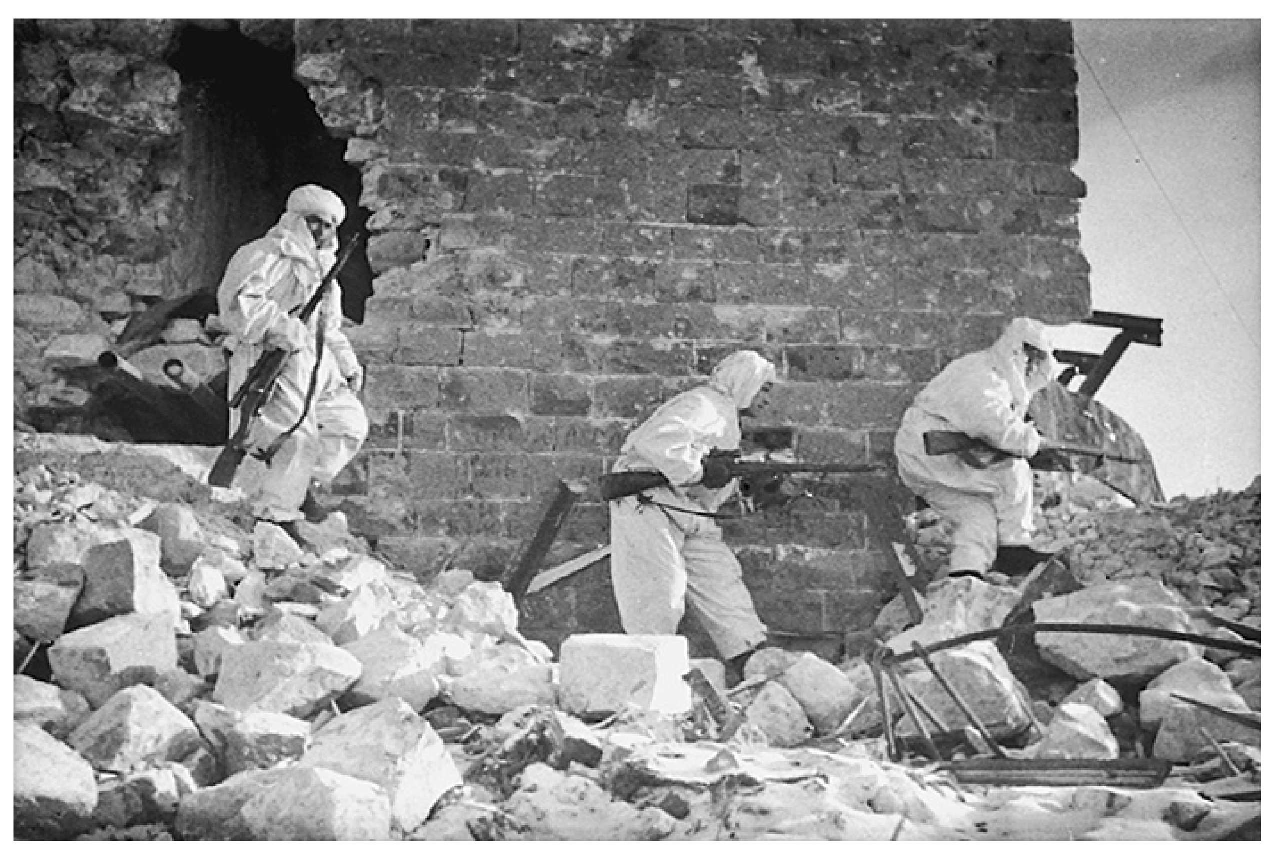
Cuando los alemanes iniciaron su aproximación a Stalingrado, presentamos una petición al Consejo Militar para que autorizara a los marineros del Komsomol a ir como voluntarios a defender Stalingrado. Yo me presenté voluntario para Stalingrado. [...] Nuestra unidad se formó en Krasnoufimsk en septiembre de aquel año. El 6 de septiembre de 1942 llegamos a Krasnoufimsk. El día 7 nos trasbordaron directamente de un tren de tropas al siguiente antes de partir hacia Stalingrado. Había muchos soldados a bordo de aquel tren, éramos aproximadamente 5.000. En Krasnoufimsk nos asignaron a la división de Batiuk, cuando todavía era una división de fusileros estándar. Nos dieron instrucción mientras íbamos de camino, en los vagones del tren. Así fue como aprendí a utilizar una ametralladora: puse una ametralladora en una litera de arriba, le pedí a un soldado ametrallador que me hablara de ella, y él me dijo cómo funcionaba. Yo era un mando y él era un soldado, pero era él quien me instruía a mí. Allí me nombraron comandante de un pelotón de intendencia, pero lo rechacé porque yo quería ser un soldado regular, un fusilero. Me dieron un arma y fui como fusilero. Yo tenía muy buena puntería incluso cuando todavía estaba en la armada.

Llegamos a Stalingrado entre el 21 y el 22 de septiembre. Entre el 20 y el 21 estuvimos en Burkovka. En aquel momento todo Stalingrado estaba ardiendo. Desde por la mañana hasta las siete de la tarde había batallas aéreas entre nuestros aviones y los del enemigo. Los aviones iban estrellándose e incendiándose uno tras otro. Toda la ciudad estaba ardiendo. Desde la otra orilla del Volga podían verse las llamas, las lenguas de fuego que se fundían para formar una enorme bola de fuego. Los heridos andaban y se arrastraban. Los llevaban a la otra orilla del Volga. Ver todo aquello tiene un profundo efecto en un recién llegado. Nos llenó de odio y de ira.

Ya habíamos limpiado nuestras armas y colocado las bayonetas. Simplemente estábamos esperando, esperando impacientemente. Estábamos en alerta máxima. Llevábamos nuestra munición, nuestros morteros, nuestras ametralladoras. Llegamos al Volga en secreto y cruzamos el río la noche del 21 al 22 de septiembre. Nos agregaron un representante de una división de la Guardia, pero no recuerdo de cuál. Después de cruzar el Volga, permanecimos en la orilla. Para entonces los alemanes ya estaban en la ciudad. Nos descubrieron a las seis de la mañana y nos atacaron con un intenso fuego de mortero. Había doce depósitos de combustible. Ocupamos la zona circundante. Tomamos aquellos doce depósitos de combustible. Entonces aparecieron sesenta aviones enemigos y empezaron a atacarnos. Bombardearon los depósitos, y acabamos cubiertos de gasolina. Nos replegamos al Volga, donde nos zambullimos en el agua al tiempo que nos arrancábamos la ropa en llamas. Nos quedamos en camiseta. Algunos estaban incluso desnudos, y otros se tapaban con sus impermeables. Con los fusiles preparados, pasamos al ataque. Obligamos a los alemanes a abandonar la zona de las fábricas, de la fábrica Metiz y de la planta envasadora de carne. Allí nos atrincheramos. Al cabo de un rato los alemanes nos atacaron, pero logramos resistir todas sus ofensivas.

Después de aquellas primeras batallas, el comandante del batallón me nombró su ayudante. Yo era el ayudante del comandante del batallón, su mano derecha. Durante los combates, nuestro batallón se había dispersado, y los alemanes lograron desbaratar nuestras formaciones de combate. El comandante del batallón me ordenó reunir a nuestros hombres y ponerme en contacto con él. Yo tenía mi propio ayudante, y entre los dos empezamos a reunir a los hombres y a recomponer las compañías. Tan solo logramos localizar a unos siete soldados de cada compañía. Después, cuando terminamos, había entre sesenta y setenta en cada una de las compañías. Organizamos nuestras formaciones de batalla. Una de nuestras unidades se había encontrado con una fuerte resistencia

en el Barranco Largo y estaba empezando a retirarse. Me presenté allí con mi ordenanza. El comandante del batallón me dio la orden de mantener a raya al enemigo y de defender la línea. Yo obedecí sus órdenes y defendí la línea. Atacamos a los alemanes, les obligamos a retroceder, y enderezamos la línea. Frenamos en seco el avance alemán. Después de aquellas batallas, cuando estábamos a la defensiva, el mando me recomendó para la Medalla al Valor. Me la concedieron el 23 de octubre de 1942



El francotirador Vasili Zaitsev *(derecha)* y sus alumnos se sitúan en posición de emboscada en Stalingrado, diciembre de 1942.

Los alemanes empezaron a enviar a sus francotiradores para impedir nuestros movimientos. En una ocasión yo estaba con el comandante del batallón, el capitán Kotov, y vimos a un alemán salir de un salto. El capitán me da una orden: «Por allí hay un alemán: mátelo». Voy a por mi fusil, disparo, y el alemán cae muerto. Aproximadamente ochenta metros,

y lo maté con un fusil corriente. La gente se entusiasmó bastante. Allí todo el mundo me conocía, y yo ya tenía mucha autoridad sobre mis soldados. Hacían bromas sobre el asunto, pero estaban impresionados. Vimos salir a otro alemán para ayudar al primero. El que yo había matado probablemente llevaba un mensaje. Alguien gritó: «Zaitsev, Zaitsev, por ahí sale otro, a ver si le das a ese también». Empuñé mi fusil, disparé –y cayó muerto. Fueron dos en el plazo de media hora. Aquello empezaba a gustarme. Me acerqué a la ventana y miré. Otro alemán salió gateando hacia los dos soldados muertos. Disparé y le maté.

Dos días después me dieron mi propio fusil de francotirador con mira telescópica. El capitán Kotov me lo entregó en nombre del comandante del regimiento, el coronel Meteliov. Empecé a aprender a disparar con aquel fusil. En nuestro regimiento teníamos a un francotirador, Alexander Kalentiev. Me ayudó a conocer aquel fusil de francotirador. Estuve tres días dando vueltas por ahí con Kalentiev, observando sus movimientos, viendo cómo trabajaba con su fusil. El teniente Vasili Bolsheshchapov me ayudó a conocer los aspectos mecánicos del fusil. A partir de ahí empecé a tender emboscadas, y tenía mucho éxito. Operar por mi cuenta me facilitaba vigilar a los alemanes. Y encima, había mucha gente intentando darme caza. Los alemanes ya sabían quién era yo.

Decidí reclutar más francotiradores y formarles. Dado que yo estaba matando entre tres y cuatro alemanes cada día, empecé a buscar alumnos. Recluté a cinco o seis alumnos. Dábamos clase en una forja. Aprendieron los aspectos mecánicos del fusil en un tubo de ventilación de la fábrica Metiz. Llegábamos a la forja, les enseñaba a disparar, y después salíamos a acechar al enemigo. Recluté a unos treinta alumnos en total. Cuando estaba convencido de que eran capaces de manejar sus armas con pericia, les llevaba conmigo a una emboscada –uno, dos, tres días. Se acostumbraron a disparar. Estudiaban las posiciones defensivas del enemigo, sus actividades, etcétera. Yo mismo los escogía. Eran mis amigos, y yo les quería. Lo compartíamos todo: a veces no había mucha

comida y cada uno tenía que compartir las galletas o el tabaco que tuviera. Cuando la gente ve que eres sincero y honesto con ella, te coge cariño. Espero que si alguien llega a quererme, nunca me dé por imposible, y yo tampoco lo haré con ellos. Les enseñé a recordar todo lo que yo les decía. Así fue como recluté e instruí a mis alumnos.

No es demasiado difícil evaluar las aptitudes para el combate de una persona en el frente. Un francotirador tiene que ser audaz, despiadado e insistente; debe dominar su arma, tener buenas dotes tácticas y buena vista. Esas son las cualidades que determinan si alguien puede ser francotirador. Yo les enseñaba y salía con ellos de emboscada.

En una zona, cerca de Mamáyev Kurgán, necesitábamos tomar un búnker que nos impedía movernos con libertad –cruzar de un distrito a otro, traer víveres o munición. El mando nos asignó la misión de tomar aquel búnker. Nuestra infantería lo había intentado varias veces, pero sus ataques habían fracasado. En la zona había francotiradores alemanes. Yo envié a dos francotiradores de mi grupo, pero fallaron, les hirieron y quedaron fuera de combate. El comandante del batallón me ordenó que fuera allí en persona y me llevara a otros dos francotiradores. Me puse en marcha. Me topé con un francotirador alemán muy hábil. Levanté un casco hasta que asomara por encima de una trinchera y él lo tiroteó de inmediato. Tuve que averiguar dónde estaba. Era muy difícil, porque en cuanto intentabas echar un vistazo, el alemán te pegaba un tiro. Lo que significaba que había que engañarle, teníamos que ser más listos que él. Es decir, hay que utilizar la táctica adecuada. Pongo mi casco en un parapeto, él dispara, y el casco sale volando. Estuve cinco horas dándole caza. Tuve que recurrir al siguiente método. Me quité un mitón, lo puse en una tabla y lo saqué por encima de la trinchera. El alemán cree que alguien está levantando la mano como para rendirse, que no quiere combatir. El alemán dispara. Bajo el guante y miro por dónde ha entrado la bala. Basándome en los agujeros deduzco desde dónde está disparando. Si el guante tiene un tiro por este lado, significa que el francotirador está

por allá. Si el alemán estuviera en otro sitio, el guante tendría el agujero en otro lado. Aquel tiro indicaba la dirección desde la que estaba disparando. Agarré un periscopio de trinchera y empecé a mirar. Le encontré. Nuestra infantería estaba justo en la línea del frente. Tan solo tenían que recorrer treinta metros para llegar a aquel búnker alemán. Yo seguí la pista del alemán. Se levantaba para observar a nuestra infantería. Para eso tenía que soltar su fusil. Justo entonces asomé de la trinchera, empuñé mi fusil y disparé. Le di. Después abrí fuego contra las troneras del búnker, desde las que los alemanes estaban disparando sus ametralladoras. Empecé a disparar contra las troneras para impedir que los ametralladores empuñaran sus armas. Entonces nuestra infantería tomó al asalto el búnker. Lo tomamos sin sufrir ninguna baja.

Ahí lo único que hubo fue una buena táctica: tuve que ser más listo que mi oponente. Eso evitó que sufriéramos bajas y nos permitió cumplir nuestros objetivos.

En lo alto de un cerro había una compañía que había quedado aislada por los francotiradores y las ametralladoras de los alemanes. No resultaba fácil llegar allí. El mando intentaba averiguar dónde se ocultaba el enemigo. Salieron dos o tres veces, pero no lograron encontrarles. El coronel Meteliov, comandante de nuestro regimiento, me pidió que localizara las posiciones de fuego del enemigo, que averiguara dónde se escondían los francotiradores, y que despejara el acceso. Me puse en marcha con dos de mis hombres los soldados Nikolái Kulikov y Dvoyashkin. Salimos a las cinco de la madrugada, antes del amanecer. Durante el día no se pueden ver los fogonazos, no se puede ver desde dónde disparan, y por eso hay que trabajar de noche. Nos metimos en una trinchera, liamos un cigarrillo bien grande e hicimos una especie de cruz con palos. Después la envolvimos con trapos para conseguir algo que se pareciera a una cara. Después le pusimos un casco, le colocamos el cigarrillo encendido en la boca, le pusimos un abrigo y lo exhibimos. El francotirador alemán ve a un hombre fumando un cigarrillo. Cuando

alguien dispara en la oscuridad, se ve claramente el fogonazo. Así fue como logré localizar al francotirador alemán. Cuando Kulikov levantó aquel señuelo de palos, el alemán empezó a dispararle. Disparaba, Kulikov lo bajaba, y después volvía a asomarlo. El alemán pensaba que no le había dado, de modo que volvía a disparar. Para entonces yo ya había conseguido averiguar la posición exacta del emplazamiento y de los francotiradores alemanes. No fui capaz de liquidarlos. Tan solo logré averiguar dónde estaban. Me puse en contacto con nuestra artillería anticarro. Destruyeron los búnkeres alemanes y mataron a los francotiradores. Así fue como conseguimos llegar hasta la compañía que había quedado aislada.

Hay que tener inventiva. Hay que encontrar el enfoque táctico adecuado para burlar al enemigo. Matarle no lleva mucho tiempo. Pero ser más listo que él, pensar cómo prevalecer sobre él –eso ya no es tan fácil.

Otro ejemplo. Estábamos intentando tomar un puente de hormigón. Tras varios intentos, seguíamos sin conseguirlo. Todos nuestros ataques habían salido mal. Conseguí llegar sigilosamente hasta el flanco de los alemanes con un grupo de cuatro francotiradores. De hecho, logramos colarnos hasta su retaguardia. Subimos a los edificios bombardeados. Cuando los nuestros empezaban a atacar, los alemanes salían en tropel y lanzaban granadas. Y fue entonces, al verles salir de sus escondites, cuando empezamos a liquidarlos. Ellos nos descubrieron y trajeron uno de sus cañones. Matamos a todos los artilleros. En el plazo de aproximadamente dos horas, entre los cuatro matamos a veintiocho alemanes. Fue el 17 de diciembre de 1942. Nuestra infantería logró ocupar aquel puente, muy bien fortificado. El puente había resistido muchos asaltos, gran cantidad de fuego directo, pero era imposible destruirlo. El hormigón tenía aproximadamente seis metros de espesor. Si le aciertas con un proyectil de artillería, lo único que consigues es hacerle una mella.

Entre el 5 de octubre de 1942 y el 10 de enero de 1943 anoté en mi cuenta 242 alemanes muertos. Había formado a un total de treinta francotiradores. Había establecido un nuevo movimiento, una escuela de francotiradores. En el número de *Flota Roja* del 15 de marzo de 1943 había un artículo del capitán de la Guardia Aksionov donde describía mi trabajo.

Yo había sufrido mucho acoso en la armada. Las condiciones eran sencillamente insoportables, e incluso algunas personas juiciosas me decían: «Zaitsev, yo en tu lugar me pegaba un tiro». Pero sobreviví, y quería a la armada a pesar de todos los imbéciles –no todos eran así, pero realmente el servicio de intendencia estaba repleto de imbéciles.

He aquí otro ejemplo. Los alemanes estaban trayendo refuerzos. No recuerdo la fecha, pero para entonces yo ya estaba en un regimiento distinto. Estaba allí con algunos de mis alumnos. Había otros cuatro trabajando en otro barrio. Yo estaba en un puesto de observación con el comandante. Se presenta un mensajero que me está buscando. Dice: camarada Zaitsev, se ha informado de una gran actividad de los alemanes en el sector de observación tal y tal. Están enviando refuerzos. Acudí con mis francotiradores para echarle un vistazo a aquellos refuerzos. Mandé llamar a los otros cuatro, así que en total éramos seis, incluyendo a mi alumno y a mí. Fuimos para allá a la carrera, entramos en un edificio bombardeado y tendimos una emboscada a los alemanes que avanzaban en formación. Les dejamos acercarse hasta una distancia aproximada de trescientos metros antes de empezar a disparar. Funcionó a la perfección. Había entre noventa y cien alemanes. No se lo esperaban. No sabían lo que ocurría, y se detuvieron: primero cae uno, después un segundo y luego un tercero. Hacen falta dos segundos para cada disparo. Nuestro fusil SVT tiene un cargador de diez cartuchos.[144] Lo único que hay que hacer es apretar el gatillo y se carga el siguiente cartucho. En aproximadamente media hora matamos a 46 alemanes entre los seis. Aquella fue mi

emboscada más memorable. Después de que termináramos, nuestra artillería y nuestros morteros se encargaron de eliminar al resto.

Recuerdo un momento interesante. Mis camaradas a menudo se ríen de ello cuando nos reunimos. Fue la primera vez que sufrí una conmoción. Me había subido al interior de una caldera que se había desmoronado. El edificio se había incendiado, lo único que quedaba era aquella caldera y una chimenea. Yo me había metido dentro y estaba disparando desde el interior, pero los alemanes me vieron y le acertaron a la chimenea con sus morteros. Quedé sepultado debajo de un montón de ladrillos, y mi fusil estaba roto. Había matado a muchos alemanes desde aquella caldera. Cuando quedé sepultado llevaba puestas unas botas grandes –de la talla 45– y no podía levantarme. Mi impermeable, que se había desgarrado en dos partes, estaba envuelto alrededor de mis pies. Saqué los pies, pero las botas se quedaron atascadas. Por cierto, llevaba dos horas allí, inconsciente. Cuando recobré el conocimiento, logré salir de debajo de los ladrillos y saqué las piernas, pero las botas, como decía, se quedaron allí, en la caldera. Tiré por ahí todos los ladrillos, pensando: «Al infierno con ellos si me matan». Me colgué el fusil roto del cuello, me envolví los pies en unos trapos, agarré mis botas con las manos y corrí descalzo por el callejón. Mis camaradas se ríen cuando se acuerdan. Menuda foto habría sido aquella. Por alguna razón los alemanes no me dispararon.

Y esta es otra anécdota. Fue en el Barranco Largo. Allí los alemanes tenían una cocina. En un sótano. Era por la noche, ya bastante tarde, el sol se había puesto. Estábamos en un edificio, fumando un cigarrillo. Y vemos a un alemán muy corpulento saliendo de alguna parte. Ellos tenían unas enormes ollas cubiertas de material aislante. Sale el alemán, todo vestido de blanco –aparentemente era un cocinero– y empieza a lavar la olla. Estaba a una distancia de aproximadamente cuatrocientos metros. Estaba en campo abierto. Alguien dice: «¡Zaitsev, pégale un tiro!». Levanté mi fusil, y justo en el momento en que el cocinero agarraba la olla para mirar dentro le pegué un tiro en la cabeza. Al caer, el hombre

metió la cabeza dentro de la olla. Los soldados dijeron: «El enemigo ha recurrido al empleo de armamento de hojalata». Nos reímos mucho con aquello.

Empecé a disparar cuando tenía unos doce años. Todavía me queda un hermano. Cuando éramos niños cazábamos perdices y urogallos. Yo tenía muy buena puntería, ya de niño. Nuestro padre nos enseñó a cazar ardillas. Nos mandaba disparar cuando saltaban de un árbol a otro. Íbamos mucho a cazar: mi padre, mi madre, mi hermana, mi hermano y yo. Era divertido. Si le disparas a una ardilla con una escopeta, lo destrozas todo y echas a perder la piel. Teníamos una hermana, y mi hermano y yo decidimos cazar suficientes ardillas como para hacerle un abrigo de piel.

Pero teníamos que cazarlas con un solo perdigón, de modo que tuvimos que practicar esa técnica. Hacíamos nuestros propios perdigones. Eran de un tamaño parecido al que se ven en los fusiles TOZ de pequeño calibre.[145] Yo entonces tenía unos doce años. Cuando aprendí a disparar bien, mi padre me regaló un rifle de caza. Pero nosotros seguíamos cazando ardillas para el abrigo de nuestra hermana, aproximadamente doscientas piezas. Mi hermana es mayor que yo. Mi hermano nació en 1918. Mi madre y mi hermana también sabían cazar. Mi madre es una persona de armas tomar. Allí el bosque es sobre todo de pino, con algún abedul que otro. Yo puedo disparar con los dos ojos. La visión de mi ojo izquierdo sigue siendo buena. Mi ojo derecho no es demasiado bueno.

En una ocasión resulté herido de gravedad. Tengo un trozo de metralla debajo del ojo derecho, y otro cerca del ángulo del ojo, también en el derecho. La esquirla que tengo debajo de mi ojo derecho no se puede retirar porque está debajo de la membrana mucosa. No me molesta, pero veo unos círculos rojos si miro hacia abajo y después vuelvo a levantar la mirada. Tengo otra esquirla en el ojo izquierdo. Estuve cinco días sin poder ver gran cosa. Tenía toda la cara quemada.

Estuve un tiempo cazando en el Extremo Oriente. Cazaba jabalíes, osos, bisontes, linces, lobos, zorros, faisanes. También tenía buena

puntería en el ejército. Ya de niño tenía buena puntería, igual que mis padres. Probablemente la heredé de ellos. Mi madre ya es una anciana, lleva gafas, pero sigue saliendo a cazar. De vez en cuando una perdiz se posa en un abedul, y entonces mi madre sale, le pega un tiro y la deja seca. Después se la lleva a casa y la despluma.

Me enteré de que me iban a declarar Héroe de la Unión Soviética el 23 de febrero de 1943. Me había convocado a una reunión el camarada Shcherbakov, director de la Administración Política Principal. Cuando me presenté a su ayudante, el capitán Vediukov, yo todavía no sabía nada de la condecoración. Cuando llegué, todos me felicitaron. El decreto por el que se me otorgaba el honor se promulgó el 22 de febrero de 1943. El 26 de febrero recibí la Orden de Lenin. Me la entregó Mijaíl Ivanovich Kalinin. Ahora voy a ir a estudiar a Solnechnogorsk.

Normalmente, los francotiradores se ocultan en los edificios. Cuando nuestras fuerzas se encontraban fuera de la ciudad, teníamos que operar en campo abierto. Pero primero hay que estudiar el terreno. Averiguas dónde va a estar el enemigo y cómo va a llegar hasta allí, determinas el mejor lugar para una emboscada, estudias las defensas del enemigo.

Cuando vas a la caza de oficiales o soldados enemigos, desbaratas sus actividades, imposibilitas que se pongan de pie o que traigan munición, por ejemplo, o víveres. Averiguas cuándo hacen esas cosas. Vas allí, te quedas quieto, decidiendo qué arma es la mejor opción: tu subfusil o tu fusil. Si hay muchos enemigos, no puedes liquidarlos a todos con el fusil, pero con el subfusil puedes acribillarlos a todos. A veces disparas desde una posición y a continuación te trasladas a otra. Ellos empiezan a disparar contra tu posición, pero tú ya te has ido, estás en otro sitio. Siempre hay que preparar por anticipado varias posiciones de fuego. Y hacer muchos señuelos para despistar totalmente al enemigo. El enemigo dispara pero no da en el blanco. Yo disparaba, por ejemplo, desde debajo de un soldado muerto. También se puede disparar desde detrás de unas rocas.



Zaitsev es aceptado como candidato en el Partido Comunista, Stalingrado, octubre de 1942.

¿Cómo me hirieron? Estaba al acecho. Los alemanes me descubrieron. Ninguno de ellos podía alcanzarme. Yo no dejaba que se levantara ninguno de sus francotiradores. Yo estaba debajo de un vagón de tren. Decidieron disparar contra el vagón, con la esperanza de que me alcanzara algún trozo de metal, esquirlas, fragmentos, etcétera. Y eso fue lo que hicieron. Dispararon directamente al vagón. Los fragmentos del vagón salieron volando hacia mí. Un proyectil de artillería explotó justo encima de mí. Se me quemó el rostro, tenía heridas de metralla, toda la ropa desgarrada, una rodilla dislocada, y se me rompió el tímpano derecho. En pocas palabras, resulté gravemente herido.

Ingresé en el partido en octubre de 1942.[146] Hubo una ocasión en que mis hombres y yo nos vimos rodeados. Está el Volga, pero no se podía

cruzar. Estábamos dentro de un cerco. No teníamos esperanzas de salir con vida. Eso era lo que yo pensaba, pero estaba al mando y no podía decirles eso a mis hombres. Era una situación extremadamente difícil. Yo era suboficial jefe por aquel entonces. Después de aquella primera batalla recibí una condecoración del Gobierno, la Medalla al Valor.

Estábamos en una situación terriblemente difícil. Teníamos un representante de la Administración Política Principal del Ejército Rojo.[147] Le dije a nuestros comandantes que «no había terreno para el 62.º Ejército en la otra orilla del Volga. Este es nuestro terreno, y vamos a defenderlo y a mantenerlo en nuestro poder».

Desde las seis o las siete de la mañana hasta las siete de la tarde, los alemanes bombardeaban sin parar. Había [...] bombardeos aéreos cada día. Había bombardeos de artillería y fuego de mortero. Los morteros de seis cañones bramaban todo el día sin cesar. Los bombarderos nocturnos llegaban después de anochecer para lanzar más y más bombas. ¿Hay alguna esperanza en semejante situación? Hay heridos, hay muertos. Pero es una ocasión magnífica para hacer acopio de odio. Cuando capturas a un alemán, sientes que podrías hacerle cualquier cosa –pero tiene valor como informador. Te lo llevas arrestado a regañadientes.

Cuando estábamos en la zona de la fábrica Metiz, los alemanes sacaron a rastras de su casa a una mujer (para violarla, sin duda). Un niño salió gritando: «Mamá, ¿dónde te llevan?». Ella gritó –no lejos de nosotros–: «¡Hermanos, salvadme! ¡Ayudadme!». ¿Cómo te afecta eso cuando no puedes hacer nada por salvarla? Estás en la línea del frente. No tienes suficientes hombres. Si sales corriendo a ayudarla te van a masacrar, sería un desastre. Y otras veces ves a chicas, jóvenes, o a niños colgados de los árboles en el parque. ¿Te afecta? Te causa un tremendo impacto.

No conocíamos el cansancio. Ahora me canso solo de caminar por la ciudad, pero entonces desayunábamos en torno a las cuatro o las cinco de la mañana, y cenábamos entre las nueve y las diez de la noche, nos

pasábamos todo el día sin comer, y no nos cansábamos. Nos pasábamos tres o cuatro días sin dormir, incluso sin tener sueño. ¿Cómo podría explicarlo? Estás en un constante estado de agitación, toda esa situación está teniendo un terrible efecto sobre ti. Cada soldado, incluido yo mismo, está pensando únicamente en cómo obligarles a pagar más caro su pellejo, en cómo matar todavía más alemanes. Solo piensas en cómo hacerles aún más daño, en cómo fastidiarles todo lo posible. Yo resulté herido tres veces en Stalingrado. Ahora tengo un trastorno del sistema nervioso, y estoy temblando todo el tiempo. Me sorprendo a mí mismo pensando mucho en todo aquello, y esos recuerdos me causan un gran efecto.

Fui jefe de un grupo político en la Batería Voroshílov y miembro del buró de la organización del Komsomol. Conseguí buenas notas en la asignatura de la historia del partido y de la historia de los pueblos de la URSS. Estudié historia del partido entre 1939 y 1940. Me gustaba la historia del partido, pero sobre todo me gustaba la historia de la guerra civil. Leía mucho. Leí *Chapayev*, de Furmanov,[148] leí cosas sobre Parjomenko,[149] Kotovski,[150] Suvórov,[151] Kutúzov, la Ofensiva de Brusilov.[152] Todo eso fue cuando yo estaba en la Armada. Leí *Dos mundos*, de Zazubrin,[153] *Bagration*,[154] *Denis Davidov* (el primer partisano),[155] a Serguéi Lazo –ese fue un gran libro.[156] Me gustaron mucho las historias de marineros de Staniukovich[157] y *Rojo y negro* de Stendhal. He leído a Novikov-Priboi,[158] *Guerra y paz*, *El jorobado de Notre-Dame*.[159]

La contabilidad es un trabajo agradable, tranquilo y silencioso. Le lleva a uno a las profundidades de la vida. Uno tiene la sensación de que está a cargo de algo, que algo depende de uno. Eso me gusta. Es un trabajo independiente, y cualquier cosa que hagas tienes que aplicársela a tu vida.

[...] Vino el coronel Vediukov, de la Administración Política Principal. El día 23 me ordenaron presentarme ante el general [...]. Iba a haber una presentación.[160] Yo seguía en el campo, al acecho. Me dieron

el recado de que me habían convocado para entregarme un premio del Gobierno. También estaban conmigo otros francotiradores y marineros. Todo el mundo me conocía. Se difundió la noticia: Zaitsev iba a recibir un premio del Gobierno. Yo les pregunté: «Bueno, camaradas, ¿hay algo que queráis que comunique?». Sabíamos que el coronel Vediukov estaba con nosotros en la línea del frente. Pregunté: «¿Qué tengo que decirle al camarada Stalin de parte de los marineros del Komsomol? El coronel Vediukov está aquí, va a ir a Moscú y transmitirá nuestro mensaje». Me dijeron lo que tenía que pedir.

Yo les contesté: «De acuerdo, diré que…». Y se lo dije.

«Estupendo, márchate ya».

Me marché –y muy poco después aparecía todo en los periódicos.



El general Chuikov y el comisario Gurov examinan el fusil del francotirador Zaitsev. *Fotografía de Georgi Zelma*.

Ingresé en el partido durante el periodo más difícil. En octubre los alemanes no aflojaban ni un momento. Para entonces yo ya tenía algunos alumnos. Siempre estaba haciendo propaganda para el partido. Pensé que ya iba siendo hora de prepararme para ingresar en él. Me aconsejaron que lo hiciera. Yo pensaba: «¿Cómo voy a afiliarme al partido cuando no conozco el programa?». Leí el programa y presenté mi solicitud de ingreso allí mismo, en una trinchera. Dos días después me convocaron a una reunión con una comisión del partido. Para entonces yo había matado a sesenta alemanes. Me habían condecorado. Eso fue después del día 23 [de febrero].

[...] Trabajar en el cuartel general es lo peor que hay en el ejército. Acababa de librarme de trabajar como intendente, y ahora tengo que hacer ese mismo tipo de cosas otra vez. Yo pensaba: la gente está combatiendo. Yo quería hacer algo para que la historia supiera que he existido; de lo contrario, vives, pisas la tierra y luego todo se oscurece.

No es imprescindible utilizar un fusil de francotirador. Un fusil de francotirador tiene una mira telescópica con un aumento de 4 x. Pero con un fusil corriente, doscientos metros siguen siendo tan solo doscientos metros de distancia. La precisión no es igual de buena, pero si sabes disparar, eso no importa. Yo tenía treinta francotiradores pero tan solo ocho fusiles de francotirador. El resto utilizaban fusiles corrientes. Pongamos que estás en una ciudad, dentro de un edificio, junto a una pequeña tronera. Con un rifle de mira telescópica hace falta una tronera mayor, y si la tronera es grande, el enemigo puede verte. De modo que hay veces que lo mejor es simplemente utilizar un fusil normal.



El capitán Zaitsev es felicitado por sus camaradas del ejército al recibir sus charreteras, febrero de 1943.[161]

UN SIMPLE SOLDADO: ALEXANDER PARJOMENKO

El 28 de febrero de 1943, Esfira Genkina, con la asistencia de la estenógrafa Olga Rosliakov, entrevistó a varios comandantes y soldados de la 38.ª Brigada Motorizada de Fusileros que había hecho prisionero al mariscal de campo Paulus y a su Estado Mayor el 31 de enero. Llevaron a los entrevistados al edificio de los grandes almacenes de Stalingrado para que pudieran relatar en el lugar de los hechos cómo tuvo lugar la captura (véase pp. 274-319). Estando en los grandes almacenes, Genkina se encontró con Alexander Parjomenko, un soldado que estaba acuartelado allí junto con su compañía desde principios de febrero. Parjomenko no había desempeñado ningún papel en la captura de Paulus.

Da la impresión de que la entrevista con él no estaba planeada, y difiere de muchas de las demás, en la que participan soldados condecorados y funcionarios de alto rango. Por consiguiente ofrece una buena impresión de cómo hablaba y pensaba un soldado corriente del Ejército Rojo.

Los comentarios de Parjomenko van directo al grano. Evalúa los acontecimientos de la batalla dentro de su propio radio, en contraste con los amplios panoramas que ofrecen los generales y los oficiales de Estado Mayor. Y, a diferencia de Vasili Zaitsev, Parjomenko no cuenta la historia de un héroe. Por el contario, él admite que, aunque otros compañeros eran valientes, él no lo fue. Sus descripciones del miedo que tuvo que capear durante la batalla son esclarecedoras. Parjomenko habla de sus debilidades («Yo era un cobarde de pies a cabeza, pero entonces no lo sabía») en el pasado, pero dejando claro que, como buen ciudadano soviético, había aprendido a vencer sus instintos más viles. También cabe destacar su descripción del teniente «carente de experiencia» que, equipado únicamente con cócteles mólotov, atacó a varios pánzers alemanes y murió. Parjomenko no tenía una gran opinión de las misiones suicidas, que a él le parecían un medio para manifestar que uno estaba dispuesto a morir. (A principios de 1943 los agitadores comunistas no elogiaban la valentía suicida tanto como lo habían hecho durante la primera fase de la guerra, aunque seguía siendo uno de los varios modelos de conducta en la batalla más valorados.) Parjomenko era de la misma opinión que Shumilov, comandante del ejército, quien valoraba las habilidades militares y aspiraba a derrotar a su oponente por medio de la astucia, en vez de enfrentarse con él de una forma directa.[162]

64.º EJÉRCITO

(38.ª Brigada Motorizada de Fusileros)

Alexander Ivanovich PARJOMENKO[163]

Nací en 1921 en el Extremo Oriente, en la zona del ferrocarril del Extremo Oriente. Terminé mis estudios de ingeniería en Vladivostok. Soy miembro del Komsomol desde 1942. Me alisté a la armada en septiembre de 1939. En 1941 volví a casa porque estaba enfermo, y advertí que en mi pueblo no había nadie de mi edad. Empecé a preguntar a mis familiares y amigos: «¿Dónde está todo el mundo?». Me decían que todos se habían marchado al frente. Al ver que todos los demás se habían ido, empecé a querer ir yo también. Me puse a escribir a mis comandantes. Pero no me dejaban ir: «Quédate aquí, nosotros combatiremos desde aquí».[164] Se estaba formando una brigada de infantería de marina, y me cogieron. Eso fue el 22 de febrero de 1942. Me enviaron a la academia de tropa del regimiento en la estación de Rozengartovka.[165] Fui alumno de la academia durante más o menos cinco meses. Me licencié con el grado de sargento primero.

Salimos para el frente el 12 de junio de 1942. Llegamos allí, a Stalingrado, el 28 de junio. Completaron nuestra brigada de infantería de marina con personal adicional de infantería. Desde Stalingrado salimos directamente hacia el Don. No estábamos al tanto de la situación militar. A nosotros nos parecía espantosa. Por la noche, cuando llegaban los aviones, se elevaban las bengalas y empezaba el bombardeo –yo no podía soportarlo. Si he de decir la verdad: otros hombres son valientes, pero yo no.

Llegamos a Vertiachi[166] y tomamos posiciones. Después salimos con nuestro oficial de inteligencia. En pocas palabras, salíamos a patrullar. El oficial me ordenó explorar las fuerzas enemigas. Nos habían asignado al tercer escalón, que estaba justamente en Vertiachi. Cruzamos a la otra orilla del Don. Pues bien, realmente no estábamos familiarizados con algunos de los uniformes de la infantería, y era de noche –no se veía nada. Había un soldado patrullando frente a nosotros, no era ruso, y llevaba puesta una guerrera de un tipo extraño. Le gritamos: «¡Santo y seña!». No lo sabía. Como no lo sabía, empezamos a disparar. Y él también. La brigada enemiga avanzó, y nosotros también avanzamos para salirle al

encuentro. Abrieron fuego contra nosotros. Estábamos bajo el fuego de las ametralladoras desde dos direcciones, y entonces se detuvo de repente. Llamamos por radio a nuestra brigada. En la brigada todo el mundo estaba listo, querían atacar. Habíamos leído en los periódicos que el enemigo lanzaba ataques psicológicos, marchando en columnas.[167] Miré y pude ver una columna que se movía, no sé si acercándose o alejándose de la línea del frente. Disparamos de inmediato bengalas de señales y nos pusimos en contacto por radio. Por la radio nos dijeron que aquellos soldados eran de los nuestros.

Después de aquello estuvimos en la otra orilla del Don. Nuestra brigada pasó a la ofensiva el 15 de junio y sufrió cuantiosas bajas. Me nombraron ayudante del oficial de inteligencia. Atacamos al enemigo en la zona de las aldeas de Tinguta y Peskovatka.[168] No teníamos ningún vehículo, de modo que tuvimos que ir a pie. Acabábamos de incorporarnos al combate y estábamos sufriendo bajas cuando nos ordenaron retirarnos. Llegaron órdenes del alto mando, de modo que fuimos hasta Tinguta y nos atrincheramos. La línea defensiva iba desde Tinguta, pasando por Peskovatka hasta Ivanovka. Todos nuestros batallones estaban allí. Estábamos en el puesto de mando con el oficial de inteligencia.

El 23 de agosto de 1942 sufrimos un intenso bombardeo aéreo. Al principio había cuatro aviones, dos bombardeaban mientras los demás recargaban munición. Y entonces el primer par se marchaba mientras los otros dos atacaban. Se levantaban nubes de polvo. Los carros de combate alemanes avanzaban a través de aquellas nubes de polvo. Los aviones estaban constantemente dando vueltas por encima de nuestras cabezas. Y usted ya sabe lo increíble que es el polvo en Stalingrado. Es increíble, y no hay agua, ni nada. [...] Nos atacaron los carros de combate alemanes. El 24 de agosto llegaron carros de combate de la zona de Blinkino y se concentraron en el área de Sarepta. El oficial de inteligencia recibió la orden de determinar la fuerza del enemigo en el área de Sarepta. Fuimos

a cumplir aquella orden. Ahí fue cuando el oficial de inteligencia resultó herido de bala. En calidad de ayudante, ordené que le llevaran de vuelta a la unidad, independientemente de si le habían pegado un tiro o lo habían hecho pedazos, y si eso no daba resultado, yo estaba dispuesto a entregar mi propia vida intentado salvar los valiosos documentos que el oficial llevaba encima. Agarré al oficial y los documentos y los llevé al cuartel general de la brigada. Estaba muy malherido. Tuve mucho cuidado con él. Acabábamos de llegar hasta el comandante de la brigada cuando falleció. No había nada más que hacer: tenía que volver a mi compañía y seguir adelante con nuestra tarea. Nombraron al teniente Jodnev nuevo oficial de inteligencia. Nos subimos a un vehículo blindado BOB-I y fuimos a explorar las fuerzas enemigas en la zona de la estación de Blinkino. Averiguamos lo que tenían allí y regresamos. Se había determinado la fuerza del enemigo. Tenían tres vehículos blindados. Los ocupantes de los vehículos eran exploradores, probablemente paracaidistas. Llegamos a la estación de Blinkino, nos apeamos y nos encaminamos a pie para observar en secreto los carros de combate. Sus carros de combate no estaban bien camuflados, estaban simplemente parados en lo alto de un cerro.

Un teniente sin experiencia de otra unidad también intentaba averiguar cuántos carros de combate tenía el enemigo. Querían prenderle fuego a aquellos tanques. Alguien dijo: «¡Agachaos!». Lanzaron cócteles mólotov contra los carros de combate, y estos se giraron y dispararon contra ellos –y se acabó, liquidaron a todo el pelotón. Pero el teniente saltó dentro de una trinchera cuando empezaron a llegar los carros de combate. Uno de los tanques se acercó hasta allí, pasó por encima cinco veces para aplastarle. De eso se informó al mando cuando los carros de combate se marcharon. El oficial de inteligencia era el teniente Kuzin, que también resultó muerto.

A finales de agosto llegamos a Stalingrado y tomamos posiciones defensivas a orillas del Volga. Se suponía que la brigada tenía que estar

en contacto con el flanco izquierdo. Fuimos a una misión de reconocimiento en un vehículo blindado. Eso fue el 27 de agosto. Para entonces el enemigo ya estaba en la fábrica de tractores, y disparaba contra el Volga con ametralladoras. Mientras estábamos por ahí, fui presa del pánico y perdí el control. Yo era un cobarde de pies a cabeza, pero entonces no lo sabía. Quince bombarderos atacaban en picado nuestro vehículo. Me daba cuenta de que si uno de ellos lanzaba una bomba, era mi fin. De modo que les ordené parar el vehículo para que pudiéramos huir y refugiarnos en un barranco. Uno de los aviones hizo un picado, y me alcanzaron en la mano izquierda y en ambas piernas. El conductor estaba sano y salvo. Subí a la torreta y él me llevó de vuelta a nuestra unidad. Conseguimos llegar, pero yo no podía salir. Me enviaron a Beketovka. Allí había un hospital de campaña. Estuve allí hasta el anochecer. Después me trasladaron a la isla, y desde allí al Hospital de Campaña n.º 2209 en Shchuchi. Estuve cinco días. Después me enviaron a Leninsk. Se suponía que desde Leninsk iban a evacuarme al fondo de la retaguardia. Empezaron a subirme a bordo de un vagón. Pero en cuanto estuve en el tren llegaron los aviones enemigos y lo bombardearon y lo incendiaron casi todo. Me enviaron a Kapustin Yar. Estuve ingresado allí desde el 27 de agosto hasta el 26 de octubre. El 26 de octubre me enviaron al 178.º Regimiento de Reserva en Solianka. Ese mismo día me asignaron a la 38.ª Brigada. Volvieron a enviarme a inteligencia. Era subcomandante de inteligencia. El 3 de noviembre fuimos al frente. Mis piernas estaban débiles, no podía seguir el paso. En vista de ello, el comandante Beliayev me nombró jefe del depósito de intendencia. Estuve dirigiendo el depósito de intendencia y enviando munición desde la orilla oriental a la orilla occidental. Estuvimos suministrando munición durante todo el mes de noviembre. Nuestro depósito de munición también admitía armamento aprehendido. Desde allí fuimos directamente a Beketovka. En Beketovka me enviaron en misiones de reconocimiento por delante de nuestras unidades avanzadas.

[...] Nos marchamos de allí el 28 y pasamos a la ofensiva en las inmediaciones de Stalingrado. Fui con Sharin, Kiseliov y Klimov a explorar todo el flanco izquierdo. El 2.º Batallón del 57.º Ejército operaba en esa zona. Golpeamos al enemigo frontalmente. Después pasamos a la defensiva. ¿Qué hacíamos cuando estábamos a la defensiva? Había aviones alemanes sobrevolándonos, y empezamos a lanzarles bengalas. Empezaron a lanzar cosas sobre nuestras posiciones: termos con chocolate, pan, munición. Nos lanzaban todo tipo de comida, lanzaron víveres sobre Beketovka muchas veces. Siempre recibíamos cosas de su bando.



Soldados de la 13.ª División de Fusileros de la Guardia después de la batalla, febrero de 1943. *Fotografía de G. B. Kapustianski*.

El 31 de enero yo estaba en el puesto de mando. Estábamos en el hospital para transportar un transporte por el río. Para entonces nuestras fuerzas tenían rodeado al general Paulus. Me levanté pronto y fui a echar

un vistazo. Fui con un comisario político a buscar un coche. Encontramos uno con gasolina, con todo. Después volvimos con el comandante de la compañía. Y más tarde cambiamos de alojamiento y empezamos a vivir en el semisótano de estos grandes almacenes.

EL CAPITÁN PIOTR ZAYONCHKOVSKI

Uno de los máximos expertos sobre la Wehrmacht en el Frente de Stalingrado era el capitán Piotr Andreyevich Zayonchkovski, instructor jefe de propaganda enemiga en la 7.ª Sección del departamento político del 66.º Ejército.[169] El 66.º Ejército estaba estacionado al norte de Stalingrado y participó junto con otros ejércitos soviéticos en el intento fallido de abrirse paso a través del cordón alemán al norte de la ciudad en septiembre de 1942. El ejército no fue capaz de avanzar hacia Stalingrado hasta el mes de enero. Aunque sus unidades habían sido diezmadas, el 2 de febrero el 66.º le arrebató a los alemanes la fábrica de tractores. Tras la rendición del *Kessel* norte, Zayonchkovski dirigió los interrogatorios de los oficiales y soldados alemanes prisioneros. Los informes de los interrogatorios se presentan en el siguiente capítulo.

El capitán Zayonchkovski, de treinta y nueve años, se ganó el puesto en la unidad de propaganda enemiga debido a su buen conocimiento de la lengua alemana, que adquirió en su casa y en el cuerpo de cadetes antes de la Revolución. La propaganda enemiga exigía un minucioso conocimiento del enemigo –los nombres de los comandantes (que Zayonchkovski gritaba a través de un megáfono para instar a los alemanes a rendirse) y también de las formas de pensar y de actuar de los alemanes. El objetivo era «quebrar» la moral de los soldados enemigos.[170] En su entrevista, Zayonchkovski analizaba los soldados del 6.º Ejército, su origen social y su «estado político y moral». Describe con detalle cómo la confianza que manifestaban los soldados alemanes en sus cartas y sus diarios durante el verano de 1942 dio paso a un agotamiento y una

resignación cada vez mayores ante la fuerte resistencia soviética. Zayonchkovski creía que la propaganda soviética en contra de la guerra tenía un gran efecto, sobre todo después de que los alemanes se vieran rodeados. Critica la «moral de ladrones» de los alemanes y enumera los coches de bebé y la ropa infantil que encontró en los refugios abandonados por los alemanes. Zayonchkovski interpretaba aquellos robos como una prueba de la degeneración del enemigo: tan solo un soldado moralmente fuera de sus cabales podría cometer semejantes crímenes militarmente inútiles contra la población civil.

Los comentarios de Zayonchkovski sobre los líderes militares soviéticos son igual de inteligentes: la deficiente coordinación entre las unidades, la penosa actuación de la fuerza aérea durante la primera fase de la batalla y la falta de disciplina generalizada entre las tropas. Al mismo tiempo señala con aprobación los altos niveles de disciplina y orden entre los alemanes.

Antes de que Zayonchkovski se presentara voluntario para ir al frente en 1941, había estudiado historia en la universidad, y posteriormente había logrado doctorarse. Su declaración no es solo la de un testigo ocular sino también la de un historiador. Zayonchkovski examinaba las cartas y los diarios de los prisioneros y los soldados alemanes muertos, y comprobaba exhaustivamente las fuentes. En un momento dado comenta que una carta de un alemán que cita no fue enviada por correo sino que le fue entregada en mano al destinatario –lo que podría implicar que el autor podía hablar con sinceridad y sin temor a los censores militares. Para el historiador Zayonchkovski, ese detalle le confería a la carta un gran valor como fuente histórica.

Para los historiadores de hoy en día, el comienzo del testimonio de Zayonchkovski es especialmente interesante. Anuncia con orgullo que es descendiente de Pável Najímov, el almirante ruso que en 1853 destruyó la flota de Osmán Pacha en la batalla de Sinope, y que posteriormente defendió la ciudad asediada de Sebastopol durante la Guerra de Crimea.

En tiempos de la Segunda Guerra Mundial el nombre de Najímov ya volvía a gozar del favor oficial; en 1944 Stalin creó la Medalla Najímov para miembros de la armada soviética. Estaba en consonancia con la decisión del régimen soviético, a finales de la década de 1930 de cultivar las tradiciones rusas. (La expresión «Gran Guerra Patriótica» se eligió como parte de esa estrategia.)[171] Antes de finales de los años treinta Zayonchkovski no habría podido hacer esos comentarios sobre su familia sin temor a que le encarcelaran o a cosas peores. En calidad de descendiente de una familia aristocrática, Zayonchkovski había sido un exponente de la «gente de antes» en los años fundacionales de la Unión Soviética, alguien que no podía ni votar ni estudiar, y que era sospechoso de apoyar la contrarrevolución. Disimulado bajo el breve comentario que hace Zayonchkovski durante la entrevista a propósito de que había «trabajado siete años como carpintero en una fábrica y que se afilió al partido en 1931» estaba el intento de un hombre joven de ganarse la aceptación en el sistema soviético. Zayonchkovski asistió al cuerpo de cadetes de Moscú. Cuando cerró en 1918, se trasladó a la academia de cadetes de Kiev. Durante los años siguientes trabajó para el cuerpo de bomberos y para el ferrocarril, y realizó los ya mencionados trabajos de ingeniería.[172] Otros jóvenes que en aquella época fueron calificados de «enemigos de clase» intentaban limpiar su pasado «contaminado» a través de la «resocialización». Es posible que Zayonchkovski trabajara en una fábrica para formarse una mentalidad proletaria.[173] Es muy probable que mintiera sobre sus orígenes familiares cuando se alistó al partido.

Mientras trabajaba en la fábrica, Zayonchkovski completó un curso de historia en un turno de noche del prestigioso Instituto de Historia, Filosofía y Literatura de Moscú (IFLI). En 1937 terminó sus estudios, y tres años más tarde defendió su disertación *(kandidatskaya)* sobre la sociedad Cirilo y Metodio, una sociedad secreta de eslavófilos del siglo XIX.

Después de la batalla, Zayonchkovski siguió trabajando en la unidad de propaganda enemiga del 66.º Ejército (que pasó a denominarse 5.º Ejército de la Guardia el 5 de mayo de 1943). Tras resultar herido en la cabeza en diciembre de 1943, causó baja en el ejército con el grado de comandante de la Guardia, y volvió a su profesión de historiador. Entre 1944 y 1953 dirigió el departamento de manuscritos de la Biblioteca Estatal Lenin de Moscú. A partir de 1948 enseñó historia en la Universidad Estatal de Moscú. (Fue nombrado catedrático en 1950, después de terminar sus trabajos de doctorado.) Escribió ocho monografías y editó multitud de publicaciones bibliográficas, principalmente sobre los aspectos políticos y militares de los últimos años del periodo zarista. En su campo de investigación nadie le superaba. La bibliografía en varios tomos de las memorias y los diarios de la Rusia prerrevolucionaria que editó Zayonchkovski sigue siendo una ayuda indispensable para los historiadores.[174] Durante el ejercicio de su cátedra supervisó a muchos doctorandos de la Unión Soviética, así como de Estados Unidos y Japón. En 1968 recibió el premio MacVane de Historia Europea de la Universidad de Harvard, y en 1973 fue nombrado miembro honorario de la Academia Británica. Sin embargo, nunca se le permitió viajar al extranjero a recoger sus premios. Durante su vida, la metodología basada en las fuentes de Zayonchkovski le hacía ideológicamente censurable porque operaba fuera del marco predominante. Esa perspectiva «positivista» está detrás del testimonio que prestó en Stalingrado.

El 30 de septiembre de 1983, Zayonchkovski falleció por una insuficiencia cardiaca mientras trabajaba en una historia del cuerpo de oficiales de Rusia en la Biblioteca Estatal Lenin.

TRANSCRIPCIÓN

de la entrevista con el comandante Piotr Andreyevich ZAYONCHKOVSKI

28 de mayo de 1943

Entrevista realizada por el camarada G. No. Anpilogov[175]
Estenografía por A. I. Shamshina[176]

Nací en 1904. Mi padre era un médico militar[177] descendiente de una familia noble.[178] Mi abuela era prima del almirante P. S. Najímov.[179] Provengo de una larga dinastía de oficiales. Mi bisabuelo recibió la Cruz de San Jorge[180] por Borodinó,[181] y yo estuve tres años en el cuerpo de cadetes.

Desde muy niño me educaron en el espíritu de heroísmo de la Guerra Patriótica de 1812. Recuerdo, por ejemplo, que cuando tenía seis o siete años me sabía los nombres de todos los héroes de aquella guerra. Por supuesto, ahí las tradiciones de la familia Najímov desempeñaron un importante papel. Conservábamos muchas cartas. Había una en particular de Najímov a mi abuelo, escrita después de la batalla de Sinope. Yo la cedí al Archivo Histórico Militar.[182]



El soldado del Ejército Rojo Piotr Zayonchkovski, 1942.

Lógicamente, todos esperaban que fuera oficial de la armada. Al principio fui al 1.º Cuerpo de Cadetes de Moscú. Las tradiciones y el honor del ejército ruso, el honor de los oficiales rusos –todo aquello me causó una gran impresión. Recuerdo el año 1917, la Revolución de Octubre. ¿Qué pensaba mi padre de todo aquello? Debía de pensar más o menos lo mismo que los «kadetes» y los octubristas.[183] Yo tenía trece años. Me imaginé que podía llevarme bien con los bolcheviques siempre y cuando mantuvieran las charreteras. Recuerdo que una vez, en noviembre [de 1917], oí a mi padre imprecando, y diciendo que iban eliminar las charreteras. Empezó a llorar, yo lloraba y mi hermano menor, que tenía once años, también lloraba. Me alegré cuando volvieron a ponerlas.[184] Esas tradiciones desempeñaban un importante papel en nuestra familia.

Mi padre nunca estuvo en el ejército. Era médico, y falleció en 1926. Mi madre es pensionista. ¿Mi padre llegó alguna vez a aceptar el programa soviético? Por supuesto que no.

Mi padre estuvo mucho tiempo enfermo. De modo que la carga de la responsabilidad de la familia recayó sobre mí. Yo todavía estaba terminando mis estudios. Mi padre falleció después de que yo me graduara. Siempre estaba haciendo cursos por correspondencia, y así me gradué en el instituto y terminé mis estudios de posgrado. Trabajé cuatro años cepillando madera en una fábrica. Me afilié al partido en 1931. En 1940 defendí mi disertación, y me había graduado en el instituto en 1937. En diciembre de 1941 me presenté voluntario en el ejército. Me incorporé a la guardia nacional el 3 de junio. Al cabo de unos días en nuestro regimiento nos dieron permiso hasta nueva orden. Después me enviaron a trabajar a los servicios de reconocimiento aéreo y alerta. Yo tenía la sensación de que no servía para nada mejor que estar sentado en un árbol buscando aviones. Tuve mala suerte, y acabé en la Administración Política de la Región Militar de Siberia. ¿Un doctorado? Se puede ser profesor en la universidad. Estuve tres meses trabajando de profesor. Le

pedí al director de la administración política que me dejaran marcharme o que me enviaran al frente. No me había alistado al ejército para quedarme esperando en Novosibirsk. Y como en aquel momento se estaba formando una unidad, me nombraron propagandista enemigo en la 315.ª División de Fusileros. Salimos rumbo a Kamishin, una ciudad de la región de Stalingrado, como parte del 8.º Ejército de Reserva.

El cuartel general del 8.º Ejército de Reserva estaba en Sarátov. Muy pronto me trasladaron al departamento político del ejército como oficial de la 7.ª Sección, que se encargaba del trabajo entre las filas enemigas. El 26 de agosto –después de que el 14.º Cuerpo Pánzer alemán se abriera paso en Vertiachi, cruzara el Don y llegara al Volga –el 8.º Ejército de Reserva fue llamado al frente y su nombre pasó a ser el 66.º Ejército. [...]

Nuestro ejército llegó al frente el 4 de septiembre, y aquella noche tomamos posiciones a lo largo de una línea de doce kilómetros que iba desde la orilla occidental del Volga hasta la zona de la aldea de Yerzovka, a dieciséis kilómetros al norte de la fábrica de tractores. El ejército se incorporó a la batalla el 5 de septiembre. Nuestra misión era romper las defensas alemanas a lo largo de aquel tramo de doce kilómetros. El ejército estaba formado por seis divisiones de fusileros: la 64.ª, la 299.ª, la 231.ª, la 420.ª, la 99.ª y la 84.ª. También teníamos dos brigadas de carros de combate y dos regimientos de cohetes. Nuestra ofensiva, que duró ocho días, y nos costó muchas bajas, no concluyó con ningún éxito sustancial. No logramos avanzar ni abrir brecha a través de la línea defensiva alemana. Nuestras pérdidas fueron asombrosamente cuantiosas. Perdimos casi todos nuestros carros de combate y un gran número de hombres. Y para colmo, contemplándolo desde una perspectiva puramente militar, hubo toda una serie de graves errores. Por ejemplo, empezamos a combatir sin ningún tipo de información sobre el terreno o sobre la batalla. Deberíamos habernos tomado uno o dos días para poner a punto a nuestras tropas. A fin de cuentas, acababan de recorrer una larga distancia. Algunos habían llegado a pie desde Sarátov. Pero si lo consideramos desde un

punto de vista más amplio, hay que decir que un retraso de uno o dos días tal vez nos hubiera costado Stalingrado.

Los alemanes sufrían unas bajas extremadamente altas. Puedo citar una carta que encontramos entre las pertenencias de un soldado muerto. Fue escrita el 23 de septiembre. La carta pertenecía al soldado de 1.ª clase Hubert Hüsken, estafeta de campaña 06388. Iba dirigida a Franz Dahlin, un amigo suyo en Alemania. No tenía intención de enviarla por correo, sino de pedirle a alguien que se la entregara en mano.

> Querido Franz:
>
> ¡Saludos de tu amigo Hubert! Por fin me decido a escribirte unas líneas. Ya sabes lo que pasa con las cartas, sobre todo aquí, donde hay cosas de las que no se puede escribir. Muchos de los soldados de mi compañía han muerto. De 180 solo quedamos sesenta. Nuestra primera experiencia en la batalla fue brutal. Sprenger te lo contará. La guerra es muy distinta de lo que yo imaginaba. Ya no me parece tan importante. Todo el mundo tiene que experimentarla por sí mismo. Los combates a orillas del Don no fueron demasiado mal, pero a menudo había que luchar cuerpo a cuerpo.
>
> El 22 de agosto empezó una gran batalla en los alrededores de Stalingrado, hasta la misma orilla del Volga. Avanzamos del Don al Volga en un solo día, a las siete de la tarde ya habíamos llegado. El primer día, los rusos perdieron completamente el control. Diez de los nuestros hicieron prisioneros a 150 de los suyos, de los que sesenta eran chicas de entre dieciocho y veinte años –así no se puede ganar una guerra. Pero al día siguiente recobraron la compostura y entonces empezaron a atacarnos desde todas direcciones, algo inimaginable, y así ha sido hasta el día de hoy.
>
> Se suponía que el 2.º Batallón tenía que dirigirse al norte para impedir que los rusos llegaran a Stalingrado. Estaba aproximadamente a diez kilómetros de nuestras posiciones a las afueras de la ciudad. Pero he de decirte que no era demasiado fácil. Sus carros de combate se abrían paso en nuestro sector todos los días, y eso sembraba el pánico entre todas nuestras unidades. Así que ya puedes imaginarte por qué hemos tenido tantas bajas. En el sector de una división, los rusos habían atrincherado aproximadamente cien carros de combate. Poco a poco fuimos llegando al punto en que nuestros nervios ya no podían soportarlo. Nunca había estado en una situación así. No nos llega nada,

> todo llega con retraso, incluso la comida. Los rusos capturaron todo el equipo de cocina y otras cosas que había traído la 5.ª Compañía, que estaba a nuestra izquierda. Esa compañía se disolvió ayer. Tan solo le quedaban veintisiete hombres. A veintiséis soldados de la 7.ª Compañía los han condenado a trabajos forzados por cobardía y por retirarse dejándose llevar por el pánico. Lo mismo ocurrió con el 1.º Batallón, que se quedó con menos hombres todavía. En nuestra unidad quedan cuatro hombres, y yo estoy al mando. Ahora ya te haces una idea de cómo están las cosas. Cada día esperamos que nos releven, cosa que esperamos que ocurra pronto. Llevamos cuatro semanas sin lavarnos.

Tengo que decir que esta carta es típica. Describe el estado de ánimo de los soldados alemanes. Tenemos gran cantidad de cartas y diarios de soldados muertos, y yo utilizo ésta como ejemplo.

Unas palabras sobre el enemigo. La principal fuerza de ataque del 6.º Ejército era el 14.º Cuerpo Pánzer, que incluía la 16.ª División Pánzer y la 3.ª y 60.ª Divisiones de Infantería Motorizada. El 14.º Cuerpo Pánzer estaba a las órdenes del teniente general von Wietersheim.[185] [...] Quisiera hacer hincapié en que todas esas divisiones estaban formadas exclusivamente por alemanes. Y tampoco había alemanes de los Sudetes. Los alemanes de aquellas divisiones provenían exclusivamente del noroeste y el oeste de Alemania: Westfalia, Sajonia, Brandeburgo y Prusia. Los soldados tenían entre veinte y veinticinco años y habían estado muchos años formándose en las Juventudes Hitlerianas.[186] Eso era lo que garantizaba su moral y su fiabilidad política.

Un defecto de nuestras operaciones en el mes de septiembre, para el que naturalmente no existe ninguna excusa objetiva, fue la grave falta de cooperación entre nuestros carros de combate y nuestra infantería. Un pequeño ejemplo lo confirmará. El soldado de 1.ª clase Johann Weingrann, del 79.º Regimiento de Granaderos Pánzer, 16.ª División Pánzer, dijo lo siguiente a propósito de su captura el 25 de septiembre: «Los rusos abrieron brecha por entre nuestras defensas. Sus carros de combate llegaron al anochecer. Nosotros estábamos en nuestros búnkeres. Los tanques se detuvieron un rato y después se retiraron. Al cabo de un

tiempo, antes del amanecer, los carros de combate regresaron. No había tropas de infantería, y pasaron aproximadamente dos horas hasta que llegó la infantería y nos hizo prisioneros».

Un segundo defecto fue nuestra disposición en profundidad, que provocó muchísimas bajas innecesarias. Por último, hubo casos de divisiones que no tomaban posiciones hasta que se hacía de día. [...]

Nuestra fuerza aérea era débil. Durante todo el mes de septiembre los alemanes fueron los dueños absolutos del cielo. Nuestros aviones no conseguían gran cosa; eran pocos y sus logros eran escasos. Raramente alcanzaban sus objetivos. Hubo ocasiones en que no solo bombardearon nuestras posiciones avanzadas, sino incluso nuestros puestos de mando divisionales. El 7 de septiembre, nueve aviones nuestros bombardearon los puestos de mando de las Divisiones 64.ª y 231.ª.

El 13 de septiembre el ejército pasó a una defensa activa. Pero a finales de septiembre nuestro sector del frente se amplió en unos doce kilómetros, porque nos dieron más divisiones, por ejemplo la 38.ª y la 41.ª Divisiones de la Guardia. Aquellas divisiones de la Guardia se habían formado en las cercanías de Moscú con brigadas de paracaidistas que ya habían combatido tras las líneas enemigas. Contaban con un personal excepcional. Lucharon contra los alemanes cerca de Kletskaya,[187] y literalmente pelearon como unos leones. Cuando las asignaron a nuestro ejército, cada una de las divisiones tenía entre 5.000 y 5.500 efectivos. Les llegaron refuerzos en algún momento, durante la última semana de septiembre. Aquellos refuerzos no habían sido escogidos especialmente, de modo que en aquellas unidades de la Guardia se vieron muchos casos de heridas autoinfligidas entre los refuerzos, y hubo algunos que desertaron al bando alemán. He visto lo duro que resultan esas cosas para la Guardia. Les duele ver ese tipo de incidentes, con los que ellos no tienen absolutamente nada que ver, porque manchan su estandarte de la Guardia. Eso viene a demostrar lo importante que es no agregar cualquier tipo de

refuerzos a una unidad de la Guardia. Tal vez deberían crear algún tipo de regimiento de reserva de la Guardia.

Tengo que decir que en el Ejército Rojo todavía no existe un verdadero sistema para los refuerzos como el que hay en el ejército alemán. Desde 1812, en el ejército ruso, nuestros regimientos siempre han tenido dos batallones activos –el 1.º y el 3.º– y uno –el 2.º– en reserva. Los alemanes hacen lo mismo, pero también tienen batallones especiales de reserva que complementan una división en particular. De esa forma, un soldado llega a conocer su división aun estando en la retaguardia. Hace la instrucción con oficiales que están en esa división, aprende sus tradiciones, y para cuando llega a su unidad, ya la conoce, y esto tiene un efecto significativo en la cohesión de la unidad. Nosotros no tenemos eso.[188] Puede que sea mucho pedir que se exija que las divisiones mantengan en su retaguardia un regimiento en reserva, pero en cualquier caso es esencial que un soldado sepa adónde va. Pongamos que tenemos a un hombre herido, un oficial que acaba en un hospital militar –para él regresar a su división supone una complicación enorme. Pero cuando un alemán resulta herido, vuelve a su regimiento de reserva en la retaguardia, y al cabo de seis meses está de vuelta en su propia unidad, en su propia compañía. Deberíamos considerar seriamente este asunto. No tenemos un sistema de refuerzos claramente definido. [...]

Me gustaría hablar de la moral y la fiabilidad política de los alemanes. Como decía anteriormente, ambas cosas eran estables al principio, por numerosas razones. Pero en septiembre los alemanes empezaron a sufrir cuantiosas bajas, y en cierta medida eso les puso en un estado de fatiga extrema. Estaban esperando constantemente que una vez tomaran Stalingrado, el 14.º Cuerpo Pánzer pasara el invierno en Francia. Vivían aferrados a esa esperanza. Además cabe mencionar que los combates de septiembre y octubre les hicieron muy receptivos a nuestra propaganda en contra de la guerra. Encontrábamos nuestros panfletos entre la ropa de los prisioneros, de los muertos. Los prisioneros alemanes nos decían que uno

de los panfletos –el de «Papaíto está muerto»– [189] causó una especial impresión. Se ve la imagen de una niña de cuatro años. Tiene una carta en la mano, y también se ve a un soldado alemán muerto. Uno de los prisioneros me contó que uno de sus camaradas envió aquella octavilla a su casa a través de un conocido suyo.

En general, la propaganda social, cuyo objetivo era denunciar el régimen de Hitler, no logró gran cosa,[190] pero nuestra propaganda en contra de la guerra tuvo más éxito. Con la propaganda en contra de la guerra ellos pueden llegar a sus propias conclusiones –y ya se sabe lo aburridos y estrechos de miras que son los alemanes.



«Papaíto está muerto.» «¡Échale la culpa a Hitler! ¡Lo ha hecho él!» Panfleto soviético diseminado en Stalingrado.

A mediados de octubre hice retransmisiones desde una radio de campaña cerca del Volga y el Barranco Seco. Emitíamos desde un búnker situado a 180 metros de los alemanes. En cuanto el altavoz empezaba a

sonar, yo veía movimiento de gente a lo largo de sus trincheras de comunicaciones. Los alemanes se acercaban corriendo al altavoz. En general, dejaban de disparar durante la retransmisión. Después volvían a disparar.

Hubo un caso muy interesante en aquel mismo sector a mediados de noviembre, antes de que se cerrara el cerco, del que tendría que hablar. La mañana del 19 de noviembre, el teniente Duplenko, comandante del 2.º Batallón, 197.º Regimiento de Fusileros, 99.ª División, advirtió que un soldado salía de las trincheras alemanas, blasfemaba y arrojaba su fusil al suelo. Poco después salieron otros dos soldados e hicieron lo mismo. Entonces Duplenko fue y gritó: «*¡Fritzes!* ¡Por aquí!» Los alemanes se acercaron a unos cuarenta metros y se detuvieron. Duplenko, acompañado de dos subfusileros, salió a su encuentro. Llegaron. Los alemanes le ofrecieron un cigarrillo. Duplenko lo aceptó, y después empezaron a comunicarse por señas. A continuación agarró a ambos de la mano y empezó a avanzar hacia nuestras trincheras. Los alemanes siguieron aproximadamente otros veinte metros. Pero entonces salió de las trincheras alemanas algo así como un sargento y empezó a gritarle algo a los soldados. Empezaron a soltarse, diciendo: «Ruso, buenas noches...», y se marcharon. Duplenko se marchó. Nadie disparó contra nadie. Se hicieron preparativos para aquella noche. El teniente Makarov, jefe del servicio de inteligencia de aquel regimiento, el instructor responsable del trabajo con las tropas enemigas, estaba al acecho de los alemanes. Dado que podía tratarse de una provocación puso en posición a dos docenas de exploradores y subfusileros. Lo que ocurrió aquella noche fue totalmente inesperado. Los alemanes no avanzaron directamente a lo largo del frente –estaba a la orilla del Volga– sino que bajaron por el Volga y desde allí empezaron a subir hacia nuestra posición. Estaban desarmados. Nuestro centinela le tendió la mano al primer alemán –y ahí estaba. Y entonces el comisario de la compañía de reconocimiento dio la orden de disparar. Al parecer se habían quedado dormidos, y se sobresaltaron cuando se

despertaron y vieron a los alemanes. Los alemanes salieron corriendo. A la mañana siguiente encontramos once petates con mantas y todas sus pertenencias. [...]

Durante nuestra ofensiva de octubre, los alemanes sufrieron unas bajas especialmente cuantiosas. Es algo que pudimos confirmar a través de las declaraciones de los prisioneros y de numerosos documentos que obran en nuestro poder. Así, por ejemplo el prisionero Johann Schmitz –fusilero de la 8.ª Compañía, 8.º Regimiento de Infantería Motorizada, 3.ª División Motorizada– decía que los días 18, 19 y 20, el 8.º Regimiento sufrió muchísimas bajas, en su mayoría por el fuego de artillería. Según Schmitz y otros prisioneros de guerra, las compañías quedaron reducidas a entre veinticinco y treinta hombres. Los alemanes estaban sorprendidos de la determinación con la que combatían nuestras unidades. Encontramos una carta entre la ropa de un soldado muerto, el sargento Steinberg, que había escrito: «Los rusos que defienden este sector son especialmente aguerridos y decididos. Comprenden perfectamente la importancia de esta ciudad y las consecuencias que traerá su caída».

Entre los sargentos se pueden encontrar alemanes bastante cultos, a menudo con educación superior, habitualmente con el título de enseñanza secundaria.

Pues así estaban las cosas antes de que se cerrara el cerco. A mediados de noviembre, cuando los nuestros atacaron a los alemanes en el Don y al sur de Stalingrado, empezó a cerrarse el cerco sobre el 6.º Ejército. A partir del 19 de noviembre, los alemanes empezaron a trasladar frenéticamente unidades desde Stalingrado hasta el Don. Los días 20, 21 y 23 de noviembre vi columnas de vehículos alemanes con infantería avanzando hacia el oeste. El 17 de noviembre la 16.ª División Pánzer, a excepción de algunas unidades individuales más pequeñas, retrocedió y fue enviada a Kalach para evitar que nuestras fuerzas cerraran el cerco. Aquella tarde y noche del 22 de noviembre fui testigo de las constantes explosiones en la retaguardia alemana. Al mismo tiempo los alemanes

lanzaban intensos bombardeos de barrera, sobre todo contra nuestro flanco izquierdo. Yo mismo no fui capaz de llegar a la línea del frente. Había que cruzar cuatrocientos metros de estepa, lo que resultaba imposible. La cosa siguió así hasta las cinco de la mañana, y entonces la artillería enmudeció. A las ocho, cuando nuestros exploradores avanzaron hasta las trincheras alemanas, allí ya no quedaba nadie. En el flanco izquierdo de nuestro ejército, a lo largo de una línea de entre ocho y diez kilómetros al oeste del Volga, se habían retirado todos los alemanes. El 23 de noviembre, la 99.ª División sencillamente entró a pie en las localidades de Tomilin, Akatovka, Vinnovka y Latoshinka, y ese día se encontraron con algunas unidades del 62.º Ejército. La 99.ª División no encontró una tenaz resistencia alemana hasta después de aquel encuentro en las proximidades de Rinok, cuando nuestras tropas intentaban tomar un alto dominante. A pesar de todo, tomaron el cerro. No sufrieron ni una sola baja mortal durante todo ese tiempo.

[...] En nuestro flanco derecho, los alemanes hacían lo que suelen hacer. Fue una retirada apresurada: volaban sus arsenales y sus vehículos, incendiaban los búnkeres, enterraban cosas. Por ejemplo, en el Barranco Seco, desenterramos un cargamento de uniformes, botas, etcétera. Allí habían estado algunos batallones alemanes y algunas unidades de retaguardia. Visité la mayoría de sus búnkeres. Era la primera vez que estaba en un búnker alemán. Encontramos cosas insólitas, cosas que resumían a la perfección la naturaleza de los saqueos de los alemanes. Un ejemplo debería bastar. Yo entiendo que la lógica de la victoria y la lógica de la guerra pueda llevar a alguien a llevarse un colchón de plumas, o cosas de abrigo, acaso un espejo. Pero ¿por qué extraña razón alguien se llevaría un cochecito de bebé a un búnker? Y para colmo, el pueblo más cercano, estaba a diez kilómetros. O ropa de bebé –lo he visto con mis propios ojos, en un búnker. Parece algo sacado de la Biblia. Por lo menos la ropa se puede enviar a Alemania, pero ¿qué pretendes hacer con un cochecito?

Me había enterado de cosas a través de los civiles. Una mujer campesina ha tendido a secar una vieja camisa andrajosa. Llega un alemán y se la guarda en el bolsillo. A él no le va a servir de nada, pero su necesidad de saquear y robar está tan fuera de control que necesita llevárselo todo, independientemente de si lo necesita o no [...].

Como prueba de la confusión y la retirada en medio del pánico de los alemanes en noviembre, disponemos tanto de las declaraciones de los prisioneros como de algunos diarios y otros documentos que incautamos. Aquí voy a citar algunos extractos del diario del soldado Heinz Gossman, estafeta de campaña 12387 Z.

> 21 de noviembre. Anoche nos despertaron de repente a las tres de la madrugada, y a las cinco iniciamos nuestra retirada. Los rusos han abierto brecha en los sectores italiano y rumano. Los italianos y los rumanos lo abandonaron todo y huyeron, y ahora nosotros somos los que tenemos que hacernos cargo de su desaguisado. A las cinco de la tarde los rusos cortaron la carretera que necesitábamos para salir de aquí. A las seis estábamos rodeados. Tres cañones, nuestro único medio de defendernos, fueron destruidos.
>
> Ocho de la tarde. Tras un asedio de dos horas, por fin encontramos una salida. Todos los vehículos que se habían quedado sin combustible fueron destruidos.
>
> 22 de noviembre, seis de la mañana. Por fin la carretera vuelve a estar despejada. Podemos atrevernos a salir de aquí. El camino está cubierto con los cadáveres de los caballos que dejaron los rumanos. Casi todos los animales han muerto por congelación. Se ven desperdigados por doquier los cañones, la munición, los vehículos y todo lo demás que tenían en su poder las unidades. Después de tres bombardeos de artillería logramos llegar al vado a orillas del Don. A la una de la tarde llegamos sanos y salvos a Karpovka, pero allí los rusos están avanzando desde el sur.

Las anotaciones del diario del cabo Horeski, que cayó a finales de noviembre, iban al grano:

> 23 de noviembre. Huyendo de los rusos de un sitio para otro.

26 de noviembre. Los rusos han abierto brecha, nosotros seguimos avanzando.
27 de noviembre. Paramos en el barranco. Volvemos a construir búnkeres.
28 de noviembre. Los búnkeres estaban casi terminados, pero entonces nos marchamos por la mañana. Todo es una mierda.
1 de diciembre. Rodeados otra vez. No hay mucha comida, las rutas de abastecimiento están cortadas.
2 de diciembre. No recibimos correo ni tampoco podemos enviarlo. Espero que podamos salir de esta trampa.

Los alemanes, como he mencionado anteriormente, estaban destruyendo su material y sus arsenales. El sargento Rudolf Bormann, de la 4.ª Compañía, 267.º Regimiento, 94.ª División de Infantería, así lo decía en su declaración. Quemaron un depósito cerca de Orlovka con una enorme cantidad de víveres y ropa. Destruyeron unos almacenes de víveres que habían llegado para las Navidades, incluyendo gran cantidad de vino. Todo el vino que los oficiales no pudieron beberse fue destruido.

El diario del soldado de 1.ª clase Heinz Werner, de la 24.ª División Pánzer, y que fue hecho prisionero en el momento de la rendición, incluye lo siguiente:

22 de noviembre. Debido a la falta de combustible, en uno de los aeródromos dinamitamos veinte de nuestros propios aviones.
23 de noviembre. La mayoría de nuestros vehículos y nuestros carros de combate fueron dinamitados esta mañana.

Durante los primeros días del cerco, los alemanes estuvieron literalmente revolviéndose como ratas dentro de un saco. Enviaban a todo el mundo al frente: al personal de intendencia, de administración, incluso a los enfermos y a los soldados heridos leves del hospital de Kalach. También utilizaron a los soldados del 1.º de Caballería de la división rumana, que habían huido después de su derrota y acabaron cercados, y los enviaron a las unidades alemanas, entre tres y cinco hombres por cada compañía. Entre los prisioneros había administrativos, personal de

intendencia y otro personal no combatiente. De alguna manera hicimos prisionero al presentador del mayor espectáculo de variedades de Berlín. Me dijo: «Pues verá, capitán, nunca me he visto en una situación tan cómica como la que estoy teniendo aquí con usted».

Sin embargo, los comandantes alemanes lograron acallar aquel pánico y aquella confusión a principios de diciembre. El general Paulus emitió una orden donde decía que la misión del ejército era defender Stalingrado a toda costa –que esa ciudad iba a desempeñar un papel decisivo para el desenlace de la guerra. Su orden terminaba con las palabras siguientes: «Resistan. ¡El Führer les sacará de aquí!».[191] Esa orden se citaba en un discurso que escribió Hitler en un estilo pseudo-napoleónico: «Camaradas, están ustedes encerrados y rodeados. No es culpa suya. Haré todo lo posible para liberarles de su situación, porque la batalla por Stalingrado ha llegado a su apogeo. Ya han pasado ustedes por tiempos difíciles, y las cosas no harán más que empeorar. Deben defender sus posiciones hasta el último hombre. La retirada no es una opción. Quienquiera que abandone su puesto tendrá que cargar con todo el peso de la ley».[192]

De esa manera los alemanes lograron asegurar un perímetro defensivo y establecer un orden relativo a partir de comienzos de diciembre.

Ahora abordaré la cuestión de las atrocidades. El 26 de noviembre me ordenaron acudir a la 99.ª División, en la zona de Akatovka-Vinnovka-Rinok para realizar tareas de propaganda y para documentar atrocidades. Tengo que mencionar que entre el 1 y el 2 de noviembre, algunos elementos de la 300.ª División realizaron una operación de desembarco en la orilla occidental del Volga.[193] Aquella operación no terminó bien. Algunos murieron en el río, pero los demás lograron llegar a la orilla, donde todos ellos fueron masacrados o cayeron prisioneros. Visité algunos búnkeres alemanes de la zona. No era exactamente el mismo lugar del desembarco fallido, y eso confirma que los cadáveres que encontré allí no eran de soldados muertos en combate, sino de hombres que habían

muerto a consecuencia de brutales torturas. Por ejemplo, encontramos el cuerpo de un soldado del Ejército Rojo al que le habían arrancado la piel de su mano derecha, junto con las uñas. Le habían quemado los ojos, y en la sien derecha tenía una herida realizada con un hierro al rojo. Le habían embadurnado la parte derecha del rostro con algún tipo de combustible y le habían prendido fuego. Dispongo del informe y de una fotografía.



Un soldado soviético transmite por megáfono al enemigo una traducción al alemán del programa radiofónico de noticias La hora final. *Fotografía de Leonidov*.

Si se me permite una digresión, me gustaría destacar dos cosas. En primer lugar, cuando llegué al lugar donde se encontraban los cuerpos de aquellos hombres torturados, algunos de ellos ya habían sido enterrados, y tuve que exhumarlos. Habíamos enterrado los cuerpos de aquellos héroes en una fosa, y no había marcas en las tumbas. Por desgracia, no se

trata de un caso aislado. No respetamos a los muertos, y a pesar de las estrictas directrices del GlavPURKKA y del Comisariado del Pueblo de Defensa, el trato que damos a los cadáveres es deshonroso. No hemos sido capaces de fomentar el debido respeto por los muertos.

Ahora pasaré a examinar el trabajo que realizamos para desmoralizar a las fuerzas enemigas durante el cerco. A partir de diciembre, ese tipo de trabajo se realizó a gran escala. [...] La propaganda verbal asumió una parte especialmente importante. Todos los días nos dirigíamos a las tropas alemanas por medio de radios de campaña y megáfonos. El principal documento que empleábamos en nuestra propaganda era un llamamiento a los oficiales y los soldados alemanes que iba firmado por el general Yeriomenko y el general Rokossovski. Era el primer llamamiento a sus oficiales. El documento decía, por ejemplo, que en la historia militar ha habido muchas veces en que hombres y oficiales valientes se encontraron en una situación desesperada y se rindieron. No fueron actos de cobardía, sino de buen criterio.

Durante ese periodo estuvimos ofreciéndoles a los alemanes informes diarios a través del megáfono, los últimos boletines que nos enviaba el Informburó. Habitualmente los alemanes dejaban de disparar, aunque volvían a abrir fuego cuando terminaba nuestra charla. Hubo un aumento del número de soldados que se rendían o desertaban a nuestro bando. Nuestra propaganda iba mejorando de un día para otro. Una cosa puedo decirle: por la noche del 10 al 11 de enero, acudí a la línea del frente con el técnico de intendencia Gershman, un traductor de la 116.ª División, para hablar sobre la negativa de Paulus a rendirse. Fue de madrugada, sobre las seis. Llegamos a la línea del frente. Como estábamos avanzando, estábamos a cierta distancia de los alemanes, aproximadamente a doscientos metros. Es imposible dirigirse a los alemanes desde doscientos metros. Los dos dejamos atrás nuestra línea avanzada y entramos en tierra de nadie, a entre ochenta y cien metros de nuestras trincheras, y empezamos a hablar. En ese momento los alemanes lanzaban bengalas, y

pudimos ver un grupo de soldados alemanes escuchándonos, a unos cincuenta o sesenta metros de distancia. Para ser sincero, aquello daba miedo. Pero nosotros dijimos lo que teníamos que decir una vez, y luego otra, y los alemanes no disparaban, aunque podían vernos. Después de repetirlo dos veces, volvimos corriendo. Tampoco nos dispararon entonces, aunque les habría resultado fácil matarnos.

La devolución de prisioneros era un método particularmente eficaz. Ese método se utilizó de forma generalizada a partir de mediados de diciembre. Habitualmente, después de capturarlos los llevábamos directamente al puesto de mando del batallón o del regimiento, les dábamos de comer, y después los enviábamos de vuelta sin más. Simplemente volved y contad la verdad de cómo habéis sido capturados. Esto surtía un gran efecto, dado que la propaganda alemana les tenía a todos convencidos de que los rusos iban a sacarles los ojos, a cortarles las orejas, etcétera.

Recuerdo a un tal Werner, soldado de 1.ª clase, al que capturamos a finales de diciembre. Era músico y compositor, y miembro del partido nazi desde 1928. Le interrogué en un búnker y después le llevé a otro búnker donde teníamos a los prisioneros. Werner cojeaba debido a una pequeña herida en una pierna. El suelo estaba resbaladizo. Íbamos subiendo una cuesta. Yo le agarré de un brazo para ayudarle. Le dije: «¿Sabes quién soy? Soy un comisario». No estoy seguro de si tenía algún problema, pero se separó de mí inmediatamente.

Mientras le llevaba al búnker con los alemanes que íbamos a devolver a la línea del frente aquella noche, le hablé de la vida de los prisioneros del ejército ruso. Presenté a Werner a todos los demás y les pedí que le contaran lo que habían visto. Aquella noche, cuando entré en el búnker, Werner tenía un favor que pedirme: «Capitán, ¿me permitiría contarle a mis camaradas lo que he visto hoy aquí?». Y aquella noche Werner se puso delante del micrófono y estuvo hablándoles a los soldados que

estaban a doscientos metros de distancia, en las mismas trincheras en las que estaba él la noche anterior.

Pero, por supuesto, la mayor parte del éxito de nuestra propaganda se debía al hecho de que nuestras victorias militares habían colocado a los alemanes en una posición muy difícil.

Utilizamos dos medios de comunicación para hablar con los alemanes. En una ocasión entró un gato en uno de los búnkeres de la 149.ª Brigada, y venía directamente desde un búnker alemán situado a unos sesenta metros de distancia. El gato vino porque los alemanes no tenían nada que darle de comer. Utilizamos a aquel gato en nuestra tarea de desmoralizar a las tropas enemigas. Le atamos un panfleto a la cola y enviamos al gato a los alemanes. Al cabo de un rato el gato regresó. Lo hicimos unas cuantas veces, y después le hicimos unas alforjas donde cabían aproximadamente cien panfletos. Durante dos semanas estuvo yendo a ver a los alemanes y volviendo de vacío, hasta que los alemanes le pegaron un tiro en las patas traseras, y llegó, medio muerto, a nuestro búnker.[194]

Los alemanes escuchaban regularmente nuestras emisiones y leían nuestros panfletos. Hay numerosos informes de ello procedentes de las declaraciones de los prisioneros. Al día siguiente de la rendición quise ver lo efectiva que había sido nuestra propaganda, de forma que di el alto a un grupo de aproximadamente quinientos prisioneros en Dubovka. Después de ponerles al corriente de la situación en el frente –acabábamos de conquistar Rostov– les pregunté cuántos de ellos habían leído nuestros panfletos y escuchado nuestros programas de radio. Todos levantaron la mano, salvo unos pocos.

En los días previos a la rendición, en el momento de la ofensiva contra la fábrica de tractores, utilizamos una radio con un potente altavoz para ofrecerles más información a los alemanes sobre la situación militar y para retransmitirles el programa *La hora final*.[195] Todo podía oírse a lo largo y ancho de los terrenos de la fábrica de tractores.

Unas palabras sobre el heroísmo. No es exagerado decir que a lo largo de los combates en Stalingrado, los soldados y los oficiales –con algunas excepciones, por supuesto– dieron muestra de un gran heroísmo. Yo estuve a menudo en la línea del frente con ellos, y los soldados nunca dejaban de hacerme preguntas. «¿Cuánto tiempo vamos a seguir aquí aguantando? ¿Cuándo vamos a atacar?»

Un aspecto negativo de ese heroísmo –si se puede decir así– es su aspecto precipitado, insensato, y la disposición a asumir lo que en ocasiones son riesgos completamente innecesarios. A lo largo del día, en el frente pasan cosas de este tipo: «Vania, dame un cigarro». Y Vania se levanta y va corriendo hasta donde está su camarada. O hay gente que camina como si no pasara nada, en un lugar donde es imprescindible moverse a gatas, y así muere uno tras otro.

Se ha dicho y escrito mucho sobre los héroes de Stalingrado. Yo tengo algo que decir sobre una heroína del Ejército, Marusia Kujarskaya,[196] que cargó con 440 soldados heridos. Yo la vi en el campo de batalla. Realmente no le tiene miedo a nada. Estaba sentada en un búnker y echaba cuentas: «Bueno», decía «otros sesenta y seré Heroína de la Unión Soviética». Y después está el capitán Abujov,[197] comandante de un batallón del 1153.º Regimiento, 343.ª División, cuyo batallón contuvo los contraataques de varias docenas de carros de combate, aunque solo le quedaban treinta hombres. A mediados de enero murió accidentalmente por la explosión de un proyectil de mortero. Y también están los artilleros del 803.º Regimiento de Artillería, 226.ª División, que arrastraron ellos mismos sus cañones a lo largo de todo nuestro avance desde el barranco de la estepa de Yablonevaya, donde habían tomado posiciones en un primer momento, hasta la fábrica de tractores de Stalingrado. No se podían utilizar los caballos por culpa de la nieve amontonada, y los propios soldados ni siquiera eran conscientes del acto heroico que estaban realizando. No le daban demasiada importancia, y se convirtió en parte de su vida cotidiana.

Quisiera hablar de la fuerza de la disciplina maquinal de los alemanes. A pesar del reconocido éxito de nuestra propaganda y de la desmoralización de las unidades que habían quedado cercadas, lo cierto es que la inmensa mayoría de los soldados obedecían las órdenes de sus oficiales sin pestañear. Ello agravó las dificultades que tuvimos que afrontar para eliminar aquel grupo. Y nos demuestra la fuerza de esa disciplina maquinal. Está bien claro, cuando uno habla individualmente con los soldados alemanes, que realmente ninguno de ellos quiere combatir. No obstante, solo hace falta que un sargento grite: «¡A formar!», y ellos se colocan en formación y se quedan ahí. Lo he visto con mis propios ojos. La noche del 2 al 3 de febrero hubo numerosos regimientos que se rindieron y que fueron hechos prisioneros, y se concentraron en la zona de la granja estatal de Stalingrado, a unos pocos kilómetros de la fábrica de tractores. Los llevamos allí, hicimos el recuento, les dimos 250 gramos de pan a cada uno, les pusimos una escolta, y los enviamos a Dubovka. Aquella noche fue extremadamente fría. Recuerdo que fui a ver a uno de los regimientos, eran aproximadamente mil soldados. Estaban todos de pie, dispersos, todos desorganizados. Les ordené formar y grité: «¡Sargentos, aquí!». Dije que tenían que formar grupos de diez, y que les íbamos a dar dos hogazas de pan a cada grupo. Después tendrían que esperar a su escolta. Acabaron esperando varias horas. A veces podía oírse un gemido inhumano. Eran los que se estaban congelando. Se caían y morían, pero los hombres mantenían la formación. Se ponen en formación en cuanto aparece un sargento. Ehrenburg destacaba acertadamente la fuerza de esa disciplina maquinal.[198]

Durante la rendición ocurrieron muchas cosas curiosas e interesantes. Por ejemplo, el discurso de despedida del general Von Lenski a sus oficiales de la 24.ª División Pánzer. Ya se encontraban en el puesto de mando de la 343.ª División, y Von Lenski le pidió permiso al comandante de la división, el general Usenko, para despedirse de sus oficiales. Unos de los jefes de regimiento de su división, el coronel Von Below, puso en

fila a los oficiales, se cuadró ante Von Lenski y se colocó a la derecha. Von Lenski se acercó a sus oficiales y les dirigió el siguiente discurso: «Caballeros, les doy las gracias por haber cumplido siempre mis órdenes con precisión durante el tiempo que hemos combatido juntos. Han cumplido ustedes con su deber hasta el final. Les deseo un viaje seguro». Aquel discurso, en el mismo tono que el de Napoleón en su despedida de la vieja guardia, tuvo un gran efecto en sus oficiales. Muchos de ellos lloraban.

Después subimos a los oficiales en varios vehículos y los enviamos a su nuevo destino. Me acerqué a uno de los oficiales de Estado Mayor alemán. Era un coronel que estaba sentado allí. Le dije: «Coronel, necesito alojar a unos cuantos oficiales aquí con usted».

Me dijo en ruso chapurreado que allí había muchas cosas, y que dudaba que hubiera suficiente espacio. Sonrió. Yo le pregunté: «¿Cómo es que sabe usted ruso?».

«Bueno», me contestó, «es la segunda vez que hago este viaje. Caí prisionero en 1915 y estuve tres años en Krasnoyarsk. Parece que voy encaminado al mismo lugar.»

El 22 de enero, bajo la presión de nuestras fuerzas, los alemanes empezaron a replegarse hacia Stalingrado. Yo estuve allí el 23 y el 24, cuando vimos el interminable flujo de vehículos que se dirigía a la fábrica de tractores de Stalingrado. Allí se estaba concentrando un gran número de alemanes. Pensábamos que había 3.000, pero después, como todo el mundo sabe, hicimos aproximadamente 5.000 prisioneros.

Los días 23, 24, 25 y 26, nuestras unidades se aproximaron a la fábrica desde el oeste. Tomamos posiciones en el lado norte, justo al borde de los terrenos de la fábrica. Un batallón de la 149.ª Brigada de Fusileros se situó en lo que llamaban las Botas –el polígono industrial. Allí había una fábrica de ladrillos. Nosotros habíamos tomado un pozo y unas cuantas chozas en la ladera del monte. Todo lo demás estaba en manos de los alemanes. Entre el 25 y el 26 nuestras fuerzas se aproximaron a la fábrica desde el

oeste. Teníamos casi rodeada la fábrica de tractores. Por añadidura, nuestras unidades del sur habían dividido la parte norte y la parte sur de la fábrica.

La ofensiva contra la fábrica de tractores empezó el 27 de enero. El día 26 por la noche un miembro del Consejo Militar y el director del departamento político me ordenaron que fuera a ponerme en contacto con los alemanes y pedirles que se rindieran. Los alemanes tenían en su poder la fábrica de tractores, y había varios barrancos pequeños que convergían hacia ella –era una zona llamada el Nuevo Parque. Los alemanes también tenían en su poder aquellos barrancos. Nuestros búnkeres estaban al otro lado de Mokraya Mechetka,[199] que era donde estaban los búnkeres alemanes. Fui allí sabiendo el nombre del comandante del batallón alemán. Era el 274.º Regimiento, y su comandante se llamaba Kannengiesser. Conforme al derecho internacional, yo solo podía hablar con alguien de mi mismo rango. Estaba a unos cincuenta metros de sus búnkeres. Empecé a decir que era Zayonchkovski, un oficial del Ejército Rojo, y que hablaba en nombre del comandante del ejército. Invité a negociar al capitán Kannengiesser. Yo estaba en una trinchera, y me asomé un poco para poder hablar por el megáfono. Nada. Volví a intentarlo. Una ametralladora empezó a disparar contra mí. Yo empecé a azuzarle: «Usted es un oficial alemán, obviamente un hombre valiente, así que ¿por qué tiene tanto miedo de responder?». Volvieron a disparar. Después me dirigí a los soldados. No quise hablar con aquel hijo de perra cuando cayó prisionero seis días después, de modo que simplemente le envié al intérprete. Él decía que no me había oído, que estaba en su puesto de mando. Estaba mintiendo. Yo le había pedido a los alemanes que dispararan tres veces al aire, pero no dispararon. ¡Él decía que le resultaba imposible dispararle al capitán! Así que no sacamos nada en limpio.

La ofensiva contra la fábrica de tractores se fijó para el 27 de enero. Teníamos muy pocos hombres. La noche del 26 al 27 de enero los alemanes abandonaron los barrancos y se replegaron del todo hasta la

fábrica de tractores. Así fue como lo averiguamos. Yo estuve toda la noche hablándoles. A las seis de la mañana regresé al puesto de mando y me acosté en un búnker. Una hora después me despertó el comandante de la compañía y me dijo: «Oiga, capitán, lo ha hecho usted muy bien, aquí hay unos cuantos desertores que hemos capturado». Resultaron ser tres rumanos. Aquellos rumanos decían que los alemanes se habían marchado. No les creímos. Pero una hora más tarde apareció un alemán, otro desertor y, aclaró, «antiguo miembro del Komsomol». Se llamaba Otto, y tenía en su poder un gran alijo de postales pornográficas y distintos artículos necesarios para el amor.[200] Nos confirmó que se habían marchado todos. Yo le dije: «De acuerdo, usted irá delante, y nosotros le seguiremos. Tenga en cuenta que si está mintiendo le meteremos una bala en la cabeza». El lugar estaba desierto cuando llegamos. Era verdad que se habían marchado.

La ofensiva contra la fábrica de tractores empezó a mediodía o a la una de la tarde. Yo estaba en la parte norte. Bajamos por el barranco de Mokraya Mechetka y logramos tomar numerosas construcciones pequeñas que había en sus laderas. Ofrecieron una fuerte resistencia. Estábamos sometidos a un intensísimo fuego de una ametralladora y de todo lo demás. Casi no nos quedaban proyectiles de artillería, pero teníamos muchísimos cartuchos de fusil y de ametralladora.

Allí ocurrió algo terrible. No es posible imaginar cuántos aviones de los nuestros había allí, entre treinta y 35, que llegaban en una oleada tras otra. Nunca había visto tanta artillería en mi vida. Realmente estaban amontonando los cañones, y todos disparaban contra los alemanes. Allí había de todo, incluso cohetes, absolutamente de todo. Ese fue un acierto no de nuestros comandantes, sino del propio camarada Stalin. Fue brutal. No teníamos hombres, diez por batallón. ¿No nos podían mandar refuerzos? No teníamos a nadie. Pero aquella ofensiva realmente fue una ofensiva aérea y artillera. Aunque hubiéramos tenido a 10.000 soldados de infantería, no nos habrían hecho falta.

En realidad no cabe hablar de una batalla por la fábrica de tractores en sí, porque allí ya no había ninguna fábrica de tractores, tan solo unos cuantos edificios aislados. La fuerza del fuego de artillería y del bombardeo aéreo dejó los sótanos atestados de soldados heridos. En aquellos últimos días, los alemanes no disponían de comunicaciones entre los regimientos. Todas sus líneas de transmisiones habían quedado cortadas por el fuego de artillería, y eso contribuyó a su rendición. Los alemanes estaban atónitos, no paraban de preguntarse dónde estaba nuestra infantería. Los alemanes estaban en distintos edificios, disparando. No había una línea del frente como tal, pero su potencia de fuego seguía siendo sustancial. Siguieron disparando con todo lo que tenían.

La mañana del 2 de febrero, cuando ya se estaba gestando la rendición, nuestros carros de combate avanzaron hasta ponerse directamente frente a ellos, y ellos empezaron a rendirse de una forma organizada. Entre usted y yo, nuestra infantería había sido masacrada. ¿Todavía nos quedaban 15.000 soldados? Sí, si incluimos los de la retaguardia, sin duda los teníamos. Cada división todavía tenía 4.000 efectivos, pero eso era por la artillería, y ellos apenas habían sufrido bajas. Había compañías de mortero, de comunicaciones, y batallones médicos –pero en cuanto a soldados de combate, casi no quedaba ninguno. Finalmente, la 149.ª Brigada defendió la línea en las Botas. Allí el frente tenía aproximadamente doscientos metros de largo. Quedaban tal vez treinta hombres. La fábrica de tractores se tomó sobre todo gracias a la acción de nuestra artillería y nuestra fuerza aérea, no de nuestra infantería.

La infantería era incapaz de avanzar, pero el potente fuego de artillería que cayó sobre la fábrica de tractores hizo imposible que los alemanes resistieran. La fábrica de tractores era una caldera al rojo vivo, en la que vertimos tal cantidad de acero y de hierro que resultó imposible resistir. [...]

El jefe de la NKVD del distrito de la fábrica de tractores es un hombre verdaderamente valiente. No sé cómo se llama. En primer lugar, nunca quiso que le evacuaran, sino que se quedó todo el tiempo en Spartakovka y Rinok. Cuando los alemanes entraron en Rinok y permanecieron medio día allí, ninguno de los vecinos sabía dónde estaba el jefe de la NKVD. A partir de enero, o incluso ya desde diciembre, vivía en Spartakovka, allí mismo, a unos doscientos metros de la Fábrica de Tractores, y creó una red de inteligencia con los vecinos del distrito de la fábrica. Cada día recibíamos informes del número de alemanes que enviaban allí. Recibimos un inesperado telegrama del departamento político de la 49.ª División que decía que habían enviado a la fábrica a una mujer y a un teniente. Resultó que el jefe de la NKVD llevaba diciéndonoslo todos los días desde la fábrica de tractores. Vivía allí, ayudaba a conseguir los panfletos, y sus agentes femeninas los transportaban. Aquel hombre realmente estuvo allí todo el tiempo. Rinok y Spartakovka formaban parte de su distrito. Tal vez allí ya no vivía nadie, pero ese era su distrito. Hizo su trabajo en la línea del frente como un buen agente de la NKVD. Se mantenía en contacto, establecía contacto con el ejército, y estaba siempre con el comandante y el comisario de la brigada. Pero tan solo se mantenía en contacto –nunca interfirió con nuestras misiones. Antes de la guerra recibió la Orden de Lenin.

Vi al director de la fábrica de tractores en el puesto de mando de un batallón. Fue durante la ofensiva, antes de la rendición. Había regresado a Spartakovka, y lo mismo había hecho un puñado de hombres. La gente ya se estaba preparando para la reconstrucción.

---

* *Vida y destino*, trad. Marta Rebón, Barcelona, Galaxia Gutenberg, p. 841. *(N. de los T.)*

† General y héroe nacional ruso (1730-1800), del que se dice que nunca perdió una batalla. *(N. de los T.)*

4

Hablan los alemanes



Prisioneros de guerra alemanes en Stalingrado, enero de 1943.

LOS PRISIONEROS ALEMANES EN FEBRERO DE 1943

El mariscal de campo Paulus fue apresado por los soviéticos el 31 de enero de 1943. Aquel mismo día deponían las armas los soldados alemanes del foco de resistencia del sur. Dos días después, el foco del norte, comandado por Karl Strecker,[1] finalmente se rindió. Al tiempo que decenas de miles de soldados alemanes eran conducidos al cautiverio, el servicio de inteligencia soviético se ponía a trabajar. El 5 de febrero, el capitán Zayonchkovski y sus colegas, los comandantes Koltinin y Lerenman, empezaron a interrogar a los soldados y oficiales apresados en el foco

norte. Después de la guerra, Zayonchkovski entregó los informes de los interrogatorios, junto con otros documentos de sus actividades en el Frente de Stalingrado, a la Comisión Histórica de Isaak Mints. Aparte de enlazar casi sin solución de continuidad con los acontecimientos del sótano de los grandes almacenes y del Estado Mayor del general Shumilov, los informes son una lectura apasionante. Las declaraciones de los prisioneros alemanes, con nombres y apellidos, inmediatamente después de su captura ponen de manifiesto su estado de ánimo y muestran la forma en que los soviéticos trataban a los prisioneros y qué tipo de información pretendían obtener de ellos.

Poco después del final de la batalla de Stalingrado, Zayonchkovski, para entonces comandante, dio una conferencia a un grupo de oficiales de la inteligencia militar sobre el objetivo de «los interrogatorios políticos de los prisioneros de guerra».[2] En calidad de instructor jefe, Zayonchkovski era responsable de la formación del nuevo personal de inteligencia que se añadió en febrero y marzo de 1943 para afrontar la creciente marea de prisioneros. La tarea principal del oficial interrogador, destacaba Zayonchkovski ante sus oyentes, consistía en identificar el estado «político-moral» de los soldados de la Wehrmacht. ¿Qué pensaban de la guerra los prisioneros? ¿Seguían creyendo en una victoria alemana? ¿Cómo eran de disciplinadas las tropas? ¿En qué medida la ideología fascista estaba anclada en la Wehrmacht? Los oficiales políticos del Ejército Rojo estaban convencidos de que las tropas enemigas, al igual que sus propios soldados, se guiaban por unas convicciones ideológicas que propiciaban una fuerte moral militar. El objetivo de los interrogatorios políticos era descubrir las fisuras en la lealtad de los soldados al nacionalsocialismo, unas fisuras que posteriormente la inteligencia militar debía aprovechar en el campo de batalla para echar abajo el andamiaje político y moral del enemigo. Dado que Zayonchkovski y su equipo estaban especializados en la propaganda enemiga, los interrogatorios también debían incluir preguntas detalladas sobre la influencia en los

soldados alemanes de los mensajes soviéticos. Los soviéticos querían averiguar qué técnicas daban resultado y cuáles era preciso mejorar. (Muchos soldados les decían que los primeros panfletos que lanzó el Ejército Rojo les resultaron primitivos, y provocaron gran diversión. Un soldado dijo que no comprendía por qué los soviéticos llamaban «fascistas» a los alemanes.)

En su conferencia, Zayonchkovski detallaba las distintas modalidades de interrogatorio. Argumentaba que el interrogatorio individual –un interrogador y un sujeto– era lo mejor, dado que los prisioneros tenían más probabilidades de hablar cuando estaban solos que en presencia de otros soldados o de algún superior. Los interrogadores no debían confraternizar con los prisioneros, por si ello pudiera dañar «el honor y la dignidad» de los oficiales soviéticos. Tan solo en casos excepcionales, como al interrogar a oficiales de alto rango que tuvieran información vital, era recomendable un estilo más relajado, tomando una taza de té. Para causarles la máxima impresión, los oficiales interrogadores debían mostrar a los prisioneros lo mucho que sabían de ellos, por ejemplo dejando caer información sobre la unidad del prisionero y el nombre del comandante de su división. Había que sopesar cuidadosamente cada pregunta. Por ejemplo, no podía pretenderse que los soldados alemanes a los que se les preguntaba si pertenecían al partido nazi respondieran sinceramente. Por el contrario, la pregunta debía ser: «¿Cuándo ingresó usted en el partido nazi?».

Casi todos los interrogatorios que figuran a continuación tuvieron lugar entre el 5 y el 9 de febrero en el cuartel general del Estado Mayor del 66.º Ejército, situado en Dubovka, a cincuenta kilómetros al norte de Stalingrado. Los prisioneros aportaron información sobre las últimas semanas en el interior del cerco de Stalingrado, y sobre las circunstancias que llevaron a sus unidades a rendirse. Hicieron declaraciones sobre la eficacia en el combate de la Wehrmacht y sobre la fuerza del Ejército Rojo. Los informes contienen una ingente cantidad de información

previamente desconocida sobre los últimos días de la batalla, como las distintas formas en que los generales Strecker y Arno von Lenski[3] trataron a sus unidades cuando estas manifestaron indicios de desintegración. Ponen de manifiesto las horrorosas condiciones de vida de los prisioneros rusos en cautiverio alemán y el terror que sintieron los soldados acorralados del 6.º Ejército cuando comenzaron los fuegos de barrera de artillería y las incursiones aéreas.

A juzgar por los informes, los alemanes que seguían luchando a pesar del hambre, el agotamiento y la muerte masiva lo hacían por una mezcla de rencor, obediencia y convicción ideológica. Un factor peculiarmente motivador era el temor a caer prisionero. A ese respecto, la campaña soviética de información durante las primeras semanas del cerco no dio resultado: los soldados de la Wehrmacht desdeñaban las imágenes de soldados alemanes bien alimentados y bien vestidos en los campos de prisioneros soviéticos por considerarlas pura propaganda. Durante las últimas semanas, los soviéticos empezaron a darles tabaco y pan a los prisioneros alemanes, y les dejaban regresar a sus unidades, una táctica que al parecer convenció a muchos soldados de la Wehrmacht de que caer prisionero no equivalía a una muerte segura.

A pesar de estos interesantes detalles, los interrogadores no lograron llegar a un cuadro fiable del estado de ánimo de los alemanes durante los días finales de la batalla de Stalingrado por la sencilla razón de que la situación general y el protocolo específico para los interrogatorios no fomentaban las declaraciones fiables. El testimonio del teniente primero alemán Otto Conrady arrojaba luz sobre el problema. Conrady, oficial de inteligencia de la 389.ª División de Infantería, señalaba que los prisioneros soviéticos a los que él había interrogado durante el verano y el otoño de 1942 afirmaban que ellos tan solo combatían porque les amenazaban con la violencia, y que no les daban de comer durante varios días. Pero su comandante de división rechazaba esa información por considerarla absurda: la fuerte resistencia con la que se encontró la 389.ª

División de Infantería en Stalingrado desmentía las declaraciones de los prisioneros del Ejército Rojo. Así pues, podemos suponer que todos los prisioneros, soviéticos y alemanes, le decían a sus oficiales interrogadores, por lo menos en cierta medida, lo que querían oír.

Así pues, resultan aún más desconcertantes las muchas expresiones de sentimiento pro-nazi que constan en los informes. Por ejemplo, el oficial de Estado Mayor Herrmann Lüben creía que gracias al condicionamiento nazi, los soldados alemanes todavía podían ganar la guerra, pero le preocupaba que pudiera peligrar la «pureza de sangre» del *Volk* alemán, y le echaba la mayor parte de la culpa de los fracasos militares de Alemania en Stalingrado a sus aliados –no arios– italianos y rumanos. El testimonio del jefe de pelotón Ernst Eichhorn (24.ª División Pánzer) deja una impresión particularmente duradera. Tal vez con la intención de congraciarse con los rusos, Eichhorn manifestaba su sorpresa por el buen trato que recibían los prisioneros alemanes, y contaba que sus hombres se preguntaban por qué motivo tenían siquiera que luchar los alemanes y los rusos. En la frase siguiente –la última del informe del interrogatorio– Eichhorn añadía que para él y los demás oficiales alemanes estaba claro quiénes eran los verdaderos culpables de la guerra: los judíos, que se habían hecho con el poder en todos los países salvo en Alemania. Aparentemente, el hecho de que Lerenman, el oficial interrogador, fuera judío, iba más allá del poder de su imaginación.

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra teniente primero Max Hütler

Dubovka, 6 de febrero de 1943

Interrogado por el comandante Koltinin, jefe de la 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército y el técnico intendente de 2.ª clase, Gersh, intérprete, 99.ª División de Fusileros[4]

Max Hütler,[5] teniente primero, ayudante en el 544.º Regimiento de Infantería, 389.ª División de Infantería. Alemán. Edad: 34. Natural de Westfalia. Casado. Miembro del Partido Nacionalsocialista. Investigador de silvicultura, docente en la Universidad de Gotinga. Oficial de la reserva. Domicilio particular: *Universidad de Gotinga*.

El prisionero afirmó: «Ya desde el principio de la operación de Stalingrado, para mí estaba claro –y no solo para mí sino para casi todos los oficiales– que nuestro alto mando estaba corriendo un gran riesgo al introducir una cuña tan enorme. Era evidente que los rusos iban a intentar abrirse paso a través de aquella cuña, rodear nuestras fuerzas en cabeza, y penetrar por detrás de nosotros. Pero pensábamos que nuestros comandantes sabían lo que hacían. Pensábamos que tenían suficientes reservas y que iban a ser capaces de defender nuestros flancos. Todavía no consigo entender por qué no pusieron más tropas en los flancos. Teníamos reservas, en gran cantidad. Todo el asunto me desconcierta. Cuando el ejército de ustedes abrió brecha a través de nuestras defensas a finales de noviembre de 1942, a la gente empezó a entrarle el pánico. Pero no sabíamos exactamente quién estaba propagando ese pánico. Los soldados no eran los únicos que perdían la cabeza. También muchos oficiales, sobre todo los comandantes de las unidades grandes.

»Para Navidad ya habíamos comprendido lo absolutamente desesperada que era nuestra situación. No había ayuda ni iba a haberla. Todos y cada uno de nosotros éramos conscientes de ello, pero nos daba miedo admitirlo. Sabíamos que estábamos condenados. Pero a pesar de ello, a la mayoría de nosotros ni se nos pasaba por la cabeza la idea de rendirnos. Nos habían encargado la misión de contener el mayor número posible de tropas rusas, unas tropas que de lo contrario serían enviadas hacia el Cáucaso y Rostov. Eso era lo que le decíamos a los hombres. Sabían lo que iba a ocurrirles y, como bien sabe usted, los que depusieron las armas y se rindieron sin que se lo ordenaran fueron tan solo un puñado

de hombres sin valía. Al grueso de los soldados se les había infundido el sentido del deber de forma exhaustiva, y estaban dispuestos a entregar sus vidas. Esos hombres eran los que lo mantenían todo unido. A ellos no les afectaban los pequeños grupos. No suponían ningún peligro para nosotros.

»Dice usted que todo soldado sigue siendo un hombre, y como tal concede un gran valor a su vida y se aferra a la idea de regresar a su patria, con su familia, su esposa, sus hijos. Eso es verdad. Pero a pesar de todo la patria tiene prioridad. Cada uno de nosotros es capaz de sacrificarse por su patria. Es algo que llevan grabado todos nuestros soldados. Cuando se vieron dentro del cerco, todos sabían que a pesar de ello tenían que cumplir con su deber, y así lo hicieron.

»Durante los dos meses que estuvimos rodeados no hubo ni una sola orden relacionada con la disciplina ni con el aumento de la vigilancia de la tropa. Lo único que sé a ese respecto fue el 27 o el 28 de enero de 1943 –no recuerdo la fecha exacta– cuando el general Strecker emitió una orden que decía: (1) abran fuego de inmediato contra quienquiera que se aleje de su unidad y hacia el enemigo; (2) quienquiera que se guarde para sí los suministros aéreos será juzgado en un consejo de guerra; (3) quienquiera que se insubordine o se niegue a obedecer órdenes será juzgado en un consejo de guerra.

»Así pues, ¿por qué nos rendimos? En primer lugar, la fuerza principal que estaba a las órdenes del mariscal de campo Paulus se rindió el 30 de enero de 1943 [sic], de modo que no tenía sentido seguir resistiendo. Nuestro grupo no era capaz de atraer suficientes fuerzas rusas como para justificar el sacrificio. Hicimos nuestro trabajo durante todo el tiempo que pudimos, y si hubiéramos podido seguir empuñando las armas otras dos o tres semanas, no habríamos depuesto nuestras armas, habríamos seguido luchando. En segundo lugar, teníamos tantos heridos que entorpecían nuestra capacidad para combatir. Estaban hacinados en casi todos los edificios. Todos ellos habrían muerto a causa del fuego de artillería si hubiéramos resistido más tiempo.

»¿Cómo evalúo la actual situación militar en Alemania? Alemania se encuentra en medio de una crisis muy difícil, pero eso no es una derrota. Todavía hay aproximadamente dos millones de hombres que pueden ser reclutados. Pero si la ofensiva de ustedes prosigue al mismo ritmo durante otros dos meses, es posible que nuestra crisis llegue a ser una derrota».

El prisionero dijo también que uno de los indicios por los que se podía determinar quién iba a ganar fue la entrada en la guerra de Turquía. Turquía estaba dispuesta a apuntarse al bando de los vencedores, pero solo cuando estuviera absolutamente claro quiénes iban a ser los vencedores.[6]

«Antes de ingresar en el Ejército era nacionalsocialista, y ahora soy un soldado. En el ejército no hay nacionalsocialistas, tan solo hay soldados.

»Fui jefe de compañía desde abril hasta octubre de 1942. Lo que ha dicho usted sobre el trato brutal que se da a los prisioneros de guerra rusos es la primera vez que lo oigo.[7] Ni en mi compañía ni en mi regimiento hubo nada de eso. Puede que haya casos excepcionales, pero habrán sido justamente eso: excepciones. Eso está prohibido. Y pasa lo mismo con la población local. Tenemos órdenes que hacen de la violencia contra la población local un delito susceptible de arresto. Asimismo, tenemos prohibido arrebatarle sus objetos de valor a los civiles, y en realidad cualquiera de sus pertenencias. A veces nos dan permiso para requisar alimentos. Los paquetes con botas, vestidos, etcétera, que algunos de los nuestros han enviado a Alemania son todo cosas que se encontraron en edificios destruidos o incendiados.

»Los soldados rusos son bastante buenos soldados. Se les da mucho mejor defender que atacar. Y aquí, donde defienden en grupos pequeños, lo hacen mucho mejor que cuando forma una gran masa. Tienen ustedes buenos francotiradores.»

Comandante Koltinin, jefe de la 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Técnico intendente de 2.ª clase Gersh, intérprete, 99.ª División de Fusileros

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra sargento Helmut Pist, 21.º Regimiento de Granaderos Pánzer, 24.ª División Pánzer

Dubovka, 9 de febrero de 1943

Interrogado por el capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Pist, Helmut. Nacido el 11 de enero de 1916 en Schwarzenau (provincia de Posen). Graduado de *gymnasium*. Profesión: agrónomo. Luterano. Alemán. Miembro de las Juventudes Hitlerianas. Reclutado en 1937. Domicilio particular: *Krefeld am Rhein, Prinz Fridrich Karl Str., 139*.

Preguntado por el estado de su unidad durante los días finales del cerco, Helmut Pist afirmó lo siguiente:

«A principios de enero los regimientos de nuestra división ya no existían como tales. Se crearon grupos individuales que respondían al nombre de los oficiales que estaban al mando. Por ejemplo, se formó un grupo con los regimientos 21.º y 26.º, a las órdenes del coronel Brendahl. También establecieron los denominados grupos de alarma. Aquellos grupos eran de distintos tamaños. Por ejemplo, el grupo en el que estaba yo tenía cincuenta hombres. Nuestro oficial al mando era el teniente Hermanns, y estábamos ubicados en Orlovka. La moral estaba por los suelos. Muchos criticaban al Gobierno, recriminándole que hubiera renunciado a hacer algo por nosotros. La situación de los víveres empeoraba de un día para otro. A partir del 20 de enero, aproximadamente, nos daban cincuenta gramos de pan al día. Los suministros de alimentos que lanzaban en paracaídas se los estaban

quedando quienes los encontraban, a pesar de que había órdenes estrictas y existía la amenaza de fusilamiento. De modo que había un reparto de alimentos muy desigual entre las unidades. La disciplina empeoraba cada día, y se hablaba cada vez más de una rendición. Sobre el 25 de enero el teniente Koars, del cuartel general de la división, nos dijo que el general Von Lenski, comandante de nuestra división, había emitido una orden dando libertad de acción a los comandantes de todas las unidades –es decir, les daba permiso para rendirse. Pero esa orden se canceló al día siguiente.

»Sus panfletos no tuvieron mucho éxito entre los soldados antes del cerco, pero después la situación cambió, sobre todo en enero, cuando los hombres los leían con verdadera avidez. De hecho, buscábamos los panfletos que ustedes lanzaban desde el aire, los que incluían mapas donde se veía la situación del frente.

»Aquellos últimos días en Stalingrado fueron horribles: miles de cadáveres, y los soldados heridos muriéndose por las calles porque los hospitales estaban saturados, y para colmo recibíamos un intenso fuego de su artillería y sus aviones. La rendición no fue organizada. Nuestro búnker estaba a cincuenta metros del cuartel general de nuestra división, pero aunque estábamos tan cerca de ellos, tan solo nos enteramos de la rendición después de que ya hubieran aparecido los rusos. Salimos de nuestro búnker y depusimos nuestras armas. La guerra en Rusia no es como en el oeste. En 1940, durante la campaña francesa, nuestro escuadrón siempre estuvo delante, y tan solo murieron dos de nuestros hombres».

Comandante Koltinin, jefe de la 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra Ernst Eichhorn, oficial de Caballería de la 9.ª Compañía, 24.º Regimiento Pánzer, 24.ª División Pánzer

Dubovka, 5 de febrero de 1943

Interrogado por el comandante Lerenman, instructor, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Ernst Eichhorn. Domicilio particular: *Regensburg an der Donau, Luitpoldstrasse 11a*. Estafeta de campaña n.º 11468.

Alemán. En el ejército desde 1935. No es miembro del partido Nacionalsocialista. En el frente ruso desde junio de 1941. Terminó la academia de Caballería en Hanover. Nacido en 1902. Participó en las campañas de Polonia, Países Bajos, Bélgica, Francia. Soltero.

Una de las razones de que se rindieran las fuerzas alemanas cercadas en Stalingrado fue que el frente iba estrechándose. Resultaba imposible maniobrar. Se había concentrado una fuerza enorme en una zona muy pequeña sin aeródromo. Eso daba lugar a enormes bajas a manos de la artillería y la aviación. Otra razón era el mal estado del abastecimiento de víveres y combustible. Durante los últimos días, los soldados recibían cien gramos de pan, un poco de carne de caballo, cuarenta gramos de manteca, una ración diaria de caldo (dos litros), y cuatro cigarrillos.

Sólo les quedaba un escaso número de proyectiles de artillería, pero había abundante munición para la infantería. Los tanques se transformaron en fortines. Por esas razones todo el regimiento operaba como una unidad de infantería.

Los oficiales de la 24.ª División Pánzer comprendían que las unidades cercadas estaban en una situación extremadamente complicada y difícil, pero no la consideraban desesperada.

La orden de rendición llegó a través del mando de la división. Se dio verbalmente, y después se enviaron emisarios, y las unidades de la 24.ª División depusieron sus armas. Pero la orden de rendición pilló a todo el

mundo por sorpresa. Hasta el último momento, la mayoría de oficiales seguía esperando que llegara ayuda desde el exterior. Los hombres nunca cuestionaron sus órdenes, ni durante el cerco ni cuando se les ordenó rendirse. Eso es lo que se le enseña a un soldado alemán: a hacer algo solo cuando se le ordena. La comunicación con el mundo exterior se mantuvo hasta que las unidades rusas tomaron el aeródromo de Pitomnik. A partir de entonces no hubo servicio postal.

En el ejército alemán se generalizó la idea –tanto entre los soldados como entre los oficiales– de que ser capturado por los rusos equivalía a un trato deficiente, a tortura y a muerte. Todos los soldados y los oficiales habían leído los panfletos rusos donde se decía que se trataba bien a los prisioneros. En algunos había fotos donde se veía la vida de los prisioneros en Rusia. Pero nadie se lo creía, todo el mundo pensaba que no era más que propaganda. Durante el avance muchos de ellos habían visto los cadáveres de soldados a los que les habían pegado un tiro en la cabeza, y cosas así. Eso nos convenció de que los rusos estaban liquidando a los prisioneros.

Todos los oficiales del 24.º Regimiento Pánzer tienen una excelente opinión de la artillería rusa. Es muy precisa y no escatima la munición. Si no hubiera habido artillería en Stalingrado, y solo hubiera sido un ataque de la infantería contra las fuerzas cercadas, los alemanes habrían podido hacerles frente con facilidad y habrían resistido más tiempo. La infantería rusa no se merece ningún elogio específico. Carece del espíritu necesario para una ofensiva eficaz. Los rusos eran mucho mejores en 1942 que al comienzo de la guerra. Pero los cazas alemanes son mejores que los rusos. Hay muchos pilotos jóvenes e inexpertos en la fuerza aérea rusa. Los carros de combate son muy eficaces. El T-34 es una excelente pieza de maquinaria. Los carros de combate rusos están muy bien armados. Y sus tripulaciones han recibido una instrucción de primera.

La razón del éxito de la ofensiva contra el ejército alemán cercado fue la simultaneidad de los ataques desde el norte y desde el sur, y

posteriormente desde el oeste. Para colmo, las unidades rumanas, que estaban posicionadas en el curso alto del Don, huyeron. Además, lo que facilitó el éxito de la ofensiva rusa fue cierto nivel de pánico en las unidades alemanas. Empezamos a destruir reservas de alimentos y de material militar en los primeros días del cerco.[8] Eso complicó la situación de las fuerzas cercadas.

Durante nuestro avance sobre Stalingrado entre los oficiales se comentaba que los rusos contaban con el invierno, que iban a programar su ofensiva para el invierno. Los comandantes alemanes pensaban que los rusos estaban demasiado débiles y restaron importancia a la posibilidad de una ofensiva rusa. Los comandantes alemanes pensaban que ya habrían logrado la victoria para cuando llegara el invierno. Los oficiales recordaban que no era la primera vez que se ponían patas arriba sus planes estratégicos generales. Entonces no estaba claro –aunque ahora es obvio– que el plan no era realista. No se puede contar con ofensivas simultáneas contra Leningrado y Stalingrado al mismo tiempo que se pretende conquistar el Cáucaso. Es demasiado. Los comandantes alemanes planeaban tomar Stalingrado y después avanzar bajando por el Volga hasta Astracán. Pero nunca tomaron Stalingrado. Para llegar a Astracán habrían tenido que intentar cruzar la estepa de Kalmukia,[9] y eso entrañaba un mayor número de bajas para el ejército alemán.

Si el Ejército Rojo sigue adelante con su ofensiva como lo está haciendo ahora, sobre todo si conquista Rostov y Járkov, eso tendría una gran repercusión para el desenlace de la guerra.[10] Defender Járkov y Rostov es lo más importante para el ejército alemán.

Es inconcebible un segundo frente en Europa. Las fuerzas alemanas están en estado de alerta en Francia, y la costa está fortificada. Un ataque desde España resulta imposible desde que los alemanes conquistaron el sur de Francia. Y tampoco es posible un desembarco de las fuerzas estadounidenses e inglesas en Italia. La armada alemana no lo permitiría.

Para desembarcar en Europa habría que diseñar un plan muy extenso, pero ni aun así resultaría posible.

«Alemania tiene suficientes fuerzas de reserva y material», dijo el prisionero. «Podemos seguir combatiendo todo el tiempo que queramos.»

Los panfletos rusos a menudo provocaban la risa de los soldados y los oficiales. En realidad, la propaganda rusa no ha tenido en cuenta la peculiar psicología del soldado alemán, su excepcional sentido de la disciplina. «Así, por ejemplo, yo vi un panfleto que instaba a los soldados a matar a sus oficiales porque estaban mejor alimentados y no tenían que luchar», dijo el prisionero. «Otro panfleto les instaba a matar a todos los fascistas y a pasarse al bando de los rusos. En primer lugar, los oficiales y los soldados comen lo mismo. Y nosotros no comprendemos la palabra "fascista", porque nos hace pensar en el sistema de Gobierno que hay en Italia.»

Durante la rendición, a los oficiales alemanes les preocupaba su futuro. La gente decía que si uno tenía que rendirse, era mejor rendirse a los estadounidenses, los británicos o los franceses. Ser su prisionero es totalmente seguro.

El prisionero preguntó: «¿Por qué se toman tantas molestias con nosotros? No esperábamos que nos trataran tan bien, sobre todo los oficiales rusos. Si su objetivo es animar a los oficiales alemanes a rendirse, es un gesto muy inteligente. En ese sentido, resultó muy efectivo que a los prisioneros les concedieran permiso para enviar cartas a su casa. Ahora nuestros soldados dicen: "Como prisioneros, vemos que los rusos no son mala gente. Quién sabe por qué empezó esta guerra, por qué hay tanto derramamiento de sangre".

»Para nosotros, los oficiales, está claro que la guerra la provocaron los judíos, que se adueñaron de los papeles de liderazgo en los gobiernos de todas las naciones, salvo Alemania».

Comandante Koltinin, jefe de la 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Comandante Lerenman, instructor, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra teniente Herrmann Strotmann, ayudante, 1.º Batallón, 79.º Regimiento de Granaderos Pánzer, 16.ª División Pánzer

9 de febrero de 1943

Interrogado por el capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Strotmann, Herrmann. Alemán. Católico. Soltero. Nacido el 18 de mayo de 1918, en Münster. Empleado de banca. Domicilio particular: *Münster, Westfalen, Hermannstrasse 50.*

Fue reclutado como soldado raso en 1938. En 1941 fue ascendido a oficial. Fue comandante de compañía en el 79.º Regimiento desde el 5 de septiembre y a lo largo de todo el mes de octubre de 1942, y desde septiembre ha sido ayudante en el 1.º Batallón a las órdenes del comandante Wota.

«Durante los combates al norte de Stalingrado (al sur del pueblo de Yerzovka), desde septiembre hasta noviembre, el 79.º Regimiento perdió entre el 80 y el 90 % de sus hombres. Llegaban constantemente refuerzos desde la retaguardia, pero eso entrañaba una merma apreciable en la calidad. [...] La mayoría de nuestras bajas fueron obra de los morteros de ustedes, a los que denominábamos la *böse Waffe*».[11]

Preguntado por el estado de su unidad durante el cerco, Strotmann afirmó lo siguiente: «La operación de Stalingrado era arriesgada. Al principio pensábamos que íbamos a conquistar Stalingrado en el plazo de cinco semanas. Las cosas no salieron así, y no podíamos retirarnos porque eso habría dejado al descubierto el grupo del Cáucaso. El gran error de nuestros comandantes fue atacar al final del otoño, lo que significó que no

pudiéramos atrincherarnos y prepararnos para el invierno en las líneas del frente. Ustedes se aprovecharon de ello, tanto el año pasado como este año. Si nos hubiéramos quedado en el Don, habríamos podido hacer los preparativos adecuados. Y entonces no habría sucedido esta catástrofe. El principal motivo de nuestra rendición: la falta de víveres, de hombres, de proyectiles de artillería, y también la imposibilidad de todo el asunto – para nosotros era físicamente imposible seguir luchando. La calidad de nuestros soldados era muy baja (la mayoría de ellos acababa de llegar de la retaguardia). Estábamos muertos de hambre, y la mayoría habíamos sufrido daños por congelación. Incluso los oficiales estaban tan exhaustos y hambrientos que a duras penas podían mantenerse en pie. Lo que un hombre puede soportar tiene un límite, y nosotros llegamos a ese límite el 2 de febrero. Nos rendimos. La rendición fue espontánea. A las seis de la mañana me dijeron que los carros de combate rusos estaban delante de nuestro búnker. Me puse a llorar, salí del búnker y depuse mi arma».

Pasando a una pregunta sobre nuestra propaganda, Strotmann dijo que la calidad de nuestros panfletos había mejorado significativamente en los últimos tiempos. «Al principio del todo», afirmaba el teniente, «eran bastante primitivos. Por ejemplo, ustedes informaban de que habíamos perdido 4.100 cañones en Stalingrado, pero no había tantos cañones ni en todo el ejército.»

El teniente Strotmann concluía con las siguientes palabras: «Todo soldado cree en la victoria, pero a decir verdad, si Estados Unidos entra en la guerra, nos va a resultar muy difícil ganarla».

Comandante Koltinin, jefe de la 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

[Firma de Zayonchkovski]

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra sargento Wilhelm Vugeler, 3.ª Compañía, 79.º Regimiento de Granaderos Pánzer, 16.ª División Pánzer

Dubovka, 9 de febrero de 1943

Interrogado por el capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Vugeler, Wilhelm. Alemán. Luterano. Nacido el 1 de marzo de 1916, en Nienburg / Weser. Miembro del Partido Nacionalsocialista desde 1934. Terminó la enseñanza obligatoria. Profesión: comercio. Domicilio particular: *Nienburg/Weser bei Hannover*, *Quellhorststrasse 10*.

«En mi compañía había entre ochenta y cien hombres cuando nos rodearon, y cada día perdíamos entre quince y veinte. Llegaban constantemente refuerzos desde la retaguardia. Nuestra situación mejoró un poco a partir del 30 de diciembre porque construimos refugios subterráneos y sufríamos menos bajas. A mí me trasladaron a la retaguardia el 4 de enero. A mediados de enero agregaron lo que quedaba de la 16.ª División Pánzer a la 24.ª División Pánzer. Lo único que quedaba de la 16.ª División Pánzer eran las unidades de retaguardia.

»Los hombres se sentían cada día peor. Hasta enero tuvimos la esperanza de conseguir ayuda, pero entonces, en enero, cuando empezamos a retirarnos, nuestra moral cayó en picado, y para cuando nos habíamos retirado al interior de la ciudad, la mayoría de los soldados eran conscientes de lo desesperado de nuestra situación. A pesar de todo, a los hombres les aterraba caer prisioneros de los rusos.

»He leído los panfletos rusos, e incluso he escuchado sus emisiones de radio durante las vacaciones de Navidad. Estábamos en la estación de ferrocarril que está al noroeste de Orlovka. Todos los soldados escuchaban atentamente sus emisiones. Muchos de nosotros empezamos a dudar de que nuestros oficiales realmente nos estuvieran diciendo la

verdad. Pero nuestra contrapropaganda era eficaz, de modo que no les creíamos del todo a ustedes.

»El 1 de febrero resulté herido cerca de la fábrica de tractores y acabé en un hospital de campaña. El 3 de febrero, a las 3.30 de la madrugada (hora de Berlín), el médico jefe anunció que el hospital iba a pasar a manos de los rusos en el plazo de dos horas. De modo que me habían hecho prisionero.»

Comandante Koltinin, jefe de la 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra sargento Heinz Hühnel, 12.ª Compañía, 554.º Regimiento, 389.ª División de Infantería.

Cuartel general del ejército

Interrogado por el comandante Lerenman, instructor, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Heinz Hühnel. Domicilio particular: __________. Estafeta de campaña n.º 40886.

Nacido el 27 de mayo de 1908. Educación: ocho años en la escuela pública. Bachillerato Comercial. Casado. Miembro del Partido Nacionalsocialista desde 1933.

A lo largo de todo el interrogatorio, Hühnel, miembro del Partido Nacionalsocialista desde 1933, intentó convencer al interrogador de que se había convertido en un hombre nuevo desde que cayó prisionero. Afirmaba que había roto con el partido de Hitler. Explicaba que quería estudiar nuestro Estado y nuestros sistemas ideológicos, que deseaba regresar a Alemania como tal hombre nuevo, o incluso quedarse en Rusia

para fomentar las nuevas ideas, para guiar a la gente hacia la ideología comunista. Afirmaba que anteriormente estaba muy alejado de la política. Cayó bajo el influjo de la psicosis de masas del Partido Nacionalsocialista, lo que, unido a la presión de la familia de su esposa, le llevó a afiliarse. Ahora, después de haber sido miembro del partido y de ver la verdadera naturaleza del nacionalsocialismo en Alemania, Hühnel llegaba a la conclusión de que el fascismo de Hitler era una ideología de conquista y de esclavización.

Lo que los alemanes habían dicho sobre el comunismo y sobre Rusia resultó ser completamente erróneo. Al ver cómo era Rusia realmente durante la guerra [varias palabras ilegibles] situación.

Cuando se vieron rodeados por primera vez, los hombres tenían la esperanza de poder salir rápidamente del cerco. Esperaban ayuda, pero incluso entonces algunos soldados eran conscientes de que la situación era grave. Pensaban que iban a tener que pasar el invierno dentro del cerco para salir de él más tarde, en marzo o abril. La moral de los hombres iba menguando de un día para otro. Se convirtieron en autómatas que cumplían sus tareas desanimados y completamente aturdidos.

Muy pocos consideraban siquiera la posibilidad de huir porque tenían la seguridad de que caer prisioneros equivalía a ser fusilados. Los hombres leían los panfletos rusos, pero muy pocos creían lo que decían.

Hühnel hablaba de un soldado alemán que volvió del cautiverio ruso. Dijo que a eso de las ocho de la tarde del 8 de enero, apareció un tal Holzapfel en el búnker de la compañía. Dijo que había estado veinticuatro horas prisionero de los rusos. Le habían dado de comer, le habían dado mucho pan, le habían ofrecido tabaco. Holzapfel decía que solo había visto buen trato para con los prisioneros alemanes, que había visto lo bien vestidos que iban los soldados rusos, lo bien armados que estaban. Entre los presentes estaba el comandante, el sargento Polte. No le dejó seguir hablando, y afirmó que no era más que propaganda, que le habían dado de comer a propósito, que así no era realmente como trataban a los

prisioneros. Polte llevó a Holzapfel ante el comandante del batallón, el capitán Bitermen. Nadie volvió a ver a Holzapfel después de aquello. Quién sabe lo que fue de él.

Tres días antes del incidente de Holzapfel entre los soldados se comentaba que alguien había vuelto después de haber estado prisionero de los rusos, y que decía que a sus prisioneros los trataban bien.

Tras la desaparición de Holzapfel, la gente decía que debía de haber algo de verdad en su historia. El prisionero afirmó: «Le dije a los hombres que se tranquilizaran. Vamos a ver qué ocurre. Es posible que nos rindamos. No tengáis miedo, simplemente haced lo que os dicen». El 10 de enero, cuando empezaron a atacar las unidades del Ejército Rojo, al parecer Hühnel ordenó a todo el mundo que se vistiera y saliera: «Disponía de siete hombres y dos ametralladoras. Se suponía que teníamos que defendernos –y podríamos haberlo hecho– pero cuando llegaron los rusos ordené a mis hombres que levantaran las manos. Seis de los siete lo hicieron, y el último fue corriendo al teléfono para contarle al comandante de la compañía lo que estaba ocurriendo. Lo mataron los rusos que venían hacia nosotros, y el resto nos rendimos».

Todos los hombres están dispuestos a rendirse, pero tienen que darles la orden. Muy pocos se rinden sin una orden de sus superiores. Están tan desanimados y tan débiles que han perdido la capacidad de pensar por sí mismos. Otra razón por la que los soldados alemanes no se rinden es que lo consideran un acto de cobardía y una traición a sus camaradas. Pero si se les ordena que se rindan, el que dio la orden asume la responsabilidad.

Hubo que reforzar la vigilancia debido al reciente declive de la moral. Se hacía todo lo posible por tranquilizar a los hombres. Los oficiales no paraban de repetir: «solo hay que esperar, todo va a mejorar pronto». A principios de enero, los periódicos alemanes publicaban el discurso de Göring donde decía que todos los que estaban dentro del cerco de Stalingrado iban a recibir un permiso y algún tipo de paquete de parte del

Führer. Decía que había víveres en camino desde Ucrania, y que los soldados no tenían que preocuparse por nada.

Los hombres leyeron ese discurso, y muchos de ellos se rieron con amargura. Todos ellos se habían pasado el verano luchando en unidades que habían sufrido cuantiosas bajas. Las promesas de relevo se sucedían, pero nunca ocurría nada. Anteriormente ya les habían prometido ayuda a las unidades del interior del cerco, pero no había llegado ninguna. Eso hacía que el discurso resultara imposible de creer.

Recientemente, los hombres habían empezado a advertir que quienes manifestaban descontento o una «actitud perjudicial» eran objeto de vigilancia. Los nazis se ofrecían voluntarios para vigilar a los demás soldados porque querían ganarse el favor de los superiores mediante el espionaje. A nadie le ordenaron espiar a los demás soldados, pero los nazis consideraban que era su deber.

A menudo los soldados se decían unos a otros que los oficiales vivían para sí mismos, que estaban más interesados en las medallas que en los asuntos de su compañía o en la suerte que pudieran correr sus hombres.

Comandante Koltinin, jefe de la 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Comandante Lerenman, instructor, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra sargento Karl-Heinz Pütz, 64.º Regimiento, capturado el 10 de enero por unidades de la 343.ª División de Fusileros.

11 de enero de 1943

Entrevistado por el capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Nacido el 15 de mayo de 1924, en Colonia. Domicilio particular: *Colonia, Nippes, Escherstrasse 21*. Padre: electricista. Terminó la escuela primaria y secundaria. Alemán. Católico.

Ingresó en el ejército en septiembre de 1941 y fue destinado a un batallón motociclista de reserva estacionado en Iserlohn. Trabajó como armero de armas cortas del batallón. Llegó al frente ruso en septiembre de 1942 en el 64.º Regimiento de la 16.ª División Pánzer.

Cuando los rusos estaban rodeados, el prisionero estaba en un destacamento independiente formado en su mayoría por unidades de la 16.ª División Pánzer. El destacamento incluía dos batallones de soldados procedentes del 64.º y el 79.º Regimientos y del 16.ª Batallón Motociclista, y también de un batallón del 544.º Regimiento de la 389.ª División.

El primer batallón, que es donde estaba Pütz, tenía entre 45 y cincuenta hombres. En el segundo batallón había aproximadamente el mismo número de soldados. El batallón de infantería tenía entre 150 y doscientos hombres. El capitán Dornemann estaba al mando del destacamento. El primer batallón tan sólo tenía un oficial, el teniente Schlippa, que había llegado directamente en avión desde Alemania el 1 de enero. Según el prisionero, los aviones de carga siguen trayendo munición, comida, combustible y también oficiales de relevo.

El destacamento ocupó el área comprendida entre la colina 137.8 hasta la ladera meridional de la colina 139.7.

Víveres: actualmente los soldados están recibiendo doscientos gramos de pan al día –cuatrocientos gramos cada dos días– cuarenta gramos de carne en conserva, y sopa fría sin el mínimo rastro de grasa (ya se han consumido todos los caballos). También se reparten diariamente comprimidos de vitaminas. Durante el tiempo que pasó dentro del cerco, el prisionero recibió en una ocasión ochenta gramos de mantequilla. En Navidades se repartieron trescientos gramos de chocolate, y otros cien gramos por Año Nuevo. «Los hombres están muertos de hambre», dijo el

prisionero. «Lo que nos han dado hoy para siete hombres es aproximadamente igual que los víveres diarios de todo un batallón.»

Además, la situación de la calefacción es muy mala. Traen leña una vez a la semana, pero tan solo llega para un día, para encender una estufa dos o tres veces.

Los soldados utilizan para calentarse la madera de los búnkeres desocupados. Pero de eso no hay mucho. Mucha gente sufre daños por congelación. Por ejemplo, el 25 de diciembre entre veinticinco y treinta soldados del batallón sufrieron congelación. Ahora están todos en el convoy de equipaje, ya que el hospital está lleno.

La moral está por los suelos. La mayoría de los hombres opina que la situación es desesperada, aunque los oficiales siempre intentan tranquilizarles, diciéndoles que la ayuda está en camino, que las principales fuerzas del ejército alemán están a menos de cuarenta kilómetros del cerco.

Los soldados tienen miedo de caer prisioneros de los rusos porque los oficiales les han convencido de que los fusilarían. Pütz se enteró de la verdad del asunto a través del soldado Holzapfel, que fue a visitarle a su búnker el 9 de enero por la noche. En aquel momento Pütz estaba de guardia y vio a Holzapfel cruzando desde el lado ruso. Holzapfel entró en el búnker muy excitado, y empezó a hablarles de inmediato de las buenas condiciones del cautiverio ruso, y después sacó un poco de pan de su bolsillo y lo compartió con los presentes. En el búnker había siete hombres, junto con un sargento del batallón de infantería al que pertenecía Holzapfel.

El sargento le pidió a Holzapfel que fuera con él al convoy de equipaje. Al día siguiente, por la noche, otro soldado le dijo: «A ese pelirrojo, Holz, lo van a fusilar por traición a su país». Los soldados se solidarizaron con Holzapfel y tan solo le reprochaban no haber tenido suficiente cuidado.

Respecto a las circunstancias de su propia captura, Pütz dijo lo siguiente: «El 10 de enero, cuando las tropas atacantes rusas estaban llegando ante nuestro búnker, el sargento nos dijo que la resistencia era inútil y que teníamos que rendirnos. Cuando levantamos las manos, empezaron a dispararnos desde los demás búnkeres. A mí me alcanzaron, y mataron a mi camarada, el soldado de 1.ª clase Hilbeck».

Capitán Zayonchkovski

[Firma]

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra comandante Herrmann Lüben, subjefe de Estado Mayor y jefe de logística, 389.ª División Pánzer

Dubovka, 5 de febrero de 1943

Interrogado por el comandante Lerenman, instructor, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Comandante Herrmann Lüben. Nacido en 1908. En el ejército desde 1939. Licenciado de la academia de Estado Mayor en 1940. Domicilio particular: *Deutsch-Eylau, Hindenburgstrasse 32*.

El prisionero trabajó para el Ministerio de la Guerra alemán, después de lo cual, según él, participó en el diseño y construcción de fortificaciones militares en los Países Bajos (tras la ocupación alemana). Estuvo en Francia. Participó en las campañas contra Polonia, Bélgica y los Países Bajos, y estuvo involucrado en la disolución del Ejército francés. Mientras trabajaba en el Estado Mayor, Lüben participó en, e incluso dirigió, la formación de nuevas unidades militares.

Como parte de sus obligaciones, el comandante Lüben fue rotando a través de una diversa serie de círculos de oficiales del Ejército alemán.

Durante su interrogatorio el prisionero dijo que, debido a los golpes que el Ejército Rojo había asestado a la maquinaria de guerra alemana, los

altos gerifaltes estaban intentando aún con mayor tesón que su cuerpo de oficiales se alineara con el Partido Nacionalsocialista. Con esa idea, estaban divulgando la teoría de que las responsables de las victorias del Ejército alemán eran las políticas del Partido Nacionalsocialista. Y por esa misma razón, los jefes militares más veteranos, que simpatizaban con la oposición política, estaban siendo relevados por otros generales que eran claros partidarios de Hitler.

El prisionero dijo que recientemente, a la luz del fracaso de los planes estratégicos del Ejército alemán en Rusia, en estos momentos existe una necesidad apremiante de fusionar el cuerpo de oficiales con la dirección del Partido Nacionalsocialista. [...]

Desde el momento en que Hitler y su Gobierno asumieron el poder, tuvieron el apoyo de la inmensa mayoría del cuerpo de oficiales. Durante un tiempo, los éxitos militares del ejército alemán en Europa reforzaron la autoridad de Hitler. Pero la guerra con Rusia –el hundimiento de sus insensatos planes de atacar Moscú, de abrirse paso hasta Rostov y Stalingrado– ha socavado sensiblemente el prestigio de Hitler. [...]

Entre los oficiales ha estado circulando una idea: que para Alemania hay estaciones favorables y desfavorables; es decir, muchos creen que Alemania puede vencer y vencerá en una campaña de verano pero que el invierno favorece al Ejército Rojo.

El prisionero confirmó que el cuerpo de oficiales sostenía esa visión de los planes estratégicos del alto mando, pero que no llegaban al extremo de manifestar abiertamente su desacuerdo. Muchos de los generales, incluido el general Brauchitsch,[12] se opusieron al plan de avanzar sobre Rostov y Stalingrado, pero únicamente expresaron su desacuerdo por el procedimiento de sugerir planes alternativos. Todos los debates sobre el asunto cesaron cuando recibieron sus órdenes. Pero entre el resto de oficiales, las críticas a los riesgos que implicaba tomar Stalingrado se oían con más fuerza. A la hora de describir la situación en los frentes y su propio punto de vista sobre la guerra, el prisionero afirmó: «La derrota en

Stalingrado, y los avances del Ejército Rojo hacia el oeste y el suroeste han supuesto un duro golpe para el Ejército alemán, pero eso no es suficiente como para que empecemos a hablar de un verdadero punto de inflexión en el frente, o del principio de una derrota de Alemania. Si el Ejército Rojo logra reconquistar Rostov y Járkov, sería un sólido indicio de un punto de inflexión. Entonces podría empezar a decirse que las suertes de la guerra han empezado a cambiar en contra del ejército alemán». El prisionero concluía diciendo: «Pero resulta difícil creer que el Ejército Rojo sea capaz de reconquistar esas ciudades».

Durante su interrogatorio, el comandante Lüben dijo que era un error pensar que Alemania ha agotado su personal o que ha llegado a su límite. Gracias a la política de utilizar obreros extranjeros y prisioneros de guerra en sus industrias, Alemania puede movilizar a diez o incluso hasta a doce millones de hombres, contando tanto los hombres en edad militar como los que hasta ahora han estado exentos del servicio en filas. Además, el ejército alemán todavía puede recuperar un gran número de soldados de sus hospitales.

A pesar de todo, el prisionero afirmó que entre los obreros extranjeros y los prisioneros de guerra que son obligados a trabajar, la productividad es baja. Y además está el problema de la pureza de sangre. Hay leyes especiales que prohíben que esos grupos se relacionen con el resto de la población, pero el mantenimiento de la pureza de sangre sigue siendo precario, y eso se ha convertido en un problema. El siguiente factor que le daba al prisionero esperanzas de un desenlace favorable de la guerra era su fe en la disciplina inquebrantable del ejército alemán. A pesar de los evidentes errores de cálculo en materia de táctica y estrategia, el nivel de disciplina en el ejército alemán –a juicio del prisionero– les brinda la posibilidad de operaciones ofensivas posteriores cuando llegue el momento oportuno.

La principal razón de todas sus desventuras, opina, es la debilidad de sus ejércitos aliados. La tragedia del ejército italiano es que sus oficiales

de baja graduación no han sido debidamente formados ni asignados a los puestos adecuados. El sistema educativo del ejército italiano no fomenta, sino que más bien desalienta, la formación de oficiales de baja graduación capaces de desempeñar un papel decisivo en el campo de batalla. Los rumanos son buenos soldados, con ellos se pueden hacer cosas. Pero antes de la guerra, sus oficiales se pasaban la vida en los cafés, ocupándose de sus propios asuntos. No estaban instruyendo a sus hombres, y por esa razón el ejército rumano tiene graves defectos. «Sí, es una pena que tengamos que trabajar con semejantes aliados», concluía Lüben. Para explicar el aumento del número de alemanes que se estaban rindiendo alegaba que han sido abandonados por sus aliados, y negaba cualquier tipo de falta de disciplina en el ejército alemán. [...]

En lo relativo a las relaciones con las poblaciones de los países ocupados por Alemania, el prisionero dijo lo siguiente: «En Francia ha habido numerosas ocasiones en que la gente ha disparado contra los soldados alemanes por las calles, pero no esperamos ningún tipo de levantamiento en Francia. Los franceses siempre han sido un pueblo frívolo, y ahora no han aprendido nada de su derrota. Lo único que hacen es cantar y bailar igual que antes».

Como respuesta a la sugerencia de que acaso el prisionero tan solo haya visto la vida en Francia desde el ventanal de un café o de un restaurante alemán, él dijo que estaba manifestando sus propias impresiones, y que no conocía los sentimientos de las masas en general. También se había topado con expresiones de animadversión hacia los alemanes en Bélgica y en los Países Bajos. Dijo que era cosa sobre todo de la gente del comercio y la industria, cuyas empresas se vieron perjudicadas cuando Alemania se apoderó de las colonias belgas y holandesas.

Los soldados y oficiales alemanes tenían un mal concepto del cautiverio ruso no solo porque la rendición se considera cobardía y traición, sino también porque se sabe muy poco sobre cómo se trata

realmente a los prisioneros en Rusia. Si se permitiera que los prisioneros de guerra escribieran a casa, la gente pensaría mejor de los rusos, incluso en el ejército. Y ello disiparía todos los rumores que circulan sobre caer prisionero en Rusia.

Comandante Koltinin , jefe de la 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Comandante Lerenman, instructor, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra teniente primero Otto Conrady, jefe de inteligencia, 389.ª División de Infantería

Dubovka, 7 de febrero de 1943

Interrogado por el capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Teniente primero Otto Conrady. Nacido el 13 de marzo de 1904 en Berlín. Padre: agente de policía. Alemán. Católico. Licenciado por la Facultad de Derecho de la Universidad de Berlín en 1926. Casado, cuatro hijos. Ha trabajado recientemente como fiscal jefe en Hamm (Westfalia). Domicilio particular: *Hamm Westfalen, Ostenallee 93.*

Fue reclutado en el ejército el 26 de agosto de 1939. Estuvo en la reserva desde el 12 de diciembre de 1939 hasta noviembre de 1940, cuando pasó a la situación activa. Desde julio de 1940 ha estado trabajando como jefe de inteligencia para la 389.ª División de Infantería.

La unidad de inteligencia en el cuartel general de una división está formado por el jefe, O-3 (un ayudante), dos traductores, un redactor y dos administrativos (los tres últimos son soldados rasos), así como un sargento mayor.

Preguntado por la situación de su división durante los días finales del cerco, el teniente Conrady dijo lo siguiente: «Desde mediados de enero sabíamos que nuestra situación era desesperada, pero mantuvimos nuestra defensa porque nuestra misión era mantener estos ejércitos rusos en Stalingrado para que no pudieran participar en otras ofensivas. Se trataba de un sacrificio difícil, pero teníamos que hacerlo por nuestro país. Últimamente se nos habían agotado totalmente los proyectiles de artillería y de mortero. Teníamos suficiente munición de fusil y de ametralladora. La situación de los víveres era espantosa: cien gramos de pan al día, aproximadamente cien gramos de carne en conserva, algo de sopa.

»Cuando el mariscal de campo Paulus se rindió el 31 de enero no tenía absolutamente ningún sentido que siguiéramos resistiendo. No hubo ninguna orden de rendición en nuestra división. Todo ocurrió por sí solo (en cierta medida). Diez días antes de la rendición nuestro cuartel general se repartió entre tres ubicaciones. La unidad de inteligencia estaba al sur de la fábrica de tractores, cerca del puesto médico principal de la 305.ª División de Infantería. A eso de las siete de la mañana (hora de Berlín) tres carros de combate rusos se aproximaron al edificio en el que estábamos, y nos rendimos. No sé cuál era la situación en otras divisiones. Después de rendirnos, nos llevaron a Orlovka, y durante el trayecto los soldados rusos nos robaron todo lo que teníamos. Para ser justo, he de decir que los oficiales rusos lo habían prohibido, pero no podían estar al tanto de todo el mundo. ¿Qué puedo decir? *À la guerre comme à la guerre*. La guerra es la guerra».

Pasando a su evaluación de la operación de Stalingrado, Conrady dijo que, incluso al principio, muchos oficiales pensaban que era bastante arriesgada. Los flancos del grupo que iba a avanzar sobre Stalingrado eran vulnerables. Eso no estaba mal al principio de la operación, porque se esperaba que las fuerzas alemanas iban a tomar Stalingrado muy deprisa para después avanzar hacia el norte contra la línea Ilovlin –[ilegible]–Volga, creando así un único frente desde el Volga hasta el Don y más al

oeste. La obstinada defensa de Stalingrado por los rusos creó otra situación que acabó llevando a la ruina a las fuerzas alemanas [...].

A la hora de describir los puntos fuertes de nuestro Ejército ruso, el teniente Conrady elogió mucho a nuestros generales, en especial al mariscal de la Unión Soviética Zhukov, que dirigió las operaciones en el sur.

«Ustedes aprendieron muchas cosas durante la guerra, y han resultado ser unos excelentes alumnos.» Más tarde, cuando describía la fuerza de la resistencia del Ejército Rojo, dijo: «Las unidades del Ejército Rojo han presentado una resistencia obstinada, pero el adversario más valiente que encontramos fue en agosto, cuando combatíamos a orillas del Don, en Dobrinskaya. Fue la Escuela de Oficiales de Krasnodar (Academia Militar de Krasnodar –capitán Zayonchkovski). Lucharon como leones. Cuando habíamos apresado aproximadamente a un centenar de ellos, el comandante de nuestra división, el general Janeke,[13] los puso en fila y dijo que muy pocas veces había visto unos soldados tan valientes». En sus descripciones de las fuerzas individuales, el teniente Conrady dijo que la artillería y los morteros rusos eran muy buenos, pero que nuestra fuerza aérea era más débil que la suya: «La fuerza aérea de ustedes nos hizo muy poco daño, y ni siquiera últimamente nos ha causado grandes daños».

A la pregunta de en qué medida la unidad de inteligencia y las divisiones estaban informadas de las fuerzas a las que se enfrentaban, Conrady dijo: «Siempre estuvimos en una posición bastante incómoda: conseguíamos nuestra información básica de los prisioneros y los desertores. Desde junio de 1942 hemos tenido aproximadamente 30.000, de los que el 95 % testificaba que existía un fuerte sentimiento antisoviético en el ejército: los soldados luchaban únicamente por miedo, había una hambruna, y los soldados del ejército se pasaban cuatro o cinco días sin comer. Eso nos dio la impresión de que su ejército estaba a punto de desmoronarse. Por otra parte, veíamos la obstinada resistencia de las fuerzas del Ejército Rojo. ¿Cómo se explicaba? Todavía no soy capaz de

entenderlo. A veces me veía en la incómoda situación de tener que presentarle a mi general transcripciones de los interrogatorios a los prisioneros. En varias ocasiones me dijo: "Pero ¿qué clase de estupideces me trae usted? ¿Acaso no ve que estas unidades del Ejército Rojo están ofreciendo una resistencia feroz?"».

Pasando a la cuestión de la propaganda entre las fuerzas enemigas, el teniente Conrady dijo que la había asumido un Departamento Especial de la unidad de inteligencia del ejército. Ese departamento de propaganda imprimía y repartía panfletos, y también utilizaba dos o tres radios móviles instaladas en vehículos. El personal de ese departamento estaba formado por los oficiales, unos cuantos traductores, unos pocos sargentos y otros suboficiales. Cuando se le preguntó por la eficacia de nuestra propia propaganda, el teniente Conrady dijo: «Su propaganda no es muy eficaz porque influye únicamente en las unidades anímicamente inestables, e incluso durante el cerco nuestros hombres estaban enteramente bajo el control de sus comandantes, hasta los últimos días. Tuvimos algunos que desertaron y se pasaron al bando de ustedes, pero solo fueron casos aislados. Creo que lo que más influía eran sus panfletos, y en cuanto a sus emisiones de radio, yo me imagino que no fueron muy eficaces. Por lo que yo sé, nadie las escuchaba.

»Sabíamos que recientemente ustedes habían estado devolviéndonos muchos prisioneros. Por supuesto, ese es el método más eficaz. Después de interrogarles, habitualmente a los prisioneros que ustedes nos devolvían los enviábamos a otras unidades de otros sectores del frente».

Para concluir, al teniente Conrady se le preguntó por las actividades de las compañías de propaganda. Las compañías de propaganda, dijo Conrady, están agregadas a cada ejército. Cuentan con entre cien y 120 hombres. Hacen lo siguiente: publican el periódico militar, para el que hay un equipo editorial especial y una imprenta; fotografían escenas de combate para enviar a la retaguardia, y también ruedan cine para enviarlo a la retaguardia (tendrán no menos de quince fotógrafos). También

realizan grabaciones de audio de los soldados y los oficiales contando anécdotas de episodios individuales, así como grabaciones de voz de gente hablando sobre distintos eventos de la vida en el frente (con no menos de diez personas hablando). Las compañías de propaganda casi nunca trabajan con unidades activas en el frente. Únicamente cuando una unidad se retira para recuperar fuerzas las compañías de propaganda le proyectan películas, le ofrecen distintos tipos de conferencias, y también organizan actuaciones de compañías de cabaret que traen desde Alemania.

Comandante Koltinin, jefe de la 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

INFORME

sobre el interrogatorio político del prisionero de guerra Bredahl, Waldemar, intérprete, 389.ª División de Infantería

Dubovka, 6 de febrero de 1943

Interrogado por el capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Bredahl, Waldemar. Nacido en 1904 en San Petersburgo.

Luterano. Soltero. Su padre fue un ingeniero que tenía una fábrica de laminado de piedra en San Petersburgo. Estudió en el Instituto de Bachillerato de San Petersburgo. En 1918 se mudó a Estonia con sus progenitores, donde vivió hasta 1940. En 1940 se instaló en Alemania (Posen). Profesión: representante comercial, trabajó para la empresa *Untech* [?] de Posen. Reclutado el 2 de octubre de 1942. Llegó al frente el 4 de noviembre de 1942, como intérprete para el punto de recogida de prisioneros del 389.º Regimiento de Infantería.

Preguntado por la actitud de las tropas alemanas durante los últimos días del cerco, Bredahl dijo: «El 22 de enero nos replegamos a

Stalingrado, y la mayoría de oficiales se daban cuenta de que resultaba inútil seguir resistiendo, y que tan solo conllevaría una pérdida de vidas humanas carente de sentido. Los oficiales lo comentaban abiertamente entre ellos, e incluso les sorprendía que sus comandantes no hubieran empezado a negociar una rendición. Hacia el final, eso era de lo único que hablaban. En cuanto a los soldados, no conocían la situación real, de modo que seguían esperando que nos llegara ayuda. La principal razón de que nos rindiéramos fue que habíamos agotado todos nuestros recursos, y también que nuestra situación era desesperada porque no podíamos contar con recibir ayuda de ninguna parte. El 1 de febrero, el capitán Stegner, comandante del cuartel general, me llamó y me ordenó a mí, el intérprete, que saliera con una bandera blanca para anunciar que este edificio era un hospital de campaña y que no iba a ofrecer resistencia. El 2 de febrero, en torno a las ocho de la mañana, oí a alguien que gritaba: "Traductor, sal, hay tres carros de combate rusos delante de la puerta". La tripulación de los carros de combate rusos empezó de inmediato a quitarnos las armas y los relojes».

«En cuanto a la disciplina», afirmaba Bredahl, «no me consta que se quebrantara muchas veces, aunque efectivamente fue en declive durante los últimos días previos a la rendición. Por ejemplo, vi cómo algunos soldados a los que habían enviado a la línea del frente aparecían una hora más tarde en el puesto de mando. Y tampoco obedecían las órdenes posteriores de volver a las trincheras.»

Cuando se le preguntó por el Ejército Rojo, Bredahl dijo: «La artillería de ustedes es muy eficaz, y sus morteros también son buenos. En cuanto a la fuerza aérea, no es tan fuerte como la nuestra. En primer lugar, sus aviones le tienen miedo a nuestros cazas, porque a menudo los derriban, y, en segundo lugar, raramente dan en el blanco, aunque últimamente han podido sentirse más cómodos, dado que nuestra artillería antiaérea ha estado inactiva. Respecto a los comandantes del Ejército Rojo, la opinión que circula entre nuestros oficiales es la siguiente: los rusos han aprendido

a combatir de nosotros, los alemanes, y ahora saben combatir bastante bien».

Al hablar de las condiciones de los prisioneros de guerra rusos, Bredahl testificó que el 13 de enero el mando de su división emitió una orden que exigía el fusilamiento de dos prisioneros por cada uno que se escapara. Esa orden llegó como respuesta al rápido aumento de evadidos en enero. Según Bredahl, la orden no se cumplió. «Sus prisioneros de guerra estaban en unas condiciones muy duras. Últimamente no recibían nada de pan, pero antes del cerco recibían raciones de 370 gramos de pan y sopa de caballo.»

Comandante Lerenman, instructor, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

Capitán Zayonchkovski, instructor jefe, 7.ª Sección, Departamento Político, 66.º Ejército

[Firma de Zayonchkovski]

UN DIARIO ALEMÁN DESDE EL *KESSEL*

Entre los documentos recopilados por la Comisión Histórica en Stalingrado había dos extractos del diario de un soldado de 1.ª clase alemán. Los soldados soviéticos encontraron el diario en diciembre de 1942 o enero de 1943, probablemente entre las pertenencias de su dueño fallecido. El diario fue entregado a la unidad de inteligencia militar del 62.º Ejército, y se tradujeron al ruso numerosos extractos. Las secciones que se han conservado de aquellas traducciones arrancan el 22 de noviembre, cuando el regimiento del soldado, estacionado en Kalach del Don, fue atacado por las cabezas de lanza de la Operación Urano desde el norte y el sureste. La convergencia de esas cabezas de lanza en Kalach culminó el *Kessel* [caldero] de Stalingrado. El diario documenta la confusión resultante, los intentos fallidos de los alemanes para abrirse una salida del cerco, su retirada en dirección este hacia Stalingrado, y cómo

los hombres combatían mientras subsistían con unas raciones casi de hambre. Los extractos concluyen el 18 de diciembre. Para entonces, el autor del diario ya intuía que la muerte estaba cerca y escribía nostálgicamente sobre su hogar y su familia. Las últimas anotaciones son un conmovedor testimonio de las profundidades de la angustia humana.

La desesperación que experimentaron los soldados de la Wehrmacht en el *Kessel* es bien conocida en Alemania desde la publicación de la antología *Las últimas cartas de Stalingrado (Letzte Briefe aus Stalingrad)* en 1951.[14] Menos conocida es la forma en que los soviéticos reaccionaban ante aquellas voces de sus enemigos en apuros. A continuación de los extractos de los diarios comentaré cómo fueron interpretados y utilizados por los propagandistas del Ejército Rojo.

TRADUCCIÓN

Procedente de documentos aprehendidos recibidos por la 7.ª Sección, Departamento Político, 62.º Ejército, 1 de enero de 1943

Diario de un soldado de 1.ª clase de la 10.ª Compañía, 578.º Regimiento, 305.ª División de Infantería

22 de noviembre – Salimos de Kalach por la noche.

23 de noviembre – Aviones rusos, constantes incursiones aéreas.

24 de noviembre – Nos levantamos a las 3.45 de la madrugada e iniciamos la difícil marcha por terreno arenoso, hasta el Don. Tiroteos constantes. En la escarpada orilla del Don había rusos. Se les veía perfectamente. Yo no paraba de oír explosiones de proyectiles de artillería. Por la noche abandonamos aquellas posiciones. Pasé la noche sobre el suelo helado.

25 de noviembre – Perdimos una unidad. Bombas, pilotos, artillería.

27 de noviembre – Retirada apresurada por la arena. Estamos rodeados. Hace muchísimo frío. Estoy tieso de frío. Nos están bombardeando con su artillería.

28 de noviembre – Es de noche, estamos cargados, listos para partir. Yo y ocho de los míos. Nadie sabe dónde vamos.

29 de noviembre – Esperamos un tiempo en la carretera, no sé qué haremos después. Tengo un hambre terrible. Últimamente ha habido problemas con la comida. ¿Qué va a pasar? Otras unidades cercanas están cocinando, y aquí no nos dan ni una cucharada de sopa. No paramos de avanzar. Hicimos una parada en un barranco. Empezamos a buscar a nuestra compañía. En el pueblo de al lado había un caos total: rumanos, rusos, alemanes. Después de una larga búsqueda, encontramos nuestra compañía.

30 de noviembre – A primera hora de la mañana llegamos a nuestro pelotón. Nos atrincheramos en el suelo helado. Combates brutales día y noche. Los carros de combate rusos abrieron brecha por la tarde, y tuvimos que defendernos de ellos. Ataque aéreo, fuego de mortero. No he comido en 36 horas. Ahora me han dado 1/8 de hogaza de pan, 1/16 de carne en lata, unas cucharadas de sopa de guisantes y un trago de café.

1 de diciembre – Pasamos la noche en una trinchera: la misma ración. Morteros explotando constantemente. Un frío espantoso. Estuvimos en las líneas del frente, después regresamos. En el pueblo más cercano dormimos en un establo. En medio de la mugre y el estiércol. Todo está empapado, hace un frío terrible.

2 de diciembre – Bombardeo de artillería por la mañana. Algunos muertos y heridos. Yo casi no lo cuento. Y me robaron todas mis cosas: lo único que me queda es lo que llevaba encima. Marchamos doce kilómetros, estamos muertos de cansancio y de hambre. Otro día entero sin comer. Me he quedado sin fuerzas.

3 de diciembre – Volvemos a marchar, y otra vez sin agua. No encontramos nada para beber. Me siento fatal. He estado comiendo nieve. Esta noche no hemos encontrado cobijo. Está nevando, estoy completamente empapado, con agua en las botas. Logramos encontrar un refugio subterráneo. Me alojo aquí con otros seis camaradas. Cocimos un

trozo de carne de caballo en agua de nieve. ¿Qué nos deparará el futuro? Estamos rodeados. ¡1/12 de hogaza!

4 de diciembre – Marcha agotadora, diecinueve kilómetros. Todo cubierto de hielo. Llegamos a Gumrak, pasamos la noche en unos vagones de tren.

5 de diciembre – Las cosas siguen empeorando. Mucha nieve, tengo congelados los dedos de los pies. Tengo mucha hambre. Esta noche, después de una larga marcha, entramos en Stalingrado. Nos dieron la bienvenida las explosiones de los proyectiles de artillería. Acabamos en un sótano. Éramos treinta. Absolutamente mugrientos, sin afeitar. Apenas podemos movernos. Hay muy poca comida. Tres o cuatro cigarrillos. Un grupo de hombres atroz, salvaje. ¡Soy muy desgraciado! Todo está perdido. La gente está combatiendo constantemente, todo el mundo tiene los nervios destrozados. No nos llega el correo, es terrible.

6 de diciembre – Igual que ayer. Estamos tirados en este sótano, casi no nos dejan salir por si nos ven los rusos. Ahora por lo menos nos dan 1/4 de hogaza al día, una lata de carne por cada ocho hombres, un poco de mantequilla.

7 de diciembre – Todo está igual que antes. Señor, por favor, ayúdame a volver a casa de una pieza. Mi pobre esposa, mis queridos padres. ¡Qué difícil debe de ser para ellos! Dios todopoderoso, haz que termine todo esto. Que tengamos paz de nuevo. Que podamos volver pronto a casa, volver a una vida humana.

9 de diciembre – Nuestras raciones de la cena eran un poco más grandes, pero solo nos dieron 1/12 de hogaza, 1/12 de lata. Ayer fue el cumpleaños de mi esposa. Estoy deprimido. La vida ha perdido todo significado. Las discusiones y las peleas no cesan. El hambre puede tener ese efecto.

10 de diciembre – No he comido nada desde ayer. Nada más que un poco de café solo. He perdido toda esperanza. Dios, ¿durará mucho todo esto? Los heridos están aquí con nosotros. No podemos enviarlos a ningún

sitio. Estamos rodeados. Stalingrado es el infierno. Cocemos la carne de los caballos muertos. Sin sal. Muchos de nosotros tenemos disentería. ¡La vida es tan terrible! ¿Qué he hecho yo para merecer semejante castigo? Treinta hombres estamos apretujados en este sótano, a las dos empieza a anochecer. La noche es larga. ¿Habrá un día?

11 de diciembre – Hoy nos han dado 1/7 de hogaza, un poco de manteca, y se supone que nos van a traer un poco de comida caliente. Pero esta noche me he caído por la debilidad.

12 de diciembre – Seguimos en Stalingrado. Nos han dado una nueva unidad. La situación de la comida sigue siendo muy mala. Ayer traje un poco de carne de caballo. Hoy, por desgracia, no hay nada. Sigo esperando poder seguir adelante. Las cosas deberían mejorar. Anoche hubo una buena tormenta: fuego de artillería, obuses. La tierra temblaba. Nuestro suboficial salió a combatir. Nosotros le seguiremos muy pronto. Aquí hay gente con disentería. Tengo mucha hambre. Si las cosas fueran tan solo un poco más fáciles. Si no hubiera enfermos ni heridos. Que Dios me ayude. Los cañones disparan constantemente. Se puede oír el silbido de los proyectiles antes de caer. Hoy he escrito una carta. Espero que mi familia la reciba pronto. Ahora mismo puedo ver a mi esposa claramente delante de mí.

13 de diciembre – Esta noche nos han dado harina de arroz y 1/16 de lata. Me lo comí encantado. Aparte de eso, nada nuevo. Me siento muy débil, muy mareado.

14 de diciembre – Sigo sintiéndome mareado. Imposible recibir ayuda. Aquí hay muchos heridos que no están siendo atendidos. Todo por culpa del cerco.

Me he fumado mi último cigarrillo. Todo se acabó. Las cosas por las que he pasado esta última semana – es demasiado. Sigo teniendo un hambre terrible. Este último año en Rusia no es nada comparado con lo que está ocurriendo ahora. Esta mañana comí 1/7 de hogaza, un trozo minúsculo de mantequilla. Llevan bombardeándonos con su artillería

desde anoche. ¡Qué existencia más dura! ¡Qué país más terrible! Pongo todas mis esperanzas en Dios. He perdido la fe en la humanidad.

15 de diciembre – Nos necesitan en el frente. Fuimos andando a trompicones y gateando a través de las trincheras y las ruinas de Stalingrado. Nos cruzamos con un soldado gravemente herido al que estaban evacuando. Llegamos al puesto de mando. Después bajamos al semisótano de una fábrica, y después la mayor parte de nuestra unidad fue a combatir. Solo nos quedamos trece. Yo era el de rango más alto. Había tierra y escombros por todas partes. No hay salida. Todo tiembla y cruje bajo el fuego de la artillería rusa.

16 de diciembre – Sigo aquí. Aquí es donde bajan a los heridos. En el sótano está oscuro tanto de día como de noche. Hemos hecho una hoguera directamente en el suelo. A las cuatro de la tarde llegó el reparto de comida: sopa, 1/8 de hogaza, un poco de mantequilla, un poco de carne en lata. Me lo comí todo enseguida y me acosté. Veinticuatro horas hasta la siguiente comida. El 15 de diciembre envié una carta por correo aéreo. Espero que llegue por Navidad. Mis pobres y queridos esposa y padres.

18 de diciembre – El día va pasando, igual que todos los demás. Comemos por la tarde. Nos traen comida cada veinticuatro horas, y después no hay nada. Tuve que meter a rastras a un hombre herido. Estuvimos mucho tiempo buscando hasta que encontramos al médico, que también estaba en el sótano de un edificio que había quedado totalmente destruido. Cuando volví a mi trinchera me encontré un hombre muerto. Era Rill, hablé con él hace tres días. Estoy sentado en esta trinchera con otro soldado. Es un austriaco de veinticuatro años, tiene disentería, el hedor es insoportable. Incesante bombardeo de artillería. Me duelen los oídos, y tengo mucho frío. El Volga está a cincuenta metros. Estamos justo al lado del enemigo. Ya no me importa nada. No veo forma de salir de este infierno. No se llevan a los heridos, nos limitamos a dejarlos en las aldeas, dentro del cerco. Lo único que puedo esperar es un milagro. Ninguna otra cosa puede ayudarnos. Nuestra artillería se ha callado del

todo, probablemente se han quedado sin munición. Estoy muerto de hambre, estoy helado, mis pies son como de hielo. Ninguno de los dos dice nada –¿hay algo de que hablar? Nos acercamos a las felices vacaciones de Navidad. Qué maravillosos recuerdos tengo de ellas, de la infancia [...].

Queridos padres, me despido de vosotros desde un lugar muy lejano. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí. Lo siento si os he causado algún problema. Nunca fue mi intención. Pobre mamá, ¿qué harás? Mi dulce hermana, para mí es muy duro pensar en los tiempos en que jugábamos juntos, desde el fondo de mi corazón te deseo felicidad en tu vida futura. No hay nadie a quien quiera más que a ti, mi dulce esposa, mi rubia Mitzi. Daría cualquier cosa por saber que vamos a volver a vernos. Si no ha de ser así, quiero darte las gracias por todas las horas felices que has aportado a mi vida.

No sé si estas líneas llegarán alguna vez a vuestras manos. Escribir me alivia de la soledad y el vacío. Que Dios os dé fuerza y consuelo si me ocurriera algo. Pero no quiero pensar en eso. La vida es tan bonita. ¡Ay, si solo pudiéramos vivir en paz! Todavía no me hago a la idea de la muerte, pero esa diabólica música de la batalla, que trae la muerte, no cesa de sonar y sonar.

Ya es de día, brilla el sol, pero los proyectiles de artillería explotan constantemente a mi alrededor. Estoy agotado. ¿Es posible sobrevivir a esto? Todo se mueve, como en un terremoto.

En manos de los soviéticos, el diario adquirió vida propia. La traducción al ruso corrió a cargo del comandante Alexander Sheliubski, director de inteligencia militar del 62.º Ejército. Era un cargo similar al de Zayonchkovski en el 66.º; al igual que su colega, Sheliubski era historiador de profesión y hablaba alemán con fluidez.[15] Durante la batalla de Stalingrado estuvo redactando informes con intervalos de varias semanas sobre el «estado político y moral» de las fuerzas alemanas que

combatían contra el 62.º Ejército. Los informes trataban sobre divisiones y comandantes específicos y, sobre la base de los documentos aprehendidos y las declaraciones de los prisioneros, presentaban un cuadro detallado del estado de ánimo en el 6.º Ejército. Sheliubski adjuntó su informe del 5 de enero de 1943 al diario del soldado de 1.ª clase alemán.[16]



Tumbas de soldados alemanes en Stalingrado, 1943. *Fotografía de Natalia Bode*.

Además, Sheliubski hablaba con los historiadores de Moscú y les ofrecía su evaluación del enemigo.[17] Casi todos los soldados que luchaban contra el 62.º Ejército procedían de «escuadrones de élite» y de «divisiones de cuadros» formados por «arios de sangre pura», no de sus divisiones rumanas o italianas, que conforme a la experiencia de los soviéticos no combatían igual de bien.[18] Hasta principios de octubre, los soldados alemanes mantuvieron la esperanza de «tomar Stalingrado al asalto». Estaban convencidos de que la gran ofensiva alemana iniciada por la 305.ª División de Infantería en el distrito industrial suponía un punto de inflexión: «¡Que retumbe el trueno de la victoria!».[19] «Así es como cabría describir el estado de ánimo en la división. Entró en combate hacia el 14 de octubre. En el plazo de dos o tres días, sus bajas fueron

enormes. Aquella división fue la encargada de atacar la fábrica Barricadas. Después de un espaldarazo a la moral tan grande, con argumentos como que aquí todo va bien, que Stalingrado ya es nuestra, cuando empezamos a machacarles simplemente no podían comprender lo que estaba ocurriendo. Intentamos hacer que lo comprendieran y lanzamos distintos panfletos.» Este pasaje muestra que Sheliubski intentaba sondear estratégicamente el estado de ánimo del enemigo y encontrar formas de influir en él.

Sheliubski explicaba que el fatalismo generalizado de muchas cartas de octubre de 1942 dio paso a la desesperación una vez que el 6.º Ejército se vio rodeado en noviembre. A su juicio, ese giro de los acontecimientos era una manifestación de la deficiente estabilidad «moral» de los alemanes. En particular, señalaba que la gran cantidad de robos y otras formas de agresión contra la población civil se habían «convertido en algo tan rutinario para los soldados y los oficiales alemanes que los prisioneros de guerra hablan sobre ello sin el mínimo reparo».[20] También le llamaba la atención la incapacidad de los alemanes para soportar el hambre:

> Aquí cabe señalar otro aspecto que desempeñó un importante papel en la moral del enemigo cercado: la comida. Los alemanes no saben pasar hambre. Nuestro soldado ruso, no solo durante la Guerra Patriótica, sino también durante la guerra civil y todas las demás guerras, sí sabía pasar hambre. Los alemanes no pueden: cuando combaten, están acostumbrados a atiborrarse como cerdos. Eso se puede demostrar por sus cartas. Resulta casi perturbador: de lo único que hablan es de la comida. He interrogado a docenas de prisioneros de guerra, y lo mismo han hecho mis subordinados. No hubo un solo caso en el que el prisionero no empezara hablando de la comida. Comer es su prioridad. Tienen todo el cerebro lleno de manduca. Hacia el final, la situación se les hizo muy dura. Las raciones llegaron a reducirse a tan solo cien gramos de pan.

Sheliubski y otros oficiales políticos del Ejército Rojo leían los mensajes alemanes con unas gafas de tinte soviético, proyectando en el enemigo sus ideas de lo que supone ser un soldado. A su juicio, la

voluntad de un soldado era firme y «sana» cuando estaba al servicio de un cometido superior: la «lucha contra el fascismo» y la «liberación de los pueblos esclavizados». Un ejército que no propugnara esos objetivos y se limitara simplemente a conquistar, saquear y destruir no podía generar más que tullidos morales. La incapacidad de Paulus y de los demás generales alemanes prisioneros a la hora de identificar los objetivos superiores del ejército –ellos afirmaban que, en calidad de miembros de las fuerzas armadas, no estaban a cargo de las cuestiones políticas– era interpretada por sus interrogadores rusos como una muestra de debilidad. La disciplina de la Wehrmacht suscitaba el respeto de los soviéticos, pero en lo referente a las convicciones políticas, consideraban superior al Ejército Rojo.

Desde el informe de Sheliubski, el diario del soldado de 1.ª clase alemán saltó a los medios soviéticos. El 25 de enero de 1943 se leyeron unos breves extractos en la radio soviética, y varios días más tarde se publicaron en el *Pravda*.[21] El periódico se atiene en su mayor parte a la traducción de Sheliubski, pero presenta el diario como una lucha para sobrevivir dentro de la Wehrmacht, y hace hincapié en las luchas internas entre los soldados y en sus nervios destrozados. En lugar del drama del soldado abandonado a su suerte aparece la podredumbre moral del Ejército alemán. *Pravda* llega al extremo de falsificar un pasaje. En el original de Sheliubski, el soldado de 1.ª clase escribe: «No veo una salida a este horrible infierno [...]. Tan solo puedo esperar un milagro de Dios». El periódico se inventa otro punto de vista: «No veo otra salida a este horrible infierno que caer prisionero».

A medida que se aproximaba el final de la batalla de Stalingrado, Sheliubski, Zayonchkovski y los demás oficiales de propaganda enemiga redoblaron sus esfuerzos para convencer a los soldados alemanes de que se rindieran. Intentaron disipar la convicción generalizada entre los alemanes de que el cautiverio en manos de los soviéticos equivalía a tortura y muerte. La encarnizada resistencia de los alemanes, alimentada

sobre todo por el temor a caer prisioneros, avivó las llamas del odio entre los soviéticos. Como documentan las transcripciones de Stalingrado, hubo docenas de casos en que los soldados alemanes fueron apaleados o tiroteados por los soldados del Ejército Rojo después de rendirse.

5

Guerra y paz

El 4 de febrero de 1943 comenzó un periodo de luto nacional de tres días en el Reich alemán. Cerraron todos los cines y los teatros, y por la radio se emitía música solemne. Como apuntaba Joseph Goebbels en su diario, las noticias de Stalingrado conmocionaron a los alemanes. «Tenemos que hacer todo lo posible para ayudar al *Volk* [pueblo] a superar esta hora sombría.»[1] Ese mismo día el *Pravda* informaba de la victoria soviética y de la desaparición de un ejército alemán que llegó a contar con 330.000 efectivos. El *Pravda* ensalzaba la «histórica lucha» por Stalingrado como una de las mayores batallas de la historia de la humanidad, tanto en términos del tamaño de los ejércitos como por la magnitud de la destrucción.[2] El *Estrella Roja*, el periódico del ejército, decía: «Lograr semejante victoria, sobre todo en las condiciones del combate moderno, tan solo es posible mediante las máximas habilidades militares y con tropas de primera clase. El Ejército Rojo ha logrado esa victoria».[3]

La pujante confianza en sí mismo del Ejército Rojo ya resultaba evidente a principios de enero de 1943, cuando un decreto del Gobierno reintroducía las charreteras, que habían sido denostadas desde los tiempos de la revolución como un símbolo del ejército imperial ruso. Un informe secreto de la NKVD desde el Frente del Don señalaba que algunos soldados se preguntaban por qué el ejército hizo aquella campaña contra las piezas metálicas doradas de las hombreras para después restablecerlas con gran pompa y boato; otros percibían la presión de los aliados occidentales de la Unión Soviética, y temían que el Ejército Rojo pudiera degenerar en una fuerza militar «capitalista burguesa». Pero eran muchos más los soldados que parecían agradecer la decisión, y a los que les resultaba totalmente lógico que el Ejército Rojo adoptara algunas de las costumbres de sus aliados, así como de la Wehrmacht, a cuyo reconocimiento aspiraban. El comisario Levikin de la 284.ª División de Fusileros, le explicaba a los representantes de la Comisión Histórica el

entusiasmo por la reforma: «No registramos ni un solo incidente negativo como los que tuvieron lugar en 1918 o 1919. La actitud ha cambiado completamente. Incluso antes de la llegada de las charreteras, los soldados de Caballería ya estaban cosiendo las trabillas para sujetarlas a sus uniformes. Algunos, en tono de broma, decían que sin charreteras se sentían como pollos desplumados».

Después de la batalla fueron ascendidos miles de soldados del Ejército Rojo –incluidos casi todos los oficiales entrevistados por los historiadores– y a muchos regimientos, divisiones, e incluso enteros ejércitos, se les concedió el estatus de Guardia. En junio de 1943 ya habían recibido medallas al valor en combate 9.602 soldados del 62.º Ejército (para entonces rebautizado como el 8.º Ejército de la Guardia). En las ceremonias de condecoración, la administración política pronunciaba importantes discursos, y los departamentos de cuadros llevaban un registro de todos los soldados que habían recibido una medalla.[4]

La oleada de elogios desató una controversia sobre quién merecía la máxima distinción por la victoria. Vasili Grossman dejó constancia del debate con su perspicacia habitual. En mayo de 1943, varios meses después de regresar de Stalingrado, Grossman se reunió con los comandantes del 62.º Ejército en las estepas de Kursk, donde habían sido destinados con estatus de reserva. He aquí una crónica de la reunión:

> Almuerzo en la terraza de la dacha de Chuikov. Una arboleda. Chuikov, Krilov, Vasiliev, dos coroneles –miembros del Consejo Militar. La reunión no es cordial: todos están furiosos. Insatisfacción, ambiciones frustradas, condecoraciones insuficientes, odio a todo aquel que haya sido distinguido con condecoraciones más generosas, odio a la prensa. Se alude a la película *Stalingrad*[5] con imprecaciones. Ni una palabra sobre los caídos, sobre un monumento, sobre mantener viva la memoria de los que no volvieron. Cada uno habla exclusivamente de sí mismo y de sus logros.
>
> A la mañana siguiente, en casa de Guriev. El mismo cuadro. Ni el menor asomo de modestia: «Yo hice, yo superé, yo, yo, yo». Se menciona a otros comandantes sin respeto; una especie de cotilleo afeminado: «Me han contado

> que Rodímtsev dijo esto o lo otro». [...] La idea general es la siguiente: «Las únicas hazañas son las nuestras, las hazañas del 62.º, y dentro del propio 62.º yo soy el único, los demás simplemente estaban allí». Vanidad de vanidades – todo es vanidad.[6]

Stalin intentó reiteradamente zanjar aquella disputa, que siguió bullendo lentamente hasta mucho después del final de la guerra. Tras el desfile de la victoria del 24 de junio de 1945, el dictador soviético ofreció un brindis muy señalado en el salón de ceremonias del Kremlin, «por la gente sencilla y corriente, los “pequeños pernos” que mantienen activo nuestro gran mecanismo estatal en todas las ramas de la ciencia, la economía y los asuntos militares. Son numerosos, su nombre es Legión, porque ellos son decenas de millones. Son gente modesta. Nadie escribe sobre ellos, no tienen rango, ni títulos, pero son las personas que nos sustentan, de la misma forma que la base sustenta la parte alta. Brindo a la salud de esa gente, de nuestros estimados camaradas».[7] El gesto de Stalin fue un intento calculado de deshinchar los egos de los mariscales, generales y oficiales asistentes al acto. Además de vigilar estrechamente la concesión de distinciones, Stalin tuvo cuidado de conservar su lugar en lo más alto de la jerarquía de la gloria. El 27 de junio, Stalin recibió el rango de generalísimo de la Unión Soviética, un cargo creado especialmente para él. Durante el desfile de la victoria ya mencionado, el segundo de Stalin, el mariscal Zhukov, montaba un imponente caballo blanco mientras pasaba revista a las tropas. Según algunos observadores, a juicio de Stalin el caballo de Zhukov era demasiado blanco, y su porte era demasiado orgulloso. Muy pronto Zhukov fue acusado de «bonapartismo» y rebajado a jefe de la región militar de Odesa.[8]

A medida que iba pareciendo más segura una victoria soviética sobre Alemania, los cronistas de la guerra pasaron a primer plano. Ya estaban seguros de la forma que debía adoptar la historia: la de *Guerra y paz*, de Tolstói. Al igual que el Ejército Rojo se nutría de las tradiciones prerrevolucionarias, para entonces la cultura soviética había encontrado

un punto de apoyo en la novela del siglo XIX. El espíritu iconoclasta de la vanguardia soviética estaba pasado de moda. A partir de 1941 empezaron a imprimirse grandes tiradas del *opus magnum* de Tolstói, que inspiraron a miles de lectores acostumbrados a encontrar en la literatura las respuestas a las preguntas que plantea la existencia. Como observaba la crítica literaria Lidia Ginzburg, por doquier los ciudadanos soviéticos, incluso los leningradeses que padecían la hambruna por culpa del asedio, leían ávidamente *Guerra y paz*. Lo leían para compararse con los protagonistas de Tolstói, comentaba Ginzburg, «y no al revés –nadie dudaba de lo adecuado de la respuesta de Tolstói a la vida». Tolstói había dicho «la última palabra en lo que respecta al valor, a la gente que hace la parte que le corresponde en una guerra popular»; ese era el criterio con el que los lectores soviéticos se medían a sí mismos. Ginzburg afirmaba que quien tenía energías suficientes para leer «se decía a sí mismo: "muy bien, tengo los sentimientos adecuados ante esta cuestión. Por consiguiente, así han de ser las cosas"».[9] Cuando fue entrevistado por los historiadores, Chuikov admitió que él evaluaba su propia actuación basándose en los generales de Tolstói; el general Rodímtsev informaba de que había leído la novela tres veces.

El Comisariado del Pueblo de Educación imprimió folletos con instrucciones sobre cómo hacer accesible *Guerra y paz* –famosa por su extensión y por lo complicado de su trama– a los soldados. Un estudio de 1942 sobre los hábitos de lectura de los soldados del Ejército Rojo concluía que la novela de Tolstói era la más comentada en las fuerzas armadas.[10] Al final de la guerra, los paralelismos entre la Guerra de 1812 y la Gran Guerra Patriótica ya estaban claros para todos los lectores soviéticos: los invasores enemigos se habían adentrado hasta el corazón de Rusia, pero acabaron siendo violentamente aplastados por el pueblo ruso. La novela de Tolstói, que termina en 1815, presenta a Alejandro I como el «pacificador de Europa».[11] En 1945, los dirigentes militares soviéticos estaban convencidos de que habían liberado a Europa del azote

del fascismo. Ahora la pregunta era: ¿quién iba a ser el Tolstói soviético, quién iba a escribir la *Guerra y paz* del siglo XX?[12]

Uno de los favoritos para ese honor era Vasili Grossman. Llevaba trabajando en una epopeya bélica en dos tomos desde 1943.[13] Siguiendo el modelo de *Guerra y paz*, la novela incorporaba las experiencias del propio autor, pero también aspiraba a ser una crónica de la guerra en su totalidad. Al igual que Tolstói, Grossman intentó destilar el espíritu de una época histórica. Tomó prestada de Tolstói la técnica de vincular a los protagonistas individuales a través de sus relaciones familiares. El primer tomo, terminado en 1949, contaba la historia de la guerra desde su comienzo hasta septiembre de 1942, y concluía con una descripción del momento en que el comisario Krimov cruza el Volga por la noche para llegar a la ciudad de Stalingrado en llamas. En agosto de 1948 Grossman entregó el primer capítulo de la obra a la revista *Novy Mir* (Nuevo Mundo), donde estaba previsto que se publicara por entregas bajo el título de *Stalingrado*. El libro permaneció cuatro años en el limbo, al tiempo que Grossman no tenía más remedio que reescribir el texto por lo menos tres veces en un esfuerzo por satisfacer a sus críticos –los editores de *Novy Mir*, los directores de la Unión de Escritores Soviéticos, los miembros del Comité Central y el Politburó, y los oficiales del ejército.[14]

Cuando Grossman entregó por primera vez *Stalingrado*, Konstantin Simonov, redactor jefe de *Novy Mir*, se quejó de la estricta perspectiva histórica que había adoptado el autor: su descripción de la guerra en 1942 no hace referencia a su desenlace. Para Simonov, eso era inaceptable. El libro debía difundir el optimismo entre los lectores contemporáneos.[15] Otros críticos ponían objeciones al título, que reivindicaba una objetividad histórica que los múltiples puntos de vista subjetivos de la narración no podían cumplir. La figura del físico Viktor Strum –claramente identificable como un judío– indignaba especialmente a los críticos. El escritor Mijaíl Sholojov aludía a esa cuestión cuando llamó por teléfono al nuevo redactor jefe de *Novy Mir*, Alexander Tvardovski

(que sustituyó a Simonov en 1950), y le espetó: «Pero ¿a quién han encargado ustedes que escriba sobre Stalingrado? ¿Han dado ustedes vacaciones a su sentido común?». Sholojov estaba convencido de que Grossman, un judío, no debería ser el encargado de escribir sobre un tema ruso por antonomasia como Stalingrado. Las ideas de Sholojov no son más que otra manifestación de las campañas antisemitas que habían venido estallando en la Unión Soviética desde finales de la década de 1940.

No obstante, sorprendentemente, la novela sí llegó a publicarse por entregas durante el verano y el otoño de 1952, lo que a Grossman le valió la candidatura al premio Stalin. Pero el descubrimiento en 1953 de que los médicos judíos del Kremlin habían estado conspirando para matar a Stalin desencadenó una reacción totalmente adversa. El 13 de febrero de 1953 se publicó en el *Pravda* una cáustica crítica de la novela de Grossman, obra de Mijaíl Bubionnov, uno de sus rivales en la carrera por ser el Tolstói soviético. Los antiguos partidarios de Grossman se volvieron públicamente en su contra.

Pero entonces, el 5 de marzo de 1953, falleció Stalin, y las tornas volvieron a cambiar. No solo se suspendió el proceso contra los médicos; también amainaron las críticas contra Grossman, y algunos de sus colegas le pidieron disculpas en privado por sus comentarios. Por su parte, Grossman siguió trabajando en la segunda parte de su novela –rebautizada como *Vida y destino* en 1949–[16] pero ahora el autor pretendía escribirla como un ajuste de cuentas literario con Stalin. Grossman fue el primer crítico que destacó las semejanzas entre el régimen de Stalin y la ideología totalitaria de los nazis, describiendo la magnitud del antisemitismo soviético y la forma parecida en la que ambos Estados pulverizaban a los individuos. Cuando Grossman terminó la novela, en 1959, no se pudo publicar. El secretario del Comité Central para asuntos ideológicos, que cuestionaba a Grossman, equiparaba la novela, en caso de que se publicara, con una bomba nuclear. (El secretario afirmaba no haber leído

el libro.) Otros altos funcionarios políticos a los que se consultó consideraban que el libro no podía publicarse «durante los próximos 250 años».[17] Grossman falleció en 1964, amargado y solo tras una batalla contra un cáncer de estómago. Después de su muerte una copia del manuscrito fue sacada clandestinamente del país y publicada en el extranjero. Se publicó en la Unión Soviética en 1988, como parte de la campaña de Mijaíl Gorbachov a favor de la transparencia conocida como *glasnost*. Hoy en día *Vida y destino* está considerada internacionalmente una grandiosa crónica literaria del siglo XX. El tomo anterior, que se publicó con el título *Por una causa justa* ha permanecido en las sombras desde que apareció.[18] A pesar de las rupturas que acompañaron su publicación, los tomos, leídos uno detrás de otro, ponen de manifiesto su concepción tolstoiana subyacente. Demuestran lo firmemente comprometido que se mantuvo Grossman, a pesar de su postura cada vez más crítica con el Estado soviético, con la convicción de que el heroísmo de masas de los soldados del Ejército Rojo decidió no solo el desenlace de la batalla de Stalingrado sino también de la guerra en su conjunto.[19]

La convicción de Grossman se plasma justamente en un lugar del que nadie podría sospechar: el monumental memorial situado en lo alto de Mamáyev Kurgán. Si Grossman hubiera vivido lo suficiente para ver su escultura *La patria llama*, de 75 metros de altura, con una espada en alto (el memorial se inauguró en 1967), probablemente lo habría considerado la enésima demostración de un Estado todopoderoso que manipula a la gente como los peones en una partida de ajedrez político. A pesar de todo, las palabras de Grossman figuran en el memorial. Algunas están grabadas en un muro ante el que tienen que pasar los visitantes de camino a *La patria llama:* «Un viento de hierro les azotaba el rostro, pero ellos seguían adelante. Probablemente el enemigo estaba poseído por un temor supersticioso: ¿esos que vienen hacia nosotros son hombres?, ¿son mortales?». Las palabras proceden del ensayo de Grossman sobre el regimiento que pereció defendiendo la fábrica Barricadas contra los

alemanes (véase pp. 239-251). Al otro lado del muro está el Salón de la Gloria Militar. Desde el centro de la estancia surge una gran mano de mármol blanco que porta una antorcha con una llama eterna. Las paredes del panteón circular están cubiertas de estandartes donde figuran los nombres de 7.200 combatientes del Ejército Rojo –oficiales y soldados, hombres y mujeres– que cayeron en Stalingrado. (Los nombres fueron elegidos al azar de la lista de muertos.)[20] A lo largo de la base del techo abovedado hay una inscripción que responde a la pregunta que se plantea en el muro exterior: «Sí, éramos mortales, y pocos de nosotros sobrevivimos, pero todos cumplimos nuestro deber patriótico para con nuestra sagrada Patria». Esas frases también proceden del ensayo de Grossman, pero las palabras han sido modificadas. La versión original era más sencilla: «Realmente eran mortales... y aunque muy pocos lograron salir con vida, todos y cada uno de ellos cumplieron con su deber». A pesar del melodramático telón de fondo creado por los diseñadores del monumento, las palabras transmiten la idea de una guerra del pueblo que invoca Grossman durante la batalla de Stalingrado. Sin embargo, en ningún lugar del museo se identifica a Grossman como el autor de esas líneas, y aparentemente ninguno de los guías del museo es consciente de su origen.[21]

La Comisión Histórica de Isaak Mints tuvo que afrontar problemas parecidos a los de Grossman. Sus intentos de publicar la crónica de la Gran Guerra Patriótica encontraron resistencia durante años; en última instancia, la censura soviética impidió que la historia llegara a ver la luz, y se aseguró de que los autores cayeran prácticamente en el olvido. Hasta 1945 la comisión había trabajado con fervor recopilando documentos sobre la guerra. Mints quería registrar la totalidad de su historia, incluyendo no solo las principales operaciones de combate, sino también el movimiento guerrillero de resistencia, la economía de guerra, la cultura soviética, la vida cotidiana en el frente, y la ocupación alemana. Cuando

la Unión soviética le declaró la guerra a Japón en agosto de 1945, Mints envió a varios miembros de la Comisión a entrevistar a los soldados del Ejército Rojo en el Extremo Oriente.[22] En diciembre de 1945, el Comité Ejecutivo de la Academia de Ciencias disolvió la comisión, y creó en su lugar el Departamento de Historia de la Gran Guerra Patriótica, un grupo de investigación de dieciocho personas dirigido por Mints bajo los auspicios del Instituto de Historia de la propia sociedad. Al año siguiente, Mints fue investido miembro de la Academia de Ciencias, el logro supremo de su carrera.[23]

Los documentos que se han conservado indican que el personal del grupo de investigación trabajó asiduamente a lo largo de 1947, y presentó numerosos proyectos de libros a la Editorial Militar. En el primer puesto de la lista figuraba una crónica documental de la batalla de Stalingrado con motivo de su quinto aniversario, que se describía como «un instructivo libro de historia escrito por los propios participantes». Entre los demás proyectos había un libro sobre la batalla de Moscú, un estudio sobre las mujeres en el frente, y una enciclopedia de 3.000 héroes de guerra soviéticos. Pero la editorial no llegó a definirse, y aquellas obras nunca se publicaron.[24] Aparentemente, Mints era consciente de que si quería que llegaran a publicarse, era preciso que Stalin figurara como una figura primordial en todos los ámbitos de la guerra.[25] Por supuesto, eso iba en contra del espíritu de las entrevistas en tiempos de guerra, donde los entrevistados hablaban de sus propios pensamientos y sus acciones, y donde se hacía hincapié en lo colectivo. Pero una vez que volvió a desatarse el culto a Stalin a partir de 1945, las voces de los soldados individuales se habían convertido en anatema para el régimen. Una película muy premiada de 1949 sobre la batalla de Stalingrado se ajustaba perfectamente a las expectativas imperantes. En la película se ve a los comandantes del 62.º Ejército en una situación desesperada cuando se abate sobre ellos el fuego alemán. Su única esperanza es que Stalin acuda en su ayuda. Entonces la acción salta al Kremlin, donde Stalin concibe

con calma la defensa, ordena el envío de tropas de refuerzo y planifica el cerco contra los alemanes. Los demás miembros del mando supremo –generales, oficiales, soldados– aparecen todos retratados como simples piezas de un engranaje que obedecen las órdenes de Stalin mientras él les conduce a la victoria.[26]

Había otra razón por la que las transcripciones de las entrevistas de la guerra habían caído en desgracia. Al igual que Grossman, Mints era judío, y tuvo que lidiar con el creciente antisemitismo en la Unión Soviética. Pero Mints fue arrastrado por la marea de odio antes que Grossman, y tuvo que pagar un precio más alto. El sentimiento antijudío empezó a prevalecer en la vida pública soviética ya durante la guerra. Una expresión popular: «Los judíos luchan en la guerra desde Tashkent» insinuaba que los judíos utilizaban su dinero y sus contactos para huir lo más lejos posible del frente, mientras que los rusos tenían que sufrir el castigo en el campo de batalla. En realidad, los soldados judíos del Ejército Rojo combatían con una dedicación extraordinaria, como demuestran su elevada tasa de bajas y sus muchas distinciones. Sin embargo, los dirigentes del partido suprimieron ese dato,[27] igual que los enormes sufrimientos que los alemanes infligieron a los judíos soviéticos. (Los periódicos de la posguerra describían el Holocausto como un asesinato de «ciudadanos soviéticos inocentes».) Personas como Grossman e Iliá Ehrenburg, que en calidad de miembros del Comité Antifascista Judío habían estado documentando los crímenes de los alemanes contra los judíos, eran vistos con desconfianza. Cualquier interés especial por los asuntos judíos era contrario a los objetivos soviéticos en general, y su propuesta de publicar un «libro negro» no fue autorizada. Mientras tanto, el partido había empezado a elogiar a los ciudadanos de etnia rusa como los soldados mejores y más entregados de la Unión Soviética. Aquella propaganda se extendió después de la guerra, al tiempo que los dirigentes soviéticos plantaban cara a sus aliados occidentales, condenando las influencias extranjeras y haciendo hincapié en los valores rusos como

medida de todas las cosas. En el cosmos rusocéntrico soviético de los últimos años de la era de Stalin, los judíos eran considerados nómadas sospechosos, «cosmopolitas sin raíces», resueltos a socavar el patriotismo soviético.[28]

En 1947 Mints publicó un folleto de setenta páginas titulado *La Gran Guerra Patriótica de la Unión Soviética*. No se menciona el trabajo realizado por la Comisión Histórica presidida por él durante la guerra. Por el contrario Mints se deshace en elogios hacia el «gran pueblo ruso» que durante el transcurso de la guerra puso de manifiesto «la fuerza concentrada de sus talentos». El folleto concluye con una oda al generalísimo Stalin, la «brillante y luminosa estrella que siempre resplandecerá en la historia del país soviético».[29] Salta a la vista que Mints estaba intentando presentarse como un patriota ruso, pero el libro no logró contener la oleada de acusaciones públicas que se lanzaban contra el autor en la época de su publicación.

El instigador de las acusaciones era Arkadi Sidorov, uno de los más estrechos colaboradores de Mints en la Comisión Histórica. Sidorov era varios años menor que Mints. Se habían conocido en 1924, cuando ambos asistían a una escuela de nivel superior del Partido Comunista.[30] Al igual que Mints, Sidorov se había afiliado al Partido Comunista durante la guerra civil. Sin embargo, mientras que Mints ascendía rápidamente de un puesto influyente a otro, Sidorov tenía dificultades para lograrlo. Durante un tiempo trabajó en el departamento editorial del proyecto de Mints sobre la historia de la guerra civil. En 1936 fue excluido del partido, pero unos meses después fue rehabilitado. Durante la audiencia de su rehabilitación, se citó a Mints para que testificara sobre el carácter del interesado, pero nunca compareció –lo que a Sidorov le molestó.[31] Cuando empezó la guerra, Sidorov estaba terminando su trabajo de doctorado en el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias.[32] Cuando estalló el pánico en Moscú, el 14 de octubre de 1941, y la población empezó a huir en masa de la ciudad, Sidorov decidió alistarse

a una milicia armada comunista. Muy pronto la unidad fue absorbida por el Ejército Rojo. Durante la batalla de Moscú, Sidorov resultó herido, y pasó a la reserva tras una estancia en el hospital. (Para entonces era comisario de un batallón y había alcanzado el estatus de comandante.) En mayo de 1942 Mints le reclutó como miembro permanente de la plantilla de su comisión.[33] Después de la guerra, Sidorov supervisó un grupo de trabajo en el Departamento de Historia de la Gran Guerra Patriótica dirigido por Mints.

En noviembre de 1947, la revista del Departamento de Propaganda y Agitación del Comité Central publicó una reseña de Sidorov donde criticaba duramente una serie de conferencias sobre la historia temprana de la Unión Soviética, editadas por Mints.[34] En junio de ese mismo año, Mints había sido destituido como director del proyecto de historia de la guerra civil; en 1948 fue obligado a dimitir de la Universidad Estatal de Moscú. A principios de 1949, la campaña contra los «cosmopolitas sin raíces» alcanzó su cénit. El antisemitismo hacía estragos en muchas áreas del teatro y de la música clásica de la Unión Soviética.[35] También se extendió al mundo académico, y a Mints le afectó particularmente. Su grupo de investigación del Instituto de Historia fue calificado como una cuadrilla hostil de judíos. Los máximos dirigentes se reunieron durante varios días para investigar a los miembros del grupo y decidir posibles sanciones. Uno de los principales detractores del grupo era Sidorov. Mints se limitó a contemplar el desarrollo de los acontecimientos y fue sometido a una humillante «autocrítica».[36] Perdió su empleo en el instituto y fue relegado al cargo de docente en el Instituto Estatal de Docentes de Moscú. Sidorov asumió la cátedra de historia soviética en la Universidad Estatal de Moscú, y en 1953 fue nombrado director del Instituto de Historia.[37]

Sidorov no ascendió por sí solo. El antiguo comandante del Ejército Rojo encabezaba una falange de aspirantes al doctorado, en su mayoría veteranos de guerra. A lo largo y ancho de la Unión Soviética, los antiguos soldados del Ejército Rojo accedieron en tropel a las universidades, y con

grandes expectativas. Con su experiencia en el frente, su confianza en sí mismos, y con el carné del Partido Comunista en el bolsillo, reclamaban para sí los cargos de la administración universitaria.[38] La suerte que corrió Mints no está exenta de ironía. Durante la guerra invocó el heroísmo de los simples soldados del Ejército Rojo, y les ayudó a encontrar una voz y a adquirir conciencia de su histórico papel. Después de la guerra, fueron justamente esos mismos soldados cuya confianza había contribuido a fortalecer el propio Mints los que se indignaron ante la «camarilla judía» que copaba unos cargos en el Estado soviético que ahora ellos reclamaban para sí. Sentían aversión no solo por Mints y su equipo, sino también por la propia documentación que habían recopilado. Estaban convencidos de que esos materiales estaban impregnados de un espíritu burgués y empírico, carente de patriotismo ruso. Durante aquellos años, nadie llevó adelante el trabajo editorial de Mints, y los documentos de la comisión se sumieron en el olvido.

Sidorov estaba muy orgulloso de haber expulsado a Mints de la universidad. Y hasta su muerte, en 1966, siguió hablando peyorativamente de Mints, calificándole de «parásito», de hipócrita, de persona sospechosa, «que dondequiera que iba siempre se rodeaba únicamente de judíos». (Consideraba que el buen dominio que tenía Mints del inglés era una prueba más de su deficiente «rusidad».)[39] A pesar de todo, tras la muerte de Stalin, Mints fue objeto de una rehabilitación.[40] A diferencia de Grossman, que plasmó sus penalidades en sus escritos, Mints permaneció casi todo el tiempo callado.[41] A partir de los años cincuenta, centró sus investigaciones en la Revolución de Octubre, en consonancia con la intención del régimen soviético de pasar página sobre la era de Stalin y volver a sus comienzos revolucionarios.[42] A raíz de aquel vuelco radical, el nombre de Stalin fue eliminado de los libros de texto, y su cuerpo fue retirado de la Tumba de Lenin. En 1961 Stalingrado fue rebautizada con el nombre de Volgogrado.[43]

En 1984, los miembros supervivientes de la Comisión Histórica se reunieron una noche para recordar los viejos tiempos. Con ochenta y siete años, Mints era el más anciano del grupo. Mints confesó a sus antiguos subordinados un deseo que nunca se había cumplido: «Cuando era más joven, soñaba con que publicáramos una galería de los Héroes de la Unión Soviética, pero el proyecto nunca llegó a arrancar». Mints, incluso en mayor medida que Grossman, conservaba una visión heroica y romántica de la guerra, que él mismo contribuyó a formar durante los años de la contienda. Se había originado en la matriz de su mentor, Maksim Gorki, y en todos aquellos trabajadores corrientes que se elevaron a la categoría de SERES HUMANOS «en letras mayúsculas».

Antes de su muerte, Grossman hizo varias copias de su novela censurada y las escondió entre sus amigos. De no haberlo hecho, *Vida y destino* nunca habría visto la luz. El KGB confiscó no solo el manuscrito que había en el apartamento de Grossman, sino también el papel carbón y la cinta de la máquina de escribir con la que se había escrito el texto.[44] Mints utilizó una estrategia similar a fin de salvaguardar sus documentos para la posteridad. Después de la muerte de Stalin, Mints se enteró de que el archivo del Ministerio de Defensa soviético en Podolsk, a las afueras de Moscú, le había pedido a la comisión las transcripciones de las entrevistas. La petición estaba en consonancia con la tendencia de la época: centralizar todos los documentos relativos a la guerra y monopolizar su interpretación. Mints sabía que todo lo que recopilara el archivo militar acabaría perdiéndose a largo plazo. (La disolución de la Unión Soviética no cambió demasiado las cosas. El Ministerio de Defensa de Rusia, nuevo custodio de la historia del Ejército Rojo, ha publicado tan solo una pequeña parte de los cinco millones de documentos, según las estimaciones, de la época de la Segunda Guerra Mundial.) Después de recibir aquella llamada de Podolsk, Mints tuvo la presencia de ánimo de esconder las entrevistas. Durante años estuvieron almacenadas en el sótano del Sanatorio Uskoye de la Academia de Ciencias. Posteriormente

fueron trasladadas al sótano del Instituto de Historia. El personal del instituto, entre ellos un veterano de la Comisión Histórica, puso en orden el archivo y realizó resúmenes de su contenido.[45] En última instancia, esas notas trazaron la senda que llevó a la publicación de las entrevistas de Stalingrado.



Prisioneros de guerra alemanes en Stalingrado. *Fotografía de Georgi Samsonov*.

Créditos de las ilustraciones

2, 8, 62, 76: Agencia FotoSoyuz, Moscú

16, 22, 26, 54: Gosudarstvennyi arkhiv Volgogradskoi oblasti, Volgogrado

12: Gosudarstvennyi istoricheskii muzei, Mosocwo

19: <http://denis-balin.livejournal.com/3324012.html>

47: <http://dr-guillotin.livejournal.com/110602.html>

73: <http://propagandahistory.ru/83/Sovetskie-propuska-v-plen-dlya-nemetskikh-soldat/>

53: <http://soviet-art.livejournal.com/987.html>

11: *K istorii russkikh revoliutsii* (Moscú, 2007)

5, 6, 9, 10, 13, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 35, 37, 39, 43, 45, 49, 50, 60, 68: NA IRI RAN, Moscú

72: *P. A. Zayonchkovskii. Sbornik statei i vospominanii k stoletiiu istorika*, ed. L. G. Zakharova (Moscú, 2007)

1: Archivo personal, Tatiana Yeryomenko, Moscú

52, 56, 58, 63, 77: RIA Novosti, Moscú

3, 4, 7, 14, 15, 18, 20, 21, 23, 24, 25, 27, 34, 40, 46, 48, 51, 55, 57, 59, 61, 67, 69, 70, 71, 74, 75: Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv kinofotodokumentov, Krasnogorsk

42: *Soiuzkinozhurnal* 1943, n.º 8

64, 65, 66: Tsentral’nyi arkhiv goroda Moskvy, Moscú

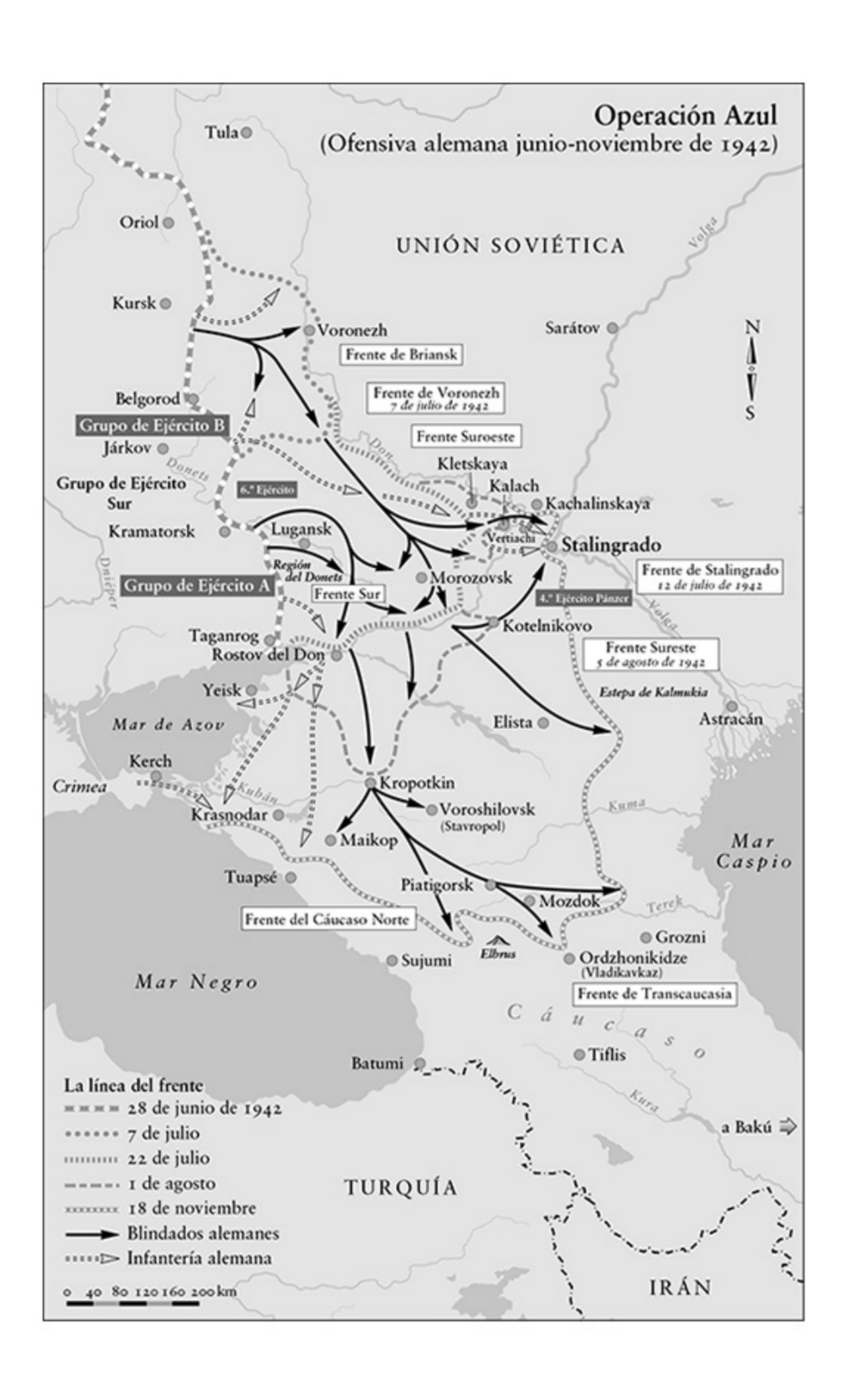
41: Museo Estatal Panorámico de Volgogrado: «Batalla de Stalingrado»

38: <http://www.lechaim.ru/ARHIV/104/lazarev.htm>

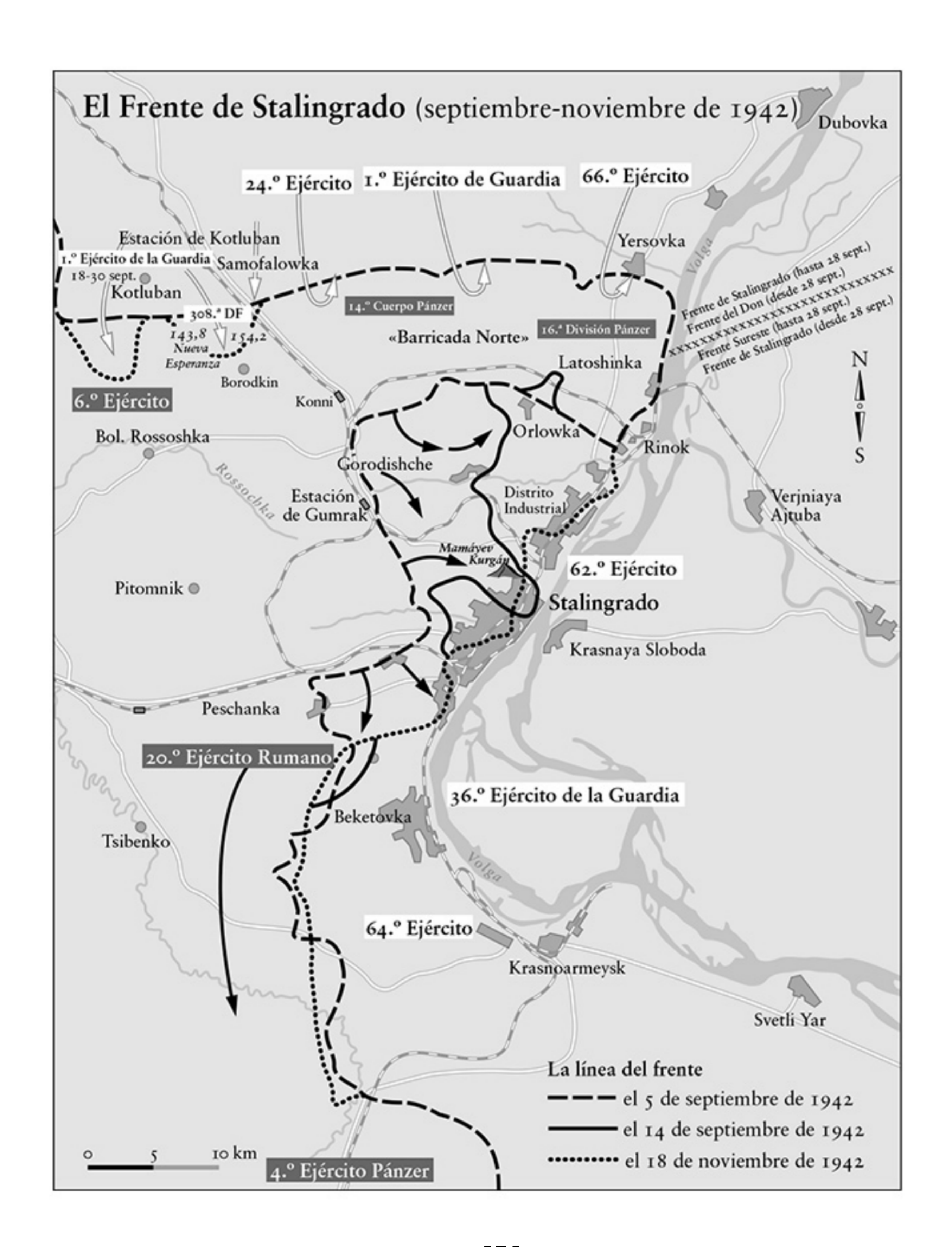
44: <www.retro.ru>

17: <www.stalingrad-battle.ru>

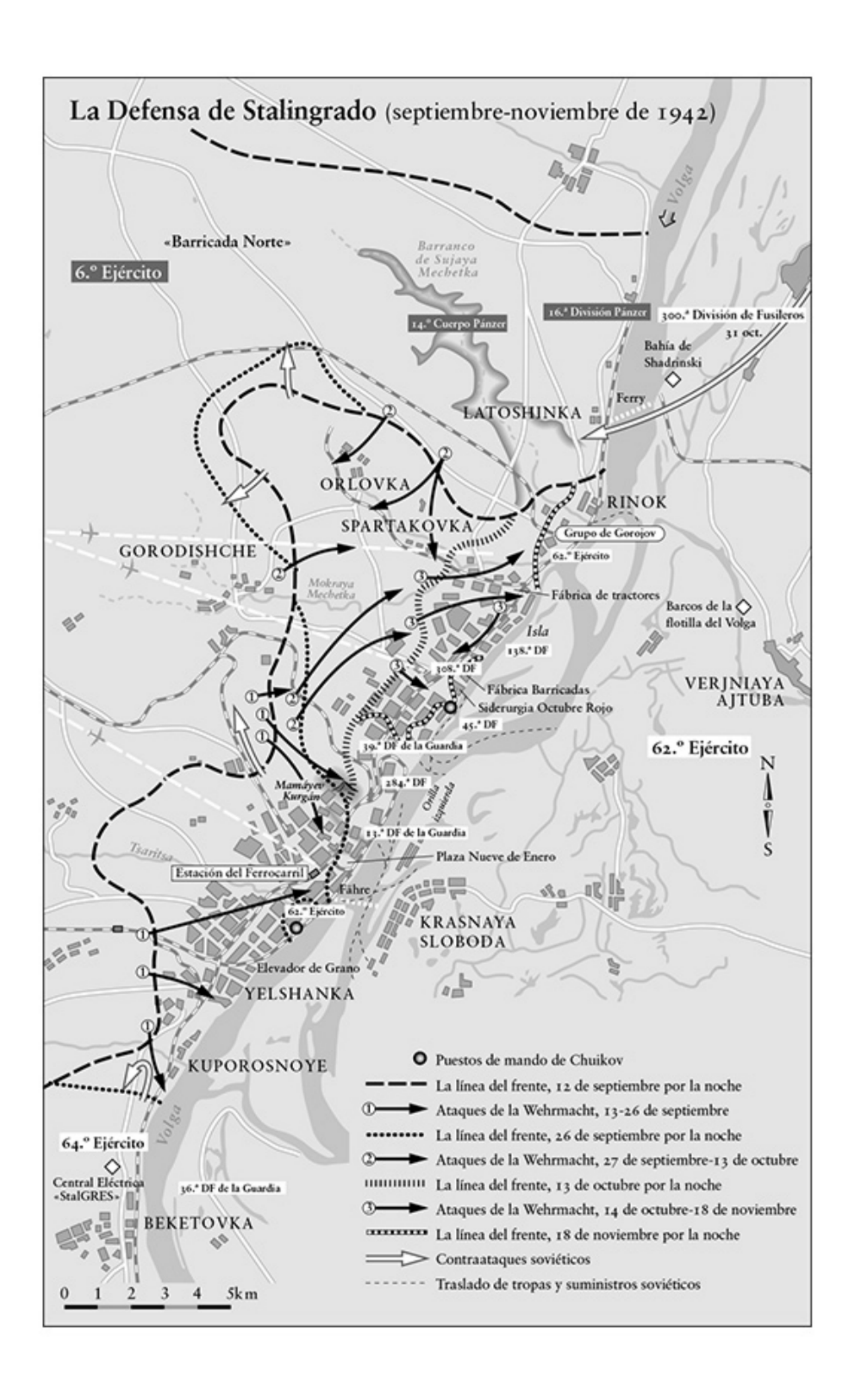
Mapas



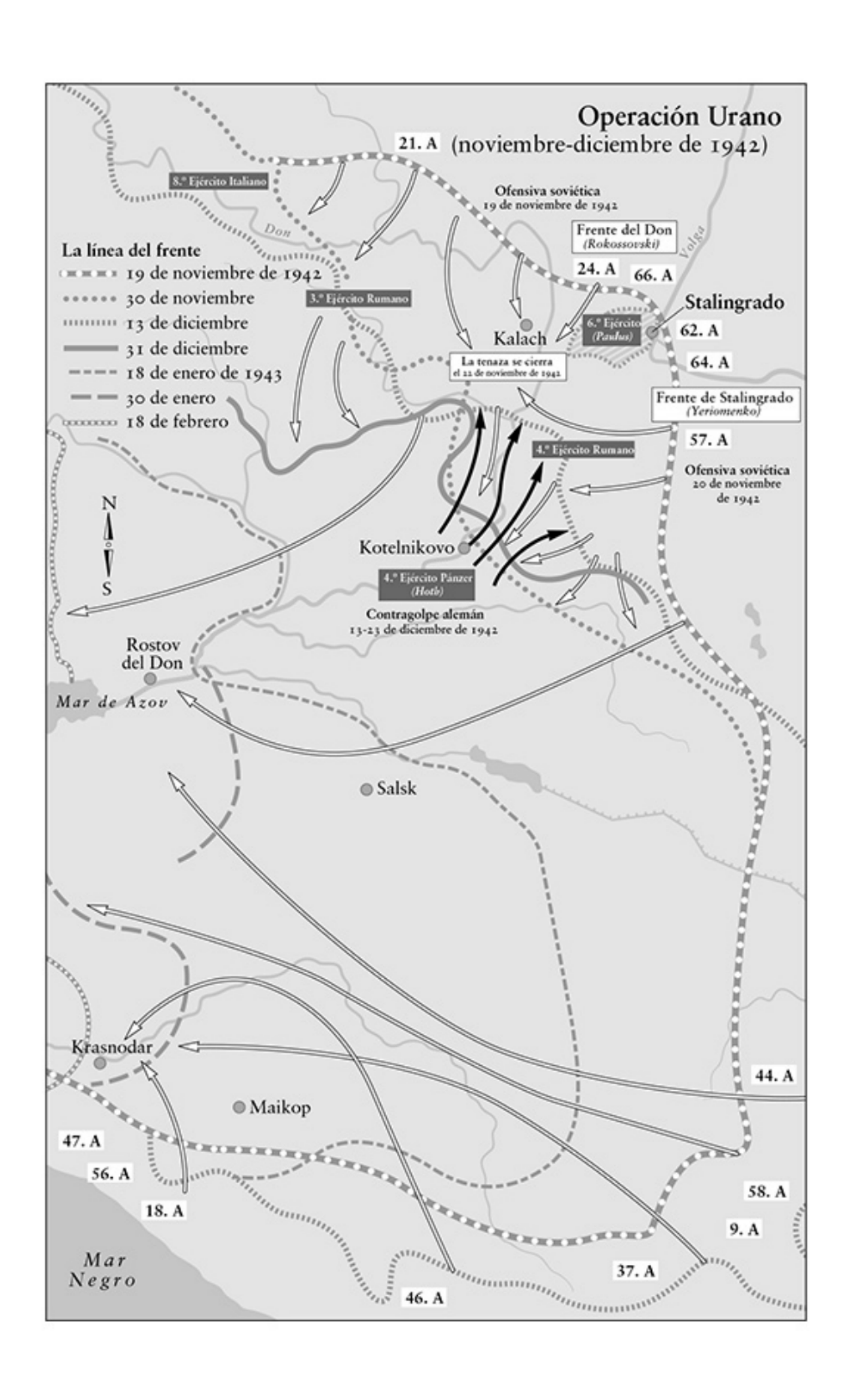
Operación Azul
(Ofensiva alemana junio-noviembre de 1942)
Tula
Oriol
UNIÓN SOVIÉTICA
Volga
Kursk
Voronezh
Sarátov
Frente de Briansk
N
S
Belgorod
Frente de Voronezh
7 de julio de 1942
Grupo de Ejército B
Járkov
Frente Suroeste
Don
Donets
Kletskaya
Kalach
Grupo de Ejército Sur
6.º Ejército
Kachalinskaya
Kramatorsk
Lugansk
Vertiachi
Stalingrado
Dniéper
Región del Donets
Morozovsk
Frente de Stalingrado
12 de julio de 1942
Grupo de Ejército A
Frente Sur
4.º Ejército Pánzer
Kotelnikovo
Taganrog
Rostov del Don
Frente Sureste
5 de agosto de 1942
Yeisk
Estepa de Kalmukia
Mar de Azov
Elista
Astracán
Kerch
Crimea
Kubán
Kropotkin
Voroshilovsk
(Stavropol)
Kuma
Krasnodar
Maikop
Mar Caspio
Tuapsé
Piatigorsk
Mozdok
Terek
Frente del Cáucaso Norte
Grozni
Elbrus
Sujumi
Ordzhonikidze
(Vladikavkaz)
Mar Negro
Frente de Transcaucasia
Cáucaso
Tiflis
Batumi
Kura
La línea del frente
28 de junio de 1942
7 de julio
22 de julio
1 de agosto
18 de noviembre
Blindados alemanes
Infantería alemana
a Bakú
TURQUÍA
IRÁN
0 40 80 120 160 200 km

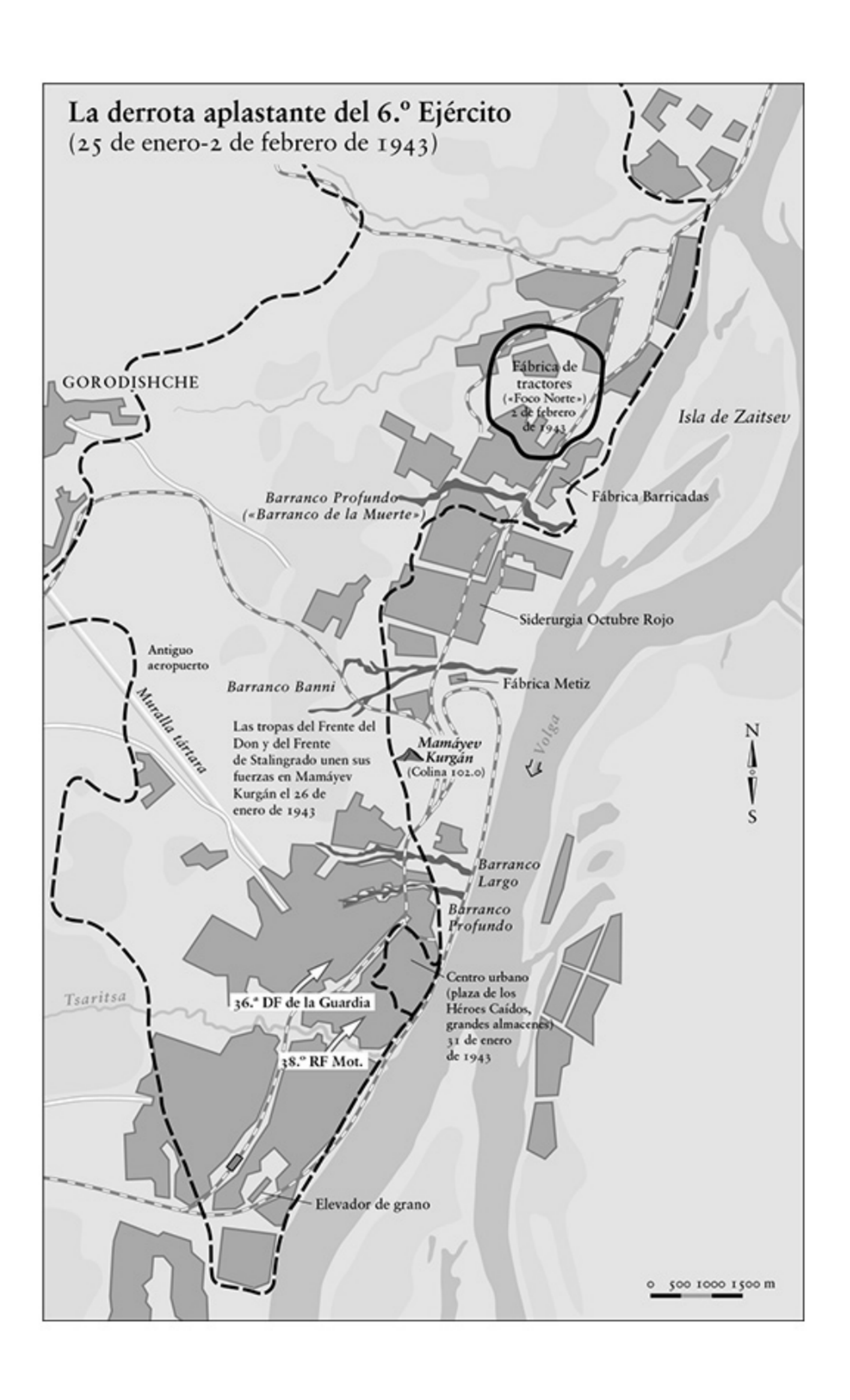


El Frente de Stalingrado (septiembre-noviembre de 1942)
Dubovka
24.º Ejército
1.º Ejército de Guardia
66.º Ejército
Estación de Kotluban
1.º Ejército de la Guardia
18-30 sept.
Samofalowka
Kotluban
Yersovka
Volga
14.º Cuerpo Pánzer
308.ª DF
143,8
154,2
Nueva Esperanza
«Barricada Norte»
16.ª División Pánzer
Frente de Stalingrado (hasta 28 sept.)
Frente del Don (desde 28 sept.)
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx
Frente Sureste (hasta 28 sept.)
Frente de Stalingrado (desde 28 sept.)
Latoshinka
N
S
6.º Ejército
Borodkin
Konni
Orlowka
Bol. Rossoshka
Rinok
Gorodishche
Rossochka
Estación de Gumrak
Distrito Industrial
Verjniaya Ajtuba
Mamáyev Kurgán
62.º Ejército
Pitomnik
Stalingrado
Krasnaya Sloboda
Peschanka
20.º Ejército Rumano
36.º Ejército de la Guardia
Beketovka
Tsibenko
Volga
64.º Ejército
Krasnoarmeysk
Svetli Yar
La línea del frente
el 5 de septiembre de 1942
el 14 de septiembre de 1942
el 18 de noviembre de 1942
0 5 10 km
4.º Ejército Pánzer



La Defensa de Stalingrado (septiembre-noviembre de 1942)
Volga
«Barricada Norte»
6.º Ejército
Barranco de Sujaya Mechetka
14.º Cuerpo Pánzer
16.ª División Pánzer
300.ª División de Fusileros
31 oct.
Bahía de Shadrinski
Ferry
LATOSHINKA
ORLOVKA
RINOK
SPARTAKOVKA
Grupo de Gorojov
GORODISHCHE
62.º Ejército
Mokraya Mechetka
Fábrica de tractores
Barcos de la flotilla del Volga
Isla
138.ª DF
308.ª DF
Fábrica Barricadas
Siderurgia Octubre Rojo
VERJNIAYA AJTUBA
45.ª DF
39.ª DF de la Guardia
62.º Ejército
N
S
Mamáyev Kurgán
284.ª DF
Orilla izquierda
13.ª DF de la Guardia
Tsaritsa
Plaza Nueve de Enero
Estación del Ferrocarril
Fähre
62.º Ejército
KRASNAYA SLOBODA
Elevador de Grano
YELSHANKA
KUPOROSNOYE
Volga
Puestos de mando de Chuikov
La línea del frente, 12 de septiembre por la noche
Ataques de la Wehrmacht, 13-26 de septiembre
La línea del frente, 26 de septiembre por la noche
Ataques de la Wehrmacht, 27 de septiembre-13 de octubre
La línea del frente, 13 de octubre por la noche
Ataques de la Wehrmacht, 14 de octubre-18 de noviembre
La línea del frente, 18 de noviembre por la noche
Contraataques soviéticos
Traslado de tropas y suministros soviéticos
64.º Ejército
Central Eléctrica «StalGRES»
36.ª DF de la Guardia
BEKETOVKA
0 1 2 3 4 5km


Operación Urano
(noviembre-diciembre de 1942)
La línea del frente
19 de noviembre de 1942
30 de noviembre
13 de diciembre
31 de diciembre
18 de enero de 1943
30 de enero
18 de febrero
21. A
8.º Ejército Italiano
Ofensiva soviética
19 de noviembre de 1942
Don
Frente del Don
(Rokossovski)
Volga
24. A
66. A
3.º Ejército Rumano
Stalingrado
6.º Ejército
(Paulus)
62. A
Kalach
64. A
La tenaza se cierra
el 22 de noviembre de 1942
Frente de Stalingrado
(Yeriomenko)
57. A
4.º Ejército Rumano
Ofensiva soviética
20 de noviembre
de 1942
N
S
Kotelnikovo
4.º Ejército Pánzer
(Hoth)
Contragolpe alemán
13-23 de diciembre de 1942
Rostov
del Don
Mar de Azov
Salsk
Krasnodar
Maikop
44. A
47. A
56. A
18. A
58. A
9. A
37. A
Mar
Negro
46. A



La derrota aplastante del 6.º Ejército
(25 de enero-2 de febrero de 1943)
GORODISHCHE
Fábrica de tractores («Foco Norte») 2 de febrero de 1943
Isla de Zaitsev
Barranco Profundo («Barranco de la Muerte»)
Fábrica Barricadas
Siderurgia Octubre Rojo
Antiguo aeropuerto
Fábrica Metiz
Barranco Banni
Muralla tártara
Las tropas del Frente del Don y del Frente de Stalingrado unen sus fuerzas en Mamáyev Kurgán el 26 de enero de 1943
Mamáyev Kurgán
(Colina 102.0)
Volga
N
S
Barranco Largo
Barranco Profundo
Centro urbano (plaza de los Héroes Caídos, grandes almacenes) 31 de enero de 1943
Tsaritsa
36.ª DF de la Guardia
38.º RF Mot.
Elevador de grano
0 500 1000 1500 m

Agradecimientos

Este libro ha sido un esfuerzo colaborativo de principio a fin, y quisiera dar las gracias a todas las instituciones y personas que han contribuido a hacerlo realidad. Me gustaría empezar dando las gracias a los directores y al personal de los institutos ruso y alemán que apoyaron conjuntamente el trabajo con las transcripciones. Por parte rusa, se trata de Andréi Sajarov y Liudmila Kolodnikova (hasta diciembre de 2010), y de Yuri Petrov y Serguéi Zhuravliov (a partir de 2011), del Instituto de Historia Rusa de la Academia de Ciencias de Rusia. Serguéi Zhuravliov, en particular, siempre estuvo ahí para brindarme su ayuda y sus consejos, igual que los especialistas en archivos del instituto, Yelena Maleto y Konstantin Drozdov. Por parte alemana, estoy especialmente agradecido a Bernd Bonwetsch, el director fundador del Instituto Histórico Alemán en Moscú. Su compromiso y su talento para la diplomacia fueron indispensables. También tengo una gran deuda de gratitud con su equipo sucesor –Nikolaus Katzer, Victor Dönninghaus, Sandra Dahlke y Brigitte Ziehl– por su constante apoyo y por sus activos esfuerzos. Además, me gustaría expresar mi enorme gratitud a la Fundación Fritz Thyssen y a su director, Frank Suder, por su generoso y beneficioso apoyo al proyecto. Durante casi tres años, la fundación financió a un pequeño grupo de investigadores que ordenaron y estudiaron las transcripciones de Stalingrado, junto con muchos otros documentos de la época de la batalla.

Mi equipo de investigación –Daria Lotareva (Moscú), Svetlana Markova (Voronezh), Dina Fainberg (Londres) y Andréi Schcherbenok (Moscú)– realizaron un trabajo excepcional evaluando y escaneando las transcripciones y poniéndolas a disposición del grupo a través de su intranet. Svetlana Markova mecanografió muchos cientos de páginas, y Daria Lotareva realizó una gran parte del trabajo en los archivos, e investigó la historia, hasta entonces prácticamente desconocida, del origen de la Comisión Histórica. Todos los miembros del equipo

debatieron qué documentos debían aparecer en el libro y en qué forma. Nos reunimos una vez en Moscú; todas las demás comunicaciones tuvieron lugar a través de intranet y por Skype. Tengo que darle las gracias a todos ellos por una colaboración muy gratificante.

Omer Bartov fue el que me encauzó por este camino hace muchos años. Yo le conté mi idea de examinar las ideologías soviética y nazi alemana en forma de diálogo. «¿Por qué no escribes sobre Stalingrado?», me sugirió.

Durante mi investigación hablé con Tatiana Yeriomenko, Natalia Matiujina (de soltera Rodímtseva), Bode Roske y Alexander Chuikov, y les doy las gracias por compartir conmigo sus recuerdos de sus padres, y por los documentos relativos a la batalla de Stalingrado, algunos de los cuales han acabado apareciendo en este libro. Además, Albert Nenarokov me aportó algunos detalles reveladores de la vida de su mentor, Isaak Mints, que no figuran en ninguna de las biografías que se han publicado sobre él.

Bernd Bonwetsch, Paul Clemens, David Glantz, Igal Halfin, Peter Holquist, Katinka Patscher, Jan Plamper, Lennart Samuelson y Gerd R. Ueberschär leyeron distintas partes del manuscrito y realizaron provechosas aportaciones. Por sus útiles comentarios y sugerencias quisiera dar las gracias a Michael Adas, Svetlana Argastseva, Antony Beevor, John Chambers, Andréi Doronin, Mark Edele, Alexander Epifanov, Ziva Galili, Serguéi Kudriashov, Jackson Lears, Yan Mann, Zohar Manor-Abel, Annelore Nitschke, Serguéi Oushakine, Ingrid Schierle, Wulf Schmiese, Joyce Seltzer, Yelena Seniavskaya, Matthias Uhl, Liuba Vinogradova, Amir Weiner y Larisa Zajarova, así como a los participantes en los congresos de Moscú, Los Ángeles, Zúrich, Princeton y París, donde presenté diferentes partes del proyecto.

Me gustaría agradecer el apoyo de la Universidad Rutgers, que me concedió una excedencia para que pudiera terminar este libro, y a Sylvia

Nagel, que me ofreció su ayuda como experta en múltiples ocasiones cuando preparábamos por primera vez el manuscrito para su publicación.

El libro se publicó originalmente en alemán en otoño de 2012. Para la edición en lengua inglesa he modificado partes sustanciales, incorporando material de archivo recientemente publicado, así como las críticas y las sugerencias de otros expertos, muchos de los cuales se mencionan más arriba. Por su trabajo en la edición inglesa estoy muy en deuda con el trabajo de varios traductores: Christopher Tauchen ha realizado un trabajo magistral, al traducir al inglés todos los pasajes originales en ruso. Contó con los consejos de Robert Chandler, el traductor de *Vida y destino*, de Vasili Grossman, y una autoridad sin igual en la literatura sobre Stalingrado. Vitali Eyber tradujo los pasajes en ruso del primer capítulo. Dominic Bonfiglio no se limitó a traducir al inglés mis capítulos y secciones; intervino activamente para aclarar mis pensamientos, en ocasiones un tanto enrevesados.

Me siento afortunado por trabajar con la editorial PublicAffairs. Su director, Clive Priddle, tuvo toques de genialidad en reiteradas ocasiones, incluida la elección del título en inglés. Su equipo, coordinado por Melissa Raymond, Maria Goldverg y Chris Juby, ha sido ejemplar. También tengo que darle las gracias a la editora del texto, Chrisona Schmidt, por manejar con gran eficacia un manuscrito que en un momento dado estaba en tres idiomas distintos.

Es muy probable que este libro no existiera, y desde luego no en su forma actual, de no ser por la constante presencia de tres personas muy queridas. En 1984, mi padre, Hannspeter Hellbeck, me animó a aprender ruso y a estudiar historia rusa. Él mismo había aprendido el idioma a los diecisiete años, como soldado en la Segunda Guerra Mundial. Más tarde emprendió una carrera en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Federal de Alemania, donde quiso estudiar ruso, pero desistió cuando vio lo abarrotadas que estaban las aulas. De modo que optó por

convertirse en un experto en China. Entre los libros que me regaló está la primera edición en alemán de *Vida y destino*, de Vasili Grossman.

El amor, el humor y el sentido de la calma de Katinka, incluso como madre, me nutren y me ponen los pies en el suelo.

Pensando en nuestro hijo pequeño en relación con los horrores que se describen en este libro, espero que la vida, la nueva vida, prevalecerá sobre lo que Grossman consideraba nuestro destino.

Notas

CAPÍTULO 1: LA BATALLA TRASCENDENTAL

1. Evgenii Kriger, «Eto-Stalingrado!», *Izvestiia*, 25 de octubre de 1942; véase también M. Galaktionov, «Stalingrado i Verden», *Krasnaia Zvezda*, 3 de octubre de 1942, p. 4.

2. Jens Wehner, «Stalingrad», en *Stalingrad*, ed. Gorch Pieken *et al.* (Dresde, 2012), pp. 19-20.

3. Richard Overy, «Stalingrad und seine Wahrnehmung bei den Westalliierten», en *Stalingrad*, ed. Gorch Pieken, pp. 106-117, en p. 113.

4. En el otoño de 1942 los censores de correos británicos informaron de que prácticamente todas las cartas que comprobaban alababan a los rusos. Philip M. H. Bell, «Großbritannien und die Schlacht von Stalingrad», en *Stalingrad*. *Ereignis-Wirkung-Symbol*, ed. Jürgen Förster (Munich, 1992), pp. 350-372, en p. 354.

5. *Meldungen aus dem Reich. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS 1938-1945,* 17 vols., ed. Heinz Boberach, (Herrsching, 1984), 12:4720; 28 de enero de 1943.

6. Yitzhak Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps* (Bloomington, IN, 1999), pp. 173-177.

7. El escritor soviético Vasili Grossman fue el primero en relacionar la visita de Himmler al campo de exterminio con la victoria soviética en Stalingrado. Grossman formaba parte del Ejército Rojo cuando este entró en Treblinka en agosto de 1944. Basándose en entrevistas con testigos presenciales y ex trabajadores del campo, elaboró un estremecedor relato del campo de exterminio nazi. Vasili Grossman, «The Hell of Treblinka», en *The Road: Stories, Journalism, and Essays* (Nueva York, 2010).

8. Alexander Werth, *The Year of Stalingrad: An Historical Record and a Study of Russian Mentality, Methods, and Policies* (1947; Safety Harbor, Florida, 2001), p. 438. Un corresponsal británico informaba desde Stalingrado para el *Daily Telegraph* ya el 18 de enero de 1943. Bell, «Großbritannien und die Schlacht von Stalingrado», p. 350.

9. Véase <https://archive.org/details/WartimeRadio1943>.

10. Alexander Werth, «Won't Survive Two Stalingrads», *Winnipeg Tribune*, 12 de febrero de 1943, p. 1; Henry Shapiro, «All of Stalingrad Ruined by Battles», *New York Times*, 9 de febrero de 1943, p. 3.

11. Werth, *Year of Stalingrad*, pp. 443-446. Pese a estas restricciones, Alexander Werth pudo llevar a cabo y reproducir palabra por palabra extensas conversaciones con los generales Vasili Chuikov y Alexander Rodímtsev, dos figuras famosas de Stalingrado cuyos testimonios mucho más detallados ofrecemos en este libro. Werth, *The Year of Stalingrad*, pp. 456-460, 468-470.

12. Nauchnyi arkhiv Instituta Rossiiskoi istorii Rossiiskoi Akademii nauk (NA IRI RAN).

13. Para ilustrar la extensión del corpus de las entrevistas, el capítulo 1 presenta numerosos extractos de testimonios de soldados cuyas transcripciones completas no pudieron incluirse en el libro. Está prevista la publicación completa en línea de las transcripciones de Stalingrado.

14. Las mejores crónicas de la batalla son, del lado del Eje, Manfred Kehrig, *Stalingrad: Analyse und Dokumentation einer Schlacht* (Stuttgart, 1979); del lado soviético, A. M. Samsonov, *Stalingradoskaia bitva*, 4.ª ed. (Moscú, 1989); y, desde ambos lados combinados, David M. Glantz, *To the Gates of Stalingrad: Soviet-German Combat Operations, April-August 1942* (Lawrence, KS, 2009); Glantz, *Armageddon in Stalingrad: September-November 1942* (Lawrence, KS, 2009); Glantz, *Endgame at Stalingrad: Book Two: December 1942-February 1943* (Lawrence, KS, 2014).

15. Véanse las entradas del diario y las cartas de Ursula von Kardoff y Rudolf Tjaden en Walter Kempowski, *Das Echolot: Ein kollektives Tagebuch, Januar und Februar 1943*, 4 vols. (Múnich, 1993); Friedrich Kellner, Vernebelt, verdunkelt sind alle Hirne: Tagebücher 1939-1945, ed. Sascha Feuchert *et al.* (Göttingen, 2011).

16. Vasili S. Grossman, *Gody voiny* [The War Years] (Moscú, 1989), p. 5. Escritor y periodista soviético, Grossman (1905-1964) se alistó como voluntario para ir al frente en el verano de 1941. Como corresponsal de guerra trabajó para el periódico *Estrella Roja* [Krasnaya zvezda], tanto durante la batalla de Stalingrado como la de Berlín.

17. Testimonio publicado en *Prikazy narodnogo komissara oborony SSSR. 22 iiuniia 1941 g.-1942 g. (=Velikaia Otechestvennaia*, vol. 13) (Moscú, 1997), pp. 276-279.

18. *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Im Auftrag des Instituts für Zeitgeschichte und mit Unterstützung des Staatlichen Archivdienstes Russlands*, ed. Elke Fröhlich, pt. 2: Diktate 1941-1945, vol. 5: Julio-Septiembre 1942 (Múnich, 1995), p. 353; véase también Bernd Wegner, *Der Krieg gegen die Sowjetunion 1942/43*,en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 6: Horst Boog *et al.*, *Der globale Krieg*, vol. 6; *Die Ausweitung zum Weltkrieg und der Wechsel der Initiative*, ed. Militärgeschichtliches Forschungsamt (Stuttgart, 1990), p. 993.

19. Lazar Brontman, *Voennyi dnevnik korrespondenta «Pravdy»: Vstrechi, sobytiia, sud'by, 1942-1945* (Moscú, 2007), p. 57. Entrada del diario del 30 de agosto de 1942. Véase también Rebecca Manley, *To the Tashkent Station: Evacuation and Survival in the Soviet Union at War* (Ithaca, Nueva York, 2012), pp. 74-75, 132-133.

20. Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, p. 119.

21. Para los militares soviéticos, un «Frente» designaba lo que los alemanes denominaban un Grupo de Ejército.

22. El coronel general Andréi Ivanovich Yeriomenko (1892-1970) fue nombrado comandante del Frente Sudeste y el Frente de Stalingrado el 12 de agosto de 1942. El 28 de septiembre de 1942, el Frente Sudeste pasó a formar parte del frente de Stalingrado.

23. El teniente general Konstantin Konstantinovich Rokossovski (1896-1968) estuvo al mando del Frente del Don desde septiembre de 1942 a enero de 1943.

24. Ver más sobre el tema en Kehrig, *Stalingrad*, pp. 86-119.

25. «Das ist der Unterschied», *Das Schwarze Korps*, 29 de octubre de 1942, pp. 1-2.

26. Johannes Hürter, *Hitlers Heerführer: Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42* (Múnich, 2007), pp. 326-340.

27. Facsímil de la orden en <http://www.historisches-tonarchiv.de/Stalingrad/Stalingrad-kampf175a.jpg>.

28. El mariscal de campo Erich von Manstein (1887-1973) fue comandante en jefe del Grupo del Ejército del Don entre noviembre de 1942 y febrero de 1943. El 6.º Ejército formaba parte de este grupo.

29. La palabra turca «Kurgán» significa túmulo. Se llama así en honor del comandante tártaro Mamai, que está enterrado allí. En los mapas militares esta elevación del terreno aparecía etiquetada como «Colina 102.0».

30. Werth, *The Year of Stalingrad*, p. 465.

31. Entre el 21 de agosto y el 17 de octubre de 1942, el 6.º Ejército registró 40.000 muertes, y se estima en 100.000 el número de muertes hasta el 19 de noviembre. Por su parte, en el 4.º Ejército Pánzer el número de muertes se cifró en 30.000.Glantz, *Armaggedon in Stalingrad*, p. 716; Rüdiger Overmans, «Das andere Gesicht des Krieges: Leben und Sterben der 6. Armee», en Förster, ed., *Stalingrad: Ereignis-Wirkung-Symbol*, p. 446. 113.000 supervivientes: Manfred Kehrig, «Die 6.Armee im Kessel von Stalingrad, in Stalingrad», en Förster, ed., *Stalingrad*, p. 109. Overmans estimó el número de aliados rumanos en el *Kessel* en solo 5.000 (Overmans, «Das andere Gesicht», pp. 441-442). Ver las cifras de bajas soviéticas en G. F. Krivosheev, *Soviet Casualties and Combat Losses in the Twentieth Century* (Londres, 1997), pp. 125, 127; S. N. Michalev, *Liudskie poteri v Velikoi Otechestvennoi voine 1941-1945 gg. Statisticheskoe issledovanie* (Krasnoiarsk, 2000), p. 17-41; ver estimaciones más altas en B.V. Sokolov, «The Cost of War: Human Losses for the USSR and Germany, 1939-1945», *Journal of Slavic Military Studies* 9 (marzo de 1996): pp. 152-193. Sokolov sostiene que los números que se dan en los informes de las divisiones y el Estado Mayor, que Krivosheev utiliza en su análisis, maquillan las terribles cifras de muertes en el Ejército Rojo. Estas, en su opinión, solo pueden establecerse de forma indirecta.

32. *Stalingradoskaia e˙popeia: Vpervye publikuemye dokumenty, rassekrechennye FSB RF: Vospominaniia fel'dmar- shala Pauliusa; Dnevniki i pis'ma soldat RKKA i vermakhta: Agenturnye doneseniia; Protokoly doprosov; Dokladnye zapiski osobykh otdelov frontov i armii* (Moscú, 2000), p. 404.

33. Christian Gerlach, «Militärische "Versorgungszwänge", Besatzungspolitik, und Massenverbrechen: Die Rolle des Generalquartiermeisters des Heeres und seiner Dienststellen im Krieg gegen die Sowjetunion», en *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit: Neue Studien zur nationalsozialistischen Lagerpolitik*, ed. Norbert Frei *et al.* (Múnich, 2000), p. 199; T. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia: Grazhdanskoe naselenie v Stalingradoskoi bitve* (Volgogrado, 2005), p. 521; S. Sidorov, «Voennoplennye v Stalingrade. 1943-1954 gg.», en *Rossiiane i nemtsy v epokhukatastrof. Pamiat' o voine i preodolenie proshlogo*, ed. Jochen Hellbeck, Lars-Peter Schmidt, Alexander Vatlin (Moscú, 2012), pp. 75-87.

34. Para una reflexión crítica sobre este tema, véase Michael Kumpfmüller, *Die Schlacht von Stalingrad: Metamorphosen eines deutschen Mythos* (Múnich, 1995); Wolfram Wette y Gerd R. Ueberschär, eds., *Stalingrad: Mythos und Wirklichkeit*

einer Schlacht (Fráncfort, 2012); Wegner, *Der Krieg gegen die Sowjetunion 1942/43*, pp. 962-1063.

35. Ver *Letzte Briefe aus Stalingrad* (Gütersloh, 1954); Kempowski, *Das Echolot; Feldpostbriefe aus Stalingrad: November 1942 bis Februar 1943,* ed. Jens Ebert (Göttingen, 2006).

36. En este aspecto es esclarecedor el trabajo de Bernd Boll y Hans Safrian, «On the Way to Stalingrad: The 6th Army in 1941-1942», en *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944,* Hannes Heer y Klaus Naumann, eds. (Nueva York, 2000), pp. 237-271.

37. *Stalingrad: Eine Trilogie*, dirigido por Sebastian Dehnhardt y Manfred Oldenburg.

38. Erich von Manstein, *Lost Victories*, trans. Anthony G. Powell (Chicago, 1958), p. 289.

39. *Feldpostbriefe aus Stalingrad; Es grüsst Euch alle; Bertold. Von Koblenz nach Stalingrad: Die Feldpostbriefe des Pioniers Bertold Paulus aus Kastel* (Nonnweiler-Otzenhausen, 1993); *Stalingrad* (1993), dirigida por Joseph Vilsmaier. Las publicaciones más recientes enfatizan el condicionamiento ideológico de la vida cotidiana en el frente: Mark Edele y Michael Geyer, «States of Exception: The Nazi-Soviet War as a System of Violence, 1939-1945», en *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared*, ed. Sheila Fitzpatrick y Michael Geyer (Cambridge, MA, 2008), pp. 345-395; Peter Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich* (Cambridge, MA, 2008), pp. 143-154.

40. Inge Scholl, *The White Rose: Munich 1942-1943,* traducción de Arthur R. Schultz (Middletown, CT, 1983), p. 93.

41. Manstein, *Verlorene Siege*, pp. 303-318; Heinrich Gerlach, *Die verratene Armee* (Múnich, 1957).

42. Jochen Hellbeck, «Breakthrough at Stalingrad: The Repressed Soviet Origins of a Bestselling West German War Tale», *Contemporary European History* 1 (2013): pp. 1-31.

43. Susanne zur Nieden, «Umsonst geopfert? Zur Verarbeitung der Ereignisse in Stalingrad in biographischen Zeugnissen», *Krieg und Literatur/War and Literature* 5, no. 10 (1993): pp. 33-46; Diarios y cartas de Martin Fiebig, Paulheinz Quack, Martin Rahlenbeck, Wilhelm Saak, Hildegard Wagener y otros en Kempowski, *Das Echolot*. Ian Kershaw afirma que el culto al Führer entre la población alemana había disminuido ya antes de Stalingrado, y por esta razón cree

que la derrota en Stalingrado aceleró la pérdida de apoyo popular al régimen. Ian Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich* (Nueva York, 1987), pp. 188-190. Michael Geyer y Peter Fritzsche, sin embargo, hacen referencia a otras conexiones entre el régimen nazi y la población, que fueron creadas durante Stalingrado y que se intensificaron durante el curso posterior de la guerra: los alemanes empezaron a verse cada vez más a sí mismos como víctimas de un desastre masivo. Esta perspectiva como víctimas nacionales y europeas fue orquestada por la jefatura nazi. Véase Michael Geyer, «Endkampf 1918 and 1945: German Nationalism, Annihilation, and Self-Destruction», en *No Man's Land of Violence: Extreme Wars in the 20th Century*, Alf Lüdtke y Bernd Weisbrod, eds. (Göttingen, 2006), pp. 52-53; Peter Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich* (Cambridge, MA, 2008), pp. 279-280.

44. Ronald Smelser y Edward J. Davies III, *The Myth of the Eastern Front: The Nazi-Soviet War in American Popular Culture* (Nueva York, 2008), p. 69; David M. Glantz, «The Red Army at War, 1941-1945: Sources and Interpretations», *Journal of Military History*, julio de 1998, pp. 595-617.

45. Horst Giertz, «Die Schlacht von Stalingrad in der sowjetischen Historiographie», en *Stalingrad: Mythos und Wirklichkeit*, p. 214; Samsonov, *Stalingradskaia bitva*.

46. Véase especialmente la serie de volúmenes *Russkii arkhiv: Velikaia Otechestvennaia*, ed. V. A. Zolotarev (Moscú, 1993-2002), con numerosos documentos de los Archivos Centrales del Ministerio de Defensa ruso. Dentro de la serie no aparece un volumen, en principio previsto, sobre la batalla de Stalingrado (vol. 4, pt. 2). *Organy gosudarstvennoi bezopasnosti SSSR v Velikoi Otechestvennoi voine. Sbornik dokumentov*, 5 vols. (Moscú, 1995-2007), se basa en documentos de los archivos FSB. *Stalingradskaia e˙popeia*, elaborado también por archivistas del FSB, ofrece nuevo y abundante material, y su lectura es indispensable para cualquier estudioso de la batalla. Lo mismo puede decirse de los documentos presentados en *Velikaia Otechestvennaia voina. 1942 god*, ed. T. V. Volokitina y V. S. Khristoforov (Moscú, 2012). Véanse también numerosos documentos publicados en las revistas *Rodina* (desde 1988) y *Istochnik* (1993-2003).

47. Konstantin M. Simonov, *Raznye dni voiny: Dnevnik pisatelia, 2 vols*. (Moscú, 2005); Grossman, *Gody voiny*. Véase también Vasili Chkalov, *Voennii dnevnik: 1941. 1942. 1943* (Moscú, 2004); Nikolai N. Inozemtsev, *Frontovoi dnevnik* (Moscú, 2005); Boris Suris, *Frontovoi dnevnik: Dnevnik, rasskazy* (Moscú,

2010); *Poslednie pis'ma s fronta*, 5 vols. (Moscú, 1990-1995); Alexsandr D. Shindel', ed., *Po obe storony fronta: Pis'ma sovetskikh i nemetskikh soldat 1941-1945 gg.* (Moscú, 1995). Véanse las bastante prosaicas cartas del General Rokossovski a su familia: «"Posylaiu miaso, muku, kartofel', maslo, sakhar i t. p." O chëm pisal s fronta Konstantin Rokossovskii» [«"Aquí os envío carne, harina, patatas, mantequilla, azúcar etc." Konstantin Rokossovski, desde el frente»], *Diletant*, 2012, no. 2: pp. 58-62. Con escasas excepciones, las cadenas de cartas escritas por un solo autor, una fuente fundamental para el estudio de la experiencia individual, no se han publicado. Entre las excepciones se incluyen: *Iz istorii zemli Tomskoi 1941-1945: Ia pishu tebe s voiny... Sbornik dokumentov i materialov* (Tomsk, 2001); *Pis'ma s fronta riazantsev-uchastnikov Velikoi Otechestvennoi voiny, 1941-1945 gg.* (Riazan', 1998).

48. En 2007 el Ministerio de Defensa puso en marcha un sitio web dedicado a todo el personal soviético que murió o desapareció en acción durante la Gran Guerra Patriótica y sus secuelas. Este sitio web, con opción de búsqueda incorporada, incluye documentos escaneados procedentes de varios archivos que arrojan luz sobre el destino y lugar de enterramiento de cualquier soldado determinado. Hasta la fecha se han puesto a disposición del público dieciséis millones de documentos escaneados, aunque el portal no especifica cuántos hombres y mujeres de los que prestaron servicio hay registrados. A día de hoy continúa expandiéndose. <www.obd-memorial.ru>.

49. Antony Beevor, *Stalingrad* (Londres, 1999), p. xiv.

50. Íbid., p. 431.

51. John Erickson, «Red Army Battlefield Performance, 1941-1945: The System and the Soldier», en *Time to Kill: The Soldier's Experience of War in the West, 1939-1945*, ed. Paul Addison y Angus Calder (Pimlico, 1997), p. 244; Frank Ellis, «A Review of Antony Beevor and Luba Vinogradova (ed. y trad.), «"A Writer at War": Vasili Grossman with the Red Army 1941-1945», *Journal of Slavic Military Studies* 20, no. 1 (2007): pp. 137-146.

52. *Stalingradskaia e˙popeia*, p. 222.

53. Beevor, *Stalingrad*, p. 200.

54. Íbid., pp. 87-88.

55. Refiriéndose a octubre de 1942, inmediatamente después de ser liberada por las tropas soviéticas, una mujer rusa de una aldea cercana a Rzhevsk se manifestó así acerca de los alemanes (estaba hablando a otros paisanos y no era consciente de

que un corresponsal de un periódico soviético estaba escuchando): «Y eso que nosotros antes creíamos que estos alemanes eran gente refinada […] ¡Había que ver con qué descaro se desvestían delante de mujeres, cómo salpicaban en el abrevadero, qué olor despedían cuando se sentaban a la mesa, y cómo orinaban dentro del refugio! Y cómo perseguían a las niñas y las jovencitas como sementales salvajes. Se echaban encima de ellas. […] Esa educación es más bien de presidiarios. Sinvergüenzas. […] ¿Se portan así en su país también?». Aleksei Surkov, «Zemlia pod peplem», en *Publitsistika perioda Velikoi Otechestvennoi voiny i pervykh poslevoennykh let* (Moscú, 1985), pp. 135-141. Entrevistado por los historiadores que fueron a Stalingrado, el teniente coronel Piotr Molchanov de la 36.ª División de Fusileros dijo: «Los alemanes se preparaban, obviamente, para atacarnos. Organizaron a sus soldados y atacaron. Para atacar hicieron lo siguiente: dejaron a un lado sus uniformes y se remangaron las camisas; muchos iban en paños menores, como bandidos. Así nos atacaron».

56. Catherine Merridale, *Ivan's War: The Red Army 1939-45* (Londres, 2005), p. 320.

57. Merridale, *Ivan's War*, p. 94.

58. Incluso Merridale admite que «la mayoría [de los soldados soviéticos] estaban más profundamente imbuidos en la ideología del régimen que los soldados de la Wehrmacht, ya que la propaganda soviética llevaba quince años tratando de introducirse en la conciencia de la nación para cuando Hitler accedió al poder en Berlín» (*Ivan's War*, p. 12).

59. Catherine Merridale, conferencia en el Harriman Institute, Columbia University, <http://www.c-spanvideo.org/program/191531-1>.

60. *The People's War: Responses to World War II in the Soviet Union*, ed. Bernd Bonwetsch y Robert W. Thurston (Urbana, IL, 2000); Elena S. Seniavskaia, *Frontovoe pokolenie: Istoriko- psikhologicheskoe issledovanie, 1941-1945* (Moscú, 1995); Amir Weiner, *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution* (Princeton, 2001); Lisa A. Kirschenbaum, *The Legacy of the Siege of Leningrad, 1941-1995: Myth, Memories, and Monuments* (Nueva York, 2006).

61. El reciente estudio de Roger Reese, por ejemplo, enumera una lista de motivaciones individuales para luchar a la vez que resta importancia al alcance de la movilización del régimen soviético. Roger R. Reese, *Why Stalin's Soldiers Fought: The Red Army's Military Effectiveness in World War II* (Lawrence, KS, 2011).

62. Overy, *Russia's War*, pp. 187-189; Merridale, *Ivan's War*, p. 160; Timothy Colton, *Commissars, Commanders, and Civilian Authority: The Structure of Soviet Military Politics* (Cambridge, MA, 1979), pp. 4-5, 60, 68; Mawdsley, *Thunder in the East: The Nazi-Soviet War, 1941-1945* (Londres, 2005), p. 213. Colton y Mawdsley destacan la omnipresencia del partido dentro del ejército. El punto de vista de Roger Reese es ambivalente: Roger R. Reese, *The Soviet Military Experience: A History of the Soviet Army, 1917-1991* (Nueva York, 2000), pp. 78, 126.

63. Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization* (Berkeley, CA, 1995), pp. 198-225.

64. Jochen Hellbeck, *Revolution on My Mind: Writing a Diary Under Stalin* (Cambridge, MA, 2006); Hellbeck, «Everyday Ideology», *Eurozine*, 22 de febrero de 2010; Hellbeck, ed., *Tagebuch aus Moskau, 1931-1939* (Múnich, 1996); Karl Schlögel, *Moscú, 1937* (Cambridge, MA, 2012).

65. Anna Krylova, *Soviet Women in Combat: A History of Violence on the Eastern Front* (Nueva York, 2010).

66. Respecto a estos ideales caracteriológicos, véase Katerina Clark, *The Soviet Novel: History as Ritual* (Chicago, 1981).

67. Lazar Lazarev, «Russian Literature on the War and Historical Truth», en *World War 2 and the Soviet People*, ed. John Garrard y Carol Garrard (Nueva York, 1993), p. 29; Bernd Bonwetsch, «War as a Breathing Space», en *The People's War*, pp. 137-153. Elena Iu. Zubkova, *Obshchestvo i reformy, 1945-1964* (Moscú, 1993), p. 19; Merridale, *Ivan's War*, pp. 338-340. La mayoría de estos estudios citan las memorias de la era post-Stalin como prueba de la emancipación de la sociedad soviética respecto al partido durante los años de la guerra.

68. Vasili Grossman, *Life and Fate*, traducida por Robert Chandler, (Nueva York, 2006).

69. *A Writer at War: Vasili Grossmann with the Red Army, 1941-1945*, edición de Antony Beevor y traducción de Luba Vinogradova (Londres, 2006), p. 34.

70. Vasili S. Grossman, *Gody voiny* (Moscú, 1989), p. 263.

71. Grossman volvió a recurrir al comsiario Shliapin como modelo para *Vida y Destino*. Tanto en el capitán Grekov, el defensor de la Casa 6/1, como en un comandante que predica «democracia y dureza», se reconocen rasgos del comisario.

72. Sobre los horizontes de Grossman durante la guerra y su desarrollo en el período de la posguerra, véase Jochen Hellbeck, «The Maximalist: On Vasili Grossman», *The Nation*, 20 de diciembre de 2010.

73. La proporción de militares en el Partido Comunista había aumentado hasta el 55 % en enero de 1944. Colton, *Commissars, Commanders, and Civilian Authority*, p. 16.

74. *Ideologicheskaia rabota KPSS na fronte, 1941-1945 gg.* (1960), pp. 253-254. El 14 de octubre de 1944, el Comité Central criticó la falta de «resiliencia política» entre muchos soldados del Ejército Rojo que eran nuevos para el partido y ordenó a la Administración Política Central intensificar su «formación ideológica y política». El decreto fue emitido la víspera de la ofensiva del Ejército Rojo en la Prusia oriental; los líderes soviéticos debían sentirse preocupados por la fiabilidad política de sus propios soldados una vez que entraban en tierra enemiga. Una destacada víctima de la nueva línea dura fue Lev Kopelev, más tarde disidente, que servía en el Ejército Rojo como especialista en propaganda enemiga. En abril de 1945 fue acusado en Alemania de «humanismo burgués» y cumplió casi diez años de condena por ello.

75. Robert MacCoun *et al.*, «Does Social Cohesion Determine Motivation in Combat? An Old Ques- tion with an Old Answer», *Armed Forces and Society* 32 (2006); Thomas Kühne, *Kameradschaft: Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert* (Göttingen, 2011). La tesis fue por primera vez planteada por Edmund Shils y Morris Janowitz, «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», *Public Opinion Quarterly*, verano 1948, pp. 280-315, basándose en sus entrevistas a los prisioneros de guerra alemanes. Samuel Stouffer *et al.*, *The American Soldier* (Princeton, NJ, 1949) parecía apoyarla con su estudio sobre los soldados americanos. Véase una perspectiva escéptica en Omer Bartov, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich* (Nueva York, 1991), especialmente p. 29-33.

76. Morris Janowitz y Stephen D. Westbrook, *The Political Education of Soldiers* (Beverly Hills, CA, 1983), pp. 196-198. Por la misma razón, el Ejército Rojo no siguió el modelo alemán de un ejército de reserva *(Ersatzheer)*, que se preocupaba de que los soldados que se reincorporaban tras una baja volvieran a sus unidades regionales (véase en p. 385 un oficial soviético que sugiere que el Ejército Rojo adopte el modelo alemán). Durante una reunión con corresponsales occidentales celebrada a principios de 1943, Alexander Shcherbakov, el jefe de la

Administración Política Central del Ejército Rojo, se mostró irritado cuando uno de los periodistas hizo referencia al tradicional valor militar de los rusos: «No me hable del alma rusa», replicó Shcherbakov, «le recomiendo que estudie al hombre soviético». Karel Berkhoff, *Motherland in Danger: Soviet Propaganda during World War II* (Cambridge, MA, 2012), p. 206. Los líderes nazis mantenían la idea del *Landsmannschaft* en parte por su esencia racial: su tierra común de procedencia contribuía a convertir a los reclutas alemanes en guerreros arios.

77. Jürgen Förster, «Geistige Kriegführung in Deutschland 1919-1945», en *Die deutsche Kriegsgesellschaft 1939-1945*, vol. 1, *Politisierung, Vernichtung, Überleben* (*Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 9/1), ed. Jörg Echternkamp (Múnich, 2004), p. 567.

78. Hacia el final de la guerra, las unidades de la Wehrmacht que luchaban en el este alcanzaron unas cifras de muertes aproximadas a las que el Ejército Rojo había sufrido hasta entonces. Según Omer Bartov, la aniquilación de los grupos primarios hizo que los mandos militares confiaran cada vez más en el adoctrinamiento ideológico para generar cohesión en el grupo, lo que a su vez explicó la «barbarización» de la contienda alemana en el este. Omer Bartov, *The Eastern Front, 1941-45: German Troops and the Barbarization of Warfare*, 2.ª ed. (Nueva York, 2001). Algunos críticos sostienen que la tesis de Bartov no explica mucho, dado que la lucha en el Frente del Este había sido extraordinariamente violenta desde el principio. Mark Edele y Michael Geyer, «States of Exception: The Nazi-Soviet War as a System of Violence, 1939-1945», en *Beyond Totalitarianism*, pp. 345-395, en p. 357. La labor ideológica llevada a cabo en la Wehrmacht no fue nada en comparación con el completo condicionamiento político imperante en el Ejército Rojo y otros ejércitos comunistas. Sobre esto último, véase Alexander L. George, *The Chinese Communist Army in Action: The Korean War and Its Aftermath* (Nueva York, 1967); Shu Guang Zhang, *Mao's Military Romanticism: China and the Korean War, 1950-1953* (Lawrence, KS, 1995), pp. 14-18; William Darryl Henderson, *Why the Vietcong Fought: A Study of Motivation and Control in a Modern Army in Combat* (Westport, CT, 1979).

79. Reese, *The Soviet Military Experience*, p. 4.

80. Orlando Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924* (Nueva York, 1998), p. 601.

81. Figes, *People's Tragedy*, p. 597.

82. Reese, *The Soviet Military Experience*, p. 4; Mark von Hagen, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship: The Red Army and the Soviet Socialist State, 1917-1930* (Ithaca, Nueva York, 1993).

83. Peter Holquist, «What's So Revolutionary About the Russian Revolution?», en *Russian Modernity: Politics, Knowledge, Practices*, ed. David L. Hoffmann y Yanni Kotsonis (Nueva York, 2000), pp. 87-111; Von Hagen, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship*; Reese, *The Soviet Military Experience*.

84. Peter Holquist, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921* (Cambridge, MA, 2002), pp. 232-240; Holquist, «Information is the Alpha and Omega of Our Work: Bolshevik Surveillance in Its Pan-European Context», *Journal of Modern History*, septiembre de 1997, pp. 415-460. Los censores militares leían solo una parte de las cartas enviadas al Ejército Rojo desde la «retaguardia».

85. Ortwin Buchbender y Reinhold Sterz, eds., *Das andere Gesicht des Krieges: Deutsche Feldpostbriefe, 1939-1945* (Múnich, 1983).

86. Dietrich Beyrau, «Avant-garde in Uniform», manuscrito (Tubinga, 2011); Colton, *Commissars, Commanders, and Civilian Authority*, p. 42.

87. A. G. Kavtaradze, *Voennye spetsialisty na sluzhbe Respubliki Sovetov, 1917-1920 gg*. (Moscú, 1988), pp. 170, 177.

88. *Kremlevskii kinoteatr 1928-1953. Dokumenty* (Moscú, 2005), pp. 951-981.

89. Krylova, *Soviet Women in Combat*, pp. 67-68.

90. Compárese con la entrevista al capitán Mijaíl Ingor de la 308.ª División de Fusileros: «Fue el 4 de octubre. La situación era alarmante. Los hitlerianos utilizaron sus carros para organizar un "ataque físico" contra el puesto de mando del 339.º Regimiento de Fusileros» (NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 71, d. 3). Véase también la entrevista con Alexander Parjomenko, pp. 374-375. La referencia archivística de la entrevista con un soldado se proporciona solo cuando se menciona por primera vez.

91. Isaak Babel, *1920 Diary*, ed. Carol J. Avins (New Haven, 1995), entradas del 14 de julio y 28 de agosto de 1920. En *Red Cavalry*, la recopilación de relatos breves de la guerra civil realizada por Babel, Timoshenko queda inmortalizado como el comandante de brigada Savitsky.

92. Evan Mawdsley, *The Russian Civil War* (Londres, 1987), pp. 88-92.

93. Iu. F. Boldirev u. V. P. Vyrelkin, «V ogne grazhdanskoi voiny. Tsaritsin i bor'ba na iugo-vostoke Rossii. 1918 g.», en Aktual'nye problemy istorii Tsaritsina nachala XX veka i perioda grazhdanskoi voiny (Volgogrado, 2001), p. 42.

94. A. L. Nosovich (A. Chernomorchev), *Krasnyi Tsaritsin. Vzgliad iznutri. Zapiski belogo razvedchika* (Moscú, 2010), pp. 28-29. El autor ya se había introducido en el movimiento rojo en la primavera de 1918 y sirvió como jefe de Estado Mayor en el distrito militar norte. En octubre de 1918 huyó para evitar ser descubierto. Publicó sus notas en el periódico *Rostov on Don*.

95. Véase el anuncio en el diario *Pravda*, 28 de marzo de 1942.

96. Citado en Samsonov, *Stalingradskaia bitva*, p. 153.

97. *Pravda*, 11 de noviembre de 1942, p. 1. *Krasnaia Zvezda*, 11 de noviembre de 1942, p. 1.

98. *Dokumenty o geroicheskoi oborone Tsaritsina v 1918 godu* (Moscú, 1942).

99. *Pravda*, 2 de mayo de 1931, p. 1.

100. Cita tomada de Richard Overy, *The Dictators: Hitler's Germany and Stalin's Russia* (NewYork, 2004), p. 465.

101. Overy, *Dictators*, p. 464.

102. V. A. Somov, «Dukhovnyi oblik trudiashchikhsia perioda Velikoi Otechestvennoi voiny», en *Narod i voina* (Moscú, 2010), pp. 333-335; David L. Hoffmann, «Mothers in the Motherland: Stalinist Pronatalism in Its Pan-European Context», *Journal of Social History* 34, no. 1 (2000): pp. 35-54; Hoffman, *Cultivating the Masses: Modern State Practices and Soviet Socialism, 1914-1939* (Ithaca, NY, 2011).

103. Hellbeck, *Revolution on My Mind*, pp. 92-93; Schlögel, *Moscú, 1937*, pp. 136-152. Oleg Khlevnyuk ve el miedo a la guerra como el principal desencadenante del gran terror en la década de 1930: Oleg Khlevnyuk, «The Objectives of the Great Terror, 1937-1938,» en *Stalinism: The Essential Readings*, ed. David Hoffmann (Oxford, 2003), pp. 81-104.

104. Vsevolod Vishnevskii, *Poslednii reshitel'nyi* (Moscú, 1931), citado en Overy, *The Dictators*, p. 462.

105. Overy, *Dictators*, 469f., pp. 474-476; Reese, *Soviet Military Experience*, pp. 85-92.

106. Reese, *Soviet Military Experience*, pp. 86-88; Mawdsley, *Thunder in the East*, p. 20f.

107. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 37a, 37b.

108. Mawdsley, *Thunder in the East*, p. 43.

109. Íbid., p. 29.

110. Íbid., pp. 58-59.

111. El T-34 es un carro de combate soviético de tamaño medio que empezó a construirse en 1940. Steve Zaloga/Leland S. Ness, *Red Army Handbook: 1939-1945* (Stroud, 1998), pp. 162-169. El Pe-2 es un bombardero soviético diseñado por Vladímir Petliakov que empezó a fabricarse a partir de 1941. Los soldados le apodaban el «Peschka», Valerii Bargatinov, *Kryl'ia Rossii: polnaia illiustrirovannaia e˙ntsiklopediia* (Moscú, 2005), pp. 493-494.

112. Mawdsley, *Thunder in the East*, p. 85.

113. Mark Harrison, *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II* (Londres, 1991), pp. 127-132.

114. Cifras tomadas de Mawdsley, quien pone en duda la información alemana de 3,35 millones de prisioneros de guerra (Mawdsley, *Thunder in the East*, p. 86).

115. Glantz, *Colossus Reborn*, p. 549f.

116. El 30 de noviembre de 1939, el Ejército Rojo atacó Finlandia después de que esta rechazara las reclamaciones territoriales soviéticas. La guerra terminó el 13 de marzo de 1940, con la cesión por parte de Finlandia de un 11 % de su área territorial. Durante la Guerra de Invierno el Ejército Rojo mostró una gran debilidad estratégica y táctica. No obstante, consiguió la victoria, pagada con una enorme pérdida de vidas.

117. Compare A. A. Cherkasov, «O formirovanii i primenenii v Krasnoi armii zagradotriadov», *Voprosy istorii* 2 (2003): pp. 174-175.

118. *Sovetskaia propaganda v gody Velikoi Otechestvennoi voiny*, ed. A. Ia. Livshin e I. B. Orlov (Moscú, 2007), p. 306.

119. Colton, *Commissars, Commanders, and Civilian Authority*, pp. 16-17, 21.

120. *Istoriia kommunisticheskoi partii Sovetskogo Soiuza*, vol. 5, bk. 1, 1938-1945 (Moscú, 1970), p. 284.

121. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 8, l. 50-58.

122. Nikolái Glamazda, entrevista (NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 9, ll. 24-34); véase también teniente coronel Afanasy Svirin, entrevista, pp. 186-238.

123. Vasili Zaitsev, entrevista, pp. 437-453.

124. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 9, ll. 24-34.

125. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 11.

126. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 2a, l. 42-70. Sobre el odio como motivación en el Ejército Rojo y sus efectos, véase Amir Weiner, «Something to Die For, a Lot to Kill For: The Soviet System and the Brutalization of Warfare», en *The Barbarisation of Warfare*, ed. George Kassimeris (Londres, 2006).

127. Véase Grossman, *Gody voiny*, p. 355; Chuikov, entrevista, pp. 325-355.

128. *Partiino-politicheskaia rabota v Sovetskikh Vooruzhennykh silakh v gody Velikoi Otechestvennoi voiny 1941-1945 gg. Kratkii istoricheskii obzor*, ed. K. V. Krainiukova, S. E. Zakharova, y G. E. Shabaeva (Moscú, 1968), p. 215.

129. A. M.Vasil'evskii, *Delo vsei zhizni* (Moscú, 1973), p. 233.

130. *Fritz, fritzes*: término de la jerga coloquial para referirse al soldado alemán.

131. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 9, l. 35-55.

132. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 14, l. 117-126.

133. Sobre Duka, véase pp. 279-284.

134. Glantz, *Colossus Reborn*, p. 380; *Istoriia kommunisticheskoi partii Sovetskogo Soiuza*, vol. 5, bk. 1, 1938-1945 (Moscú, 1970), p. 318.

135. Reese, *Soviet Military Experience*, p. 70; *Stalingradskaia ėpopeia*; V. Khristoforov, *Stalingrad: Organy NKVD nakanune i v dni srazheniia* (Moscú, 2008).

136. Overy, *Dictators*, p. 473; Glantz, *Colossus Reborn*, pp. 383-385.

137. El autor de la carta anónima se basaba en el apoyo a Stalin, porque retrataba el comportamiento de los hombres de la NKVD como contraproducente para el espíritu del mando único de Stalin en octubre de 1942. No se sabe nada de qué fue de él. *Sovetskaia povsednevnost' i massovoe soznanie, 1939-1945*, A. Ia. Livzhin y I. B. Orlov, eds. (Moscú, 2003), pp. 109-110. Para cuando se escribió esta carta, los Departamentos Especiales de la NKVD habían pasado a incorporarse a una organización de contrainteligencia denominada SMERSH (acrónimo ruso de «Muerte a los espías»), fundada en abril de 1943.Vadim J. Birstein, *Smersh: Stalin's Secret Weapon. Soviet Military Counterintelligence in WW II* (Londres, 2011).

138. Véanse pp. 285-292.

139. Véase nota 62.

140. *Sbornik zakonov SSSR i ukazov Prezidiuma Verkhovnogo Soveta SSSR. 1938 g.-iiun' 1956 g.* (Moscú, 1956), pp. 200-201.

141. La orden aparece publicada en *Stalingradskaia e˙popeia*, p. 423. Véase también Colton, *Commissars, Commanders, and Civilian Authority*, pp. 14, 60; Glantz, *Colossus Reborn*, pp. 381-382.

142. Entrevistas al teniente coronel Dubrovski y al comisario de batallón Stepanov.

143. Véase la entrevista con el general de división Burmakov, comandante de la 38.ª Brigada de Fusileros, respecto a la colaboración con su delegado político Leonid Vinokur. Véase también la fotografía en la que aparecen juntos Burmakov y Vinokur (p. 240).

144. Comandante de brigada Levikin y comisario de brigada IvánVasiliev, entrevistas.

145. Colton, *Commissars, Commanders and Civilian Authority*, p. 59.

146. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 16, l. 14-52.

147. Amnon Sella explica el precio que hubo que pagar por estas operaciones. Entre los soldados soviéticos caídos durante los primeros seis meses de la guerra había 500.000 miembros y candidatos del Partido Comunista. En total, tres millones de comunistas soviéticos murieron en la Gran Guerra Patriótica. Amnon Sella, *The Value of Human Life in Soviet Warfare* (Londres, 1992), pp. 157-158.

148. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 8, l. 29-49. En su exposición sobre las tropas de asalto soviéticas en Stalingrado, Beevor pasa por alto este aspecto político (*A Writer at War*, pp. 154-169). Durante la guerra civil, las unidades del Ejército Rojo que eran consideradas poco fiables se llenaron de comunistas para robustecer a la fuerza de combate. Reese, *The Soviet Military Experience*, p. 72.

149. Durante la guerra civil, los camaradas del partido fueron aclamados como el «fermento» del Ejército Rojo. Beyrau, «Avantgarde in Uniform».

150. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 4, l. 29-31.

151. «Geroicheskii Stalingrad», *Pravda*, 5 de octubre de 1942, p. 1.

152. Los agitadores eran activistas del partido específicamente encargados de formar a los soldados con un nivel de educación más bajo, utilizando métodos sencillos y gráficos. Berkhoff, *Motherland in Danger*, p. 3.

153. La batalla de Túnez, que comenzó en noviembre de 1942, fue parte de la campaña norteafricana llevada a cabo por tropas británicas, norteamericanas y francesas. Terminaría en mayo de 1943 con la derrota de las fuerzas del Eje. Más de

230.000 soldados alemanes e italianos fueron hechos prisioneros de guerra. Los aliados apodaron su victoria como «Tunezgrado».

154. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 16, l. 62-74.

155. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 8, l. 85-93.

156. Capitán Ivan Maksin, de la 308.ª División de Fusileros, entrevista, pp. 182-227.

157. «Comrade Koren», entrevista, p. 377.

158. Petrakov, entrevista, pp. 182-203.

159. Zayonchkovski, entrevista, pp. 461-483.

160. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 3a, l. 1-3.

161. Afanassiev se refería a la primera acción en combate de su batería de artillería en las batallas defensivas de Crimea de septiembre de 1941. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 15, l. 37-46.

162. Véase p. 187.

163. NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 80, d. 14. En 1941, el psicólogo soviético M. P. Feofanov escribió: «En una persona sin autocontrol, el miedo escapa al control de su voluntad. Ocupa el lugar de la razón [...] reduce la voluntad a su nivel más mínimo, el nivel de la voluntad impulsiva». M. P. Feofanov, «Vospitanie smelosti i muzhestva», *Sovetskaia pedagogika* 1941, no. 10:62. Véase también V. A. Kol'tsova, Iu. N. Oleinik, *Sovetskaia psikhologicheskaia nauka v gody Velikoi Otechestvennoi voiny (1941-1945)* (Moscú, 2006), p. 108.

164. Este énfasis, y con él la educación en la valentía, tenía raíces prerrevolucionarias. El general Mijaíl Dragomirov (1830-1905) ya había trabajado antes en inculcar una teoría moral entre las tropas zaristas basada en principios similares. Dragomirov creía que la esencia de la victoria radicaba en imponer la voluntad de uno sobre el enemigo. También consideraba el ataque con bayoneta como la acción decisiva en la batalla. Los paralelismos con las ideas bolcheviques de un «ataque psicológico» y la preferencia soviética por emplear el «hurra» como grito de guerra en los ataques de la infantería son obvias. Bruce Manning, *Bayonets Before Bullets: The Imperial Russian Army, 1861-1914* (Bloomington, IN, 1992), p. 41; Jan Plamper, «Fear: Soldiers and Emotion in Early Twentieth-Century Russian Military Psychology», *Slavic Review* 68, no. 2 (2009): pp. 259-283. Sobre el condicionamiento entre los soldados americanos y británicos en las dos guerras

mundiales véase Joanna Bourke, *Fear: A Cultural History* (Emeryville, CA, 2006), pp. 197-221.

165. NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 71, d. 15. Véase también entrevista con el teniente coronel. Alexéi Kolesnik (204.ª División de Fusileros): NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d.12, l. 22-25.

166. Las penas con las que amenazaba la Orden n.º 227 no eran para nada nuevas. Las unidades de bloqueo y los batallones de castigo habían venido existiendo en el Ejército Rojo desde su creación en 1918. Abolidos tras la guerra civil, volvieron a entrar en vigor durante las campañas militares en Extremo Oriente en 1938 y 1939, y de nuevo en la Guerra de Invierno con Finlandia. Volvieron a aparecer en diversos sectores del frente germano-soviético a partir de finales de junio de 1941. V. O. Daines, *Shtrafbaty i zagradotriady Krasnoi Armii* (Moscú, 2008); Cherkasov, «O formirovanii i primenenii v Krasnoi armii zagradotriadov». Lo que la Orden n.º 227 tenía de nuevo era su alcance: debía leerse ante todos los soldados del Ejército Rojo. Stalin se refería a la Orden n.º 227 como una copia de medidas disciplinarias que el ejército alemán aplicó a sus propios soldados durante los combates en torno a Moscú. Por esta razón, el historiador Mijaíl Miagkov afirma que en diciembre de 1941 el bando alemán instauró destacamentos de bloqueo. M. Iu. Miagkov, *Vermakht u vorot Moskvy 1941-1942* (Moscú, 1999), pp. 218-219. La literatura sobre este tema no contiene ninguna mención a estas medidas: Christian Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg: Front und militärisches Hinterland, 1941/42* (Múnich, 2009); Hürter, *Hitlers Heerführer*. Las unidades de bloqueo en el Ejército Rojo fueron abolidas en octubre de 1944.

167. Si los infractores eran soldados rasos, estos eran enviados a batallones de castigo; a los oficiales acusados de cobardía o deserción se les enviaba también a batallones de castigo pero distintos.

168. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 14, l. 112-116; véase también más adelante, pp. 77-80.

169. NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 57, d. 1, l. 1-11.

170. NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 80, d. 3.

171. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 2a, l. 29-41.

172. NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 80, d. 32.

173. Alexander Sheliubski, entrevista, NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 2a, l. 101-133.

174. La Orden n.º 227 abordaba este problema directamente: «Existe una falta de orden y disciplina en las compañías, regimientos y divisiones, en las fuerzas acorazadas, en los escuadrones de vuelo. Esta es actualmente nuestra deficiencia más grave. Necesitamos introducir en nuestro ejército el orden más estricto y una disciplina férrea si queremos salvar la situación y defender nuestra patria». *Prikazy narodnogo komissara oborony SSSR*, p. 277.

175. Véanse las entrevistas con Piotr Zayonchkovski y Alexander Sheliubski.

176. Actuando de esta forma, Kurvantiev cumplía escrupulosamente la Orden n.º 270 de agosto de 1941, que hacía un llamamiento a los soldados del Ejército Rojo, con independencia de su rango, a disparar a sus jefes si abandonaban sus posiciones.

177. Ayzenberg, entrevista.

178. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 12, l. 22-25.

179. Alexander Stepanov, entrevista, pp. 183-254.

180. Los soldados y oficiales de las unidades de castigo que «expiaban su culpa en la lucha contra los agresores alemanes» recibían un certificado de rehabilitación: <http://rkka.ru/idocs.htm>, véase en: dokumenty/lichnye/Spravka ob iskuplenii viny. Beevor afirma que la promesa de perdón que se hacía a los soldados condenados era ficticia, porque a los integrantes de los batallones de castigo se les dejaba desangrarse hasta morir. El caso que él cita de los oficiales del 51.º Ejército que fueron enviados a un batallón de castigo por error, deja claro no obstante que la Administración Política Central llevaba un seguimiento de la situación. Beevor, *Stalingrad*, p. 85.

181. Sobre las estimaciones de bajas véase John Erickson, «Soviet War Losses», en *Barbarossa: The Axis and the Allies*, ed. J. Erickson y D. Dilks (Edimburgo, 1994), p. 262; véase también Alex Statiev, «Penal Units in the Red Army», *Europe-Asia Studies*, vol. 62, no. 5 (julio de 2010): pp. 721-747, 740.

182. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 14, l. 160-170.

183. El Ejército Rojo incorporó a sus filas a más de un millón de personas con antecedentes delictivos a lo largo de toda la guerra. La mayoría de ellas fueron reclutadas antes de que se emitiera la Orden n.º 227 y enviadas a batallones de castigo. Statiev, «Penal Units in the Red Army», p. 731; véase también Steven A. Barnes, «All for the Front, All for Victory! The Mobilization of Forced Labor in the Soviet Union During World War II», *International Labor and Working-Class History*, Otoño de 2000, pp. 239-260.

184. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 9, l. 56-61.

185. Glantz, *Colossus Reborn*, pp. 547-551.

186. El autor escribió «cosacos», pero casi con toda seguridad quería decir kazajos. En primer lugar, esto responde a la confusión de esta nacionalidad con otros grupos étnicos del Asia Central (uzbekos y turcos) y, en segundo lugar, a la cuestionable lealtad de los cosacos, especialmente de los cosacos del Don, que apoyaron al Ejército Blanco en la guerra civil. En la Segunda Guerra Mundial, los cosacos lucharon en el Ejército Rojo y también del lado de la Wehrmacht. Por esta razón, la NKVD los agrupó en estadísticas independientes. RGAMO, f. 220, op. 445, d. 30a, l. 483. R. Krikunov, *Kazaki: Mezhdu Gitlerom i Stalinym. Krestovyi pokhod protiv bol'shevizma* (Moscú, 2005); Rolf-Dieter Müller, *An der Seite der Wehrmacht: Hitlers ausländische Helfer beim «Kreuzzuggegen den Bolschewismus» 1941-1945* (Berlín, 2007), pp. 207-212.

187. La 45.ª División, una unidad formada por 10.000 soldados en la primavera de 1942, incluía a 6.000 rusos, 850 ucranianos, 650 uzbekos, 258 kazajos y, en menor número, a bielorrusos, chuvasios y tártaros. En total, estaba compuesta por veintiocho nacionalidades. Serov, entrevista.

188. Karpov, entrevista, pp. 277, 285; véase también capitán Lukyan Morozov, entrevista, pp. 277-300.

189. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 11.

190. Bujarov, entrevista, pp. 277-300.

191. Rodímtsev, entrevista, pp. 358-377.

192. NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 53, d. 1b. Los oficiales de brigada de Stalingrado llevaban la cuenta del número de desertores soviéticos que cruzaban las líneas. Sus registros mostraban un número desproporcionado de desertores no eslavos, soldados procedentes del Asia Central y caucásicos, en concreto. Ellis, *Stalingrad Cauldron*, pp. 315-319.

193. Sobre el nacionalismo ruso en la guerra y su relación con el patriotismo soviético, véase Weiner, *Making Sense of War;* David Brandenberger, *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956* (Cambridge, MA, 2002).

194. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 29, l. 29-35.

195. NA IRI RAN, f. 2, raz. I, op. 80, d. 29.

196. V. S. Khristoforov, «Voina trebuet vse novykh zhertv: Chrezvychainye mery 1942 g.», en *Velikaia Otechestvennaia voina. 1942 god* (Moscú, 2012), pp. 173-222, en p. 192; *Stalingradskaia e˙popeia*, pp. 222-224. Las cifras proporcionadas por esta última fuente se extienden hasta mediados de octubre de 1942.

197. «Dokumenty organov NKVD SSSR perioda oborony Stalingrada», *Velikaia Otechestvennaia voina. 1942 god*, p. 456; V. S. Khristoforov, «Zagraditel'nye otriady», en *Velikaia Otechestvennaia voina. 1942 god*, pp. 473-494, en p. 486; *Stalingradskaia e˙popeia*, p. 223.

198. Estas palabras están tomadas de una apelación en el periódico del Ejército Rojo en la que se detallaba cómo debía aplicarse la Orden n.º 227 sin mencionar la orden secreta por su nombre. «Za nepreryvnuiu boevuiu politiches- kuiu rabotu!», *Krasnaia zvezda*, 9 de agosto de 1942, p. 1; véase también Khristoforov, «Zagraditel'nye otriady», p. 477.

199. Igal Halfin, *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial* (Cambridge, MA, 2003); Halfin, *Stalinist Confessions: Messianism and Terror at the Leningrad Communist University* (Pittsburgh, PA, 2009).

200. Ya en noviembre de 1941 el general Zhukov ordenó fusilar, delante de su propia unidad, al comandante y al comisario de una división que habían tratado de huir de los alemanes. Zhukov ordenó asimismo que todos los comandantes y responsables políticos del Ejército Rojo fueran informados de este hecho. Mawdsley, *Thunder in the East*, pp. 114-115.

201. Véase, por ejemplo, Daines, *Shtrafbaty*, pp. 131-135.

202. Mark Edele, *Soviet Veterans of the Second World War: A Popular Movement in an Authoritarian Society*, 1941-1991 (Oxford, 2008), pp. 115-117.

203. Khristoforov, «Voina trebuet vse novykh zhertv», p. 183.

204. Statiev, «Penal Units in the Red Army», p. 744. Este enfoque, escribe Statiev, remitía una vez más a la cultura política revolucionaria dentro del Ejército Rojo. La mayoría de los demás ejércitos modernos condenaban a los soldados a largas penas de prisión.

205. Las últimas publicaciones del general Valentin Khristoforov, jefe de los Archivos del FSB, documentan numerosas prácticas abusivas en el Ejército Rojo durante el periodo de guerra. El autor las comenta con indignación. Esto supone un cambio notable respecto a sus anteriores trabajos, que ensalzan a los «chequistas» por su labor «patriótica». Khristoforov, «Voina trebuet vse novykh zhertv», pp. 204-

210; Khristoforov, *Stalingrad. Organy NKVD nakanune i v dni srazheniia* (Moscú, 2008).

206. Krivosheev da una cifra exacta: 157.593 personas; un número similar («más de 157.000 sentencias de muerte») citan Vladimir Naumov y Leonid Reschin, y ha sido ampliamente aceptado por los especialistas como la cifra de ejecuciones llevadas realmente a cabo dentro del Ejército Rojo. Vladimir Naumov y Leonid Reschin, «Repressionen gegen sowjetische Kriegsgefangene und zivile Repatrianten in der USSR 1941 bis 1956», en *Die Tragödie der Gefangenschaft in Deutschland und der Sowjetunion*, 1941-1956, ed. Klaus-Dieter Müller *et al.* (Colonia, 1998), pp. 335-364, en p. 339; Merridale, *Ivan's War*, p. 136. Pero Krivosheev añade que una orden judicial especial suspendió más del 40% de todas las sentencias de muerte e hizo que en su lugar los convictos entraran a formar parte de los batallones de castigo (Krivosheev, *Rossiia i SSSR v voinakh XX veka*, p. 302). En otros lugares de la misma publicación, Krivosheev menciona «135.000 soldados ejecutados» (íbid., p. 43). Respecto a las sentencias de muerte, Naumov y Reschin creen que la mayoría fueron dictadas en la primera fase de la guerra y afectaron a soldados que habían sido temporalmente rodeados por los alemanes o hechos prisioneros.

Sigue sin quedar claro si las ejecuciones en el acto llevadas a cabo por los comandantes en el campo de batalla en respuesta a infracciones de los soldados se incluyen dentro de las estadísticas de la NKVD o no. Varias instancias –tribunales militares, los SMERSH y las «comisiones especiales» *(Osobye soveshchaniia)*– estaban autorizadas para ordenar las ejecuciones, y a día de hoy puede que aún no conozcamos el monto total. Los archivos de la fiscalía militar y otros documentos clasificados hasta la fecha sin duda arrojarán más luz sobre la materia.

207. *Stalingradskaia e˙popeia*, p. 380.

208. Estimulantes como el alcohol y las drogas psicotrópicas fueron utilizados en muchos ejércitos durante la Segunda Guerra Mundial, pero solo el Ejército Rojo los administró por decreto. A. S. Seniavskii y E. S. Seniavskaia, «Ideologiia voiny i psikhologiia naroda», en *Narod i voina:* 1941-1945 gg. *Izdanie podgotovleno k 65-letiiu Pobedy v Velikoi Otechestvennoi voine* (Moscú, 2010), p. 160; Sonja Margolina, *Wodka: Trinken und Macht in Russland* (Berlín, 2004), pp. 68-70.

209. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 8, l. 15-28.

210. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 5, l. 18.

211. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 14, l. 43-63.

212. Estas frases están grabadas en las paredes del memorial de la batalla de Stalingrado en Mamáyev Kurgán. Compárese con Jochen Hellbeck, «War and Peace for the Twentieth Century», *Raritan*, primavera de 2007, pp. 24-48.

213. Grossman, *Gody voiny*, p. 321.

214. Sobre Shumilov, véanse pp. 275-312. Los 55 minutos mencionados por Shumilov cubren toda la operación que describe, en la que el falso ataque tiene lugar a la mitad.

215. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 111, d. 1.

216. Svirin, entrevista, p. 187. Los hombres de Panfilov inspiraron uno de los primeros mitos de la Gran Guerra Patriótica. Veintiocho soldados destruyeron supuestamente dieciocho carros de combate enemigos en la defensa de Moscú; todos los hombres murieron. Investigaciones posteriores revelaron que al menos seis de los hombres de Panfilov habían sobrevivido y que más avanzada la guerra uno de ellos trabajó como oficial auxiliar de policía para los ocupantes alemanes. También se descubrió que un corresponsal de guerra del *Estrella Roja* se inventó el número de veintiocho así como parte de las últimas palabras de estos «héroes» soviéticos. N. Petrov y O. Edel'man, «Novoe o sovetskikh geroiakh», *Novyi Mir 6* (1997): pp. 140-151.

217. Véanse pp. 384-387.

218. Véase pp. 258-263, 274.

219. Gordov fue arrestado en 1947. El servicio secreto soviético había puesto micrófonos ocultos en su apartamento y grabado una conversación entre Gordov, su esposa y su ayudante, el general de división Filipp Rybalchenko, en la que Gordov hacía a Stalin responsable de los problemas económicos y sociales de la posguerra en la Unión Soviética. También hablaba de la necesidad de una mayor democracia. Gordov y Rybalchenko fueron acusados de traición y «restauración del capitalismo» y ejecutados en 1950. En 1954, un año después de la muerte de Stalin, fueron rehablitados. R. G. Pikhoia, *Sovetskii Soiuz: Istoriia vlasti. 1945-1991*, 2.º edición revisada. (Novosibirsk, 2000), pp. 39-41.

220. En la jerga de los psicólogos militares alemanes de la Segunda Guerra Mundial, Zaitsev habría sido considerado un afectado por el «temblor de guerra»; los aliados occidentales lo denominaban *shell shock.* Paul Lerner, *Hysterical Men: War, Psychiatry, and the Politics of Trauma in Germany*, 1890-1930 (Ithaca, NY, 2003). El discurso psicológico soviético en la Segunda Guerra Mundial interpretaba las heridas de guerra de una forma psicológica. El tratamiento iba dirigido a

desarrollar recursos psicológicos como la fuerza de voluntad y la conciencia moral. S. Rubenstein, «Soviet Psychology in Wartime», *Philosophy and Phenomenological Research*, diciembre de 1944: pp. 181-198. Véase el caso ya mencionado del miembro del Komsomol, Iliá Voronov.

221. Merridale, *Ivan's War*, pp. 56-58, 199, 262; Oleg Budnitskii, «Evrei na voine: Soldatskie dnevniki», *Lekhaim*, mayo de 2010, <http://www.lechaim.ru/ARHIV/217/budnitskiy.htm>; Mark Edele, «Toward a Sociocultural History of the Second World War», *Kritika* 15 (2014), no. 4: pp. 829-835.

222. Desde la firma de la alianza anglosoviética el 22 de mayo de 1942, los funcionarios soviéticos venían presionando claramente a Gran Bretaña y Estados Unidos para que abrieran un «segundo frente» en Europa occidental antes de final de año, a fin de aliviar la carga del Ejército Rojo, que prácticamente estaba luchando solo contra las fuerzas del Eje. Este segundo frente no se materializaría hasta junio de 1944. Véase *Allies at War: The Soviet, American, and British Experience, 1939-1945*, ed. David Reynolds, Warren F. Kimball, A. O. Chubarian (Nueva York, 1994).

223. *Stalingradskaia e˙popeia*, pp. 233-234, informe del 21 de octubre de 1942. Los diarios soviéticos de la época de la guerra son una fuente escasa pero interesante, ya que muestran la evolución del pensamiento de los individuos. Stepan Kalinin, comandante del distrito militar del Volga, llevaba un diario en el que criticaba duramente las deficiencias de la jefatura y los problemas de suministro en el Ejército Rojo a lo largo de 1941 y a principios de 1942. Cuando supo de la Orden n.º 227, él la interpretó como un llamamiento moral al orden que llevaba esperando mucho tiempo y se sintió aliviado (Kalinin fue acusado de llevar a cabo «propaganda antisoviética» y arrestado en 1944). Khristoforov, «Voina trebuet vse novykh zhertv», pp. 178-190. En un sentido similar, Vasili Grossman utilizó su diario para denunciar a los funcionarios del partido y del ejército que se dedicaban a beber y correrse juergas en lugar de ocuparse del mando. También criticaba a los civiles que ponían sus necesidades personales por encima de las de la sociedad. En todo momento él mantuvo una perspectiva moral y soviética de la guerra. Véanse también los diarios mencionados en la nota 47 y el diario confiscado comentado en *Stalingradskaia e˙popeia*, p. 207.

224. Khristoforov, «Voina trebuet vse novykh zhertv», p. 197. El informe llevaba fecha de 30 de septiembre de 1942.

225. Íbid.

226. Elizabeth Astrid Papazian, *Manufacturing Truth: The Documentary Moment in Early Soviet Culture* (De-Kalb, IL, 2009).

227. Las palabras de Serguéi Tretiakov se citan en Maria Gough, «Paris: Capital of the Soviet Avant-Garde», octubre, verano de 2002: p. 73; véase también *Literatura Fakta*, ed. N. F. Chuzhak (1929; Múnich, 1972), pp. 31-33; la idea de Tretiakov de «operativo» influyó profundamente en Walter Benjamin; véase más concretamente su ensayo, «The Author as Producer» (1934), en Walter Benjamin, *Reflections: Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*, Peter Demetz, ed. (Nueva York, 1986), pp. 220-238.

228. Frederick C. Corney, *Telling October: Memory and the Making of the Bolshevik Revolution* (Ithaca, NY, 2004), pp. 112-113, 126.

229. Katerina Clark, «The History of the Factories as a Factory of History», en *Autobiographical Practices in Russia*, ed. Jochen Hellbeck y Klaus Heller (Göttingen, 2004), pp. 251-254; Hans Günther, *Der sozialistische Übermensch: Maksim Gor'kij und der sowjetische Heldenmythos* (Stuttgart, 1983), p. 92; Papazian, *Manufacturing Truth*, p. 137.

230. Sobre el contexto político del trabajo editorial en el Proyecto Gorki, véase Serguéi Zhuravliov, *Fenomen «Istorii fabrik i zavodov»: Gor'kovskoe nachinanie v kontekste epokhi 1930-kh godov* (Moscú, 1997); Josette Bouvard, *Le métro de Moscou: La construction d'un mythe soviétique* (París, 2005).

231. Zhuravliov, *Fenomen*, p. 176. Gorki puso en marcha otros proyectos documentales: la historia de las ciudades soviéticas, la historia de la aldea, la historia de la cultura y de la vida diaria, y otros temas. Zhuravliov, *Fenomen*, p. 175.

232. Elaine MacKinnon, «Writing History for Stalin: Isaak Izrailevich Mints and the Istoriia grazhdanskoi voiny», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History 6* (2005), no. 1: pp. 20-21.

233. MacKinnon, «Writing History for Stalin».

234. Papazian sitúa el final del movimiento documentalista en el inicio del periodo de Stalin, con la promulgación del realismo socialista como una estética de carácter obligatorio. El espíritu, sin embargo, continuó; esto se reflejó no solo en el trabajo de la comisión de Mints durante la guerra, sino también en el proyecto documental *Un día en el Mundo*, lanzado por primera vez en 1935 y retomado veinticinco años más tarde. M. Gor'kii y M. Kol'tsov, eds., *Den' mira* (Moscú, 1937); *Den' mira: 27 sentiabria 1960 goda* (Moscú, 1960). El proyecto de 1960 a

su vez inspiró a la escritora germano-oriental Christa Wolf a iniciar un diario documental similar. Christa Wolf, *Ein Tag im Jahr: 1960-2000* (Múnich, 2003).

235. En 1930, el comandante del cuerpo de cosacos, Vitali Primakov, se casó con Liliya Brik, que había sido amante del poeta Vladimir Maiakovsky y conocida musa de la vanguardia artística. Pocos años después, Primakov fue víctima de las purgas efectuadas en el Ejército Rojo y confesó bajo tortura haber participado en una conspiración fascista antisoviética. Fue ejecutado en junio de 1937. En el recientemente publicado diario de Isaak Mints, que es en general bastante disperso, se excluyen los años del terror de Stalin y no se dice nada de estos hechos. I. I. Mints, «Iz pamiati vyplyli vospominaniia»: *Dnevnikovye zapisi, putevye zametki, memuary akademika AN SSSR* I. I. Mintsa (Moscú, 2007); véase también *K istorii russkikh revoliutsii: Sobytiia, mneniia, otsenki. Pamiati Isaaka Izrailevicha Mintsa* (Moscú, 2007).

236. Vívidamente descrito en el diario y los relatos cortos de Isaak Babel, otro judío que luchó en los Cosacos Rojos. Babel, *Konarmeiskii dnevnik 1920 g.*; Isaak Babel, *Red Cavalry* (Nueva York, 2003); MacKinnon, «Writing History for Stalin», pp. 11-13.

237. A. P. Sheliubski, «Bol'shevik, voin, uchënyi. (K 70-letiiu so dnia rozhdeniia akademika I. I. Mintsa)», *Voprosy istorii* 1966, no. 3: pp. 167-170; véase también la autobiografía de Mints en *K istorii russkikh revoliutsii*, pp. 221-222.

238. En la p. 4 del número del 13 de enero de 1943 del *Pravda* se publicó una crítica elogiosa del segundo volumen.

239. MacKinnon, «Writing History for Stalin», p. 29.

240. Íbid., p. 6, n. 2.

241. Al estilo de *Istpart*, los miembros supervivientes de la comisión se reunieron en 1984 en una velada para conmemorar la Gran Guerra Patriótica y rememoraron la fundación y el trabajo de la actualmente casi olvidada comisión. Naturalmente, había un estenógrafo presente para transcribir la verbalización de estos recuerdos. «Vstrecha sotrudnikov Komissii po istorii Velikoi Otechestvennoi voiny AN SSSR», *Arkheograficheskii Ezhegodnik za 1984 g.* (Moscú, 1986): pp. 316-319. El Archivo Estatal Ruso conserva grabaciones de la reunión. RGAFD, f. 439, op. 4m, no. 1-2. Todas las citas hacen referencia a dichas grabaciones.

242. Jochen Hellbeck, «Krieg und Frieden im 20. Jahrhundert», epílogo en Vasili Grossman, *Leben und Schicksal* (Berlín, 2007), pp. 1069-1085.

243. La carta al Comité Central que Mints recordaba haber escrito en julio de 1941 no pudo encontrarse en los archivos. Pero existen pruebas de otros proyectos documentales emprendidos por otras instituciones en el mismo momento. El 15 de julio de 1941, el Comisariado de Educación del Pueblo Soviético hizo un llamamiento a todo el personal de los museos para que recogieran materiales sobre la Gran Guerra Patriótica. Dicho llamamiento fue seguido de la Orden n.º 170 del 15 de noviembre de 1941, «Sobre la recogida de documentos y objetos de la Gran Guerra Patriótica». T. Timofeeva, «Istoricheskaia pamiat' i ee pamiatniki», en *Rossiiane i nemtsy v epokhu katastrof*, pp. 122-134, en pp. 127-128. Con independencia de las desastrosas pérdidas sufridas por el Ejército Rojo durante los primeros meses de la guerra, los expertos soviéticos al parecer creían que la verdad histórica estaba de su parte y que la guerra acabaría victoriosamente para ellos.

244. Rodric Braithwaite, *Moscú 1941: A City and Its People at War* (Nueva York, 2006); *Moskovskaia bitva v khronike faktov i sobytii* (Moscú, 2004).

245. E. N. Gorodetskii y L. M. Zak, «Akademik I. I. Mints kak arkheograf (K 90-letiiu so dnia rozh- deniia)», *Arkheograficheskii ezhegodnik za 1986 god* (Moscú, 1987): p. 136.

246. Mints, *Iz pamiati*, pp. 41-42.

247. *Moskovskaia bitva v khronike faktov i sobytii*, p. 246. Mints, *Iz pamiati*, p. 42 (entrada del diario correspondiente al 11 de diciembre de 1941). Sobre la historia y actividades de la comisión: D. D. Lotareva, «Komissiia po istorii Velikoi Otechestvennoi voiny i ee arkhiv: rekonstruktsiia deiatel'nosti i metodov raboty», *Arkheograficheskii ezhegod- nik za 2011 g*. (Moscú, 2014): pp. 123-166; A. A. Kurnosov, «Vospominaniia-interv'iu v fonde Komissii po istorii Velikoi Otechestvennoi voiny AN SSSR (Organizatsiia i metodika sobiraniia)», en *Arkheograficheskii ezhegodnik za 1973 g.* (Moscú, 1974): pp. 118-132; B. V. Levshin, «Deiatel'nost' Komissii po istorii Velikoi Otechestvennoi voiny, 1941-1945 gg.», en *Istoriia i istoriki: Istoriograficheskii ezhegodnik za 1974 g*. (Moscú, 1976); E. P. Michailova, «O deiatel'nosti Komissii po istorii Velikoi Otechestvennoi voiny sovetskogo naroda protiv fashistskikh zakhvatchikov v period 1941-1945 gg.,» en *Voprosy istoriografii vVysshei shkole* (Smolensk, 1975), pp. 352-359; I. S. Archangorodskaia y A. A. Kurnosov, «O sozdanii Komissii po istorii Velikoi Otechestvennoi voiny AN SSSR i eë arkhiva. (K 40-letiiu so dnia obrazovaniia)», en *Arkheograficheskii ezhegodnik za 1981 g.* (Moscú, 1982): pp. 219-229; A. M. Samsonov, «Vklad istorikov AN SSSR v izuchenie problemy Velikoi

Otechestvennoi voiny», *Vestnik AN SSSR 9* (1981): pp. 84-93; E. V. Vasnevskaia, «Vospominaniia-interv'iu o bitve pod Moskvoi», en *Arkheograficheskii ezhegodnik za 1983 g.* (Moscú, 1985): pp. 272-277; I. S. Arkhangorodskaia y A. A. Kurnosov, «Istorii voinskikh chastei v fonde Komissii po istorii Otechestvennoi voiny AN SSSR», en *Arkheograficheskii ezhegodnik za 1985 g.* (Moscú, 1986): pp. 174-181; A. A. Kurnosov, «Memuary uchastnikov partizanskogo dvizheniia v period Velikoi Otechesvennoi voiny kak istoricheskii istochnik. (Opyt analiza memuarov po istorii Pervoi Bobruiskoi partizanskoi brigady)», en *Trudy MGIAI, t. 16* (Moscú, 1961): pp. 29-55; A. A. Kurnosov, «Priemy vnutrennei kritiki memuarov. (Vospominaniia uchastnikov partizanskogo dvizheniia v period Velikoi Otechestvennoi voiny kak istoricheskii istochnik)», en *Istochnikovedenie.Teoreticheskie i metodicheskie problemy* (Moscú, 1969), pp. 478-505.

248. Mints, *Iz pamiati*, p. 42.

249. Arkadi Lavrovich Sidorov (1900-1966). Historiador del Instituto del Profesorado Rojo (1928). Sobre la vida posterior de Sidorov véase el capítulo 5.

250. Mints, *Iz pamiati*, p. 46f.

251. NA IRI RAN, f. 2, r. 14, d. 23, l. 16, 213.

252. NA IRI RAN, f. 2, r. 14, d. 7, l. 23-24; véase también A. A. Kurnosov, *Vospominaniia-interv'iu*, p. 122.

253. Mints, *Iz pamiati*, p. 49.

254. En febrero de 1943 la Academia de Ciencias registró el nuevo estatus de la comisión, pero el Partido Comunista no concedió su aprobación pese a la petición de ayuda de Alexandrov a Shcherbakov. RGASPI f. 17, op. 125, ed. cr. 204, l. 2.

255. Clark, «History of the Factories», p. 251, n. 1.

256. Mints, *Iz pamiati*, pp. 52-53.

257. Sheliubski, «Bol'shevik, voin, uchënyj».

258. I. I. Mints, «Dokumenty Velikoi Otechestvennoi voiny, ikh sobiranie i khranenie», en *80 let na sluzhbe nauki i kul'tury nashei Rodiny* (Moscú, 1943), pp. 134-150. Muchas de estas fuentes citadas por Mints se conservan en los archivos del Instituto de Historia Rusa de la Academia de Ciencias (NA IRI RAN, f. 2).

259. NA IRI RAN, f. 2, r. 14, d. 22, l. 45.

260. A. A. Kurnosov, «Vospominaniia-Interv'iu», p. 121.

261. NA IRI RAN, f. 2, razd. XIV, d. 7, l. 34-41 (no aparece fecha).

262. Kurnosov, «Vospominaniia-Interv'iu», pp. 125, 132.

263. NA IRI RAN, f. 2, razd. XIV, d. 7, l. 34-41.

264. Íbid.

265. Las cifras se refieren exclusivamente a las entrevistas realizadas en Stalingrado entre enero y marzo de 1943. Otros numerosos testigos de Stalingrado fueron entrevistados en meses posteriores y en otros lugares.

266. Kurnosov, «Vospominaniia-Interv'iu», p. 126.

267. E. V. Vasnevskaia, «Vospominaniia-interv'iu o bitve pod Moskvoi», in *Arkheograficheskii ezhegodnik za 1983* g. (Moscú, 1985): p. 272.

268. NA IRI RAN, f 2, razd. III, op. 5, d. 4, l. 1-2 (Batiuk); razd. I, op. 71, d. 11 (Pavlov); sobre Fugenfirov, Koshkarev, Rivkin, Smirnov, Stepanov y Svirin, véanse pp. 182-183.

269. Entrevista con el alférez Arnold Krastynsh. NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 80, d. 3.

270. Las 4.930 entrevistas transcritas contabilizadas por Kurnosov fueron llevadas a cabo desde 1942 a 1944 y no incluyen las transcripciones realizadas por la comisión en 1945. Kurnosov, «Vospominaniia-Interv'iu», p. 131; véase también *200 letAN SSSR: Spravochnaia kniga* (Moscú, 1945), p. 252.

271. Dos proyectos de entrevistas a gran escala emprendidos en Estados Unidos y en Gran Bretaña durante la década de 1930 sugieren que el impulso documental de la comisión de Mints puede haber formado parte de un fenómeno cultural más amplio. El Proyecto Federal de Escritores, en Estados Unidos, creado bajo los auspicios de la Dirección de Progreso Laboral en 1935, empleó a varios miles de escritores que recogieron información –gran parte de la cual por medio del relato oral– sobre la historia, folclore y vida cotidiana en Estados Unidos. David A. Taylor, *Soul of a People: The WPA Writers' Project Uncovers Depression America* (Hoboken, NJ, 2009). Por su parte, Gran Bretaña asistió a la fundación del Observatorio de masas en 1937, un proyecto no gubernamental cuyo objetivo era evaluar y activar el pulso político de los británicos de a pie en respuesta al auge del fascismo. Véase James Hinton, *The Mass Observers: A History, 1937-1949* (Oxford, 2013).

272. S. L. A. Marshall, *Island Victory* (Nueva York, 1944).

273. S. L. A. Marshall, *Men Against Fire: The Problem of Battle Command in Future War* (Washington, 1947).

274. Roger J. Spiller, «S. L.A. Marshall and the Ratio of Fire», *RUSI Journal: Royal United Services Institute for Defence Studies*, agosto de 1988: pp. 63-71; Richard Halloran, «Historian's Pivotal Assertion on Warfare Assailed as False», *New York Times*, 19 de febrero de 1989. Un funcionario contratado por el Centro de Historia Militar de las fuerzas armadas de Estados Unidos describe la técnica de entrevista de Marshall como revolucionaria.Stephen E. Everett, *Oral History Techiques and Procedures* (Washington, DC, 1992).

275. Notas y Declaración del Gobierno ruso sobre las atrocidades alemanas (Moscú, 1943), p. 19.

276. La «indignante nota» de Mólotov era, según Goebbels dejó anotado el 8 de enero de 1942, un intento «típicamente judío» de culpar a los alemanes de las atrocidades de los bolcheviques contra su propio pueblo. Un día después señalaba que «cuando se trata de atrocidades, los bolcheviques tienen tanto de lo que responder que los informes de sus propias atrocidades no pueden sacar ni a un perro de detrás de la estufa». *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*. Part 2: *Diktate 1941-1945*, vol. 3: enero-marzo 1942, ed. Elke Fröhlich (Múnich, 1995), pp. 70-71, 79.

277. Mints, *Iz pamiati*, pp. 52, 54.

278. Shchegoleva era una sagaz observadora. En su diario se hacía eco del corrosivo antisemitismo y el fanatismo de los ocupantes, que hacían comentarios desdeñosos de todas las cosas rusas y soviéticas. Cuando los alemanes se marcharon de Yasnaya Poliana pasadas seis semanas, habían convertido el que para Shchegoleva era un lugar sagrado en un establo, y habían cubierto de excrementos humanos los balcones de lo que había sido la residencia de Tolstói. Los trabajadores del museo lograron de milagro extinguir el fuego que los alemanes encendieron en su retirada. El diario fue publicado por capítulos en *Komsomol'skaia Pravda:* diciembre 18-24, 1941. Se conserva un ejemplar en NA IRI RAN, f. 2, r.VI, op. 4, d. 2.

279. *Sovetskaia propaganda v gody Velikoi Otechestvennoi voiny*, pp. 204-205.

280. E. Genkina, *Geroicheskii Stalingrad* (Moscú, 1943); V. G. Zaitsev, *Rasskaz snaipera* (Moscú, 1943).

281. Genkina, *Geroicheskii Stalingrad*, p. 76.

282. Antropólogos culturales y filósofos se refieren a esta incompatibilidad como el efecto Rashomon. Karl G. Heider, «The Rashomon Effect: When Ethnographers Disagree», *American Anthropologist*, n.s., marzo de 1988: pp. 73-81;

Marvin Harris, *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture* (Nueva York, 1979), pp. 315-324.

283. Las entrevistas con Chuikov, Rodímtsev y Aksionov tienen una extensión de hasta 10.000 palabras cada una; estas por tanto se presentan con algunos cortes.

CAPÍTULO 2: UN CORO DE SOLDADOS

1. Leningrado sería sitiada y dejada morir de hambre.

2. Las cifras son del archivo del Ministerio de Defensa Ruso (Pavlova, *Zasekrechennaia tra gediia*, p. 166). Basándose en fuentes alemanas, Beevor contabiliza 1.200 y 1.600 incursiones aéreas el 23 de agosto. Beevor, *Stalingrad*, p. 103.

3. Hubert Brieden, Heidi Dettinger y Marion Hirschfeld, *Ein voller Erfolg der Luftwaffe: Die Vernichtung Guernicas und deutsche Traditionspflege* (Nördlingen, 1997), p. 72.

4. Beevor, *Stalingrad*, p. 69; Janusz Piekalkiewicz, *Luftkrieg 1939-1945* (Munich, 1978), p. 138. En el libro de Rolf-Dieter Müller y Florian Huber, *Der Bombenkrieg 1939-1945* (Berlín, 2004), p. 248 se cita un número menor (1.500 muertos).

5. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, p. 167; Beevor, *Stalingrad*, p. 106.

6. Pavlova, *Zasekrechennaia* tragediia, pp. 154-160; entrevista con D. Pigaliov.

7. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, p. 137f. 8.

8. Íbid., p. 139.

9. Íbid., pp. 143-148.

10. Íbid., pp. 140-141, 159f., 166.

11. Beevor, *Stalingrad*, p. 106; Overy, *Russia's War*, pp. 166, 351 (n. 22) junto a otras referencias. La historiadora de Volgogrado Tatiana Pavlova considera estas cifras por debajo de lo que deberían ser (Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, p. 186).

12. Véase p. 140.

13. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, p. 202.

14. Íbid., p. 211. Ninguno de los reunidos la noche del 23 de agosto admite haber sido el «derrotista» que propuso la destrucción de las fábricas. En sus memorias,

Yeriomenko hace responsable de ello a Chuyanov; este a su vez escribió que los representantes de los ministerios fueron los que plantearon la propuesta y que él se había manifestado en contra. Véase A. I. Erëmenko, *Stalingrad: Zapiski komanduiushchego frontom* (Moscú, 1961), p. 139; A. S. Chuyanov, *Stalingradskii dnevnik* (1941-1943), 2.ª ed. rev. (Volgogrado, 1979), p. 157.

15. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, pp. 221-222.

16. Íbid., pp. 226-229.

17. Íbid., p. 225.

18. *Stalingradskaia bitva. E˙ntsiklopediia*, p. 214.

19. *Stalingradskaia bitva. E˙ntsiklopediia*, p. 148. La fábrica Octubre Rojo volvió a producir acero a partir de julio de 1943; la fábrica de municiones Barricadas reanudó la actividad en el otoño de 1944.

20. Véase un relato de este combate en «In the Line of the Main Drive», pp. 192-203, de Grossman.

21. *Stalingradskaia bitva.* E˙ntsiklopediia, pp. 374-376; Hans Wijers, *Der Kampf um Stalingrad. Die Kämpfe im Industriegelände, 14. Oktober bis 19. November 1942* (Brummen, 2001), p. 26.

22. Chuyanov, *Stalingradskii dnevnik*, p. 254.

23. René Fülöp-Miller, *The Mind and Face of Bolshevism: An Examination of Cultural Life in Soviet Russia* (Nueva York, 1965); Mark Steinberg, *Proletarian Imagination: Self, Modernity, and the Sacred in Russia*, 1910- 1925 (Ithaca, NY, 2002).

24. Kirschenbaum, *Legacy of the Siege of Leningrad*, pp. 64-65.

25. Fuente: NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 14, 21, 22; Chuyanov, *Stalingradskii dnevnik*, S. 90, 100f., 150, 212f., 380f. Respecto a Chuikov, véase p. 325. Mijaíl Vodolagin fue entrevistado en Stalingrado en junio de 1943.

26. Desde 1936 Stalingrado estaba formado por siete distritos. El distrito de Yermanski estaba situado en el centro de la ciudad.

27. Un quimógrafo es un aparato que produce representaciones gráficas de procesos físicos (por ejemplo, el latido del corazón, la respiración, contracciones musculares, etc.).

28. Se refiere al M-13, o BM-13, un lanzacohetes múltiple construido por la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. Los soldados soviéticos apodaron cariñosamente a los lanzacohetes Katiusha; las tropas alemanas los

denominaban el «órgano de Stalin» o el «órgano de Joseph», basándose en el parecido del diseño del lanzacohetes con un órgano de iglesia y con el sonido de los motores del cohete. Zaloga y Ness, *Red Army Handbook*, pp. 211-215; «Katiusha»,*Voennyi e˙ntsiklopedicheskii slovar'*, S. F. Akhromeev y S. G. Shapkin, ed. (Moscú, 1986), p. 323.

29. El Gobierno soviético decretó la creación de batallones de destrucción el 24 de junio de 1941. Constituidos con carácter militar e integrados por activistas soviéticos de confianza, su tarea consistía en proteger las líneas de comunicación y los objetivos industriales contra los saboteadores y agentes enemigos. Los batallones recibían formación militar y trabajaban bajo la supervisión de la NKVD o de funcionarios locales del partido. Muchas unidades se unieron formalmente al Ejército Rojo durante el curso de la guerra. S. V. Bilenko, *Na okhrane tyla strany. Istrebitel'nye batal'ony i polki v Velikoi Otechestvennoi voine 1941-45 gg*. (Moscú, 1988).

30. Un depósito de maquinaria y tractores era una empresa estatal dedicada a la propiedad y el mantenimiento de maquinaria agrícola para uso en las granjas colectivas. El equipamiento agrícola y el personal técnico escaseaba y por eso se compartía entre las granjas colectivas de una determinada región.

31. Demchenko se refiere a la desintegración dentro del Ejército Rojo.

32. Alexéi Adamovich Goreglyad (1905-1985) sirvió como representante del Comisariado del Pueblo de la Industria de Carros de Combate en la fábrica de tractores de Stalingrado (julio-septiembre de 1941) y más tarde fue ascendido a comisario del pueblo. K. A. Zalessky, *Stalin's Empire. A Biographical Encyclopedic Dictionary* (Moscú, 2000).

33. Olga Kuzminichna Kovalyova (1900-1942) comenzó a trabajar en la fábrica de Octubre Rojo en 1927. *Stalingradskaia bitva. E˙ntsiklopediia,* p. 193.

34. En 1940 *Pravda* informó de cuatro mujeres que trabajaban en uno de los altos hornos de la industria siderúrgica de Magnitogorsk: Tatiana Mijaílovna Ippolitova, y sus subordinadas S. S. Vasilieva, L. Spartakova y P. Tkachenko, *Pravda*, 7 de enero de 1940.

35. Las fuentes militares alemanas no mencionan nada sobre esto.

36. Pigaliov menciona en su entrevista 57 aviones.

37. Viktor Stepanovich Jolsunov (1905-1939), natural de Tsaritsin, comandó un escuadrón de las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil española y fue galardonado como Héroe de la Unión Soviética en 1937. Se mató en un accidente

aéreo. El monumento en su honor se construyó en 1940. Restaurado tras la guerra, todavía sigue en pie en su localización original en el centro de la ciudad. *Stalingradskaia bitva. E˙ntsiklopediia,* p. 432.

38. Asentamientos al sur de Stalingrado. El 13 de septiembre, el ataque alemán a través de Yelshanka hacia el río Volga dejó divididos al 62.º y al 64.º Ejército, ambos estacionados en el extremo sur. Samsonov, *Stalingradskaia bitva,* pp. 175-183.

39. Pavlova escribe que Chuyanov y su personal abandonaron la ciudad la noche del 13 de septiembre. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia,* p. 230.

40. Probablemente sea un error. El general de división Stepan Guriev estaba al mando de la 39.ª División Motorizada de Fusileros. El general de división Vasili Sokolov comandaba la 45.ª División de Fusileros (74.ª de la Guardia) del 62.º Ejército.

41. Lavrenti Beria (1899-1953) fue el jefe del aparato de seguridad soviética y la policía secreta (NKVD) durante la Segunda Guerra Mundial.

42. Durante su retirada huyendo de Napoleón, los mandos militares rusos se reunieron en la aldea de Fili, cerca de Moscú, en septiembre de 1812 y debatieron sobre si debían hacer frente al invasor o entregarle Moscú. León Tolstói describe esta reunión en *Guerra y paz.* Afirmando que la pérdida de Moscú no significaba la pérdida de Rusia, el comandante Mijaíl Kutuzov decidió dejar la capital a merced de Napoleón. En el caso de Stalingrado, el comité soviético argumentó en sentido contrario.

43. Sociedad para la Ayuda a la Construcción de la Defensa, Aviación y la Industria Química: una organización de voluntarios que existió en la Unión Soviética de 1927 a 1948. Véase también la p. 45.

44. La «Celebración de la Victoria» tuvo lugar el 4 de febrero 1943, en la plaza de los Héroes Caídos. A ella acudieron miles de soldados del Ejército Rojo así como funcionarios del partido y de la ciudad.

45. Kotelnikovo: localidad situada a 190 kilómetros al sudoeste de Volgogrado. Kotelnikovo cayó en manos de la Wehrmacht el 2 de agosto de 1942. Fue desde allí desde donde el grupo de pánzer del general Hoth trató de abrirse paso para llegar a las tropas alemanas rodeadas en Stalingrado en diciembre de 1942. El intento de Hoth fracasó, y las fuerzas soviéticas tomaron Kotelnikovo el 20 de diciembre de 1942.

46. Durante las primeras semanas siguientes a la liberación de la ciudad, la NKVD arrestó a 502 «traidores, agentes y cómplices» de los alemanes, entre ellos 46 agentes, 45 sospechosos de espionaje, 68 funcionarios de la policía y 172 individuos que habían colaborado voluntariamente con las fuerzas armadas alemanas (*Stalingradskaia e˙popeia,* pp. 406-407). En las aldeas de los alrededores, para el 1 de julio de 1943, se habían realizado ya 732 arrestos. Pavlova cree que hubo muchos más colaboradores que no fueron castigados por las autoridades soviéticas. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, pp. 412, 547.

47. Estas cifras corresponden, respectivamente, a Gerlach, «Militärische “Versorgungszwänge”, Besatzungspolitik und Massenverbrechen», p. 199; y Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, p. 460.

48. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, p. 291.

49. Íbid., p. 460.

50. Íbid., p. 461; *Pravda*y *Izvestiia* del 17 de octubre de 1942, donde se habla de ataques alemanes en la zona de la fábrica de municiones Barricadas el 4 de octubre de 1942.

51. Los alemanes, afirmó Speidel en el interrogatorio, también trataron «a toda costa de poner a los cosacos de su parte» (Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, pp. 307, 468). Mientras que Stalingrado en sí estaba en su mayor parte habitado por rusos, muchos cosacos vivían en las aldeas y granjas de la zona. Los funcionarios encargados de la ocupación alemana destacaban la «consanguinidad» de los cosacos con los pueblos arios y proclamaban a Piotr Krasnov– el comandante que había dirigido el ataque contra el Tsaritsin Rojo en 1918 y que vivía exilado en Alemania –como el liberador de los cosacos frente al yugo bolchevique. En el verano de 1942 esta propaganda no cayó en saco roto. Más adelante, el panorama cambió cuando los alemanes no cumplieron su promesa de abolir las granjas colectivas y cuando los aldeanos fueron testigos del maltrato a los prisioneros soviéticos de guerra. La jefatura soviética había evacuado a los hombres considerados aptos de los asentamientos cosacos de la región del Volga-Don para evitar una posible colaboración entre cosacos y alemanes. En este caso, la evacuación civil fue realizada a tiempo. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, pp. 321-331, 359; R. Krikunov, *Kazaki*.

52. *Stalingradskaia e˙popeia*, p. 396.

53. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, pp. 316-319, 363-364.

54. Los comunistas podían sobrevivir si se prestaban a denunciar a camaradas miembros del partido. Speidel probablemente murió a finales de 1943 en la prisión de Beketovka. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, pp. 314, 467, 469, 478-479.

55. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, pp. 304-305; Gert C. Lübbers, «Die 6. Armee und die Zivilbevölkerung von Stalingrad»,*Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 54 (2006), n.º 1: p. 115.

56. Gert Lübbers refuta la afirmación de Christian Gerlach de que la evacuación ordenada por el intendente general del ejército fuera dirigida a acabar con la población civil de Stalingrado. Pero su intento por humanizar las políticas del Gobierno Militar parece anacrónico: las fuentes que cita Lübbers se expresan en un lenguaje de cálculo burocrático. Basándose en las fuentes archivísticas rusas, Tatiana Pavlova describe detalladamente las condiciones inhumanas de la evacuación. Gerlach, «Militärische "Versorgungszwänge", Besatzungspolitik, und Massenverbrechen», pp. 200-202; Lübbers, «Die 6. Armee und die Zivilbevölkerung von Stalingrad», pp. 110-119; Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, pp. 485-508.

57. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, p. 496 (G. Scheffer, Feldpost 45955).

58. *Stalingradskaia e˙popeia*, p. 394. Pavlova cifra la población que permaneció en la ciudad en 30.000 personas. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, p. 527.

59. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, pp. 347, 527, 530-531.

60. Íbid., p. 533; *Stalingradskaia e˙popeia,* p. 394.

61. Pavlova, *Zasekrechennaia tragediia*, p. 539.

62. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 22, l. 66-71.

63. El elevador de grano, situado en las afueras de Stalingrado, fue construido en 1940. En su momento fue el edificio más alto de la ciudad. Cayó en manos de los alemanes, tras un combate encarnizado, el 22 de septiembre de 1942, y fue recuperado de nuevo el 25 de enero de 1943. Hecho de hormigón, el elevador es uno de los pocos edificios anteriores a la guerra que han sobrevivido hasta hoy en Volgogrado. *Stalingradskaiabitva. E˙ntsiklopediia*, p. 456.

64. La plaza Nueve de Enero, hoy en día plaza de Lenin, estaba localizada en la parte norte del centro de Stalingrado, cerca del río Volga, y fue fieramente disputada durante la batalla. Tanto la casa en forma de L como la Casa de Paulov daban a esta plaza. Véase Rodímtsev, entrevista, pp. 371-377; *Stalingradskaia bitva. E˙ ntsiklopediia*, p. 305.

65. Sobre Kotluban: Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, pp. 37-58, 168-183.

66. Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, p. 701; Chuikov, *Srazhenie veka*, p. 247.

67. Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, p. 980.

68. Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, p. 174. El 30 de septiembre de 1942, el general Rokossovski fue nombrado comandante del Grupo del Ejército del norte, a partir de ese momento llamado Frente del Don. En sus memorias, comenta las poco inspiradas operaciones llevadas a cabo por su predecesor, Yeriomenko, que continuó enviando divisiones de fusileros a realizar ataques frontales durante doce días seguidos. Konstantin K. Rokossovski, *Velikaia pobeda na Volge* (Moscú, 1965), p. 157.

69. Georgy K. Zhukov, *Vospominaniia i razmyshleniia* (Moscú, 2002), 2:78.

70. Wegner, *Der Krieg gegen die Sowjetunion*, p. 981.

71. Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, pp. 44, 50-51, 55, 177.

72. Íbid., pp. 322, 327-329.

73. Íbid., p. 359.

74. El piloto de cazas Herbert Pabst, citado en Wegner, *Der Krieg gegen die Sowjetunion*, p. 995.

75. Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, p. 542.

76. Íbid., pp. 542, 670.

77. Íbid., p. 636; véase también la entrevista con el comandante de división Ivan Liudnikov.

78. Orden del Führer del 17 de noviembre de 1942, en relación con la continuación de la conquista de Stalingrado por el 6.º Ejército, citada en Wegner, *Der Krieg gegen die Sowjetunion*, p. 997.

79. NA IRI RAN, f. 2, razd. I, d. 1-3, 5-8, 11, 14. Las entrevistas de Moscú fueron llevadas a cabo por E. B. Genkina y transcritas por O. A. Rosliakova; la entrevistadora en Laptievo fue P. M. Fedosov y la estenógrafa, M. P. Laputina. El comandante Piotr Mijaílovich Fedosov (1897-1974) fue comisario de batallón durante la Gran Guerra Patriótica. Sirvió en la Comisión Histórica desde su creación en diciembre de 1941. La hija de Fedosov, ex miembro del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias Rusa, ha realizado una investigación sobre su trabajo en la guerra para la comisión: E. P. Fedosova, «“Privezennyi material mozhet sluzhit” dlia napisaniia istorii...’», *Arkheograficheskii ezhegodnikza 2011 g.* (Moscú, 2014): pp. 167-176.

80. Leonty Nikolayevich Gurtiev (1891-1943) fue nombrado general de división el 7 de diciembre de 1942. Murió el 3 de agosto de 1943, durante la batalla por Oriol y recibió la condecoración de Héroe de la Unión Soviética a título póstumo.

81. El Fideicomiso Estatal de Pesca.

82. La Sociedad de la Cruz Roja Rusa fue fundada en 1854. En 1923 fue rebautizada como Unión de Sociedades de la Cruz Roja y la Media Luna Roja (la Cruz Roja Soviética). Entre sus actividades estaban la de enseñar primeros auxilios a la población e impartir formación médica a las enfermeras.

83. Nina Kokorina terminó la guerra en Berlín. Después de la guerra vivió en Sverdlovsk, donde presidió la asociación de veteranas. Murió en enero de 2010. N. Kriukova, «Chizhik: Medsestra iz soldatskoi pesni», *Tiumenskie izvestiia*, 27 de enero de 2010.

84. La Cheka (1917-1922) y la Administración Política Central (GPU en sus siglas en ruso, 1922-1934) fueron las organizaciones que precedieron a la NKVD (y más tarde, KGB), la policía estatal soviética.

85. Desde 1917 hasta 1932, el Sóviet Supremo de la Economía Nacional fue la autoridad central a cargo de la industria. Se disolvió en 1932, y sus funciones fueron transferidas a diversas ramas del Comisariado del Pueblo.

86. Kumalga: una estación de tren de la línea Uriupinsk-Volgogrado.

87. Samojvalovka: una aldea cercana a Kotluban.

88. Desde lo alto de estas colinas se defendió Tsaritsin en el verano y el otoño de 1918.

89. Arnold Meri (1919-2009) fue un soldado estonio que se alistó voluntario en el Ejército Rojo tras la invasión soviética de Estonia. En julio de 1941 resultó herido durante la defensa de Pskov y fue condecorado como Héroe de la Unión Soviética. De 1945 a 1949 presidió la organización del Komsomol estonio. En 2003 el fiscal del Estado estonio procesó a Meri por genocidio, acusándole de la deportación de 251 civiles estonios a Siberia después de la guerra. Meri negó las imputaciones. El presidente ruso Medvedev le concedió la Medalla del Honor a título póstumo en 2009.

90. Con toda probabilidad, Iliá Nikolayevich Kuzin (1919-1960) fue el líder de un grupo de demolicionistas de un destacamento partisano de Volokolamsk que pasó seis meses más allá de las líneas enemigas cercanas a Moscú. Kuzin encabezó personalmente unos 150 actos de sabotaje. Fue declarado Héroe de la Unión Soviética el 16 de febrero de 1942.

91. Zoya Anatolyevna Kosmodemianskaya (1923-1941) fue una Komsomol de Moscú que se alistó voluntaria en el movimiento de la guerrilla tras el estallido de la guerra. Su tarea consistía en prender fuego a los alojamientos alemanes al otro lado de las líneas del frente. Kosmodemianskaya fue descubierta por un guardia ruso y entregada a los alemanes. Fue torturada y ahorcada públicamente. Petrischchevo, el pueblo donde murió, fue liberado el 22 de enero de 1942. El periodista Piotr Lidov informó de la historia de la partisana pocos días después, en el *Pravda*, y el artículo se hizo famoso. Kosmodemianskaya fue condecorada como Heroína de la Unión Soviética el 16 de febrero de 1942.

92. Las armas está camufladas tras la línea de defensa. Dos o tres cañones con proyectiles perforadores esperan a que el enemigo complete su asalto y en ese momento empieza el fuego masivo por ambas partes. El fuego da comienzo a un contraataque de las tropas que salen de las trincheras. Véase «Kinzhal’nyi ogon’», *Bol’shaia sovetskaiae ̇ntsiklopediiantsiklopediia*, 2.ª ed. (Moscú, 1953), 21: p. 11.

93. Spartak fue una popular sociedad deportiva soviética de cooperativas industriales (establecida en 1935).

94. Véase más sobre Nikolai Kosyj en *Sibiriaki na zashchite Stalingrada* (Novosibirsk, 1943).

95. El 18 de septiembre de 1942, el comisario Petrakov escribió una carta a su hija: «¡Mila, mi niña de ojos negros! Con esta carta te envío una flor de aciano [...]. Imagínate: hasta en el fragor de la batalla, entre proyectiles que explotan y destrucción por todas partes, crece una flor [...]. Y, luego, la siguiente explosión, la arranca. Yo la he cogido y la he metido en el bolsillo de la camisa. La flor estaba creciendo, buscando el sol, pero la fuerza de la explosión ha destruido las flores, y si yo no la hubiera cogido, la habrían pisoteado. Eso es lo que los fascistas hacen con los niños de los pueblos; matan y pisotean a los niños [...]. ¡Mila! Tu papá, Dima, luchará hasta la última gota de su sangre, hasta su último aliento, para que los fascistas no te traten a ti como a esta flor. Lo que no entiendas, te lo explicará mamá». La carta fue publicada por primera vez en 1957 en *Rabotnitsa.* Aquel mismo año se inauguró el monumento conmemorativo del Campo del Soldado, al oeste de Volgogrado. Entre las innumerables tumbas se yergue una estatua de bronce de una niña que tiene una flor de aciano en sus manos. A sus pies hay una piedra triangular con la forma de una carta del Ejército Rojo en la que están grabadas las palabras del comisario Petrakov a su hija. *Stalingradskaia bitva. E ̇ ntsiklopediia*, p. 355.

96. Georgi Maximilianovich Malenkov (1901-1988), uno de los más estrechos ayudantes de Stalin, fue miembro del Comité de Defensa Estatal durante la guerra. En calidad de tal, viajó a Stalingrado en agosto de 1942 para inspeccionar las defensas de la ciudad.

97. Kirill Semenovich Moskalenko (1902-1985). Comandante del 1.º Ejército de la Guardia.

98. Boris Petrovich Shonin (1918-1942), subsecretario político del 339.º Regimiento de Fusileros de la 308.ª División, galardonado con la Orden de la Estrella Roja y la Orden de Lenin. Las hazañas de Shonin fueron documentadas por el capitán Ingor, en su entrevista: M. Ingor, *Sibiriaki: Stalingradtsy* (Moscú, 1950), pp. 22-26.

99. Vasili Anufriyevich Zhigalin (1910-1942). Teniente, adjunto al secretario político del regimiento. Caído el 27 de octubre de 1942 en Stalingrado (detalles en <www.obd-memorial.ru>).

100. Semion Grigorievich Fugenfirov (1917-1942). Adjunto al secretario político del regimiento. Muerto a causa de sus heridas el 29 de octubre de 1942 en Stalingrado (detalles en <www.obd-memorial.ru>).

101. En referencia a una carta abierta a Stalin escrita por cientos de soldados del Ejército Rojo la víspera del día de la revolución, en noviembre de 1942. Los soldados juraron defender Stalingrado hasta la última gota de su sangre. Esta carta fue publicada en *Pravda* el 6 de noviembre de 1942, p. 1.

102. Probablemente, Projor Vasilievich Kayukov (1914-1942), que murió en Stalingrado en octubre de 1942, según <www.obd-memorial.ru>.

103. El capitán Ingor escribe que antes de la guerra, Zoya Rokovanova enseñaba literatura rusa en un colegio. En el frente organizaba sesiones de lectura bajo el lema «¡La vida es magnífica!». Las lecturas versaban sobre la vida del escritor revolucionario Nikolái Chernyshevsky (1828-1889), de cuyos escritos habían obtenido el lema. Rokovanova hacía que le enviaran libros desde Omsk para preparar las sesiones de lectura. Después de las sesiones, distribuía resúmenes escritos entre los soldados. M. Ingor, *Sibiriaki-gurt'evtsy-gvardeitsy* (Omsk, 194?), pp. 44-46. La fecha de publicación del volumen, 1941, es una errata.

104. Se refiere a un avión alemán, probablemente un cazabombardero Focke-Wulf.

105. El «Llamamiento de los participantes en la defensa de Stalingrado» fue publicado en el periódico del ejército *Por nuestra victoria. Za nashu pobedu*, 2 de octubre de 1942.

106. El libro fue publicado en 1943 bajo el título *Sibiriaki na zashchite Stalingrada* (OGIZ, 1943). En él se incluían los relatos: A. Svirin, «Sibiriaki v boiakh za Stalingrad»; V. Grossman, «Napravlenie glavnogo udara»; V. Belov, «Bogatyri Sibiri»; M. Ingor, «Leitenant Boris Shonin»; M. Ingor, «Artillerist Vasili Boltenko»; V. Belov, «Vasili Kalinin», y algunos más.

107. Grossman, *Gody voiny*, pp. 388-399.

108. *Krasnaia zvezda*, 25 de noviembre de 1942, p. 3. Grossman habló con los soldados de la 308.ª División de Fusileros antes de que comenzara la contraofensiva del 19 de noviembre de 1942. En ediciones posteriores, el ensayo fue ligeramente alterado para anunciar la victoria soviética. Grossman, *Gody voiny*, pp. 49-61.

109. Grossman, *Gody voiny*, p. 365.

110. La mayoría de las entrevistas fueron llevadas a cabo a bordo de los barcos de la flotilla del Volga, que quedaron desperdigados tras la batalla de Stalingrado: para llevar a cabo las entrevistas, los historiadores tuvieron que viajar hasta Kuibishev (actualmente Samara), Sarátov, Sarepta (cerca de Stalingrado) y Chorny Yar (cerca de Astracán).

111. La división fue reforzada tras perder el 80 % de su personal en los combates al este de Ucrania del verano de 1942. Isaac Kobilianski, «Memories of War, Part 2», *Journal of Slavic Military Studies*, diciembre de 2003: p. 147. En abril de 1943 la división fue rebautizada como 87.ª División de Fusileros de la Guardia.

112. *Stalingrad 1942-1943. Stalingradskaia bitva v dokumentakh* (Moscú, 1995), p. 192. Latoshinka forma hoy parte de las afueras del norte de Volgogrado. Durante la guerra, la aldea recibió a menudo el nombre de Latashanka. Aquí hemos estandarizado la grafía.

113. Tsentral'ny arkhiv Ministerstva oborony Rossiiskoi Federatsii, f. 1247. op.1. d.10. l. 105.

114. Samsonov, *Stalingradskaia bitva*, p. 240.

115. Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, p. 522.

116. Al parecer, la maniobra fue aplazada veinticuatro horas. Véase también Oleinik, entrevista.

117. Las citas de los informes del Estado Mayor soviético y la Wehrmacht alemana se han tomado de *Stalingradskaia bitva. Khronika, fakty, liudi* (Moscú, 2002), 1: pp. 827-842.

118. *Stalingrad 1942-1943*, pp. 187-188. El documento lleva las firmas de Yeriomenko, Jruschov y Varennikov.

119. *Stalingradskaia bitva. Khronika, fakty, liudi*, 1: p. 842.

120. Wolfgang Werthen, *Geschichte der 16. Panzer-Division*, *1939-1945* (Bad Nauheim, 1958), pp. 106-108, 110.

121. Werthen, *Geschichte der 16. Panzer-Division*, p. 116; Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, pp. 521-524.

122. *Stalingrad 1942-1943*, pp. 183-184, 187; véase también Zaginailo, entrevista.

123. *Stalingrad 1942-1943*, p. 192.

124. Erëmenko, *Stalingrad*, p. 248. Una reciente publicación rusa identifica las pérdidas de la operación de desembarco pero señala también que el batallón soviético «había destruido entre diez y quince carros de combate enemigos y un batallón de infantería del enemigo». Por otra parte, apunta que la acción sirvió para ocultar con éxito los preparativos soviéticos para la Operación Urano (*Stalingradskaia bitva*, pp. 224-225). No obstante, este no fue nunca un objetivo explícito de esta maniobra de desembarco.

125. Isaak Kobilianski, *Priamoi navodkoi po vragu* (Moscú, 2005), cap. 5.

126. NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 80, d. 3, 7-8, 12, 16, 28, 32, 80. Las entrevistas en las que constan las fechas fueron grabadas entre el 18 y el 28 de julio de 1943. Los entrevistadores fueron Vasili A. Divin, Filipp St. Krinitsyn, y Nikolái P. Mazunin, y los estenógrafos, Ye. S. Dassayeva y V. Shinder. Este último, según consta, sirvió como marinero en la Flota Roja.

127. El coronel (y desde diciembre de 1942 general de división) Serguéi Fiodorovich Gorojov (1901-1974) estaba al mando dela 124.ª Brigada Independiente de Fusileros y el Grupo Norte del 62.º Ejército.

128. La bahía Shadrinski se encuentra en la margen este del Volga, frente al asentamiento, situado en la margen oeste del río.

129. Hoy en día el pueblo se encuentra junto al puerto de carga del Volga.

130. Srednye-Pogromnoye es un pequeño pueblo de la margen izquierda del río Ajtuba.

131. En otro momento de la entrevista, Zaginailo dijo sobre él: «Fiodorov es un jefe asombrosamente tranquilo; no grita, no se pone nervioso, explica sus órdenes con claridad».

132. Es posible que Oleinik confundiera kazajos con bashkires. Antes de la maniobra de desembarco, la división se reabasteció en Bashkiria, probablemente con efectivos locales.

133. Nikolái Nikitich Zhuravkov (1916-1998).

134. Se refiere al Nebelwerfer 41, calibre 15 mm, de seis bocas, que los soldados soviéticos denominaban Vanyusha en contraste con su Katiusha.

135. Anton Grigorievich Lemeshko. Teniente de la Guardia, comisario del Grupo Norte de la flotilla del Volga.

136. Probablemente Ivan Mijaílovich Piorishkin.

137. La brigada luchó hasta septiembre de 1942 en Stalingrado, primero como parte del 64.º Ejército y luego del 62.º, el 57.º y el 51.º Ejércitos, antes de reincorporarse al 64.º Ejército en enero de 1943. Véase la entrevista con Burmakov; *Stalingradskaia bitva. E˙ ntsiklopediia,* p. 401.

138. Friedrich Roske (1897-1956). Anteriormente, jefe de regimiento en la 71.ª División de Infantería. Sucedió al general Alexander von Hartmann como comandante de división el 26 de enero de 1943, tras su muerte. Según varios testigos, Hartmann había querido «morir como un héroe»: fue caminando hasta la línea de batalla con la frente bien alta y recibió un disparo en la cabeza. Kehrig, *Stalingrad*, p. 533; Torsten Diedrich, *Paulus: Das Trauma von Stalingrad* (Paderborn, 2008), p. 289.

139. Akte Dobberkau (p. 2), en RMAHirst Collection, Archivos de la Institución Hoover (Universidad de Stanford), Caja 10.

140. Diedrich, *Paulus*, p. 285.

141. Íbid., pp. 289-291.

142. Kehrig, *Stalingrad*, p. 542f.

143. En 1860, el 65 % de los oficiales del ejército prusiano procedían de la nobleza. Hasta 1913, la proporción de oficiales aristócratas del Ejército Imperial era del 30 %. En 1918, el 21,7 % de los generales era aristócratas. Tras la toma nazi del poder, el porcentaje volvió a declinar. En 1944, el 19 % de todos los generales eran de origen noble. Bartov, *Hitler's Army*, p. 43.

144. La escena de Beketovka fue captada en el documental *Stalingrad* (dirigido por Leonid Varlamov, 1943). El narrador denominó correctamente al comandante alemán como «Friedich Paulus». Sin embargo, en sus memorias de 1972, Leonid Vinokur repitió el título «Von Paulus». L. Vinokur, «Plenenie fel'dmarshala

Paulyusa», *Raduga: Organ Pravleniia Soiuza pisatelei Ukrainy,* 1972, no. 2: pp. 145-148.

145. El general del ejército Shumilov procedía de pobres familias campesinas, así como también los capitanes Ivan Morozov y Lukián Bujarov. Ambos negociaron con los generales Schmidt y Roske en el sótano de los grandes almacenes. Véanse las entrevistas con Shumilov, Morozov y Bujarov.

146. Fritz Roske, manuscrito de «Stalingrad», 1956. Del archivo particular de Bodo Roske, Krefeld. Presentado en versión abreviada en *Die 71. Infanterie-Division im Zweiten Weltkrieg 1939-1945,* ed. Arbeitsgemeinschaft «Das Kleeblatt» (Hildesheim, 1973), pp. 299-300.

147. Cita tomada del documental de televisión *Stalingrad: Eine Trilogie* (2003). El comandante de Stalingrado informaba de la captura de un grupo de alemanes encontrados en un refugio el 11 de marzo de 1943 (Demchenko, entrevista).

148. Sobre el papel de los voluntarios europeos que se unieron a la Wehrmacht, véase Hans Werner Neulen, *An deutscher Seite: Internationale Freiwillige von Wehrmacht und Waffen-SS* (Múnich, 1985); Müller, *An der Seite der Wehrmacht.*

149. Burmakov era coronel en el momento de la batalla y no sería ascendido a general de división hasta el 1 de marzo de 1943.

150. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 11, 14-15.

151. Hace referencia a la Operación Anillo, iniciada el 10 de enero de 1943. Véanse pp. 21-23.

152. Duka quería decir «¡Entreguen las armas!» *(«Geben Sie Ihre Waffen!»)*, pero se confundió y dijo: «¡Entreguen a los guardias!».

153. Esto queda confirmado por Kehrig en *Stalingrad,* pp. 542-543.

154. La plaza Roja estaba junto a la plaza de los Héroes Caídos. Varios mapas alemanes de la época de la guerra muestran solo la plaza Roja en el centro de la ciudad, omitiendo la aún más grande plaza de los Héroes Caídos. La plaza Roja desapareció en la reconstrucción de Stalingrado llevada a cabo durante la posguerra.

155. Podía tratarse de Boris V. Neihardt, traductor del 51.º Cuerpo del Ejército. A la vista de una posible rendición a los soviéticos, Neihardt recibió la orden de ponerse al servicio del mando del Ejército el 22 de enero de 1943. Kehring, *Stalingrad*, p. 539.

156. Ivan Adreyevich Laskin (1901-1988) fue jefe de Estado Mayor del 64.º Ejército entre septiembre de 1942 y marzo de 1943. En 1941, Laskin había

comandado una división de fusileros en el frente suroccidental y logró salir con éxito de un cerco de las tropas alemanas. En diciembre de 1943, la NKVD se enteró de que de hecho los alemanes habían capturado e interrogado a Laskin, pero él logró volver a escapar. (Tras su fuga había guardado silencio al respecto.) El general de división, que había recibido condecoraciones soviéticas y estadounidenses por su papel en la captura del mariscal de campo Paulus, fue detenido, acusado de traición y espionaje, y tras una prolongada serie de interrogatorios que se dilató varios años –fue condenado a quince años de cárcel. El fundamento de ese severo trato era la Orden n.º 270 promulgada por Stalin en agosto de 1941. Laskin fue puesto en libertad en 1952 con motivo de una amnistía, y rehabilitado en 1953. Naumvov y Reschin, «Repressionen gegen sowjetische Kriegsgefangene und zivile Repatrianten in der USSR 1941 bis 1956», p. 339.

157. En sus memorias, publicadas en 1972, Vinokur relata su llegada a los grandes almacenes conforme a los hechos que se describen aquí, pero le da un sesgo distinto al encuentro con los cientos de soldados alemanes armados en el patio del edificio: «Los alemanes estaban apiñados en un rincón hablando entre ellos. Tan solo se les entendían fragmentos o palabras aisladas: *“Kamrad, Kamrad, Hitler kaput! Paulus kaput, kaput”*. Nuestros oficiales y nuestros soldados hablaban con descaro, con valentía, con dignidad. Daba la impresión de que capturar generales fascistas era un asunto cotidiano». (L. Vinokur, «Plenenie fel’dmarshala Pauliusa», p. 146). La entrevista a Vinokur de 1943 transmite lo amenazado que se sentía rodeado por alemanes armados. Las memorias omiten ese sentimiento, y dan una imagen anacrónica de los alemanes derrotados intentando congraciarse con sus oponentes soviéticos superiores.

158. Paulus estaba en otra habitación. Gurov confunde al altísimo mariscal de campo con Roske, que era más bajo. «Roske era bajo y delgado. Paulus era más bajo, pero más corpulento.»

159. En la parte final de la entrevista, Vinokur vuelve a mencionar la escena: «Estuve hablando por medio del intérprete. Fui a la habitación de Roske. Dije: [sic]. Él dijo lo mismo. Eso le gustó. Me preguntó si quería sentarme». Sería estupendo saber qué palabra o palabras utilizó Vinokur para saludar al oficial alemán. La estenógrafa no lo menciona, ¿acaso acertadamente?

160. Emka: limusina M-1 soviética, llamada coloquialmente «tipo M».

161. Durante la Guerra de los Siete Años, las tropas rusas y austriacas ocuparon Berlín durante unos días en octubre de 1760.

162. Probablemente a Shumilov le preguntaron si le había preguntado a Paulus por qué no se había suicidado.

163. Establecer un «nuevo orden» espacial y moral en Europa y el mundo era el objetivo explícito de las potencias del Eje: Alemania, Italia y Japón. Mark Mazower, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century* (Londres, 1998), pp. 143-146.

164. Probablemente es una alusión al comandante Demchenko, el gobernador militar de la ciudad de Stalingrado, véase p. 121.

CAPÍTULO 3: NUEVE RELATOS DE LA GUERRA

1. W. I. Chuikov, *Legendarnaia shestdesiat vtoraia* (Moscú, 1958); Chuikov, *Nachalo puti*, ed. I. G. Paderina (Moscú, 1959); Chuikov, *Vystoiav, my pobedili. Zapiski komandarma 62-i* (Moscú, 1960); Chuikov, *180 dnei v ogne srazhenii. Iz zapisok komandarma 62-i* (Moscú, 1962); Chuikov, *Besprimernyi podvig. O geroizme sovetskikh voinov v bitve na Volge* (Moscú, 1965); Chuikov, *Srazhenie veka* (Moscú, 1975); *Stalingrad. Uroki istorii. Vospominaniia uchastnikov bitvy*, ed. W. I. Chuikov (Moscú, 1976).

2. Chuikov, *Srazhenie veka*, pp. 108-109.

3. Walter Kerr, *The Russian Army: Its Men, Its Leaders, and Its Battles* (Nueva York, 1944), p. 144; Werth, *The Year of Stalingrad*, p. 456.

4. Richard Woff, «Vasily Ivanovich Chuikov», en *Stalin's Generals*, ed. Harold Shukman (Londres, 1993), pp. 67-74.

5. Grossman, *Life and Fate*, p. 660.

6. *Stalingradskaia epopeia*, p. 390; véase también Chuikov, *Srazhenie veka*, pp. 257-258.

7. Iniciales de la estenógrafa Alexandra Shamshina.

8. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 2a, l. 1-28.

9. Serebrianie Prudi, en la provincia de Moscú, es el lugar de nacimiento de Chuikov. Actualmente alberga un Museo Chuikov, así como un busto memorial (obra de Yevgeni Vichetich) y otro monumento (obra del artista Alexander Chuikov, hijo de Vasili Chuikov).

10. Rumanía y Alemania se declararon la guerra el 15 de agosto de 1916.

11. El Partido Social-Revolucionario de Izquierdas existió entre 1917 y 1923, y había formado un círculo opositor en el seno del Partido Social-Revolucionario. Sus miembros defendían la retirada de Rusia de la Primera Guerra Mundial, la transferencia de las tierras a los campesinos, y que se pusiera fin a la colaboración con el Gobierno Provisional.

12. La Revolución de Octubre, 1917.

13. Al margen figuran anotados a lápiz los nombres de Iliá e Ivan.

14. El decreto, firmado por Lenin, se publicó en 15 de enero de 1918.

15. El sóviet de una aldea ocupa el escalafón más bajo del sistema soviético; en su extremo superior está el Consejo de Delegados del Pueblo.

16. Lefortovo: un barrio del este de Moscú, donde abundan los cuarteles y academias militares.

17. La insurrección de los socialrevolucionarios de izquierdas comenzó el 6 de julio de 1918, con el asesinato del conde Wilhelm von Mirbach-Harff, embajador alemán en Moscú.

18. La Academia Militar Alexeyevskaya se fundó en 1864, con sede en Lefortovo.

19. Un río que nace en las colinas del oeste de los Urales y desemboca en el Kama, el mayor afluente del Volga.

20. Para Gordov, véase pp. 85-86.

21. Kotelnikovo, un asentamiento situado a 190 kilómetros al suroeste de Volgogrado.

22. Tsimlianskaya: un pueblo de la región de Volgogrado.

23. Nikita Sergeyevich Jruschov.

24. Es decir, la colina 102.0, o Mamáyev Kurgán.

25. Orlovka y Rinok eran dos pueblos al norte de Stalingrado, y formaban parte del perímetro defensivo exterior de la ciudad.

26. Gumrak: pueblo al noroeste de Stalingrado.

27. Corección: Yelshanka.

28. Mijaíl Naumovich Krichman (1908-1969). Estuvo al mando de la 6.ª Brigada de Carros de Combate de la Guardia desde junio de 1942 hasta abril de 1943.

29. Entrevista con Alexander V. Chuikov, Moscú, 11 de noviembre de 2009.

30. Kuzman Akimovich Gurov (1901-1943). Teniente general. Miembro del Consejo Militar del Frente de Stalingrado.

31. Nikolái Ivanovich Krilov (1903-1972) fue nombrado jefe de Estado Mayor del 62.º Ejército en agosto de 1942. Hasta la llegada del nuevo comandante del ejército, Chuikov, Krilov estuvo más de un mes al mando del Ejército. Recibió la condecoración de Héroe de la Unión Soviética en dos ocasiones en 1945. Véase N. I. Krilov, *Stalingradskii rubezh* (Moscú, 1969).

32. Nikolái Mitrofanovich Pozharski (Pozharnov) (1899-1945). Desde septiembre de 1942, comandante de artillería del 62.º Ejército.

33. Véase p. 342 nota 43.

34. Véase pp. 356-358 y Rodímtsev, entrevista, pp. 363-368.

35. Tumak: recodo del Volga aguas abajo del asentamiento de Krasnaya Sloboda, que servía como importante punto de vadeo para el 62.º Ejército.

36. Verjniaya Ajtuba: un pueblo al este de Stalingrado.

37. Entre ellos estaba el francotirador Vasili Zaitsev. Véase Zaitsev, entrevista.

38. Halcones de Stalin: en argot, los pilotos de los cazas soviéticos.

39. Biplano Polikarpov U-2. Construido en 1927, se utilizaba como avión de entrenamiento y para fumigar, y en la guerra como avión de reconocimiento. El avión volaba despacio, no tenía equipamiento técnico, y no ofrecía ningún tipo de protección a su tripulación de dos hombres, que volaban en una cabina abierta, sin casco, ni armas, ni paracaídas. ni protección. Por consiguiente las bajas eran elevadas. Entre los alemanes, eran temidas las incursiones nocturnas. Denominaban a los bombarderos con los términos «fastidios» o «máquinas de coser». Kempowski, *Das Echolot*, p. 556.

40. Korney Mijailóvich Andrusenko (1899-1976), que combatió en el Ejército Rojo desde 1918, comandaba la 115.ª Brigada Independiente de Fusileros durante la batalla de Stalingrado. Chuikov reprendió a Andrusenko por retirarse sin autorización el 3 de noviembre de 1942, tras un devastador ataque alemán. Andrusenko fue degradado y nombrado comandante de un regimiento. Para más detalles sobre la compleja biografía de Andrusenko durante la guerra, véase: <*http://www.warheroes.ru/hero/hero.asp?Hero_id=4530*>.

41. Stepan Savelievich Guriev (1902-1945). Comandante de la 39.ª División de Fusileros de la Guardia.

42. Ivan Efimovich Yermolkin (1907-1943). Comandante de la 112.ª División de Fusileros.

43. El teniente coronel P. I. Tarasov, comandante de la 92.ª Brigada Independiente de Fusileros, había trasladado sin autorización su puesto de mando desde el centro de Stalingrado hasta una isla del Volga el 26 de septiembre durante un ataque alemán. Un tribunal militar le acusó de cobardía, señalando que su conducta irresponsable (así como la del comisario de la brigada, G. I. Andreyev) había inducido a las tropas a abandonar sus posiciones defensivas. Tanto el comandante como el comisario fueron ejecutados el 9 de octubre de 1942 (Daines, *Shtrafbaty*, p. 133). Tarasov y Andreyev deben de ser uno de los dos equipos de mando que Chuikov ejecutó personalmente delante de los soldados de la brigada (véase pp. 333, 351-352). Las memorias de Chuikov no mencionan sus nombres.

44. Teniente general de la Guardia Vasili Akimovich Gorishni (1903-1962). Comandante de la 13.ª División Motorizada de Fusileros de la NKVD. Héroe de la Unión Soviética (1943).

45. Coronel general Ivan Ilich Liudnikov (1902-1976). Comandante de la 138.ª División de Fusileros, que encabezó los combates por la fábrica de munición Barricadas. Héroe de la Unión Soviética (1943).

46. Probablemente era Afrikan Fiodorovich Sokolov (1917-1977). Capitán jefe de Estado Mayor del 397.º Regimiento Anticarro del 62.º Ejército. Héroe de la Unión Soviética (1945).

47. General de división Viktor Grigorievich Zholudev (1905-1944). Comandante de la 37.ª División de Guardia, que luchó por la fábrica de tractores de Stalingrado. Héroe de la Unión Soviética (a título póstumo, 1944).

48. La división se formó en agosto de 1942 cerca de Moscú, sobre la base del 8.º Cuerpo Aerotransportado. Véanse las entrevistas con A. P. Averbuj y A. A. Gerasimov.

49. El texto procede de la canción francesa *Tout va très bien, madame la marquise,* que el cantante ruso Leonid Utiosov utilizaba en su repertorio. En la canción, la marquesa se pregunta qué le ocurrió a su hacienda después de que ella se ausentara. Todo va bien, le dicen una y otra vez, hasta el pequeño detalle de la muerte de su yegua gris.

50. El KV es un carro de combate pesado soviético que lleva el nombre del mariscal Kliment Voroshílov. Los soldados alemanes le pusieron al carro de combate el apodo de Dicker Bello debido a su fuerte blindaje.

51. El caza alemán Messerschmitt Bf 109 (Me-109).

52. Vasili Grossman entrevistó a Chuikov en diciembre de 1942. Sus breves notas concuerdan con estas afirmaciones de Chuikov; por ejemplo: «Última conversación [con Chuikov] sobre la crueldad y la insensibilidad como principios. Una discusión. Su última y sorprendente frase: "Bueno, qué demonios, grité, pero solo. ¡Qué se puede decir cuando cuatro soldados del Ejército Rojo dirigen el fuego contra ellos mismos! Lloras, pero a solas. Nadie. Me. Ha. Visto. Nunca. Llorar"». Grossman, *Gody voiny*, p. 357.

53. Estando en Stalingrado, Grossman también habló con Yeriomenko, el comandante del frente, y le pidió su opinión sobre Chuikov. «A Chuikov lo propuse yo. Le conocía; no se deja llevar por el pánico. "Conozco su valentía, pero sale de la bebida, y yo no necesito ese tipo de valentía. No tome usted decisiones precipitadas, a usted le gusta tomarlas." Yo le ayudaba cuando le entraba el pánico.» El cuaderno de notas del escritor retrata al comandante del frente de una forma poco halagüeña: Yeriomenko afirma que la idea de rodear a los alemanes en una operación de tenaza se le había ocurrido a él, y destaca reiteradamente su intimidad con Stalin (Grossman, *Gody voiny*, pp. 350-353). Un capítulo de la novela de Grossman sobre Stalingrado describe la visita del comandante del frente a Chuikov: Yeriomenko se sentía como un «invitado» que había ido a ver al «amo de Stalingrado». Grossman, *Life and Fate*, p. 56.

54. Boris Mijailovich Shaposhnikov (1882-1945). Vicecomisario de Defensa de la URSS (1942-1943).

55. Alexander I. Rodímtsev, *Gvardeitsy stoiali nasmert'* (Moscú, 1969), pp. 7-10.

56. Vasili Grossman, «Stalingradskaia bitva», 20 de septiembre de 1942, en Grossman, *Gody voiny*, p. 29.

57. El 18 de octubre de 1942, el *Izvestia* informaba sobre la casa pero no mencionaba a Pavlov. Hablando con los historiadores, Rodímtsev describía las hostilidades que llevó a cabo como comandante. Es posible que la defensa de la Casa Pávlov fuera controlada por debajo de su nivel de mando.

58. La destruida Casa Pavlov fue reconstruida en julio de 1943, con gran fanfarria propagandística. El edificio, situado en el número 61 de la calle Penzanskaya, figura como «Casa 6/1» en la novela *Vida y destino* de Vasili Grossman. Véase *Stalingradskaia bitva. Entsiklopediia*, pp. 136-137, así como el documental de televisión *Iskateli: Legendarnyi redut* (dir. Lev Nikolaev, 2007).

59. La «casa del sacrificio de los soldados», en A. I. Rodímtsev, *Gvardeitsy stoiali nasmert'*, pp. 85-105, 133-134, 138.

60. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 6, l. 1-7.

61. Sharlik es un pueblo de la región de Oremburgo, y el lugar de nacimiento de Alexander Rodímtsev. Tiene una calle y un colegio con el nombre del militar, y hay un busto en su honor. En 1967 se inauguró un museo escolar sobre la gloria militar, y Rodímtsev donó su guerrera, su gorra y sus prismáticos.

62. La gran hambruna de Rusia (1921-1922) que provocaron la guerra civil y una sequía, se cobró aproximadamente diez millones de vidas. Afectó especialmente a la región agrícola entre el Volga y los Urales, incluida Oremburgo.

63. *Kulaks:* término despectivo de la era soviética para designar a los campesinos acomodados, a los que se consideraba «enemigos de clase de los campesinos pobres».

64. Hoy, la Academia Militar de Moscú.

65. El campo de Jodinka, situado al noroeste de Moscú, se utilizaba para instrucción militar y prácticas de tiro.

66. Los alumnos de la Academia Militar Federal tenían el derecho exclusivo de montar guardia ante el mausoleo de Lenin.

67. No ha sido posible encontrar el artículo en el *Estrella Roja*.

68. La Exposición Internacional dedicada a las Artes y Técnicas de la Vida Moderna, que se celebró entre mayo y noviembre de 1937. La exposición, instalada a los pies de la Torre Eiffel, se destacaba por la confrontación visual entre los pabellones alemán y soviético, situados uno enfrente de otro.

69. La Academia de Estado Mayor del Ejército Rojo M. V. Frunze. Desde 1998 se la conoce como Academia Militar General de las fuerzas armadas rusas.

70. Una ciudad del sur de Ucrania.

71. Stalinka (actualmente Chernozavodskoye): ciudad de la región de Poltava, Ucrania.

72. Filipp Ivanovich Golikov (1900-1980). Comandante del 1.º Ejército de laGuardia en los frentes Suroeste y de Stalingrado. A partir de septiembre de 1942, subcomandante supremo del Frente de Stalingrado; desde octubre de 1942, comandante del frente.

73. La división fue reforzada y equipada de nuevo tras sufrir cuantiosas bajas en la batalla de Járkov. Muchos de los refuerzos eran estudiantes de las academias de

oficiales sin experiencia en combate. Durante la reorganización, la división recibió la orden de acudir a Stalingrado. Krilov, *Stalingradskii rubezh*, pp. 128-129.

74. Las memorias de Rodímtsev no dicen nada sobre el fusilamiento.

75. Según Samsonov, la casa con forma de L (en ruso: *«G-obrazny dom»*) y la casa de los trabajadores del ferrocarril, situadas a setenta metros una de otra en la calle Penzenskaya, eran dos edificios de varias plantas con unos sótanos enormes. Después de tomar las dos casas, los alemanes las convirtieron en auténticas fortalezas. Los edificios tenían un gran valor táctico porque dominaban la zona. Samsonov, *Stalingradskaia bitva*, pp. 265-266.

76. Para una descripción detallada del asalto a la casa con forma de L y a la casa de los trabajadores del ferrocarril, véase W. I. Chuikov, «Taktika shturmovykh grupp v gorodskom boiu» (Táctica de grupos de asalto en el combate urbano), *Voennyi vestnik* 1943, n.º 7, pp. 10-15. El asalto a la casa en forma de L fue filmado por Valentin Orlyankin y aparece en el documental *Stalingrado* (dir. Leonid Varlamov, 1943).

77. Tim es una ciudad de la región de Kursk.

78. La conversación tuvo lugar el 7 de enero de 1943 en Stalingrado, igual que la entrevista con Rodímtsev. El entrevistador fue A. A. Belkin, y la estenógrafa fue A. I. Shamshina. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 6, l. 8-8 ob.

79. Oljovatka: probablemente un pueblo de la región de Voronezh.

80. Chuikov, *Srazhenie veka*, p. 350; *Stalingradskaia epopeia*, p. 196.

81. PPSh significa Pistolet Pulemiot Shpagina, y es un subfusil soviético. Fue desarrollado por Georgi S. Shpagin.

82. Eso confiere aún mayor valor a las entrevistas que realizó Svetlana Aleksievich a las veteranas de la Gran Guerra Patriótica durante la década de 1980: Svetlana Aleksievich, *War’s Unwomanly Face* (Moscú, 1988).

83. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 6, l. 9-10.

84. Burkova: un asentamiento de la ribera oriental del Volga, sede de un hospital de campaña del 62.º Ejército.

85. Puede que aquí Gurova estuviera respondiendo a la pregunta de su estado civil. Dado que las preguntas de los entrevistadores no están incluidas en las transcripciones, resulta difícil evaluar el alcance de su intervención en la conversación.

86. *Stalingradskaia bitva. Khronika, fakty, liudi*, 1: pp. 417, 427; *Stalingradskaia bitva. Entsiklopediia*, p. 402. Hoy Rosshoshka alberga un cementerio de guerra alemán creado por la Comisión de Tumbas de Guerra alemana en 1999. Se estima que allí están enterrados 50.000 soldados alemanes. Al otro lado de la calle hay un cementerio de guerra ruso.

87. Sobre Makarenko, véase James Bowen, *Soviet Education: Anton Makarenko and the Years of Experiment* (Madison, 1965).

88. Innokenti Petrovich Gerasimov (1918-). Más detalles en *Geroi Sovetskogo Soiuza: Kratkii biograficheskii slovar'* (Moscú, 1987), p. 1:319; *Stalingradskaia bitva. Khronika, fakty, liudi* 1: pp. 74-75.

89. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 38, l. 36-37.

90. Rzhishchev: una ciudad al suroeste de Kiev.

91. Un asentamiento en la periferia suroccidental de Kiev.

92. El oficial político Innokenti Gerasimov, que realizó la entrevista con Averbuj.

93. El comandante de regimiento Alexander Akimovich Gerasimov, que no debe confundirse con el oficial político del mismo apellido (véase nota 88).

94. Se refiere a la lanzadera de cohetes múltiple de seis tubos de 15 cm Nebelwerfer 41, a la que los soldados soviéticos del Ejército Rojo apodaban Vaniusha (el pequeño Vania), en contraste con la lanzadera de cohetes Katiusha (pequeña Katia) de su propio ejército.

95. Verjniaya Elshanka: un asentamiento al sur de Stalingrado.

96. El uniforme manchado de sangre del general de división Vasili Glazkov (1901-1942), que presenta 168 agujeros de bala ahora se expone en el Museo Panorámico de Volgogrado.

97. Chuikov, *Srazhenie veka*. Glantz afirma que el 11 de septiembre la división aún contaba con 454 soldados. Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, p. 85.

98. Iniciales de Alexandra Shamshina, la estenógrafa.

99. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 38, l. 25-32. La transcripción no indica quién realizó la entrevista.

100. Tras la muerte de Glazkov, el coronel Vasili Pavlovich Dubianski (1891-?) asumió el mando de la 35.ª División de Fusileros de la Guardia.

101. La 35.ª División de la Guardia combatió contra la 14.ª y la 24.ª Divisiones Pánzer alemanas, así como contra la 20.ª División de Infantería rumana. Glantz, *Armageddon in Stalingrad*, pp. 64, 93.

102. El regimiento de Gerasimov estaba situado al sur de las fuerzas alemanas que habían llegado hasta el Volga en la periferia sur de Stalingrado. La única vía franca para llegar al puesto de mando de la división era en barca.

103. Los marineros de la Flotilla Militar del Volga que controlaban el paso del río.

104. *Stalingradskaia bitva. Entsiklopediia*, p. 127; véase también la entrevista con el comandante de división Batiuk.

105. Entrevista con Alexander Levikin, comisario de la 284.ª División de Fusileros.

106. «Donesenie OO NKVD Stalingradskogo fronta v NKVD SSSR o khode boev v Stalingrade, 16. 9. 1942», en *Stalingradskaia epopeia*, p. 196.

107. William Craig, *Enemy at the Gates* (Nueva York, 1973), p. 120.

108. Es la fecha que da Aksionov en su entrevista. Según otra fuente, la colina no llegó a estar totalmente bajo control soviético hasta el 26 de enero: Kratkie svedeniia ob osnovnykh etapakh boev 62. Armii po oborone gor. Stalingrada, NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 3, l. 5.

109. Al ser profesor de historia, Aksionov sentía afinidad por la Comisión Histórica de Isaak Mints. El Museo Estatal de Historia de Moscú tiene una lámpara de aceite hecha con la carcasa de una granada y que lleva la inscripción: «Al doctor Mints, catedrático de historia, en recuerdo de la defensa de Stalingrado, del capitán N. N. Aksionov». *1943 god. Voina glazami ochevidtsev. Vystavka iz sobraniia Gosudarstvennogo Istoricheskogo muzeia pri uchastii Tsentral’nogo muzeia Vooruzhennykh Sil* (Moscú, 2003), p. 8.

110. Sobre el culto a Stalin en la Unión Soviética, véase Jan Plamper, *The Stalin Cult: A Study in the Alchemy of Power* (New Haven, 2012).

111. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 4, l. 3-16 ob. La larga entrevista comenzó el 5 de mayo y se reanudó el 8 de mayo.

112. Metiz: acrónimo de «Productos de metal». Fundada en 1932 como la siderúrgica de Stalingrado, la fábrica estaba situada al pie de Mamáyev Kurgán.

113. La Guerra Imperialista: ese es el término que utilizaban Lenin y otros marxistas soviéticos para referirse a la Primera Guerra Mundial.

114. Se refiere al Il-2, un avión de caza soviético, que se construyó bajo la dirección de Serguéi Iliushin, y que entró en funcionamiento durante la guerra.

115. La planta estaba situada en la ladera de Mamáyev Kurgán.

116. Conforme a la propaganda soviética de tiempos de guerra, Aksionov representa la defensa de Tsaritsin como una lucha contra los alemanes. Sin embargo, las tropas alemanas de ocupación en Ucrania no participaron en el ataque contra la ciudad en 1918.

117. Kastornaya: enlace ferroviario de la ruta Kursk-Voronezh. En 1942 allí tuvieron lugar intensos combates.

118. Las cartas que escribió Grossman en aquella época indican que, en realidad, estaba muy preocupado por Benesh. Véase *A Writer at War*, pp. 203-204.

119. Firmado: «Visto el 12 de mayo de 1943, N. Aksionov».

120. Corregido a mano: «ninguno».

121. Rakitianski nació en 1913. Confirmado en <http://www.obd-memorial.ru/html/info.htm?id=9413438>.

122. Se borraron las siguientes palabras: «y sentimos mucha pena por él».

123. Una orden de Stalin del 1 de mayo de 1945 declaraba oficialmente «Ciudades Heroicas» cuatro ciudades: Leningrado, Stalingrado, Sebastopol y Odesa. Posteriormente el número ascendió a doce.

124. Véase también Frank Ellis, *The Stalingrad Cauldron: Inside the Encirclement and Destruction of 6th Army* (Lawrence, 2013), pp. 270-284.

125. *Na zashchitu rodiny*, 5 de octubre de 1942, p. 2.

126. Kapitan N. N. Aksënov, «Rol' snaiperov v oborone Stalingrada» (manuscrito), NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 26, l. 2.

127. Palabras de un artículo del escritor y periodista Iliá Ehrenburg (1891-1967). Il'ia Erenburg, «Ubéi!» [«¡Matad!»], *Krasnaia zvezda*, 24 de julio de 1942.

128. Chuikov, *Srazhenie veka*, pp. 174-175.

129. *Na zashchitu rodiny*, 21 de octubre de 1942, p. 1; 26 de octubre de 1942, p. 1; 30 de octubre de 1942, p. 1.

130. Íbid., 26 de octubre de 1942, p. 1.

131. «*Znatnyi snaiper*», Beevor, *Stalingrad*, p. 203, con una referencia al archivo del Ministerio de Defensa de Rusia.

132. Grossman, *Gody voiny*, p. 387.

133. «Snaiper Vasilii Zaitsev», *Na zashchitu rodiny*, 2 de noviembre de 1942, p. 1.

134. *Na zashchitu rodiny*, 6 de noviembre de 1942, p. 1.

135. Íbid., 14 de noviembre de 1942, p. 1.

136. Zaitsev, entrevista, p. 445; NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 27, l. 44; *Stalingradskaia bitva. Entsiklopediia*, p. 151. Un archivo de Moscú tiene la «crónica de combate» en Stalingrado de Zaitsev en el periodo que va del 5 de octubre al 5 de diciembre de 1942. La cartilla, certificada y firmada por el capitán Kotov, enumera 184 «soldados hitlerianos» muertos (RGASPI-M, f. 7, op. 2, ed. 468).

137. Zaitsev, *Za Volgoi zemli dlia nas ne bylo*, pp. 105-106.

138. Es posible que el capitán Aksionov desempeñara algún papel a la hora de facilitar la entrevista con Zaitsev. El 9 de marzo de 1943 escribió un ensayo sobre el papel de los francotiradores en la defensa de Stalingrado (NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 26, l. 1-20). Supuestamente ese texto lo tuvieron delante los historiadores que hablaron con Zaitsev en abril; eso explicaría la concordancia de los episodios narrados. El ensayo de Aksionov, o parte de él, se publicó en el periódico *Flota Roja* el 15 de marzo de 1943 (véase p. 445).

139. Vasilii G. Zaitsev, *Geroi Sovetskogo Soiuza. Rasskaz snaipera* (Moscú, 1943).

140. Las memorias de Zaitsev, publicadas en 1981, también difieren de la entrevista de 1943 en numerosos puntos. Zaitsev, *Za Volgoi zemli dlia nas ne bylo*.

141. *Stalingradskaia bitva. Entsiklopediia*, p. 151; *Geroi Sovetskogo Soiuza: Kratkii biograficheskii slovar'*, 1: p. 524.

142. Raisa Ivanovna Krol' trabajó para la Comisión a partir de 1942.

143. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 4, l. 17-26.

144. Zaitsev describe la modificación para francotiradores de su fusil automático, el Tokarev SVT-40.

145. Probablemente era el fusil deportivo y de caza TOZ 8 que se producía en la fábrica de armas Tula.

146. En la entrevista publicada: «En octubre ocurrió algo muy importante en mi vida. El Komsomol me traspasó a las filas del Partido Comunista». Zaitsev, *Rasskaz snaipera*, p. 8.

147. El oficial político en cuestión debía de ser el coronel Vediukov.

148. Sobre Furmanov y *Chapayev*, véase pp. 39-43.

149. Alexander Yakovlevich Parjomenko (1886-1921) fue un héroe de la guerra civil. Vsevolod Ivanov publicó su biografía en 1939.

150. Grigori Ivanovich Kotovski (1881-1925) fue un comandante soviético durante la guerra civil. Zaitsev probablemente leyó el libro *Kotovski*, de V. Shmerling (Moscú, 1937).

151. Alexander Vasilievich Suvórov (1730-1800), el último generalísimo del ejército ruso, y uno de los comandantes más distinguidos de la historia militar rusa.

152. La ofensiva de Brusilov: una amplia y exitosa campaña rusa contra Austria y Alemania durante la Primera Guerra Mundial, bajo el mando del general Alexéi Brusilov. Zaitsev probablemente leyó el libro *Brusilovskii proryv: Operativno-strategicheskii ocherk*, de L. V. Vetoshnikov (Moscú 1940).

153. Vladimir Yakovlevich Zazubrin (1895-1937) fue un escritor ruso cuya novela *Dos mundos*, sobre la perdición del almirante Kolchak, se publicó en 1921.

154. Piotr Ivanovich Bagration (1765-1812) fue un general de la Guerra Patriótica de 1812. Probablemente Zaitsev se refiere al libro *Bagration. Zhizn' i deiatel'nost' russkogo polkovodtsa*, de S. B. Borisov (Moscú, 1938).

155. Denis Vasilievich Davidov (1784-1839) fue un poeta y comandante militar ruso que encabezó un movimiento guerrillero durante la Guerra Patriótica de 1812.

156. Serguéi Georgievich Lazo (1894-1920) fue un comandante soviético de la guerra civil. Véase Serguéi Lazo, *Vospominaniia i dokumenty* (Moscú, 1938).

157. K. M. Staniukovich (1843-1903), *Morskie rasskazy* (1934).

158. Alexéi Novikov-Priboi Sikich (1877-1944) fue un escritor ruso-soviético y alumno de Maxim Gorki. En 1932 publicó su novela más famosa, *Tsushima*, a la que siguió una segunda parte en 1941.

159. La entrevista complementaria con Zaitsev empieza después de este párrafo. Se registró el 23 de agosto de 1943. La entrevistadora fue Raisa Krol'; Alexandra Shamshina la transcribió.

160. Ese día Chuikov le impuso a Zaitsev la Medalla al Valor.

161. Las charreteras fueron tachadas de símbolo de la contrarrevolución, y quedaron abolidas en el ejército ruso en diciembre de 1917. En enero de 1943 fueron reintroducidas por el Ejército Rojo.

162. Véase pp. 83-86.

163. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 14, l. 154-159. No se identifica ni al historiador que realiza la entrevista ni a la estenógrafa.

164. Hasta diciembre de 1941 el Gobierno soviético estuvo preparándose para un ataque japonés en el Extremo Oriente. Tras el ataque contra Pearl Harbor y la declaración de guerra de Estados Unidos contra Japón, el espectro de una guerra en dos frentes se hizo menos probable, y a principios de 1942, el Ejército Rojo trasladó veintitrés divisiones y diecinueve brigadas desde el Extremo Oriente soviético al teatro europeo. Glantz, *Colossus Reborn*, p. 154.

165. Rozengartovka: estación ferroviaria de la región de Jabarovsk.

166. Vertiachi: una aldea del recodo del Don, al oeste de Stalingrado.

167. Respecto al concepto de ataque psicológico, véase pp. 39-40.

168. Tinguta y Peskovatka: asentamientos de la región de Stalingrado. La distancia entre ambos es superior a los cien kilómetros.

169. Sobre las actividades de la 7.ª Sección, véase Norman Naimark, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949* (Cambridge, 1995), pp. 17-20.

170. Véase A. Epifanov, «Sovetskaia propaganda i obrashchenie s voennoplennymi vermakhta v khode Stalingradskoi bitvy (1942-1943 gg.)», en *Rossiiane i nemtsy v epokhu katastrof*, pp. 67-74.

171. Sobre la apropiación de las tradiciones de la Rusia imperial en la cultura soviética de antes de la guerra y durante el conflicto, véase Kevin M. F. Platt y David Brandenberger, eds., *Epic Revisionism: Russian History and Literature as Stalinist Propaganda* (Madison, 2006).

172. Este detalle biográfico y los siguientes proceden de L. G. Zajarova, «Pëtr Andreevich Zaionchkovskii: Uchënyi i uchitel», *Voprosy istorii* 1994, no. 5: pp. 171-179; Terence Emmons, «Zaionchkovsky, Petr Andreevich», en *The Modern Encyclopedia of Russian and Soviet History*, ed. George N. Rhyne, vol. 55 (Gulf Breeze, 1993), pp. 185-186.

173. Hellbeck, *Revolution on My Mind*; Orlando Figes, *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia* (Londres, 2008), pp. 64, 196-199.

174. *Istoriia dorevoliutsionnoi istorii Rossii v dnevnikakh i vospominaniiakh. Annotirovannyi ukazatel' knig i publikatsii v zhurnalakh. Nauchnoe rukovodstvo, redaktsiia i vvedenie professora P. A. Zaionchkovskogo*, 5 vols. en trece partes (Moscú, 1976-1989). Varias de las monografías de Zayonch-kovski se han traducido y publicado en Estados Unidos, como por ejemplo *The Abolition of Serfdom in Russia* (Gulf Breeze, 1978).

175. Grigori Nikolayevich Anpilogov (1902-1987) fue un historiador soviético. Trabajó en la Comisión Histórica entre 1942 y 1945.

176. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 54, l. 1-7.

177. Se refiere a Andréi Cheslavovich Zayonchkovski (1862-1926). Su hermano era Nikolái Cheslavovich Zayonchkovski (1859-1918), senador, y más tarde viceprocurador del Santo Sínodo.

178. Los Zayonchkovski, una familia noble de origen polaco, eran dueños de la hacienda Mijailovski, en la *gubernia* de Smolensk. La finca estaba situada cerca de la localidad de Volochek, actualmente Najimovski.

179. Pável Stepanovich Najímov (1802-1855). Almirante. Comandante del escuadrón de la Flota del Mar Negro durante la Guerra de Crimea, 1853-1856.

180. La Cruz de San Jorge es una orden de mérito rusa creada en 1769 por Catalina II.

181. La batalla de Borodinó (29 de agosto de 1812) tuvo lugar cerca de Moscú y fue uno de los momentos cruciales en la Guerra Patriótica de 1812.

182. Hoy en día es la sede del Archivo Histórico Militar Estatal de Rusia (RGVIA).

183. El Partido Constitucional Democrático («kadetes») era un partido burgués-progresista de la Rusia prerrevolucionaria. Los octubristas formaron un partido más a la derecha que apoyó las reformas del Estado zarista tras la Revolución de 1905.

184. Véase p. 453, nota 161, y pp. 523-525.

185. Gustav Wietersheim (1884-1974). Teniente general de infantería y comandante del 14.º Cuerpo Pánzer en Stalingrado. Después de que el cuerpo sufriera cuantiosas bajas en septiembre de 1942, Wietersheim sugirió una retirada parcial al Don. Paulus, el comandante del ejército, le acusó de derrotismo y Wietersheim fue degradado.

186. Juventudes Hitlerianas: la organización juvenil del partido nazi en Alemania.

187. Kletskaya: estación ferroviaria situada a 230 kilómetros al noroeste de Stalingrado, a orillas del Don.

188. Véase p. 35, nota 76.

189. Los propagandistas enemigos soviéticos produjeron el panfleto «Papaíto está muerto» en distintas formas porque resultó ser sumamente eficaz. En una reunión celebrada en junio de 1942 con los especialistas en propaganda del Ejército

Rojo, el director del GlavPURKKA, Alexander Shcherbakov, comentó el panfleto por extenso. Shcherbakov afirmó que le habían dicho que no había ni un solo prisionero de guerra alemán que no conociera el panfleto, y que muchos soldados enemigos lo estrechaban en sus manos en el momento de rendirse al Ejército Rojo. El razonamiento de Shcherbakov era interesante: los soldados alemanes eran brutales, se habían adaptado plenamente a la ambición de Hitler de producir una nueva generación salvaje y cruel, pero también tenían sus sentimientos. Shcherbakov instó a los especialistas allí reunidos a que trabajaran en su punto vulnerable y produjeran una propaganda más «sentimental». M. I. Burtsev, *Prozrenie* (Moscú, 1981), pp. 100-102. No ha sido posible encontrar el panfleto con la imagen exacta que describe Zayonchkovski.

190. Zayonchkovski alude a la propaganda que instaba a los soldados alemanes, en su calidad de hijos de obreros y campesinos, a volverse en contra del régimen nazi, controlado por los capitalistas.

191. Para el texto completo de la orden, véase p. 20, nota 27.

192. El discurso de Hitler a los soldados del 6.º Ejército tenía fecha del 26 de noviembre de 1942, y se menciona en Kehrig, *Stalingrad*, pp. 264-265.

193. Véase «El desembarco en Latoshinka», pp. 252-273.

194. En otros puntos de Stalingrado también se usaron los gatos para repartir propaganda soviética. El departamento de inteligencia del 62.º Ejército informaba de dos soldados del 149.º Batallón Independiente de Fusileros que advirtieron «que un gato que vivía en su refugio de vez en cuando visitaba los refugios de los alemanes. Decidieron utilizar el gato para que llevara octavillas al enemigo. Envolvieron al gato en panfletos y lo espantaron para obligarle a ir hasta los alemanes. De esa forma, el gato llevó aproximadamente cien panfletos a los alemanes. El hecho de que el gato regresara sin los panfletos sugiere que los soldados alemanes leían nuestros panfletos y los tenían en cuenta». A diferencia de la historia de Zayonchkovski, este informe no termina con la heroica muerte del gato. Es interesante señalar que hubo que espantar al animal para que fuera hasta los alemanes; por sí mismo no estaba dispuesto a ir. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 3a, l. 27 ob. Informe del 5 de enero de 1943.

195. Un programa de radio del Sovinformburó.

196. María Petrovna Kujarskaya (Smirnova) (1921-2010) fue una educadora sanitaria que se incorporó al frente como voluntaria en 1941. Al final de la guerra

tenía el rango de teniente. Véase Iu. A. Naumenko, *Shagai, pekhota!* (Moscú, 1989); *Akmolinskaia Pravda*, 28 de septiembre de 2010.

197. El capitán Nikolái Dmitrievich Abujov (1922-1943) comandó el 1.º Batallón de Fusileros, 1151.º Regimiento de Fusileros, 343.ª División de Fusileros. Véase Iu. A. Naumenko, *Shagai, pekhota!*

198. Ehrenburg escribió cientos de columnas durante la guerra, repletas de cáusticas observaciones sobre la «cultura» de la Alemania nazi. Para defender sus argumentos, Ehrenburg a menudo citaba las cartas y los diarios de los prisioneros alemanes. Véase Jochen Hellbeck, «"The Diaries of Fritzes and the Letters of Gretchens": Personal Writings from the German-Soviet War and Their Readers», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 10 (2009), n.º 3: pp. 571-606; Peter Jahn, ed., *Ilya Ehrenburg und die Deutschen* (Berlín, 1997).

199. Mokraya Mechetka es un río que pasa por la zona de la fábrica de tractores. El cauce del río se convierte en un barranco estacionalmente.

200. Los observadores soviéticos a menudo hacían comentarios sobre las imágenes pornográficas que encontraban en los bolsillos de los prisioneros de guerra alemanes o en las trincheras abandonadas. «Te dan ganas de lavarte las manos después de tocar cualquiera de esas cosas de los alemanes», comentaba sutilmente Vasili Grossman en su diario de guerra. Grossman, *Gody voiny*, pp. 261-262. Hablando con los historiadores de Moscú, el comandante Anatoli Soldatov se mostraba más explícito: «Dejaban abandonadas muchas revistas obscenas –unas obscenidades que raramente se ven en fotografía. Y, cuidado, era una edición oficial». Es posible que Soldatov estuviera pensando en el *Ostfront-Illlustrierte*, una revista que se editaba para los soldados del 6.º Ejército. Sus números estaban repletos de fotografías eróticas de jóvenes alemanas, en sintonía con los agresivos objetivos reproductivos de los nazis. Hay una tirada parcial en el Budesarchiv-Militärarchiv (Friburgo), RWD 9/32. Cfr. también Dagmar Herzog, *Sexuality in Europe: A Twentieth-Century History* (Cambridge, 2011), pp. 67-94.

CAPÍTULO 4: HABLAN LOS ALEMANES

1. El general Karl Strecker (1884-1973) comandaba el 11.º Cuerpo alemán en Stalingrado. Se rindió el 2 de febrero de 1943, en calidad de comandante del *Kessel* norte de Stalingrado.

2. 2 NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 258, d. 2, l. 8-11.

3. El coronel Arno Ernst Max von Lenski (1893-1986) comandó la 24.ª División Pánzer en Stalingrado. En enero de 1943 fue ascendido a teniente general.

4. Aquí únicamente se muestra una selección de las transcripciones de los interrogatorios que se conservan en el archivo de la Comisión Histórica: NA IRI RAN, f. 2, razd. I, op. 258, d. 5.

5. Las inserciones manuscritas en las transcripciones mecanografiadas aparecen en cursiva.

6. Turquía, que se había mantenido neutral, le declaró la guerra a Alemania y a Japón el 23 de febrero de 1945.

7. Véase la información que da Zayonchkovski sobre los cadáveres profanados de los soldados soviéticos que encontró en noviembre de 1942 cerca de Latoshinka (pp. 256, 474-475).

8. Durante los primeros días del cerco, los comandantes alemanes del interior del *Kessel* se prepararon para abrirse paso hacia el oeste, y ordenaron la destrucción de los víveres y los suministros militares.

9. Estepa de Kalmukia: área semidesértica al suroeste de Stalingrado.

10. El Ejército Rojo liberó Rostov el 14 de febrero y Járkov el 16 de febrero de 1943. El 15 de marzo Járkov volvió a caer en manos alemanas, y fue definitivamente liberada el 23 de agosto.

11. *Böse Waffe* (alemán): arma maligna.

12. El general Walther von Brauchitsch (1881-1948, ascendido a general mariscal de campo en 1940) fue el comandante en jefe del ejército alemán entre 1938 y 1941. Fue destituido por Hitler tras la fallida ofensiva de Moscú y pasó el resto de la guerra en retiro forzoso.

13. Se refiere a Erwin Jaenecke (1890-1960), teniente general y comandante de la 389.ª División de Infantería. Fue evacuado en avión de Stalingrado, siendo uno de los últimos máximos oficiales en hacerlo.

14. Véase Jens Ebert, «Organisation eines Mythos», en *Feldpostbriefe aus Stalingrad*, pp. 333-402.

15. Los caminos de Sheliubski e Isaak Mints se cruzaron durante la guerra, y aparentemente Sheliubski no se incorporó a la Comisión Histórica hasta poco después del final de la guerra. Véase Sheliubski, «Bol'shevik, voin, uchënyi»;

A. P. Sheliubskii, «Bol’shevistskaia propaganda i revoliutsionnoe dvizhenie na severnom fronte nakanune 1917 goda», *Voprosy istorii* 1947, n.º 2: pp. 67-80.

16. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 3a, l. 1-48.

17. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 2a, l. 101-133.

18. Sheliubski: «Entre nuestras [sic] divisiones alemanas, que combatieron contra nosotros, también había numerosas unidades menores austriacas. Los austriacos eran los que iban inmediatamente detrás de los alemanes».

19. Son palabras de un poema de Gavril Derzhavin (1743-1816), que se convirtieron oficiosamente en el himno nacional ruso de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

20. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 3a, l. 14-15.

21. «Vechernee soobshchenie 25 ianvaria», *Pravda*, 26 de enero de 1943, p. 3; véase también «Pis’ma okruzhennykh nemtsev», *Pravda*, 10 de enero de 1943, p. 4.

CAPÍTULO 5: GUERRA Y PAZ

1. Citado de Kempowski, *Das Echolot*, 3: p. 173.

2. *Pravda*, 4 de febrero de 1943, p. 1.

3. *Krasnaia Zvezda*, 4 de febrero de 1943, p. 1.

4. La lista con los 9.602 soldados condecorados va firmada por el director del departamento de cuadros de la administración política del 62.º Ejército. NA IRI RAN, f. 2, razd. III, op. 5, d. 3, l. 1.

5. El documental *Stalingrad*, (dir. Varlamov). Grossman colaboró en el guion. Véase también p. 276, nota 144.

6. Grossman, *Gody voiny*, p. 369 (anotación del 1 de mayo de 1943).

7. *Pravda*, 27 de junio de 1945, p. 2. El empleo por parte de Stalin de la metáfora del perno a menudo se ha interpretado como una manifestación de sus cínicas ideas sobre el pueblo soviético. Es posible, pero también hay pruebas de que los ciudadanos soviéticos también se describían a sí mismos con facilidad en esos mismos términos. En septiembre de 1943, un ingeniero de la fábrica ZIL de Moscú anotaba en su diario: «Las noticias mejoran cada día. Hay una confianza cada vez mayor en que terminaremos la guerra este año. ¡A qué magníficos acontecimientos estamos asistiendo! ¡Y qué alegría da pensar que uno no es más que un diminuto

perno en todos estos acontecimientos!» V. A. Lapshin, anotación del 7 de septiembre de 1943, en Somov, «Dukhovnii oblik trudiashchikhsia perioda Velikoi Otechestvennoi voiny», p. 342. Para la interpretación como un gesto de cinismo, véase, entre otros, Seniavskaia, *Frontovoe pokolenie*, p. 4.

8. I. S. Konev, *Zapiski komanduiushchego frontom* (Moscú, 1991), pp. 594-599; Laurence Rees, *World War II Behind Closed Doors: Stalin, the Nazis, and the West* (Nueva York, 2010), pp. 395-398.

9. Lidiya Ginzburg, *Blockade Diary*, trad. al inglés Alan Myers (Londres, 1995), p. 3.

10. N. N. Gusev, *“Voina i mir” L. N. Tolstogo: Geroicheskaia e˙popeia Otechestvennoi voiny 1812 goda*, *Bloknot lektora* (Moscú, 1943); A. Rashkovskaia, «“Voina i mir”, prochtennaia zanovo», *Smena* (Leningrado), 3 de febrero de 1943; James von Geldern, «Radio Moscow: The Voice from the Center», en *Culture and Entertainment in Wartime Russia*, ed. Richard Stites (Bloomington, 1995), p. 53.

11. León Tolstói, *War and Peace*, trad. al inglés Richard Pevear y Larissa Volokhonsky (Nueva York, 2007), p. 1137.

12. Iliá Ehrenburg, *Letopis’ muzhestva: Publitsisticheskie stat’i voennykh let* (Moscú, 1974), p. 355; L. Lazarev, «Dukh svobody», *Znamia* 9 (1988): p. 128.

13. Benedikt Sarnov, «Voina i mir dvadtsatogo veka», *Lechaim*, enero de 2007, <http://www.lechaim.ru/ARHIV/177/sarnov.htm>. *Guerra y paz* fue, como reconocía Grossman, el único libro que leyó durante los años de la guerra. *A Writer at War*, pp. 54-55; véase también Grossman, *Gody voiny*, p. 287.

14. Grossman tuvo la suerte de que el Comité Central del partido recurriera al general Rodímtsev como experto militar. Rodímtsev recordaba las crónicas de guerra de Grossman desde Stalingrado, y tenía una opinión favorable del escritor (RGALI, f. 1710, op. 2, ed. chr. 1, anotación del 31 de mayo de 1950). En el legado de Grossman se conservan doce versiones de la novela. Grossman compiló un diario para documentar el enrevesado camino que recorrió su manuscrito.

15. RGALI, f. 1710, op. 1, ed. khr. 106, l. 26; véase también f. 1710, op. 1, ed. khr. 152.

16. RGALI, f. 1710, op. 1, ed. khr. 37, portada.

17. John Garrard y Carol Garrard, *The Bones of Berdichev: The Life and Fate of Vasily Grossman* (Nueva York, 1996), pp. 355, 358.

18. El libro será publicado próximamente bajo su título original, *Stalingrad*, en la Serie Clásicos de la *New York Review of Books* (trad. al inglés Robert Chandler).

19. La hija de Grossman recuerda lo comprometido que estaba su padre con la mitología de la guerra del pueblo soviético. La familia a menudo cantaba canciones de guerra en las reuniones vespertinas. Inevitablemente, la velada llegaba a su punto álgido: con su voz poco musical, Grossman entonaba la famosa canción de la «guerra santa» (1941). La canción le emocionaba tan profundamente que tenía que ponerse de pie. «Papá se levanta un poco encorvado, con las manos en las caderas, como si estuviera en un desfile. Su rostro es solemne y serio. "Levántate, levántate, gran país / para la última batalla [...] Esta es una guerra del pueblo / una guerra santa"» *A Writer at War*, p. 348.

20. Sabine R. Arnold, *Stalingrad im sowjetischen Gedächtnis: Kriegserinnerung und Geschichtsbild im totalitären Staat* (Bochum, 1998), p. 293.

21. No está claro por qué las palabras de Grossman acabaron siendo incluidas en el memorial de guerra. Los testigos supervivientes ofrecen informaciones contradictorias. Cfr. Arnold, *Stalingrad im sowjetischen Gedächtnis*, p. 294.

22. NA IRI RAN, f. 2, razd. XIV, d. 22, l. 210.

23. *K istorii russkikh revoliutsii*, p. 224. Según otra fuente, la decisión de disolver la comisión y su transformación en un departamento se tomó el 15 de septiembre o el 15 de noviembre de 1945. NA IRI RAN, f. 2, «Prikazy po Institutu istorii za 1945 g.», sin signatura, l. 119; Levshin, «Deiatel'nost' Komissii po istorii Velikoi Otechestvennoi voiny», p. 317. El departamento trabajaba en el mismo lugar que anteriormente lo hacía la comisión, en la casa de la calle Komintern.

24. Muchos documentos se mantuvieron secretos incluso después de la guerra debido a sus detalladas descripciones de las operaciones militares y los combates. Gorodetskii y Zak, «Akademik I. I. Minc kak arkheograf», p. 142.

25. NA IRI RAN, f. 2, carpeta sin firmar sobre la actividad del departamento en el año 1946, 1. 71-72 (25 de julio de 1946).

26. *Stalingradskaia bitva* (dir. N. Petrov, 1949).

27. *Kratkaia evreiskaia Entsiklopediia*, vol. 1 (Jerusalén, 1976), pp. 682-691; *Dopolnenie 2* (Jerusalén, 1995), pp. 286-291.

28. Yuri Slezkine, *The Jewish Century* (Princeton, 2004), pp. 297-313; Gennadi Kostyrchenko, *Out of the Red Shadows: Anti-Semitism in Stalin's Russia* (Amherst, 1995).

29. I. Mints, *Velikaia Otechestvennaia voina Sovetskogo Soiuza* (Moscú, 1947).

30. Era el Instituto para Profesores Rojos de Moscú, dirigido por el historiador Mijaíl Pokrovsky (1868-1932).

31. A. L. Sidorov, «Institut krasnoi professury», en *Mir istorika: Istoriograficheskii sbornik*, vol. 1 (2005), p. 399; véase también K. N. Tarnovskii, «Put' uchënogo», *Istoricheskie zapiski* 80 (1967): pp. 207-251, en la p. 223.

32. Su tesis doctoral analizaba la economía de guerra del Imperio ruso durante la Primera Guerra Mundial. Sidorov presentó su trabajo en diciembre de 1942; no se publicó por extenso hasta después de su muerte. A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoe polozhenie Rossii v gody Pervoi Mirovoi voiny* (Moscú, 1973). Cfr. Tarnovskii, «Put' uchënogo», pp. 226-228, en la p. 244.

33. Tarnovskii, «Put' uchënogo», p. 225. NA IRI RAN, f. 2, razd. XIV, d. 22, l. 18-19; d. 23, l. 14, 23, 56; Mints, *Iz pamiati vyplyli vospominaniia*, p. 50. Sidorov realizó muchas entrevistas para la comisión. En otoño de 1943 habló con docenas de vecinos de Járkov poco después de la liberación de la ciudad; en 1945 entrevistó a algunos soldados del Ejército Rojo que habían participado en la ofensiva contra Königsberg y en la liberación de Checoslovaquia. Por sus servicios en el Ejército Rojo, a Sidorov se le concedió la Orden de la Estrella Roja. Tarnovskii, «Put' uchënogo», pp. 225-227.

34. Prof. A. Sidorov, «O knige akademika I. Mintsa 'Istoriia SSSR'», *Kul'tura i zhizn'* 33 (1947): p. 4; cfr. V. V. Tikhonov, «Bor'ba za vlast' v sovetskoi istoricheskoi nauke: A. L. Sidorov i I. I. Mints (1949 g.)», *Vestnik Lipetskogo gosudarstvennogo pedagogicheskogo universiteta. Nauchnyi zhurnal. Seriia Gumanitarnye nauki* 2011, no. 2: pp. 76-80. Que la reseña de Sidorov se publicara en *Kul'tura i zhizn'*, una revista marcadamente política, sugiere que la campaña contra Mints estaba apoyada o controlada desde arriba. Al parecer Mints cayó en desgracia porque, entre otras cosas, en el libro comentado por Sidorov había afirmado que algunos de sus colaboradores editoriales en la historia de la guerra civil habían sentado los «cimientos» de la historia de la sociedad soviética. Sin embargo, tan solo una publicación podía reivindicar semejante papel: el *Curso breve de la Historia del Partido Comunista*, atribuido a Stalin. Además, a Mints le acusaban de haber desatendido el trabajo en la historia de la guerra civil. En efecto, hasta entonces tan solo se habían publicado dos tomos. A partir de 1942 Mints había destinado todo su personal a la Comisión para la Historia de la Gran Guerra Patriótica. *K istorii russkikh revoliutsii*, pp. 224, 251.

35. Detallado en Kostyrchenko, *Out of the Red Shadows*, pp. 179-221.

36. A ese respecto, Mints también le escribió a Stalin y a Malenkov, confesando distintos errores y faltas en su trabajo científico. *K istorii russkikh revoliutsii*, p. 251.

37. Kostyrchenko, *Out of the Red Shadows*, pp. 198-199. Las crónicas necrológicas de Sidorov no dicen nada sobre la campaña contra el «cosmopolitismo» ni la participación en ella de Sidorov. Tarnovskii, «Put' uchënogo»; P. V. Volobuev, «Arkadii Lavrovich Sidorov», *Istoriya SSSR* 3 (1966): pp. 234-238. En 1959 Sidorov renunció a su cargo de director por motivos de salud. Sus trabajos se enumeran en Tarnovskii, «Put' uchënogo», pp. 245-251.

38. Edele, *Soviet Veterans of World War II*, pp. 61, 129-136; A. M. Nekrich, «Pokhod protiv 'kosmopolitov' v MGU», *Kontinent* 28 (1981): pp. 304-305; Tarnovskii, «Put' uchënogo», p. 229.

39. Sidorov, «Institut krasnoj professury», pp. 397, 399-400.

40. Con motivo de su septuagésimo cumpleaños a Mints le fue concedida la Orden de Lenin, la máxima distinción de la Unión Soviética. La principal revista soviética de historia publicó un homenaje a la obra de toda su vida. Fue escrito por el veterano de Stalingrado Alexander Sheliubski, antiguo director del departamento de inteligencia del 62.º Ejército. Sheliubski mencionaba la Comisión Histórica, fundada por Mints durante la guerra, y manifestaba su consternación por el hecho de que su material documental seguía prácticamente inexplorado. Sheliubski, «Bol'shevik, voin, uchënyi», p. 168; véase también *K istorii russkikh revoliutsii*, p. 277. Para su trabajo sobre la historia de la batalla de Stalingrado, Samsonov (que era un veterano de la batalla) tuvo acceso a los documentos de la Comisión Mints, pero prácticamente no hizo uso de ellos.

41. Sus diarios, publicados póstumamente, no son demasiado esclarecedores. Mints, *Iz pamiati vyplyli vospominaniia*. El legado de Mints en los archivos de la Academia de Ciencias no está disponible actualmente.

42. El principal fruto de ese trabajo fue la *Historia del Gran Octubre*, cuyo primer tomo se publicó con motivo del quincuagésimo aniversario de la Revolución de Octubre (I. I. Mints, *Istoriia Velikogo Oktiabria*, 3 vols., Moscú, 1967-1973). En 1968 Mints trazó una línea recta desde sus trabajos de la década de 1930 como el editor responsable de la historia de la Guerra Civil hasta su investigación sobre la historia de la revolución después de la guerra. Pasó por alto su actividad durante la guerra. «Nashi interv'iu: Akademik I. I. Mints otvechaet na voprosy zhurnala 'Voprosy istorii'», *Voprosy istorii* 1968, no. 8: pp. 182-189, en la p. 187. Todos los

escritos recopilados de Mints se enumeran en *K istorii russkikh revoliutsii*, pp. 280-330.

43. En 1957 se publicó el tercer tomo de la *Historia de la Guerra Civil en la Unión Soviética*, pero sin la participación de Mints. El libro dedica ocho páginas a una descripción de la batalla de Tsaritsin durante el verano y el otoño de 1918. A Stalin se le menciona solo tres veces. Los protagonistas de esa crónica son los obreros de Tsaritsin, el «Comité Central de Tsaritsin» (al que pertenecía Stalin) y Voroshílov, camarada de Stalin. *Istoriia grazhdanskoi voiny v SSSR*, vol. 3 (Moscú, 1957), pp. 250-257.

44. Robert Chandler, «Introduction», en Grossman, *Life and Fate*, pp. xv-xvi.

45. RGAFD, f. 439, op. 4m, N. 1-2 (Memorias de Nadezhda Trussova); véase también p. 96-97, nota 247.